This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 464465

EX-LIBRIS
Philip E. Bursley

RESUMEN HISTORICO

DE LA

LITERATURA ESPAÑOLA

SEGUNDA PARTE

DEL MANUAL DE LITERATURA

POR

D. A. Gil de Zárate.

Gil y Zárate

CUARTA EDICION, CORREGIDA Y AUMENTADA.

MADRID:
IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG,
CALLE DEL PRÍNCIPE, NUM. 4.
1851.

MANUAL
DE
LITERATURA.

RESUMEN HISTORICO

DE LA

LITERATURA ESPAÑOLA

SEGUNDA PARTE

DEL MANUAL DE LITERATURA

POR

D. A. Gil de Zárate.

Gil y Zárate

CUARTA EDICION, CORREGIDA Y AUMENTADA.

MADRID:
IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG,
CALLE DEL PRÍNCIPE, NUM. 4.

1851.

860.9
G463
1851

v.2

Gift
Philip E. Bursley
3-28-57

ADVERTENCIA.

Cuando escribí este *Resúmen histórico*, como formando parte del *Manual de Literatura*, no fue mi ánimo dar á luz una historia completa de la literatura española: aun fue concebido y empezado bajo proporciones todavía mucho mas estrechas de las que llegó á tomar, pues debia limitarse á una reseña ligerísima de nuestros principales autores, como complemento de aquella obra, breve por su naturaleza y objeto. La materia era, sin embargo, tan vasta que conforme iba escribiendo, se aglomeraban los materiales, se ensanchaban mis ideas, y me conducian al deseo de emprender un libro mas estenso y mas digno de tan interesante argumento. Hubiéralo hecho en efecto, empezando de nuevo mi trabajo, y dedicándole todo el tiempo y esmerada diligencia que su importancia requeria; mas al llegar á la época en que este *Resúmen* concluye, me apartaron de mis antiguas ocupaciones literarias y absorbieron todo mi tiempo y atencion otros trabajos de muy distinta índole y nada compatibles con tan agradables tareas. Tuve, pues, que publicar lo que llevaba hecho, segun estaba, terminando bruscamente la obra con una rapidísima idea del siglo XVIII, que solo él debia formar otro tomo

igual á los anteriores, prometiéndome añadirlo para cuando hiciera una nueva edicion que me proponia tambien reformar considerablemente.

Aun aquella primera edicion que no me fue permitido revisar con el esmero debido, salió plagada de faltas é incorrecciones, y otras se han hecho despues sin mi participacion, y por lo tanto mas incorrectas todavía. Al publicarse esta nueva, reducida á un solo tomo, para mayor comodidad de los que han de usarlo, imposibilitado como sigo, no solo de reformarla, segun mis deseos, sino hasta de revisar las pruebas, he tenido la fortuna de que mi amigo, el Sr. D. José Amador de los Rios, digno catedrático de literatura en la Universidad Central, se haya brindado á tomar sobre sí esta faena, y lo que es todavía mas de agradecer, á rectificar varios errores é inesactitudes en que yo habia incurrido, añadiendo ademas algunos datos nuevos debidos á la vasta erudicion que ha adquirido en estas materias durante un trabajo perseverante de toda su vida. Así saldrá la obra mas perfecta y digna del objeto que ha llegado á tener y que estaba muy lejos de mi pensamiento cuando la compuse, puesto que las reformas hechas en la enseñanza la han traido á ser libro de texto.

Desde la publicacion de este *Resúmen histórico* han visto la luz trabajos mas importantes y estensos sobre la propia materia, pero que no quitan á este la utilidad que tiene. Destinados aquellos al que intenta estudiar á fondo nuestra literatura, no sirven para el principiante que necesita libros mas concisos y menos costosos. Este tiene la ventaja de reunir en corto volúmen el mismo número de noticias interesantes, sin la aridez de un mero prontuario; y creo poder decir que cuando apareció, ninguna obra de su género existia tan completa, por mas que otras fueran en algunas partes mas prolijas. Fue mi objeto hacer un servicio á la juventud estudiosa, presentándole el cuadro de nuestras riquezas literarias, muchas de las cuales eran anteriormente tan desconocidas que ni memoria de ellas se

conservaba; y harto saben todos los que tienen mi edad cuánto costaba hace años el adquirir esta clase de conocimientos. Ahora aparece con menos mérito lo que entonces lo tenia; y merced á la laboriosidad de los contemporáneos, los que en adelante se dediquen á la literatura hallarán trillado y fácil un camino que nosotros hemos encontrado sin guia y lleno de asperezas. La riqueza va siendo tal, que ya no se contentan los eruditos con las flores de la ciencia; sino qnè internándose en los archivos, sacan del polvo tesoros que si no lo son siempre por su valor intrínseco, tienen un precio inestimable como documentos históricos, sirviendo para esparcir nueva luz sobre la oscuridad de nuestros orígenes literarios. Muchos de estos descubrimientos me harian sin duda variar algunas de las opiniones que he emitido en este tratado; mas para hacerlo necesitaria emprender una tarea que ni mi edad ni mis ocupaciones consienten. Quédese como está; y quédese tambien para otros mas jóvenes el hacer lo que no he podido. En esto, como en todo, la suerte de los que hemos venido primero es el quedar oscurecidos por los que nos siguen: yo me daré el parabien, si vivo lo bastante para ver publicada una *Historia* completa de nuestra literatura; y ya que un extranjero se nos ha adelantado en esto, enmendemos semejante falta con otra obra mas perfecta y digna de la nacion española. Así lo espero: el citado Sr. Rios, en quien el deber como catedrático se hermana en este punto con la aficion literaria, se ocupa con grande afan en tan importante trabajo, que no dudo llevará á cabo para honra suya y nuestra, dando fin cumplido á la empresa que yo intenté principiar con este imperfecto bosquejo.

SECCION PRIMERA.

ESCRITORES EN VERSO.

CAPITULO I.

Caracteres generales de la literatura española.

Habiendo dado en la primera parte de esta obra las reglas generales del bien decir, asi en verso como en prosa, y las particulares de cada uno de los principales géneros de composiciones literarias que se conocen, réstanos presentar una idea general de la literatura española. Vasto asunto que apenas haremos mas que tocar; pero en el cual seguiremos la misma marcha que hemos adoptado anteriormente: sin perjuicio de la brevedad, procuraremos no ser tan lacónicos que la reseña que hagamos sea una mera lista de los autores y sus obras, falta de crítica é insuficiente para dar el necesario conocimiento de nuestras riquezas literarias. Nos proponemos entrar en cuantos pormenores sean compatibles con la naturaleza de este escrito; y no solamente haremos aquellas reflexiones generales que creamos oportunas para delinear con exactitud el carácter que ha tomado entre nosotros cada género de literatura, sino que tambien nos detendremos en analizar la índole de nuestros principales poetas y prosistas, citando trozos de cada uno, á fin de que se admiren sus bellezas y se eviten sus defectos. De esta suerte uniremos la práctica á la teoria, y á par de las reglas necesarias para escribir con acierto, tendrán los jóvenes una indicacion de las fuentes á donde deben

acudir para perfeccionar su educacion literaria, y de los modelos que pueden seguir con preferencia.

La dominacion romana trajo á España la lengua y literatura latinas; y esta lengua se aclimató de tal suerte, que casi se hizo única en toda la Península, aunque es de presumir que, al menos en algunas comarcas, quedasen restos de los antiguos dialectos, como igualmente de ciertos idiomas traidos á varios puntos de nuestras costas por los griegos, fenicios y cartagineses que fundaron en ellas colonias. Todavía, segun Luitprando, se hablaba en España en el siglo VIII el griego, el caldeo, el hebreo, el cántabro y el celtíbero además del latin, del árabe y de la lengua provenzal, que ya entonces empezaba á descollar entre las vulgares. Con todo, el latin habia llegado á generalizarse tanto, que era en realidad la lengua nacional, cuando se establecieron los godos en nuestro suelo.

Corrompióse este idioma con la llegada de aquellos pueblos, como sucedió en todas las provincias del Imperio que conquistaron las naciones septentrionales; pero en España no fué la corrupcion tan completa como en otras partes, ni dejó tan profunda huella el habla de los vencedores. Habian tenido los godos anteriormente muy largas relaciones con los romanos: tiempo hacia que arrojados de su patria vivian dentro del imperio, ora como auxiliares, ora como enemigos; y en tantos años pudieron familiarizarse con el idioma latino, y hasta olvidar gran parte del suyo propio. Además, consolidado que fué en la Península el dominio godo, tuvieron los obispos suma influencia en el gobierno; y por medio de ellos, no solo era menor la distancia entre vencidos y vencedores, sino que al cabo los dos pueblos se confundieron en uno, prevaleciendo en esta mezcla la lengua del antiguo, si bien algo desfigurada; puede creerse, pues, que al tiempo de la invasion sarracena, era todavía este latin adulterado la lengua usual y corriente.

Cuando destruido el imperio godo, se refugiaron algunos valientes á los terrenos fragosos del norte de España, llevaron y conservaron allí aquel idioma; pero en breve padeció notable corrupcion, á tal punto que ya en el siglo IX los legos no entendian el latin de los libros. Este nuevo idioma rústico y grosero se fué estendiendo por medio de la conquista en los paises que ocupaban los moros, y en los cuales la lengua árabe dejaba profundas huellas en multitud de voces que el nuevo idioma adoptó y conserva todavía, adquiriendo de este modo notable lozanía y riqueza. Así se fué formando lo que entonces se llamó romance vulgar, y es hoy el habla castellana.

Esta lengua conservó, pues, mas que otra alguna de Europa, si se esceptúa la italiana, el sello de la latina, sobre todo en su

pronunciacion clara y en sus terminaciones redondas; guardó muy poco ó nada del lenguaje septentrional y admitió mucho de otro meridional rico y sonoro, preservándose asi de los sonidos sordos y secos que afean el francés, y ganando mucho en armonía y dulzura.

Ocupados nuestros padres en sus continuas guerras, y en reconquistar palmo á palmo el pais sobre los mahometanos, difícilmente pudieron entregarse á las letras; y aun cuando no faltarian poetas que celebrasen sus hechos en aquel lenguaje, todavía grosero y poco favorable á las musas, aquellos toscos ensayos no han llegado hasta nosotros, ó si han llegado, ha sido ya perfeccionados, y por decirlo asi, traducidos á un lenguaje mas culto, aunque conserva todavía grandes restos de la primitiva rusticidad. Tal vez ciertos romances caballerescos traen su orígen de tan remota época.

Lo que sí se puede asegurar es que, aun entonces, sucedia en España lo que en los demás paises de Europa; que existian á la par dos literaturas distintas: la una sábia, formada en la escuela de la antigüedad; la otra vulgar que nada tenia que ver con la primera y que se lo debia todo á sí propia. Aquella se cultivaba por los monjes, los eclesiásticos y los pocos seglares dedicados á las letras; esta era esclusiva del pueblo y de la gente indocta; aquella resonaba en los claustros y en las escuelas; esta en las plazas y en los campos; la primera ostentaba orgullo y prepotencia; la segunda era modesta y sin pretensiones; ambas no producian sino obras de escaso mérito; pero la una, con todo su aparato de erudicion, nada representaba y se consumia en vanos esfuerzos, mientras la otra era la espresion de los afectos populares y estaba llena de vida y de esperanzas. La literatura sábia despreciaba la poesía popular: los que se decian doctos tenian á menos espresar sus ideas en el lenguaje comun, prefiriendo un latin bárbaro; pero se limitaban á la estéril imitacion, mientras la poesía vulgar vivia de originalidad, y era grata al pueblo que á su vez pagaba tambien á su rival con el desprecio y el olvido.

Así, desde el orígen de la monarquía, fueron creciendo independientemente una de otra estas dos literaturas tan diferentes entre sí, cultivadas por hombres que aunque pertenecientes á la misma república, pensaban y aun hablaban de distinto modo. Hubo, sin embargo, la primera de adoptar por fin el idioma patrio; mas hízolo como de mala gana: varió las voces, pero no las ideas: conservó sus antiguas inclinaciones, estudió los mismos modelos: siguió apartando los ojos del pueblo y de su época, quiso ser el reflejo de una civilizacion ya muerta, no de la moderna, renunció á ser original; y aunque produjo grandes cosas, no logró prevalecer ni vencer á su contraria, la cual fué creciendo cada dia, siendo siempre el ídolo del pueblo.

No se crea que al hacer este cotejo, y al señalar el vicio dominante en la literatura sábia, pretendemos abogar por la que desechando toda erudicion, todo estudio, se complace en la ignorancia para producir solo obras groseras, y aunque originales, monstruosas: nada de eso. No somos de aquellos que hacen al vulgo único juez en materias literarias y artísticas: conocemos lo errado de sus fallos, y sabemos muy bien que hay en las creaciones del ingenio algo de especial y sublime que no está al alcance de todos. Para apreciar ciertas bellezas artísticas se necesita una educacion conveniente, un gusto formado al efecto, y el vulgo no puede tenerlo. Con todo, si el pueblo no conoce su verdadero precio, no por esto dejará de gustar de ellas, siempre que contengan algo que le interese: no es culpa suya si prefiere obras de escaso mérito á otras de mas subidos quilates, cuando aquellas no le hacen sentir, y estas se acomodan á su inteligencia, á sus necesidades. De dos cuadros con diferente valor artístico siempre llamará mas su atencion aquél que represente hechos propios que sucesos agenos; y entre dos composiciones poéticas gustará mas de la que mejor se acomode á sus ideas, pasiones é intereses. El arte del escritor consiste en producir obras que al mérito literario reunan el indispensable espíritu de nacionalidad, y pecará siempre que desatienda cualquiera de estas dos cualidades, porque entonces no podrá satisfacer á la vez al sabio concienzudo y al pueblo menos culto. En nuestro entender solo una literatura ha reunido hasta ahora en alto grado estas dos condiciones; la literatura griega, que conforme en el fondo con las creencias populares, llevó sin embargo sus formas á la perfeccion ideal, siendo por esta razon grata igualmente al pueblo y á los sábios. Entre los modernos, solo algunos poemas italianos gozan, si bien no en tanto grado, de este gran privilegio.

En España únicamente la poesía popular ha tenido las cualidades intrínsecas que requeria la civilizacion particular de nuestro suelo: la belleza de la forma ha sido el fin de los poetas eruditos; pero aun así, aunque algunos supieron encontrarla, otros se estraviaron por quererla buscar donde no existia: resultando que ni los de esta escuela ni los de aquella han producido obras perfectas; los unos por falta de gusto, los otros por falta de interés. Sin embargo, los primeros han tenido mayor fortuna, porque brillaba en ellos la cualidad mas necesaria: así como suele cautivar mas una fea con alma y con gracia que una hermosa insípida y desabrida.

Veamos qué cualidades ha debido tener nuestra poesía para llenar todas las condiciones propias de nuestra particular civilizacion.

Estas cualidades deben ser hasta cierto punto las que hemos

reconocido en la primera parte como inherentes á la civilizacion moderna, con las variaciones y adiciones propias de las circunstancias peculiares de nuestro suelo.

La religion, el honor y la galantería; estos son como hemos visto, los tres ejes sobre los cuales ha girado la civilizacion de los tiempos medios, y las tres fuentes de todas las bellezas propias de su literatura.

Estas tres causas han influido poderosamente en nuestra patria, y tal vez con mas eficacia que en ninguna parte.

Si el espíritu religioso era prepotente en toda Europa durante la edad media, fuélo mas en España, porque aquí se encontraba con mayores elementos para serlo. Una causa general y siempre subsistente le daba nueva vida, le mantenia en actividad contínua; la guerra contra los infieles. Escepto las cruzadas, todas las contiendas entre las potencias europeas eran guerras políticas; en España fueron ademas guerras religiosas. No se trataba solo de arrancar ciudades y provincias á los contrarios, sino tambien de hacer triunfar la fé de Cristo. Los enemigos en la Península no se llamaban árabes ó españoles, sino moros y cristianos; á no ser por esta diferencia de culto, los sarracenos se hubieran tal vez amalgamado con los naturales, como habia sucedido entre estos y los godos; pero la religion establecia entre ellos una barrera insuperable, siendo preciso que al fin moros ó cristianos quedasen esterminados. Así la religion era en España el móvil de todo; todo en ella estaba organizado bajo este principio, todo recibia esta direccion, y por lo tanto tambien la literatura.

Pero la larga lucha de ochocientos años, tuvo además otras consecuencias importantes: no solamente combatian dos creencias, sino tambien dos civilizaciones distintas, la oriental y la occidental; y como aquella se ostentaba muy superior entonces en luces y en poder, debió necesariamente ejercer la influencia que le corresponde siempre al mas ilustrado y poderoso. Europa toda participó de esta influencia, pero mucho mas España en cuyo seno se verificaba la contienda; y sus costumbres, el carácter de sus habitantes, su literatura, todo en fin, recibió un tinte oriental indeleble.

Y al mismo tiempo, como los caractéres propios de la civilizacion cristiana eran en aquella época muy pronunciados, como el honor, el culto de las mugeres, todos los rasgos propios de la caballería se presentaban tan enérgicos y brillantes, tambien se comunicaron al pueblo contrario, llegando la civilizacion árabe española á participar en sumo grado de las principales dotes que en la cristiana resplandecian. El pueblo moro adquirió, en cuanto su organizacion política lo consentia, parte de la fuerza é independencia personal de los pueblos septentrionales, y adoptó las

instituciones caballerescas. Esto dió lugar á mayor contacto entre las dos naciones. El honor, la fidelidad, la galantería, el respeto hácia las damas, la generosidad con los enemigos, fueron rasgos comunes al carácter de moros y cristianos; y la emulacion hizo que este carácter tomase en los últimos una energia que no se hallaba en las demás naciones europeas.

Al frente de las continuas guerras que hacian los cristianos á los moros, veíase siempre á los reyes dando el ejemplo del valor y patriotismo. De aquí resultó que fueron casi todos guerreros esclarecidos; y la dignidad real conservó mas prestigio en España que en el resto de Europa, donde el feudalismo estuvo á pique de aniquilarla. Siempre se consideró al rey como la fuente de todo poder y de toda legalidad; y este espíritu monárquico, que fué creciendo de dia en dia, y dominó toda la sociedad, tuvo que aparecer igualmente en las obras literarias.

El espíritu cristiano y monárquico, el galanteador y pundonoroso, estaban, pues, fuertemente impresos en el carácter español, y debian reflejarse en la literatura. A esto se añade un tinte oriental muy subido, y por lo tanto una gran tendencia á lo maravilloso, á las metáforas, á las imágenes atrevidas, á la pompa del lenguaje. Esta última cualidad no fué posible mientras la lengua permaneció ruda y grosera; mas luego que se pulió, luego que hubo adquirido flexibilidad y armonía, debió manifestarse, y así sucedió tal vez con reprensible esceso.

La literatura que tuviese todas estas cualidades que acabamos de enumerar, era por consiguiente la única que representaba la sociedad española, la única que podia tener eco en todas las clases activas de la misma sociedad, ya fuesen príncipes, guerreros, trovadores ó vasallos. Ella tan solo podia ser órgano de las pasiones de la época, de la irritacion de los partidos, de las empresas caballerescas, de los lances amorosos, de los éxtasis religiosos: solo ella podia ser un traslado de las ideas, de las doctrinas, de los intereses dominantes; solo ella, en fin, era capaz de satisfacer los deseos de todos, y de ser, cual debe toda literatura verdaderamente nacional, original y espontánea.

Una vez encontrados estos caractéres, recorramos ya la historia de nuestra literatura, y veremos cuándo los ha tenido y cuándo se ha apartado de ellos.

CAPITULO II.

Principios de la literatura española hasta el siglo décimo-quinto.

El monumento mas antiguo que existe de la poesía castellana es el *Poema del Cid Campeador*. Este héroe que puede reputarse por el Aquiles español, pero mucho mas grande y de carácter mas noble que el griego, habia llenado toda España con su fama; y sin que hubiese muerto todavia, se cantaban ya sus proezas en multitud de romances: acaso algunos de los que conservamos hoy sobre sus hechos, ascienden á aquella época, si bien corregido el lenguaje en los siglos posteriores. Natural era que los poetas de la edad siguiente ejercitasen su número en hazañas, cuyo vivo recuerdo se conservaba todavia, y este poema fue sin duda una de las obras de mas nota que sobre tan brillante asunto se compusieron. Se supone que debió serlo á fines del siglo XII ó principios del XIII; y no por un poeta vulgar, sino por persona de mas estudio y aliento, como lo prueba la misma estension de la obra, y el conato que se descubre algunas veces de imitar á los antiguos. Sin embargo, este primer vagido de nuestra poesía, no merece el nombre de poema, no siendo mas que una historia ó crónica rimada de cierta parte de los hechos de aquel célebre guerrero. Por lo que en él se advierte, el arte métrica estaba tan en su infancia, que aun no se habia acertado á inventar un género de verso, que por la armonía y constante cadencia, mereciese el nombre de tal; pues mas bien que versos, se encuentran en este poema renglones, cuya medida se percibe apenas, y cuya mayor parte parece tener tendencia al verso alejandrino, aunque los hay de mas y menos sílabas. Ni tampoco esta falta se halla resarcida por otras prendas poéticas; pues los sucesos estan referidos cronológicamente, sin adorno alguno, y sin mas interés que el que inspira el asunto. La rudeza del lenguaje hace además cansada la lectura de esta obra, que solo se debe considerar como curiosidad literaria. No obstante, el autor no está tan falto de talento, que á veces no se descubran rasgos notables que prueban lo que hubiera podido hacer en otro siglo y con un habla mas perfecta. Sirva de ejemplo esta despedida del Cid y de Jimena.

Tú eres rey de los reyes é de tod' el mundo padre,
A tí adoro e creo de toda voluntad,
E ruego á San Peydro que me ayude á rogar
Por mio Cid el Campeador que Dios le curie de mal,
Quando hoy nos partimos, en vida nos fas juntar.

La oracion fecha, la misa acabada la han:
Salieron de la eglesia, ya quieren cavalgar,
El Cid á doña Ximena íbala á abrazar:
Doña Ximena al Cid la manol' va besar,
Lorando de los oios que non sabe que se far.
E él á las niñas tornólas á catar,
A Dios vos acomiendo, fijas,
E á la mugier, é al Padre spiritual.
Agora nos partimos, Dios sabe el aiuntar:
Lorando de los oios que non viestes á tal;
Asis' parten unos d'otros como la uña de la carne.
Mio Cid con los sos vasallos pensó de cavalgar,
A todos esperando la cabeza tornando va.
A tan gran sabor fabló Minaya Alvar Fañez:
Cid do son vuestros esfuerzos?
En buen ora nasquiestes de madre:
Pensemos de ir nuestra via, esto sea de vagar;
Aun todos estos duelos en gozo se tornarán:
Dios que nos dió las almas, conseio nos dará.

Hay ternura en esta despedida, una sencillez homérica, y en ella se ve un cuadro que si carece de brillantez de colorido, agrada por la verdad de la espresion.

La entrada y desamparo del Cid en Burgos, la acusacion de los infantes de Carrion delante del rey y de las córtes, son tambien cuadros que interesan y que á lo pintoresco reunen el mérito de retratar al vivo las costumbres de aquella época.

En el siglo XIII se encuentra ya el monumento mas antiguo de nuestra prosa, que es la traduccion que el santo rey Fernando mandó hacer del código visigodo ó *Fuero juzgo*; y por esta obra se conoce que la lengua castellana iba no solo perfeccionándose, sino tambien llamando la atencion y adquiriendo importancia.

Con efecto, poco despues se muestra en tal grado de perfeccion, que parece imposible haya hecho en cortos años tan grandes adelantos: las obras escritas en ella se multiplican, conservándose muchas, y siendo algunas de la mayor importancia.

Reinaba entonces en Castilla Alfonso el Sabio, título que adquirió, mas bien que por sus aciertos en la gobernacion del Estado, en la cual cometió hartos errores, por la gran proteccion que concedió á las ciencias y las letras. Siguiendo el ejemplo dado por su padre, trató de sacar el idioma patrio de su abatimiento; y al efecto mandó que en todos los documentos públicos se hiciese uso de él, cesando el latin que hasta entonces habia estado en posesion de este privilegio. No contento con esto, él mismo dió el ejemplo de componer en lengua vulgar; y las obras que se citan como suyas son tan notables por la gala de la espresion y la be-

lleza del lenguaje, que es preciso adelantar mas de un siglo despues para encontrar otras que se les asemejen. Entre las obras en prosa que compuso, ó que bajo su direccion se escribieron, merecen especial mencion el *Fuero real*, las *Partidas*, la *Paráfrasis castellana de la historia bíblica y sagrada*, la *Crónica general de España*, y la *Conquista de Ultramar*, sacada de la historia de Guillermo de Tiro, bien que fué esta acabada reinando ya su hijo don Sancho.

Las *Siete partidas* son acaso el documento mas asombroso de aquella época por la gran capacidad y profunda filosofía que suponen; pero si como obra de legislacion se encuentran á tanta altura, no lo están menos como monumento literario; pues ostenta ya el lenguaje tal facilidad, tal elegancia, que imposibles parecen en aquel siglo rudo, hallándose todavia entonces á gran distancia las demás lenguas de Europa, aun la italiana. Sirva de muestra el siguiente ejemplo.

«Mucho se deben los reyes guardar de la saña, é de la ira, é de la malquerencia, porque estas son contra las buenas costumbres. E la guarda que deben tomar en sí contra la saña, es que sean sofridos, de guisa que non les venza, nin se muevan por ella á facer cosa que lés esté mal ó que sea contra derecho; cá lo que con ella ficiesen desta guisa, mas semeiaria venganza que justicia. E por ende dixeron los sabios: que la saña embarga el corazon del home de manera quel non deja escoger la verdad. E tanto tuvo el rey David por fuerte cosa la saña, que á Dios mismo dijo en su corazon: Señor, cuando fueres sañudo, non me quieras reprender, nin seyendo irado castigar. E por esto debe el rey sofrirse en la saña fasta que le sea pasada: é cuando lo ficiere seguírsele ha grand pró, cá podrá escoger la verdad, é facer con derecho lo que ficiere. E si desta guisa non lo quisiere facer, caerá en saña de Dios é de los homes... Ira luenga non debe el rey haber, pues que ha poder de vedar luego las cosas mas fechas... E porque la ira del rey es mas fuerte é mas dañosa que la de los otros homes, porque la puede mas aina complir; por ende debe ser mas apercebido, cuando la oviere, en saberla sofrir, etc.

Si la prosa se muestra desde mediados del siglo XIII en el grado de altura que acabamos de ver, no le va en zaga la poesía, la cual empieza á tomar un vuelo asombroso, ora se atienda á la mayor perfeccion del verso sujeto ya á una cadencia determinada y fija, ora se pare la atencion en el lenguaje que corre tambien mas fácil y fluido. Adoptáronse en la mayor parte de las composiciones dos clases de versos que por su artificiosa combinacion muestran el esmero que en esto se ponia. La mas general era el alejandrino pareado en rimas iguales de cuatro en cuatro versos: la otra fué lo que se llamó *coplas de arte mayor*, cuyos versos

Fernan Gonzalez, poema que se atribuye tambien al siglo XIII. Esta historia, cuyo autor se ignora, empieza con la invasion de los moros en España, y solo alcanza hasta la guerra del conde con don García de Navarra, por los años de 956, lo cual hace creer que la obra no está entera. Se ve que le sucedió al autor de este poema lo que al de aquel que, escribiendo la guerra de Troya, principió por el huevo de Leda. A juzgar solo por la versificacion, esta obra parece anterior á las de los poetas que acabamos de citar; pues aunque se usa en ella del alejandrino y de la cuádruple rima, no está tan bien determinada la cadencia, hay pocos versos con el número de sílabas correspondiente, y el lenguaje es mucho mas desaliñado, si bien se deben atribuir infinitas de estas imperfecciones á lo incorrecto de la copia; pero es de notar que empieza el poema con los versos siguientes:

En el nombre del Padre que fizo toda cosa
El que quiso nascer de la Virgen preciosa
Del Spíritu Santo que es igual de la esposa,
Del conde de Castiella quiero fer una prosa.

que son casi los mismos con que Berceo principia la *vida de santo Domingo de Silos*: lo cual unido á que algunas palabras tienen una forma mas cercana al uso actual, induce á creer que es posterior á este último poeta, aunque obra de otro menos buen versificador.

Como el *Alexandro*, es esta composicion mas bien una crónica rimada, que un poema: no obstante, aunque la invencion no es en él gran cosa, manifiesta á veces el autor bastante intencion poética, sobre todo en ciertos episodios oportunos, como aquel en que el diablo tomando la figura de una serpiente, viene á espantar el campo de los cristianos. Merece trasladarse aquí este trozo como uno de los mejores.

Vyeron aquella noche una muy fiera cosa:
Venye por el aire una sierpe rabyosa,
Dando muy fuertes gruytos la fantasma astrosa;
Toda venye sangrienta, vermeya como rosa.
Facia ella semblante que ferida venya,
Semejaba en los gruytos que el cielo partya,
Todos ovyeron miedo que quemarlos venya.
Non ovo ende ninguno asaz tan esforzado
Que grant miedo non ovo é non fuese espantado:
Cayeron muchos omes en tierra del espanto,
Ovyeron muy grand miedo todo el pueblo cruzado,
Despertaron al conde que era ya dormido;
Ante que él venyese el culebro era ydo:
Falló todo su pueblo como desmaydo,

Demandó del culebro como fuera venydo;
Dixeron ge lo todo de quál guisa venyera
Como cosa feryda que muy grandes gruytos diera.
Maravíllanse cómo la tierra no encendiera,
Vuelta venia en sangre aquella vestya fyera.
Quando ge lo contaron asy como lo veyeron,
Entendió bien el conde que grand myedo ovyeron,
Questa atal fygura que diablos la fyzieron:
A los pueblos cruzados revolverlos quisieron.

Como todo lo que tiene relacion con los orígenes de nuestra poesía ofrece siempre sumo interés, si no por el agrado que es imposible encontrar en la lectura de obras rudas y desaliñadas, al menos por la curiosidad que inspiran los primeros pasos que se dieron para sacar el idioma de la oscuridad en que yacía, citaremos aquí las últimas poesías correspondientes á esta época, que han sido publicadas por don Pedro José Pidal en la Revista de Madrid. Están sacadas de un antiguo códice que se halla en la biblioteca del Escorial con el siguiente título: *Vidas del rey Apolonio y de santa Maria Egipciaca, y la Adoracion de los santos reyes, en verso antiguo.*

La vida ó *Libre de Apolonio* es la mas curiosa de estas tres obras. Se reduce á un poema en verso alejandrino, de autor anónimo; y creemos con el señor Pidal, que debe pertenecer á la mitad del siglo XIII, como el poema de Alejandro con quien tiene mas de una semejanza, sobre todo en la versificacion y en el lenguaje. Hay mas cultura, mas armonía que en el poema del conde Fernan Gonzalez, pero no llega en estas dotes á Berceo. Sin embargo, esta obra se lee con mucho mas gusto que las anteriores, porque el argumento es en estremo interesante y la fábula muy ingeniosa.

Las aventuras de Apolonio, sus viajes, sus desgracias, su encuentro con Tarsiana, cuya pintura está llena de gracia, y el descubrimiento de que es hija suya, no solamente interesan sino que demuestran un ingenio y un arte que no parecen propios de aquella época. Con efecto, la historia ó leyenda, como en otro artículo ha dicho el mismo señor Pidal, es de mas remota antigüedad. Parece haber sido escrita originalmente en griego; pero solo se conoce hasta el dia la traduccion latina, hallada por *Marcos Valsero* en un códice antiguo de la biblioteca de un monasterio de Ausburgo: el original griego existe todavia, segun dicen, en Constantinopla. El imitador castellano, sin embargo de ajustarse bastante en lo general á la leyenda latina, introduce en la narracion notables diferencias, mejorando no pocas veces el original.

Para muestra de la versificacion, he aquí el pasaje en que Apolonio espresa su alegría, cuando reconoce á su hija.

Prisola en sus brazos con muy grand alegria
Diciendo; ¡Ay mi fija que ya por vos muria!
Agora he perdido la cuyta que habia:
Fyja, no amanesció para mí tan buen dia.
Nunqua este dia no lo cuyde veyer,
Nunqua en los mios brazos ya vos cuyde tener.
Ove por vos tristicia, agora he placer,
Siempre abré por ello á Dios que agradescer.
Comenzó á llamar: venit los mios vasallos,
Sano es Apolonio, ferit palmas é cantos,
Echat las coberteras, corret vuestros caballos,
Alzat tablados muchos, pensat de quebrantallos.
Pensat como fagades fyesta grand é complida,
Cobrada é la fyja que habia perdida;
Buena fué la tempestat, de Dios fué permitida,
Por donde nos ovlemos afer esta venida. &.

La vida de Santa María Egipciaca no es otra cosa mas que su conocida leyenda, puesta en verso corto, y lo mismo la *Adoracion de los reyes*. He aquí el principio de estos dos poemas.

De santa María.

Oyt varones huna razon
En que non ha si verdad non
Escuchat de corazon
Si ayades de Dios perdon.
Todo es fecho de verdat
Non hay ren de falsedat:
Todos aquellos que á Dios amarán
Estas palabras escucharán:
E los que de Dios non an cura
Esta palabra mucho les es dura.
Bien sé que de voluntat la oirán
Aquellos que á Dios amarán:
Esos que á Dios amarán
Grant galardon ende recibirán.
Si escucháredes esta parabla
Mas vos valdrá que una fabla.
De huna Duenya que avedes oyda
Quiero vos comptar toda su vyda;
De santa María Egipciaca,
Que fué huna Duenya muy lozana,
Et de su cuerpo muy lozana. &.

De la Adoracion.

Pues muchas veces oyestes contar
De los tres reyes que vinieron buscar
A Jesucristo, que era nado
Una estrella los guiando;
Et de la grant maravilla
Que les avino en la villa
Do Erodes era el traidor,
Enemigo del Criador.
Entraron los reyes por Betlem la cibdat,
Por saber Erodes si habia verdat,
En qual lugar podrian fallar
Aquel Senyor que hyvan buscar;
Que ellos nada non sabien
Erodes si lo querie ma ho bien.
E quando con ell estudieron
E el estrella nunqua la vieron. &c.

Por estas muestras se ve que ambas composiciones son infinitamente mas toscas y bárbaras que el poema de Apolonio, y que por consiguiente no pertenecen al mismo autor. Antes bien las creemos bastante mas antiguas, y algunas de las muchas leyendas que compuestas por poetas vulgares, corrian en boca del pueblo, y eran cantadas por él en una música tambien informe y arbitraria.

En la biblioteca de Madrid existen códices con otras poesias antiguas castellanas, siendo de notar que algunos no están en letra comun, sino en caractéres árabes, prueba de la grande influencia que tenia entonces entre nosotros la literatura de aquella nacion. Uno de estos peregrinos poemas, escrito sobre la tradicion bíblica de la *vida de Josef*, ha sido dado últimamente á luz por Mr. George Ticknor en su *Historia de la literatura española*.

Hemos hablado de las obras en prosa que compuso ó mandó componer bajo su direccion el rey don Alonso el Sabio. Este gran monarca quiso tambien merecer el laurel de poeta: los trozos que nos quedan de él son notables por la perfeccion del lenguaje, y por la preferencia dada á las coplas de arte mayor sobre el alejandrino: cualidades ambas que los colocan á gran distancia de las poesías anteriormente citadas. Además de un libro de cántigas, compuesto en dialecto gallego, se le atribuye otro intitulado del *Tesoro*, sobre el modo de hacer la piedra filosofal, el cual empieza así:

Llegó pues la fama á los mis oidos
Quen tierra de Egipto un sabio vivia,
E con su saber oi que facia

Notos los casos que no son venidos:
Los astros juzgaba, é aquestos movidos
Por disposicion del cielo, fallaba
Los casos que el tiempo futuro ocultaba,
Bien fuesen antes por este entendidos.
Cobdicia del sabio movió mi aficion
Mi pluma é mi lengua con grande humildad,
Postrada la alteza de mi magestad,
Ca tanto poder tiene una pasion:
Con ruegos le fiz la mi peticion.
E se la mandé con mis mensageros,
Averes, faciendas é muchos dineros
Alli le ofreci con santa intencion.

Al fin de este libro da en cifra el método de hacer aquella preciosa piedra; mas este enigma no se ha podido hasta ahora aclarar. Mejores aun que las coplas del Tesoro, son las siguientes, únicas que quedan del libro de las *Querellas*.

A tí, Diego Perez Sarmiento, leal
Cormano é amigo é firme vasallo,
Lo que á mios homes por cuita los callo
Entiendo decir plañendo mi mal:
A tí que quitaste la tierra é cabdal
Por las mias faciendas en Roma é allende,
Mi péndola vuela, escóchala dende,
Ca grita doliente con fabla mortal.
¡Como yace solo el rey de Castilla
Emperador de Alemania que foé,
Aquel que los reyes besaban el pié,
E reynas pedian limosna é mancilla!
El que de hueste mantuvo en Sevilla
Diez mil de á caballo é dobles peones,
El que acatado en lejanas naciones,
Foé por sus tablas é por su cochilla.

Si son con efecto estas composiciones de don Alonso, prueban la gran facilidad de aquel rey para versificar, y que á haber emprendido obras de asuntos verdaderamente poéticos, hubiera sido en esto, como en los demás ramos del saber, superior á sus contemporáneos.

Pero si los esfuerzos y el ejemplo de tan ilustre monarca lograron dar un impulso increible á la lengua castellana, haciéndola prometer sazonados frutos en época en que las demás naciones europeas tan atrasadas estaban, despues de su muerte, no solo se paró el movimiento, sino que hubo un retroceso que casi hizo volver nuestra literatura á su primitiva rudeza. Ya en los últimos años del reinado de don Alonso fue amargada su vida por

la rebelion de su hijo; y las turbulencias posteriores que agitaron el reino, las largas minoridades, las revueltas de los grandes, las guerras civiles, y las mil calamidades que llovieron sobre Castilla, dieron á las almas tal fiereza, y produjeron tal cúmulo de atrocidades, que no era posible estuviesen templados para la poesía hombres que presenciaban por do quiera escenas de horrores y de sangre. En vano don Alonso XI se esforzó por continuar el impulso que habia dado el rey sabio; desde el advenimiento al trono de don Pedro el retroceso es visible, y todo el siglo XIV fue un siglo de barbarie.

Distinguense sin embargo antes del rey don Pedro, el infante *don Juan Manuel* y *Juan Ruiz*, y en su tiempo y despues, el *judío don Santo*, y *don Pedro Lopez de Ayala*.

D. Juan Manuel, hijo del infante D. Manuel y nieto de San Fernando, sirvió bajo los reinados de Fernando IV y Alonso XI, distinguiéndose por sus hechos de valor en los combates y pericia en el gobierno. En un tiempo en que la mayor parte de los grandes hacian gala de una ruda ignorancia, supo unir al ejercicio de las armas el cultivo de las letras; pero entre las muchas obras que compuso y dejó legadas al convento de Dominicos de Peñafiel, donde fue enterrado, solo una, si bien tal vez la mas notable, ha logrado la luz pública. Esta es *El Conde Lucanor*, en la cual, bajo una graciosa fábula moral enseña á los hombres el acierto y buen órden de vivir con muy sanos consejos y ejemplos dignos de imitacion. La rigidez de la moral se halla templada con la narracion de graciosos cuentos y sucesos notables; siendo á la vez un modelo de buena razon y de buen gusto; y no solo admira la variedad que el autor ha sabido dar á su obra para hacerla amena, sino tambien la belleza del lenguaje que agrada en medio de su sencillez antigua. D. Juan Manuel supone que el conde Lucanor carece de la instruccion y habilidad necesarias para arreglar su conducta; pero coloca á su lado á Patronio, consejero hábil, dotado del talento que á aquel le falta, y que sucesivamente le va enseñando su doctrina en 49 apólogos. He aquí una muestra de su estilo.

«El conde Ferran Gonzalez era en Burgos, é avia pasado muchos trabajos por defender su tierra; é una vez que estaba ya mas en sosiego é en paz, dixole Nuño Lainez: que seria bien que de allí en adelante que non se metiese en tantos ruidos, é que folgase él, é que dejase folgar á sus gentes. Y el conde respondió, que á hombre del mundo non placeria mas que á el folgar é estar vicioso, si pudiese; mas que bien sabia que avia guerra con los moros é con los leoneses é con los navarros: é que si quisiesen mucho folgar, que los sus contrarios luego serian contra ellos. Y que si quisiesen andar á caza é con buenas aves por Arlanza, ayuso é arriba, é en

buenas mulas gordas é dejar de defender la tierra, que bien lo podrian facer; mas que le conteceria como dice el proverbio antiguo: *murió el hombre é murió su nombre.* Mas si quisiésemos olvidar los vicios, é facer mucho por nos defender, é levar nuestra honra adelante, dirán por nos, despues que muriéremos: *murió el hombre, mas non su nombre.*»

El infante D. Juan Manuel exornó estos egemplos, ó apólogos, con excelentes sentencias en verso, donde mostró su grande habilidad en la poesia. Lástima es que se haya perdido su *Libro de los cantares*, en que á juzgar por la multitud de metros que emplea en el *Conde Lucanor* y por la gracia y soltura con que se espresa, no apareceria menos digna del aprecio de la posteridad que en las demás obras llegadas á nuestros dias.

Juan Ruiz nació, segun probabilidades, en Guadalajara, y fue arcipreste de Hita, villa distante cinco leguas de aquella ciudad. Compuso sus poesias por los años de 1343, en el reinado de don Alonso XI. El argumento de ellas es la historia de sus amores interpolada con apólogos, alegorías, cuentos, sátiras, refranes y aun devociones. Manifiesta gran facilidad, gracia y donaire, aventajando en dotes poéticas á sus antecesores. He aqui como implora el favor de Vénus para con una dama.

Señora doña Venus, muger de don Amor,
Noble dueña, omíllome yo vuestro servidor:
De todas cosas sodes vos el Amor señor,
Todos os obedescen como á su facedor.
Reyes, duques ó condes, é toda criatura
Vos temen é vos sirven como á vuestra fechura,
Complid los mios deseos, é dadme dicha é ventura,
Non me seades escasa, nin esquiva, nin dura.
So ferido é llagado, de un dardo so perdido,
En el corazon lo travo encerrado é escondido;
Non oso mostrar la llaga, matarme ha si la olvido,
E aun desir non oso el nombre de quien me ha ferido.
El color he perdido, mis sesos desfallescen,
La fuerza non la tengo, mis ojos non parescen, etc.

Y Vénus responde:

Toda muger que mucho otea, ó es risueña,
Dil' sin miedo tus cuitas, nen te embargue vergüeña.
Apenas de mil una te desprecie...
Si la primera onda de la mar ayrada
Espantase al marinero quando viene turbada,
Nunca en la mar entrarie con su nave ferrada;
Non te espante la dueña la primera vegada.

Con arte se quebrantan los corazones duros,
Tómanse las cibdades, derríbanse los muros,
Caen las torres altas, álzanse pesos duros,
Por arte juran muchos, por arte son perjuros.

Rabbi don Santo de Carrion, llamado así por ser natural de Carrion, ó residir en esta villa, floreció por los años de 1360, en el reinado de don Pedro. Los judíos, durante la edad media, gozaron de gran libertad y favor en España, y no solo se ocupaban en el comercio ó empleos lucrativos del Estado, sino que se dedicaban con afan y buena suerte al estudio de las ciencias y las letras; mereciendo la literatura rabínica ser conocida, al menos como uno de los medios de esclarecer la historia de la nuestra, tarea llevada ya á cabo en los *Estudios históricos políticos y literarios* dados á luz por don José Amador de los Rios. Las poesías que se atribuyen á este Rabbí don Santo, existen inéditas en el Escorial, y se intitulan *Consejos* y *documentos al rey don Pedro*; *Danza general de la muerte, en que entran todos los estados de gentes*, y la *Doctrina cristiana* (1). Estrañeza debe causar el ver á un judío dar lecciones de doctrina evangélica; mas como él dice:

Por nascer en espino
la rosa, ya non siento
que pierde, ni el buen vino
por salir de sarmiento.
Nin vale el azor menos
porque en vil nido siga,
nin los enxemplos buenos
porque judío los diga.

D. Pedro Lopez de Ayala fue caballero de muy noble linaje, descendiente de la casa de Haro, Canciller de Castilla y señor de Salvatierra de Alava. Intervino en grandes negocios de Estado, y dejó el servicio de don Pedro, para pasarse al de su hermano el conde de Trastamara. Hallóse en muchas acciones de guerra, quedando prisionero en las batallas de Nájera y Aljubarrota; y fue tan amante de las letras que á pesar de sus elevadas ocupaciones, halló tiempo para emplearlo en la lectura y el estudio. Hizo traducir en lengua castellana algunas obras antiguas, entre ellas la historia romana de Tito Livio; y deseoso de trasmitir á la

(1) Mr. George Ticlonor distinguido escritor anglo-americano, ha publicado los *Consejos y documentos* y la *Danza de la muerte* en el tomo de su *Historia de la literatura española*, ya en otro lugar citado.

posteridad los sucesos que presenció, compuso las crónicas de cuatro reyes, desde don Pedro, hasta don Enrique III. Su estilo es claro y natural, pero árido y desaliñado, y muy lejos del agrado que tiene el de don Juan Manuel, aunque escribió posteriormente, causando fatiga su lectura. No obstante, en medio de esta rudeza, Ayala escribe á veces con notable energía. Su imparcialidad como historiador, debe ser sospechosa, pues enemigo de don Pedro y partidario de don Enrique, además de escribir en el reinado de este último, debió impulsarle á acriminar á don Pedro el deseo de justificar su desercion y poco leal conducta; siendo sus juicios tanto mas terribles, cuanto que los presenta con sencillez, calma, y sin pasion aparente.

No daremos aquí muestras de su estilo en prosa, en el cual se advierte la rudeza á que habia vuelto el habla castellana. Sus versos se resienten tambien de la misma decadencia y son muy inferiores en buen gusto y armonía á los de Berceo, Lorenzo y el Arcipreste. Intitúlase el libro de sus poesías, todavía inédito, el *Rimado de palacio*. Su asunto es una instruccion que da á los reyes, príncipes y grandes para gobernar á los pueblos, descubriendo sin rebozo los vicios de varias clases del Estado. Está compuesto en versos de catorce sílabas, pero tambien los hay de diez y seis, de doce y de menos: usa la rima cuádruple; mas á veces se desvia de esta regla, y cruza los consonantes. Véase cómo trata á los malos consejeros de los reyes.

Los privados del rey é los sus allegados
Asaz tienen de quexas é de grandes cuidados
Ca, mal pecado, muchos consejos son errados
Por querer tener ellos los reyes lisonjados.
Quando en el consejo la cuestion es propuesta
Luego cata el privado aquel cabe se acuesta
La voluntad del Rey, é va por esa cuesta
Cuydando á su casa levar buena respuesta.
El Rey dellos se fia, por en de quien lo daña
A muy mala ventura quien con lisonja lo engaña,
Dígale su servicio ca si un ora se ensaña
El rey non le echará por ende su compaña.
Que debe el consejero desir al Rey verdat,
E siempre lo iso inclinar á faser piedat:
E todo tiempol guarde non faga crueltat.
Ca clemencía es en los Reys muy loada bontat.

Por esta muestra se ve que el buen Canciller, si merece elogio por la sana intencion, no se perdia de vista en cuanto á lo poeta.

Hemos dicho mas arriba, que la versificacion generalmente adoptada en este período de nuestra poesía, fue el verso alejan-

drino; pero aunque este se reputaba, acaso entonces el verso por excelencia, se usaron tambien otros muchos metros. En primer lugar ya empezaron á introducirse las coplas de arte mayor que en breve habian de reemplazar completamente á los alejandrinos. El rey don Alonso el Sabio, guiado sin duda por aquel recto juicio que le acompañaba en estas materias, les dió, como hemos visto, una justa preferencia; pero además, el libro de cántigas que dejó está todo en versos de diversidad de silabas. La vida de santa María Egipciaca, la Adoracion de los reyes, anteriormente citadas, están en versos cortos y rimados, aunque imperfectamente. Los que quedan tambien citados del judío don Santo, son redondillas eptasílabas, habiendo empleado los versos de arte mayor y los de ocho silabas y pié quebrádo. Tambien está escrita en redondillas de ocho silabas la *Historia* de Alonso XI, atribuida equivocadamente al mismo rey, pues que pertenece realmente á uno de sus caballeros, llamado Rodrigo Yañez segun ha probado ya el autor de los citados *Estudios sobre los judios* de España. He aquí algunos estractos de la composicion referida.

El rey moro de Granada
mas quisiera la su fin,
la su seña mas preciada
entrególa á don Ozmin.
El poder le dió sin falla
á don Ozmin, su vasallo;
Escusóse de batalla
con cinco mil de caballo.
Despues la zaga vinieron
ricos homes y Arrayaces,
é todos luego fecieron
muy bien apostades faces, etc.

Lopez de Ayala, don Juan Manuel, emplean tambien variedad de metros; y finalmente el Arcipreste de Hita, aunque por lo general se sirve del alejandrino, por ser el que estaba en moda, usa de otros metros con frecuencia, y en sus obras se encuentran hasta once clases diferentes de versos; siendo de notar que en ellos muestra particular fluidez y dulzura, lo que prueba cuánto hubiera podido adelantar nuestra poesía á no empeñarse los escritores de aquella época en continuar con el malhadado alejandrino. Véase sino, esta muestra del mismo Arcipreste.

Cerca la tablada
La sierra pasada
Fallem, con aldara
A la madrugada.

Encima del puerto
Coidé ser muerto
De nieve é de frio;
E de ese rocio,
E de grand helada.
A la decida
Dí una corrida,
Fallé una serrana,
Fermosa, lozana,
Y bien colorada.
Dixe yo á ella,
Omillome, bella, etc.

Tambien supo mezclar los versos con sus quebrados, como en esta composicion, á la Virgen.

Gracia plena sin mansilla,
Abogada,
Por la tu merced, señora,
Fas esta maravilla
Señalada.

Finalmente hasta conoció el verso endecasílabo, como se prueba en los siguientes, notables por su dulzura.

Quiero seguir á tí, flor de las flores,
Siempre desir cantar de tus loores.

Y no fué solo el Arcipreste quien conoció esta versificacion que á tanta altura debia alzar años despues nuestra poesía. El infante don Juan Manuel, entre las sentencias en verso ya mencionados, que incluye en su *Conde Lucanor*, tiene las siguientes:

Por falso dicho de ome mentiroso
Non pierdas el amigo provechoso.
Non aventures mucho tu riqueza
Por consejo del ome que ha pobreza.

Llevando la escrupulosidad hasta observar las reglas de agudos y esdrújulos, como se vé en estos:

En el comienzo debe ome mostrar
A su muger como debe pasar.
Non castigues al mozo maltrayéndole,
Mas dale como vayas aplaciéndole.

Hemos querido dar alguna estension á nuestras observaciones sobre los escritores de esta época, porque son poco conocidos, y

porque siempre agrada el ver los primeros pasos de una literatura que despues ha sido tan fecunda, asi como complace el hallarse junto al manantial de algunos de esos grandes rios, cuyo inmenso caudal de aguas va á regar estensos y florecientes imperios. Verdad es, como dice Capmany, que en ellos no hallaremos gran elegancia, correccion, armonía, ni sublimidad; pero tampoco nos mortifican la falsa brillantez, los antítesis simétricos, las espresiones forzadas, los pensamientos poco naturales, y todas las afectaciones de esta naturaleza, que tanto inficionaron y afearon los escritos de algunos autores mas modernos en los tiempos de la mayor cultura del estilo y de la lengua. Pero en recompensa distinguimos en aquellos antiguos y venerables escritos una amable sencillez, que á pesar de acompañarla alguna vez cierta especie de rusticidad, es muy eficaz para espresar toda la verdad de los sentimientos naturales. Estos, parece que se ven correr fácil y mansamente en aquellos escritos; bien que otras veces se advierten, en medio de una cándida simplicidad, ciertos rasgos tan redundantes y desaliñados, que su inelegancia y languidez ofenden nuestros delicados oidos, y tambien algun pensamiento pobre y falso que, por falta de gusto y de observaciones críticas, el autor no era capaz de desechar entonces.

CAPITULO III.

SIGLO XV.

Trascurrido el siglo XIV, aunque no cesaron las revueltas en Castilla, amaneció otra vez la luz del saber, y la aficion literaria se comunicó á los ricos hombres y gentes cortesanas. Recibió nuevo impulso la literatura, y el siglo XV ofreció una mezcla de ambicion y cultura, de trastornos y progresos intelectuales, de empresas criminales y de amor á la poesía de desmanes y galantería, que le dan un carácter tan particular como digno de atencion y estudio.

Mientras en el anterior permanecia Castilla estacionaria, ó mas bien retrogradaba en el camino del saber, otras naciones de Europa, y mas que ninguna Italia, dieron pasos agigantados y se adelantaron á ella. La lengua toscana adquirió de repente gala y hermosura, salió de la postracion en que yacia, y produjo, entre otros, dos poetas inmortales, Dante y Petrarca, y un prosista elegante, Bocacio. Dante, profundo, sublime, prueba el primero que con aquella lengua, aunque áspera y poco flexible todavia, se puede subir á la altura de los grandes poetas de la antigüedad. Petrarca, mas templado y suave, la acabó de per-

feccionar, dándole la dulzura que ahora tiene. Ambos probablemente se habian formado al par en la escuela de los antiguos y en la de los poetas provenzales. Su fama traspasó los mares y los montes, llegó tambien á Castilla, y al punto fueron objeto de imitacion para nuestros escritores.

Tenian estos tambien por modelo á los poetas provenzales, tanto mas conocidos de ellos, cuanto que la inmediacion á Aragon y las relaciones mas estrechas que entre los dos reinos existieron, desde que el infante de Antequera subió al trono de aquella monarquia, facilitaban el conocimiento y estudio de los trovadores.

La lengua provenzal, con cortas variaciones, se hablaba en Cataluña, Aragon, Valencia y Mallorca, y estos reinos habian producido acreditados poetas como los Jordis, Muntaner, Ausias March, Raimundo Lulio; y hasta los reyes como Pedro III y Pedro el Ceremonioso, habian hecho trovas, favoreciendo á los que se llamaban maestros en la *gaya ciencia*. Aun acababan de introducirse en el reino los juegos florales, á imitacion de los de Tolosa, y el ardor poético se comunicaba por todas partes á príncipes, grandes y vasallos. Esta poesía provenzal, como tan célebre en aquellos tiempos, y por tener además en su espíritu y forma grande analogía con el genio español, fue la fuente donde principalmente bebieron nuestros poetas castellanos del siglo XV.

Contribuyó en gran manera á esto la influencia de un hombre célebre, el marqués de Villena, unido por los lazos de la sangre á las familias reales de las dos monarquías, y poderoso en ambas. Inflamado por un ardiente deseo de saber, se habia dedicado con teson al estudio de las ciencias, y sus profundos conocimientos en las naturales, le hicieron pasar por hechicero, á tal punto, que despues de su muerte se mandaron quemar sus libros y manuscritos, pérdida irreparable para la historia de la literatura. Protegiendo con todos sus esfuerzos el cultivo de la poesía, estableció en Zaragoza el *Consistorio de la gaya ciencia*, y trataba de fundar otra academia igual en Castilla, cuando le arrebató la muerte. Cuéntasele entre los promovedores de la poesía dramática en España por haber hecho representar en Zaragoza una alegoría suya en la cual hablaban la justicia, la paz, la verdad y la misericordia; y finalmente llegó hasta publicar una especie de arte poética, pues tal se puede llamar la instruccion que dirigió al marqués de Santillana para los miembros del consistorio.

Entre las obras que emprendió fue una la traduccion en prosa de la Encida, y de cuál seria este trabajo y del estilo suyo, se puede formar una idea por el trozo siguiente con que principia.

«Yo, Virgilio, en versos cuento los fechos de armas y las virtudes de aquel varon, que partido de la troyana region y ciu-

dat, fuidizo vino primero por fatal influencia á las de Italia partes, á los puertos, si quier riberas ó fines del reino de Lavinia; por muchas tierras y mares aquel trabajado, si quier traido, afamosamente por la fuerza de los Dioses, mayormente por la ira recordante de la cruel Juno, el qual pasó muchos peligros, y padeció muchas afrentas en batallas, en tanto que se disponia la edificacion de la romana ciudat, y se introducia la religion de los Dioses en Italia.

Fácilmente se nota en esta muestra lo trabajado de la frase y el afan de acomodar á nuestra lengua los giros de la latina, afectacion que se comunicó á todos los escritores de aquella época, que no apartando sus ojos de la antigüedad, se empeñaron en ser imitadores en vez de originales, y no acertaron á dar á nuestro lenguaje la facilidad y soltura que hubiera tenido si escribieran solo bajo el influjo de sus propias y naturales inspiraciones.

Si el marqués de Villena no llegó á realizar todos sus proyectos literarios respecto de Castilla, logró al menos dar un grande impulso, é inaugurar una epoca de prodigioso movimiento literario. No parece sino que se habia apoderado de todo el mundo en Castilla una especie de vértigo poético: apenas habia persona de mediana instruccion que no hiciese coplas como entonces se decia y los versos de todas clases inundaron el reino. En el *Cancionero general de Baena*, publicado en este año de 1851, y en el recopilado por Fernando del Castillo á principios del siglo XVI, en los cuales incluyen los colectores todas las composiciones que pudieron haber á la mano de los poetas del siglo anterior, se cuenta un número casi fabuloso de autores, y aun se les escaparon muchos poetas y muchas poesías, como se puede ver por otros cancioneros todavia inéditos, que existen en nuestras bibliotecas. Una nacion y un siglo que produjeron tantos poetas en medio de los trastornos civiles, estaban necesariamente dotados de un ingenio poético verdaderamente estraordinario, y se sentian arrastrados de irresistible impulso hácia las tareas literarias.

Porque lo notable no es ese gran número de escritores, sino la cualidad de ellos, pues la mayor parte eran personas de alta clase y de las mas distinguidas del reino. La córte de don Juan II ofrecia el espectáculo de una contínua academia, en la cual los mismos que poco antes habian empuñado las armas y combatido unos contra otros para arrancarse el poder, se entregaban juntos al dulce solaz que proporcionan las musas. Coplas hacia el rey, coplas el condestable don Alvaro de Luna, coplas todos los palaciegos: el talento poético de que se hacia alarde, suavizaba el carácter de aquellos hombres turbulentos, é inspirándoles templanza á par que amable cortesanía, dulcificaba el horror de las discordias civiles.

De tantos poetas, sin embargo, ya ricos hombres, ya trovadores humildes, pocos son aquellos cuyos nombres se han salvado del general olvido, y hasta las obras de estos son mas bien un objeto de curiosidad, que de interés ó estudio. Poco en efecto se puede hallar en ellos que sirva hoy dia de modelo ó de agradable entretenimiento. Prescindiendo de la naturaleza de sus composiciones y de su poco ó mucho valor intrínseco, la sola circunstancia de haberse adoptado despues de ellos un sistema de versificacion mas favorable á la poesía, ha bastado para que la mayor parte de aquellas obras hayan perdido casi todo su mérito. Se necesita que la materia sea de un precio muy subido para que el objeto conserve algun valor, cuando la forma ha dejado enteramente de estar en uso.

El mas digno de nota entre todos aquellos poetas, es sin duda Juan de Mena, cuyas aventajadas dotes, lozana imaginacion y fuerza de cabeza, hacen sensible no alcanzase época mas favorable al buen uso de su grande ingenio. Entre las obras que compuso, aspiró sobre todo á inmortalizarse con una, en la cual no solo desplegó sus grandes facultades poéticas, sino tambien su vasta erudicion y elevado talento. Desgraciadamente el contagio de la imitacion, le apartó de la senda que mas le convenia, arrastrándole en pos del Dante á quien se propuso por modelo en la disposicion de su poema, y hasta en la aspereza del estilo. Su *Laberinto* tenia por objeto trazar un cuadro alegórico de la vida humana, abarcando todos los siglos para ensalzar los grandes hechos y anatematizar el crímen. Fórmase Mena por lo tanto, siguiendo las huellas del Dante, un mundo tambien alegórico; y tres grandes ruedas representan lo pasado, lo presente y lo futuro, trayendo en su movimiento los sucesos que intenta describir. El poema se compone de trescientas coplas de arte mayor, en las cuales vá desplegando toda su erudicion, no pocas veces con admirable fantasía. Pero dos cosas hacen penosa la lectura de esta obra. Es la primera la falta de interés, así en la accion general como en los pormenores. Aunque el poeta se propone celebrar hechos españoles, empresa que sola ella debiera hacer su obra nacional, no se acuerda de los héroes ni de las sublimes hazañas que nuestra historia le ofrecia, limitándose á empalagosas alabanzas de don Alvaro de Luna y de un rey tan indolente y despreciable como don Juan II. Conócese sin embargo, que de haber acometido aquella empresa, hubiera salido airoso, y otra fuera su fama, por los trozos que refieren las muertes del conde de Niebla y de Lorenzo Dávalos, únicos en que ha podido hacer alarde de verdadero patriotismo.

La segunda causa del poco agrado con que se lee este poema, es la rudeza y poca armonía del lenguaje que llega á cansar muy

pronto. Contribuye á esto la insufrible monotonía de las coplas de arte mayor, que á la constante uniformidad del verso, siempre dividido en hemistiquios iguales, añade la simetría de las rimas y la dificultad de estas, pues en cada copla deben siempre hallarse cuatro iguales colocadas en los mismos parajes. El empleo de semejante sistema métrico, es árduo, penoso, y opuesto al movimiento y entusiasmo del poeta. Además, Juan de Mena no solia tener un oido bastante delicado. Sus versos carecen muy á menudo, aun en los mejores trozos, de medida y cadencia: el lenguaje es duro, las inversiones violentas; respeta poco el idioma, é inventa ó destroza las palabras á su antojo, como tambien altera la construccion gramatical. Tiene fuerza y energía en los pensamientos, elevacion en las ideas, grandiosidad en las imágenes; pero estas dotes quedan á cada paso oscurecidas por aquellos defectos. El trozo siguiente es uno de los mas bien sentidos y versificados, y mas leida y estimada seria la obra si toda se le pareciese. Pinta el dolor de la madre de Lorenzo Dávalos al ver el cadáver de su hijo.

Bien se mostraba ser madre en el duelo
Que fizo la triste despues que ya vido
El cuerpo en las andas sangriento, tendido,
De aquel que criára con tanto desvelo:
Ofende con dichos crueles al cielo,
Con nuevos dolores su flaca salud,
Y tantas angustias roban su virtud
Que cae la triste muerta por el suelo.
Rasga con uñas crueles su cara,
Hiere sus pechos con mesura poca;
Besando á su fijo la su fria boca
Maldice las manos de quien lo matára;
Maldice la guerra do se comenzára,
Busca con ira crueles querellas,
Niega á sí misma reparo de aquellas,
Y tal como muerta, viviendo, se para.
Decia llorando con lengua rabiosa:
O matador de mi fijo cruel,
Matáras á mi, dexáras á él,
Que fuera enemiga no tan porfiosa;
Fuera á la madre muy mas digna cosa,
Para quien mata llevar menos cargo,
Y no te mostráras á él tan amargo,
Ni triste dejáras á mí querellosa.
Si antes la muerte me fuera ya dada,
Cerrára mi fijo con estas sus manos
Mis ojos delante de los sus hermanos,
E yo no muriera mas de una vegada;
Moriré así muchas desaventurada,

Que solo padezco lavar las feridas
Con lágrimas tristes é non gradescidas,
Maguer que lloradas por madre cuitada.

Otro de los ingenios mas esclarecidos del reinado de don Juan II fué el marqués de Santillana, don Iñigo Lopez de Mendoza, amigo y discípulo del marqués de Villena. Era este uno de los mas nobles y ricos caballeros de la época, y á la par, de los mas ilustrados y virtuosos. El monarca le distinguió siempre con particular aprecio, aunque el marqués no siguió algunas veces su partido; y tal fama alcanzó, que hasta de fuera del reino venian gentes á Castilla para conocerle. Compuso infinidad de poesías líricas, y algunas obras de mas aliento, como son el *Canto fúnebre* á la muerte del marqués de Villena, y el *Doctrinal de privados*; pero la mas curiosa es una historia de la poesía hasta su tiempo, que con el título de *Prohemio* dirigió al condestable de Portugal. En el canto fúnebre y el doctrinal, se presenta como poeta moral y político; sus demás composiciones son casi todas amatorias; pero en ellas brilla mas que la sensibilidad y ternura correspondientes al género, la afectacion de conceptos agudos y de ingeniosas alusiones: tambien desluce sus obras el prurito de ostentar erudicion, y de citar autores antiguos y dioses de la fábula. Véase para ejemplo cómo pondera su amor á una querida.

Antes el rodante cielo
Tornará manso é quieto,
E será piadosa Aleto
E pavoroso Metelo,
Que yo jamás olvidase
Tu virtud,
Vida mia, é mi salud,
Nin te dexase.
El César afortunado
Cesará de combatir,
E ficieran desdecir
Al Priámides armado,
Antes que yo te dexára,
Idola mia.
Ni la tu filosomía
Olvidára.
Sinon se tornará mudo
E Társides virtuoso
Sardanápalo animoso,
Torpe Salomon é rudo;
En aquel tiempo que yo,
Gentil criatura,

Olvidase tu figura
Cuyo so.
Ethiopia tornará
Umeda, fria é nevosa,
Ardiente Scitia é fogosa,
E Scila reposará;
Antes que el ánimo mio
Se partiese
Del tu mando é señorío,
Nin pudiese.
Las fieras tigres farán
Antes paz con todo armento,
Habrán las arenas cuento,
Los mares se agotarán;
Que me haga la fortuna
Si non tuyo,
Nin me pueda llamar suyo
Otra alguna.
Ca tu eres caramida,
E yo soy fierro, señora,
E me tiras cada hora
Con voluntad non fingida.
Pero non es maravilla,
Ca tú eres
Espejo de las mugeres
De Castilla.

Con todo, este poeta, sino tenía la elevacion de Juan de Mena le aventajaba en pureza y armonía. Sus coplas de arte mayor son mucho mas dulces y sonoras. Sirvan de egemplo las siguientes:

Mas yo á tí sola me place llamar,
Oh cítara dulce mas que la de Orfeo;
Que tu sola ayuda, no dudo, mas creo,
Mi rústica mano podrá ministrar.
Oh biblioteca de moral cantar
Fuente melíflua de magna eloquencia,
Infunde tu grande y sacra prudencia
En mí, porque pueda tu planto esplicar.
A tiempo á la hora suso memorado,
Así como niño que sacan de cuna,
No sé falsamente ó si por fortuna,
Me ví todo solo al pie de un collado
Selvático, espeso, lexano á poblado,
Agreste, desierto é tan espantable,
Que temo vergüenza, no siendo culpable,
Quando por estenso lo habré recontado.

La letrilla siguiente es en estremo agradable por su sencillez y suavidad.

Moza tan fermosa
Non vi en la frontera
Como una vaquera
De la Finojosa.
Faciendo la via
De Calateveño
A Santa María,
Vencido del sueño
Por tierra fragosa
Perdí la carrera,
Do ví la vaquera
De la Finojosa.
En un verde prado
De rosas é flores
Guardando ganado
Con otros pastores,
La ví tan fermosa
Que apenas creyera
Que fuese vaquera
De la Finojosa.
Non creo las rosas
De la primavera
Sean tan fermosas
Nin de tal manera,
Fablando sin glosa,
Sí antes supiera
Daquella vaquera
De la Finojosa,
Non tanto mirára
Su mucha beldad
Porque me dexára
En mi libertad;
Mas dixe: donosa,
Por saber quién era
Aquella vaquera
De la Finojosa.

Otro poeta, Jorge Manrique, hijo del conde de Paredes, compuso coplas, á cuyo metro particular ha dejado su nombre. Su cancion á la muerte de su padre se diferencia tan poco del lenguage actual, que parece escrita en estos tiempos.

Recuerde el alma adormida,
Avive el seso y despierte
Contemplando
Cómo se pasa la vida,

Cómo se viene la muerte
Tan callando.
Cuán presto se vá el placer,
Cómo despues de acordado,
Dá dolor;
Cómo á nuestro parecer
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.

. . . . . .

Nuestras vidas son los rios
Que van á dar en la mar,
Que es el morir:
Allí van los señorios
Derechos á se acabar
Y consumir:
Allí los rios caudales,
Allí los otros medianos,
Y mas chicos,
Allegados son iguales;
Los que viven por sus maños
Y los ricos.

. . . . . .

Los placeres y dulzores
De esta vida trabajada
Que tenemos,
¿Qué son sino corredores,
Y la muerte es la celada
En que caemos?
No mirando á nuestro daño
Corremos á rienda suelta
Sin parar:
Desque vemos el engaño,
Y queremos dar la vuelta,
No hay lugar.

. . . . . .

¿Qué se fizó el rey D. Juan?
Los infantes de Aragon
¿Qué se ficieron?
¿Qué fué de tanto galan,
Qué fué de tanta invencion
Como truxeron?
Las justas y los torneos,
Paramentos, bordaduras
Y cimeras,
¿Fuéron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
De las eras?

Finalmente, distinguiéronse tambien en aquel tiempo, *Alonso de Cartagena*, arzobispo de Búrgos, *Garci Sanchez de Badajoz*,

Fernan Perez de Guzman, *el Bachiller de la Torre*, *Rodriguez del Padron* y su amigo *Macias*, mas célebre por su trágica muerte que por sus versos. Casi todos estos poetas solo tratan en sus composiciones de amoríos, y lo hacen con sutilezas metafísicas mas bien que con verdadera pasion.

Por no alargar, no citaremos versos de ninguno de ellos, aunque bien pudiéramos hallar trozos dignos de mencion como las coplas de Fernan Perez de Guzman que empiezan:

El gentil niño Narciso.....

Sin embargo, no pasaremos en silencio un autor poco conocido hasta ahora, pero que produjo una obra notable por su estension y su objeto. Este es *Juan de Padilla*, monje cartujo, que se anunció con el solo nombre de *el Cartujano*, y que dió á luz el poema de *Los doce triunfos*, cuyo objeto es, segun él mismo dice, «describir los hechos de los doce apóstoles, los cuales van divididos por los doce signos del zodiaco.» El héroe es el mismo poeta, á quien se aparece el apóstol San Pablo, y le conduce misteriosamente por apartadas regiones, ya en el cielo, ya en la tierra. En esto se vé que siguió, como Juan de Mena las huellas del Dante, admiracion y modelo de todos los poetas de entonces.

El Cartujano escribió en tiempo de los reyes católicos, despues de la conquista de Granada, cerca ya de la época en que Boscan y Garcilaso hicieron en la poesía castellana la revolucion de que á su tiempo hablaremos. Sin embargo, pertenece por su escuela y por su estilo, á los escritores del siglo XV, habiendo sin duda alcanzado en su infancia el reinado de don Juan II, puesto que compuso su obra en edad bien avanzada. Para muestra copiaremos los siguientes versos que son una imitacion de Virgilio. En ellos, y en todo el poema se ven mezclados los dioses y fábulas del paganismo con los misterios de nuestra religion; pero este era defecto comun á todos los poetas de aquellos tiempos, empapados, como estaban en las obras de la antigüedad. Dicen así:

Con próspero viento del Africo moto
Tomóse de Creta la propia derrota:
El aura crecia por alto commota,
Mezclando su flato con Eúrico noto:
Así navegando con nuestro piloto
Pasamos de Sapho á la Cintipolea,
Do Júpiter tuvo la cuna de Réa;
El índico monte no mucho remoto,
De donde el coloso las naves otea.
Así navegando los golfos tirrenos
Neptuno se eleva con ínvido dolo,

Rogando que suelte sus vientos Eólo,
Los temporales haciendo no buenos,
Luego se alteran los mares serenos,
Con ímpetu grave del aire movido,
Ocurre tronando Vulturno salido;
Túrbanse en tanto los mares y senos,
Que puesto no queda sin ser combatido.
En partes diversas las ondas infladas
Se quiebran luchando los rígidos vientos;
Conmoven las aguas los hondos cimentos
Y con las arenas se muestran mezcladas;
Rotas las velas y mas desplegadas
Del coz y bonete con sobra de viento,
Corria la nave por el sotavento;
Las flacas entenas del todo quebradas,
Y mas el timon por mayor detrimento

En mucho menor número que los poetas son los escritores en prosa de aquel siglo, pero algunos, sin embargo, produjeron obras que todavía se leen con curiosidad y hasta con cierto gusto.

El *Bachiller Fernan Gomez de Cibdareal*, fué médico del rey don Juan II, á quien asistió perennemente, no solo como facultativo, sino como una de las personas de su familiar confianza. Dotado de ingenio festivo, supo hacerse lugar con todos los señores de la córte, y conservar su puesto en medio de las parcialidades que la agitaban. Tuvo una vasta correspondencia con todos los principales personages de su tiempo, y gran número de cartas se han publicado bajo el título de *Centon epistolario*. Son ciento y cinco, y pueden considerarse como la historia secreta de la época. En esta curiosa coleccion se retratan al natural los caracteres de las personas mas notables, y hasta se sacan á luz sus pasiones y designios secretos. El autor da pruebas de que conocia á fondo el corazon humano y las intrigas palaciegas. Además de este interés de curiosidad, tienen estas cartas el de su estilo, que es siempre fácil, natural y en estremo chistoso, lo cual hace su lectura muy agradable. Hé aquí cómo cuenta la quema de los libros del marqués de Villena, en la epístola LXVI, dirigida *al dotovaron Juan de Mena*, en 1434.

«No le bastó á don Enrique de Villena su saber para no morirse; ni tampoco le bastó ser tio del rey para no ser llamado por encantador. Ha venido al rey el tanto de su muerte: é la conclusion que vos puedo dar será, que asaz don Enrique era sabio de lo que á los otros cumplia, é nada supo en lo que le cumplia á él. Dos carretas son cargadas de los libros que dexó, que al rey le han traydo; é porque diz que son mágicos é de artes non cumplideras de leer, el rey mandó que á la posada de Fr. Lope

Barrientos fuesen llevados: é Fr. Lope que mas se cura de andar del príncipe, que de ser revisor de nigromancias, fizo quemar mas de cien libros que no los vió él mas que el rey de Marruecos, ni mas los entiende que el dean de Cidá Rodrigo; ca son muchos los que en este tiempo se fan dotos, faciendo á otros insipientes é magos: é peor es, que se fazan beatos, faciendo á otros nigromantes. Tan solo este denuesto no habia gustado del fado este bueno é magnífico señor.»

El *Bachiller Alfonso de la Torre*, que vivia en la corte de Navarra, compuso para la instruccion del príncipe de Viana una obra doctrinal titulada *La Vision delectable*, cuyo manuscrito se tuvo en tanta estima, que por muchos años permaneció guardado en la cámara del rey de Aragon. Se divide este libro en dos partes: la primera trata de las artes liberales y ciencias naturales; y la segunda de filosofía moral, política y económica. Su lenguaje es por lo general bastante fluido y elegante, aunque el deseo de dar número y armonía á la frase le hace incurrir en trasposiciones estudiadas y violentas: tambien suele usar de voces latinizadas, vicio muy general entonces; pero se le debe considerar de todas maneras como uno de los mejores hablistas de aquel siglo. Hé aquí una muestra de su estilo.

«No trabajes como allegues riquezas supérfluas, que son causa de tristezas é trabajos; mas trabaja como non seas mendigo nin puesto en nescesidad grande: que la pobreza estrema aborrescida es de la condicion humana. E ansí, seyendo contento de lo tuyo, non avrás envidia ni procurarás lo ageno. Non fuyas todas las delectaciones como insensible é rústico, ni las persigas ansí como intemperado. De las palabras torpes abstenerte has, ca el su uso intemperancia engendra. Ama las palabras honestas é verdaderas mas que apartadas é afeitadas: mira lo que dices é la manera del decir. Lo que sabes enséñalo sin jactancia; é lo que non sabes, confiésalo sin vergüenza.»

Fernan Perez de Guzman, señor de Batres, y sobrino del canciller Ayala, fué uno de los ilustres personages que en su siglo reunieron al ejercicio de las armas el estudio de las ciencias. Despues de haber estado en la corte del rey don Juan II, mezclándose en las revueltas que agitaron el reino, se retiró disgustado de la política á su lugar de Batres, donde se entregó esclusivamente al cultivo de las musas. Hízose célebre por sus composiciones poéticas; y entre ellas, por sus *setecientas coplas de bien vivir*; pero su fama se funda hoy en sus obras en prosa, que son la *Crónica de don Juan II*, y el libro de las *Generaciones y semblanzas*. Esta última sobre todo es la que se conoce por de mayor mérito, y lo tiene con efecto en grado eminente. Es una gale-

ria de retratos en que pinta con mucha verdad y energía á sus mas ilustres contemporáneos. Su estilo conciso y nervioso, animado con la viveza de espresiones naturales, muestra cuánto partido se podia ya sacar en el siglo XV de la lengua castellana. Afecta la severa imparcialidad de un filósofo, y se trasluce el disgusto que le habian causado los sucesos de su época. Es enérgico y conciso: mas no por esto deja de ser sencillo; y libre de latinismos y de inversiones forzadas, su estilo siempre brilla por la precision y elegancia. Hablando del condestable de Castilla don Ruy Lopez Dávalos, dice:

«Su comienzo fué de pequeño estado: hombre de buen cuerpo é de buen gusto, muy alegre é gracioso, é de amigable conversacion: muy esforzado y de gran trabajo en las guerras; asaz cuerdo é discreto; la razon breve é corta, pero buena é atenta, muy sofrido é sin sospecha. Pero como en el mundo no hay hombre sin tacha, no fué franco; y aplacíale mucho oir astrólogos, que es yerro en que muchos grandes se engañan. Fué bien quisto del rey don Juan; pero con el rey don Enrique su hijo, usó tanta gracia é alcanzó tanta privanza con él, que un tiempo todos los hechos del reino eran en su mano.... Hizo en la guerra de Portugal notables autos de caballerías; pero despues por mezcla de algunos que mal lo querian, é porque comunmente los reyes, desde que son hombres, desaman los que cuando niños los apoderaron, fué ansí apartado del rey, é puesto en gran indignacion suya, que fué fuerza perder el estado é la persona.»

Fernando del Pulgar, secretario y consejero de los Reyes Católicos y su cronista, escribió la crónica de estos monarcas, la cual no alcanza mas que hasta la toma de Granada en 1492, pues murió pocos años despues; pero sus obras mas apreciables son los *Claros varones de Castilla* y sus *Letras* dirigidas á la reina y otros grandes personages. Su estilo es rico, conciso é ingenioso sin agudezas: hay en él sencillez, sin dejar de ser culto y elegante. Pinta los caractéres con rasgos fuertes, mas sin lisonja ni acrimonia, dominando siempre la sana razon y el juicio. Es en fin, el escritor de su tiempo que dijo las cosas mas sérias con mayor delicadeza, las mas importantes con mayor elegancia. Pondremos por muestra de su estilo el retrato que hace del marqués de Santillana.

«Era hombre agudo é discreto, é de tan gran corazon, que ni las grandes cosas le alteraban, ni en las pequeñas le placia entender. En la continencia de su persona é en razonar de fabla mostraba ser hombre generoso é magnánimo. Fablaba muy bien, é nunca le oian decir palabra que no fuese de notar, quien para doctrina, quien para placer. Era cortés é honrado de todos los que á él venian, especialmente de los hombres de ciencia. Como

fué en edad que conoció ser defraudado en su patrimonio, la necesidad, que despierta el buen entendimiento, é el corazon grande, que no deja caer sus cosas, le ficieron poner tal diligencia, que veces por justicia, veces por las armas recobró todos sus bienes. Era caballero esforzado, é ante de la facienda cuerdo é templado, é puesto en ella era ardid é osado; é ni su osadía era sin tiento, ni en su cordura se mezcló jamás punto de cobardía.»

Por las muestras que acabamos de dar, se notará que los prosistas del siglo XV se dedicaron con particular aficion á los escritos históricos. Con efecto, es grande el número de crónicas qué por entonces se escribieron, con la particularidad que mientras en otros paises eran estas obras fruto de la laboriosidad de humildes solitarios, en España se debian á la pluma de grandes señores é ilustres personajes. Muchos son los anales y cronicones de corta estension que se escriben desde fines del siglo XII en adelante. Don Alonso el Sabio compuso ya á mediados del siguiente la *Crónica general*, en que que recogió todas las tradiciones del pueblo español, aspirando así á fortificar su nacionalidad, y completando la obra comenzada con la publicacion de las partidas. El siglo XIV fué tambien fecundo en crónicas, pues en él se escribieron los de San Fernando, don Alonso el Sabio, don Sancho el Bravo, don Fernando IV y don Alonso XI, además de las debidas al canciller Lopez de Ayala: y hasta el despensero mayor de la reina doña Leonor, múger de don Juan I, compiló el *Sumario de los reyes de España*. El siglo XV fuera de las citadas anteriormente, produjo la *Crónica abreviada de España por Mosen Diego de Valera*, *el Valerio de las historias ó compilacion de las batallas campales* por *Pedro Rodriguez de Almella*; y otras menos conocidas qué seria prolijo enumerar: pero las mas notables son la de *don Pedro Niño, conde de Buelna*, obra de *Gutierre Diez de Gamee*, alférez del mismo conde, y la de *don Alvaro de Luna*, de autor desconocido, mas escrita, segun aparece de la misma, poco despues de la muerte del condestable por persona que estuvo á su servicio. En efecto, este es el resultado que ofrecen las tareas que ha llevado á cabo el autor de los *Estudios sobre los judios de España*, probando que esta crónica fué escrita por Alvar García de Santa María, uno de los mas ilustres conversos del siglo XV. Estas dos se distinguen por la elegancia del estilo mas qué por la fidelidad del relato; y aunque á veces degenera aquel en afectado por el importuno alarde de erudicion y excesiva pompa en el lenguaje, su dignidad, su armonía, las distingue de las demás crónicas, sobre todo la de don Alvaro, escrita por persona de tan superior ingenio. Las demás á pesar de las buenas

dotes que las distinguen, suelen ser cansadas y con poco atractivo: no hay que buscar en ellas pinturas floridas, ni filosofía, ni nada de cuanto hace amena una historia. A veces se nota sumo afan por imitar á los antiguos en las largas arengas que ponen en boca de los personajes; pero los periodos largos y arrastrados, el uniforme encadenamiento de todos ellos por medio de la conjuncion é repetida del modo mas fatigoso, el desaliño y la rudeza del lenguaje, todo hace que semejantes obras sean consultadas por los eruditos, y fuera de estos poco leidas.

Como quiera que sea, si unimos á estos escritos la tragi-comedia de Calixto y Melibea, tambien en prosa, de la que se hablará con mas estension en la parte relativa á la poesia dramática, hallaremos quizá que, á pesar del grande ardor poético que se apoderó de Castilla en aquel siglo, los escritores en prosa aventajaron á los poetas y produjeron obras mucho mas duraderas. Aquellos se dedicaron á la moral y á la historia, que comunican siempre á los escritos un interés mas general y permanente. Las composiciones poéticas no subsisten, no pasan á la posteridad, no son leidas por ella con gusto y admiracion, sino cuando poseen en alto grado las dotes que constituyen la verdadera poesía; y es fuerza confesar que estas faltaron en su parte mas esencial á los poetas del siglo XV. Admira en primer lugar, cómo hallándose aquellos poetas en una época tan caballeresca, tan poética en sus hechos, cuando sucesos recientes y gloriosos acababan de destruir para siempre la prepotencia de los moros en España, y de ensanchar asombrosamente los dominios castellanos, cuando todo convidaba á tomar las armas para arrojar á los infieles del último rincon que les quedaba en la Península; y siendo precisamente los principales poetas nobles caballeros y guerreros ilustres; admira, repetimos, cómo estas circunstancias no entusiasmaron su fantasía y fueron el principal objeto de sus cantos. Natural parecia que empuñasen la trompa guerrera, é inflamando con sus bélicos sonidos el valor de sus conciudadanos, los llamasen á las armas para marchar al último triunfo sobre los sarracenos: justo era que hubiesen celebrado la batalla de las Navas, la toma de Sevilla, el heroismo de Guzman y mil proezas y virtudes que mas que el lenguage frio de las crónicas, merecian los entusiasmados acentos de la mas sublime poesía: tambien debieran las glorias del pendon cristiano y el triunfo de la fé dar aliento á su espíritu religioso, y arrancarles himnos en loor del Dios que los guiaba al combate y les aseguraba la victoria. Pues bien, nada de esto se encuentra en los poetas de este siglo. Unicamente Juan de Mena trató de hacer una obra patriótica, pero logró tan solo dar algunas pinceladas perdidas entre un torrente de lisonjas cortesanas: al leer todos los demás escritores, no pare-

ce sino que nada pasaba que fuese digno de atencion en España, y nadie creeria que en esta nacion se preparaban entonces los elementos de aquel poder que en breve habia de llevarla á tan alto punto de esplendor y gloria. Entre tantas poesías amontonadas en los *Cancioneros*, muy pocas se hallan que se eleven á la altura de las circunstancias; los pensamientos patrióticos se ven totalmente desterrados de ellas, las poesías religiosas se reducen á cantar las excelencias de la Vírgen ó de algun santo, á meros juguetes sobre las letras del nombre de María, ó á glosas del Ave y del Padrenuestro. Mas no hay ningun rasgo verdaderamente poético sobre tan sublime asunto: las piezas morales no son mas que alegorías versificadas con frialdad sobre virtudes y vicios, definiciones escolásticas, ó pensamientos comunes, espresados ya con delicadeza, ya con enfática hinchazon; y aun habiendo elegancia en el estilo, falta de todo punto la poesía: las composiciones de amor, que son las mas numerosas, cansan por su escesiva monotonía: la pasion, la ternura, están casi desterradas de ellas, reemplazándoles el ingenio, la agudeza, el alambicamiento de afectos poco naturales: se apura un pensamiento, se le da tormento para presentarlo bajo mil formas diferentes, y casi siempre estos pensamientos giran sobre la lucha de la razon y del amor, lucha que se presenta bajo mil alegorías sutiles. En fin, entre tantos millares de versos, pocos son los que mueven y arrebatan; y mas bien que á ser el lenguage de la noble poesía, parecen destinados á espresar los sutiles conceptos de un almivarado ingenio.

¿Cuál es la razon de tan estraña anomalía? No es otra que haberse apartado los poetas de la verdadera senda; el renunciar á ser populares para convertirse en imitadores. Los altos personages que entonces dieron en pulsar la lira, apreciaban harto poco al pueblo para hacer caso de sus inclinaciones y gustos. La poesía que le era grata, tenia por la misma razon poco precio á sus ojos: creíanse degradados dedicando sus tareas al solaz de vasallos y pecheros, á quienes apenas se dignaban mirar desde su elevada altura, y solo escribian para príncipes y cortesanos. Su ejemplo arrastraba á los poetas de mas humilde alcurnia, y todos trataron de ser cultos, elegantes y discretos, mas bien que naturales sencillos y populares.

Era por otra parte, la época en que se desenterraban las obras de la antigüedad y se estudiaban con esmero; procurándose imitar, no sus bellezas intrínsecas, sino las formas del lenguaje. En lo demás ejercia poderoso influjo la poesía provenzal, que jamás habia tenido un carácter elevado, que adolecia de sutileza y amaneramiento, y cuyo espíritu, inoculándose en las canciones y sonetos de Petrarca, la dió una autoridad inmensa. Pensar

como pensaron este gran poeta y los trovadores, amoldar en lo posible la lengua á las formas de la latina, tales fueron los únicos fines que se propuso el esfuerzo de tantos esclarecidos ingenios defectos que de los poetas se comunicaron tambien á los prosistas. Asi pues, una mal entendida erudicion ahogó el ingenio; y cierto género de pedantería que infatuó las cabezas de los literatos con la lectura de los antiguos modelos que se proponian traducir y comentar antes de tener el discernimiento y gusto formado para penetrar sus bellezas, les hizo desviarse de la sencillez y naturalidad, apagando el calor de la imaginacion y de los corazones. Afanándose por trasladar al romance los giros y terminaciones del latin, avergonzándose casi de escribir en la lengua pátria, la despojaron de sus bellezas propias, dándole un aire compuesto y afectado que no cuadraba á su humilde orígen. Si tanto los poetas como los prosadores, hubieran tomado por única guia su propio talento y sus pasiones, cediendo al efecto que producian en sus almas los objetos estraordinarios que los rodeaban, sus plumas corrieran con mas libertad y mas impetuosos arranques, y sus escritos, aunque no tan limados, nunca parecieran frios, y lo que es peor, serviles. Perdióse el puro vigor nacional, para adquirir galas agenas, y estas no pudieron resarcir con su amanerado primor, la fuerza y el interés que solo en aquel estribaba. Triunfaba, pues, como se ve, la literatura erudita, y esta y la verdadera poesía nacional iban por diferente camino sin encontrarse todavía.

El impulso estaba dado, y ya no era posible que este encuentro se verificase. Las dos literaturas tenian que seguir separadas, y lo mas que podian hacer, era perfeccionarse cada una en su propia esfera; pudiéndose tener á dicha grande que la erudita no llegase á sofocar por fin á la popular, la cual tuvo bastante fuerza para sostenerse, crecer, conquistar la cooperacion de grandes ingenios, y abrirse por fin en el teatro un campo que en vano intentó invadir su contraria, y donde se dió á producir con el vigor, fecundidad y lozanía, propios de plantas indígenas y espontáneas.

Tambien la poesía erudita dió grandes pasos hácia su perfeccion, llegó á una inmensa altura, hizo olvidar sus frutos anteriores, y sino logró popularizarse, comunicó á la vulgar algunas dotes que le faltaban, adquiriendo ella misma otras, de que hasta entonces carecia. Produjo una série de obras bellísimas que serán la admiracion de los siglos; pero acabó por contaminarse de nuevo con diferentes y contrarios defectos, ora de hinchazon y estravagante sutileza, ora de rastrero prosaismo, hasta que recobrando otra vez algo de su esplendor antiguo, quizá la reserva el porvenir unirse por fin á su hermana para engendrar juntas una

nueva y brillante era literaria. Veamos ahora los progresos y decadencia de esta poesía en el siglo XVI.

CAPITULO IV.

Siglo xvi. Poesía erudita. Boscan, Garcilaso.

Faltábanle dos cosas á la poesía erudita á principios del siglo XVI para alcanzar la altura á que aspiraba: un estudio mas profundo y juicioso de la antigüedad, á fin de no imitar sino lo que era conveniente, lo que podia producir verdaderas bellezas; y un instrumento mas á propósito para el lenguaje poético, una versificacion capaz de prestarse á la espresion de todos los afectos, al variado movimiento de las pasiones y á las mil formas que exige la poesía en sus multiplicadas escursiones. En vano se habia abandonado el alejandrino por las coplas de arte mayor; ni estas, ni otras artificiosas combinaciones métricas que se inventaban, tenian la flexibilidad necesaria para dar á nuestro lenguaje poético la pompa y armonía de que era susceptible. El metro que se usa tiene mas influencia de lo que generalmente se cree, hasta en los pensamientos, en los afectos, en la elevacion, ternura, naturalidad ó amaneramiento de las composiciones; y su eleccion no es cosa indiferente ni arbitraria. Esto es tan cierto, que tan luego como la poesía castellana adoptó el verso endecasílabo, salió del estrecho círculo en que se veia circunscripta, y con rápido vuelo se elevó á una sublime altura.

Con efecto, la libertad y soltura del endecasílabo, sus variadas cesuras, sus cortes graciosos y naturales, su combinacion con el quebrado de siete sílabas, que no es otra cosa mas que un hemistiquio del mismo endecasílabo, formando por consiguiente entrambos una combinacion tan natural como agradable, la varia colocacion de acentos que le hacen caminar con mas ó menos pausa, su sonoridad que le permite hasta emanciparse de la rima, todo le daba infinitas ventajas sobre la versificacion antigua. La poesía no necesitaba ya contentarse con pensamientos alambicados, con agudezas y epígramas ingeniosos: podia lanzarse por cualquier camino á donde quisiera llevarla la inspiracion del númen; y tal era la ventaja del nuevo sistema, que á pesar de los esfuerzos que hicieron los partidarios del antiguo, en breve quedó triunfante.

No era desconocido, como hemos visto ya, de los poetas anteriores al siglo XVI el verso endecasílabo, y desde don Juan Manuel se hicieron en él algunos ensayos, pero pocos y como por acaso. Parece imposible que conociéndose, estudiándose y aun

imitándose en Castilla la poesía italiana, mostrándose en esta con tanta brillantez esta clase de verso, y siendo tan fácil su aplicacion á nuestra lengua, como lo probaban dichos ensayos; parece imposible, decimos, que no se hubiese ya adoptado en el siglo anterior, abandonándose las monótonas y poco flexibles coplas de arte mayor, y demás artificiosas combinaciones que tan malos resultados daban. Solo la costumbre, el apego á las cosas nacionales, y la obstinacion en seguir distintas vias, podian retardar una revolucion necesaria, y á que irremisiblemente nos conducian nuestras relaciones cada vez mas intimas con Italia, y la superioridad que ostentaban entonces sus poetas sobre todos los demás de la moderna Europa.

El momento llegó, y esta gloria fué reservada á *Juan Boscan* que por consejo de Andres Navajero, embajador de Venecia en España, intentó esta innovacion, que tal vez su solo esfuerzo no hubiera bastado á acreditar, á no ayudarle en la empresa otros ingenios privilegiados y esclarecidos.

Boscan, como natural de Barcelona, y por lo tanto, mas familiarizado tal vez con la poesía provenzal y la italiana que con la castellana, no podia tener á esta el apego necesario para empeñarse en conservar sus formas. Empezó, es cierto, á versificar conforme al antiguo sistema, pero acabó por abandonarlo para dedicarse con todas sus fuerzas á la reforma.

Su gloria, sin embargo, se reduce casi á ser el autor de esta revolucion que cambió la faz de la poesía española; pero no le ha acompañado en sus composiciones, las cuales yacen ahora en un completo olvido. La luz brillante esparcida por su amigo é imitador, Garcilaso, ha eclipsado completamente su fama; y es preciso confesar que aunque dotado de bastante ingenio y de alguna dulzura en el lenguaje, por lo general no pasan sus versos de la medianía. Imitó mucho á los italianos, particularmente al Petrarca, y no está exento de aquella sutileza metafísica con que trataban el amor los poetas de la anterior centuria. Sirva de ejemplo el siguiente soneto:

Aun bien no fuí salido de la cuna,
Ni del ama la leche hube dejado,
Cuando el amor me tuvo condenado
A ser de los que siguen su fortuna:
Dióme luego miserias de una en una,
Por hacerme costumbre en su cuidado,
Despues en mi de un golpe ha descargado
Cuanto mal hay debajo de la luna.
En dolor fuí criado y fuí nacido,
Dando de un triste paso en otro amargo,
Tanto que si hay mas paso es de la muerte.

Nació en Toledo en 1503, y desde sus primeros años se dedicó á la carrera de las armas, siguiendo al emperador Cárlos V en sus principales campañas, y acreditando su valor, tan pronto en el sitio de Tunez, como en la defensa de Viena.

Manifestóle aquel monarca un grande aprecio, sin embargo de lo cual no dejó de tenerle desterrado por algun tiempo en una isla del Danubio por haber tomado parte en cierta aventura amorosa; y hubiera tal vez alcanzado tan gran renombre en la milicia como lo tiene en la poesía, á no haber sido herido mortalmente en el asalto de una torre cerca de Frejus en el mediodia de Francia, pereciendo á pocos dias á la edad de treinta y tres años.

Jóven, sin estudios conocidos, y en continuas espediciones militares, pero dotado de un talento privilegiado, Garcilaso hizo suspirar á la musa castellana versos tan dulces que hacen dudar de si es la lira de Virgilio la que suena; resolviendo por fin la cuestion de si el *romance vulgar* era todavía un dialecto informe y despreciable, ó un idioma capaz de elevarse á las mas sublimes inspiraciones de la poesía. Despliega una flexibilidad, una dulzura, una armonía inesperadas: y al oirle, los buenos ingenios, los que se interesaban realmente por las glorias nacionales, no echaron ya de menos el habla de los romanos, que hasta entonces se habia tenido por el único idioma digno de ser empleado en el lenguaje de los Dioses.

Pocas composiciones pudo dar á luz Garcilaso en su corta y agitada vida; mas en casi todos presentó pruebas de ternura, sensibilidad, gusto esquisito, á par que su versificacion fué siempre pura, armoniosa y elegante. Formóse sin disputa en la escuela de los antiguos; mas supo imitarlos cuerdamente, conocer sus verdaderas bellezas, trasladarlas á nuestro idioma; y huyendo de la afectacion ridícula de copiar sus giros y sus voces, creó nuestro lenguaje poético. Estudió igualmente y tal vez demasiado, á los italianos; pero si algunas veces incurre en la imitacion de su manera y locuciones, en sus mejores composiciones evitó tales defectos, escribiendo con naturalidad, gracia, sentimiento, y sobre todo con tal pureza y correccion, que es de los autores cuyo lenguaje ha variado menos, pues no de otro modo se diria ahora la mayor parte de cuanto ha salido de su pluma. Asi es que de ningun poeta se saben tal vez mas trozos de memoria, ninguno es mas conocido de los estrangeros, y ninguno durará más mientras exista la lengua castellana.

De genio apacible y dulce, llamó principalmente su aficion la poesía pastoral; y si algunas de sus églogas son demasiado largas y complicadas, hay siempre en ellas trozos de la mayor belleza. En esta clase de composiciones es en las que se descubre más su estudio é imitacion de la antigüedad, y por lo mismo en

ellas reina mas gusto, y brillan mas dotes de suavidad y armonía que en todas las restantes.

Nada mas natural, mas sencillo, mas lisonjero al oido que la siguiente estrofa de su primera égloga.

Corrientes aguas, puras, cristalinas,
Arboles que os estais mirando en ellas,
Verde prado de fresca sombra lleno,
Aves, que aquí sembrais vuestras querellas,
Yedra, que por los árboles caminas
Torciendo el paso por su verde seno,
Yo me ví tan ageno
Del grave mal que siento,
Que de puro contento
Con vuestra soledad me recreaba,
O con el pensamiento discurria
Por donde no hallaba
Sino memorias llenas de alegría.

Véase con qué belleza reproduce todas las imágenes propias del campo.

El sol tiende los rayos de su lumbre
Por montes y por valles, despertando
Las aves, animales y la gente:
Cuál por el aire claro va volando,
Cuál por el verde prado ó alta cumbre
Paciendo va segura y libremente:
Cuál con el sol presente
Va de nuevo al oficio
Y al usado ejercicio
Do su natura ó menester le inclina:
Siempre está en llanto esta ánima mezquina.
Cuando la sombra el mundo va cubriendo,
O la luz se avecina:
Salid sin duelo, lágrimas corriendo.

. . . . . .

Por tí el silencio de la selva umbrosa,
Por tí la esquividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba;
Por tí la verde yerba, el fresco viento,
El blanco lirio y colorada rosa,
Y dulce primavera deseaba:
¡Ay cuánto me engañaba!
¡Ay cuán diferente era,
Y cuán de otra manera
Lo que en tu falso pecho se escondia!
Bien claro con su voz me lo decia
La siniestra corneja, repitiendo

La desventura mia:
Salid sin duelo, lágrimas corriendo.
¡Cuántas veces durmiendo en la floresta,
Reputándolo yo por desvarío,
Ví mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
Llevaba por pasar allí la siesta
A beber en el Tajo mi ganado:
Y despues de llegado
Sin saber de cual arte,
Por desusada parte,
Y por nuevo camino el agua se iba:
Ardiendo yo con la calor estiva,
El curso enagenado iba siguiendo
Del agua fujitiva;
Salid sin duelo, lágrimas corriendo.

. . . . . .

Siempre de nueva leche en el verano
Y en el invierno abundo: en mi majada
La manteca y el queso está sobrado;
De mi cantar, pues, yo te ví agradada
Tanto, que no pudiera el mantuano
Titiro ser de tí mas alabado:
No soy, pues, bien mirado,
Tan disforme ni feo,
Que aun agora me veo
En esta agua que corre clara y pura:
Y cierto no trocára mi figura
Con ese que de mí se está riendo;
Trocara mi ventura:
Salid sin duelo, lágrimas corriendo.

¡Con qué ternura se lamenta otro pastor en estos versos, no hay una espresion que no corresponda á las ideas camp

¿Quién me dijera, Elisa, vida mia,
Cuando en aqueste valle al fresco viento
Andábamos cogiendo tiernas flores,
Que habia de ver con largo apartamiento
Venir el triste y solitario dia,
Que diese amargo fin á mis amores?
El cielo en mis dolores
Cargó la mano tanto,
Que á sempiterno llanto
Y á triste soledad me ha condenado;
Y lo que siento mas es verme atado
A la pesada vida y enojosa,
Solo, desamparado,
Ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.
Despues que nos dejaste, nunca pace

En hartura el ganado ya, ni acude
El campo al labrador con mano llena:
No hay bien que en mal no se convierta y mude;
La mala yerba al trigo ahoga, y nace
En lugar suyo la infelice avena;
La tierra que de buena
Gana nos producia
Flores con que solia
Quitar, en solo vellas, mil enojos,
Produce agora en cambio estos abrojos.
Ya de rigor de espinas intratable;
Y yo hago con mis ojos
Crecer, llorando, el fruto miserable.

. . . . . .

Cual suele el ruiseñor con triste canto
Quejarse entre las sombras escondido,
Del duro labrador que cautamente
Le despojó su caro y dulce nido
De los tiernos hijuelos, entretanto
Que del amado ramo estaba ausente;
Y aquel dolor que siente
Con diferencia tanta
Por la dulce garganta
Despide, y á su canto el aire suena;
Y la callada noche no refrena
Su lamentable oficio y sus querellas,
Trayendo de su pena
Al cielo por testigo y las estrellas:
De esta manera suelto yo la rienda
A mi dolor, y así me quejo en vano
De la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazon metió la mano,
Y de allí me llevó mi dulce prenda,
Que aquel era su nido y su morada.
¡Ay muerte arrebatada!
Por tí me estoy quejando
Al cielo, y enojando
Con importuno llanto al mundo todo.
Tan desigual dolor no sufre modo:
No me podrán quitar el dolorido
Sentir, si ya del todo
Primero no me quitan el sentido.

Esta fluidez, estas imágenes tan propias, esta espresion tan
rdadera, esta sencillez y naturalidad, todo era entonces nue-
todo distinto de lo que usaban los poetas de la anterior cen-
ia. Aquí no hay solo revolucion en los versos, sino en el es-
, en la índole de la poesía.

En cuanto á armonía imitativa, pocos poetas habrán llegado

á Garcilaso en las dos siguientes octavas, cada una con dif te objeto.

Tirreno.

Cual suele acompañada de su bando
Aparecer la dulce primavera
Cuando favonio y zéfiro soplando
Al campo tornan su beldad primera,
Y van artificiosas esmaltando
De rojo, azul, y blanco la ribera;
En tal manera á mí, Flérida mia,
Viniendo, reverdece mi alegría.

Alcino.

¿Vés el furor del animoso viento
Embravecido en la fragosa sierra,
Que los antiguos robles ciento á ciento
Y los pinos altísimos atierra;
Y de tanto destrozo aun no contento
Al espantoso mar mueve la guerra?
Pequeña es esta furia comparada
A la de Fílis con Alcino airada.

Algunas veces, es cierto, decae y toca su lenguaje en la za, como cuando dice:

Estuve boca arriba una gran pieza.

ó en otro lugar:

Muéstrame la esperanza
De lejos su vestido y su meneo;

Otras veces descuida algo la armonía y medida del vers

Juntándolos con un cordon los ato
. . . . . .
Tus claros ojos á do los volviste;

Otras, usa locuciones italianas, como

Cosa pudo bastar á tal crueza.

Pero todos estos no son mas que pequeños lunares que aparecen en medio de tantas bellezas.

Menos feliz que en las églogas nos parece Garcilaso en sus canciones hechas conforme al gusto italiano, y en las cuales abandonando la sencillez y naturalidad que suelen distinguirle, emplea los conceptos ingeniosos y la sutil metafísica de los poetas del siglo XV. Sirva de ejemplo el siguiente pasage de una cancion, en que pinta la lucha de la razon con el deseo.

No vine por mis pies á tantos daños;
Fuerza de mis destinos me trajeron;
Y á la que me atormenta me entregaron;
Mi razon y juicio bien creyeron
Guardarme como en los pasados años
De otros graves peligros me guardaron.
Mas cuando los pasados compararon
Con los que venir vieron, no sabian
Lo que hacer de sí ni do meterse;
Que luego empezó á verse
La fuerza y el rigor con que venian.

Al ver lo sútil del pensamiento, la falta de armonía de los versos, y el prosaismo de la espresion, nadie dirá que este trozo es debido á la misma pluma que produjo las hermosísimas octavas anteriormente citadas.

La guia mas segura de Garcilaso era, como ya hemos dicho, la imitacion de la antigüedad: así es que cuando vuelve á este camino y emulando á Horacio, adopta su manera en la hermosa oda á la *Flor de Gnido*, la viveza de las imágenes, el colorido de la espresion, la armonía del verso, hacen de esta composicion una de las mejores que en la poesía castellana existen.

Si de mi baja lira
Tanto pudiese el son, que en un momento
Aplacase la ira
Del animoso viento,
Y la furia del mar y el movimiento:
Y en ásperas montañas
Con el suave canto enterneciese
Las fieras alimañas,
Los árboles moviese,
Y al son confusamente los trajese;
No pienses que cantado
Seria de mí, hermosa flor de Gnido,
El fiero Marte airado
A muerte convertido
De polvo y sangre y de sudor teñido.
Ni aquellos capitanes
En la sublime rueda colocados,
Por quien los alemanes

El fiero cuello atados,
Y los franceses hon domesticados;
Mas solamente aquella,
Fuerza de tu beldad sería cantada,
Y alguna vez con ella
Tambien sería notada
El aspereza de que estás armada:
Y cómo por tí sola
Y por tu gran valor y hermosura
Convertida en viola
Llora su desventura,
El miserable amante en su figura.
Hablo de aquel cautivo
De quien tener se debe mas cuidado,
Que está muriendo vivo,
Al remo condenado
En la concha de Vénus amarrado.
Por ti como solia,
Del áspero caballo no corrige
La furia y gallardía,
Ni con freno le rije,
Ni con vivas espuelas ya le aflije.
Por tí con diestra mano
No revuelve la espada presurosa,
Y en el dudoso llano
Huye la polvorosa
Palestra, como sierpe ponzoñosa.
Por tí su blanda musa,
En lugar de la cítara sonante,
Tristes querellas usa,
Que con llanto abundante
Hacen bañar el rostro del amante, etc.

CAPITULO V.

Fray Luis de Leon, Francisco de la Torre, D. Diego Hurtado de Mendoza.

El impulso dado por Garcilaso se comunicó rápidamente á los ingenios castellanos, y el siglo XVI fué fecundo en grandes poetas y escritores de toda clase. En aquel siglo de eterna gloria para nuestra nacion, no solamente sintió toda Europa el poder de nuestras armas, sino que se elevó nuestra literatura al mayor grado de esplendor posible. El poder de las naciones y la gloria literaria se dan á tal punto la mano, que casi siempre á donde aquel existe le acompaña esta: parece entonces que todas las fuerzas de una nacion, así físicas como intelectuales, se desarrollan á la par, y que un impulso comun hace que broten por do

quiera grandes hombres en todos los ramos. Siglo de oro de nuestra literatura se ha llamado el siglo XVI, y si bien ya á fines de él empezó el buen gusto á estragarse, cuenta gran número de aventajados poetas, de los cuales, sin embargo, no citaremos mas que los principales.

Fray Luis de Leon nació en Belmonte de Tajo, en 1527: manifestó muy jóven su vocacion religiosa, y en 1544 profesó en el convento de Agustinos de Salamanca. Desempeñó varias cátedras en aquella universidad, haciéndose célebre por su profundo saber: su religion le condecoró con varios empleos, siendo el último el de provincial, que no llegó á ejercer por su fallecimiento acaecido en 23 de agosto de 1591. A pesar de sus virtudes tuvo émulos que le delataron á la inquisicion por haber traducido el Cantar de los cantares contra la prohibicion espresa de que se trasladase á la lengua vulgar ninguno de los libros sagrados. Cinco años estuvo en las cárceles del Santo Oficio, al cabo de los cuales logró sincerarse y volver á su cátedra y honores, mas apreciado que nunca. Entonces fué cuando borrando de su vida aquellos tristes cinco años, imponiendo silencio á sus quejas y á las de sus discípulos, empezó su primera leccion con estas palabras: *Deciamos ayer...* Dicho sencillo y generoso propio de su alma bondadosa y cristiana.

Fray Luis de Leon es uno de aquellos pocos poetas que con medios sencillos saben producir grandes efectos. Sin aspirar á la pompa y altisonancia del verso, natural, fácil, á veces desaliñado y casi prosáico en la diccion, eleva sin embargo el alma, conmueve blandamente y produce una especie de dulce arrobamiento que casi nos transporta á la region celeste. En él nada se conoce el árte, y aun tal vez le desprecia, permitiéndose licencias que en cualquier otro no se tolerarian, y que con todo, no chocan en medio del encanto que su versificacion produce. Este encanto es debido á que el poeta ha trasladado á sus versos el candor de su alma pura y religiosa. Abundando en pensamientos sublimes, en ideas grandes, en imágenes magníficas, no necesita realzar tan brillantes dotes con el lujo de las espresiones; y no obstante, en medio de su sencillez, son estas espresiones tan oportunas y á veces tan nuevas, que sorprenden. Es acaso el primero de nuestros poetas que se apartó enteramente de la imitacion de los provenzales é italianos. Empapado en la lectura de Horacio, parece proponérsele por modelo, y si no le escede, le iguala. Versado en el conocimiento de los libros sagrados, está constantemente animado de su espíritu, y parece inspirado como ellos.

Como Garcilaso, se complace en pintar las escenas de la naturaleza; mas no busca en esas pinturas ni el efecto pintoresco, ni la sensualidad del genero erótico: las ennoblece con el contraste de

la fragilidad de las cosas humanas y la duracion de las celestes. Los deleites de la vida pastoral, unidos al suave lamentar de la elegía, y animados con el sentimiento religioso, convierten su poesía en un cántico apacible y delicioso. Poeta al propio tiempo de la razon, lejos de presentarla adusta, la reviste de formas líricas; y la oda de Horacio se halla en él perfeccionada con aquel perfume cristiano que necesitaba para naturalizarse entre los pueblos modernos. Sin poseer el arte y la fuerza del poeta latino, sabe como él dar una forma sencilla á los mas altos pensamientos, ser grande sin énfasis y natural sin bajeza.

Sus defectos nacen de sus mismas bellezas: cuando le falta la inspiracion, decae lastimosamente, es prosáico y sin color alguno; pero siempre hay en su lenguaje una suavidad, una uncion que atraen y embelesan.

Apartándose del método italiano, de las canciones con largas estancias, adoptó generalmente la estrofa de cinco versos llamada *lira*, de cuya clase de composicion habia dejado Garcilaso tan brillante muestra en la *Flor de Gnido*. Una de sus mas bellas odas es la de la *Vida del Campo* que dice así:

Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido
Y sigue la escondida
Senda, por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido.
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sábio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera;
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena á la verdad sincera.
¿Qué presta á mi contento
Si soy del vano dedo señalado,
Si en busca de este viento
Ando desalentado
Con ánsias vivas, con mortal cuidado?
¡O monte! ¡O fuente! ¡O rio!
¡O secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
A vuestro almo reposo
Huyo de aqueste mar tempestuoso.
Un no rompido sueño,
Un dia puro, alegre, libre quiero;
No quiero ver el ceño

Vanamente severo
De á quien la sangre ensalza ó el dinero.
Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido;
No los cuidados graves,
De que es siempre seguido
El que al ageno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanza, de recelo.
Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto
Ya muestra en la esperanza el fruto cierto.
Y cómo codiciosa
Por ver acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura;
Y luego sosegada
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo
Y con diversas flores va esparciendo.
El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido;
Los árboles menea
Con un manso ruido
que del oro y del cetro pone olvido.
Ténganse su tesoro
Los que de un falso leño se confían:
No es mio ver el lloro
De los que desconfían
Cuando el cierzo y el ábrego porfían.
La combatida entena
Cruge, y en ciega noche el claro dia
Se torna: al cielo suena
Confusa vocería
Y la mar enriquecen á porfía.
A mi una pobrecilla
Mesa de amable paz bien abastada
Me basta; y la bajilla
De fino oro labrada
Sea de quien la mar no teme airada.
Y mientras miserable-
Mente se están los otros abrasando
Con sed insaciable

Igual á cada parte;
La sexta ¡ay! te condena
¡Oh cara patria! á bárbara cadena.

Las poesías de *Francisco de la Torre* han sido atribuidas por algunos á Quevedo, porque éste las publicó: pero es preciso no tener idea del estilo de Quevedo para caer en semejante error. Nada tan opuesto al amaneramiento y dureza de este último como la sencillez y dulzura de la *Torre*. Tratando siempre de objetos campestres, sus ideas, sus espresiones están en perfecta consonancia con el objeto de sus cantos. Da pruebas con frecuencia de una esquisita sensibilidad, y á veces con el asunto mas sencillo, consigue arrancar suaves lágrimas ó producir una agradable melancolía.

Al leerle, creemos oir á la tórtola que gime en su nido solitario; nos figuramos haber visto arrancada por el huracan la leve hoja que arrastra la corriente; y nos dolemos de la yedra que el hacha separa del árbol que la sostenia: siempre se muestra conmovido, triste, y nos trasmite con agradable ilusion sus sentimientos.

Suele, sin embargo, caer en el desaliño, en la bajeza de las espresiones, y por estenderse demasiado en ciertas descripciones, llega tambien á cansar de vez en cuando. Hé aquí una muestra de su estilo sacada de su tierna cancion á la *Tórtola*.

Quién te vé por los montes solitarios
Mustia y enmudecida, y elevada
De los casados árboles huyendo,
Sola y desamparada
A los fieros contrarios
Que te tienen en vida padeciendo;
Señal de agüero horrendo,
Mostrarian tus ojos anublados,
Con las cerradas nieblas
Que levantó la muerte, y las tinieblas
De tus bienes supremos y pasados;
Llora, cuitada, llora
Al venir de la noche y de la aurora.

. . . . . .

¿Dónde vás, avecilla desdichada?
¿Dónde puedes estar mas afligida?
¡Hágote compañía con mi llanto!
¿Busco yo nueva vida
Que la desventura
Que me persigue y que te aflige tanto?
Mira que mi quebranto,
Por ser como tu pena rigurosa,
Busca tu compañía:

No menosprecies la doliente mia,
Por menos fatigada y dolorosa;
Que si te persuadieras
Con la dureza de mi mal vivieras.
¿Vuelas al fin, y al fin te vás llorando?
El cielo te defienda, y acreciente
Tu soledad y tu dolor eterno.
Avecilla doliente,
Andes la selva errando
Con el sonido de tu arrullo tierno:
Y cuando el sempiterno
Cielo cerrare tus cansados ojos,
Llórete Filomena,
Ya regalada un tiempo con tu pena,
Sus hijos hechos míseros despojos
Del azor atrevido,
Que adulteró su regalado nido.

La Torre intentó hacer odas con versos sueltos á la manera de los antiguos, ejemplo que fué poco seguido, sin embargo de que salió airoso de la empresa, como se puede ver en la siguiente donde no se echa menos el consonante.

¿Tirsis? ¿ha Tirsis? Vuelve y endereza
Tu navecilla contrastada y frágil
A la seguridad del puerto: mira
Que se te cierra el cielo.
El frio Bóreas y el ardiente Noto
Apoderados de la mar insana,
Anegaron agora en este piélago
Una dichosa nave.
Clamó la gente mísera, y el cielo
Escondió los clamores y gemidos
Entre los rayos y espantosos truenos
De su turbada cara.
¡Ay que me dice tu animoso pecho;
Que tus atrevimientos mal regidos
Te ordenan algun caso desastrado
Al romper de tu oriente!
¿No ves, cuitado, que el hinchado Noto
Trae en sus remolinos polvorosos
Las imitadas mal seguras alas
De un atrevido mozo?
¿No ves que la tormenta rigurosa
Viene del abrasado monte, donde
Yace muriendo vivo el temerario
Encélado y Tiphéo?
Conoce, desdichado, tu fortuna,
Y preven á tu mal: que la desdicha

Prevenida con tiempo no penetra
Tanto como la súbita.
¡Ay que te pierdes! Vuelve, Tirsis, vuelve:
Tierra, tierra, que brama tu navío,
Hecho prision y cueva sonorosa
De los hinchados vientos.
Allá se avenga el mar, allá se avengan
Los mal regidos súbditos del fiero
Eolo, con soberbios navegantes
Que su furor desprecian.
Miremos la tormenta rigurosa
Dende la playa: que el airado cielo
Menos se encruelece de contino
Con quien se anima menos.

Los sonetos de este poeta son de los mas bellos que hay en nuestra lengua. Citaremos tres que brillan particularmente por la suavidad y galanura de la versificacion: siendo el tercero imitacion del italiano.

Bella es mi ninfa, si los lazos de oro
Al apacible viento desordena:
Bella, si de sus ojos enagena
El altivo desden que siempre lloro:
Bella, si con la luz que sola adoro
La tempestad del viento y mar serena:
Bella, si á la dureza de mi pena
Vuelve las gracias del celeste coro:
Bella, si mansa; bella, si terrible:
Bella, si cruda: bella esquiva, y bella,
Si vuelve grave aquella luz del cielo:
Cuya beldad humana y apacible,
Ni se puede saber lo que es sin vella,
Ni, vista, entenderá lo que es el suelo.

Salve, sagrado y cristalino rio,
De sauces y de cañas coronado,
De arenas de oro y de cristal ornado,
Y de crecientes con el llanto mio.
Salve, y dilata tu ancho poderío
Por la orla sabea, y el dorado
Cerco de perlas: que el licor sagrado
Enriquece tu eterno señorío.
Y asi tus ninfas te detengan, cuando
Pases por el estrecho deleitoso
De la concha de Vénus amorosa;

Que saques la cabeza, serenando
Este cerco de nubes espantoso,
En compañía de mi ninfa hermosa.

Esta es, Tirsis, la fuente do solia
Contemplar su beldad mi Fílis bella;
Este el prado gentil, Tirsis, donde ella
Su hermosa frente de su flor ceñía.
Aquí, Tirsis, la ví, cuando salia
Dando la luz de una y otra estrella:
Allí, Tirsis, me vido, y tras aquella
Haya se me escondió, y así la vía.
En esta cueva de este monte amado
Me dió la mano, y me ciñó la frente
De verde yedra y de violetas tiernas.
Al prado y haya y cueva y monte y fuente
Y al cielo, desparciendo olor sagrado,
Riudo por tanto bien gracias eternas.

Por último, merecen leerse las endechas de la Torre, que están llenas de dulce melancolía, y cuya versificacion es siempre fácil y fluida, aunque á veces algo desaliñada.

Viuda sin ventura,
Tórtola cuitada,
Mustia y asombrada
De una muerte dura;
Tú, que al valle ameno
Con tu arrullo blando
Serenaste, cuando
Vió tu bien sereno;
Quejas inmortales
Hieren tus sentidos:
Que á bienes perdidos
No hay medianos males.
Vuelve donde mueves
Las fieras que dejas,
Que no son tus quejas
Para monte y cuevas.
En el valle donde
Tu dolor te cela,
Nadie te consuela,
Nadie te responde.
Llora Filomena,
Cierva herida brama,
Y Eco que te llama
Te cuenta su pena.

Tu gloria fué tal,
Que hizo ser temida;
Pero tu caida
Fué temido mal.
Si mi compañía
Triste y desdichada
Por sola te agrada,
Oye mi agonía.
Cielos y hados canso,
Monte y valle ofendo,
Los aires enciendo.
Las aguas amanso...
. . . . . .

Otro de los poetas de aquel tiempo, digno de ser citado, es *don Diego Hurtado de Mendoza*, de quien hablaremos mas largamente en otro lugar. Sus escritos en prosa han hecho olvidar sus versos y perjudicado á su fama como poeta: es en verdad inferior á los anteriormente examinados, ya se atienda á la dulzura de la versificacion, ya á la sensibilidad, ya á lo florido del lenguaje. Sin embargo, aunque sus versos suelen adolecer de alguna dureza, tiene epístolas llenas de filosofía, en las cuales se descubre un profundo conocimiento de los hombres: tambien á veces manifiesta una dulzura y sensibilidad que contrasta admirablemente con lo que se sabe de su carácter duro é inflexible. He aquí como en una epístola á Boscan retrata á la muger de aquel poeta:

Tú la verás, Boscan, y yo la veo,
Que los que amamos vemos mas temprano:
Héla en cabello negro y blanco arreo.
Ella te cogerá con blanca mano
Las raras uvas y la fruta cana,
Dulces y frescos dones del verano.
Mira ¡qué diligencia; con qué gana
Viene al nuevo servicio; qué pomposa
Está con el trabajo y cuán ufana!
En blanca leche colorada rosa
Nunca para su amiga vi al pastor
Mezclar, que pareciese tan hermosa.
El verde arrayan tuerce en derredor
De tu sagrada frente, con las flores
Mezclando oro inmortal á la labor.
Por cima van y vienen los amores
Con las alas en vino remojadas:
Suenan en el carcax los pasadores, etc.

Suele este poeta usar el agudo en el final de los endecasílabos, defecto que han procurado siempre evitar nuestros autores

lásicos, porque destruyendo la armonía de este verso, causa una sensacion poco agradable al delicado oido. Tiene además Mendoza contracciones forzadas que dan dureza á su versificacion, y tal vez los acentos no se hallan colocados oportunamente para la buena construccion métrica. Estos defectos que ya se notan en los tercetos anteriores, deslucen tambien las siguientes estrofas de una cancion por otro lado bellísima.

Ya el sol revuelve con dorado freno
Los ligeros caballos nuestra via,
Acabando la mas corta carrera:
Ya calienta, ya da nueva alegría
De la estrella mas fria al tibio seno:
Ya las nubes esparce por de fuera:
Ya parte mas afuera
Del cielo, y apartada
Ve la luz demasiada:
Yo cautivo que muero, quiere amor
Que de mi huya el claro resplandor;
Y que siempre le siga como loco,
Teniendo al sol en poco,
Y que muriendo, busque mi dolor.
. . . . . .
La verde yerba coronando viene
De varias flores la pintada tierra,
Que al estrellado cielo se parece:
Los tiernos ramos no tienen mas guerra
Con el soberbio viento, ni conviene
Temor del duro hielo que entorpece.
Ya ninguna perece
De las espesas hojas:
Y tú, fortuna, arrojas
Tanto dolor en mí, tanta agonía
Cuanto ellos hora tienen de alegría.
Cada cosa en su tiempo fin alcanza:
Y en la tristeza mia
No hay tiempo que remedie mi esperanza.

Tiene tambien cierta sencillez y gracia la letrilla de Mendoza que empieza:

Esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.

Pero su mejor obra poética es la fábula de *Adónis*, *Hipomenes* y *Atalanta*, escrita en octavas, cuyos versos son fluidos y

elegantes al par que vigorosos, como se puede ver por las s
guientes:

En el Arabia es fama, que cansada
La diosa Vénus por la tierra yendo,
Del murmullo de un agua convidada,
Que entre la verde yerba iba corriendo;
Con el sol y trabajo acalorada
Al fresco viento el blanco pecho abriendo,
Cubierta de una gasa transparente
Se sentó á reposar cabe una fuente.
Acaso Adónis por allí venia
De correr el venado temeroso,
No de otra arte que el sol, cuando volvia
En Licia los ganados al reposo:
El polvo que en el rostro se veia,
Y el sudor le hacian mas hermoso.
Como con el rocio húmida y cana
Se ve la fresca rosa en la mañana.
. . . . . .
El dorado cabello, que es bastante
A deshacer el sol, al viento suelta,
En el hombro el carcax de oro sonante,
La blanca ropa en oro trae revuelta:
En la mano arco y flecha penetrante,
Un perro de trailla, otro de suelta;
Halla la caza y hiere en una hora,
Y pensando matalla, la enamora.

Y está bien hecha esta imitacion de Virgilio de que se v
para pintar el estado en que Vénus encontró á Adónis, desp
de muerto por las fieras.

Tal lo halló, cual flor de primavera,
Que poco antes honraba el verde prado,
Fresca, alta y en órden la primera;
Mas fué al pasar tocada del arado:
Cual el blanco jazmin ó adormidera,
Cogido en un instante y arrojado,
La tez y resplandor y hermosura
Vueltas en sombra eterna y noche oscura.

CAPITULO VI.

Fernando de Herrera, Francisco de Rioja.

Hasta aquí, los poetas de la nueva escuela introducida por Boscan y Garcilaso, entregándose á toda la efusion de los sentimientos de su alma, se habian parado poco en el adorno poético, y no cuidaron de dar á la versificacion todo el artificio, de que es susceptible. Una amable sencillez, la elegante claridad de la espresion, y la dulzura de un lenguaje terso y fluido, cualidades acomodadas á la índole de los asuntos que por lo general trataban, fueron las prendas sobresalientes de su poesía; prendas de gran valor, y que en concepto de muchos merecen mayor aprecio que otras mas brillantes tal vez, mas deslumbradoras, pero que rayan en la afectacion, descubren el estudio, y aunque halaguen la fantasía, tocan menos el corazon. Como quiera que sea, la necesidad de tratar asuntos de diferente naturaleza, y el deseo de sobresalir por nuevos caminos, produjo una escuela en que apartándose ya de la sencillez primitiva, se buscó la pompa, la armonía, la magnificencia en la versificacion, y perfeccionándose el lenguaje poético, se abrió sin embargo la puerta á los defectos de los que por intentar despues ir mas allá que estos primeros innovadores, deslucieron nuestra poesía con las estravagancias de la exageracion y del culteranismo.

El verdadero creador de esta escuela fue *Fernando de Herrera*, llamado el divino, hombre de fogosa imaginacion, de altos pensamientos y de una instruccion vastísima. Su vida, que se prolongó hasta una edad muy avanzada, debió ser consagrada en su totalidad al estudio, corriendo en el retiro, puesto que se ignora cual fué su suerte, y hasta los años en que nació y murió, sabiéndose solo que era natural de Sevilla y que habia ya fallecido á principios del siglo XVII. Consérvase no obstante su retrato, debido á su amigo Francisco Pacheco, el cual publicó tambien en 1619, despues de su muerte, las poesías que de él nos quedan. Herrera habia dado á la estampa en 1580 las que tenia hasta entonces escritas, ó reputaba por selectas entre todas sus composiciones.

No satisfaciendo á Herrera el camino llano de sus antecesores, aspiró á hacer una revolucion en la poesía española. Inventó giros nuevos, espresiones atrevidas, locuciones llenas de pompa y armonía, esforzándose en dar al lenguage poético tanta grandeza

y sonoridad como tenia el de los poetas griegos y romanos. idioma castellano le es por esta razon deudor de inmensos be ficios: la versificacion ha sido llevada por él á su mas alto gr de perfeccion, atesorando recursos que la hacen capaz de más árduas empresas. Herrera es el primero que ha enseña sacar del verso endecasílabo todo el partido, de que es susce ble; á cortarlo oportunamente; á formar con él periodos vari y numerosos; á hacerle marchar ora lento, ora arrebatado, se conviene; á darle la armonía que requiere la clase de asun que se aplica y los objetos que se intenta representar. Des de él se puede decir que si los italianos dieron á España el decasílabo, los españoles fueron los que le llevaron á su mas grado de perfeccion y armonía.

Por medio de este arte de que Herrera fue inventor, dar á todos los géneros de poesía que manejó el tono verda que á cada cual correspondia, á tal punto que conservando si pre la misma grandiosidad y magnificencia de estilo, no par sus varias composiciones de la misma mano. La oda á don de Austria, la cancion á la batalla de Lepanto, son obras distintas, que no admiten comparacion entre sí, y lo m sucede á sus elegías. Arrebatado, vehemente en la primera; blime, inspirado en la segunda, se acerca bastante á la ma de Petrarca en las últimas. Estas no obstante, aunque dest das á desahogar la intensa pasion que Herrera guardó encer toda su vida en el pecho, pecan por el demasiado estudio, y c cen de aquel simpático y triste abandono que deben tener toda composiciones en que habla el corazon, siempre mas tier espansivo, y menos amanerado. Herrera, con todo, debe ser jeto de constante estudio para los que se dedican á la poesía tellana.

La citada oda á don Juan de Austria, celebrando sus h ñas, está en el estilo de las de Horacio. Hay en ella imág grandiosas, diccion en estremo poética, versificacion sono movimiento rápido: es en fin un modelo de poesía lírica.

Cuando con resonante
Rayo y furor del brazo impetuoso,
A Encélalo arrogante
Júpiter poderoso
Despeñó airado en Etna cavernoso.
Y la vencida tierra,
A su imperio rebelde quebrantada
Desamparó la guerra,
Por la sangrienta espada
De Marte, aun con mil muertes no domada.

En el sereno polo
Con la suave cítara presente
Cantó el crinado Apolo
Entonces dulcemente,
Y en oro y lauro coronó su frente.
La canora armonía
Suspendia de Dioses el senado;
Y el cielo que movia
Su curso arrebatado,
El vuelo reprimia enagenado.
Halagaba el sonido
Al piélago sañudo, al raudo viento
Su fragor encogido,
Y con divino aliento
Las musas consonaban á su intento.
Cantaba la victoria
Del ejército etéreo y fortaleza,
Que engrandeció su gloria;
El horror y aspereza
De la titania estirpe y su fieneza.
De Palas Atenea
El gorgóneo terror, la ardiente lanza;
Del rey de la onda egea
La indómita pujanza;
Y del hercúleo brazo la venganza.
Mas del Bistonio Marte
Hizo en grande alabanza luenga muestra,
Cantando fuerza y arte
De aquella armada diestra
Que á la flegrea hueste fué siniestra.
A tí, decia, escudo,
A tí, del cielo esfuerzo generoso,
Poner temor no pudo
El escuadron sañoso
Con sierpes enroscadas espantoso.
Tú solo á Oromedonte
Tragiste al hierro agudo de la muerte
Junto al doblado monte;
Y abrió con diestra suerte
El pecho de Peloro tu asta fuerte
¡O hijo esclarecido
De Juno! ¡O duro y no cansado pecho!
Por quien cayó vencido,
Y en peligroso estrecho
Mimante pavoroso fué deshecho.
Tú, cubierto de acero,
Tú, estrago de los hombres, indignado,
Con sangre hórrido y fiero,
Rompiste acelerado
Del ancho muro el torreon alzado.

A tí libre ya debe
Del recelo saturnio, que el profano
Linage, que se atreve
A alzar la osada mano,
Sienta su bravo orgullo salir vano.
Mas aunque resplandezca
Esta victoria tuya conocida
Con gloria, que merezca
Gozar eterna vida,
Sin que yaga en tinieblas ofendida:
Vendrá tiempo en que tenga
Tu memoria el olvido, y la termine;
Y la tierra sostenga
Un valor tan insine,
Que ante él desmaye el tuyo y se le incline.
Y el fértil Occidente,
Cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña,
Descubrirá presente
Con prez y honor de España,
La lumbre singular de esta hazaña.
Que el cielo le concede
Aquel ramo del César invencible,
Que su valor herede,
Para que al turco horrible
Derribe el corazon y ardor terrible.
Vése el pérfido bando
En la fragosa, yerta, aérea cumbre,
Que sube amenazando
La soberana lumbre,
Fiado en su animosa muchedumbre.
Y allí, de miedo ageno,
Corre, cual suelta cabra, y se abalanza
Con el fogoso trueno
De su cubierta estanza,
Y sigue de sus odios la venganza.
Mas despues que aparece
El jóven de Austria en la enriscada sierra,
Frio miedo entorpece
Al rebelde, y lo atierra,
Con espanto y con muerte la impia guerra.
Cual tempestad ondosa
Con horrísono trueno se levanta,
Y la nave medrosa
De rabia y furia tanta
Entre peñascos ásperos quebranta.
O cual de cerco estrecho
El flamígero rayo se desata
Con luengo sulco hecho,
Y rompe y desbarata
Cuanto al encuentro su ímpetu arrebata;

La fama alzará luego
Y con las alas de oro la victoria
Sobre el giro de fuego,
Resonando su gloria
Con puro lampo de inmortal memoria.
Y extenderá su nombre
Por do céfiro espira en blando vuelo,
Con ínclito renombre
Al remoto indio suelo,
Y á do esparce el rigor helado el cielo.
Si Peloro tuviera
Parte de su destreza y valentía,
El solo te venciera,
Gradivo, aunque á porfía
Tu esfuerzo acrecentáras y osadía.
Si este al cielo amparara
Contra las duras fuerzas de Mimante,
Ni el trance recelara
El vencedor Tonante,
Ni sacudiera el brazo fulminante.
Traed, cielos, huyendo
Este cansado tiempo espacioso,
Que oprime deteniendo
El curso glorioso:
Haced que se adelante presuroso.
Así la lira suena,
Y Jove el canto afirma, y se estremece
El Olimpo, y resuena
En torno y resplandece,
Y Mavorte dudoso se oscurece.

Esta inimitable cancion debe presentarse como egemplo de lo que puede y vale la lima: cuando Herrera la publicó en 1580, aunque magistralmente pensada y aun dividida en las mismas estrofas que hoy presenta, carecia de la brillantez y magestad que adquirió despues de retocada por tan gran maestro. En prueba de esta observacion pueden verse las muchas variantes que de la comparacion de una y otra resultan en el tomo V de la coleccion de AA. selectos, mandada publicar por el Gobierno, pág. 381 y siguientes. (Madrid 1849).

Véase con cuán diferente tono se espresa en la cancion á la batalla de Lepanto. Aquí el poeta no pide ya sus adornos é imágenes á la mitología griega, á la poesía de los antiguos: no tiene ese vuelo arrebatado, ese desórden, ese colorido brillante, esa altisonancia llevada á veces al estremo: se convierte en cantor cristiano, toma la severidad, la entonacion, la sublimidad de pensamientos propios de la religion, la calma de quien confía en el poder de Dios, y emula en su entonacion la de los libros

sagrados. Es al propio tiempo mas puro y correcto que en oda anterior. Citaremos sus trozos principales.

Cantemos al Señor que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero:
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra.
Tú rompiste las fuerzas y la dura
Frente de Faraon, feroz guerrero:
Sus escogidos príncipes cubrieron
Los abismos del mar, y descendieron.
Cual piedra en el profundo; y tu ira luego
Los tragó como arista seca el fuego.
El soberbio tirano confiado
En el grande aparato de sus naves,
Que de los muestros la cerviz cautiva,
Y las manos aviva
Al ministerio injusto de su estado,
Derribó con los brazos suyos graves
Los cedros mas excelsos de la cima;
Y el árbol, que mas yerto se sublima.
Bebiendo agenas aguas, y atrevido
Pisando el bando nuestro y defendido.
Temblaron los pequeños confundidos
Del impío furor suyo; alzó la frente
Contra tí, señor Dios, y con semblante,
Y con pecho arrogante,
Y los armados brazos estendidos,
Movió el airado cuello aquel potente:
Cercó su corazon de ardiente saña
Contra las dos Esperias que el mar baña;
Porque en tí confiadas le resisten,
Y de armas de tu fé y amor se visten.
Dijo aquel insolente y desdeñoso:
¿No conocen mis iras estas tierras,
Y de mis padres los ilustres hechos?
¿O valieron sus pechos
Contra ellos con el úngaro medroso,
Y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
¿Quién los pudo librar? Quién de sus manos
Pudo salvar los de Austria y los Germanos?
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
Guardallos de mi diestra vencedora?

. . . . . .

Los poderosos pueblos me obedecen.
Y el cuello con su daño al suelo inclinan,
Y me dan por salvarse, ya la mano,
Y su valor es vano,
Que sus luces cayendo se oscurecen:
Los fuertes á la muerte ya caminan;

Sus vírgenes están en cautiverio;
Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio;
Del Nilo á Eufrates fértil é Istrio frio,
Cuanto el sol alto mira, todo es mio.
Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
Usurpe quien su fuerza osada estima
Prevaleciendo en vanidad y en ira;
Este soberbio mira
Que tus aras afea en su victoria;
No dejes que los tuyos así oprima.
Y en sus cuerpos cruel las fieras cebe
Y en su esparcida sangre el odio pruebe;
Que hechos ya su oprobio, dice: ¿dónde
El Dios de estos está? ¿de quién se esconde?
Por la debida gloria de tu nombre;
Por la justa venganza de tu gente;
Por aquel de los míseros gemido,
Vuelve el brazo tendido
Contra este, que aborrece ya ser hombre,
Y las honras, que celas tú, consiente;
Y tres y cuatro veces el castigo
Esfuerza con rigor á tu enemigo,
Y la injuria á tu nombre cometida
Sea el hierro contrario de su vida.
Levantó la cabeza el poderoso,
Que tanto odio te tiene; en nuestro estrago
Juntó el consejo; y contra nos pensaron
Los que en él se hallaron.
Venid, dijeron; y en el mar undoso
Hagamos de su sangre un grande lago;
Destruyamos á estos de la gente,
Y el nombre de su Cristo juntamente;
Y dividiendo de ellos los despojos,
Hártense en muerte suya nuestros ojos.
. . . . . .
Cual leon á la presa apercibido,
Sin recelo los impios esperaban
A los que tú, Señor, eras escudo:
Que el corazon desnudo
De pavor, y de fé y amor vestido,
Con celestial aliento confiaban:
Sus manos á la guerra compusiste
Y sus brazos fortísimos pusiste
Como el arco acerado, y con la espada
Vibraste en su favor la diestra armada.
Turbáronse los grandes, los robustos
Rindiéronse temblando, y desmayaron;
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,
Como la arista queda
Al ímpetu del viento, á estos injustos,

Que mil huyendo de uno se pasmaron.
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
En las espesas cumbres se derrama,
Tal en tu ira y tempestad seguiste,
Y su faz de ignominia convertiste.
Quebrantaste al cruel dragon, cortando
Las alas de su cuerpo temerosas,
Y sus brazos terribles no vencidos:
Que con hondos gemidos
Se retira á su cueva, do silvando
Tiembla con sus culebras venenosas,
Lleno de miedo torpe en sus entrañas,
De tu leon temiendo las hazañas;
Que saliendo de España, dió un rugido
Que lo dejó asombrado y aturdido.

. . . . . .

Llorad, naves del mar, que es destruida
Vuestra vana soberbia y pensamiento:
¿Quién ya tendrá de tí lástima alguna,
Tú, que sigues la luna,
Asia adúltera, en vicios sumergida?
¿Quién mostrará un liviano sentimiento?
¿Quién rogará por tí? Que á Dios enciende
Tu ira y la arrogancia que te ofende;
Y tus viejos delitos y mudanza
Han vuelto contra tí á pedir venganza.

En la cancion á la muerte del rey don Sebastian hay l
guiente descripcion ante la cual se extasiaba con razon Lo
Vega, diciendo que en ninguna lengua existia cosa alguna
excediese á este trozo en belleza.

Cual hermoso
Cedro del alto Líbano, vestido
De ramas, hojas, con excelsa alteza;
Las aguas lo criaron poderoso,
Sobre empinados árboles crecido,
Y se multiplicaron en grandeza
Sus ramos con belleza;
Y estendiendo sus hojas, se anidaron
Las aves que sustenta el grande cielo,
Y en su tronco las fieras engendraron.

Despues de haber visto el ímpetu y arrebato de la p
oda, el tono severo de la segunda, observemos en la can
Sueño, como Herrera toma otro tono distinto, y se m
blando, suave y voluptuoso cual conviene al asunto.

Suave sueño, tú que en tardo vuelo
Las alas perezosas blandamente
Bates, de adormideres coronado,
Por el puro, adormido y vago cielo:
Ven á la última parte de Occidente,
Y de licor sagrado
Baña mis ojos tristes, que cansado
Y rendido al furor de mi tormento,
No admito algun sosiego;
Y el dolor desconcierta al sufrimiento.
Ven á mi humilde ruego,
Ven á mi ruego humilde, ó amor de aquella
Que Juno te ofreció tu ninfa bella.
Divino sueño, gloria de mortales,
Regalo dulce al mísero afligido,
Sueño amoroso, ven á quien te espera
Cesar del ejercicio de sus males,
Y al descanso volver todo sentido.
¿Cómo sufres que muera
Léjos de tu poder, quien tuyo era?
¿No es dureza olvidar un solo pecho
En veladora pena
Que sin gozar del bien que al mundo has hecho
De tu rigor se agena?
Ven, sueño, alegre sueño, ven dichoso,
Vuelve á mi alma ya, vuelve el reposo.
Sienta yo en tal estrecho tu grandeza:
Baja y esparce líquido el rocío,
Huya el alba, que en torno resplandece;
Mira mi ardiente llanto y mi tristeza,
Y cuánta fuerza tiene el pesar mio,
Y mi frente humedece:
Que ya de fuegos juntos el sol crece.
Torna, sabroso sueño, y tus hermosas
Alas suenen ahora;
Y huya con sus alas presurosas
La desabrida aurora,
Y lo que en mí faltó la noche fria
Termine la cercana luz del dia.
Una corona, ó sueño, de tus flores
Ofrezco; tú produce el blando efecto
En los desiertos cercos de mis ojos,
Que el aire entretejido con olores
Halaga y ledo mueve en dulce afeto:
Y de estos mis enojos
Destierra, manso sueño, los despojos.
Ven, pues, amado sueño, ven liviano;
Que del rico Oriente
Despunta el tierno Febo el rayo cano.
Ven ya, sueño clemente,

Y acabará el dolor... Asi te vea
En brazos de tu cara Pasitea.

Herrera escribió muchas elegías en las que luce siempre su versificacion brillante y sonora. Sin embargo, como la oportunidad y conveniencia del estilo, son prendas que deben sobresalir en todo escrito, la misma grandiosidad que sienta bien en las composiciones que dejamos citadas mas arriba, suele deslucir algunas de estas elegías; y mas de aquel abandono que, nacido de la sensibilidad, es propio de esta clase de poesía. El amor no se espresa bien con versos que descubren el estudio, y en que no habla el corazon, sino el ingenio: menos todavia emplea el dolor frases afectadas, pensamientos ingeniosos é imágenes brillantes, cuando solo le está bien la sencillez y naturalidad. Ninguna persona que sienta una verdadera y profunda pena, se espresa, hablando de la muerte de su querida, en los términos siguientes:

El Bétis que contigo fue dichoso,
Pero ya desdichado, que te pierde
Y triste y sin el ancho curso ondoso;
En medio de su fértil campo verde
Hará que el coro todo se levante,
De ninfas, que con dulce voz concuerde;
Y metiendo en el piélago de Atlante
La frente por su abierto y hondo seno
Con ímpetu estendido, resonante,
Dará ocasion, que el mar de peñas lleno
Alce el canto en tu gloria, rodeando
Sus bandas, de otra alguna voz ageno:
Hasta que el claro son multiplicando,
Entre volviendo el paso en el Egeo,
En el último Euxino reparando.

Este largo y trabajado periodo, solo respira afectacion, y á pesar de los hermosos versos es impropio del asunto.

De la misma escuela que Herrera es *Francisco de Rioja*, que nació en Sevilla el año de 1600 y murió el de 1658. Despues de haber hecho sus primeros estudios, se dedicó á la carrera de leyes, graduándose de licenciado en esta facultad. Pasó luego á la Corte, donde se le consideró como uno de los principales ornatos de la de Felipe IV, teniéndole en grande amistad el conde-duque de Olivares, de quien fue cronista y bibliotecario. Hubo además de alcanzar otros empleos y honores, pues desde 1636 era racionero de la catedral de Sevilla, y en Madrid llegó á ser inquisidor de la Suprema. No se sabe, sin embargo, con qué motivo cayó en desgracia y sufrió una prision bastante penosa.

Volvió á Sevilla donde labró una casa cerca del monasterio de san Clemente, adornándola con fuentes y jardines; y allí retirado del mundo, se entregó largo tiempo al cultivo de las letras. Compuso varias obras en prosa, la mayor parte sobre asuntos místicos; pero las que le dan fama, son sus poesías que deben colocarse entre las joyas mas preciosas de nuestro parnaso. Fue como se ve, bastante posterior á Herrera; pero le colocamos aquí, porque es de la misma escuela, y se propuso sin duda por modelo á aquel célebre poeta. Escribiendo en época en que el gusto andaba ya muy mal parado, supo no obstante libertarse del contagio, y conservar las bellezas de su modelo, escediéndole aun en perfeccion y gusto. Aunque tan instruido como él, aunque tenia igualmente grandes conocimientos en el griego y el hebreo, se le conoce menos la erudicion; hay mas correccion en su estilo, y es menos afectado, si bien de vez en cuando decae hasta ser algo prosaico; pero siempre se distingue por la dulzura y una agradable melancolía, por la sencillez de su diccion, por su amable filosofía, por sus pensamientos nobles y magestuosos, y por su facilidad admirable. No conocemos poeta alguno castellano que los jóvenes deban estudiar con mas esmero, y lástima grande es que la incuria de sus contemporáneos no haya dejado llegar hasta nosotros mas que un cortísimo número de composiciones suyas, siendo así que vivió bastante, fue muy laborioso, y lo acabado de las que conocemos induce á creer que no serian pocas las que hiciera. Puédese formar una idea de su elegancia, claridad y hermosa versificacion, por la siguiente silva á la rosa, en la cual la imaginacion, el sentimiento y la armonía se reunen para hacer de esta composicion un dechado en su género.

Pura, encendida rosa,
Emula de la llama
Que sale con el dia,
¿Cómo naces tan llena de alegría,
Si sabes que la edad que te dió el cielo
Es apenas un breve y veloz vuelo?
Y no valdrán las puntas de tu rama,
Ni tu púrpura hermosa,
A detener un punto
La ejecucion del hado presurosa.
El mismo cerco alado
Que estoy viendo riente,
Ya temo amortiguado,
Presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno,
Te dió amor de tus alas blandas plumas;

Y oro de su cabello dió á tu frente.
¡O fiel imágen suya peregrina!
Bañóte en su color sangre divina,
De la deidad que dieron las espumas,
¿Y esto, purpúrea flor, esto no pudo
Hacer menos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora,
Róbate licencioso su ardimiento
El color y el aliento:
Tiendes aun no las alas abrasadas,
Y ya vuelan al suelo desmayadas:
Tan cerca, tan unida,
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

Pero la composicion mas célebre de Rioja, la que sola b para acreditar á un poeta, es su cancion á *Las Ruinas de It* Lástima es para la gloria de Rioja que sea en gran parte c de otra que escribió muchos años antes Rodrigo Caro, y (original se ha descubierto en la catedral de Sevilla; pero a la añadió y mejoró á tal punto, que si ha perdido el mérit la originalidad, conserva siempre el de haber hecho de esta una de las mas bellas que puede presentar nuestro parnaso. aquí íntegra.

Estos, Fábio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo itálica famosa:
Aquí de Cipion la vecendora
Colonia fue: por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente.
Solo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto egemplo;
Este llano fue plaza, allí fue templo;
De todo apenas quedan las señales:
Del gimnasio y las termas regaladas;
Leves vuelan cenizas desdichadas;
Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.
Este despedazado anfiteatro,
Impio honor de los Dioses, cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago,
Ya reducido á trágico teatro
¡O fábula del tiempo! representa
Cuánta fue su grandeza y es su estrago.

¿Cómo en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no suena?
¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?
Todo despareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo:
Mas aun el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros á los ojos;
Y miran tan confuso lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.
Aquí nació aquel rayo de la guerra.
Gran padre de la patria, honor de España,
Pio, felice, triunfador Trajano:
Ante quien muda se postró la tierra,
Que ve del sol la cuna, y la que baña
El mar tambien vencido gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio divino,
Del Silio peregrino.
Rodaron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los vieron los jardines
Que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada,
¡Ay! yace de lagartos vil morada:
Casas, jardines, Césares murieron,
Y aun las piedras que de ellos se escribieron.
Fabio, si tú no lloras, pon atenta
La vista en luengas calles destruidas,
Mira mármoles y arcos destrozados,
Mira estátuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Así á Troya figuro,
Así á su antiguo muro,
Y á tí Roma, á quien queda el nombre apenas,
¡O patria de los dioses y los reyes!
Y á tí, á quien no valieron justas leyes,
Fábrica de Minerva, sábia Atenas:
Emulacion ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades,
Que no os respetó el hado, no la muerte,
¡Ay! ni por sábia á tí, ni á tí por fuerte.
¿Mas para qué la mente se derrama
En buscar al dolor nuevo argumento?
Basta egemplo menor, basta el presente;
Que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,
Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento.

Tal genio ó religion fuerza la mente
De la vecina gente,
Que refiere admirada
Que en la noche callada
Una voz triste se oye, que llorando,
Cayó Itálica, dice; y lastimosa
Eco repite *Itálica*, en la hojosa
Selva que se le opone resonando
Itálica, y el claro nombre oido
De Itálica, renuevan el gemido
Mil sombras nobles de su gran ruina:
Tanto aun la plebe á sentimiento inclina.
Esta corta piedad que agradecido,
Huésped, á tan sagrados manes debo,
Te doy y consagro, ó Itálica famosa:
Tú, si el lloroso don han admitido
Las ingratas cenizas de que llevo
Dulce noticia asaz, si lastimosa,
Permíteme piadosa
Usura á tierno llanto,
Que vea el cuerpo santo
De Geroncio tu mártir y prelado:
Muestra de su sepulcro algunas señas,
Y cavaré con lágrimas las peñas
Que ocultan su sarcófago sagrado.
Pero mal pido el único consuelo
De todo el bien que airado quitó el cielo:
Goza en las tuyas sus reliquias bellas
Para envidia del mundo y las estrellas.

«Todo en esta composicion, dice don Manuel Josef Quintana, es igualmente grande y magestuoso; el asunto, la idea, la contestura, la ejecucion. El aspecto y contemplacion de las ruinas de cualquier pueblo célebre previenen por sí mismas el ánimo á la meditacion y melancolía; mucho mas si tiene motivos particulares de interés para el que le contempla. Aquí el poeta se muestra desde el principio tristemente conmovido con los objetos que tiene delante de sí, y los recorre y describe con el acento solemne y doloroso que conviene á los sentimientos que le agitan. Lo primero es lo material de las ruinas: despues el movimiento, el concurso de gentes, y los espectáculos que animaban aquellos sitios tan desiertos ahora: luego los grandes nombres de Trajano, Adriano y Teodosio vienen á ennoblecer el argumento, que acababa de tomar su realce con la comparacion que hace el poeta de aquellas ruinas con las de Atenas y Roma, cuyo aplauso y lamento entreteje en su obra con inimitable maestría. La fantasía así exaltada, ya no se satisface con estos grandes y dolorosos

recuerdos, y hace intervenir á los númenes en el interés de la catástrofe que llora. Una voz sobrenatural lamenta en medio del silencio de la noche la caida de Itálica, los ecos del contorno repetirán tristemente aquel ilustre nombre, y las sombras que yacen entre sus ruinas les responderán con gemidos.

«La poesía no alcanza á mas. Y si de esta disposicion tan magnífica y poética, al mismo paso que natural y sencilla, se pasa á los primores de ejecucion, el escritor se nos presenta todavía mas grande, y toda alabanza que se le dé parece escasa y supérflua. ¡Qué gravedad y nobleza en aquellas largas estancias donde se espacia á su placer el raudal numeroso de los periodos poéticos que en ellas se comprenden! ¡Con qué gusto están puestos en medio aquellos tres versos cortos como para amenizar algun tanto con su gracia y armonía la sobrada austeridad que resultaria si todos fueran mayores! Y en medio de la llanura y curso de la versificacion, nótese como en la primera estancia le rompe con aquella trasposicion enfática del principio, y con las bellas pausas y apoyaturas que se ven en la misma estancia, en la siguiente y en los ecos de la penúltima; todas convenientes y propias para espresar, ya el dolor que le embarga, ya el agolpamiento de los objetos que se le presentan á la vez, ya en fin, la importancia de la idea á que corresponde la palabra en que se para.»

A pesar del gran mérito de esta composicion, aun nos parece superior la *Epístola moral* del mismo poeta, la mas bella sin disputa de cuantas en este género existen en castellano. Pensamientos nobles, máximas escelentes, imágenes magníficas, estro inimitable, todo se reune en esta obra para hacer de ella un dechado de perfeccion. Sentimos que su estension no nos permita insertarla íntegra; pero citaremos sus rasgos mas notables.

Dejémosla pasar, como á la fiera
Corriente del gran Bétis cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera.
. . . . . .
Ven y reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea, cuyo clima
Te será mas humano y mas sereno;
A donde por lo menos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
Blanda le sea, al derramarla encima;
Donde no dejarás la mesa ayuno,
Cuando te falte en ella el pece raro,
O cuando su pavon nos niegue Juno.
. . . . . .

Mas precia el ruiseñor su pobre nido
De pluma y leves pajas, mas sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisonjero las orejas
De algun príncipe insine, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.

. . . . . .

Como los rios en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.

. . . . . .

¡Pobre de aquel que corre y se dilata
Por cuantos son los climas y los mares;
Perseguidor del oro y de la plata!
Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve
Que no perturben deudas ni pesares.

. . . . . .

¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!
¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Qué redundante y llena de ruido
Por el vano ambicioso y aparente!
Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres solo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.
No resplandezca el oro y los colores
En nuestro trage, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
Un estilo comun y moderado,
Que no le note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso,
Como en el vaso múrino preciado;
Y alguno tan ilustre y generoso,
Que usó, como si fuera plata neta,
Del cristal trasparente y luminoso.

CAPITULO VII.

DE LOS ARGENSOLAS Y OTROS POETAS DEL SIGLO XVI Y PRINCIPIOS DEL XVII.

Dado el impulso, y llevada á su mas alto grado de perfeccion la versificacion castellana por los anteriores poetas, nacieron en España infinidad de escritores, que siguiendo sus huellas, adquirieron un nombre mas ó menos célebre, enriqueciendo nuestro parnaso. No es posible hablar de todos, y nos contentaremos con citar algunos de los mas notables.

Al frente de todos merecen colocarse los hermanos *Leonardos Argensolas*. Lupercio, el mayor, nació en Barbastro en 1563: fue secretario del duque de Villahermosa, y posteriormente de la emperatriz viuda doña María de Austria, que habia fijado su residencia en España: vivia despues retirado en Zaragoza y entregado únicamente á tareas literarias, cuando le sacó de su retiro el conde de Lémus, nombrado virey de Nápoles, para llevarle tambien de secretario, en cuyo empleo murió á la edad de cincuenta años.

Su hermano Bartolomé nació en 1564, y siguió la suerte de Lupercio, con la diferencia de haberse dedicado á la carrera eclesiástica. Fué rector de Villahermosa y capellan de la emperatriz; acompañó á Nápoles á su hermano; y muerto éste, volvió á Zaragoza, donde obtuvo un canonicato y murió en 1633.

Lupercio publicó en su juventud tres tragedias tituladas: *Filis*, *Isabela* y *Alejandra*, que merecieron grandes aplausos. Aunque escribió muchos versos, los quemó casi todos, salvándose solo los que paraban en poder de sus amigos: fue cronista de Aragon, pero se han perdido sus trabajos históricos: no así respecto de su hermano que tambien obtuvo el mismo cargo de cronista, y publicó los *Anales de Aragon*, dejándonos además una *Historia de las Molucas* y numerosas *Rimas*.

Asi como los dos hermanos Argensolas estuvieron unidos en suerte durante su vida, así llegó á tomar su talento poético un mismo giro y carácter, de suerte que sus composiciones parecen hechas por un mismo hombre. Ambos tenian las mas felices disposiciones para la poesía, mas no se elevaron á la altura de los escritores que hasta ahora hemos mencionado. Puros, ele-

gantes, buenos versificadores, carecen no obstante de calor, de movimiento y vida. Su escesiva facilidad en versificar les hace encadenar tercetos trás tercetos, sin elegir con oportunidad, y llegando á cansar por su escesiva abundancia. Hay en ellos mas juicio y seso que poesía, mas discrecion que amenidad. Los asuntos en que mas han sobresalido son los morales y satíricos, en los cuales, no solamente hay mucho ingenio y gracia, sino tambien una propiedad de espresion que da gran realce á las ideas y las graba fácilmente en la memoria. Por la misma razon son poco felices en los asuntos amatorios. La sátira contra la marquesilla de Lupercio, aunque demasiado larga, algunos sonetos suyos, la sátira contra los vicios de la Corte de Bartolomé, tambien de estension sobrada, son las composiciones mas notables de estos dos poetas que en su tiempo fueron nombrados *Horacios españoles*. Esta calificacion la merecieron, no porque igualasen al poeta latino en las muchas prendas que le han dado la inmortalidad, sino por el gusto que les acompañó siempre en sus obras, por su recta razon y su buen juicio, y por la influencia moral que ejercieron sobre muchos ingenios de su época. Entonces cundia el mal gusto, y no solo permanecieron libres del contagio, sino que se mostraron siempre puros, correctos y elegantes, y hay tiempos en que el conservar ciertas cualidades supone poseerlas en un grado eminente. Los Argensolas contuvieran el desbordamiento del mal gusto que cundia, si este hubiese podido ser refrenado en una nacion harto inclinada á prendarse del falso oropel de los conceptistas y de escritores enfáticos y altisonantes: ya no era tiempo, y si estos hermanos no señalan el mas alto punto á que llegó entre nosotros la poesía clásica, al menos marcaron su último término.

Para muestra de estilo y versificacion copiaremos el siguiente trozo de la sátira de Bartolomé, en el que pinta los inconvenientes materiales de la Córte.

Como aquí de provincias tan distantes
Concurren, ó por gracia ó por justicia,
Diversas lenguas, trages y semblantes;
Necesidad, favor, celo, codicia
Forman tumulto, confusion y priesa
Tal que dirás que el cielo se desquicia.
Tropel de litigantes atraviesa
Con varias quejas, varios ademanes,
Sus causas publicando en voz expresa.
Entre mil estropeados capitanes,
Que ruegan y amenazan todo junto,
Cuando nos encarecen sus afanes.

Los vivanderos gritan, y en un punto
Cruzan entre los coches los entierros.
Sin que á dolor ni horror mueva el difunto.
Las voces, los ladridos de los perros,
Cuando acosan la fiera, aquí resuenan,
Y aquí forjan los Cíclopes sus hierros.
Todos esperan y discordes penan,
Segun la disonancia de los fines,
Y prosiguen lo mismo que condenan.

Tambien es digno de citarse el trozo siguiente del mismo:

¡O Dios! Si penetrases la corteza
Qué fraudes hallarás, que en la figura
Vienen de sencillez y de fineza!...
Así tal vez fiada en su hermosura
La adúltera gentil con los fingidos
Celos de su consorte se asegura.
Ya se desmaya y turba los sentidos,
Dentro del pecho desleal suspira,
Los ojos á llorar apercibidos.
Culpa á los siervos, con la límpia ira
De los celos legítimos bramando;
Su noble esposo crédulo la mira
Enternecido y obligado, y dando
Satisfaccion inútil á su aleve,
La abraza y pide el corazon mas blando.

Cuando hablamos del soneto, en la primera parte, citamos como uno de los mejores que poseemos en castellano, aquel de Lupercio que empieza:

Imágen espantosa de la muerte.

No es menos digno de alabanza el siguiente:

Lleva tras sí los pámpanos Octubre,
Y con las grandes lluvias insolente,
No sufre Ibero márgenes ni puente;
Mas antes los vecinos campos cubre.
Moncayo, como suele, ya descubre
Coronada de nieve la alta frente,
Y el sol apenas vemos en Oriente,
Cuando la opaca sombra nos le cubre.
Sienten el mar y selvas ya la saña
Del aquilon, y encierra su bramido
Gente en el puerto y gente en la cabaña.
Y Fabio en el umbral de Táis tendido,
Con vergonzosas lágrimas le baña,
Debiéndolas al tiempo que ha perdido.

Tambien suele citarse el que sigue de estilo muy diferente de los anteriores.

Yo os quiero confesar, don Juan, primero,
Que aquel blanco y carmin de doña Elvira,
No tiene de ella más, si bien se mira,
Que el haberle costado su dinero.
Pero tambien que confeseis vos quiero,
Que es tanta la beldad de su mentira,
Que en vano á competir con ella aspira
Belleza igual de rostro verdadero.
Mas ¿qué mucho que yo perdido ande,
Por un engaño tal, pues que sabemos
Que nos engaña así naturaleza?
Porque ese cielo azul que todos vemos,
Ni es cielo, ni es azul. ¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!

Bernardo de Balbuena, que nació en Valdepeñas, año de 1568, fue abad de la Jamaica, obispo de Puerto Rico, y murió en aquella isla en 1627. Es célebre por su poema del *Bernardo*, y compuso además la *Grandeza mejicana* y el *Siglo de oro*, que es una coleccion de églogas. Pocos hombres han nacido con mas aventajadas dotes poéticas, y pocos han abusado tanto de ellas. Su poema, intitulado *El Bernardo*, de que se hablará en su lugar con mas estension, es un conjunto estraño de bellezas y monstruosidades que, si aquellas sorprenden, estas desagradan lastimosamente. Con todo, hay en él tal imaginacion, tal caudal de poesía, que causará siempre asombro. En las églogas se acerca á Garcilaso; pero no le iguala ni con mucho en elegante sencillez, en suavidad de estilo, en urbanidad, y sobre todo en aquel secreto encanto que constituye el gran mérito de las poesías del primero. Sus pastores son mas groseros; y aunque se acercan tal vez mas á la realidad, el mérito de la poesía pastoril está en aquella belleza ideal que no existe, pero que nuestra imaginacion concibe, y en la cual únicamente se complace, cuando se trata del campo y de sus dulzuras.

Así, pues, Balbuena iguala á Garcilaso cuando hace decir á un pastor:

Yo tambien, si alabarme pretendiese,
Mi Filis tengo y soy enamorado,
Y aun holgaria que ella lo supiese:
Que cuando llevo á casa mi ganado,
Suele aguardarme sola en el camino,
Y me asombra si paso descuidado.

Rosas le llevo y flores de contino,
Y pongo mis guirnaldas á su puerta
Y me huelgo de hablar con su vecino;
Y de la primer fruta de mi huerta
Una cestilla le enviaré colmada,
Toda de flores y azahar cubierta.

Son igualmente bellísimas y de dulces versos las siguientes pinturas:

El sol, la luna, el alba y el lucero,
Las doradas estrellas,
Los ejes de oro, en que restriba el cielo,
El dia placentero
Bañado en luces bellas,
Lloviendo lumbre y gloria por el suelo,
Son, pastoras, los bienes que á manojos
Saca amor por las puertas de sus ojos.
. . . . . .
Quisiera aquí pintar de tu pastora
La boca soberana,
Conchuela en cuyos senos plateados
Un paraiso mora,
De donde llueve y mana
La gloria que da amor á sus privados,
Donde lo menos que hay es el concierto
Del blanco aljófar en rubíes injerto.

Otras veces tiene pensamientos profundos espresados con encantadora sencillez.

¿No me bastó sufrir las sinrazones,
Los altivos desdenes de Tirrena?
Iguales sois las dos en condiciones.
Aunque mas blanca tú que ella morena,
Aunque ella sea lirio y tú seas rosa,
La una sea amapola, otra azucena;
No fies en beldad, Filis hermosa;
El lirio vive, la azucena muere,
Y todo pasa con la edad forzosa.
Si por ventura alguno te dijere
Que en su huerto las rosas siempre viven,
Dile tú, Filis, que engañarte quiere.

Pero el mismo Balbuena no está ya en el tono de la égloga, cuando pone en boca de otros pastores:

Cuando yo te hallé tras el tomillo
Agachado de noche y espiando,
Quizá andabas á caza de algun grillo.

. . . . . .

Calla, rústico, que es tu voz ponzoña;
¿No miras como traes tu ganado,
Magante, sin pacer, lleno de roña?

. . . . . .

Este que á competir conmigo viene,
Toribio, es un pastor que cuando canta
Algun novillo pensarás que suene.
Triste ganado, á quien tal vez espanta,
Que es cual lobo, que ahulla, su ruido,
Y él piensa que su canto nos encanta.

Y sin embargo en la misma égloga en que están estos últimos versos, se leen los dulcísimos siguientes:

Dulce es el fresco humor á los sembrados,
Y al ganado es la sombra deleitosa,
Y mas Tirrena á todos mis cuidados.
Abre el clavel, desplégase la rosa,
Brota el jazmin, y nace la azucena,
En dando luz los ojos de mi diosa.

Con tan felices disposiciones para la poesía como el anterior, nació don *Esteban de Villegas* en Nájera, año de 1595. Discípulo de Bartolomé de Argensola, no tuvo su buen juicio, con el cual hubiera igualado á los mas aventajados escritores. Sin embargo, dotado de mas númen poético, se sintió arrastrado hácia otro género de poesía menos severo que el de su maestro, y buscó sus inspiraciones en el estudio de los poetas griegos, procurando rivalizar con Teócrito y Anacreonte. Siendo aun estudiante en la universidad de Salamanca, y antes de cumplir la edad de 20 años, compuso sus *Eróticas*, que son su mejor título de gloria. Hay con efecto en sus cantinelas gracia, ligereza, y travesura; cualidades que unidas á la suavidad de la lengua y á la cadencia de una versificacion fácil y armoniosa, las hacen leer con singular agrado, perdonándoles algun equivoquillo y otros lunares propios de la corta edad en que fueron compuestas. La vida poética de Villegas, fue sin embargo muy corta, y acabó con su juventud. Reducido á buscar medios de subsistencia, y con poca fortuna en sus esfuerzos, murió en el mismo pueblo de su nacimiento, año de 1669. La siguiente cantinela es una de las mas graciosas que tiene.

Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado:
Vile tan congojado,
Por tal atrevimiento,
Dar mil quejas al viento,
Para que el cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía,
Esforzando el intento,
Mil quejas repetia;
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvia;
Ya circular volaba
Ya rastrero corria,
Despues de rama en rama
Al rústico seguia,
Y saltando en la grama,
Parece que decia:
Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía:
Y que le respondia
El rústico: no quiero.

Poco contento este poeta con los recursos métricos que poseia la versificacion castellana, quiso imitar en nuestra lengua los exámetros y otras diferentes clases de versos usados por los antiguos; mas sea que la empresa excediese sus fuerzas, sea que el idioma no se prestase á semejantes combinaciones, no pudo acreditar esta novedad. Sin embargo, sus trabajos en esta parte no fueron enteramente perdidos; y se le debe la anacreóntica, llevada despues á mayor perfeccion por Melendez, y la introduccion de la estrofa sáfica que en suma no es mas que una variedad del verso endecasílabo. He aquí una muestra de la primera.

Amor entre las rosas,
No recelando el pico,
De una que allí volaba
Abeja, salió herido;
Y luego dando al viento
Mil dolorosos gritos,
En busca de su madre
Se fué, cual torbellino.
Hallóla, y en su gremio

Arrojado, esto dijo:
Madre: yo vengo muerto,
Sin duda, madre, espiro,
Que de una sierpecilla
Con alas vengo herido,
A quien todos abeja
Llaman, y es basilisco.
Pero Vénus entonces
Le respondió á su niño:
Si un animal tan corto
Da dolor tan prolijo,
Los que tú cada dia
Penetras con tus tiros,
¿Cuánto mas dolorosos
Que tú estarán, Cupido?

La siguiente oda al *Céfiro* es notable por la suavidad y ligereza, aunque no en todos los versos está rigurosamente observada la cadencia del sáfico.

Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del Abril florido,
Vital aliento de la madre Vénus,
Céfiro blando;
Si de mis ansias el amor supiste,
Tú que las quejas de mi voz llevaste,
Oye, no temas, y á mi ninfa dile,
Dile que muero.
Fílis un tiempo mi dolor sabia,
Fílis un tiempo mi dolor lloraba,
Quísome un tiempo; mas agora temo
Temo sus iras.
Así los dioses con amor paterno,
Así los cielos con amor benígno,
Nieguen al tiempo que feliz volares,
Nieve á la tierra.
Jamás el peso de la nube parda,
Cuando amanece en la elevada cumbre,
Toque tus hombros, ni su mal granizo
Hiera tus alas.

Otro autor que recibió tambien de la naturaleza las mas felices disposiciones para la poesía, fué *don Juan de Jáuregui*. Natural de Sevilla, aunque no consta el año en que nació, pasó la mayor parte de su vida en Madrid, siendo caballerizo de la reina doña Isabel de Borbon, primera muger de Felipe IV. Fué tambien caballero del hábito de Calatrava, y murió de edad muy avanzada en 1641. Además de poeta distinguido, se dedicó á la pintura con no poca aceptacion. Sus obras son una traduccion

de la *Aminta del Tasso*, otra de la *Farsalia*, un poema de *Orfeo* y sus *Rimas*. La primera es su mayor título de gloria, traduccion admirable, que compite con el original en naturalidad y dulzura. Parece imposible que quien dió tan bella muestra de buen gusto, cayese luego en los defectos de hinchazon y culteranismo que deslucen su Orfeo y su Farsalia, cediendo al contagio que ya en los últimos años de su vida habia maleado hasta los mas felices ingenios.

En prueba de esto, véase con qué dulzura traduce al Tasso, hablando de la edad dorada:

Entonces por el agua y por las flores
Iban con dulces bailes retozando
Los cupidillos sin aljaba ó lazo:
Sentábanse las ninfas y pastores.
Caricias mil al razonar mezclando,
Y á las caricias uno y otro abrazo:
De velo, ni embarazo
Jamás cubrió sus rosas encarnadas
La pastorcilla, ni la pura frente,
Desnudo juntamente
Su blanco pecho y pomas delicadas:
Y á menudo en el agua detenida,
Triscar se vió al amante y su querida.
Tú, honor, fuiste el primero que negaste
La fuente de deleites tan copiosa,
Y á la sed amorosa la escondiste:
Tú, á los hermosos ojos enseñaste
A encubrir en sí mismos temerosa
La viva luz que en su belleza asiste:
Tú en redes recogiste
Las hebras de oro que trataba el viento:
Y tú pusiste el ademan esquivo
Al proceder lascivo,
Freno á la lengua, y arte al movimiento:
Efecto, ó vil honor, es solo tuyo
Que el don de amor se llame hurto suyo.

Volveremos á hablar en otra ocasion de este poeta: ahora pasaremos á los tres escritores mas notables de aquella época, y que mas influencia tuvieron en su literatura: estos son, *Lope de Vega*, *Góngora* y *Quevedo*.

CAPITULO VIII.

Lope de Vega.

Frey Lopz Felix de Vega Carpio, fué el escritor que goz de mas fama en su tiempo y el ingenio mas portentoso que h producido la naturaleza. Debió su inmensa popularidad, no sol á la prodigiosa fecundidad de su pluma, sino tambien á qu apartándose del camino seguido por sus antecesores, y abandc nando el culto esclusivo de la poesía erudita, no se desdeñó d escribir para el vulgo, y fundó al contrario en esto sus principal laureles.

Fenix de los ingenios le llamó su siglo; y con efecto, t nombre merece, si se atiende á su rica fantasía, á su variad imaginacion, al don portentoso que tenia para acomodarse todos los géneros y crear toda clase de invenciones, á la flexibi lidad de su estilo que á cualquier asunto se acomodaba, que r conocia dificultades, siendo siempre puro, natural y fluido; c fin, á su incansable laboriosidad, que unida á su fácil vena, hizo componer tal número de obras, que apenas cabe en imaginacion sean el fruto de la vida de un solo hombre.

No hubo género de poesía en que no diese prodigiosas mue tras de su fecundidad: desde la composicion mas corta, hasta poema épico, todos los recorrió, no siempre con acierto, es ver dad, pero asombrando en todos. No obstante, el que mas ejerc tó su pluma, el que le hizo ser ídolo de su siglo, el que le l grangeado eterna fama, aun entre las naciones estrangeras, fi el género dramático, de que en realidad debe considerársc como creador y padre, asi en España como en toda Europa.

Y con efecto, aquí está su verdadero mérito; porque pre cindiendo del valor intrínseco de sus dramas, ello es que él cr una poesía popular en España, y apartándose de la servil imita cion de los antiguos, adivinó el drama de la edad moderna, impuso á este género de composicion el verdadero carácter q en la actual civilizacion le corresponde. Hizo mas: introdujo c la poesía popular el lenguaje poético que le faltaba; y con es servicio la sacó del estado de abatimiento en que yacia, la hi gustar hasta de los eruditos, fue ocasion de que los buenos ir genios se dedicasen tambien en lo sucesivo á ella y produjes obras agradables á un tiempo al vulgo y á la gente docta, f principal de toda buena poesía; pues sin él, ora queda oscureci

por falta del conveniente adorno, ora es el patrimonio esclusivo de unos pocos por no simpatizar con las ideas é intereses generales.

Este feliz maridage que hizo Lope de la poesía popular con la erudita, ennobleciendo aquella, vulgarizando esta, es, pues, el mayor servicio que le debe nuestra literatura, servicio que acaso no se le ha tenido bastante en cuenta. Por él, aunque mas bien sentido que apreciado de sus contemporáneos, logró aquella fama inmensa que le grangeó el aplauso de grandes y plebeyos, la admiracion de los estraños, las consideraciones de los reyes, las recompensas de sumos pontífices; y por él ejerció tanta influencia en la literatura de su siglo, así dentro como fuera de su patria.

Si acertó completamente en la obra que emprendió, acaso sin darse él mismo razon de ella, ó si desbarró mucho en la ejecucion, estraviando á los demás autores; si pudo dar mas perfeccion á la forma, sin perjudicar á la esencia, cuestiones son estas que examinaremos mas despacio cuando tratemos con especialidad de la poesía dramática. Por esta razon, dejamos para entonces el hablar mas por estenso de este célebre poeta, como en su lugar propio, y el referir al propio tiempo algunas particularidades de su vida. Pero como su gran fecundidad se manifestó en la poesía lírica del mismo modo que en el teatro, no es posible negarle aquí un lugar privilegiado, ni dejar de trascribir algunas muestras de su estilo en este género. Produjo inmensa cantidad de composiciones sueltas, muchas de ellas de precio muy subido: con todo, pocas son las que no adolecen del defecto á que daba lugar su demasiada facilidad para hacer versos, y la precipitacion con que escribia. Es con frecuencia desaliñado, flojo, incorrecto, prosáico; y en general se aviene mejor con los pensamientos tiernos, suaves, templados, que con los sublimes y vehementes, á que pocas veces se eleva. Su cancion á la vida del campo, es una de las mejores; oigámosla:

¡O libertad preciosa,
No comprada al oro,
Ni al bien mayor de la espaciosa tierra:
Mas rica y mas gozosa
Que el precioso tesoro
Que el mar del Sud entre su nacar cierra.
Con armas, sangre y guerra,
Con las vidas y famas,
Conquistado en el mundo,
Paz dulce, amor profundo,
Que el mal apartas y á tu bien nos llamas!

En tí solo se anida
Oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.
Cuando de las humanas
Tinieblas ví del cielo
La luz, principio de mis dulces dias.
Aquellas tres hermanas,
Que nuestro humano velo
Tejiendo llevan por inciertas vias,
Las duras penas mias
Trocaron en la gloria,
Que en libertad poseo
Con siempre igual deseo;
Donde verá por mi dichosa historia,
Quien mas leyere en ella,
Que es dulce libertad lo menos della.
Yo, pues, señor exento
De esta montaña y prado.
Gozo la gloria y libertad que tengo;
Soberbio pensamiento
Jamás ha derribado
La vida humilde y pobre que entretengo,
Cuando á las manos vengo
Con el muchacho ciego,
Haciendo rostro embisto,
Venzo, triunfo y resisto
La flecha, el arco, la ponzoña, el fuego,
Y con libre albedrío
Lloro el ageno mal, y canto el mio.
Cuando la aurora baña
Con helado rocío
De aljófar celestial el monte y prado,
Salgo de mi cabaña
Riberas deste rio
A dar el nuevo pasto á mi ganado:
Y cuando el sol dorado
Muestra sus fuerzas graves,
Al sueño el pecho inclino
Debajo un sauce ó pino,
Oyendo el son de las parleras aves,
O ya gozando el aura
Donde el perdido aliento se restaura.
Cuando la noche escura
Con su estrellado manto
El claro dia en su tiniebla encierra,
Y suena en la espesura
El tenebroso canto
De los nocturnos hijos de la tierra,
Al pie de aquesta sierra
Con rústicas palabras
Mi ganadillo cuento;

Y el corazon contento
Del gobierno de ovejas y de cabras,
La temerosa cuenta
Del cuidadoso rey me representa.
Aquí la verde pera
Con la manzana hermosa
De gualda y roja sangre matizada,
Y de color de cera
La cermeña olorosa
Tengo, y la endrina de color morada:
Aquí de la enramada
Parra que el olmo enlaza,
Melosas uvas cojo,
Y en cantidad recojo,
Al tiempo que las ramas desenlaza
El caluroso estío,
Membrillos que coronan este rio.
No me dá doscontento
El hábito costoso
Que de lascivo el pecho noble infama:
Es mi dulce sustento
Del campo generoso
Estas silvestres frutas que derrama!
Mi regalada cama
De blandas pieles y hojas,
Que algun rey la envidiara:
Y de tí, fuente clara,
Que bullendo el arena y agua arrojas.
Estos cristales puros;
¡Sustentos pobres, pero bien seguros!
Estése el cortesano
Procurando á su gusto
La blanda cama y el mejor sustento,
Bese la ingrata mano
Del poderoso injusto,
Formando torres de esperanza al viento:
Viva y muera sediento
Por el honroso oficio,
Y goce yo del suelo,
Al aire, al sol, al hielo,
Ocupado en mi rústico ejercicio:
Que mas vale pobreza
En paz, que en guerra mísera riqueza.
Ni temo al poderoso,
Ni al rico lisonjeo,
Ni soy camaleon del que gobierna;
Ni me tiene envidioso
La ambicion y deseo
De agena gloria, ni de fama eterna;
Carne sabrosa y tierna,

Vino aromatizado,
Pan blanco de aquel dia,
En prado, en fuente fria,
Halla un pastor con hambre fatigado
Que el grande y el pequeño
Somos iguales lo que dura el sueño

Entre las obras líricas de Lope que se citan con m mio, ocupan un lugar preferente las odas á la *barquilla* llan sobre todo, á pesar de sus defectos, por la natural sentimiento que hay en ellas. He aqui la primera.

Pobre barquilla mia,
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada,
Y entre las olas sola;
¿A dónde vas perdida?
¿A dónde, di, te engolfas?
Que no hay deseos cuerdos
Con esperanzas locas.
Como las altas naves,
Te apartas animosa
De la vecina tierra,
Y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
Mayor en las congojas,
Pequeña en las defensas,
Incitas á las ondas.
Advierte que te llevan
A dar entre las rocas
De la soberbia envidia,
Naufragio de las honras.
Cuando por las riberas
Andabas costa á costa,
Nunca del mar temiste
Las iras procelosas:
Segura navegabas;
Que por la tierra propia
Nunca el peligro es mucho
A donde el agua es póca.
Verdad es que en la patria
No es la virtud dichosa;
Ni se estimó la perla
Hasta dejar la concha.
Dirás que muchas barcas,
Con el favor en popa,
Saliendo desdichadas,
Volvieron venturosas.

No mires los ejemplos
De las que van y tornan:
Que á muchas ha perdido
La dicha de las otras.
Para los altos mares
No lleves cautelosa
Ni velas de mentiras,
Ni remos de lisonjas.
¿Quién te engañó barquilla?
Vuelve, vuelve la proa;
Que presumir de nave
Fortunas ocasiona.
¿Qué jarcias te entretejen?
¿Qué ricas banderolas
Azote son del viento,
Y de las aguas sombra?
¿En qué gavia descubres
Del árbol alta copa;
La tierra en perspectiva,
Del mar incultas orlas?
¿En qué celages fundas
Que es bien echar la sonda,
Cuando perdido el rumbo
Erraste la derrota?
Si te sepulta arena,
¿Qué sirve fama heróica?
Que nunca desdichados
Sus pensamientos logran.
¿Qué importa que se ciñan
Ramas verdes ó rojas,
Que en selvas de corales
Salado césped brota?
Laureles de la orilla
Solamente coronan
Navíos de alto bordo,
Que jarcias de oro adornan.
No quieras que yo sea,
Por tu soberbia pompa,
Faetonte de barqueros,
Que los laureles lloran.
Pasaron ya los tiempos,
Cuando lamiendo rosas,
El céfiro bullia
Y suspiraba aromas.
Ya fieros huracanes
Tan arrogantes soplan.
Que salpicando estrellas,
Del sol la frente mojan.
Ya los valientes rayos
De la vulcana forja,

En vez de torres altas,
Abrasan pobres chozas.
Contenta con tus redes,
A la playa arenosa
Mojado me secabas;
Pero vivo ¿qué importa?
Cuando de rojo nácar
Se afeitaba la aurora,
Mas peces te llenaban
Que ella lloraba aljófar.
Al bello sol que adoro,
Enjuta ya la ropa,
Nos daba una cabaña
La cama de sus hojas.
Esposo me llamaba,
Yo la llamaba esposa,
Parándose de envidia,
La celestial antorcha.
Sin pleito, sin disgusto,
La muerte nos divorcia;
¡Ay de la pobre barca
Que en lágrimas se ahoga!
Quedad sobre el arena,
Inútiles escotas,
Que no ha menester velas
Quien á su bien no torna.
Si con eternas plantas
Las fijas luces doras,
¡O dueño de mi barca!
Y en dulce paz reposas,
Merezca que le pidas
Al bien que eterno gozas,
Que á donde estás me lleve
Más pura y más hermosa.
Mi honesto amor te obligue,
Que no es digna victoria
Para quejas humanas
Ser las deidades sordas.
¡Mas ay que no me escuchas!
Pero la vida es corta;
Viviendo, todo falta,
Muriendo todo sobra.

Lope, como la mayor parte de nuestros poetas, ha co
to muchos sonetos. El siguiente, á pesar de la afectacio
dos últimos versos del segundo cuarteto, es uno de los mas

Daba sustento á un pajarillo un dia
Lucinda, y por los hierros del portillo

Fuésele de la jaula el pajarillo
Al libre viento en que vivir solia.
Con un suspiro á la ocasion tardía
Tendió la mano, y no pudiendo asillo,
Dijo, y de sus mejillas amarillo
Volvió el clavel que entre su nieve ardia:
¿A dónde vas por despreciar el nido
Al peligro de ligas y de balas,
Y el dueño huyes que tu pico adora?
Oyóla el pajarillo enternecido,
Y á la antigua prision volvió las alas:
Que tanto puede una muger que llora.

CAPITULO IX.

GONGORA.

Hemos visto como abandonando el camino de sencillez y naturalidad trazado por Garcilaso, varios poetas, á cuyo frente estaba Herrera, dieron mas pompa y artificio á la versificacion, perfeccionando el lenguaje poético. El buen juicio de estos escritores, les hizo contenerse en los límites debidos, de suerte que nuestra poesía ganó indudablemente con sus esfuerzos; pero no era de esperar que sus imitadores se sujetasen igualmente en una senda tan resbaladiza; pues á la falta de tino para no estraviarse, habia de unirse el deseo de sobrepujar á sus predecesores. Así sucedió con efecto: el lenguaje poético de Herrera pareció ya frio y rastrero: se quiso alambicar mas el pensamiento, dar tormento á la frase para que adquiriese giros violentos, usar de imágenes mas atrevidas; de metáforas estrañas, brillar, en fin, por lo maravilloso y sorprendente; y fue tal el crédito que adquirió esta nueva secta de poetas, á la que se dió el nombre de *culteranismo*, que llegaron á ser despreciados cuantos querian seguir las huellas de los antiguos, y quedó puesto en ridículo el puro gusto clásico que tan bellas obras habia producido anteriormente.

Una composicion poética vino á ser una especie de enigma que no adivinaba el mas sútil ingenio, por esfuerzos que hiciese, tan encubierto estaba su verdadero sentido con los conceptos, equívocos, comparaciones y retruécanos que sin tasa alguna se prodigaban. Fue necesario para esplicar algunas de las mas famosas que se les hicieran comentarios, aun mas absurdos y menos inteligibles que las mismas composiciones. Desgraciadamente

se arraigó á tal punto ese pésimo gusto, y la brillante imagina cion de los españoles, su misma lengua, el sello oriental que ha dejado en nosotros los árabes, se prestan á él de tal suerte, qu llegó el contagio aun á los mejores ingenios, subsistiendo su ma ligno influjo hasta fines del siglo XVII, y contribuyendo tal ve no poco á que por una reaccion natural le sucediese el prosaism que en el siguiente se apoderó de nuestra poesía.

El creador de este nuevo sistema fue uno de aquellos hombre que la naturaleza se complace en dotar con las cualidades poé ticas mas relevantes. Acaso no ha nacido quien reuniese en ta alto grado la brillante imaginacion, la fuerza del pensamiento, e instinto de la armonía, como *don Luis de Góngora y Argote*. . haber nacido cincuenta años antes, fuera el primero de nuestrc poetas; lo es acaso todavia en aquellas composiciones que, obr de su juventud, fueron hechas por él sin pretension alguna, com producto natural y espontáneo de su fácil vena; mas habiend llegado ya cuando tantos aventajados poetas eran célebres, crey eclipsar su gloria, abriéndose nuevas sendas, y abusó de su inge nio del modo mas lastimoso. El estravío fue igual á su gran ta lento, y el nombre de *gongorino* ha quedado ya entre nosotrc como el distintivo de todo escrito conceptuoso, altisonante embrollado.

Góngora nació en Córdoba en 1561, de una familia distin guida. El apellido de su padre era *Argote*; mas él antepuso de su madre, acaso por mas sonoro, y siguiendo una costumbi bastante comun en aquellos tiempos. Sus padres, tratando c darle una educacion correspondiente á su clase, le enviaron á universidad de Salamanca, donde la aficion á la poesía le distra de sus estudios, y le impidió tal vez colocarse luego con ventaj Fue poco afortunado y vivió pobre, lo cual contribuyó sin duc á dar á su ingenio cierta causticidad, que le atribuyen sus con temporáneos y que se advierte en sus poesías satíricas. La fan que adquirió, sirvió poco á mejorar su suerte, hasta que habié dose hecho eclesiástico á la edad de cuarenta y cinco años, ol tuvo una racion en la catedral de Córdoba, y por fin el duq de Lerma le hizo nombrar capellan de honor: mas gozó poco e este empleo, á causa de su edad y de sus achaques que le llevar al sepulcro en 1627.

Góngora, que llevó la hinchazon y la estravagancia hasta delirio, tiene no obstante composiciones de una sencillez enca tadora. Dígalo la siguiente letrilla:

Lloraba la niña,
Y tenia razon,
La prolija ausencia
De su ingrato amor,
Dejóla tan niña,
Que apenas creyó
Que tenia los años
Que ha que la dejó.
Llorando la ausencia
Del galan traidor,
La halla la luna
Y la deja el sol;
Añadiendo siempre
Pasion á pasion,
Memoria á memoria,
Dolor á dolor.
Llorad, corazon,
Que teneis razon.
Dícele su madre:
Hija, por mi amor,
Que se acabe el llanto,
O me acabe yo.

Ella le responde:
No podrá ser, no,
Las causas son muchas,
Los ojos son dos:
Satisfagan, madre,
Tanta sinrazon,
Y lágrimas lloren
En esta ocasion,
Tantas como dellas
Un tiempo tiró
Flechas amorosas
El arquero Dios.
Ya no canto, madre,
Y si canto yo,
Muy tristes endechas
Mis canciones son.
Porque el que se fué
Con lo que llevó,
Se dejó el silencio,
Se llevó la voz.
Llorad, corazon,
Que teneis razon.

No existe en castellano cancion mas suave que lá siguiente:

De la florida falda
Que hoy de perlas bordó la alba luciente,
Tejidos en guirnalda,
Traslado estos jazmines á tu frente,
Que piden, con ser flores,
Blanco á tu seno y á tu boca olores.
Guarda de estos jazmines
De abejas era un escuadron volante,
Ronco si, de clarines,
Mas de puntas armado de diamante;
Púselas en huida,
Y cada flor me cuesta una herida.
Más, Clori, que he tejido
Jazmines al cabello desatado,
Y más besos te pido
Que abejas tuvo el escuadron armado:
Lisonjas son iguales
Servir yo en flores, pagar tú en panales.

Tambien merece citarse su cancion á la *Tortola*, llena de pensamientos delicados.

Vuelas, ó Tortolilla,
Y al tierno esposo dejas
En soledad y quejas.

Vuelves despues gimiendo,
Recíbete arrullando,
Lasciva tú si él blando;
Dichosa tú mil veces,
Que con el pico haces
Dulces guerras de amor y dulces paces.
Testigo fue á tu amante
Aquel vestido tronco
De algun arrullo ronco:
Testigo tambien tuyo
Fue aquel tronco vestido
De algun dulce gemido,
Campo fue de batalla,
Y tálamo fue luego:
Arbol que tanto fué, perdone el fuego.
Mi piedad una á una
Contó, aves dichosas,
Vuestras quejas sabrosas:
Mi envidia ciento á ciento
Contó, dichosas aves,
Vuestros besos suaves:
Quien besos contó y quejas,
Las flores cuente á mayo,
Y al cielo las estrellas rayo á rayo.
Injuria es de las gentes
Que de una Tortolilla
Amor tenga mancilla,
Y que de un tierno amante
Escuche sordo el ruego,
Y mire el daño ciego:
Al fin es Dios alado,
Y plumas no son malas
Para lisongear á un Dios con alas.

No tiene menos dulzura el siguiente soneto.

La dulce boca que á gustar convida
Un humor entre perlas destilado,
Y á no envidiar aquel licor sagrado,
Que á Júpiter ministra el garzon de Ida:
Amantes, no toqueis, si quereis vida,
Porque entre un labio y otro colorado
Amor está de su veneno armado,
Cual entre flor y flor sierpe escondida.
No os engañen las rosas que á la Aurora
Direis que aljofaradas y olorosas,
Se le cayeron del purpúreo seno:
Manzanas son de Tántalo y no rosas,
Que despues huyen del que incitan hora,
Y solo del amor queda el veneno.

Puede notarse ya, sin embargo, en las anteriores composiciones, algo de afectacion, y la tendencia á metáforas y comparaciones sacadas de la mitología, tendencia que no saliéndose todavia aquí de los límites permitidos en la buena poesía, le extravió en lo sucesivo. El siguiente soneto, sobre todo en los cuartetos, es de lo mas bello que tenemos.

Rey de los otros rios caudaloso,
Que en fama claro, en ondas cristalino
Tosca guirnalda de robusto pino
Ciñe tu frente y tu cabello undoso;
Pues dejando tu nido cavernoso
De Segura en el monte mas vecino,
Por el suelo andaluz tu real camino
Tuerces, soberbio, raudo, y espumoso;
A mí que de tus fértiles orillas
Piso aunque ilustremente enamorado,
La noble arena con humilde planta;
Dime, si entre las rubias pastorcillas
Has visto, que en tus aguas se ha mirado,
Beldad cual la de Clori, ó gracia tanta.

Pero en los romances es donde ostenta Góngora toda la lozanía de su ingenio, toda la pompa de su versificacion y los raudales de armonía que tan fácilmente se desprendian de su pluma. Famoso es entre todos el de Angélica y Medoro que por su estension no podemos trasladar aquí entero. Presentaremos, sin embargo, el siguiente trozo:

Todo es gala el africano,
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende,
Y el corvo alfange deponer
Tórtolas enamoradas
Son sus roncos atambores,
Y los volantes de Vénus
Sus bien seguidos pendones.
Desnudo el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin órden;
Si lo abrocha es con claveles,
Con jazmines si lo coge.
Todo sirve á los amantes:
Plumas les bate veloces
Airecillos lisonjeros,
Si no son murmuradores.
Los campos les dan alfombras,
Los árboles pabellones,

La apacible fuente sueños
Música los ruiseñores;
Los troncos les dan cortezas
En que se guarden sus nombres,
Mejor que en tablas de mármol,
O que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra,
Ni blanco chopo sin mote:
Si un valle Angélica suena,
Otro Angélica responde.

Tampoco es dable olvidar, hablando de los romances Góngora, el del cautivo.

Amarrado al duro banco,
De una galera turquesa,
Ambas manos en el remo,
Y ambos ojos en la tierra,
Un forzado de Dragut
En la playa de Marbella
Se quejaba al ronco son
Del remo y de la cadena:
¡O sagrado mar de España,
Famosa playa y serena,
Teatro donde se ha hecho
Cien mil navales tragedias!
Pues eres tú el mismo mar
Que con tus crecientes besas
Las murallas de mi patria
Coronadas y soberbias,
Tráeme nuevas de mi esposa,
Y dime si han sido ciertas
Las lágrimas y suspiros
Que me dice por sus letras.
Porque, si es verdad que llora
Mi cautiverio en tu arena,
Bien puedes al mar del Sur
Vencer en lucientes perlas,
Dame ya, sagrado mar,
A mi demanda respuesta;
Que bien puedes, si es verdad
Que las aguas tienen lenguas.
Pero, pues no me respondes,
Sin duda alguna que es muerta,
Aunque no lo debe ser,
Pues que yo vivo en su ausencia.
Pues he vivido diez años
Sin libertad y sin ella,
Siempre al remo condenado,
A nadie matarán penas.

En esto se descubrieron
De la Religion seis velas,
Y el cómitre mandó usar
Al forzado de su fuerza.

Las obras en que Góngora hizo mas alarde del nuevo estilo que introdujo, son las *Soledades* y el *Polifemo*: las primeras empiezan así:

Era del año la estacion florida
En que el mentido robador de Europa
(Media luna las armas de su frente,
Y el sol todos los rayos de su pelo)
Luciente honor del cielo,
En campos de zafiro pace estrellas;
Cuando el que ministrar podia la copa
A Júpiter, mejor que el garzon de Ida,
Naufragó, y desdeñado sobre ausente,
Lagrimosas de amor dulces querellas
Dá al mar, que condolido,
Fue á las ondas, que al viento
El mísero gemido
Segundo de Arion, dulce instrumento,

En todo este trozo no hay mas que el primer verso que se entienda, y él bastaba para decir que se estaba en la primavera.

Góngora que se acomodaba, cuando queria, á todos los tonos y estilos, tenia tambien gran facilidad para el género festivo, y se hallan en sus obras muchas letrillas satíricas que despues han servido de modelo. Concluiremos lo que tenemos que decir de él con esta:

Ande yo caliente
y riase la gente.

Traten otros del gobierno
Del mundo y sus monarquías,
Mientras gobiernan mis dias
Mantequillas y pan tierno,
Y las mañanas de invierno,
Naranjada y aguardiente,
Y riase la gente.
Coma en dorada vajilla
El príncipe mil cuidados,
Como píldoras dorados,

Que yo en mi pobre mesilla
Quiero mas una morcilla
Que en el asador reviente,
Y riase la gente.
Cuando cubre las montañas
De plata y nieve el Enero,
Tenga yo lleno el brasero
De bellotas y castañas,
Y quien las dulces patrañas
Del rey que rabió me cuente,
Y riase la gente.
Busque muy en hora buena
El mercader nuevos soles,
Yo conchas y caracoles
Entre la menuda arena,
Escuchando á Filomena
Sobre el chopo de la fuente,
Y riase la gente.
Pase á media noche el mar,
Y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama:
Que yo mas quiero pasar
De Yepes y Madrigal
La regalada corriente,
Y riase la gente.
Pues amor es tan cruel,
Que de Píramo y su amada,
Hace tálamo una espada,
Do se junten ella y él:
Sea mi Tisbe un pastel,
Y la espada sea mi diente,
Y riase la gente.

CAPITULO X.

QUEVEDO.

Entre los ingenios españoles, ninguno hay tal vez tan notable como *D. Francisco de Quevedo y Villegas*; ninguno que haya reunido en tan alto grado la capacidad, el talento, la erudicion y la fuerza de carácter; ninguno que merezca ser tan estudiado; y ninguno sin embargo, que convenga menos poner en manos de la juventud. Si se atiende á la variedad de conocimientos, á la profundidad de ideas, á la gracia en el decir, y al diestro uso de la lengua, se le debe colocar en primera línea; pero si se tiene en cuenta el buen gusto, la fluidez del lenguaje, la armonía de la versificacion, la buena trabazon del discurso, la moralidad y la de-

cencia, habrá que posponerle á todos los que hasta aquí hemos citado y aun á otros muchos que no lo han sido todavía. Mirado bajo el primer aspecto, sacarán provecho de sus obras cuantos las lean, teniendo el juicio y el buen gusto ya formados, para saber distinguir y entresacar el oro que encierran: considerado bajo el segundo, será siempre un modelo peligroso para los principiantes expuestos siempre á contagiarse con los resabios de mal gusto, y las agudezas estravagantes, aunque ingeniosas, que á cada paso deslucen sus escritos.

Conocido generalmente Quevedo, mas bien por sus obras festivas que por las serias, se suele tener de él una idea muy equivocada. Muchos creen que fué sólo un bufon sin mas trato que el de truhanes y gente de mala vida; pero en realidad se le debe considerar como uno de los caballeros mas cumplidos de su época, de noble sangre, de prendas muy apreciables, estimado de todos sus contemporáneos, en relacion con los mas ilustres personajes, empleado en negocios políticos de alta importancia, y á pesar de todo, infatigable en el estudio. Una breve reseña de su vida le dará á conocer con exactitud.

Nació en Madrid en 1580, de una familia noble. Su padre era secretario de la reina doña Ana de Austria, y su madre camarista de la misma princesa. Hizo sus estudios en la universidad de Alcalá, donde además de las humanidades, la jurisprudencia civil y canónica, la teología, las matemáticas, las ciencias naturales y la medicina, aprendió el griego, el hebreo, el árabe, el francés y el italiano, aventajando á todos sus condiscípulos, y siendo proclamado como un prodigio de capacidad y ciencia. No se limitó á estos ejercicios intelectuales, sino que sobresalió tambien en los del cuerpo, y particularmente en el manejo de las armas, en que á pesar de la deformidad de sus pies, llegó á vencer á los mas afamados maestros. Si las prendas del entendimiento le dieron fama entre los sabios, esta última habilidad y su porte caballeresco le grangearon consideracion entre la nobleza; pero su destreza llegó á ser ocasion de su primera desgracia. Hallándose un dia en la iglesia, vió insultar á una señora, y aunque no la conocia, tomó su defensa, resultando un lance en que dejó muerto á su contrario. Para evitar persecuciones se fugó á Sicilia, donde el virey duque de Osuna le tomó por secretario, llevándole luego á Nápoles, y teniéndole en la mayor estima, así como Quevedo le sirvió con inteligencia y célo. Siete viajes hizo por mar y tierra para desempeñar otras tantas comisiones importantes, y por su intermedio se celebraron tratados con la Santa Sede, el duque de Saboya y la señoría de Venecia, valiéndole estos servicios la merced del hábito de Santiago y una pension de 400 ducados. Si en estas importantes tareas, se hizo querer y respetar de los hombres mas eminen-

tes de España é Italia, tambien se vió mas de una vez espuesto á las asechanzas de enemigos que hasta atentaron contra su vida, con el objeto de libertarse ya de un negociador tan hábil, ya de un juez tan severo; pues su integridad era tal, que descubrió y desbarató los fraudes hechos en el real palacio de Nápoles.

La desgracia del duque de Osuna acarreó tambien la suya. Túvosele preso en la torre de Juan Abad, de la que era señor; pero libre al cabo de tres años y medio, volvió á la córte donde con escasa fortuna, vivió entregado al estudio, negándose á aceptar la embajada de Génova que le ofrecia el Conde Duque. No obstante, padeció nuevas persecuciones: creyéndosele autor de una sátira contra la córte, se le privó de sus bienes y honores, y túviéronle en estrecha prision hasta que se reconoció su inocencia. Puesto otra vez en libertad, pasó el resto de su vida pobre y achacoso, falleciendo en Villanueva de los Infantes en 8 de setiembre de 1645.

Por esta reseña se puede venir en conocimiento de que los escritos jocosos de Quevedo, á que debe esa fama proverbial de que goza hasta en las aldeas de España, no debieron ser sino desahogos de otras ocupaciones mas graves é importantes. Estos versos no forman sino una parte pequeña de las obras que salieron de su fecunda pluma y de las cuales han quedado muchas inéditas, formando sin embargo las impresas, trece tomos gruesos. En ellas se nota el afan de abrazar todos los conocimientos humanos; y así es que, ademas de poeta, debe considerarse á Quevedo como escritor moralista, político, ascético, histórico y aun como novelista. Hablaremos solo aquí de sus obras en verso, dejando las demás para su lugar correspondiente.

Las poesías de Quevedo forman tres tomos de sus obras; están distribuidas en Musas, como para dar á entender que se ejercitó en todos los géneros, pero por lo general solo se hallan poesías líricas, bucólicas, alegóricas y jocosas. Dos de las Musas estan en portugués.

No fué Quevedo partidario del nuevo género de poesía introducido por Góngora: antes bien le criticó severamente; mas no pudo del todo libertarse de la influencia de su siglo, y le rindió parias, degenerando en sutil y conceptuoso hasta el extremo. Nadie ha dado mas tormento que él á las palabras para aplicarlas á equívocos y retruécanos; frecuentemente graciosos, pero prodigados con demasiada profusion; nadie ha buscado analogías mas remotas entre los objetos para presentar comparaciones extrañas; nadie ha alambicado tanto el pensamiento queriendo sutilizar hasta el estremo de hacerse de todo punto ininteligible. El defecto que mas campea en él, así en sus composiciones sérias como en las jocosas, es la falta de naturalidad, la pretension de hacer efecto con expresiones, giros y pensamientos extraños. No es posible negarle

genio; pero es un genio pervertido por el mal gusto. Recorre todos los géneros desde el mas elevado hasta el mas bajo; pero en todos se nota afectacion, y es frecuente encontrar trozos enteros que no se pueden descifrar de ningun modo, por lo oscuro del sentido y lo enmarañado del lenguaje.

Es verdad que en sus momentos de inspiracion pocos le igualan, siendo entonces elevado, elocuente y sobre todo grande; pues la grandeza es el carácter esencial de sus composiciones sérias, y al cual tiende siempre aunque no le alcance.

Para muestra de su estilo en este género, presentaremos algunos trozos de su silva á *Roma antigua y moderna*

Esta que miras grande Roma ahora,
Huesped, fué yerba un tiempo, fué collado,
Primero apacentó pobre ganado:
Ya del mundo la ves reina y señora:
Fueron en estos átrios Lamia y Flora
De unos admiracion, de otros cuidado;
Y la que pobre Dios tuvo en el prado,
Deidad preciosa en alto templo adora.
Jove tronó sobre desnuda peña,
Donde se ven subir los chapiteles
A sacarle los rayos de la mano:
Lo que primero fué, rica desdeña;
Senado rudo que vistieron pieles,
Da ley al mundo y peso al Oceáno.
Cuando nació la dieron
Muro un arado, reyes una loba,
Y no desconocieron,
La leche, si este mata, y aquel roba.
Dioses que trujo hurtados
Del Dánao fuego la piedad troyana,
Fueron aquí hospedados.
Con fácil pompa, en devocion villana;
Fué templo el bosque, los peñascos aras,
Víctima el corazon,
. . . . . .
Trofeos y blasones
Que en arcos diste á leer á las estrellas,
Y no se si á envidiar á las mas de ellas,
¡O Roma generosa!
Sepultados se ven, donde se vieron
Los orgullosos arcos,
Como en espejo, en la corriente undosa:
Tan envidiosos hados te siguieron,
Que el Tibre, que fué espejo á su hermosura,
Los dá en sus ondas llanto y sepultura,
Y las puertas triunfales,

Que tanta vanidad alimentaron,
Hoy ruinas desiguales,
Que, sobrarón el tiempo, ó perdonaron
Las guerras, ya caducan, y mortales
Amenazan donde antes admiraron.
Los dos rostros de Jano
Burlaste, y en su templo y ara apenas
Hay yerba que dé sombra á las arenas,
Que primero adoró tanto Sicano.
Donde antes hubo oráculos, hay fieras;
Y descansadas de los altos templos,
Vuelven á ser riberas las riberas;
Los que fueron palacios son ejemplos.

Estos trozos, aunque de una de las mejores composicion Quevedo, al propio tiempo que dan idea del tono elevado y ve que solia tomar, como asimismo de la profundidad de sus samientos, descubren sin embargo muestras de la afectacion raras veces le abandonaba.

Ningun poeta, con todo, presenta rasgos mas valientes, e siones mas oportunas, como se puede ver en los siguientes t de su epístola al conde duque de Olivares.

No he de callar, por mas que con el dedo
Ya tocando la boca, ya la frente,
Silencio avises, ó amenaces miedo.
. . . . . .
Pues sepa quien lo niega y quien lo duda
Que es lengua la verdad de Dios severo,
Y la lengua de Dios nunca fué muda.
. . . . . .
Y pródiga del alma, nacion fuerte,
Contaba por afrenta de los años
Envejecer en brazos de la suerte.
. . . . . .
Hilaba la muger para su esposo
La mortaja primero que el vestido,
Menos le vió galan que peligroso.
Acompañaba el lado del marido
Mas veces en la hueste que en la cama;
Sano le aventuró, vengóle herido.
Todas matronas y ninguna dama.
. . . . . .
Del mayor infanzon de aquella pura
República de grandes hombres, era
Una vaca sustento y armadura.
No habia venido al gusto lisonjera
La pimienta arrugada, ni del clavo

La adulacion fragante forestera.
Carnero y vaca fué principio y cabo,
Y con rojos pimientos y ajos duros
Tambien como el señor comió el esclavo.

Y quedaron las huestes españolas
Bien perfumadas pero mal regidas.

¡Qué cosa es ver un Infanzon de España
Abreviado en su silla á la gineta,
Y gastar un caballo en una caña!

¡Con cuánta magestad lleva la mano
La pica y el mosquete carga el hombro
Del que se atreve á ser buen castellano!

En el género festivo, si bien logra Quevedo excitar con fre-
ncia la risa, suele ser tambien oscuro, acostumbra usar de de-
siados equívocos, de exageraciones estravagantes, de vo-
tomadas al lenguaje mas bajo y soez: y lo peor de todo, es li-
y hasta obsceno en sus espresiones, defecto que choca tanto
á los que leen sus obras serias, cuanto que en ellas ostenta la
rigida moral. Hémos dicho ya que la mayor parte de estas
ías no fueron sin duda mas que juguetes debidos á momentos
cio ó de buen humor, y que se escapaban con la mayor facili-
de su pluma; pero aunque él mismo no les daria valor ningu-
este era el género para que habia nacido; y aquí no se advier-
aquel esfuerzo que desluce sus demás composiciones. Las
ías satíricas de Quevedo son un tesoro de agudezas, de chis-
de ocurrencias felicísimas, de locuciones nuevas é ingeniosas,
esadas generalmente en los versos mas bellos, fáciles y nume-
s que tiene: y si bien todas estas dotes se encuentran exage-
s y llevadas á un extremo reprensible, se le perdona todo en
ia de lo que divierte. Entre estas poesías se distinguen algu-
sátiras, sobre todo la que escribió contra el matrimonio; mu-
letrillas y sus romances y jácaras: son estas últimas las com-
ciones en que ha hecho alarde de más procacidad, habiendo
ado en ellas la gente mas baja y perdida del pueblo.
Tanto hay que citar de Quevedo en esta parte, que es muy di-
la eleccion: sus composiciones son por otra parte demasiado
as generalmente para que las podamos insertar íntegras; nos
entaremos, pues con algunos trozos. Así tambien es preciso
rlo porque no siempre la decencia permite presentar todo lo
dice. De sus várias sátiras elegiremos la del *Matrimonio* que
pasages bellísimos, aunque reina en toda ella una grande in-
eccion.

Díme: ¿por qué con modo tan extraño
Procuras mi deshonra y desventura,
Tratando fiero de casarme ogaño?
Antes para mi entierro venga el cura
Que para desposarme, antes me velen
Por vecino á la muerte y sepultura.
Antes con mil esposas me encarcelen,
Que aquesa tome; y antes que el *si* diga
La lengua y las palabras se me hielen.
Antes que yo le dé mi mano amiga
Me pase el pecho una enemiga mano;
Y antes que el yugo que las almas liga
Mi cuello abrace, el bárbaro Otomano
Me ponga el suyo, y sirva yo á sus robos,
Y no consienta el himeneo tirano.
Eso de casamientos á los bobos,
Y á los que en tí no están escarmentados,
Simples corderos que degüellan lobos.
A los hombres que están desesperados
Cásalos en lugar de darles sogas;
Morirán poco menos que ahorcados.

Solo se casa ya algun zapatero,
Porque á la obra ayudan las mugeres;
Y ellas ganan con carnes, si él con cuero.
Los siempre condenados mercaderes
Mugeres toman ya por grangería,
Como toman agujas y alfileres.
Dicen que es la mejor mercadería
Porque la venden y se queda en casa,
Y lo demas vendido se desvía.
El grave regidor tambien se casa,
Por poner tasa á lo que venden todos,
Y tener cosa que vender sin tasa.
Tambien se casan los soberbios godos,
Porque tambien suceden desventuras
A los magnates por ocultos modos.
Cásanse los roperos tan á escuras,
Como ellos venden siempre los vestidos,
Y ellas desnudas venden las hechuras.
Cásanse los verdugos abatidos
Con mugeres, por ser del mismo oficio,
Que atormentan del alma los sentidos.
El médico se casa de artificio,
Por si cosa tan pérfida acabase,
E hiciese al hombre tanto beneficio;
Y el solo será justo que se case
Para que ambos den muerte á sus mitades;
¡Así la tierra de ambos se aliviase!

Quiero contar con tu licencia un cuento
De un filósofo antiguo celebrado,
Por ser cosa que toca á casamiento.
Vivió infinitos años encontrado
Con otro sábio, y nunca habia podido
Vengar en él el corazon airado.
Al cabo vino á hallarse muy corrido
En ver á su contrario siempre fuerte,
Y en tanto tiempo nunca de él vencido.
Ultimamente le ordenó la muerte,
Y al fin como traidor, vino á engañalle,
Y pudo de él vengarse de esta suerte.
Una hija tenia de buen talle,
Hermosa y pulidísima doncella,
Y ordenó con aquesta de casalle.
Fingió hacer amistades, y con ella
Dejar el pacto bien asegurado:
Aficionóse el enemigo della.
¡O gran poder de amor! que enamorado
Contento á casa la llevó consigo;
Casóse con la moza el desdichado.
Despues culpando al sabio cierto amigo,
La ignorancia cruel y el yerro extraño
Que hizo en dar su hija á su enemigo;
El respondió: no entiendes el engaño;
Pues por vengarme del contrario mio,
Le dí muger, del mundo el mayor daño.
. . . . . .
Ofrécesme un soberbio casamiento,
Sin ver que el ser soberbio es gran pecado,
Y que es humilde mi cristiano intento.
Escribes que por verme sosegado
Y fuera de este mundo, quieres darme
Una muger de prendas y de estado.
Bien haces, pues que sabes que el matarme,
Para sacarme de este mundo, importa,
Y el morir se asegura con casarme.
Dícesme que la vida es leve y corta,
Y que es la sucesion dulce y suave,
Y al matrimonio Cristo nos exhorta:
Que no ha de ser el hombre cual la nave,
Que pasa sin dejar rastro ni seña,
Ó como en el ligero viento el ave.
¡Oh, si aunque yo pagase el fuego y leña,
Te viese arder, infame en mi presencia,
Y en la de tu muger que te desdeña!
Yo confieso que Cristo da excelencia
Al matrimonio santo, y que le aprueba,
Que Dios siempre aprobó la penitencia.
Confieso que en los hijos se renueva

El cano padre para nueva historia,
Y que memoria deja de sí nueva.
Pero para dejar esta memoria,
Le dejan voluntad y entendimiento,
Y verdadera, por soñada gloria.
Dices que para aqueste casamiento
Una muger riquísima se halla,
Con el de grandes joyas ornamento.
Has hecho mal ¡oh mísero! en buscalla
Con tan grande riqueza que no quiero
Tan rica la muger para domalla.
Dices que me darán mucho dinero
Porque me case: lo barato es caro;
Recelo que me engañe el pregonero.
Su linage, me dices, que es muy claro:
Nunca para las bodas le hubo obscuro,
Ni ya suele ser este gran reparo.
Muéstrasmela vestida de oro puro,
Y como he visto píldoras doradas,
En ella temo bien lo amargo y duro.
Que hermanas tiene, y madre muy honradas
Cuentas; ¡O coronista adulterado,
Tú las quieres tambien emparentadas!
De su buen parecer me has informado;
Como si por ventura la quisiera
Por su buen parecer para letrado.
Que tiene condicion de blanda cera,
Bien me parece, Polo, pero temo
Que la derrita como tal cualquiera.

De todas las poesías jocosas de Quevedo, sus romances y
ras son las que mas se leen. Hé aquí uno que encierra p
mientos profundos, sin embargo de lo bajo del asunto.

Una incrédula de años
De las que niegan el fué
Y al limbo dan tragantonas
Callando el Matusalen;
De las que detrás del moño
Han procurado esconder,
Sino la agua del bautismo,
Las edades de la fé,
Buscaba en los muladares
Los abuelos del papel.
No quise decir andrajos
Porque no se afrente el leer.
Fué, pues, muy contemplativa
La vejezuela esta vez,
Y quedóse así elevada

En un trapajo de bien,
Tarazon de cuello era,
De aquellos que solian ser
Mas azules que los cielos,
Mas entonados que juez.
Y bamboleando un diente,
Volatín de la vejez,
Dijo con la voz sin huesos,
Y remedando al sorber:
Lo que era ayer estropajo
Que desechó la sarten,
Hoy pliego manda dos mundos
Y está amenazando tres,....

. . . . . .

Buen andrajo, cuando seas,
Pues que todo puede ser,
O provision, ó decreto,
O letra de ginovés,
Acuérdate que en tu busca
Con este palo soez
Te saqué de la basura
Para tornarte á nacer.
En esto, haciendo cosquillas
al muladar con el pié,
Llamada de la vislumbre
Y asustando el interés,
Si es diamante, no es diamante,
Sacó envuelto en un cordel
Un casquillo de un espejo,
Perdido por hacer bien.
Miróle la viejecilla,
Prendiéndose un alfiler,
Y vió un orejon con tocas
Donde buscó un Aranjuez,
Dos cabos de ojos gastados
Con caducas por niñez,
Y á boca de noche un diente
Cerca ya de anochecer,
Mas que cabellos arrugas
En su cáscara de nuez:
Pinzas por nariz y barba
Con que el hablar es morder.
Y arrojándole en el suelo
Dijo con rostro cruel;
Bien supo lo que se hizo
Quien te echó donde te ves.
Señoras, si aquesto propio
Os llegáre á suceder,
Arrojar la cara importa:
Que el espejo no hay por qué.

Uno de los mas populares y sabidos es aquel en que Quevedo su mala suerte.

Pariómé adrede mi madre,
¡Ojala no me pariera!
Aunque estaba, cuando me hizo
De gorja naturaleza,
Dos maravedis de luna
Alumbraban á la tierra;
Que por ser yo el que nacia
No quiso que un cuarto fuera.
Nací tarde, porque el sol
Tuvo de verme vergüenza,
En una noche templada
Entre clara y entre yema.
Un miércoles con un martes
Tuvieron grande revuelta,
Sobre que ninguno quiso
Que en sus términos naciera.

. . . . . .

De noche soy parecido
A todos cuantos esperan
Para molerlos á palos,
Y así inocente me pegan.
Aguarda hasta que yo pase
Si ha de caer una teja:
Aciértanme las pedradas;
Las curas solo me yerran.
Si á alguno pido prestado,
Me responde tan á secas,
Que en vez de prestarme á mí
Me hace prestar la paciencia.
No hay necio que no me hable,
Ni vieja que no me quiera,
Ni pobre que no me pida,
Ni rico que no me ofenda.
No hay camino que no yerre,
Ni juego donde no pierda,
Ni amigo que no me engañe,
Ni enemigo que no tenga.
Agua me falta en el mar
Y la hallo en las tabernas:
Que mis contentos y el vino
Son aguados donde quiera.
Dejo de tomar oficio
Porque sé por cosa cierta
Que, en siendo yo calcetero,
Andarán todos en piernas.
Si estudiára medicina,
Aunque es socorrida ciencia,

Porque no curára yo
No hubiera persona enferma.
. . . . . .
Siempre fue mi vecindad
Mal casados que vocean,
Herradores que madrugan
Herreros que me desvelan.
Si yo camino con fieltro,
Se abrasa en fuego la tierra;
Y llevando guardasol
Está ya de Dios que llueva.
Si hablo á alguna muger
Y la digo mil ternezas,
O me pide ó me despide.
Que en mí es una cosa mesma.

CAPITULO XI.

De otros varios poetas líricos de los siglos XVII y XVIII.

Hemos hablado con la estension que permite este *Manual* de los principales poetas que en aquellos dos siglos de gloria literaria para los españoles, florecieron en nuestro parnaso. Hacer lo mismo con los demás seria molesto é inútil, porque despues de presentar los que están en primera línea y deben servir de ejemplo, ya para imitacion, ya para huir de sus defectos, no es necesario detenerse en los que ocupan los puestos inferiores. Citaremos, no obstante los mas notables.

Francisco de Figueroa nació en Alcalá de Henares en 1540, de una familia noble. Inclinado desde su juventud al cultivo de las letras, se dió á conocer muy en breve. Hizo la campaña de Italia, donde se mostró tan denodado guerrero como distinguido poeta, adquiriendo con sus obras el renombre de *Divino*. Vuelto á España se casó y acompañó á Flandes al duque de Terranova; pero cansado de la vida agitada, se restituyó á su patria donde pasó el resto de sus dias entregado á estudios serios, sin olvidar las musas. Antes de morir quemó todas sus obras, por cuya razon no nos quedó de él mas que un corto número de poesías: estas, sin embargo, son muy apreciables por estar llenas de dulzura y escritas en fluidos y sonoros versos, como puede juzgarse por el siguiente trozo:

Yo que estaba encubierto los más raros
Milagros de natura y amor viendo,
Y su amoroso corazon leyendo

Poco á poco en sus claros
Ojos, principio y fin de mi deseo,
Como turbar la veo,
Enojada conmigo,
Temblando ante ella me prosterno y digo:
«Rayos de oro, marfil, sol, lazos, vida,
De mi alma, de mi vida y de mis ojos,
Pura frente que estás de mis despojos
Mas preciosos ceñida;
Ebano, nieve, púrpura, jazmines,
Ambar, perlas, rubíes,
Tanto os miro y respiro,
Cuanto con miedo y sobresalto os miro.

Bellas son tambien estas octavas:

Cual la agua al rio, al prado la verdura,
La nueva y blanca leche á mi ganado;
Cuanto le agrada al mundo la espesura,
A la tierra la yerba y flor del prado,
Tal es, Flri, á mis ojos tu figura;
Y pues de verla estoy desconfiado
Por rios, campos, montes, tierras, prados
Llorad sin descansar, ojos cansados.

Ya las ninfas del Tajo y su ribera
Llorarán tan doloroso apartamiento,
Pues no hay en ti en la tierra primavera,
Ni en las selvas y bosques ornamento
La casta diosa desdeñosa y fiera,
Esparcido el cabello al fresco viento,
No persigue ya corzos ni venados,
Llorad sin descansar, ojos cansados.

Este poeta fué el primero que dió en castellano el ejemplo de escribir una composicion toda en verso suelto; y salió tan airoso de su empresa que su égloga de *Tirsi* que está en este metro, la obra suya mas conocida y alabada. En la imposibilidad de sertarla toda, daremos de ella una muestra.

Fiero dolor, que el profundo pecho,
De este tu propio antiguo usado nido,
Sacas tan abundante y larga vena,
Afloja ya un poco, oh dolor, ora afloja,
Fiero dolor un poco, y de las lágrimas
Que en mis ojos cuajados hacen turbia
Mi débil vista, alguna parte enjuga,
Porque con este hierro que algun dia
Ha de dar fin á mi cansada vida,

En ese tronco escriba mis querellas,
Do por ventura la engañosa Dafne,
Tornando de la caza calurosa
Y sedienta, á buscar ó sombra ó agua,
Vuelva acaso los ojos y los lea;
O si esto no, será piadoso ejemplo
A amorosos pastores Dafne ingrata,
Que mientras vas con el sol nuevo alegre
Del espacioso mar las bravas ondas
Que crecen con mis lágrimas miraudo,
O en jardin deleitoso, al manso viento,
De cuidados de amor libre paseas;
Tu Tirsi ¡ay Dios! tu Tirsi, un tiempo yace
Solo con su dolor en esta selva;
Que ya ni el verde prado ó fresca sombra,
Ni olor suave de diversas flores,
Ni dulce murmurar de clara fuente,
Le es dulce ó caro sino el llanto mio.

Jorge de Montemayor, portugués, brilló por la misma época que Figueroa, contribuyó á introducir en España con su *Diana* la aficion á las novelas pastoriles. Hablaremos de él con mas estension en otra parte.

Muchos portugueses, además del anterior, ejercitaron su pluma en la poesía castellana. Debe contarse entre ellos *Francisco Sua de Miranda*, célebre entre los escritores de su nacion. Compuso en nuestra lengua varias poesías pastoriles, género que estaba muy en boga en aquellos tiempos, y que forma la casi totalidad de la literatura portuguesa. Hay sensibilidad y melancolia en sus composiciones, aunque se podria desear que la versificacion fuera mas fácil y fluida. He aquí cómo apostrofa á un amigo suyo muerto.

Vete, buen Diego, en paz; que en esta tierra
El placer de hoy no dura hasta mañana,
Y dura mucho cuando desaplace.
Allá ahora no ves la vision vana,
Que acá viviendo te hizo tanta guerra,
Ardiendo el cuerpo que ahora frio yace.
Lo que allá satisface
A tus ya claros ojos,
No son vanos antojos,
De que hay por estos cerros muchedumbre;
Mas siempre una paz buena en clara lumbre.
Contentamiento cierto te acompaña,
No tanta pesadumbre,
Como acá va por esta tierra extraña.

Pero el mas célebre de todos los portugueses que escribieron en español, fué *D. Francisco Manuel Melo*. Nos reservamos dar mas estensa idea de él, cuando hablemos de los historiadores, entre los cuales debe quizás ocupar el lugar primero. Como poeta no dejó de ser tambien aventajado. Su versificacion es fácil y corriente: escribe con suma correccion, con buen gusto, y abunda en pensamientos filosóficos. Dice en una epístola:

Tente, no bajes de la altiva cumbre
Del próvido escarmiento al triste llano,
Ardido al rayo de engañosa lumbre.
Deja abrasar al ciego cortesano:
Y entre la boca y vaso del veneno
No interpongas el grito, ni la mano.
Deja que en el intenso obscuro seno
Guarde todos sus áspides la envidia
Haciendo propio mal del bien ageno.

Y en otro lugar hace esta pintura del sosiego que se disfruta en el campo.

No por bocas de hierro al duro monte
El censo le pidiera de animales,
Atronando el pacífico horizonte.
Ni con red engañosa los cristales
Claros quebrára de los mansos rios,
Prendiéndoles sus simples naturales.
Y aun temiendo de amor los desvarios,
Jamás otras entenas le fiára
Por no volver á dar en sus bajíos.
Solo la blanca aurora enamorára,
Y en su contemplacion todo elevado,
Ni por Céfalo entonces me trocára.
No pisára el umbral de mi cuidado
La malicia, de sátira vestida,
De mi pluma y mi boca todo honrado.
¡O vida dulcemente apetecida,
Dentro de cuyos límites se vive
Todo cuanto los cielos dan de vida!

Tiene suma suavidad y gracia esta letra para ser cantada.

Aura fresca, aura volante
Que en el aire andas vagando,
Y viciosa y murmuratite
Vas con las ramas jugando;

Mientras te digo mi duelo,
¡Ay! afirma, afirma el vuelo.
A vos digo, aura piadosa,
Que esotra piedad no siente:
Con vos hablo, aura amorosa,
Que ella rie al llanto ardiente:
Pues si os doleis sin fingiros,
Suspirad con mis suspiros.
Aura, pues, volando andad
A aquella que me enamora;
Suspirando la cantad
Cuánto mal dentro en mi mora;
Y con llorosos acentos
Incitareis mis lamentos.
Y pues con soplos lascivos
Revolveis su pelo de oro,
Y los anillos mas vivos
Hurtais del bello tesoro;
Soltad el lazo dorado
Que há mi corazon atado.
Si con dulces ventezuelos
Girais su bello semblante,
El ardor de sus ojuelos
Templad siquiera un instante:
Que sus bellos rayos rojos
Ni aun templados arden flojos.

Gil Polo, autor de la *Diana enamorada*, floreció á mediados del siglo XVI, y era natural de Valencia. Menos buen escritor en prosa que *Montemayor* cuyo continuador fué, pero mejor poeta, es conocido sobre todo por su bella cancion en quintillas que empieza:

En el tapiz venturoso,
Donde con plata corriente
Guadalaviar hermoso,
Dejando el suelo abundoso,
Da tributo al mar potente,
Galatea desdeñosa,
Del dolor que á Licio daña,
Iba alegre y bulliciosa
Por la ribera arenosa
Que el mar con sus ondas baña;
Entre la arena cogiendo
Conchas y piedras pintadas,
Muchos cantares diciendo
Con el son del ronco estruendo
De las ondas alteradas:
Junto al agua se ponia,
Y las ondas agravadas,

Y en verlas llegar huia;
Pero á veces no podia,
Y el blanco pié se mojaba.

Pedro de Espinosa, natural de Antequera, se ignora la fecha de su nacimiento; murió en 1650. Su mejor composicion es el idilio de la *Fábula del Genil*, escrito en bellas octavas, de que se puede juzgar por las siguientes:

Vestida está mi márgen de espadaña,
Y de viciosos apios y mastranto,
El agua clara, como el ámbar, baña,
Troncos de mirtos y de lauro santo;
No hay en mi márgen silvadora caña,
Ni adelfa; mas violetas y amaranto,
De donde llevan flores en las faldas
Para hacer las Hénides guirnaldas.

Hay blancos lirios, verdes mirabeles,
Y azules guarnecidos alelíes,
Y allí las clavellinas y claveles
Parecen sementera de rubíes;
Hay ricas alcatifas y alquiceles
Rojos, blancos, gualdados y turquíes,
Y derraman las auras con su aliento
Ambares y azahares por el viento.

Yo, cuando salgo de mis grutas hondas
Estoy de frescos palios cobijado,
Y entre nácares crespos de redondas
Perlas mi márgen veo estar bordado;
El sol no entibia mis cerúleas ondas,
Ni las enturbia el balador ganado;
Ni á las Napéas que en mi orilla cantan
Los pintados lagartos las espantan.

Espinosa publicó una coleccion de poesías de su tiempo, con título de *Flores de poetas ilustres*.

Luis Barahona de Soto, autor del poema titulado las *Lágrimas de Angélica*. Se aprecian algunas églogas suyas, en cuyos versos se nota suma dulzura, como se ve por estos.

No preste aliento en olmos ni avellanos
El céfiro apacible, ni nos siembre
De aljófar cristalino el verde suelo,
Ni nos hincha las manos
El meloso setiembre,
Con dorado racimo ternezuelo,

Ni nos otorgue el cielo
Los madroños, bellotas y castañas,
Dulces manzanas y sabrosas nueces,
Ni alegres flores de la primavera,
Ni á las silvestres cabras las montañas
Los verdes ramos den, cual otras veces,
Y la manada de hambrienta muera,
Sino fuere aplacada
Con himnos la alma de la ninfa amada.

Fernando de Acuña, floreció en tiempo de Cárlos V, á quien acompañó en sus campañas de Alemania. Era natural de Madrid y de familia ilustre; murió en Granada por los años de 1580. Fué uno de los buenos ingenios de su tiempo, y compuso gran número de églogas y elegías, géneros entonces muy en boga. Tradujo las *Heróidas* de Ovidio, y los cuatro primeros libros del *Orlando enamorado* de Boyardo. Su versificacion no es siempre grata al oido; pero tiene á veces sentimiento y ternura, como en estos tercetos.

De sombra en sombra, de una en otra fuente,
En loar cada cual á su pastora
Procuraba mostrarse mas valiente.
Donde no se pasó jamás un hora
Que tu precioso nombre no se oyese,
Tu nombre, Silvia, por quien muero agora.
Ni pienso que algun olmo ó sáuce hubiese,
Do escrita de mi mano por tu gloria
Parte de tu valor no se leyese.
Con esta simple pastoral historia
Procuraba dejar en estos llanos
Inmortal para siempre tu memoria.
Porque del bien de nuestra edad ufanos
Pudieren en el tiempo venidero
Gozarse los pastores comarcanos.
Entonces tuve vida, ahora muero,
Entonces, Silvia, no menospreciabas
A tu pastor Silvano aunque grosero.
Entonces vi que no te desdeñabas
De alegrar con tu vista estas riberas,
Sin mostrar que de verme te enojabas.

Vicente Espinel, hizo una muy buena traduccion de la Epístola de Horacio *ad Pisones*. Entre otras obras compuso la *Vida del escudero Márcos de Obregon*, de que hablaremos mas adelante. Es muy conocido además por haber sido el inventor de la *décima* que de él tomó el nombre de *espinela*. La composicion suya que mas

merece citarse es la del *Incendio y rebato de Granada* por lo numeroso de los versos y valentía de las imágenes.

¿A quién no hizo remover la planta
El gran terror de la ciudad famosa,
Que de Juan honra la reliquia santa?
¿Quién no tembló de ver una rabiosa
Ira del suelo, y aun quizá de arriba,
Amenazar los hombres espantosa?
Rompe y asuela, y al romper derriba
De la pólvora el ronco trueno el muro,
En que la miserable casa estriba.
Vuelan maderos por el aire oscuro
Sobre el humoso remolino y vuelto
Del grave golpe arrebatado y duro,
A cuáles dejan en su sangre envuelto
Entre los brazos de su esposa amada,
A cuáles del troncon los miembros sueltos.

Un confuso alharido, ayuda, ayuda,
Suena de gritos; nadie á nadie llama,
Que no hay quien por salvarse al otro acuda.
Corre la sorda y tragadora llama:
Traspasa Darro y de un horrible estruendo
Pasó al molino y dió la nueva á Alhama.
Piedras de nuevo y leños esparciendo
Que amenazaban la soberbia cumbre,
Y á trechos van las torres combatiendo.
Bajan vigas de inmensa pesadumbre,
Ladrillo y planchas por el aire vago,
Y espesos globos de violenta lumbre;
Y en el Alhambra hacen tal estrago,
Que las reales casas, cual Numancia,
De fuego y humo parecieron lago.

. . . . . .

Cruzan las calles gentes á manadas,
Pasan y encuentran, sin saber por dónde,
Del sin vida enemigo mal guardadas;
Que al uno en las entrañas se le esconde;
Tropella al uno, al otro desbarata,
Da en el primero, y al de atrás responde:
Derriba, rompe, hiende, parte y mata:
Trastorna, arroja, oprime, estrella, asuela,
Envuelve, desparece y arrebata;
Consume, despedaza, esparce y vuela,
Traga, deshace y sin piedad sepulta
A quien del daño menos se recela.

D. Juan de Arguijo, sevillano, fué sin duda uno de los mejores poetas de su época.

Pocas noticias se sabian no obstante acerca de él hasta ahora; pero don José Amador de los Rios en su traduccion de Sismondi dá las siguientes, debidas á la laboriosidad del malogrado don Juan Colon y Colon. Nació á mediados del siglo XVI, de una familia novilísima y de las mas antiguas de aquella ciudad. Su padre don Gaspar, ejercia el cargo de veinticuatro, y le dió una educacion conforme á su estado y á las pingües rentas que poseia. Dedicóse don Juan al estudio de las bellas letras, y en poco tiempo adquirió estensos conocimientos de la lengua latina, haciéndose estimar de todos los literatos y poetas, y siendo tan pródigo con ellos, que consumió gran parte de su patrimonio en socorrerlos y festejarlos. En 1590 fué nombrado por cédula de Felipe II veinticuatro, y desde esta época mereció las mas señaladas distinciones del cabildo, el cual le encargaba la redaccion de todos los informes de peso, y de las representaciones al monarca. En 1598, muerto aquel rey y habiendo convocado su hijo cortes, fué nombrado Arguijo procurador; pero renunció por la oposicion que encontró en alguno de sus colegas. Ignórase el año de su muerte, que debió arrebatarle en edad bastante avanzada, habiendo antes hecho dejacion del cargo de veinticuatro.

La mayor parte de sus poesías, como las de otros muchos eminentes ingenios, han yacido por largo tiempo olvidadas, conociéndose solo alguna que otra cancion, no de las mejores, y varios sonetos, hasta que el citado don Juan Colon hizo pocos años ha el señalado servicio á la literatura española de publicar la coleccion completa de sus sonetos. Estas cortas composiciones, para las cuales poseia Arguijo un talento particular, son en su clase de lo mejor que tenemos en castellano. Imitador de Herrera, es en ellas valiente, profundo, armonioso, reuniendo á la fluidez de una versificacion perfecta, la mas florida imaginacion que presta á sus escritos cuantas galas pueden pedirse á los mas aventajados poetas. De todos estos sonetos, citaremos los tres siguientes:

Al Guadalquivir.

Tú, á quien ofrece el apartado polo,
Hasta donde tu nombre se dilata,
Preciosos dones, de luciente plata,
Que envidia el rico Tajo y el Pactolo:
Para cuya corona, como á solo,
Rey de los rios entreteje y ata
Palas su oliva con la rama ingrata
Que contempla en tus márgenes Apolo:
Claro Guadalquivir, si impetuoso
Con crespas ondas y mayor borriente
Cabrieres nuestros campos mal seguros,

De la mayor ciudad; por quien famoso
Alzas igual al mar la altiva frente,
Respeta humilde los antiguos muros.

Ciceron degollado por Pompilio.

Detén un poco la cobarde espada,
Cruel Pompilio ingrato, y considera
La injusta empresa que á tu brazo espera,
Y largos siglos ha de ser llorada:
¿Posible es que se vé tu mano armada
Contra el gran Tulio, á quien libran debiera,
En igual recompensa de la fiera
Muerte, á tu ingratitud encomendada?
¡Oh cuán poco aprovecha la memoria
Del recibido bien! que al obstinado
Ninguna cosa de su error le mida!
Desciende el golpe sobre la alta gloria
De la lengua latina, y derribado
Deja el valor y la elocuencia muda.

A Ulises.

Aquel fuerte varon que tantos años
Vió contra sí constante la fortuna,
El que pudo sagaz de la importuna
Circe vencer los mágicos engaños;
El que en nuevas regiones y en extraños
Mares, temer no supo vez alguna,
El que, bajando á la infernal laguna,
Libre volvió de los eternos daños:
Los ojos cubre y cierra los oidos
De las sirenas á la vista y canto;
Y se manda ligar á un mástil duro.
Y negando al objeto los sentidos,
La engañosa belleza y fuerte encanto,
Huyendo vence é corta el mar seguro.

Otro de los poetas de gran fama, de quien tambien se teni pocas noticias hasta que el citado traductor de Sismondi ha p blicado algunas, es *Baltasar del Alcázar*. Nació este festivo esc tor en Sevilla, por los años de 1530 ó 1531, de familia nobl esclarecida, en la cual parece que estaban vinculadas las virtu y las letras. Su Padre fué tambien veinticuatro, y le dió una e eacion correspondiente á su clase, dedicándole particularmente ejercicio de las armas, en donde consiguió grandes ventajas, p era muy esforzado y de gentil disposicion. Militó mucho en

y galeras del mejor marino de su siglo, don Alvaro de Ba-
rimer marqués de Santa Cruz, y en su compañía se granjeó
utacion de gran soldado. Fué muy estudioso, y adquirió
perfeccion en las lenguas vulgares; pero todavía más en la
, cuyos autores no dejaba de la mano, sobre todo á Marcial,
gracia imitaba. Retirado á su patria, se casó, y vivió, aun-
on poca hacienda, con mucho honor y estimacion, siendo al-
veces alcalde de la hermandad de hijos-dalgo, y tesorero de
a de moneda. Sirvió casi veinte años en la villa de los Molares
segundos duques de Alcalá en los honrosos destinos de al-
y alcalde mayor, y en este tiempo compuso la mayor parte
s poesías, entre otras el celebrado diálogo de *Borondanga y*
ajuelo que se ha perdido. Fué muy diestro músico y hábil
ositor y dió el tono y la música á alguno de sus madrigales;
aba además con bastante correccion. En los últimos años de
la compuso varias poesías morales, y agoviado de años, im-
ilitado de la gota y piedra, murió á la edad de 76, el
6 de febrero de 1606. Sus poesías están todavía inéditas en
dice que existen en Sevilla. Las pocas que conocemos brillan
u facilidad, soltura y gracia; siendo la más celebrada la *Ce-*
cosa que no podemos menos de transcribir aquí íntegra.

En Jaen, donde resido,
Vive don Lope de Sosa,
Y diréte, Inés, la cosa
Mas brava de él que has oido.
Tenia este caballero
Un criado portugués...
Pero cenemos, Inés,
Si te parece, primero.
La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino á punto:
Falta comenzar la fiesta.
Comience el vinillo nuevo,
Y échale la bendicion:
Yo tengo por devocion
De santiguar lo que bebo.
Franco fué, Inés, este toque;
Pero arrójanse la bota:
Vale un florin cada gota
De aqueste vinillo aloque.
¿De qué taberna se trajo?
Mas ya... de la del Castillo:
Diez y seis vale el cuartillo;
No tiene vino mas bajo.
Por Nuestro Señor que es mina

¡La taberna de Alcocer!
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina,
Si es ó no invencion moderna,
Vive Dios que no lo sé;
Pero delicada fué
La invencion de la taberna.
Porque allí llegó sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bebo,
Págolo y vóyme contento.
Esto, Inés, ello se alaba,
No es menester alaballo:
Solo una falta le hallo,
Que con la prisa se acaba.
La ensalada y salpicon
Hizo fin, ¿qué viene ahora?
La morcilla: gran señora,
Digna de veneracion.
¡Qué oronda viene y qué bella!
¡Que través y enjundia tiene!
Parécemе, Inés, que viene
Para que demos en ella.
Pues sus, encójase y entre,
Que es algo estrecho el camino...
No eches agua, Inés, al vino;
No se escandalice el vientre.
Echa de lo tras añejo,
Porque con mas gusto comas:
Dios te guarde, que así tomas,
Como sábia, el buen consejo.
Mas dí: ¿no aderas y precias
La morcilla, ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica!
Tal debe tener especias.
¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos,
Hechas á cebar lechones.
El corazon me revienta
De placer, no sé de tí,
¿Cómo te vá? Yo por mí
Sospecho que estás contenta.
Alegre estoy, vive Dios:
Mas oye un punto sutil;
¿No pusiste allí un candil?
¡Cómo me parecen dos!
Pero son preguntas viles;
Ya sé lo que puede ser,
Con ese negro beber

Se acrecientan los candiles.
Probemos lo del Pichel,
Alto licor celestial;
No es el aloquillo igual,
Ni tiene que ver con él.
¡Qué suavidad! ¡Qué clareza!
¡Qué rancio gusto y olor!
¡Qué paladar! ¡Qué color!
Todo con tanta fineza.
Mas el queso sale á plaza,
La moradilla va entrando,
Y ambos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.
Prueba el queso que es extremo:
El de Pinto no le iguala,
Pues la aceituna no es mala,
Bien puede bogar su remo.
Haz, pues, Inés, lo que sueles,
Daca de la bota llena
Seis tragos; hecha es la cena:
Levántense los manteles.
Ya, Inés, que habemos cenado
Tan bien y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Inés hermana,
Que el portugués cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo;
Quédese para mañana.

Para muestra de los escritos serios de Alcázar, pondremos el guiente soneto, dirigido á *Gutierre de Cetina*, aunque está muy stante de tener el mérito de las anteriores redondillas.

Si subiera mi pluma tanto el vuelo
Que al deseo igualára que la inclina
A celebrar, carísimo Cetina,
Cuanto bien sobre vos derrama el cielo:
Viérades en honor del patrio suelo,
La clara fama que la rueda empina
Del gran hijo de Tétis, como indina,
Cubierta á vuestros pies de negro velo.
Mas ya que el hado le negó esta palma
Al tardo ingenio, porque tal supuesto
Pide mas alta y numerosa suma,
Yo os celebro, señor, dentro en mi alma,
Donde os vereis en aquel punto puesto
Do no llegó el ingenio ni la pluma.

Este *Gutierre de Cetina* fué persona muy estimada ingenios sevillanos: nació á principios del siglo XVI, a carrera de las armas, y se distinguió en las guerras de I tuvo luego en Méjico, y por último volvió á Sevilla, don por los años de 1560. Sus obras permanecen aun iné gran sentimiento de los literatos, pues lo poco que de él brilla por la extremada suavidad y el esquisito gusto. Júz este Madrigal.

Ojos claros, serenos,
Si de dulce mirar sois alabados,
¿Porqué si me mirais mirais airados?
Si cuanto mas piadosos,
Mas bellos pareceis á quien os mira,
¿Porqué á mí solo me mirais con ira?
Ojos claros serenos,
Ya que así me mireis, miradme al menos.

De *don Antonio Mira de Amescua*, mas conocido co dramático que como poeta lírico, existe tambien una cancion alegórica de la cual citaremos solo algunas estr

Ufano, alegre, altivo, enamorado
Rompiendo el aire el pardo gilguerillo,
Se sentó en los pimpollos de una haya,
Y con su pico de marfil nevado,
De su pechuelo blanco y amarillo
La pluma concertó pajiza y baya:
Y celoso se ensaya
A discantar en alto contrapunto
Sus celos y amor junto,
Y al ramillo y al prado y á las flores,
Libre y ufano cuenta sus amores.
¡Mas ay! que en este estado
El cazador cruel, de astucia armado,
Escondido lo acecha,
Y al tierno corazon aguda flecha
Tira con mano esquiva,
Y envuelto en sangre, en tierra lo derriba.
¡Ay! vida mal lograda,
Retrato de mi suerte desdichada.
De la custodia del amor materno
El corderillo jugueton se aleja,
Enamorado de la yerba y flores;
Y por la libertad del pasto tierno
El cándido licor olvida y deja,
Por quien hizo á su madre mil amores,
Sin conocer temores,

De la florida primavera bella
El verde manto huella
Con retozos y brincos licenciosos,
Y pace tallos tiernos y sabrosos.
¡Mas ay! que en un otero
Dió en la boca de un lobo carnicero,
Que en partes diferentes
Lo dividió con sus voraces dientes,
Y á convertirse vino
En purpúreo el dorado vellocino.
¡O inocencia ofendida,
Breve bien, caro pasto, corta vida!

Rica con sus penachos y copetes,
Ufana y loca con ligero vuelo
Se remonta la garza á las estrellas,
Y puliendo sus negros carmesíes
Procura ser allá cerca del cielo
La reina sola de las aves bellas;
Y por ser ella de ellas,
La que mas altanera se remonta,
Ya se encubre y trasmonta
A los ojos del lince mas atentos,
Y se contempla reina de los vientos.
¡Mas ay! que en la alta nube
El águila se vió y al cielo sube,
Donde con pico y garra
El pecho candidísimo desgarra
Del bello airon que quiso
Volar tan alto con tan corto aviso.
¡Ay, pájaro altanero,
Retrato de mi suerte verdadero!

El *Príncipe de Esquilache*, natural, segun se cree de Madrid, en cuya villa murió el año de 1658, de edad avanzada, habiendo sido virey del Perú. Tiene gracia y facilidad en los romances y letrillas: por ejemplo:

Niñas de mi aldea,
Que vais á la fuente
Por agua las menos
Las mas porque quieren;
Si el amor os lleva
Y el pesar os vuelve,
El verdad os dice
Y el amor os miente.
No son buenas prendas
Plumas y papeles,
Para dar el gusto
Quien libre le tiene.

Mirad que en la vida
Son quien mas defiende
De asaltos de amores
Armas de desdenes.
Mirad el peligro,
Porque á las mugeres
Verdad y mentira
Dañan igualmente.
En las que se engañan
Y en las que se pierden,
Mal los pocos años
Aconsejan siempre.
Mirad como el árbol
Cuando está mas verde,
En abril un cierzo
Le burla y le ofende.
No os engañen, niñas,
Los floridos meses,
Que al paso de mayo
Camina diciembre.
¿No veis que las manos
Del tiempo convierten
Las rubias espigas
En nevadas mieses?
Los alegres años
No espereis que vuelen,
Y los tristes vengan
Que jamás se vuelven.
Pierde, cuando turbio
Con los años crece,
Del amor el rio
El vado y la puente.
Vísteis las que hollando
Tiempos diferentes,
Causaron envidias?
Ya á lástima mueven.
Oid mis consejos,
Mirad que os advierten,
Pues los años vuelan,
Que el engaño vuele.

Baltasar Gracian. Este es el autor que llevó mas ade delirio de la imitacion de Góngora: tiene mas celebridad escritos en prosa, de que á su tiempo hablaremos; y solo mos aquí para dar la siguiente muestra de su estilo, com plo de lo pervertido que estaba en su época el gusto.

En su poema de las *Selvas del año*, empieza así habla estío.

Despues que en el celeste anfiteatro
El ginete del dia
Sobre Flegonte toreó valiente
Al luminoso toro,
Vibrando por rejones rayos de oro;
Aplaudiendo sus suertes
El hermoso espectáculo de estrellas,
Turba de damas bellas,
Que á gozar de su talle alegre mora
Encima los balcones de la aurora:
Despues que en singular metamorfosi
Con talones de pluma,
Y con cresta de fuego,
A la gran multitud de astros lucientes,
Gallinas de los campos celestiales,
Presidió gallo el boquirubio Febo,
Entre los pollos del tindario huevo, &c.

No se puede llevar á mas alto grado la estravagancia y el delirio; y sin embargo esta era la moda, y esto lo que solo se tenia por bueno á fines del siglo XVII. Ejemplo notable que prueba cuánto hay que desconfiar de esos sistemas literarios, que saliéndose de las sendas que señala el buen gusto, aspiran á dominar el parnaso, y logran un momento de aura popular, con su falso oropel y á merced de formas estravagantes. Introducidos generalmente por hombres de talento, y acompañados siempre de altas pretensiones y no escasa jactancia, corrompen á los ingenios subalternos que no saben sino arrastrarse en pos de otros, y llegan á prevalecer en las épocas de decadencia literaria.

A los poetas que llevamos citados, y cuyas obras existen impresas, se pueden agregar otros que, inéditos todavía, yacen en el polvo de los archivos y bibliotecas, y no son conocidos, aunque merecerian serlo. En aquel siglo de gloria para nuestra literatura, fueron infinitos los que se dedicaron al cultivo de la poesía; pero lo hacian por pasatiempo, y como para descanso de mas graves ocupaciones. Solo sus amigos y allegados disfrutaban á veces de estos frutos de tan felices ingenios; pero apreciándolos sin duda en poco, nada ansiosos de fama, no cuidaban de publicar sus composiciones, á tal punto que aun las de los príncipes de nuestro parnaso no lo han sido sino mucho despues de su muerte; y sin la feliz solicitud de sus amigos ó herederos que al fin las dieron á luz, aunque no todas, ignoraríamos nombres que tanto honor prestan hoy á la literatura española. Acaso otros muchos, tan esclarecidos como ellos y tan dignos de eterna fama, han perecido para siempre, por la indiferencia de sus dueños y la incuria de los contemporáneos. ¡Cuán diferentes aquellos tiempos de los que hoy

alcanzamos, en que todo se imprime y se publica al son de y atambores!

Sin embargo, conforme van los amantes de las letras r trando los archivos y bibliotecas, se encuentran algunas de obras perdidas, y se restituyen á su merecida fama nombre jamás habíamos oido. Uno de estos es Pedro de Quirós, qu ha de juzgar por las cortas muestras que se han publicado en la mencionada traduccion de Sismondi, mereceria ser cc do al par de nuestros buenos poetas. Nació este insigne vi fines del siglo XVI; fue muy aficionado al estudio de los cl latinos y principalmente de Horacio. Estudió en Sevilla y en la órden ó congregacion de clérigos menores. Pasó pa sus dias en la villa de Umbrete, donde escribió muchas de su sías; y restituido á Sevilla, murió en 1670 de edad muy zada. Dió á luz varias obras en prosa y las poéticas que nos de él, existen en un códice de la biblioteca colombina, en tedral de Sevilla. Hé aquí un soneto y un madrigal que p dar idea de su mérito.

Soneto á Itálica.

Itálica, ¿dó estás?...Tu lozanía
Rendida yace al golpe de los años:
¿Quién á la luz que dan tus desengaños,
En la sombra veloz del tiempo fia?
Cedió tu pompa á la fatal porfia
De tirana ambicion de los extraños:
Mas hízote el egemplo de tus daños
Libro de sábios, de ignorantes guia.
Mal dije: no humilló tus torres claras
Tiempo ni emulacion con manos fieras:
Que á resistirte con los dos triunfáras.
Tu morir fue deber; pues si hoy vivieras,
Ni á tus hijos mas lauros les hallára,
Ni del mundo en el ámbito cupieras.

Madrigal.

Tórtola amante, que en el roble moras
Endechando en arrullos quejas tantas,
Mucho alivias tus males, si es que lloras,
Y pocas son tus penas, si es que cantas.
Si de la que enamoras
El desden te desvia,
No durará el desden; que tu porfia
Está un pecho de pluma conquistando.
¿Podrá un pecho de pluma no ser blando?

¡Ay de la pena mia,
En que medroso y triste estoy llorando,
Y enternecer procuro
Pecho de mármol, cuanto blanco, duro!

CAPITULO XII.

Poesia sagrada

No se daria una idea cabal de la poesía lírica castellana, si no se hablase especialmente de la sagrada. En un pueblo religioso como el nuestro, no era posible que los poetas tratasen solo de asuntos profanos, y algunos hubieron necesariamente de dedicarse á los muchos altos y dignos que la religion ofrece. Tal sucedió con efecto; y asi en prosa como en verso, hubo infinitos escritores místicos; pero las riquezas poéticas que de este género nos quedan son harto escasas, al menos si se atiende solo á las composiciones que merecen ocupar un lugar distinguido en la verdadera poesía. Ya sea por el gusto de sus autores, ó su escaso talento; ya por su carácter humilde y escesiva modestia; ya por la incuria de los que las publicaban sin reunirlas en colecciones; ya por el desden con que las miraban los mas encumbrados poetas; ya en fin por el espíritu poco religioso que dominó generalmente en la literatura del último siglo; lo cierto es que no son muchos los poetas religiosos que se han salvado del olvido. Sin duda una erudicion esquisita lograria sacar á luz riquezas de esta clase que yacen enterradas, haciendo en ello un gran servicio, pues las que poseemos son de tal valor que hacen en realidad sensible su corto número.

Hemos visto hasta ahora que en los diferentes rumbos que habia seguido nuestra poesía desde el orígen de la lengua, si se exceptúa la poesía popular, precisamente la mas escarnecida y olvidada de los literatos, en lo demas habia carecido de originalidad, sujetándose siempre á la imitacion de extraños modelos. En el siglo XV la poesía provenzal, en los siguientes la italiana y latina, habian sido la norma de nuestros escritores que de esta suerte se privaron de tener un carácter verdaderamente nacional, y coartaron además de un modo sensible la inspiracion y el génio. Asi sus obras, apreciadas de los literatos y eruditos, no llegaron á hacerse patrimonio del pueblo, á tal punto que, como ya hemos visto, muchas quedaron por gran tiempo olvidadas en el polvo de los archivos, hasta que fueron desenterradas por la diligencia de celosos amantes de nuestras glorias. Con efecto, églogas en que se describan costumbres pastoriles que no existen, canciones sobre

amores alambicados y oscuros, ó sobre objetos referentes á la antigüedad pagana, epístolas morales y sentenciosas; nada de esto podia interesar al pueblo, porque no representaba ni sus ideas ni sus costumbres, ni sus gustos. Otra cosa hubiera podido ser la poesía religiosa: aqui ya se tocaba un sentimiento vivo, profundamente grabado en el corazon de los españoles, y se pulsaba una cuerda que los hacia latir y entusiasmarse. Ademas, aqui ya no podia haber imitacion de los antiguos, y se abria un ancho campo á la originalidad. Por desgracia, esta originalidad no siguió siempre el buen camino; y el espíritu conceptuoso y alegórico la contagió hasta el punto de que se necesitaba toda la fé y todo el candor que entonces reinaban, para que tales composiciones no cayesen en el ridículo y el desprecio. Los misterios de nuestra religion, los hechos de los santos, se cantaron en coplas estravagantes que en la actualidad hacen reir: la afectacion de la alegoría llegaba hasta el punto de intitular una obra de oraciones místicas *Alfalfa divina para los borregos de Jesucristo*, y de hacer á la Vírgen siguidillas que nos parecerian escandalosas, si la santa intencion no las disculpase.

Ya desde antiguo se habia introducido este mal gusto en la poesia religiosa. En el *Cancionero general* se encuentra, entre varias composiciones ridículas, una *Ave Maria*, nada menos que de Fernan Perez de Guzman, que principia asi:

Ave, preciosa María,
Que se debe interpretar
Trasmontana de la mar,
Que los mareantes guia, etc.

Sobre la doble naturaleza del Hombre-Dios, existe la siguiente cancion:

El sy, sy, el como no sé
Desta tan árdua quistion
Que no alcanza la razon
A donde sube la fé.
Ser Dios-ombre y ombre-Dios,
Ser mortal y no mortal,
Ser un ser, extremos dos,
Y en un ser no ser ygual,
Es siempre, será no fue.
Siempre fue y siempre son,
Siempre son, mas no son due,
Y aqui la razon es fé.

Otras veces brillaba mas la imaginacion, como en la siguiente cancion de *Alonso de Proaza*, en loor de *Santa Catalina de Sena*.

Tres fieros vestiglos, soberbios gigantes,
Contrarios perpétuos del bien operar,
Salieron, señora, con voz á lidiar,
En diestros caballos, ligeros, volantes.
Mas esta batalla por vos aceptantes
Los santos tres votos de vos esenciales,
Cavalgan armados, y en fuerzas iguales
Se hallan en campo los seis batallantes.
Los unos enlazan los yelmos daquende
Los otros las lanzas engozan dallende.
Y unos á otros se dejan venir,
Y danse recuentros de tanta fiereza,
Que creo lidiantes de tal fortaleza
En justas se vieron jamás combatir.
La santa pobreza ya hizo salir
Al mundo del rencle del golpe primero,
La fuerte obediencia al diablo romero
Hizo las armas en campo rendir.
Y desta manera vencidos los dos,
Quedaron, señora, subjetos á vos.
El blanco caballo de mas excelencia
En el que justaba la casta doncella
Encuentra, derriba, por tierra tropella
La carne que hace mayor resistencia,
Que el mundo, la carne, en gran Lucifer
Nunca mas armas ossasen hacer
Con la grandeza de vuestra potencia.
E aquesta batalla de tres contra tres
Por estas tres coplas se supo despues.

Otras veces hasta se profanaban las cosas mas sagradas aplicándolas á los asuntos mas mundanos, como en el *Pater noster de las mugeres* por Salazar.

Rey alto á quien adoramos,
Alumbra mi entendimiento,
A loar en lo que cuento
A tí que todos llamamos
Pater noster.
Porque diga el disabor
Que las crudas damas hacen;
Como nunca nos complacen,
La súplica á tí, Señor,
Qui es in cœlis.
Y asi lo demás.

Este gusto siguió siempre, aun en los mejores tiempos de nuestra poesía, y no era de presumir se mejorase cuando la secta de gongoristas y conceptistas vino á corromperle de todo punto. En la *Monarquía mística de la Iglesia* por *Fray Lorenzo de Zamora*, se encuentran unas redondillas á San José, que empiezan así:

¿Qué lengua podrá alcanzar
Aquel que tanto subió,
Que á la palabra enseñó
Del propio padre á hablar?
Segun su sábio arancel,
Aunque por diversos medos,
Es Dios maestro de todos,
Pero de Dios lo fue él.
De lo que su ciencia fue
Yo no sé dar otra seña,
Sino que al Cristus enseña
Las letras del A B C.
¡O Jesus! es tan gloriosa
Vuestra virtud y de modo,
Que el mismo padre de todo
Su madre os dió por esposa.
¿Pudo dar al hijo el padre
Madre de más alto ser,
Aunque en razon de muger,
Pero no en razon de madre?
A esta cuenta pudo Dios,
Josef, haceros mas santo;
Mas como padre sois tanto
Que otro no es mejor que vos, etc.

Por todas las anteriores muestras se puede colegir el espíritu y forma de todas estas poesías religiosas que componian el fondo de la mayor parte de los libros devotos que andaban en manos de las gentes. El fervor religioso escrupulizaba poco en cuanto al mérito literario; y el mismo deseo de encarecer la piedad del modo mas ardiente y expresivo, hacia pasar por buenos los conceptos mas extravagantes, y el mas ridículo lenguaje.

Existian, sin embargo, varones eminentes en piedad y ciencia que huyendo de semejantes absurdos, aplicaban á los asuntos místicos una poesía mas alta y digna de su grande objeto. Es cierto que dejaron tambien muchas veces de ser originales, imitando en sus cantos las imágenes y el estilo de las escrituras; mas fuera de que la inspiracion bíblica sienta muy bien á los asuntos cristianos, hallaron aquellos poetas en su corazon piadoso y en el amor divino que les inflamaba, una nueva fuente de estusiasmo, de donde corrieron con abundancia las ideas mas sublimes, los

afectos mas tiernos y las expresiones mas poéticas, dando todo esto á sus composiciones un giro enteramente nuevo y un carácter verdaderamente original.

Con efecto, nuestros poetas profanos, teniendo siempre delante la antigüedad materialista, y no habiéndose sabido crear sino muy rara vez asuntos que hablasen al corazon, inflamasen su fantasía y creasen la verdadera inspiracion, están lejos del noble vuelo que toman nuestros líricos sagrados. Olvidados estos del mundo prosáico que nos rodea, divinizanlo todo, hasta el amor; teniendo por deber el sacrificar á una necesidad del alma todos los bienes terrenales, en ellos la parte moral predomina sobre la material. Poseidos de un contínuo arrobamiento, vivian, por decirlo así, en la mansion celeste, no veian mas que la grandeza de Dios, no conocian mas deleite que el amarle; y la espresion de este deleite, de estos raptos del alma, arrebataba á sus liras torrentes de melodía y cánticos llenos de interés, de novedad y gracia.

Entre estos cantores celestiales brilla en primera línea *Fray Luis de Leon*, cuya alma tierna y afectuosa parecia nacida espresamente para esta especie de composiciones. Siempre que pulsa la lira para objetos sagrados, un dulce éxtasis le eleva á los campos de la contemplacion, y prorumpe en esclamaciones que salen del fondo de su alma: ó bien pinta la mansion celeste, describiéndola con espresiones místicas que, unidas á la suavidad de la versificacion, producen un encanto inesplicable, no pareciendo sino que se escucha la dulce armonía de los ángeles. Estas odas son en él generalmente cortas, porque semejante inspiracion no puede durar mucho tiempo, y fatigaria tanto al lector como al poeta, si se prolongase. Oigámosle, cuando se dirige al Señor en su ascension,

¿Y dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, escuro,
Con soledad y llanto,
Y tú rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?
Los antes bien hadados,
Y los agora triste, y afligidos,
A tus pechos criados,
De tí desposeidos
¿A dó convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
¿Aqueste mar turbado
Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto,

Al viento fiero airado?
¿Estando tú encubierto
Qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube, envidiosa
Aun de este breve gozo, ¿qué le aquejas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos, ay, nos dejas!

No es menos bella la oda en que describe la *vida del cie* medio de una alegoría.

Alma region luciente,
Prado de bienandanza, que ni al hielo,
Ni con el rayo ardiente
Falleces, fértil suelo,
Producidor eterno de consuelo:
De púrpura y de nieve
Florida la cabeza coronado,
A dulces pastos mueve,
Sin honda ni cayado,
El buen pastor en tí su hato amado.
El va, y en pos dichosas
Le siguen sus ovejas, do las pace
Con inmortales rosas,
Con flor, que siempre nace,
Y cuanto mas se goza, mas renace.
Y dentro á la montaña
Del alto bien las guía, y en la vena
De gozo fiel las baña,
Y les da mesa llena,
Pastor y pasto él solo y suerte buena.
Y de su esfera, cuando
A cumbre toca altísimo subido
El sol, él sesteando,
De su hato ceñido
Con dulce son deleita el santo oido.
Toca el rabel sonoro
Y el inmortal dulzor al alma pasa,
Con que envilece el oro
Y ardiendo se traspasa,
Y lanza en aquel bien libre de tasa.
¡O son, ó voz, siquiera
Pequeña parte alguna descendiese
En mi sentido y fuera
De sí el alma pusiese,
Y todo en tí, ó amor la convirtiese!
Conocería donde
Sesteas, dulce esposo, y desatada
De esta prision, á donde

Padece, á tu manada
Viviera junta, sin vagar errada.

Así canta Leon cuando la inspiracion celeste inflama su frente. La ilusion es á sus ojos completa. Créese ver en aquellas santas llanuras de eterno verdor, en aquellos valles de luz que nunca marchitan los hielos, ni entristece la oscuridad: respira su profunda calma; una frescura embalsamada circula en torno suyo; se pierde meditabundo en la enramada; y allí, en su divino éxtasis, piensa oir el canto de los bienaventurados, reproduciéndolo en sus versos.

Además de las otras poesías sagradas de Leon y de sus imitaciones de los salmos, pueden considerarse como pertenecientes á este género las bellísimas odas á *Felipe Ruiz* y *Noche serena*, en las cuales predomina el sentimiento religioso.

Otro poeta sagrado, contemporáneo de Fray Luis de Leon, fue *San Juan de la Cruz*, llamado el *Doctor estático*. Nació en Ontiveros el año de 1542: quedó muy niño huérfano: desde la edad de 13 años entró en el hospital de Toledo para la asistencia de los enfermos; tomó el hábito de la órden del Cármen en 1563; y fue despues asociado á Santa Teresa de Jesus para la reforma de los carmelitas: obtuvo varias dignidades en su órden, y murió en Ubeda á 14 de diciembre de 1591 el mismo año en que Leon. Fue varon egemplar por su caridad y virtudes, y la fama de su santidad le hizo canonizar en 1674.

Pocas son las poesías que se conocen de este autor: la mas notable es un *Diálogo entre el alma y Cristo su esposo*, imitacion del *Cantar de los cantares*, en la que bajo la alusion de unos amores profanos y con espresiones de la mayor ternura, canta el amor divino. A la manera de Fray Luis de Leon, hay en su versificacion cierto abandono y descuido que manifiesta muy bien que el poeta se ha dejado arrastrar de la inspiracion, cuidándose mas bien de dar salida á los sentimientos de su alma, que de adornarlos con un lenguaje castigado y pretencioso: hay sin embargo, tal suavidad en este lenguaje, corre tan fácilmente, las espresiones son tan felices, las imágenes tan bellas, que toda la composicion arrebata. Demasiado larga para trasladarla aqui entera, copiaremos no obstante algunos trozos.

Esposa.

¿A dónde te escondiste,
Amado y me dejaste con gemido?
Como ciervo huiste
Habiéndome herido;
Salí tras tí clamando, y eras ido.

Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo mas quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero.
Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.
. . . . . .

Las criaturas.

Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura;
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

Esposa.

. . . . . .
En la interior bodega
De mi amante bebí, y cuando salia
Por toda aquesta vega
Ya cosa no sabia
Y el ganado perdí, que antes seguia.
Allí me dió su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa;
Y yo le dí de hecho
A mí sin dejar cosa:
Allí le prometí de ser su esposa.
Mi alma se ha empleado
Y todo mi caudal en su servicio:
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio;
Que ya solo el amar es mi ejercicio.
Pues ya si en el egido
De hoy mas no fuera vista ni hallada.
Direis que me he perdido;
Que andando enamorada
Me hice perdediza y fui ganada.
De flores y esmeraldas
En las frescas mañanas escogidas,
Haremos las guirnaldas
En tu amor florecidas
Y en un cabello mio entretegidas
En solo aquel cabello

Que en mi cuello volar consideraste:
Mirástele en mi cuello,
Y en él preso quedaste,
Y en mis dos blandos ojos te llagaste.

Coetáneo de los anteriores fue tambien Fray Pedro Malon de Chaide, que nació en Cascante por los años de 1530. Abrazó la vida religiosa tomando el hábito de San Agustin: su erudicion le alcanzó el grado de doctor en teología, fue catedrático de la universidad de Zaragoza, y sus sermones le grangearon muy gran fama.

La única obra que se ha publicado de este autor es el *Tratado de la Magdalena*, escrito en prosa, pero donde intercala composiciones en verso. Reina en estas la misma sencillez que en Fray Luis de Leon, y hay frecuentes imitaciones de la Biblia, siendo muchas de sus composiciones meras paráfrasis de los Salmos. Hé aquí cómo pinta al Cordero divino cercado de los coros de las vírgenes.

Al cordero que mueve,
Con el cándido pie el dorado asiento;
La luna mas que nieve
Cuajada allá en el viento,
En cuya mano va el pendon sangriento.
Hablo de aquel cordero
En celestiales prados repastado,
Que al lobo horrendo y fiero
De duro diente armado,
De la garganta le quitó el bocado.
De aquel que abrió los sellos,
Que fue muerto, mas vive eterna vida,
Y los misterios de ellos
Con su luz sin medida
Mostró su cerradura mas rompida.
Cércante las esposas
Con hermosas guirnaldas coronadas,
De jazmines y rosas,
Y á coros concertadas
Siguen, dulce cordero, tus pisadas.
En esa luz inmensa,
Hechas unas divinas mariposas,
Andan libres de ofensa,
Y el fuego mas hermosas
Vuelve esas almas santas tus esposas.
Y cuando al medio dia
Tienes la siesta junto á las corrientes
Del agua clara y fria,
Del amor impacientes
Ciñen en derredor las claras fuentes.

Porque las arrebata
El dulce olor que el ámbar tuyo aspira,
Y el blando amor las ata
Que en sus pechos aspira;
Pues siempre te ama el que una vez te mira.
Andas en medio de ellas,
Dando mil resplandores y vislumbres,
Como sol entre estrellas,
Y en las subidas cumbres
De los montes eternos da tus lumbres. etc.

En estos versos se ve alguna mas correccion que en los de Leon y San Juan de la Cruz: no hay, sin embargo, tanta suavidad y poesía. Este autor era naturalmente severo, y poco afecto á nuestros poetas profanos, á quienes tenia por perniciosos; siendo el deseo de destruir el mal efecto de sus obras, lo que le indujo á componer la suya. Llama á aquellos *libros lascivos, rocas en que se rompen los frágiles navíos de los mal avisados mozos*, comprendiendo en este anatema nada menos que á Garcilaso. No obstante, debió estudiar muy detenidamente estos poetas que tanto vitupera, y aprende en su escuela aquella armonía, con que suele embellecer sus versos, como lo prueban las siguientes octavas, en que pinta la felicidad del pecador arrepentido, imitando tambien el *Cantar de los cantares*:

Ven, pues, amado mio, que las flores
De mil colores pinta la ribera,
La tortolilla llama á sus amores,
Y nuestras viñas dan la flor primera.
¿No sientes ya, mi amado, los olores
De las silvestres yerbas? Sal, pues, fuera,
Vámonos al aldea, y cogeremos
Las rosas y azucenas que queremos.
Allí cuando el jardin del rico Oriente
Abra la clara aurora, y enfrenando
Los caballos del sol, saque el luciente
Carro, tú y yo, mi amigo, madrugando,
Saldremos á la huerta á do la ardiente
Siesta en alguna fuente conversando,
La pasaremos bajo algun aliso,
Y no habrá para mí mas paraiso.
Y cuando el rubio Apolo ya cansado
Los sudados caballos zabullere
En el hispano mar, y algun delgado
Zéfiro entre las ramas rebulfere,
Y el dulce ruiseñor del nido amado
Al aire con querellas le rompiere,
Entonces mano á mano nos iremos,
Cantando del amor que nos tenemos.

Allí me enseñarás, ó dulde esposo,
Allí me gozaré á solas contigo,
Allí en aquel silencio alto reposo
Tendré, mi amado, en verte allí conmigo:
Allí en fuego de amor (ó mas hermoso
Que el sol) me abrasaré, y serás testigo
De que te amo así, que por tí solo
El dia me es escuro y negro Apolo.
Allí te alabaré, y en dulce canto
Cantaré las grandezas que me has hecho,
Y cantaré como tu brazo santo
Con celestial poder rompió mi pecho,
Y me libró del reino del espanto,
Movido por amor de mi provecho;
Y será de mi canto el fin y cabo,
Misericordias Domini cantabo.

Tambien *Santa Teresa de Jesus* merece citarse entre los vates que se egercitaron en la poesía sagrada. Su alma ardiente y arrebatada se muestra en ella lo mismo que en su prosa. Menos sujeta que los anteriores á la imitacion de los libros sagrados; es mas original y mas apasionada. Hablaremos mas adelante con mayor estension de esta muger sorprendente: aqui solo citaremos para muestra de su estilo poético los siguientes versos *al amor de Dios*, y un soneto á *Cristo crucificado*.

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.
Aquesta divina union
Del amor con que yo vivo
Hace á Dios ser mi cautivo
Y libre mi corazon;
Mas causa en mí tal pasion,
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.
Solo con la confianza
Vivo de que he de morir,
Porque muriendo, el vivir
Me asegura mi esperanza:
Muerte, do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.
Sácame de aquesta muerte
Mi Dios, y dame la vida;
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte;
Mira que muero por verte

Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.
Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte
Se me dobla mi dolor;
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero,
¡Ah! qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida;
Solo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

Soneto.

No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, mi Dios: muéveme el verte
Clavado en esa cruz y escarnecido,
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
Muévenme las angustias de tu muerte.
Muéveme, en fin, tu amor de tal manera,
Que aunque no hubiera cielo, yo te amára,
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera:
Porque, si cuanto espero no esperára,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

En las regiones septentrionales, la poesía religiosa se muestra melancólica, sombría, profunda y filosófica: en las meridionales donde la imaginacion es tan viva y el alma tan apasionada, que aun la austeridad del claustro no puede destruir esta influencia del clima, la misma poesía toma un carácter más risueño: no se resuelve á abandonar los floridos cuadros que donde quier le ofrece la naturaleza; les pide aun sus colores, su mágico pincel, y hasta en los cantos místicos respira los suaves aromas, y las pasiones ardientes que forman el alma de estas regiones.

Así sucedió á los hebreos, y así nos tenia que suceder á nosotros. Los anteriores egemplos son una prueba de ello.

El P. Fray *José de Sigüenza*, célebre por su historia de la órden de San Gerónimo, se dedicó tambien con suma aficion á la poesía, y hubo de escribir gran número de composiciones sagradas, cuya mayor parte se encuentran inéditas en la biblioteca del

corial. Publicadas no existen sino muy pocas insertas en la da suya que acompaña á la citada historia. Por ellas no vemos ue su númen poético se elevase á grande altura, aunque sí hay smero y buen gusto. La mayor parte son paráfrasis de los Sal- nos. Citaremos de él las siguientes.

Paráfrasi del Salmo *Coeli enarrant gloriam Dei.*

Cantan los cielos con callado acento
La alta proeza del Autor inmenso:
Muestra la hazaña de su diestra mano
Cielo estrellado.
Sin que descanse de volver su rueda,
Muestra el presente, al futuro dia:
Va pregonando la callada noche
La que se espera.
No hay lengua, ó gentes, de nacion extraña
Do no se entienda tan divino acento;
Pues su armonía de uno al otro polo
Va resonando.
Puso el asiento del dorado Febo
Firme, en el medio de las claras ruedas;
Y como esposo, de su rico toldo
Sale á la aurora.
Como gigante no cansado y fuerte
Corre desde el Oriente al otro extremo,
Y torna al puesto por la oblicua senda:
Todo lo alumbra.
Mas ¡ó luz pura del Señor supremo,
Que al alma errada vuelves á la senda,
Testigo firme del gran Dios, y lumbre
Clara á ignorantes!
Sacras veredas, sin torcida vuelta,
Que al que os camina dais perfecto gozo;
¡O via láctea! que á los ciegos ojos
Quitais el velo.
Santo es el miedo de paterna ofensa
Que alinda siempre con eternidades;
Sus juicios lisos, sin doblez, ni ruga
Son, sin enmienda.
Oro del Tíbar, ni precioso gemma
Vido el deseo con que comparallos;
Ni vido el gusto mieles tan sabrosas;
Panal tan dulce.
Y asi tu humilde siervo y cuidadoso,
Vela en su guarda, porque en ella siente
Que se atesora cuanto el cielo puede
Dar de esperanza.
¿Quién será puro de delitos tantos
Tan escondidos? ¡O pureza santa!

Limpiadme de ellos, y tambien me libra
De los agenos.
Aunque combatan, quedaré yo puro,
Si no me rinden al soberbio asalto,
Y el homenage que te debo, limpio
De alevosía.
Luego mi lengua te hará son suave,
Y el pensamiento no perderá punto
De tu presencia; ¡ó ayuda cierta
Redentor mio!

A Cristo Señor nuestro; en su nacimiento.

SONETO.

De tronco, y de raiz firme y segura,
Tierno pimpollo y bello se levanta
Tan alto, que á la mas crecida planta
Humilde deja, y vence con su altura.
En medio de él, y en su mayor frescura,
Brota una flor, y su fragancia es tanta,
Que las almas eleva y las encanta
En sueño dulce de su gracia pura.
A pesar de los cierzos rigurosos
Trueca el invierno triste en primavera,
Y la mas larga noche en claro dia:
Llegad mortales, pues, llegad dichosos;
Gozad mas bien que él de la edad primera,
Pues cuanto el cielo tiene, acá os lo envia.

Acaso no existió poeta alguno de la época que recorrem no se egercitase mas ó menos en la poesía sagrada; y si se gieran todas las obras que han escrito en este género, rianse colecciones de no escasas riquezas: en prueba de taremos una coleccion de romances que con el título de *para la muerte*, se publicó á fines del siglo XVI, compu competencia por varios ingenios de aquel tiempo, y aum despues por otros del siguiente: el número de estos se ac cuarenta, entre los cuales se cuentan los poetas de mas n día como Lope de Vega, Calderon, Jáuregui, Montalvan, Guevara, Rojas y otros. En estas composiciones se advie resabios del mal gusto que iba cundiendo por entonces, h en ellas mas sutileza que verdadera efusion de los senti religiosos. Hé aquí como se explica *Lope de Vega*, hab Cristo crucificado:

Manso Cordero ofendido,
Puesto en una cruz por mí,

Que mil veces os vendí
Despues que fuisteis vendido:
Dadme licencia, Señor,
Para que, desecho en llanto,
Pueda en vuestro rostro santo
Llorar lágrimas de amor.
¿Es posible, vida mia,
Que tanto mal os causé?
¿Qué os dejé? que os olvidé,
Ya que vuestro amor sabia?
Tengo por dolor mas fuerte
Que el veros muerto por mí,
El saber que os ofendí,
Cuando supe vuestra muerte;
Que antes que yo la supiera,
Y tanto dolor causára,
Alguna disculpa hallára,
Pero despues no pudiera.
¡Ay de mí! que sin razon
Pasé la flor de mis años
En medio de los engaños
De aquella ciega aficion!
¡Qué de locos desatinos
Por mis sentidos pasaron,
Mientras que no me miraron,
Sol, vuestros ojos divinos!
Lejos anduve de vos,
Hermosura celestial;
Lejos y lleno de mal,
Como quien vive sin Dios.
Mas no me haber acercado
Antes de agora, seria
Ver que seguro os tenia,
Porque estábades clavado,
Que á fé que si lo supiera
Que os podíades huir,
Que yo os viniera á seguir
Primero que me perdiera.

Si la coleccion no lo dijera, no atribuiríamos á Lope estas y las más redondillas que siguen, en las cuales, á la verdad, no reconocemos su estilo. Mas sutil es todavia, pero mas propio de su autor, el siguiente trozo de un romance atribuido á Calderon:

¡Oh cuánto el nacer, oh cuánto
Al morir es parecido!
Pues si nacimos llorando,
Llorando tambien morimos.
Un gemido la primera
Salva fue que al mundo hicimos,

Y el último vale que
Le hacemos es un gemido.
Entre cuna y ataud
Sola esta distancia ha habido,
Hácia la tierra ó el cielo
Arrojarnos ó admitirnos.
¡Qué bien en sus confesiones
Lo significó Agustino,
Cuando á esta proposicion
No la averiguo el sentido!
¡Vive el hombre ó muere el hombre!
Pues que ninguno ha sabido
Si vive ó muere, porque
Todo se hace de un camino.
¿Qué mas egemplo que yo
A este letàrgo rendido;
Pues vivo al tiempo que muero,
Y muero al tiempo que vivo?
Y si al fin para morir
No ha menester mas delirio,
Ni mas crítico accidente
El hombre que haber nacido?
O felice yo! ¡O felice
Que morir he merecido
En vuestra fé, conociendo
Tantos mortales avisos!

Otras colecciones existen tambien de poesías sagradas, de que daremos aqui los títulos, aunque son bastante raros sus egemplares.

Sagradas Flores del Parnaso, por Bazans.

Divina, dulce y provechosa poesía, por Fray Diego Murillo.

Conceptos espirituales, por Fray Diego de Jesus.

Romancero espiritual del Santísimo, por el maestro José de Valdivieso.

Sacro plantel de flores divinas, por Francisco Ballester.

Vergel de plantas divinas, por Arcángel de Alarcon.

Versos espirituales que tratan de la Conversion del pecado por Pedro de Encina.

Divinos versos, ó Cármenes sagrados, por Miguel de Coloredo y Villalobos.

CAPITULO XIII.

POETAS EPICOS.

El egemplo de los antiguos, el de los italianos, que á tal punto habian sobresalido en la poesía épica, no podia menos de ser in

lado por nuestros ingenios, tan afanados en seguir las huellas de aquellos. A este estímulo debido al espíritu de imitacion, se añadia la natural propension de todos los pueblos á dejar consignadas las hazañas que los ilustran en estas grandes obras que forman siempre como la corona y el mas bello floron de su literatura. Con efecto, desde los tiempos en que nuestra lengua, aun naciente, solo producia sonidos toscos y desabridos, y en que ni siquiera se habia formado la cadencia métrica, aun cuando no existia poesía castellana, hemos visto que los primeros vagidos de esta, fueron poemas épicos, como el del *Cid* y el del *conde Fernan Gonzalez*; ensayos toscos, es cierto, pero que prueban la natural tendencia de la poesía al género en que brilla con mas esplendor y gallardia. En los siglos que examinamos, lejos de faltar poemas épicos, diéronse á luz infinitos sobre muy variados asuntos; pero es necesario confesar que los esfuerzos de nuestros ingenios en esta parte han sido poco felices; y si la musa épica castellana puede jactarse de tan fecunda como cualquiera otra en el mundo, no sucede así en cuanto á la bondad y mérito de las obras, que están muy lejos, aun las mejores, de los poemas con que otras naciones se envanecen.

Sin detenernos por ahora en averiguar la causa de esta inferioridad, pasaremos á dar una idea de los principales poemas que tenemos, citando en seguida algunos de los otros muchos que en en el dia yacen olvidados.

El poema que de mas crédito goza entre nosotros, y el único cuyo nombre ha logrado pasar á los extrangeros, es la *Araucana*, obra de *don Alonso de Ercilla y Zúñiga*. Aunque algunos hacen natural de Bermeo á este insigne varon, solo era oriundo de allí, y nació en Madrid á 7 de agosto de 1533. Con motivo de la alta posicion que ocupaba su ilustre familia, se crió D. Alonso en palacio, sirviendo de menino ó page al emperador Cárlos V y á su hijo Felipe II. Unido á la servidumbre de este último monarca, le acompañó en sus viages, recorriendo con él los principales paises de Europa. Hallábase en Lóndres, cuando se tuvo noticia de la rebelion del valle de Arauco en Chile, y ansioso de distinguirse, dejó los regalos de la córte, corriendo á tomar parte en la penosa lucha que se emprendió para sujetarlo. Distinguióse en ella; y no contento con el laurel de guerrero, quiso conquistar el de poeta, siendo el cantor de las hazañas que veia ejecutar, y escribiendo por la noche en cortezas de árboles lo que durante el dia pasaba. Una riña que tuvo con varios caballeros, y de la que estuvo para ser degollado por justicia, le hizo desterrar de Chile, volviendo á España, cuando aun no tenia 29 años. Publicó la primera parte de su poema en 1569, la segunda nueve años despues, y la tercera en 1589. Casó con Doña María de Bazan, de la familia de los

marqueses de Santa Cruz; hízole Felipe II gentil-hombre de su casa, y le dió el hábito de Santiago, valiéndose de él en algunas comisiones: estuvo por último en la servidumbre del emperador Rodulfo II, á quien acompañó en sus numerosos viages por Alemania, Hungría y Bohemia. Ignórase el año de su muerte, aunque debió ser antes del 1595, puesto que en aquel año su esposa, ya viuda, fundó el convento de carmelitas descalzos de Ocaña donde se halla sepultado.

No fue la intencion de Ercilla el escribir un poema á la manera de Homero y Virgilio, sino una historia de los hechos que presenciaba, amenizada con las galas de la poesia. Así, pues, no hay que pedirle lo que no entraba en su proyecto que desde luego escluye toda regularidad en el plan, y toda trabazon entre sus diferentes partes. Escribiendo los sucesos conforme se presentaban, sin mas conexion que la que le daba el acaso, resulta ser su obra una especie de crónica en octavas mas ó menos numerosas. Este método tenia la desventaja de perjudicar al poema en su conjunto y general estructura: no ha podido salir de él un edificio regular y bello; pero tal vez ha servido al poeta en los detalles que por esta razon han adquirido un grado mayor de verdad, animacion y energía. Así, pues, el mérito de la Araucana no consiste mas que en estos pormenores, y este mérito es á veces tan grande, que ha bastado él solo para darle la justa reputacion de que goza. Pocos son los que le leen con interés y gusto en su totalidad; pero siempre al abrir por cualquier parte sus páginas se encuentran largos trozos que entretienen y embelesan.

Se ha achacado á Ercilla el defecto de hacer á los araucanos mas interesantes que los españoles: este defecto es cierto; pero era inherente al asunto. Los que defienden su patria, y lo hacen con valor, excitarán siempre un interés que no llevan consigo los conquistadores, sobre todo si movidos estos por la codicia ó la ambicion, no tienen en su abono mas que el valor y el arrojo. Lo grande de la empresa, el prestigio de un nombre célebre, pueden alterar esta ley natural y hacer interesantes á los invasores: asi sucederia con efecto si, en vez del valle de Arauco, se tratase del vasto imperio mejicano, si en lugar del cruel Valdivia, el héroe cantado fuese el grande Hernan Cortés; pero el teatro de la guerra del poema de Ercilla es demasiado reducido y humilde para llamar poderosamente la atencion, y ser digno lugar de una epopeya; los héroes españoles que celebra ocupan un puesto insignificante en el largo catálogo de nuestros ilustres guerreros; y ni un caudillo hay entre todos ellos que fije sobre sí las miradas, y atraiga el interés más leve. Todos son iguales: ninguno pasa de ser un soldado atrevido y valiente que se arroja

ciego al peligro y da fuertes cuchilladas; y el único que se distingue de los demás por cualidades apreciables, es él mismo Ercilla: no porque haya en él vanagloria y ridícula jactancia, pues al contrario, habla pocas veces de sí propio, sino porque en estas pocas veces se muestra mas humano y compasivo que sus compañeros.

Ercilla, en quien dominaban estas prendas de humanidad, no podia engalanar con colores poéticos á los que tan completamente carecian de ellos; todo su interés debió naturalmente cifrarse en las víctimas, y su imaginacion le llevó á pintarlas con colores variados y enérgicos. En esta parte brilla sobremanera; y ha retratado á los indios con tal variedad de caractéres, que conservando á todos la fisonomía general que les distingue, da pruebas de una admirable fecundidad en los rasgos particulares, y en la espresion que presta á cada uno; de tal suerte, que solo Homero y el Tasso le aventajan en punto tan difícil y capital del poema épico.

Otro mérito de Ercilla consiste en las batallas que describe admirablemente y con estremado calor, como quien ha tomado parte en ellas, y cuenta lo que ha visto y ejecutado, conservando todavía el ardor y entusiasmo de la pelea. Las de la *Araucana*, á la verdad, carecen de aquella grandeza y aparato que asombra en otros poemas, porque el asunto no se prestaba á la sublimidad que resulta de chocar entre sí poderosos egércitos y naciones ó razas enteras, como sucede en la *Iliada* y la *Jerusalén*: aquellas lides no pasaban de reñidos encuentros entre salvages mal armados de una region desconocida, y un corto número de guerreros; pero en estos encuentros y en los combates parciales no cede tampoco Ercilla á ningun poeta.

Son igualmente dignos de alabanza la mayor parte de los discursos que pone en boca de sus personages, por la elocuencia y energía que sobresale en ellos; mereciendo particular mencion el del viejo Colocolo á los gefes araucanos reunidos para elegir un caudillo.

La versificacion y el estilo no merecen siempre igual alabanza. Ercilla carece generalmente de entonacion poética: tiene facilidad, soltura; pero se eleva pocas veces á la altura conveniente, y la humildad de su lenguaje no se adapta bien á la dignidad épica. Sus octavas son poco numerosas, hay falta de esmero y de elegancia, y poca riqueza en las rimas. Su diccion, aunque pura y natural, está llena de frases triviales y prosáicas, y ninguno de nuestros autores se ha cuidado menos de lo que se suele llamar lenguaje poético. No obstante, en medio de este desaliño y falta de colorido, suele Ercilla producir grande efecto por lo enérgico de la sentencia, lo sublime de la idea y aun lo oportuno de la espre-

sion. Lástima grande que no uniese á la elevacion de un oido mas delicado ó un sentimiento mas profundo de nía poética.

Hé aquí el discurso de Colocolo anteriormente citado

Caciques, del estado defensores,
Codicia del mandar no me convida
A pesarme de veros pretensores
De cosa que á mi tanto era debida;
Porque, segun mi edad, ya veis, señores,
Que estoy al otro mundo de partida;
Mas el amor que siempre os he mostrado
A bien aconsejaros me ha incitado.
¿Por qué cargos honrosos pretendemos,
Y ser en opinion grande tenidos,
Pues que negar al mundo no podemos
Haber sido sujetos y vencidos?
Y en esto averiguarnos no queremos,
Estando aun de españoles oprimidos:
Mejor fuera esa furia ejecutalla
Contra el fiero enemigo en la batalla.
¿Qué furor es el vuestro? ¡ó araucanos!
¿Que á perdicion os lleva sin sentillo?
¿Contra vuestras entrañas teneis manos,
Y no contra el tirano en resistillo?
¿Teniendo tan á golpe á los cristianos
Volveis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido,
No sea en tan bajo estado y abatido.
Volved las armas y ánimo furioso
A los pechos de aquellos que os han puesto
En dura sujecion, con afrentoso
Partido, á todo el mundo manifiesto:
Lanzad de vos el yugo vergonzoso;
Mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
No derrameis la sangre del estado
Que para redimirnos ha quedado.
No me pesa de ver la lozanía
De vuestro corazon, antes me esfuerza;
Mas temo que esta vuestra valentía,
Por mal gobierno, el buen camino tuerza:
Que, vuelta entre nosotros la porfía,
Degolleis nuestra patria con su fuerza:
Cortad, pues, si ha de ser de esa manera
Esta vieja garganta la primera.
Que esta flaca persona atormentada
De golpe de fortuna, no procura
Sino el agudo filo de una espada,
Pues no la acaba tanta desventura.

Aquella vida es bien afortunada
Que la temprana muerte le asegura:
Pero, á nuestro bien público atendiendo,
Quiero decir en esto lo que entiendo.
Pares sois en valor y fortaleza;
El cielo os igualó en el nacimiento;
De linage, de estado y de riqueza
Hizo á todos igual repartimiento:
Y en singular por ánimo y grandeza
Podeis tener del mundo el regimiento:
Que este precioso don, no agradecido,
Nos ha al presente término traido.
En la virtud de vuestro brazo espero
Que puede en breve tiempo remediarse,
Mas ha de haber un capitan primero,
Que todos por él quieran gobernarse:
Este será quien mas un gran madero
Sustentáre en el hombro sin pararse;
Y pues que sois iguales en la suerte,
Procure cada cual ser el mas fuerte.

Enérgico y valiente, y mas poético que el anterior, es el del page de Valdivia, cuando anima á los araucanos al combate.

O ciega gente, del temor guiada,
¿A dó volveis los generosos pechos,
Que la fama en mil años alcanzada
Aquí perece y todos vuestros hechos?
La fuerza pierden hoy, jamás violada,
Vuestras leyes, los fueros y derechos;
De señores, de libres, de temidos,
Quedais siervos, sujetos y abatidos.
Manchais la clara estirpe y descendencia,
Y engeris en el tronco generoso
Una incurable plaga, una dolencia,
Un deshonor perpétuo, ignominioso:
Mirad de los contrarios la impotencia,
La falta del aliento y el fogoso
Latir de los caballos, las hijadas
Llenas de sangre y de sudor bañadas.
No os desnudeis del hábito y costumbre
Que de nuestros abuelos mantenemos,
Ni el araucano nombre de la cumbre
A estado tan infame derribemos;
Huid el grave hierro y servidumbre;
Al duro hierro osado pecho demos;
¿Por qué mostrais espaldas esforzadas
Que son de los peligros reservadas?
Fijad esto que digo en la memoria,
Que el ciego y torpe miedo os va turbando;

Dejad de vos al mundo eterna historia
Vuestra sujeta patria libertando:
Volved, no rechaceis tan gran victoria,
Que os está el hado próspero llamando;
A lo menos firmad el pie lijero
A ver cómo en defensa vuestra muero.

Hemos dicho que Ercilla sobresale en la descripcion combates: aquí, con efecto alza mas el tono, y hasta en cacion se hace mas armoniosa.

Los caballos en esto apercibiendo,
Firmes y recogidos en las sillas,
Sueltan las riendas, y los piés batiendo
Parten contra las bárbaras cuadrillas:
Las poderosas lanzas requiriendo,
Afiladas en sangre las cuchillas,
Llamando en alta voz al Dios del cielo,
Hacen gemir y retemblar el suelo.
Cargan de fuerte fresno como vigas
Los bárbaros las picas al momento,
De la suerte que suelen las espigas
Derribarse al furor del recio viento:
No bastaron las armas enemigas
Al ímpetu español y movimiento;
Que los nuestros rompieron por un lado,
Dejando el escuadron aportillado.
A un tiempo los caballos volteando,
Lejos las rotas lanzas arrojadas,
Vuelven al enemigo y fiero bando,
En alto ya desnudas las espadas:
Otra vez arremeten, no bastando
Infinidad de puntas enhastadas
Puestas en contra de la airada gente,
A que no se mezclasen igualmente.
Los unos que no saben ser vencidos,
Los otros á vencer acostumbrados,
Son causa que se aumenten los heridos
Y que bajen los brazos mas pesados.
De llamas los arneses encendidos,
Con gran fuerza y presteza golpeados,
Formaban un rumor que el alto cielo
Del todo parecia venir al suelo.
Como si fueran á morir desnudos,
Las rabiosas espadas asi cortan;
Con tanta fuerza bajan golpes crudos
Que poco fuertes armas les importan:
Lo que sufrir no pueden los escudos
Los insensibles cuerpos lo comportan,
En furor encendidos de tal suerte
Que no sienten los golpes ni aun la muerte.

Antes de rabia y cólera abrasados,
Con poderosos golpes los martillan,
Y de muchos con fuerza rodoblados
Los cargados caballos arrodillan:
Abollan los arneses relevados,
Abren, desclavan, rompen, deshebillan,
Ruedan las rotas piezas y celadas,
Y el aire atruena el son de las espadas.

Citaremos por último algunas octavas y trozos sueltos en que mas sobresale el vigor y lozanía de este escritor.

Pintando á Caupolican, dice:

Viendo de aquel varon la valentía
El ser gallardo y el feroz semblante,
Su proporcion y miembros de gigante.
Venía el robusto y grande cuerpo armado
De una fuerte coraza barreada,
Y un dragon escamoso relevado
Sobre el alto creston de la celada:
En la derecha su baston ferrado,
Ceñida al lado una tajante espada,
Representando en talle y apostura
Del furibundo Marte la figura.

Describiendo á Lautaro:

Fue Lautaro industrioso, sábio, presto,
De gran consejo, término y cordura,
Manso de condicion y hermoso gesto,
Ni grande ni pequeño de estatura.
El ánimo en las cosas grandes puesto,
De fuerte trabazon y compostura,
Duros los miembros, recios y nerviosos,
Anchas espaldas, pechos espaciosos.

La siguiente comparacion es digna de Homero.

Cual el cerdoso javalí herido,
Al cenagoso estrecho retirado,
De animosos sabuesos perseguido
Y de diestros monteros rodeado,
Ronca, bufa y rebufa embravecido,
Vuelve y revuelve de uno y otro lado,
Rompe, encuentra, atropella, hiere y mata,
Y los espesos tiros desbarata;
Asi, etc.

Y estas:

Como el celoso toro madrigado
Que la tarda vacada va siguiendo,
Volviendo acá y allá espaciosamente
El duro cerviguillo y alta frente.
. . . . . .
Como el fiero Tifeo, presumiendo
Lanzar de sí el gran monte y pesadumbre,
Cuando el terrible cuerpo estremeciendo
Sacude los peñascos de la cumbre,
Que vienen con gran ímpetu y estruendo
Hechos piezas abajo en muchedumbre;
Así la triste gente mal guiada
Rodando el llano va despedazada.

Las dos siguientes octavas prueban que Ercilla sabia á ocasion oportuna hallar el tono de la verdadera armonía.

Allí con libertad soplan los vientos,
De sus cavernas cóncavas saliendo,
Y furiosos, indómitos, violentos,
Todo aquel ancho mar van discurriendo:
Rompiendo la prision y mandamientos
De Eolo su rey, el cual temiendo
Que el mundo no arruinen, los encierra,
Echándolos encima una gran sierra.
No con esto su furia corregida,
Viéndose en sus cavernas apremiados
Buscan con gran estruendo la salida
Por los huecos y cóncavos cerrados:
Y así la firme tierra removida
Tiembla y hay terremotos tan usados,
Derribando en los pueblos y montañas
Hombres, ganados, casas y cabañas.

Hé aquí rasgos enérgicos:

La fortuna es la fuerza de los brazos.
. . . . . .
Mi maza es la que á mí me da el seguro.
. . . . . .
Muertos podremos ser, mas no vencidos.
. . . . . .
Que ningun mal hay grande, si es postrero.
. . . . . .
Que nunca por mudanzas vez alguna
Pudo mudarle el rostro la fortuna.

Todavia añadiremos, para acabar, el siguiente símil:

De la suerte que el tigre cauteloso,
Viendo venir lozano al suelto pardo,
El cuello bajo, terdo y perezoso,
Con ronco son se mueve á paso tardo;
Y en un instante súbito y furioso
Salta sobre él con ímpetu gallardo,
Y echándole la garra, asi le aprieta
Que le oprime, le rinde y le sujeta.
Así, etc.

Todos los trozos citados, y otros muchos que pudiéramos añadir, prueban que Ercilla, con mas cuidado en su diccion, y un asunto mas interesante y arreglado, hubiera sido un eminente poeta épico.

Con muchas mas dotes poéticas que Ercilla, nació *Bernardo de Balbuena*, y tantas eran que á haber usado de ellas con mas sobriedad, mejor gusto y en edad mas madura, hubiera acaso dotado á España de un poema igual á los mas famosos modernos. Fecunda y rica imaginacion, elevacion en las ideas, facilidad asombrosa para versificar, armonía y sonoridad en el lenguaje, todas las cualidades del gran poeta en él se reunieron. Por desgracia, su poema *El Bernardo* fue obra de su primera juventud, y un mero ensayo que hizo para egercitarse en la imitacion de los diversos autores latinos é italianos que acababa de estudiar. Considerado bajo este punto de vista es verdaderamente asombroso, pero por lo mismo es de sentir mas todavia que Balbuena lo haya publicado tal cual salió de su pluma en tan inexpertos años, habiéndolo podido limar y dejar limpio de tanto defecto como le desluce, cuando ya el gusto y la razon se hallaban en él perfeccionados.

El asunto de *Bernardo* es grande y propio de un poema épico. En primer lugar, como destinado á celebrar las glorias de la nacion en su origen, lleva ese sello patriótico que nunca debe faltar á semejantes obras; y además de esto, la antigüedad y oscuridad de los tiempos, lo fabuloso de casi todos los personajes, hasta las leyendas y tradiciones populares que existian acerca de ellos daban ancho campo á la inventiva del poeta, sin que por esto dejase de ser entendido del pueblo, familiarizado ya por las mismas tradiciones con muchos de sus héroes y de las hazañas que cantaba. La disposicion general del plan tampoco estaba del todo mal concebida. Criado Bernardo por el mago Orestes, le señalan las hadas enemigas de Carlo-Magno como el héroe que, revestido de las armas de Aquiles, ha de destruir el poder de aquel soberbio emperador. Parte Bernardo en busca de las armas

prometidas, penetra hasta el Oriente donde tiene mil encuent y aventuras, hasta que por fin consigue hallarlas arrancándo las á Ayax Telamon, que las guardaba ocultas desde el sitio Troya. Con ellas vuelve á España, donde se reune al egército su tio el rey Alfonso el Casto, y moviéndose el egército contr de Carlo-Magno, se da la famosa batalla de Roncesvalles en la Roldan quedó vencido y muerto por nuestro héroe.

«En este poema, dice el señor Quintana, cuyo acertado ju no podemos menos de insertar aqui, obran caractéres, si no p fundos y enérgicos, propios á lo menos de la época y consecu temente dibujados; diálogos discretos, bizarros, urbanos, y á ces sentidos y patéticos; episodios, entre los infinitos que con ne, no pocos que son oportunos, nuevos y felices; descripcio admirables de paises, de fenómenos naturales, de edificios y riquezas; antigüedades de pueblos y de blasones; sistemas te gicos y filosóficos, alegorías morales, sentencias y pensamier profundos y nerviosos; comparaciones abundantes, vivas y be simas; una diccion poética llena de frases notables por su no dad y atrevimiento; una versificacion facil, agradable do quiera, no pocas veces alta y pomposa, segun los objetos lo quieren; y todo escrito con tal confianza y osadía, con un tal de libertad y desahogo, que el poeta parece que juega con dificultades de su arte sin conocerlas, como su héroe se burla los peligros.

«En cuanto á los defectos, continúa el mismo señor Quint el principal es la difusion monstruosa y la prolijidad con dando rienda á su imaginacion inventiva, amontona episodios bre episodios, que cruzándose y confundiéndose entre si, for un laberinto sin salida, donde el autor se pierde miserableme y el lector se aburre y deja caer el libro de la mano, sin dése volverle á tomar otra vez, por no volverse á fatigar en va Otro grave yerro es que muchos de los personajes que llena campo de estos episodios, desaparecen, sin que se sepa en paran, ni vengan á manifestarse á la conclusion del poema, c parecia necesario, atendida la importancia que el autor le dado.... Añádase el poco juicio con que están distribuidos grandes adornos de la alta poesía, la muchedumbre de las d cripciones, la prodigalidad con que se ven empleados por l partes, á la manera oriental, el oro, las perlas, los diaman los rubíes; la declamacion, en fin, que no pocas veces interru el tono genuino y candoroso que es genial al escritor, y destr el nervio y la energía á que de cuando en cuando alcanza. Ofende la trivialidad de muchas máximas y sentencias, á solo la inexperiencia de su juventud podia dar importancia, bajezas en que incurre por falta de esmero y elegancia, aun

pasajes mas altos y nobles, y los equívocos, en fin, y concep-
insulsos y frios con que, aunque rara vez, salpica su diccion,
pueden consentirse en tan grave poesía. Los versos mismos,
tanto cuidado tuvo en que saliesen llenos y sonoros, suelen
las muchas dicciones de que se componen, declinar, á pesar
as sinalefas, en ásperos y duros.... Quizá ningun otro poeta
ellano dé tanta márgen para la reprobacion y censura; mas
bien quizá otro ninguno ofrece tantas ocasiones de alabar y
admirar.»

Aunque mucho es lo que de este poeta se podria citar, nos
tentaremos, para muestra, con trasladar aquí dos trozos de
rente naturaleza. Es el primero la descripcion del templo de
'ama que seria mas bella, si el autor hubiese sido menos pro-
en los pormenores.

Entre la tierra, el cielo, el mar y el viento,
Un soberbio castillo está labrado,
Que aunque de huecos aires su cimiento,
Y en frágiles palabras amasado,
Basa no tiene de mayor asiento,
El mundo, ni los cielos se la han dado.
Pues á solo el y su muralla fuerte,
No ha podido escalar ni entrar la muerte.
En las nubes esconde sus almenas,
La tierra y cielo desde allí juzgando,
De anchos resquicios y atalayas llenas,
De ojos cubiertos sin dormir velando;
Y con mas lenguas que la mar arenas,
Agenas vidas y obras pregonando,
Sin que palabra, aunque pequeña suene,
Que de rumor las bóvedas no llene.
Fama, mónstruo feliz, vario en colores,
Es quien las torres del alcázar vela,
Y en plumas de vistosos resplandores
Por todo el orbe sin cansarse vuela:
Favores pregonando y disfavores,
Que allí el parlero tiempo le revela,
De ojos vestida, de alas y de lenguas,
De unos contando loores, de otros mengnas.
Vuelan sus claravoyas por la cumbre
De la marcada bóveda del cielo,
Sobre pilares de oro, cuya lumbre
El aire baña, y da hermosura al suelo:
Vuelve en cuadrados ecos su techumbre
De huecas voces un sonoro vuelo,
Que en confuso rumor los patios llena,
Y un rico mundo de grandezas suena.
Los firmes quicios de las altas puertas,
Sin guardadoras llaves ni candados,

A todo tiempo y toda gente abiertas,
De cualquier calidad, suerte y estados:
Las ocultas verdades descubiertas,
Los antiguos engaños disfrazados,
Los vulgares rumores, cuyo enjambre,
Al deseo de saber crece la hambre.

A estos sin que el reciente rastro borre
El vulgo la ignorante oreja aplica,
Y al ciego aliento que sus patios corre
La mas templada boca multiplica:
Los cuentos que uno oyó en la primer torre,
Tan mundanos, en otra los publica,
Que volviendo á encontrarlos sus autores
Nuevos los juzgan, y los dan mayores.

El firme umbral de sonoroso bronce
Al grave peso de la gente gime,
Que el vario tiempo por el ancho esconce
A todas horas de aquel mundo esgrime:
Aquí de nudo eterno el mortal gonce
Los siglos vence, y á la muerte oprime,
Y en vuelo infatigable y ancha pompa,
El son retumba de una hueca trompa.

Humilde á los principios se levanta,
De ronca voz y de alas encogida,
Mas crece el tibio vuelo en fuerza tanta,
Que á la luz deja en su cundir vencida:
De feroz vista y proporcion que espanta,
En vivas lenguas y ojos convertida,
Y de tal propiedad y tal sujeto,
Que á todo hace, y no á guardar secreto.

De todas las humanas invenciones,
Soberbias torres, máquinas, trofeos,
Bellos teatros, ricos panteones,
Altas columnas, graves mausoleos,
Anchos doriscos, sacros ilïones,
Colosos, arcos, termas, coliseos,
Pincel, estátuas, bronces, escultura,
Y otra si hay mas constante ó mas segura;

En todos cunde la infeliz polilla
Del voraz tiempo, autor de las verdades;
No hay real corona, ni suprema silla,
Sagrado imperio, muros ni ciudades,
Contra sus fuerzas; todo lo aportilla,
En todo imprime y causa novedades:
Los reinos muda, sus linderos trueca,
Y hoy donde ayer fue mar, ya es tierra seca.

¿Quién me dirá de la usurpada España
El cetro escuro de ásperos alanos?
¿Qué torreones rompió la inculta saña
De Almonidas y antiguos Turdetanos?
¿Quién los Epalos fueron, cuya maña

Al Bétis dió los muros sevillanos?
Los Zacintos, los Celtas, los Alcones,
¿En cuál mundo tuvieron sus regiones?
Ya el tiempo los tragó en ruedas voltarias,
La romana y la griega monarquía,
De Virgilio y de Homero plumas varias
Murieron, y ellos viven todavia:
Si á sus versos los reinos dieron parias,
Tambien yo espero que á la musa mia
Rinda, á pesar del tiempo y de envidiosos,
Roma sus muros, Rodas sus colosos.

El segundo trozo, mejor todavia, es el combate de Bernardo con Roldan, en el cual este famoso paladin queda vencido.

Cual generoso leon, que entre el rebaño
De algun collado de Getulia estrecho,
Cansado de matar y de hacer daño,
Las garras lame, y el sangriento pecho,
Si un dragon ve venir de bulto estraño,
La oveja que á matar iba derecho
Deja, y en crespa clin y aire brioso
Se arroja al enemigo poderoso;
Asi el bravo español, viendo de lejos
Lucir las armas del señor Anglante,
Tras sus nuevos vislumbres y reflejos
Feroz sale á ponérsele delante,
Herida el alma de los tristes dejos
Del malogrado primo y tierno amante;
Bien que el Marte francés al desafío
No salió con menor aliento y brío.
Antes en fuego de honra ardiendo el pecho,
Y en deseos de venganza: «¡O fiero hispano,
Dijo, que el mundo á golpes has desecho
¿Quién te dará ya libre de mi mano?
Bien que la recompensa al daño hecho
Será buscarlo igual cuidado vano,
Mas muere, y deje ahora aqui mi espada,
Si no el agravio, la honra reparada.»
Asi dijo; y cual dos dragones fieros
Que en los marsilios campos con la ardiente
Ponzoña que vomitan, los postreros
Arboles se arden, y su hervir se siente.
Gimen las costas y escamados cueros
Tiembla del grave monte la eminente
Altura, y ellos la abrasada arena
De roscas tienen y de golpes llena;
Tales los dos furiosos combatientes
En su horrible batalla andan cubiertos
De espantosas heridas, y valientes
Golpes, furias, corage y desconciertos,
Rotas las finas armas, los ardientes

Yelmos y arneses sin piedad abiertos,
Sus penachos, escudos y testeras
Ya hechos rajas cubren las laderas.
Dió Orlando al de Leon con Durindana
A dos manos un golpe en el escudo,
Que ni el temple acerado, ni la sana
Pasta valerle en su defensa pudo.
Que ya partido en dos hasta la grana
De sus venas no entrase el filo agudo,
Matizando el color la malla toda
Del fino rosicler de sangre goda.
Y él, viendo ya el escudo sin provecho,
Y sin provecho el dilatar la muerte
De un enemigo tal como le ha hecho
El cielo en brazo poderoso y fuerte;
Alta la espada, y levantando el pecho,
Su agudo filo le envió de suerte
Que le partiera en dos, si la visera
En menos cercos encantados fuera.
La sierra atronó el golpe, y con su tarda
Lengua el eco sonó por las cavernas,
Y al darle la encantada Balisarda
Su fuerza y sus virtudes mostró internas,
Que si las firmes armas su bastarda
Cuchilla no halló del todo tiernas,
Tampoco en la dureza que primero
Mostraba al mundo su invencible acero.
Antes, llevando á cércen la alta cresta
Del encantado yelmo sin segundo,
Bajando al hombro la cruel respuesta,
Vivo llegó su filo á lo profundo:
Corrió la primer sangre á la floresta
Que del fuerte Roldan conoció el mundo,
Y él de ver su arnés roto, y él herido,
Quedó, mas que del golpe, sin sentido.
La vista absorta, y el cabello yerto;
La sangre le cuajó un sudor helado,
Y el negro bulto de su primo muerto
En triste sombra se le puso al lado;
Mas ya del breve frenesí despierto,
De todo el golpe de su honor llevado,
Uno y otro redobla al godo activo,
Milagro que con tantos quede vivo.
No en los fornidos yunques de Vulcano,
Sobre las derretidas masas de oro,
Labrando rayos á la diestra mano
Que sola rige el estrellado coro.
Con los membrudos cíclopes el vano
Aire retumba en eco mas sonoro,
Que el valle á las confusas estampidas
De sus mortales golpes y heridas.

Llenos de horror y sangre, y los paveses
Por el campo sembrados, los caballos
De las vueltas, vaivenes y reveses
Ni ya pueden aquí ni allí llevallos;
Hechas sangrientas rajas los arneses,
Por ver si así podrán mejor quebrallos
A brazos se asen, y en alientos mudos
Los pechos gimen en los fuertes nudos.

De los guerreros la indomable fuerza
La de los dos caballos trajo al suelo,
Donde saltando cada cual se esfuerza
A mostrar la que en él ha puesto el cielo:
Crecen los nuevos golpes, y refuerza
El honor lo que falta, que el recelo
De perderle en el alma que le estima,
La punta es de rigor que mas lastima.

Dió el francés á Bernardo una herida
Tan á sazon, que pudo desarmalle
Todo el hombro siniestro, y de encendida
Sangre darle una nueva fuente al valle:
Corrió notable riesgo de la vida;
Mas cuando ya volvia á segundalle,
Tan recio entró con él, que por las faldas
De un gran peñasco le hizo dar de espaldas.

Y antes que hallase tiempo conveniente
De rehacer su furia, con dos manos
Alta la espada, sobre el yelmo ardiente
Bajó gimiendo por los aires vanos:
La celada rompió el golpe valiente,
Sonó el eco en los valles comarcanos,
Y aunque no cayó el conde, del ruido
Quedó atronado el uso del sentido.

Queríale ya dejar, y un bulto mudo,
Del muerto primo sombra temerosa,
Vió en el aire pasar, y el dolor pudo
Volver cruel su alma de piadosa:
«Aunque es corta venganza á mal tan crudo,
No te puedo dar más, ó alma dichosa;
Muere ahora, cruel, muere, homicida,
Que aquí todo se paga con la vida.»

Dijo; y alzando el brazo vengativo,
A dar sobre él la fiera arma encantada,
Dos partes quedó hecho el yelmo altivo,
Su heróica frente y la enemiga espada;
Cayó muerto Roldan, quedando vivo
Su eterno nombre; su alma arrebatada
Feroz voló á la esfera, y su gallardo
Cuerpo á los pies cayó del gran Bernardo.

En cualquier género de literatura que se examine, no se puede menos de encontrar al fecundo *Lope de Vega* que todos los

recorrió y en todos dió muestra de su abundante vena. El épico siendo tan importante, habia necesariamente de excitar su ingénio y con efecto, aqui tambien se tiene que admirar su fecundidad, a par que igualmente debemos deplorar el abuso de ella y esa precipitacion de trabajo que le impidió siempre producir una obra perfecta. Varios son los poemas que Lope ha dejado. La *Circe*, l *Andrómeda* y la *Filomena*, asuntos tomados de la fábula, y en los cuales siguió á su modo las huellas de los que primero lo habian tratado; el *Isidro*, ó vida del santo de este nombre, obra que en realidad, por su versificacion y su objeto, no puede considerarse como una verdadera epopeya; la *Dragontea* dirigida a pintar las crueldades del inglés *Drake* en América; la *Coron trágica*, en que describe el fin sangriento de María Estuarda; *L hermosura de Angélica*, mas largo que los anteriores: este poema es el mejor seguido y contado de todos los suyos, sin divagar ni estraviarse tanto como en los demás; pero lo inverosimi de las aventuras que en él se refieren, y la falta de dignida y grandeza, igualmente que lo descuidado del estilo, hacen qu sea esta obra muy inferior á la *Jerusalen conquistada*, que es e poema épico en que puso Lope mayor esmero, y en que pensab dejar el mas bello floron de su corona poética.

No ha sido así por desgracia; pues tanto sus contemporáne como la posteridad, no han confirmado la opinion favorable qu él mismo tenia de esta obra, y la *Jerusalen* ha quedado enti las obras menos leidas de Lope.

No merece, á la verdad, este olvido; pues si bien la *Jerus len* ofrece una composicion desarreglada y sin artificio algun si bien hay en ella sobradas faltas de gusto y de correccion, to davia contiene suficientes bellezas poéticas para que no se c por perdido el tiempo que se gaste en leerla.

Al ver el título de *Jerusalen conquistada*, no se puede me nos de creer, recordando la del Tasso, que el asunto de este po ma es la conquista de la ciudad santa por los cristianos. Pu nada de esto: al contrario; el argumento del poema es la terc cruzada: quien ha conquistado á Jerusalen es Saladino; y l príncipes cristianos que trataban de recuperarla, acaban por ret rarse sin conseguir su objeto: y si es cierto que muere Saladino, de muerte natural, haciéndose pacificamente sus funerales y qu dando los santos lugares en poder de los infieles. Desde luego echa de ver el gran vicio de este argumento; pues si para que poema épico sea grato á la nacion para quien se escribe es preci que pinte una grande empresa llevada gloriosamente á cabo, *Jerusalen* de Lope falta á esta principalísima regla, quedan sus héroes totalmente desairados. Decimos sus héroes, porque realidad son varios: Federico Barbaroja que muere en el Cidn

Felipe Augusto que se retira á lo mejor; Ricardo de Inglaterra que hace lo mismo, sin aprovechar sus victorias; Alfonso VIII de Castilla, á quien falsamente hace el poeta concurrir á la espedicion, sucediéndole otro tanto que á los anteriores, y siendo además eclipsado durante el poema por otro héroe castellano de la invencion de Lope, llamado Garcerán Manrique. Esta falta de unidad embrolla la accion y quita todo el interés, si alguno podia resultar de un argumento mal elegido.

Es cierto que Lope se excedió á sí mismo en cuanto á prodigar en esta obra todas las dotes poéticas con que le habia colmado el cielo. Lozanía de imaginacion; amenidad en el estilo, elegancia y encanto de una versificacion fácil y armoniosa. Superior con mucho en esto á Ercilla, no llega á la redundancia y enfática diccion que suele tener Balbuena; y la entonacion general es la que realmente conviene á un poema épico; pero tan buenas cualidades, tanto raudal de bella poesía, vienen á deslucirse con el frecuente desaliño con que escribe, ofendiendo la falta de verdad en muchos pasages, los conceptos alambicados y oscuros, las metáforas viciosas, los juegos de palabras pueriles, y sobre todo la afectacion pedantesca de ostentar á cada paso doctrinas inoportunas. En fin, se echa de ver al cabo de la obra, que aunque gran poeta, Lope mas tierno que grande, con fecunda imaginacion pero sin el nervio suficiente, no habia nacido para la epopeya.

Para muestra, copiaremos aquí un trozo del pasage en que el mago Mafadal muestra á Alfonso VIII en un espejo encantado los reyes que han de ser sus sucesores hasta Felipe III.

Cual suele parecer sesga laguna
La márgen guarnecida de espadañas,
Cuando mirada de la blanca luna
Resurte plata á las vecinas cañas,
Brilla la luz en el cristal, y alguna
Descubre por los troncos las montañas,
Donde huyendo se fueron deslumbrados
Los mansos ciervos de los verdes prados.
Callaba el bosque ya, callaba el viento,
Que solo entre los céspedes bullia,
Y el agua con respeto el claro acento
De su voz en sí misma detenia.
En esto con gallardo movimiento
Vieron que dentro del cristal venia
Una tropa de armados caballeros,
Y el divino Fernando en los primeros.
Sobre un caballo blanco, en cuya frente
Una dorada pieza relumbraba
Con un penacho rojo, que eminente

Las puntas en esferas remataba,
Al freno y al talon tan obediente,
Que á la imaginacion se anticipaba,
Venia el santo rey, y en un dorado
Pavés el claro Bétis retratado.
Su hijo Alfonso el Sábio le seguia,
Con tan justa razon llamado el Sábio,
Que la extrangera envidia no tenia,
Con ser de España, el nombre por agravio.
Partido el campo del pavés traia
En la parte inferior un astrolabio,
Y un cielo con un peso, en que á los reyes
Mostró á medir con la de Dios sus leyes.
En un caballo negro Sancho el bravo,
De un jaco armado, con la banda roja,
En el pavés un rey alarbe esclavo,
Rayos de fuego de la vista arroja:
El undécimo mira Alfonso octavo
Tan fuerte que aun parece que despoja
Los moros del Salado, cuyos hechos
Le dieron en Castilla tantos pechos.
Con un baston de relevadas puntas
Feroz el rey don Pedro en un melado
Muestra la fuerza y la arrogancia juntas,
Del romano Calígula traslado:
La blanda paz y la piedad difuntas
Cubren el campo del pavés dorado,
Entonces el cristal nos parecia
Que el furor de sus ondas detenia.
Con tres Enriques dos valientes Juanes
Vienen tras él, los tres en tres overos,
Y los dos, en dos fuertes alazanes,
Con mil victorias de los moros fieros:
Si miráran entonces los soldanes
Del Asia relumbrando los aceros
A los dos que lo siguen, de la frente
Se les cayera el árbol eminente.
Aquel Fernando quinto, que de España
La sangre dividió mora y hebrea
De la noble, que tanto infesta y daña,
El campo descubierto señorea:
El peinado cabello el rostro baña
De luz, y su divina Ipsicratea
Con las tocas antiguas parecia
El siglo de oro que en los dos volvia.
El sol del Austria en nuestra playa muerto
A la sazon de sus floridos años,
Los sigue alegre hasta los pies cubierto
Un rucio pisador de negros paños:
Tembló el cristal, apenas descubierto,
Aquel, de quien temblaron los extraños

Mares desde este polo al mas distinto
El siempre victorioso Cárlos quinto.
Ya se humillaban árboles y plantas
Al segundo Felipe y al tercero,
Y al nuevo Salomon las luces santas
En el sublime polo y hemisfero:
Alfonso que miró grandezas tantas
Del fénix español y su heredero,
Quisiera hablar, pero el cristal escuro
Súbitamente se cubrió de un muro.

Un poema olvidado hasta hace poco, y solo conocido en el dia por los fracmentos que el señor Quintana ha presentado de él en su musa épica castellana, es la *Cristiada* de *Fray Diego de Hojeda*; y en verdad que á juzgar por los espresados fragmentos, merece harta mas fortuna que la que le ha cabido, y que tendrá sin duda, pues que incluido ya en el tomo XVII de la *Biblioteca de autores españoles*, por el entendido literato don Cayetano Rosell, vuelve á aparecer íntegro en el orbe literario.

Poquísimas noticias son las que se tienen del padre Hojeda. Solo se sabe que era de Sevilla, y del título de su libro consta que fue regente de los estudios de los predicadores de Lima. La única edicion que existe es la hecha en Sevilla en 1611, cuyos egemplares son rarísimos. Pondremos aquí un estracto del juicio que dicho señor Quintana hace de este poema.

El argumento de la *Cristiada*, es la pasion de Jesucristo, y presenta una accion sencilla y desembarazada, que principia en la cena del Salvador con sus discípulos, y concluye en el punto en que es desclavado de la cruz y guardado en el sepulcro. Adórnanla episodios que, naciendo del mismo asunto y enlazándose á él con un artificio bastante ingenioso, dan razon de lo pasado y de lo porvenir, y completan el conocimiento de la grande obra de la redencion humana.

La parte sobrenatural, ó llámese máquina, era en la Cristiada la esencia verdadera de su argumento, puesto que en él todo es maravilloso y divino. Esta parte está grandemente concebida y desempeñada por Hojeda; pero no puede decirse otro tanto de los caractéres, porque si el poeta no desmiente el concepto general de los personajes que intervienen en su composicion, tambien es cierto que nada ha inventado, nada ha añadido, y no presenta ninguna belleza propia suya, por donde merezca particular alabanza.

El lenguaje de la Cristiada es propio, pero natural, ageno enteramente de la afectacion, pedantería, conceptos y falsas flores que corrompieron despues la elocuencia y la poesía castellana. Pero no siempre es tan claro cual debiera, unas veces por la

naturaleza de las ideas que pertenecen á un órden escolást teológico, poco inteligible al comun de los lectores; otras p no pudiendo vencer la dificultad de la versificacion y de la deja las cláusulas indecisas y el sentido confuso y enredad pocas, en fin, á causa del desaliño y descuido con que se h impresion sin estar el autor presente. Su estilo sube y des de naturalmente, segun los objetos que tiene que pintar, a su temple general es el de la facilidad y el agrado, mas tie patético que fuerte y que sublime. Los versos son tambien ralmente fluidos y agradables; pero carecen muchas vec plenitud y cadencia, y las octavas no se sostienen siempr aquella igualdad, despejo y brillantez que se admira en poetas nuestros.

Sentimos no poder presentar íntegros algunos de los b mos cantos de este poema; pero citaremos algunas octa aquel en que la oracion de Jesucristo personificada, sube al

Con prestas alas, que al lijero viento
Al fuego volador, al rayo agudo,
A la voz clara, al vivo pensamiento
Deja atrás, va rasgando el aire mudo:
Llega al sútil y espléndido elemento
Que al cielo sirve de fogoso escudo,
Y como en otro ardor mas abrasada
Rompe, sin ser de su calor tocada.
De allí se parte con feliz denuedo
Al cuerpo de los orbes rutilante,
Que ni le pone su grandeza miedo,
Ni le muda el bellísimo semblante:
Que ya mas de una vez con rostro ledo,
Con frente osada y ánimo constante,
Despreciando la mas excelsa nube,
Al tribunal subió que agora sube.
Estaban los magníficos porteros
De la casa á la gloria consagrada,
Que con intelectivos piés ligeros
Voltean la gran máquina estrellada,
Estaban como espíritus guerreros
Para guardar la celestial entrada
Puestos á punto, y viendo que subia
A su consorte cada cual decia:
«¿Quién es aquesta dama religiosa
Que de Getsemaní volando viene?
Es su cuerpo gentil, su faz hermosa;
Mas el rostro en sudor bañado tiene.
Que beldad tan suave y amorosa
Con tan grave pasion se aflija y pene,
Lástima causa. ¿Quién es la aflijida,
En igual grado bella y dolorida?

Es de oro su cabello refulgente,
Su rubia crin los rayos de la aurora,
De lavado cristal su limpia frente,
Su vista sol que alumbra y enamora;
Sus mejillas abril resplandeciente,
En sus lábios la misma gracia mora;
Callando viene, pero su garganta
Da muestras que suspende cuando canta.
En polvo, en sangre y en sudor teñida
Aparece su grave vestidura:
Como quien piés lavó, sube ceñida,
Y humildad debe ser quien la asegura.
Vedla, que en santo amor está encendida,
Y así de amor el fuego la apresura;
¿Si es por dicha oracion de algun profeta?
Si es oracion, es oracion perfeta.
Oracion es, que los atentos ojos
Y las tendidas arqueadas cejas,
Y lo demas que lleva por despojos
Son de esta gran virtud señales viejas.
Sin duda puso en tierra los hinojos,
Y á solo Dios pretende dar sus quejas:
El barro de la ropa lo declara,
Y la congoja de su pecho rara.
Cual humo de pebete es dedicada
De amarga mirra y de suave incienso,
Y de la especería mas preciada
De que á Belen pagó la Arabia censo.
Mirra fue de su sangre derramada
La primer causa, y un dolor inmenso,
Y de estos aromáticos olores
Ciencias, virtudes, gracias, resplandores.»

. . . . . .

Vídola, y respetóla el sacrosanto
Padre, de santidad fuente benigna.....

. . . . . .

Mandó llamar á córtes celestiales
Y juntarse los reyes coronados
Por su gracia, y con dones desiguales
Perfectamente bienaventurados:
A la voz de sus lábios inmortales
Temblaron los dos polos encontrados,
Parósé el cielo, retumbó la tierra,
Y el infierno temió segunda guerra.

. . . . . .

Llamados, pues, con voces resonantes,
Que en todo el grande cielo se escucharon,
Los que habitan el Norte y Sur distantes
Al punto en el alcázar se hallaron:
Y aquellos que las plazas rutilantes
Pisan del alba roja se apresuraron,

Y vinieron tambien los que el poniente
Hacen con clara luz ilustre oriente,
Los que presiden á los graves reyes
Y blandas condiciones les inspiran;
Los que ponen al mar y quitan leyes
Y siempre firmes sus mudanzas miran;
Los que gobiernan religiosas greyes
Y dulce paz con manso aliento espiran,
Sin dejar sus oficios acudieron,
Y sin pasar por medio allí estuvieron
. . . . . .
El sumo alcázar para Dios fundado
Sobre este mundo temporal se encumbra:
Su muro es de diamante jaspeado,
Que sol parece y mas que sol relumbra;
Está de doce puertas rodeado,
Que con luz nueva cada cual alumbra:
Y la mas fuerte y despejada vista
No es posible que á tanto ardor resista.
Las doce tribus de Jacob valientes,
Están en los umbrales sobreescritos,
Y en las bases de mármoles lucientes
Doce maestros de cristianos ritos:
La materia es de piedras excelentes,
Y de oro coruscante los escritos:
Ninguna puerta con rigor se cierra,
Porque no hay noche, ni se teme guerra.
De este rico metal, cual vidrio puro,
Es la hermosa plaza cristalina,
Y el ancho suelo, como el alto muro;
De ardiente claridad y luz divina:
Por ella un rio de cristal, seguro
De ofensa vil, con blando pié camina;
En urna va de perlas murmurando,
Y el márgen de oro líquido esmaltando.
A la ribera de este ameno rio
Está luciendo el árbol de la vida,
Con grave copa y descollado brio,
Que con su olor á eterna edad convida:
Fruta de que jamás inspira hastío,
Que es fruta cada mes recien nacida:
El es de oro, y sus hojas de esmeraldas,
Y hacen de ellas los ángeles guirnaldas.
Luego sobre estas aguas caudalosas
Estan lindos y alegres corredores
Y galerías de marfil preciosas
Bañadas en suaves resplandores:
Divisan desde allí todas las cosas
Aquellos celestiales moradores,
Y lastímales vernos fatigados
En pequeños y míseros cuidados.

. . . . . .

Asentados en sillas rutilantes
Hechas en perfectísimas labores
De topacios, beriles y diamantes,
Envueltos en celestes resplandores,
Ceñíanlos guirnaldas coruscantes
Como á santos y dignos triunfadores;
Pero, si bien en sillas asentados,
Estaban á los pies de Dios postrados.

Nos hemos detenido un poco al hablar de los anteriores poemas épicos, para dar una idea tan exacta como aquí puede darse de nuestras riquezas en este género de literatura, y porque dichos poemas son los mas notables que poseemos. Otros muchos existen; pero seria largo y molesto hablar con especialidad de ellos: solo daremos aquí una noticia de los que merecen alguna mencion.

El *Monserrate* del capitan *Cristóval de Virués*, cuyo asunto es el pecado y penitencia de Juan Guarin, que deshonró á la hija del conde de Barcelona, confiada á su cuidado: suceso que dió orígen á la fundacion del santuario que allí existe.

La *Bética conquistada* de Juan de la Cueva, que tiene por objeto cantar la conquista de Sevilla por el santo rey Fernando, asunto grande, patriótico y verdaderamente digno de la epopeya; pero que requeria mas fuerzas de las que este autor poseia.

La *Invencion de la cruz de Francisco Lopez de Zárate*, nacido en Logroño, año de 1580, primero hombre de guerra, y luego empleado por el duque de Lerma en la secretaría de Estado, donde sirvió hasta la desgracia de don Rodrigo Calderon: murió en 1658, habiéndose siempre distinguido por sus talentos, cortesanía, rectitud y apacible carácter. Publicó algunas poesías líricas y una tragedia. El argumento de su poema tiene por objeto el viage y peregrinacion de Santa Elena en busca de la Cruz y las guerras de Constantino. Este asunto que pudiera dar márgen á un gran poema, aprovechando los elementos que suministraba la época en que destruida la religion pagana, triunfaba el cristianismo, se ha perdido en manos de Zárate, que con escaso caudal poético, no se ha elevado á la altura que requeria.

Las *Lágrimas de Angélica* de Luis de Baraona de Soto, natural de Lucena, y poeta, que floreció á fines del siglo XVI. Este poema, hecho á imitacion del de Ariosto, tuvo mucha boga en su tiempo; pero está hoy enteramente olvidado.

El *Carlo famoso* de Luis Zapata, y la *Carolea*, de don Gerónimo Samper, que ambos tienen por asunto las hazañas del emperador Cárlos V.

La *Austriada* de Juan Rufo, dirigida á celebrar á don Juan de Austria.

Nápoles recuperada, del príncipe de Esquilache, poeta bueno para letrillas y romances, en que dió muestras de facilidad y gracia, pero de ningun modo á propósito para elevarse á la altura épica.

La *Restauracion de España*, los *Amantes de Teruel* y las *Navas de Tolosa*, de Cristóbal de Mesa.

El *Pelayo*, de Alfonso Lopez, llamado el Pinciano.

La *Megicana*, de Gabriel Laso.

La *Numantina*, de Francisco de Mosquera y Barrionuevo.

El *Macabeo*, de Miguel Silveira, poeta de raza judáica.

El *Alfonso ó la fundacion de Portugal*, y el *Nuevo Mundo*, de Francisco Botello.

La *Hernandia*, de Ruiz de Leon.

Florando de Castilla, de Gerónimo de Huerta.

Don Celidon de Hibernia, anónimo.

Atalante y *Hipomenes*, del marqués de San Felices.

El *Endimion*, de Marcelo Diaz de Calle-Cerrada.

La *Gigantomaquia*, de Manuel Gallegos.

España libertada, de D. Bernardo Ferreira de la Cerda.

Hazañas de Bernardo del Carpio, de Agustin Alonso.

Los *Famosos hechos del Cid*, de Diego Jimenez de Ayllon.

La *Victoria de Lepanto*, de Gerónimo de Córte-Real.

La *Conquista del Perú*, de Pedro de Peralta.

La *Neapolina*, *ó hechos del Gran Capitan*, de Juan Castellanos.

Orlando determinado, de D. Martin Abarca Bolea y Castro.

El *Narciso*, de Juan Bermudez de Alfaro.

El *Peregrino indiano*, *ó conquista de Méjico por Cortés*, de Antonio de Saavedra Guzman.

Arauco domado, de Pedro de Oña.

Conquista de Granada, de Duarte Diaz.

Murgetana, *ó conquista de Murcia*, *por D. Jaime I*, de Gaspar García Oriolano.

La *Liga deshecha por la espulsion de los moriscos*, de Juan Mendez de Vasconcelos.

Espulsion de los moriscos, de Gaspar de Aguilera.

Poco menor es la lista de los poemas sagrados: citaremos los siguientes:

Cristo paciente, de José Martinez Guindal.

El *Patron de España*, de Cristóbal de Mesa.

El *Sol máximo de la iglesia*, *San Gerónimo*, del M. Fray Francisco de Lara.

Vida y milagros de Santa Inés, con otras obras á lo divino, de Alvaro de Hinojosa y Carvajal.

La *Benedictina*, de Fray Nicolás Bravo.

David, de Jacobo Uziel.

Poema sacro del Ignacio de Cantabria, de Pedro Oña.

El *Caballero de Asisio*, poema de San Francisco de Asís, de Gabriel de Mata.

La *Reina Esther*, de Juan Pinto Delgado, llamado entre los judíos *Mojeh Pinto*.

La *Elocuencia del silencio*, vida de San Juan Nepomuceno, anónimo.

San Ignacio de Loyola, de Hernan Dominguez Camargo.

El *Héroe santo, Domingo de Guzman*, anónimo.

Harmónica vida de Santa Teresa de Jesus, del padre José Antonio Bruton y Mujica.

La *Mejor muger, madre y virgen*, de Sebastian de Nieva Calvo.

Los *Triunfos de Jesus*, de Alonso Martin Braones.

La *Cristiada*, de Juan Francisco Enciso de Monzon.

San Ignacio, de Antonio Escobar y Mendoza.

La *Nueva Jerusalen María*, del mismo.

La *Creacion del mundo*, de Alfonso de Acevedo.

Vida de San José, del M. Fray José de Valdivieso.

Presentamos esta larga lista de poemas, en la cual faltan sin duda muchos títulos, para dar una prueba del sumo ardor que hubo entre nuestros ingenios por alcanzar la corona épica, y de las riquezas que poseemos en esta parte, si riquezas merecen llamarse esa multitud de obras, de las cuales á la verdad pueden sacarse magníficos trozos de poesía, mas que por lo general ofrecen un conjunto informe, y muy poco agrado en la lectura.

No confundiremos, sin embargo, con esos débiles escritores épicos á *don Juan de Jáuregui*, que si desbarró tan lastimosamente, los superó á todos en ingenio y en dotes para la poesía. Grima nos da que quien empezó tan brillantemente con su admirable traduccion de *Aminta*, se dejase corromper por el mal gusto hasta el punto de apilar tanto disparate en su poema de *Orfeo*, y dar muy atrás en su traduccion de la *Farsalia* á Lucano en los defectos que deslucen la obra de este insigne poeta; pero en medio de sus estravagancias, la versificacion de Jauregui es siempre sonora y brillante, sus octavas rotundas y ricas de armonía; y se encuentran pasages, que libres de culteranismo, pueden honrar al mayor de los poetas. Véase este del *Orfeo*, en que pinta la entrada del Infierno.

En la fragosa Ténaro, que inunda
El lacónico ponto, en sitio cierto
Rudo taladro de canal profunda
Rompe el terreno cavernoso y yerto:
Intensa breña con horror circunda
El rasgado peñon, y esconde abierto
Cóncavo tal, que la tartárea estanza
Por las entrañas del abismo alcanza.
Tan denso allí de rústica madeja
Asombra el sitio pabellon herboso,
Que aun lo esterior á la caverna deja
De la estorbada luz siempre envidioso;
Ni cuando el sol á su cenit se aleja
Allí introduce rasgo luminoso;
Presta á la noche la caverna umbría
Seguro lecho al despertar el dia.
Desde que fabricó la vez primera
Naturaleza el bosque, le aborrece:
No le matiza de verdor, no altera
Su tosca rama, ni sus hojas crece:
Cuando repite abril su primavera,
Y en vario esmalte el prado reflorece,
Allí le niega su dominio alterno,
Siempre rehácio el escabroso invierno.
De ciegas ondas lago ponzoñoso
Bate en la peña y riega su boscage,
Que al basilisco y áspid venenoso
Aun fuera su licor mortal brevage:
Humos exhala, que en el viento ocioso
No otorgan á las aves hospedage,
Y ellas buscan, huyendo el vapor ciego,
Antes arder en la region del fuego.
Nunca en la breña la segur tajante
Violó de añoso tronco seca rama,
Ni pie mortal á orillas del undante
Lago imprimió jamás la espesa lama:
Previene el escarmiento al caminante
La ya esparcida voz que el sitio infama:
Lejos se mira, y con espanto y miedo
El pie lo huye y lo demuestra el dedo.

Y este otro de la Farsalia.

Recibe el golpe el delicado y blando
Pecho del jóven Argos de Marsella,
Y sobre el asta el cuerpo derribando
Ayuda él mismo á travesar en ella:
Su padre, que morir le está mirando
De lejos, por los bancos atropella,

Sin que la chusma el paso le embarace,
Hasta do el hijo agonizando yace.
Este, cuando mancebo, competia
En entender y usar de la robusta
Guerra con cuantos de su tiempo habia,
Y así de la palestra, y de la justa:
Y aun hoy, que á su vigor y valentía
Los años vencen, de las armas gusta,
Y entre los suyos débil y cansado
Sirve de egemplo ya, no de soldado.
Viendo á su hijo, el mísero no pudo
Batir sus pechos, ni bañar el llanto
Sus tristes canas; mas, helado y mudo
Quedó un espacio de dolor y espanto:
De la terrible angustia el golpe agudo
Turbó la vista de sus ojos tanto,
Que al fin desconoció la pura frente,
Y el rostro amado del doncel presente.
Alza sin fuerzas la cabeza y cuello
Lánguido entonces, y á su padre mira
El pálido garzon, al conocello
Hablar no puede y tácito suspira;
Las señas mudas de su rostro bello
Piden, en tanto que la vida espira,
Los paternales últimos abrazos,
Ansioso el jóven de mover los brazos.
Mas, despertando el viejo, y de su parte
Fuerzas cobrando su dolor mas fiero:
Argos, perdona (dice) si negarte
Puedo mis brazos á tu fin postrero:
Fáltame corazon para mirarte:
Difunto en ellos moriré, primero
Que tu vital espíritu despidas,
Pues hierve aun viva sangre en tus heridas.
Por el anciano pecho, mientras dijo,
Vieron su espada misma atravesarse,
Y al fin, porque su muerte á la del hijo
Pudiera sin estorbo anticiparse,
Quiso abreviando su vivir prolijo,
En las marinas ondas anegarse:
Dió el cuerpo al agua, de morir contento,
Y luego el alma desatada al viento.

Entre la multitud de poemas olvidados y dignos de serlo, no
ece tampoco igual desprecio un poemita en un solo canto,
ado *Raquel* de *don Luis de Ulloa y Pereira*, poeta natural
oro y que floreció en tiempo de Felipe IV, siendo esta la úni-
bra suya que se lee ahora. Está fundado este poema en los
res de Alfonso VIII con una judía de Todelo, contra la cual se
laron los grandes, dándole muerte para libertar al rey de, tan

perjudicial devaneo: tradicion fabulosa, pero muy propia poesia, y de la cual se ha apoderado tambien con feliz teatro.

Aunque Ulloa no poseia grandes dotes poéticas, su p no deja de ser apreciable por su sana diccion, hallánd bien no en todas sus partes, exento de las estravaganc afeaban la poesia de su tiempo. Sirvan de egemplo las guientes octavas.

Oficio es el reinar, ó ministerio
Que servidumbre espléndida se llama;
Y en el mayor poder es el imperio
Mas corto, si se ajusta con la fama:
Entre Neron, Calígula y Tiberio
Voluntario el deleite se derrama:
En las fatigas de los reyes justos
Ignóranse los nombres de los gustos.

De una ramera torpe en la esperanza
Vivimos ó suspensos, ó postrados,
Siendo el arbitrio de su fiel balanza
Los premios y castigos ponderados;
Solo la liviandad de su mudanza
Nos tiene desvalidos ó privados:
Tanta paciencia en pechos varoniles
No los hace leales, sino viles.

Y esta:

No la corona del mayor planeta
Dejeis que asombre mas planta lasciva,
Que oprime lo que finje que respeta,
Y con mentido culto lo cautiva:
Rayos que presten la virtud secreta
Del cielo á nuestra saña vengativa,
Cuando por nudo tan estrecho pasen,
Respeten el laurel, la yedra abrasen.

Para concluir todo lo que podemos decir acerca de la épica, hablaremos de dos poemas pertenecientes al géner vo, y que si bien aparecen frívolos por el objeto, se cuer su ejecucion entre lo mas bello que tenemos en castellar estos dos poemas la *Gatomaquia* y la *Mosquea*.

La Gatomaquia ha sido publicada por Lope de Vega á otras poesías jocosas, atribuyéndolas al bachiller *Tomé d guillos*. A pesar de esto, y de que en el prólogo que, le entra en muchos pormenores acerca de la vida de esto I llos, se ha creido generalmente, y se cree todavia, que el Lope es el autor de ellas. Cuestion es esta, sin embar

no nos parece suficientemente resuelta. Ademas de ser cosa indudable que existió un poeta satírico llamado Burguillos, contemporáneo de Lope, no alcanzamos la razon de que este último atribuyese á otro unas poesías que ciertamente descuellan entre las mejores suyas, mientras publicaba tantas escritas con notable desaliño y que nada contribuian á su gloria. Dícese que en la facilidad y soltura tienen las obras atribuidas á Burguillos perfecta semejanza con las de Lope; pero tambien la mayor correccion que en ellas se nota, y lo aventajado de su diccion y estilo sobre las mejores poesías del fénix de los ingénios, pueden ser un argumento en contra de la opinion general. Como quiera que sea, de Lope ó Burguillos, la *Gatomaquia* es una de las joyas de nuestra literatura. Reducida á los amores, celos y guerras de los gatos, se admira en ella lo ingenioso de la invencion, lo bien concertado del plan, la orginalidad del desempeño, y las bellezas de versificacion y estilo. Está sembrada de chistes y locuciones graciosas de las que muchas han pasado á ser proverbios; y es tal la variedad de tonos, tal la naturalidad con que el autor pasa del uno al otro, tal la soltura con que todo el poema está escrito, que reina en él una amenidad suma, hasta el punto de que empezándole á leer, no se puede dejar de las manos. El autor no ha empleado en su versificacion la octava, sino la silva, y nos parece que con acierto; pues si bien la silva le hace á veces ser difuso, empleando períodos demasiado largos, esta clase de versificacion sienta mejor á asuntos tan lijeros, en los cuales debe el poeta caminar con mas libertad que lo que permite la octava.

Ved aquí la pintura de Micifuf, de la inconsecuencia de Zapaquilda, y de los celos de Marramaquiz.

Entre esta generosa ilustre gente
Vino un gato valiente,
De hocico agudo, y de narices romo,
Blanco de pecho y pies, negro de lomo,
Que Micifuf tenia
Por nombre; en gala, cola y gallardía.
Célebre en toda parte
Por un Zapinarciso y Gatimarte.
Este luego que vió la bella gata
Mas reluciente que fregada plata,
Tan perdido quedó, que noche y dia
Paseaba el tejado en que vivia,
Con pages y lacayos de librea:
Que nunca sirve mal quien bien desea.
Y sucedióle bien, pues luego quiso,
¡O gata ingratal á Mizifuf-narciso.
. . . . . .

¡O cuánto puede un gato forastero,
Y mas siendo galan y bien hablado,
De pelo rizo y garbo ensortijado!
Siempre las novedades son gustosas,
No hay que fiar en gatas melindrosas.
¿Quién pensára que fuera tan mudable
Zapaquilda cruel é inexorable,
Y que al galan Marramaquiz dejára
Por un gato que vió de buena cara,
Despues de haberle dado
Un pié de puerco hurtado,
Pedazos de tocino y de salchichas?
¡O cuán poco en las dichas
Está firme el amor y la fortuna!
¿En qué muger habrá firmeza alguna?
¿Quién tendrá confianza,
Si quien dijo muger dijo mudanza?

. . . . . .

Zapaquilda gallarda
Estaba en su balcon, que no atendia
Mas de á saber si Mizifuf venia,
Cuando Garraf su page,
Si bien de su linage,
Llegó con un papel y una bandeja:
Ella la cola y el confin despeja,
Y la bandeja toma
Sobre negro color labrada de oro
Por el indio oriental, y con decoro
Mira si hay algo que primero coma:
Ofensa del cristal de la belleza,
Propia naturaleza
De gatas ser golosas,
Aunque al tomar se finjan melindrosas,
Y antes de oir al page
Ve las alhajas que el galan envia,
¡Qué joya, qué invencion, qué nuevo trage.
En fin vió que traia
Un pedazo de queso
De razonable peso,
Y un relleno de huevos y tocino;
Dos cintas que la sirvan de arracadas,
Gala que solo á gatas regaladas,
Cuando pequeñas, las mugeres ponen,
Que de rosas de nácar las componen.
Tomó luego el papel, y con sereno
Rostro, apartando el queso y el relleno,
Vió que el papel decia:
«Dulce Señora, dulce prenda mia,
Sabrosa (aunque perdone Garcilaso,
Si el consonante mismo sale al paso)
Mas que la fruta del cercado ageno,

Ese queso, mi bien, ese relleno,
Y esas cintas de nácar os envio,
Señas de la verdad del amor mio.»
Aqui llegaba Zapaquilda, cuando
Marramaquiz celoso, que mirando
Estaba desde un alto caballete
Tan gran traicion, colérico arremete,
Y echa veloz, de ardiente furia lleno,
Una mano al papel, y otra al relleno.
Garraf se pasma y queda sin sentido,
Como el que oyó del arcabuz el trueno
Estando divertido;
A quien el ofendido
Tiró una manotada con las fieras
Uñas, de suerte que formando esferas
Por la region del aire vagaroso,
Le arrojó tan furioso,
Que en el claro cristal de sus espejos
Pudo cazar vencejos
Menos apasionado y mas ocioso.
No de otra suerte el jugador lijero
Le vuelve la pelota al que la saca
Herida de la pala resonante,
Quéjase el aire, que del golpe fiero
Tiembla hasta tanto que el furor se aplaca,
Y chaza al que interviene el pié delante.
El gatazo arrogante
Sin soltar el relleno, despedaza
El papel que en los dientes
Con la espuma celosa vuelve estraza,
Y á Zapaquilda atónita amenaza.
Como se suele ver en las corrientes
De los undosos rios quien se ahoga:
Que haciéndose de rama, yerba ó soga,
La tiene firme, de sentido ageno,
Asi Marramaquiz tiene el relleno,
Que ahogándose en congojas y desvelos,
No soltaba la causa de sus celos.
¡O cuánto amor una alma desespera,
Pues cuando ya se ve sin esperanza,
En un relleno tomará venganza!
¿Mas quién imaginára que pudiera
Dar celos el amor en ocasiones
Con rellenos de huevos y piñones?
¡Mas ay del que le habia
Hecho para la cena de aquel dia!
. . . . . .
Zapaquilda admirada,
Huyó por el desvan la saya alzada;
Que lo que en las mugeres son las naguas
De rara tela ó camelote de aguas,

Es en las gatas la flexible cola,
Que *ad libitum* se enrosca ó se enarbola.
. . . . . .
¡O celos! si entre gatos
De burlas y de veras
Formais tales quimeras
¿Qué hareis entre los hombres
De hidalgo proceder y honrados nombres?

La *Mosquea* de *don José de Villaviciosa*, canta la guerra er tre las moscas y las hormigas. Es este poema infinitamente m largo que el anterior; pero no le alcanza en la facilidad, grac y ligereza, que deben tener esta clase de obras: en cambio ha mas invencion y mayores riquezas poéticas.

El doctor don José de Villaviciosa, nació en Sigüenza e 1539, de padres ilustres. Durante su infancia, su familia se tras ladó á Cuenca donde hizo sus estudios; y siendo jóven ac compuso este poema con algunas otras poesías amorosas. Fu primer señor de Reillo, inquisidor apostólico, arcediano de A cor en la catedral de Palencia, canónigo y arcediano de Moya (la de Cuenca; y murió en esta última ciudad en 28 de octub de 1663.

El poema de la *Mosquea*, única obra suya que nos ha qu dado, es una brillante y peregrina muestra de las grand facultades poéticas con que le dotó la naturaleza, y hace sen que en edad mas provecta no las hubiese empleado en con posiciones de mas importancia, ó bien que esta no tenga asunto mas digno de la epopeya para la cual habia nacido cie tamente Villaviciosa. Este poema es quizá de todos los nuestr el que ofrece un plan mas arreglado, y tal que, con cortísim variaciones, pudiera servir para una obra séria. Se reduce argumento á que llegando á la capital de las moscas la noti del armamento que hacen las hormigas, se preparan á la guer convocan sus aliados y se pone el ejército en campaña: pelé con encarnizamiento; la batalla queda por algun tiempo dudo hasta que muerto Sicoboron, que es el Aquiles de las moscas, declara la victoria por las hormigas. Este argumento senci lo embellece el autor con varios episodios y muchos ador poéticos; pero con todo, la obra es harto difusa, la accion car na lentamente, hay divagaciones insufribles, poca ligereza en estilo, y acaba el poema por ser molesto, tanto mas, cuanto el lector se asombra de ver malgastado un grande ingénic asunto que tan poco lo merece y que ningun interés inspira

En la pintura de caractéres hay ingenio, variedad y acie las descripciones son bellas; las batallas tienen calor y mo miento; el estilo es generalmente puro y correcto; y la ver

cacion valiente, sonora y rotunda. Para que se vea cuánto hubiera brillado Villaviciosa, á haberse dedicado á componer un verdadero poema épico, citaremos los siguientes trozos, siendo de advertir que hay muchos de igual mérito en toda la obra.

No produce esta parte algun viviente,
Ni yerba verde su distrito seco;
Que solo vive allí la presa gente
Y de las voces y el ahullido el eco:
Es de la fiera cárcel presidente,
Que rige el centro tenebroso y hueco
Eolo, que manda en el oscuro espacio
Y tiene en él su cóncavo palacio.
Allí del austro enfermo la figura
Pálida y amarilla se detiene,
Que cargado de peste y desventura
Sale á la tierra, cuando á verla viene;
Cuando este sale de la gruta oscura
Y con veloces alas se previene,
Visita con el ímpetu primero
La habitacion horrenda de Cerbero.
Allí el céfiro manso que restaura
El ánimo perdido al marinero,
Tiene presas las alas con que el aura
Esparce por las ondas placentero;
Allí se oprime la violencia Caura,
Y tiene preso su volar ligero
Fabonio, que con céfiro abrazado,
Ocupan solos de la cueva un lado.
. . . . . .
Resuena el grito en el altivo polo
Que tanta gente desde el suelo envia:
Túrbase entonces la region de Eolo
Con tan súbita y grande vocería;
Entre nubes de polvo el claro Apolo
Metió la cara, oscureciendo el dia,
Y al son de las trompetas y atambores
La tierra se espantó con mil temblores.
Parten á darse los primeros botes
De las lanzas los fuertes caballeros,
Cercanos ya por los lijeros trotes
De sus bravos caballos y ligeros:
Llegan, diciendo injuriosos motes,
Y para herirse los caudillos fieros
En los estribos con furor se plantan,
Y airados en las sillas se levantan.
Mézclanse con los unos los contrarios,
Y todos juntos con furor se pegan
Golpes tan sin piedad y temerarios,
Que los ecos sin duda al cielo llegan.

Los unos y otros con lamentos varios
De los adversos ímpetus reniegan,
Y al cielo vuela y desde el suelo sube
De las quebradas lanzas una nube.
. . . . . .
Ya los caballos el rigor no sienten
De la dorada espuela ó acicate
Y solo sirven de que allí revienten,
Cuando el hijar cansado se les bate:
Ya los fieros soldados no consienten
Que dure mas el bélico combate,
Cuando no sufre el cuerpo la acerada
Malla, ni el brazo la sangrienta espada.
Como los galgos que la lengua estiran
Y con la fuerza del cansancio anhelan,
Que aunque la liebre por los campos miran,
No la persiguen ni trás ella vuelan:
Entre la sombra y matas se retiran,
Y aunque en los vientos nuevo rastro huelan,
La fatiga sus miembros embaraza,
Sin que se atrevan á seguir la caza.

¿Quién no creyera al leer estos versos que se trata de combate entre héroes de la *Jerusalen* ó del *Orlando*? Sin embargo, esos famosos campeones, son moscas y hormigas, y los dientes bridones.... pulgas.

CAPITULO XIV.

Poesia didactica.

Para concluir todo lo concerniente á la poesía erudita siglos XVI y XVII, diremos algo acerca de los poemas didácticos de que tampoco ha sido escasa nuestra nacion, aunque á la verdad, no ha producido en este género obra alguna que pudiera compararse ni remotamente con las que poseen otras literaturas extrangeras.

El primer poema didáctico que encontramos, ya á fines del siglo décimo sesto, es el *Ejemplar poético* (1) de Juan de la Cueva, poeta que quiso ensayarse en casi todos los géneros. En

(1) Otras poéticas pero en prosa, se habian publicado antes por Alfonso de Villena, Juan del Encina y aun por Torres Naharro, en su *Propaladia*.

verdadera poética, aunque á gran distancia de las de Horacio, Vida y Boileau. Con todo, no carece de mérito, y es digna de alabanza por la época en que se escribió, no habiendo á la sazon en Europa otra obra original semejante. Sus defectos principales son la falta de método; lo incompleto de la obra, pues no habla de varios géneros importantes de poesía, entre ellos el épico; y la poca exactitud y acierto al dar las reglas, que son unas veces poco seguras, otras falsas y equivocadas. Hay además desaliño en la ejecucion, como asimismo notables faltas de versificacion y estilo. No es por lo tanto, una obra digna de ponerse en manos de los jóvenes para servirles de guia segura; pero no deja de ofrecer algunos pasages regulares, como el siguiente en que habla de la cancion y de la armonía que esta requiere:

No estés del temor de esto enflaquecido,
Ni á tu lira le niegues la sonora
Cancion, de afecto y de ánimo encendido:
Canta la causa de ella y causadora
De la ardiente pasion del ciego amante,
Que el desden ama y la crudeza adora.
En estilo sublime y elegante,
En oracion pulida y castigada,
Numerosa y de espíritu constante.
Limpia, eficaz y en voces regalada,
Cual de Píndaro fué y del Lesbio Alceo
Esta poesía mélica cantada.
. . . . . .
Y sobre todas una cosa advierte;
Que el concurso de sílabas que usares
Con tan dulce armonía se concierte,
Que en sus colocaciones y lugares
Regalen y deleiten los oidos:
Que es propio de poetas singulares.
Estos advertimientos entendidos
En la ilustre cancion, prosigue y mira
Que la adornes de afectos encendidos:
De toda aquella novedad que admira,
Gracia, elegancia, lenidad, blandura,
Y voces que consuenen en la lira.
Con advertencia singular procura
Que siempre levantada sea en conceptos,
Siempre agradable y siempre con dulzura.
Usa en ella de muchos epitetos
Que al verso dan dulzura y hermosean
Y por ella se espresan los afetos.

Despues de esta muestra en que, sino se advierte grande elegancia, hay al menos facilidad, es escusado hablar de otro poe-

ma del mismo autor acerca de los *inventores de las cosas*, tambien didáctico, pues que su objeto es igualmente instruir, pero que apenas merece citarse por lo desconcertado del plan y flojedad del estilo.

Tambien Lope escribió una obra titulada: *Arte nuevo de hacer comedias*, que mas bien que poética se puede llamar apología del sistema dramático que introdujo ó acreditó con sus numerosas producciones. Está en versos sueltos y á veces rimados; pero estos versos son tan flojos, tan prosáicos, tan malos, que no parecen de Lope, y prueban bien lo embarazado que se veia para justificarse, cuando él mismo se calificaba á sí propio, y ciertamente con poca justicia, de *bárbaro*. Razones tenia Lope para haber hecho una muy fundada apología de su sistema; pero vivia en un tiempo en que se profesaba ciego respeto á todo lo que procedia de la antigüedad; y hasta los que se apartaban de las reglas que habia dejado, lo hacian por un instinto de que no se sabian dar razon, creyendo claudicar, cuando tal vez acertaban. El mal de Lope no estuvo en apartarse del sistema dramático de los antiguos, sino en escribir con tanta precipitacion y descuido. Como quiera que sea, hé aquí algunas muestras de esta obra estraña.

Porque veais que me pedís que escriba,
Arte de hacer comedias en España,
Donde cuanto se escribe es contra el arte;
Y que decir cómo serán ahora
Contra el antiguo que en razon se funda,
Es pedir parecer á mi esperiencia,
No al arte porque el arte verdad dice,
Que el ignorante vulgo contradice.
. . . . . .
No porque yo ignorase los preceptos,
Gracias al Dios.....
Mas porque al fin hallé que las comedias
Estaban en España en aquel tiempo,
No como sus primeros inventores
Pensaron que en el mundo se escribieran;
Mas como las trataron muchos bárbaros,
Que enseñaron al vulgo á sus rudezas,
Y así se introdujeron, de tal modo
Que quien con arte ahora las escribe
Muere sin fama y galardon.....
Verdad es que yo he escrito varias veces
Siguiendo el arte que conocen pocos;
Mas luego que salir por otra parte
Veo los mónstruos de apariencias llenos,
A donde acude el vulgo y las mugeres,

Que este triste ejercicio canonizan,
A aquel hábito bárbaro me vuelvo;
Y cuando he de escribir una comedia,
Encierro los preceptos con seis llaves,
Saco á Terencio y Plauto de mi estudio,
Para que voces no me den, que suele
Dar gritos la verdad en libros mudos.
Y escribo por el arte que inventaron
Los que el vulgar aplauso merecieron;
Porque como las paga el vulgo, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

. . . . . .

Mas ninguno de todos llamar puedo
Mas bárbaro que yo, pues contra el arte
Me atrevo á dar preceptos, y me dejo
Llevar de la vulgar corriente, adonde
Me llamen ignorante Italia y Francia.
Pero ¿qué puedo hacer si llevo escritas,
Con una que he acabado esta semana,
Cuatrocientas ochenta y tres comedias?
Porque fuera de seis, las demás todas
Pecaron contra el arte gravemente.
Sustento en fin lo que escribí; y conozco
Que aunque fueran mejor de otra manera,
No tuvieran el gusto que han tenido;
Porque á veces lo que es contra lo justo
Por la misma razon deleita el gusto.

. . . . . .

No deja, sin embargo, Lope de dar buenos consejos. Hé aquí como recomienda la unidad de accion.

Adviértase que solo este sugeto
Tenga una accion, mirando que la fábula
De ninguna manera sea episódica;
Quiero decir, inserta en otras cosas
Que del primer intento se desvien;
Ni que de ella se pueda quitar miembro
Que del contesto no derive el todo.

Y hablando de la propiedad de los caractéres, dice:

Si hablase el rey, imite cuanto pueda
La gravedad real; si el ciego hablare,
Procure una modestia sentenciosa;
Describa los amantes con afectos
Que muevan con extremo á quien escucha.
El lacayo no trate cosas altas,
Ni diga los conceptos que hemos visto
En algunas comedias.

Tambien recomienda la propi dad de los trages.

Los trages nos dijera Julio Polux
Si fuera necesario que en España
Es de las cosas bárbaras que tiene
La comedia presente recibidas,
Sacar un turco un cuello de cristiano
Y unas calzas atadas un romano.

Si en los anteriores poetas se encuentra el poema didáctico á tan larga distancia de lo que debe ser, faltó poco para que España llegase á tener uno perfecto en el poema de la *Pintura* que empezó á componer *Pablo de Céspedes*. Desgraciadamente, ó se ha perdido, no quedando de él mas que unos cuantos trozos; ó su autor, que es lo probable, no escribió mas que fragmentos, materiales con que pensaba sin duda construir luego su grande edificio. Estos fragmentos nos han sido conservados por su amigo Francisco Pacheco; y don Juan Cean en su *Diccionario de pintores*, los reunió, procurando formar con ellos un todo; á pesar de esto, falta, como era inevitable, trabazon en las partes; hay vacios inmensos; y siempre queda el sentimiento de ver en este poema una obra incompleta, y hasta sin la correccion que su autor hubiera dado á los mismos trozos que se conservan. Aun así estos trozos son de lo mas bello que tenemos en castellano. Se acercan mucho á Virgilio, á quien Céspedes se propuso por modelo: los conceptos, el colorido, la armonía, todo es perfecto, y las octavas son tan bellas, robustas y sonoras que deben servir de modelo.

Nació Céspedes en Córdoba, año de 1536, de una familia ilustre. Estudió en Alcalá de Henares, siendo discípulo, y algunas veces sustituto de Ambrosio de Morales. Desde su mas tierna edad mostró su aficion á la pintura; de tal manera, que no había pared libre de sus manos, borroneando hasta en las planas que escribia; pero no tuvo maestro mientras vivió en España. Despues de haber aprendido el árabe, el hebreo, el griego, el latin y otras lenguas, pasó á Roma y estudió allí las artes; en compañía de César de Arbasia, haciendo admirables progresos en la pintura, teniendo por modelos á Rafael y Miguel Angel, y adoptando el colorido de Corregio. Hizo algunas obras para el palacio Sacro y varias estatuas y retratos de cera que admiraron á los profesores romanos. En 1575 volvió á España y á Córdoba, donde pintó muchos cuadros; de allí iba á Sevilla con frecuencia, dándose á conocer por sus obras y excelentes máximas, y siendo muy agasajado del Cardenal don Rodrigo de Castro. Escribió durante este tiempo varios discursos sobre diferentes puntos artísticos y filosóficos, y compuso multitud de odas y sonetos, y mas de cien octavas de un poema

ue comenzó, titulado el *Cerco de Zamora*, todo lo cual se ha perdido. Pasó segunda vez á Roma, donde se ordenó de todas órdenes, aunque nunca dijo misa. Fué muy amigo de los mas ilustres escritores de su tiempo; y murió en su patria á 20 de julio de 1608. Pacheco hizo su retrato, y á este retrato un soneto que copiaremos aquí para dar una muestra del estilo de este pintor y literato que tan unido estuvo tambien con Herrera y otros célebres escritores.

Céspedes peregrino, mi atrevida
Mano intentó imitar vuestra figura:
Justa empresa, gran bien, alta ventura,
Si alcanzára la gloria pretendida,
Al que os iguale solo concedida,
Si puede haberlo en verso ó en pintura,
O en raras partes, que en la edad futura
Darán á vuestro nombre eterna vida.
Vos ilustrais del Bétis la corriente;
Y á mi dejais en mi ardimiento ufano,
Manifestando lo que el mundo admira:
Mientras la fama vá de gente en gente,
Con vuestra imágen de mi ruda mano
Por cuanto el claro eterno Olimpo mira.

Céspedes como pintor, escultor y anticuario, alcanzó gran reputacion; pero aun seria mayor su fama como poeta, si hubiese concluido y perfeccionado su *Poema de la pintura*, como se puede ver por esta bellísima descripcion del caballo.

Que parezca en el aire y movimiento
La generosa raza do ha venido:
Salga con altivez y atrevimiento,
Vivo en la vista, en la cerviz erguido:
Estribe firme el brazo en duro asiento
Con el pie resonante y atrevido,
Animoso, insolente, libre, ufano,
Sin temer el horror de estruendo vano.
Brioso el alto cuello y enarcado
Con la cabeza descarnada y viva:
Llenas las cuencas: ancho y dilatado
El bello espacio de la frente altiva:
Breve el vientre rollizo, no pesado
Ni caido de lados, y que aviva
Los ojos eminentes; las orejas
Altas sin derramarlas y parejas.

Bulla hinchado el fervoroso pecho
Con los músculos fuertes y carnosos:
Hondo el canal dividirá derecho,
Los gruesos cuartos limpios y hermosos:
Llena la anca y crecida, largo el trecho
De la cola y cabellos desdeñosos:
Ancho el hueso del brazo y descarnado:
El casco negro, liso y acopado.

Parezca que desdeña ser postrero,
Si acaso caminando ignota puente
Si le opone al encuentro; y delantero
Preceda á todo el escuadron siguiente:
Seguro, osado, denodado y fiero,
No dude de arrojarse á la corriente
Rauda, que con las ondas retorcidas
Resuena en las riberas combatidas.

Si de lejos al arma dió el aliento
Ronca la trompa militar de Marte,
De repente estremece un movimiento
Los miembros, sin parar en una parte:
Crece el resuello, y recogido el viento
Por la abierta nariz ardiendo parte:
Arroja por el cuello levantando
El cerdoso cabello al diestro lado.

Tal las sueltas madejas estendias
De la fiera cerviz con fiero asalto,
Cuando con los relinchos encendias
El aire y blanca nieve á Pelio alto,
Las matas mas cerradas esparcias
Al vago viento igual de salto en salto,
En el encuentro de tu ninfa bella,
Saturno volador, delante de ella.

Tal el gallardo cílaro iba en suma,
Y los de Marte atroz iban y tales,
Fuego espiraba la albicante espuma
De los sangrientos frenos y bozales:
Tal con el tremolar de libia pluma
Volaban por los campos desiguales
Con ánimos y pechos varoniles
Los del carro feroz del grande Aquiles:

A los cuales excede en hermosura
El cisne volador del señor mio,
Que la victoria cierta se asegura
De otro cualquiera en gentileza y brio:
Va delante á la nieve helada y pura
En color, y en correr al Euro frio;
Y á cuantos en su verso culto admira
La ronca voz de la pelasga lira.

conocemos en la época que vamos examinando otro poema ico que merezca citarse: solo los Argensolas, en algunas as, dieron muestras de su feliz disposicion para este géne- oesía, y sin duda hubieran sobresalido en él, á causa de io, buen gusto y fácil versificacion. Hé aquí como Barto- rilica la afectacion de los poetas, cuando pintan á sus que-

¿Zafiros ó esmeraldas son los ojos?
¿Y diamantes la tez? ¿perlas los dientes?
¿Y encendidos rubís los labios rojos?
¿Las manos (que á marfiles excelentes
Imita su candor) serán cristales,
Sino se han de preciar de trasparentes?
Cuando de estas metáforas te vales,
No las retires de su oficio tanto
Que aun al efecto salgan desleales.
Mas si eres lapidario no me espanto
De que las gracias huyan esa parte
Que es pedrería y no amoroso canto.
Ni sutilices mucho con el arte
Las congojas que amor finezas llame,
Si esperas en su gusto acreditarte:
No las describe el que de veras ama
Con pluma metafísica, ni duda
Que cualquier libre adorno las inflama.
Gima el enfermo, y con noticia ruda
Del pulso acuse la inquietud del seno,
Donde clama sin voz la fiebre aguda:
Explicarála con primor Galeno,
Que examina en su orígen la dolencia,
Y nunca le enmudece el daño ageno.
¡Oh cuánto el puro amor se diferencia
Del astuto y vulgar, cuando sencillo
Se opone á la ambicion de la elocuencia!
Este es el alto fin porque le humillo
A que no afile en rimas elocuentes
Contra sus esperanzas el cuchillo:
Cuando decir tu pena á Silvia intentes,
¿Cómo creerá que sientes lo que dices,
Oyendo cuán bien dices lo que sientes?
Mas sirven al ingenio esos matices
Que al dolor; pues con culpa de inmodesto
Tolera esos follages infelices.

...ita cantar,
...s sucesos que
...y estado de la
...ma por rústico y

hé aquí tambien como él mismo aconseja castigar las obras.

Pero ningun poema tuyo intente,
Luego como se copie ó se concluya,
A la pública luz salir reciente.
¿Nó le diste tu el ser? ¿no es obra tuya?
Pues espere á que en tí aquel amor tierno
De la propia invencion se disminuya.
Severa ley, mas hízola el gobierno
Sagaz para entibiar el apetito
Del anciano Parnaso y del moderno.
Es la lima el mas noble requisito;
Y así no peligrando la substancia
Del verso deliciosamente escrito,
Refórmele su pródiga elegancia,
Como el gran Venusino lo dispuso.....
. . . . . .
Que aun limado con arte es bien que prueb
A pasar por las dudas y opiniones
Que el cuidado segundo al honor mueve,
Bórralo con crueldad, no lo perdones;
Pues con gozo has de ver cuánto mas vale
Lo que durmió en los próvidos borrones.
Saldrá de ellos tan puro, que se iguale
Con el rayo solar que el aire dora,
Cuando mas limpio de las nubes sale.

CAPITULO XV.

Poesía popular: Romances.

Hemos recorrido en sus diferentes fases la poesía erudita que teniendo por guia principal la imitacion de los antiguos, empezó en Garcilaso, y siguió con varia fortuna, y mas ó menos sujeta á aquel tipo primordial, hasta mediados del siglo XVII, es decir, durante los reinados de Cárlos V, y los tres Felipes sus sucesores. Nacida esta poesia con cierto carácter de sencillez y naturalidad, pero suave y elegante, aspiró despues á mas elevacion, perfeccionó el mecanismo de los versos, se hizo atrevida y en estremo armoniosa; mas queriendo ir adelante en su osado vuelo, saliéndose de las sendas del buen gusto, despreciando la sana crítica, ansiosa de novedades, cayó en la estravagancia; y el culteranismo, su hijo bastardo, vino á pervertir todos los ingenios, afirmando su imperio á tal punto, que á fines del siglo últimamente mencionado, nádie escribia ya de otro modo, y cada poeta se habia convertido en una especie de delirante.

Sin embargo, toda esa poesía, particularmente la de nuestro glo de oro, merecia en realidad el nombre de erudita que le emos dado, porque apenas era conocida mas que de la gente ibia y de ciertas clases instruidas; pero el pueblo apenas tenia oticia de ella, ni se cuidaba de tanto escritor fluido, ameno y legante como sobresalía en las alturas de la sociedad. Los versos le Garcilaso, la Torre, Herrera, Rioja, y demás ilustres vates, no asaban del gabinete del estudioso ó de algunos salones cultos; r aun gran parte de esos versos, no fueron publicados en vida le sus autores, sino mucho despues, y como desenterrados por algun amigo ó admirador, del olvido en que yacian, quedándose en el propio olvido, ó por mejor decir, perdiéndose para siempre, otros de los mismos poetas y de varios contemporáneos suyos, de quienes ni siquiera el nombre conocemos. ¿Qué mas? Hasta la vida de esos claros ingenios cuyas obras admiramos ahora, son un misterio para nosotros: de casi todos se ignoran los hechos, y de no pocos hasta el año de su nacimiento, deduciéndose solo por conjeturas la época hácia la cual florecieron. Unicamente dos, entre tanto famoso poeta, lograron popularidad: Lope de Vega y Quevedo: y esto fue porque abandonando á veces el campo de la alta poesía, descendieron á una region en que ya el pueblo podia entenderlos y gustarlos.

El pueblo, en general, se cuida poco de la belleza de las formas y de la elegancia del lenguaje. Aunque estas dotes las siente, y se complace con ellas, cuando se le presentan, es preciso que esto se haga en obras que están á su alcance, que digan algo á su entendimiento, que toquen su corazon, y que reproduzcan las ideas, los sentimientos, los usos, los sucesos á que se halla acostumbrado y estan solos en posesion de moverle y agradarle. ¿Qué le importaban al pueblo los combates pastoriles y aquellas costumbres ideales que pintaba la poesía bucólica? ¿Podia interesarse por una tórtola, por una cierva herida? ¿Hallaba algun solaz en una epístola moral, ó en una elegía lastimosa sobre amores tal vez supuestos? Excepto en alguna que otra composicion, todos los poetas que hemos examinado tuvieron el poco acierto de no ocuparse sino en asuntos de esta especie, desdeñando los que debian tener eco en la generalidad de la nacion, únicos que podian hacer sus cantos populares. Olvidábanse de que escribian para españoles, y se figuraban dirigirse á un pueblo compuesto de Horacios y Virgilios: buscaban el aplauso de los muertos, mientras necesitaban el de los vivos.

Pero el pueblo no puede estar sin poesía; necesita cantar, regrarse en sus fiestas, celebrar á sus héroes y los sucesos que jan su atencion ó influyen en su suerte. No hay estado de la ciedad, por atrasada que esté, no existe idioma por rústico y

grosero que aparezca, en que la poesía deje de ser un hecho, y en que este hecho no produzca sus frutos mas ó menos sazonados, mas ó menos gratos. Aun se puede decir que esos tiempos de infancia de las sociedades y del lenguaje son los mas poéticos, porque entonces las pasiones del pueblo son mas vivas, su imaginacion mas lozana, está mas desarrollada la fantasía que el entendimiento, se vive mas en el campo ó en la guerra que en el gabinete y los talleres, y finalmente, se necesita un medio de conservar en la memoria, sin el auxilio de la escritura, los acontecimientos notables, los preceptos de la moral y de la política, y este medio no es otro que la poesía. Así, pues, apenas se estableció la monarquía asturiana, cuna de la actual monarquía, apenas nació de un latin corrompido la lengua rústica, orígen de la castellana, desde aquel tiempo hubieron de existir poetas, y poetas cuya voz fuese escuchada del pueblo.

Estos poetas, ignorantes de cuanto se habia escrito en la antigüedad, agenos tal vez á toda especie de cultura, confundidos entre el pueblo, componian solo para el pueblo, conservando y repitiendo de memoria sus toscas composiciones, porque ni la escritura les seria conocida. Movidos de una voz interior que les decia confusamente que eran poetas, obedeciendo á la mera inspiracion, empleando un metro informe pero fácil, sin pretensiones de ningun género, sin deseo de gloria, sin mas objeto que su solaz ó el de aquellos á quienes trataban de agradar, improvisaban sus toscos y breves poemas que aprendian de memoria sus contemporáneos, que estos trasmitian del propio modo á sus hijos, y estos á los suyos, variando el testo primitivo de unos á otros, ya por defecto de la memoria, ya por las alteraciones que sufria el habla, ya por deseo de mejorarlo.

En cuanto se puede deducir de los monumentos que quedan esta literatura para uso del pueblo debió dividirse en tres distintas categorías. 1.° Lo que se solia llamar *fablas*, es decir, narraciones sencillas, por lo general en prosa, en las que se contaba algun suceso, ora verdadero, ora fabuloso, sirviendo para pasar alegremente los momentos de ocio, tanto en el hogar doméstico de las clases bajas, cuanto en los castillos de los señores, y aun en los palacios. 2.° Los *cantares* destinados á ponerse en música y que se cantaban en las fiestas particulares y públicas, ó en todo aquel que buscaba algun solaz y pasatiempo. Estas composiciones cortas no eran solo producto de hombres del pueblo, sino que gentes ilustradas y hasta altos personajes las hacian: llegaron á tomar el nombre de *trovas*; empleábanse en ellas los metros mas artificiosos que se conocia ó podian inventarse; aunque base el ingenio; servian para los galanteos, y andaban en boca de las mas apuestas damas; de este género de poesía fue nacido

poco á poco el *trovar* y la *gaya sciencia* que tan en auge estuvo durante el siglo XV.

3.ª Lo que se solia llamar *cantares de gesta*, que era el género de poesía mas plebeyo y despreciado, compuesto por los *juglares* y cantado por ellos en las calles y plazas para recreo del vulgo, como hoy sucede con los ciegos. Su música no era semejante á la de la anterior especie de cantares que regularmente se componian de coplas cortas. Los cantares de gesta reemplazaban á las fablas, ó por mejor decir, eran las mismas fablas arregladas de modo que se pudiesen recitar bajo mas agradable forma ante un concurso numeroso. En las reuniones particulares, basta la facundia natural del que lleva la palabra para entretener á los oyentes con una narracion improvisada y llena de animacion; mas para llamar la atencion del vulgo necesitaban los juglares acudir á la forma poética y realzar esta forma con la música; y como estos cantares eran largos, la música empleada en ellas se reducia á una especie de recitado ó canto monótono que reproducia las mismas entonaciones desde el principio hasta el fin, segun se acostumbra todavia oir en muchos pueblos de España, y á la manera que los ciegos cantan la pasion en la semana santa.

Estos cantares de gesta han debido ser el verdadero orígen de los *romances*; y siendo este nombre el mismo que se daba á la lengua vulgar, se infiere de aquí su mucha antigüedad; ó mas bien es fuerza decir que la lengua y los romances, nacieron y crecieron juntos. Poesia esencialmente histórica, los romances, entonces como ahora, cantaban los hechos notables y los hombres célebres. En ellos se han consignado muchos sucesos de nuestra historia, aunque frecuentemente desfigurados; y no pocas veces los historiadores los han consultado como monumentos de tradicion, preciosos en unos siglos en que era tan poco lo que se escribia.

Pero hechos estos cantares para la gente vulgar, compuestos y recitados por los juglares, clase mal vista y hasta infamada por las leyes, ó bien por los ciegos que reemplazaron en este oficio á los juglares, toscos y groseramente escritos por esta misma razon; como producciones literarias les alcanzó el desprecio que llevaban consigo sus autores y su objeto. No se contaba á los romances entre los géneros de poesia. El marqués de Santillana los califica como el género mas ínfimo, en su carta al condestable de Portugal sobre el origen y estado de la poesía; y Lorenzo Segura, al empezar su poema de *Alexandro*, tiene buen cuidado de advertir de su *mester* ó canto, y sus metros de *grant maestría*, no serán como los de los juglares, sino como los de los *clérigos*, ó gente culta y entendida.

Mester trago fremoso, no es de *iogleria*,
Mester es sen peccado, ca es de *clerecia*;
Fablar curso rimado por la quaderna via
A sílabas cuntadas, ca es *grant maestria*.

Si algun culto ingenio descendia á la composicion de cantares, lo ocultaba como accion fea; y el mismo Arcipre llita que dice:

Cantares fis algunos de los que disen ciegos
Et para escolares que andan nocherniegos:
E para muchos otros por puertas andariegos
Cazurroz é de burlas, non cabrian en diez pliegos;

tan solo inserta uno de ellos en la coleccion de sus obras.

Robustecida y perfeccionada la lengua, algun tanto me tambien esta poesía vulgar, llegó por fin á llamar la ate y los mejores ingenios, primero por solaz y pasatiempo pues con mas aplicacion y esmero, escribian romances, fundian los antiguos, y los entregaban á los ciegos, sin qu tase el nombre de su autor. Entonces ya se empezaron á colecciones de ellos ó *romanceros*, asi como se hacian *can ros* ó colecciones de trovas y demás clases de poesía; pe así, una prueba del diferente aprecio que merecian unos y es que en los cancioneros casi siempre consta el nombre de de las composiciones que encierran, y en los romances rara esta circunstancia.

No corresponde á una obra, como esta, el entrar en averiguaciones acerca de la primitiva forma que tuviero canciones populares. Haremos solo algunas indicaciones del metro en que primitivamente se debieron escribir, y d nante que es en la actualidad el carácter distintivo de esta posiciones.

Cuestion es difícil de resolver con seguridad si desde l usó en el romance este género de rima imperfecta que encuentra en la poesía española. Parece, no obstante, qu principio se empleaba solo el consonante, aunque con po en su exactitud, ya sea por el ningun escrúpulo de los po porque satisficiese el oido un sonido aproximado. Si se ver lo que sería uno de estos primitivos romances, cop aquí un trozo de la *Vida de Santa Maria Egipciaca* qu forma y su lenguaje es tal vez anterior á todos los roman conocemos.

Oyt varones huna razon
Lo que non ha si verdat non;
Escuchad de corazon,
Si ayades de Dios perdon.
Toda es fecha de verdat,
Non ay ren de falsedat.
Todos aquellos que á Dios amarán
Estas palabras escucharán;
E los que de Dios non an cura
Esta palabra mucho les es dura.
Bien se que de voluntat la oirán
Aquellos que á Dios amarán;
Esos que á Dios amarán
Grant gualardon ende recibirán.
Si escucháredes esta palabra
Mas vos valdrá que huna fabla.
De huna duenya que avedes oyda
Quiero vos comptar toda su vida;
De Santa María Egipciaca,
Que fue huna duenya muy lozana,
Et de su cuerpo muy lozana.
Quando era manceba é ninya
Beltad la dió nuestro senyor.
Porque fue fermosa pecador;
Mas la mercet del Criador
Despues le fizo grant amor.
Esto sepa todo pecador,
Que fuera culpado del Criador,
Que non es pecado tan grande
Ni tan horrible,
Que no le faga Dios,
No le faga perdon.
Por penitencia ho por confesion
Quien se repiente de corazon
Luego le face Dios perdon.

En este trozo se manifiesta ya una tendencia á la repeticion de unos mismos sonidos, ó consonantes incompletos; húboso de encontrar agrado en esta repeticion; se multiplicarian por lo mismo aquellos, y últimamante se regularizaria su uso, dejándolos para los versos impares, á fin de no colocarlos tan cerca unos otros, y dar mas libertad al poeta, continuando así en toda la tension del romance. Acaso fué esto invencion de los que se cargaban de refundir los antiguos romances á un lenguaje mas moderno, por serles así mas fácil el hacerlo; y resultando un nuevo agrado de este sistema, quedó establecida como regla lo que tal vez sacaria su orígen de la pereza. En esta nueva forma los romances, el escrúpulo no era todavia grande, buscándose

las terminaciones mas comunes y añadiéndose muy á menudo una letra á la terminacion para que pudiesen entrar en la asonancia otras terminaciones mas difíciles, como en este del marqués de Mantua.

Estando dentro en París
En córtes del Emperante
El príncipe don Carloto
A mi señor envió á llamare;
Estuvieron en secreto
Todo el dia en su fablare;
Cuando la noche cerró
Ambos se fueron armare.
Cabalgaron á caballo,
Salieron de la ciudade
Armados de todas armas
A guisa de peleare;
Yo salí con Baldovino
Y con don Carloto un page:
Ayer hubo quince dias
Salieron de la ciudade.
Luego cuando aquí llegamos
A este bosque de pesare,
Mi señor y don Carloto
Mandaron nos esperare:
Solos se entraron los dos
Por aquel espeso valle;
El page estaba cansado,
Gran sueño le fue á tomare,
Yo pensando en Baldovinos
No podia reposare.

En cuanto á la antigüedad de esta mudanza, debe ser mayor de la que muchos han creido, y si no nos equivocamos en la deduccion que vamos á hacer, es anterior al monumento mas antiguo que nos queda de nuestra poesía. El poema del Cid, que segun se ha podido ver en su lugar, aparece escrito en versos largos, de incierta medida, que algunos han creido informe remedo de los metros latinos, con imperfectos consonantes, no es á nuestros ojos mas que un romance escrito como lo estarian los romances primitivos, poniéndose en un mismo renglon el verso libre y el asonantado; de suerte, que si se copia como ahora se hace, y á la última sílaba de algunos versos se añade una letra, segun acabamos de ver que se hacia, resultará un verdadero romance, por el estilo del que hemos citado anteriormente. Véase sino como sucede así, poniendo de esta suerte el trozo de dicho poema que al hablar de él hemos presentado.

Tu eres Rey de los Reyes
E de todo el mundo padre;
A tí adoro é creo
De toda voluntade,
E ruego á san Peydro
Que me ayude á rogare
Por mio Cid el Campeador
Que Dios le curie de male,
Cuando hoy nos partimos,
En vida nos faz yuntare,
La oracion fecha
La misa acabada la hane;
Salièron de la Eglesia,
Ya quièren cavalgare.
El Cid á Doña Ximena
Ibala á abrazare:
Doña Ximena al Cid
La manol va á besare,
Lorando de los ojos
Que non sabe que se fare.
E él á los niñas
Tornolas á catare,
A vos os acomiendo,
Fijas, (*Aquí falta algo*).
E á la mugier
E al padre espirituale.
Agora nos partimos,
Dios sabe el ayuntare:
Lorando de los sus ojos
Que non viestе á tale;
Así parten unos d' otros
Como la uña de la carne, etc.

En esta suerte se podria dividir casi todo el poema en una de romances cada uno con su asonante distinto. Los versos, sin, no son todos octosílabos; pero, la misma imperfeccion en los romances mas antiguos, debiéndose advertir que la ia de los copiantes, ha alterado muchas partes del texto, se nota á primera vista.

nde atribuye el orígen de los romances á los árabes, de n lo tomaron los españoles, con la sola variacion de hacer eso castellano de cada hemistiquio ó mitad de los versos y esto es, dos versos de ocho sílabas, de uno de diez y seis; onservando la asonancia en el mismo lugar en que estaba norimo árabe: en prueba de ello, traduce así un trozo poema de aquella lengua.

Cual si el prado de Raita-nunca de vos fuese visto,
Ni los que allí fueron buenos-nunca hubiérades sabido,
Allí nuestro pecho y lanza-y de nuestra espada el filo,
Vuestro cuello aseguró-de los brazos enemigos.

Lo que acabamos de decir sobre el poema del Cid podria dar peso á esta opinion.

Por lo que hace al metro usado en los romances, aunque por último se adoptó definitivamente el octosílabo, como el mas natural, mas fácil, y mas propio de nuestra lengua, creemos que en un principio no habria regla alguna fija y segura, sino que al contrario, ni se cuidarian los poetas del mayor ó menor número de silabas, poniendo por versos renglones mas ó menos largos, que solo se diferenciaban entre sí por el imperfecto consonante que los terminaba. El romance arriba citado de Santa María Egipciaca, el mismo poema del Cid, lo prueban; pues por atrasada que esté la lengua, por imperfecto que sea el ritmo, no puede el oido ser tan torpe que, tratando de sujetarse á una medida cualquiera, se aparte de ella hasta el punto que se ve en esas y otras muchas composiciones. Corroboran esta idea los versos mas arriba citados de Lorenzo Segura, donde anuncia que va á escribir *mester de clerecia á silabas cuntadas*, con lo cual se viene á probar que en el *mester de iogleria*, es decir en los romances populares, no se contaban las sílabas, sino que estas quedaban á la discrecion del poeta, sin sujecion á ritmo alguno.

Como quiera que sea, respecto del origen de este género de poesía, el romance siguió su oscura marcha, y no llegó á su perfeccion hasta entrado el siglo XVI, durante el cual se apoderaron de él ingenios mas felices, y hubieron de refundirse muchos de los antiguos, conservando sin embargo, en su fondo, en las ideas, y hasta en el lenguaje, señales de los tiempos rudos en que originariamente se compusieron. Ignóranse, como ya hemos dicho, quiénes fueron los autores de estas poesías populares: la fama no se ha adherido á sus nombres, ni ellos tampoco la solicitaban. Sucedia entonces lo que todavia sucede. Acontecia un hecho notable, distinguíase algun personaje por sus hazañas y aun por sus delitos; y al punto salian multitud de romances que los celebraban, ignorándose quien los componia. Recórranse ahora mismo los puntos donde se venden estas composiciones populares, y se verá en ellos romances sobre acontecimientos recientes, romances que á veces admiran por su facilidad y lozanía, y sin embargo, no son de ninguno de los poetas conocidos; y si se pregunta por su autor, nadie sabe dar la respuesta. El hombre del pueblo que los lee y los aprende de memoria, no se cuida de saberlo; pero tampoco sabe el de Garcilaso ni el de

Herrera; con la diferencia, que mientras ignora á la par las églogas de aquel y las elegías de este, mientras se duerme si alguno intenta recitárselas, relatará sin equivocarse los romances de Francisco Esteban ó de los doce Pares.

La division entre las dos literaturas, erudita y popular, no existió, pues, solamente cuando los sabios escribian en latin, si no que continuó tambien luego que el idioma vulgar llegó á ser una lengua culta y digna por sus producciones de llamarse hija legítima de la lengua romana. La poesía popular siguió desdeñada de los grandes poetas y de las gentes que se preciaban de instruidas; mas no por eso dejaba de ser las delicias de la mayor parte de la nacion. Tosca y desaliñada, era sin embargo, mas bien que la otra, la espresion de las necesidades de esta misma nacion, y llevaba en sí mayores gérmenes de vida y de fecundidad. Solo le faltaba engalanarse con todos los atavíos que constituian el mayor mérito de su rival; y como estos atavios eran propios de la lengua comun á entrambas poesías, tenia que llegar un tiempo en que esto sucediese. No siempre ingenios toscos y rudos habian de sembrar en un campo que brindaba con abundante cosecha: otros mas instruidos y felices estaban llamados por fin á cultivarlo; y si aquella poesía en su sencillez y aspereza tenia ya tanto encanto, ¿qué sería cuando se presentase bella y lozana, ostentando todas las riquezas de la lengua? Así sucedió; y primero en los romances, que Lope, Quevedo, Góngora y otros llevaron á su perfeccion, luego en las comedias en que desde el mismo Lope hasta Calderon sobresalieron tantos insignes varones, triunfó la poesía popular, y oscureció á su rival, causando el entusiasmo de la nacion española y el asombro de los estrangeros. Esta poesía tan espontánea, tan llena de vida, fue por lo mismo maravillosamente fecunda, llegó á ser la verdadera poesía nacional; y si no hizo olvidar la poesía erudita, fue porque las bellezas que esta habia sabido producir eran ya de un precio demasiado subido, y reunia en sí un caudal harto copioso de grandes ideas y de armonía, para que en ningun tiempo dejase de ser tambien admirada.

A su debido tiempo hablaremos de la poesía dramática, de esta mina inagotable de riquezas literarias: ahora solo nos cumple añadir algo á lo que precede sobre los romances.

Los romances se alimentaron con todo lo que habia en la historia de España y en las leyendas, digno de ser celebrado por la poesía. Desde las fábulas de los antiguos paladines, hasta las famosas contiendas con los moros; desde la vida ejemplar de los santos, hasta los crímenes horribles de los facinerosos; desde las acciones de los príncipes, hasta los hechos sencillos de la vida privada, todo lo abrazaron, todo lo cantaron, todo lo dieron

á conocer, si no con estilo elegante y sonoro verso, al menos con sencillez, naturalidad, exactitud y á veces con rasgos sublimes y de verdadera elocuencia. Si se quiere seguir la serie de estos poemas, se verá cómo marchan á par con el tiempo, reproduciendo todas las épocas, todos los sucesos notables de nuestra historia, y asimismo todas las costumbres, todas las ideas que han dominado en España desde los siglos mas remotos; pudiéndose decir que en su conjunto forman la epopeya de nuestros tiempos heróicos.

Con efecto, apenas cae el imperio de los godos, cuando los romances cantan la desgraciada batalla del Guadalete y la muerte del rey Rodrigo. Despues celebran á Pelayo y á los restauradores de la monarquía; y mientras se halla esta encerrada en las asperezas del norte, no hay suceso notable que pasen en silencio. Ya presentan al rey Ramiro libertando á Leon del feudo de las cien doncellas; ya toman por asunto las hazañas de Bernardo del Carpio y la rota del emperador Carlo Magno en Roncesvalles; ya asisten al nacimiento del reino de Castilla y cantan á sus condes y á sus famosos jueces, y la traicion de los Velas, y la catástrofe de los infantes de Lara, y su venganza por el bastardo Mudarra. Cuando ensanchado mas el reino, y unidos Castilla y Leon, combaten los cristianos con mayores fuerzas y fortuna contra el poder musulman, encuentran los romances á un héroe que por su valor, sus hazañas, sus virtudes y su vida aventurera, es el mas digno de ocupar la lira de los poetas; este héroe es el Cid, de cuya vida tan llena de maravillas, se apoderan, cantándola entusiasmados; y tanto se complacen en cantarla, que con solo ella forman una epopeya donde ya la lengua se ostenta con mayores galas, y donde abundan los rasgos valientes, las ideas grandes, la sublimidad del estilo realzada por su misma sencillez. Tampoco olvidan los romances las hazañas de Alfonso VIII, ni sus amores con la judía Raquel; ni dejan de recorrer los reinados del rey Sabio y de su hijo don Sancho; y despues de lamentar la suerte de los Carvajales, se vuelven á detener con complacencia en la turbulenta época de don Pedro el Cruel, presentando aquel terrible carácter en lucha con tantos elementos de rebelion, y sucumbiendo por fin á manos del fratricida Enrique. No desdeñan algunos hechos de los sucesores de aquel valiente y desgraciado monarca; y por último, el sangriento fin del gran valido don Alvaro de Luna termina la serie de aquella antigua poesía histórica y nacional. Cuando ya fueron totalmente arrojados los musulmanes de España, los romances tomaron otro giro, y cantaron á los vencidos, ya para celebrar sucesos reales de aquellos moros valientes, galanes y entendidos que ilustraron á Granada, ya para ocultar con sus nombres, y realzar con sus caballerescas

costumbres, hazañas y amores de los cristianos; perfeccionada por entonces la lengua, se mostraron los romances bajo esta nueva forma con tanto lujo de poesía, tal belleza de lenguaje, tal riqueza de armonía que su lectura causa un indecible deleite. Por último habiendo llamado el romance la atencion de los grandes poetas que producia la nacion, no desdeñándose ya estos de emplear en ellos su númen y brillantes dotes, abarcó todos los asuntos y produjo un tesoro inmenso que admira, tanto por su variedad como por su riqueza.

«Los romances, dice don Manuel Josef Quintana, eran propiamente nuestra poesía lírica: en ellos empleaba la música sus acentos; ellos eran los que se oian por la noche en los estrados y en las calles al son del arpa ó la vihuela, servian de vínculo y de incentivo á los amores, de flechas á la sátira y á la venganza; pintaban felizmente las costumbres moriscas y las pastoriles, y conservaban en la memoria del vulgo las proezas del Cid y otros campeones. En fin, mas flexibles que los otros géneros, se plegaban á toda clase de asuntos, se valian de un lenguaje rico y natural, se vestian de una média tinta amable y suave, y presentaban por todas partes aquella facilidad, aquella frescura, propias solamente de un carácter original que procede sin violencia y sin estudio.»

«Hay en ellos, continúa, mas expresiones bellas y enérgicas, mas rasgos delicados é ingeniosos que en todo lo demás de nuestra poesía. Los romances moriscos sobre todo están escritos con un vigor y una lozanía de estilo que encantan. Aquellas costumbres en que se unian tan bellamente el esfuerzo y el amor, aquellos moros tan bizarros y tan tiernos, aquel pais tan bello y delicioso, aquellos nombres tan sonoros y tan dulces, todo contribuye á dar novedad y poesía á las composiciones en que se pintan. Los poetas despues se cansaron de disfrazar las galanterías con el trage morisco y se acogieron al pastoril. Entonces á los desafios, cabalgatas y divisas sucedieron los campos, los arroyos, las flores, las cifras en los árboles; y lo que en esta mudanza perdieron en vigor los romances, lo ganaron en amenidad y sencillez. La invencion en unos y en otros es bellísima, y admira ver con cuán poco esfuerzo, y con qué brevedad describen el sitio, el personaje y los sentimientos que le agitan. Aquí es el alcaide de Molina que entra alarmando á los moros contra los cristianos que les talan los campos; allá es el malogrado Aliatar que, en medio de la pompa fúnebre que le trae, entra sangriento y difunto por la misma puerta que el dia anterior le vió salir lleno de lozanía; ya es una simplecilla que habiendo perdido los zarcillos que le dió su amante, se aflige pensando en las reconvenciones que la esperan; ó bien es un pastor, que solo y desde-

ñado, se ofende de ver que dos tórtolas se besan en un y las espanta á pedradas.»

Despues de copiar este bello elogio de los romance podemos añadir, y por lo tanto terminaremos trasladan bien lo que el mismo señor Quintana dice acerca de los de estas composiciones. «Estos defectos nacen de la mism que sus buenas prendas, ó por mejor decir, son el exc abuso de ellas mismas. La facilidad y soltura se convier chas veces en abandono y desaliño; su ingeniosidad en cion; los equívocos, los conceptos, las falsas flores, se in ron en ellos con tanta mayor libertad, cuanto mas a tales juguetes á la galantería que los tenia por discreci porque parecian mas disimulables en unas obras que s como jugando. No pueden determinarse fijamente los principales de esta poesía; pero la buena época de los ro es aquella en que Lope de Vega, Liaño, y otros mil desc aun, no se habian acabado de corromper con el pésim que despues lo ahogó todo; comprende la juventud de G Quevedo, y termina en el príncipe de Esquilache, que fué co que despues de ellos acertó á dar á los romances el col gracia y ligereza que antes tuvieron.»

No terminaríamos nunca, si hubiésemos de citar aquí suficiente de romances para dar á conocer todas sus pero lo haremos de algunos para que se conozcan sus d estilos.

A Fontefrida.

Fonte frida, fonte frida,
Fonte frida y con amor,
Do todas las avecicas
Van tomar consolacion,
Si no es la tortolica
Que está viuda y con dolor:
Por ahí fuera á pasar
El traidor del ruiseñor,
Las palabras que él decia
Llenas son de traicion:
Si tu quisieres, señora,
Yo seria tu servidor;
Vete de ahí enemigo,
Malo falso engañador,
Que ni poso en ramo verde,
Ni en prado que tenga flor;
Que si el agua la hallo clara
Turbia la bebia yo;
Que no quiero haber marido

Porque hijos no haya, no:
No quiero placer con ellos,
Ni menos consolacion;
Déjame, triste enemigo,
Malo falso, mal traidor,
Que no quiero ser tu amiga,
Ni casar contigo, no.

De la Infantina.

A cazar va el caballero,
A cazar como solia;
Los perros lleva cansados,
El falcon perdido habia,
Arrimárase á un roble,
Alto es á maravilla.
En una rama mas alta,
Viera estar una Infantina;
Cabellos de su cabeza
Todo aquel roble cubrian.
—No te espantes, caballero,
Ni tengas tamaña grima;
Hija soy yo del buen rey
Y la reina de Castilla:
Siete fadas me fadaron
En brazos de una ama mia;
Que andase los siete años
Sola en esta montiña.
Hoy se cumplen los siete años
O mañana en aquel dia:
Por Dios te ruego, caballero,
Llévesme en tu compañía,
Si quisieras por muger,
Si no, sea por amiga.
—Esperéisme vos, señora,
Hasta mañana aquel dia,
Iré yo á tomar consejo
De una madre que tenia.—
La niña le respondiera,
Y estas palabras decia:
—¡O mal haya el caballero
Que sola deja á la niña!
El se va á tomar consejo,
Y ella queda en la montiña.—
Aconsejóle su madre
Que la tome por amiga:
Cuando volvió el caballero
No hallará la Infantina,
Vídola que la llevaban
Con muy gran caballería.

El caballero que la vido
En el suelo se caia.
Desque en sí hubo tornado
Estas palabras decia:
—Caballero que tal pierde,
Muy gran pena merescia:
Yo mesmo seré el alcalde,
Yo me seré la justicia:
Que me corten piés y manos
Y me arrastren por la villa.

De los infantes de Lara.

Llorando atiende Gonzalo
Las ocho amadas cabezas
De sus hijos y del ayo,
Que yacen sobre una mesa,
El noble cuerpo fidalgo
Casi fincado por tierra,
Que esta sola causa pudo
Fallecer su fortaleza;
Y como padre robusto
Fallando prestadas fuerzas,
Las muertas faces bañando,
Les fabla de esta manera:
—De tal suerte denodadas
Estades, reliquias tiernas,
Que no sé si estais fablando,
O si estais del todo muertas.
¡Oh qué pálidas estades
De verter sangre las venas
En las lides do lidiastes
Fasta quedaros sin ella!
Y en la poca que quedó
En las faces, fria, y seca,
Un fenix para vengarme
Ha de renacer en ellas.
Si ende no lo vengare,
En cárcel ó fuera della
En honor de mis fazañas
Con las vuestras vidas muera.
Atended, infantes mios,
A vuestra cuita y mi mengua,
Y non culpedes mi falta
Pues finásteis sin afrenta.—
Dijo, y erguiéndose en pie,
Como el que vida no precia,
Al primero que falló
Desarmó con ligereza.

Prenderle manda Almanzor,
Los alcaides gritan, *muera*,
Y antes que fuese á prision
A cinco dejó por tierra.

El Rey D. Pedro.

A los piés de don Enrique
Yace muerto el rey don Pedro
Mas que por su valentía
Por voluntad de los cielos.
Al envainar el puñal
El pié le puso en el cuello,
Que aun allí no está seguro
De aquel invencible cuerpo.
Riñeron los dos hermanos,
Y de tal suerte riñeron,
Que fuera Cain el vivo
Á no haberlo sido el muerto.
Los ejércitos movidos
A compasion y contento,
Mezclados unos con otros
Corren á ver el suceso.
Y los de Enrique
Cantan, repican y gritan.
Viva Enrique;
Y los de Pedro.
Clamorean, doblan, lloran
Su rey muerto.
Unos dicen que fué justo,
Otros dicen que mal hecho,
Que no es rey cruel, si nace
En tiempo que importa serlo.
Y que los yerros de amor
Son tan dorados y bellos,
Cuanto la hermosa Padilla
Ha quedado por ejemplo.
Que nadie verá sus ojos,
Que no tenga al rey por cuerdo,
Mientras como otro Rodrigo
No puso fuego á su reino.
Los que con ánimos viles
O con lisonja ó por miedo,
Siendo del bando vencido
Al vencedor siguen luego;
Valiente llaman á Enrique,
Y á Pedro tirano y ciego,
Porque amistad y justicia
Siempre mueren con el muerto.

La tragedia del Maestre,
La muerte del hijo tierno,
La prision de doña blanca,
Sirven de infame proceso.
Algunos pocos leales
Dan voces pidiendo al cielo
Justicia, pidiendo al rey,
Y mientras que dicen esto;
Los de Enrique, etc.
Llora la hermosa Padilla.
El desdichado suceso
Como esclava del rey vivo,
Y como viuda del muerto.
¡Ay Pedro! qué muerte infame
Te han dado malos consejos,
Confianzas engañosas,
Y atrevidos pensamientos!
Salió corriendo á la tienda,
Y vió con triste silencio
Llevar cubierto á su esposo
De sangre y de paños negros;
Y que en otra parte á Enrique
Le dan con aplauso el cetro:
Campanas tocan los unos,
Y los otros instrumentos.
Como acrecienta el dolor
La envidia del bien ageno,
Y el ver á los enemigos
Con favorable suceso;
Así la triste señora
Llora y se deshace, viendo
Cubierto á Pedro de sangre,
Y á Enrique de oro cubierto.
Echó al cabello la mano,
Sin tener culpa el cabello,
Y mezclando perlas y oro,
De oro y perlas cubrió el cuello.
Quiso decir Pedro, á voces,
Villanos, vive en mi pecho;
Mas poco la aprovechó;
Y mientras lo está diciendo;
Los de Enrique, etc.
Rasgó las tocas, mostrando
Le dan con aplauso el cetro.
Campanas tocan los unos
Y los otros instrumentos.
Como acrecienta el dolor
La envidia del bien ageno,
Y el ver á los enemigos
Con favorable suceso;

Asi la triste señora
Llora y se deshace, viendo
Cubierto á Pedro de sangre,
Y á Enrique de oro cubierto.
Echó al cabello la mano
Sin tener culpa el cabéllo,
Y mezclando perlas y oro
De oro y perlas cubrió el cuello.
Quiso decir Pedro, á voces,
Villanos, vive en mi pecho;
Mas poco le aprovechó,
Que mientras lo está diciendo:
Los de Enrique, etc.
Rasgó las tocas, mostrando
El blanco pecho encubierto,
Como si fuera cristal
Por donde se viera Pedro.
Desmayóse ya vencida
Del poderoso tormento,
Cubriendo los bellos ojos
Muerte, amor, silencio y sueño.
Entretanto el campo todo
Aquí y allí van corriendo,
Vencedores y vencidos,
Soldados y caballeros.
Y los de Enrique
Cantan, repican y gritan:
Viva Enrique;
Y los de Pedro
Clamorean, doblan, lloran
Su rey muerto.

El señor de Fita á don Juan I, en la batalla de Aljubarrota.

El caballo vos han muerto:
Subid, Rey, en mi caballo;
E si non podeis subir,
Llegad, subiros he en brazos:
Poned un pié en el estribo,
Y el otro en estas mis manos;
Mirad que carga el gentío;
Aunque yo muera, librad vos.
. . . . . .
No os adeudo con tal fecho,
Ni me quedais obligado;
Que tal escatima deben
Á los reyes sus vasallos;
Y si es deuda que os la debo,
No dirán los castellanos,

En oprobio de mis canas,
Que os la debo y non la pago;
Ni las dueñas de mi tierra
Que á sus maridos fidalgos
Los dejé en el campo muertos,
Y vivo del campo salgo.
A Diagote os encomiendo;
Mirad por él; que es mochacho:
Sed padre y amparo suyo;
Y á Dios, que vá en vuestro amparo.
Dijo el valiente alavés,
Señor de Fita y Buitrago,
Al buen rey don Juan primero,
Y entróse á morir lidiando.

Desafio de Tarfe.

Si tienes el corazon,
Zayde, como la arrogancia,
Y á medida de las manos
Dejas volar las palabras:
Si en la vega escaramuzas,
Como entre las damas hablas,
Y en el caballo revuelves
El cuerpo, como en las zambras:
Si el aire de los bohordos
Tienes en jugar la lanza
Y como danzas la toca,
Con la cimitarra danzas:
Si eres tan diestro en la guerra
Como en pasear la plaza,
Y como á fiestas te aplicas,
Te aplicas á las batallas·
Si como el galan ornato,
Usas la lucida malla,
Y oyes el son de la trompa,
Como el son de la dulzaina:
Si como en el regocijo
Tiras gallardo las cañas,
En el campo al enemigo
Le atropellas y maltratas:
Si respondes en presencia,
Como en ausencia te alabas;
Sal á ver si te defiendes
Como en el Alhambra agravias,
Y si no osas salir solo,
Como lo está el que te aguarda,
Algunos de tus amigos,
Para que te ayuden, saca.

Que los buenos caballeros
No en palacio y entre damas
Se aprovechan de la lengua,
Que es donde las manos callan.
Pero aquí que hablan las manos,
Ven y verás cómo habla
El que delante del rey
Por su respeto callaba.
Esto el moro Tarfe escribe
Con tanta cólera y rabia,
Que donde pone la pluma
El delgado papel rasga.
Y llamando á un page suyo,
Le dijo: «Vete al Alhambra,
Y en secreto al moro Zayde
Da de mi parte esta carta;
Y dirásle que le espero
Donde las corrientes aguas
Del cristalino Genil
Al Generalife bañan.

Romance pastoril.

El tronco de ovas vestido
De un álamo verde y blanco
Entre espadañas y juncos
Bañaba el agua del Tajo,
Y las puntas de su altura
Del ardiente sol los rayos,
Y todo el árbol dos vides
Entre racimos y lazos:
Al son del agua y las ramas
Heria el céfiro manso
En las plateadas hojas
Tronco, punta, vides y árbol.
Esto con llorosos ojos
Mirando estaba Belardo,
Porque fué un tiempo su gloria,
Como ahora es su cuidado.
Vió de dos tórtolas bellas
Tejido un nido en lo alto,
Y que con arrullos roncos
Los picos se están besando.
Tomó una piedra el pastor,
Y esparció en el aire vano
Ramos, tórtolas y nido,
Diciendo alegre y ufano:
«Dejad la dulce acogida:

Que la que el amor me dió,
Envidia me la quitó,
Y envidia os quita la vida.
«Piérdase vuestra amistad,
Pues que se perdió la mia:
Que no ha de haber compañía
Donde está mi soledad.»
Esto diciendo el pastor,
Desde el tronco está mirando
A donde irán á parar
Los amantes desdichados,
Y vió que en un verde pino
Otra vez se están besando;
Admiróse y prosiguió
Olvidado de su llanto:
«Voluntades, que avasallas,
Amor, con tu fuerza y arte,
¿Quién habrá que las aparte,
Si apartallas es juntallas?
Pues que del nido os eché,
Y ya teneis compañía,
Quiero esperar que algun dia
Con Filis me juntaré.

Romance jocoso.

Topáronse en una venta
La muerte y amor un dia,
Ya despues de puesto el sol
Al tiempo que anochecia.
A Madrid iba la muerte
Y el ciego amor á Sevilla,
A pié, llevando en los hombros
Sus caras mercaderías.
Yo pensé que iban huyendo
Acaso de la justicia;
Porque ganan á dar muerte
Entrambos á dos la vida.
Y estando los dos sentados
Amor á la muerte mira;
Y como la vió tan fea
No pudo tener la risa.
Y al fin la dijo riyendo:
—Señora, no sé que os diga,
Porque tan hermosa fea
Yo no la he visto en mi vida.
Corrida la muerte de esto,
Puso en el arco una vira,
Y otra en el suyo Cupido,

Y hácia fuera se retiran.
Con un lanzon el ventero
De por medio se metia,
Y haciendo las amistades
Cenaron en compañía.
Fuéles forzoso quedarse
A dormir en la cocina,
Que en la venta no habia cama
Ni el ventero la tenia.
Los arcos, flechas y aljabas
Dan á guardar á Marina,
Una moza que en la venta
A los huéspedes servia.
Aun no ha bien amanecido,
Cuando amor se despedia:
Sus armas al huésped pide,
Pagando lo que debia,
El huésped le dá por ellas
Las que la muerte traia,
Amor se las echó al hombro,
Y sin mas mirar camina.
Despertó luego la muerte
Triste, flaca, desabrida;
Tomó las armas de amor,
Y tambien hizo su guia.
Y desde entonces acá
Mata el amor con su vira
Mozos, que ninguno pasa
De los veinticinco arriba.
A los ancianos á quien
Matar la muerte solia,
Ahora los enamora
Con las saetas que tira.
Mirad cual está ya el mundo
Vuelto lo de abajo arriba;
Amor, por dar vida, mata;
Muerte, por matar, da vida.

Al tratar de los romances, no es posible dejar de hacer una
ncion especial de los del Cid. La fama de este caudillo, sus
añas y sus virtudes, fueron durante muchos años, en Castilla,
ema de todos los poetas, que las celebraban á porfía; y siendo
id un héroe tan popular, por fuerza tenia que serlo tambien
cuantos componian romances. Muchos son, con efecto, los ro-
ces que sobre sus hechos se escribieron, no habiendo suceso
ble de su vida que no fuese argumento de muchos en que se
rzaban los autores por encarecer, á cual mas, tan memorables
añas. Desde poco tiempo despues de su muerte, y acaso tam-

bien viviendo todavía, hasta el siglo XVI, se fueron multiplicando ó refundiéndose los antiguos: y si muchos se perdieron, quedaron los mas famosos y dignos de conservarse. A principios del citado siglo, se comenzaron á recoger y publicar en coleccion los principales; y en 1706, Juan de Escobar dió á luz otra coleccion mas numerosa y mejor escogida y ordenada, con el título de *Romancero é historia del muy valeroso caballero Cid Ruy Diaz de Vivar, en lenguaje antiguo*. De esta suerte ha resultado una biografía completa del héroe castellano, y una verdadera epopeya en que se cantan sus hazañas.

Esta epopeya tiene la ventaja, sobre todas las conocidas, de no ser composicion de un solo poeta, sino la obra de todo un pueblo y es por consiguiente mas nacional que ninguna. Apasionado este pueblo por su héroe, le ha estado cantando durante siglos enteros; de en medio de él, y siendo su intérprete oscuros poetas iban saliendo á luz esos romances que reproducian el pensamiento de la nacion, con aquella verdad, aquella sencillez, aquella energía propias de hombres que no tratan de lucirse con su obra sino de trasladar á ella los sentimientos que les animan, y el entusiasmo de que participan á par con todos sus contemporáneos. El pueblo aceptaba estas composiciones, las aprendia de memoria las cantaba, y mejorándolas con el transcurso de los tiempos, le daba la última mano. Asi es que, si en los romances del Cid no se vé unidad en el estilo, la hay y muy grande, en el pensamiento con que están escritos y en el carácter nacional que los distingue. El héroe, sino es tal vez el mismo que existió, es por lo menos el que se formára el pueblo y nos ha transmitido la tradicion; las costumbres de la época se ven pintadas al vivo, igualmente que los sentimientos de la nacion; y la espresion candorosa á par que sublime con que á cada paso brillan, les dá aquella fisonomía homérica que es la que verdaderamente corresponde á la epopeya. No todos los romances son de igual mérito; pero los hay de mano maestra, y los mejores son los que conservan mas sabor de antigüedad. tienen estos, además, de particular, que son los que brillan por una versificacion mas sonora y robusta; lo cual induce á creer que hubieron de ser refundidos, cuando ya la poesía castellana brillaba en todo su esplendor, por poetas de primer órden que sin embargo, les quisieron conservar el aire de antiguedad, que tanto encanto les presta. Como quiera que sea, una coleccion completa y bien hecha de todos los buenos romances del Cid, será siempre el verdadero poema épico de la nacion española, superior con mucho á todos los que entre nosotros han tomado ese nombre, y tanto mas grato á esta nacion, cuanto que, como ya hemos dicho, debe ella misma considerarse como el autor de la sublime obra. Este lauro que no pudo alcanzar en España la po

udita, le estaba reservado con justicia á la poesía popular. emos aquí algunos de los principales:

Coibdaba Diego Laynez
De la mengua de su casa,
Fidalga, rica, y antigua
Antes de Iñigo y Abarca;
Y viendo que le fallescen
Fuerzas para la venganza,
Y que por sus luengos años
Por sí no puede tomalla,
Y que el de Orgaz se pasea
Libre y exento en la plaza,
Sin que nadie se lo impida,
Lozano en el nombre y galas,
No puede dormir de noche,
Ni gusta de las viandas,
Ni alza del suelo los ojos,
Ni osa salir de la sala,
Ni fablar con sus amigos;
Antes les niega la fabla
Temiendo no les ofenda
El aliento de su infamia.
Estando, pues combatiendo
Con tantas honrosas bascas,
Quiso hacer esta esperiencia,
Que non le salió contraria.
Mandó llamar sus tres hijos,
Y sin decilles palabra,
Les fué apretando uno á uno
Las fidalgas tiernas palmas:
No para mirar en ellas
Las quirománticas rayas,
Que este fechicero abuso
No era nacido en España;
Mas prestando el honor fuerzas,
A pesar del tiempo y canas,
A la fria sangre y venas,
Nervios y arterias heladas,
Les apretó de manera
Que dijeron:—«Señor, basta:
¿Qué intentas, ó qué pretendes?
Suéltanos ya, que nos matas.»
Mas cuando llegó á Rodrigo,
Casi muerta la esperanza
Del fruto que pretendia,
Que á do no piensan se halla:
Encarnizando los ojos
Cual furiosa tigre hircana,
Con mucha furia y denuedo

Le dijo aquestas palabras:
—«Soltedes, padre, en mal hora,
Soltedes en hora mala:
Que á no ser padre, no hiciera
Satisfaccion de palabras:
Antes con la mano mesma
Vos sacára las entrañas,
Faciendo lugar el dedo
En vez de puñal ó daga.»
Llorando de gozo el viejo,
Dijo: —«Fijo de mi alma,
Tu enojo me desenoja,
Y tu indignacion me agrada.
Esos brios, mi Rodrigo,
Muéstralos en la demanda
De mi honor, que está perdido
Si en tí no se cobra y gana.»
Contóle su agravio y dióle
Su bendicion y la espada,
Con que dió al conde la muerte,
Y principio á sus hazañas.

Resolucion del Cid.

Pensativo estaba el Cid,
Viéndose de pocos años,
Para vengar á su padre
Matando al conde Lozano.
Miraba el bando temido
Del poderoso contrario,
Que tenia en las montañas,
Mil amigos asturianos:
Miraba como en las córtes
Del rey de Leon Fernando
Era su voto el primero,
Y en guerras mejor su brazo.
Todo le parece poco
Respecto de aquel agravio,
El primero qué se ha fecho
A la sangre de Laín Calvo.
Al cielo pide justicia,
A la tierra pide campo,
Al viejo padre licencia,
Y á la honra esfuerzo y brazo.
Non cuida de su niñez,
Que en naciendo, es costumbrado
A morir por casos de honra
El valiente fijodalgo.
Descolgó una espada vieja
De Mudarra, el castellano,

Que estaba vieja y mohosa
Por la muerte de su amo,
Y pensando que ella sola
Bastaba para el descargo,
Antes que se la ciñese,
Asi le dice turbado:
—Faz cuenta, valiente espada,
Que es de Mudarra mi brazo,
Y que con su brazo riñes,
Porque suyo es el agravio.
Bien sé que te correrás
De verte así en la mi mano;
Mas no te podrás correr
De volver atrás un paso.
Tan fuerte como tu acero
Me verás en campo armado;
Tan bueno como el primero
Segundo dueño has cobrado.
Y cuando alguno te venza
Del torpe fecho enojado,
Fasta la cruz en mi pecho
Te esconderé muy airado.
Vamos al campo, que es hora
De dar al conde Lozano
El castigo que merece
Tan infame lengua y mano.—
Determinado va el Cid,
Y va tan determinado,
Que en espacio de una hora
Quedó del conde vengado.

Desafio del Cid.

Non es de sesudos homes,
Ni de infanzones de pró
Facer denuesto á un fidalgo
Que es tenudo mas que vos.
Non los fuertes barraganes
Del vueso ardid tan feroz
Prueban en homes ancianos
El su juvenil furor.
No son buenas fechorías
Que los homes de Leon
Fieran el rostro á un anciano,
Y no el pecho á un infanzon.
Cuydárais que era mi padre,
De Lain Calvo subcesor,
Y que no sufren los tuertos
Los que han de buenos blason.
Mas ¿cómo vos atrevísteis

A un home que solo Dios,
Siendo ya su fijo, puede
Facer aquesto, otrie non?
La su noble faz ñublásteis
Con nube de deshonor;
Mas yo desfaré la niebla,
Que es mi fuerza la del sol:
Que la sangre dispercude
Mancha que finca en la honor,
Y ha de ser, si bien me lembro,
Con sangre del malhechor:
La vuesa, conde tirano,
Lo será, pues su fervor
Os movió á desaguisado,
Privándovos de razon.
Mano en mi padre pusisteis
Delante el rey con furor,
Cuidá que lo denostásteis,
Y que soy su fijo yo.
Mal fecho fecísteis, conde:
Yo vos reto de traidor,
Y catad, si vos atiendo,
Si me causareis pavor.
Diego Laynez me fizo
Bien cendrado en su crisol:
Probaré en vos mi fineza
Y en vuesa falsa intencion.
Non vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador:
Pues para vos combatir
Traigo mi espada y troton.—
Aquesto al conde Lozano
Dijo el buen Cid Campeador,
Que despues por sus fazañas
Ese nombre mereció.
Dióle la muerte y vengóse;
La cabeza le cortó,
Y con ella ante su padre
Contento se afinojó.

Venganza del Cid.

Llorando Diego Laynez
Yace sentado á la mesa,
Vertiendo lágrimas tristes
Y tratando de su afrenta;
Y trasportándose el viejo,
La mente siempre inquieta,
De temores muy honrados
Va levantando quimeras,

Cuando Rodrigo venia
Con la cortada cabeza
Del conde, vertiendo sangre,
Y asida por la melena,
Tiró á su padre del brazo,
Y del sueño lo recuerda,
Y con el gozo que trae
Le dice de esta manera:
—Veis aqui la yerba mala,
Para que vos comais buena:
Abrid, mi padre los ojos,
Y alzad la faz; que ya es cierta
Vuestra honra, y ya con vida
Os resucita de muerta.
De su mancha está lavada,
A pesar de su soberbia:
Que hay manos que no son manos
Y esta lengua ya no es lengua.
Ya os he vengado, señor:
Que está la venganza cierta,
Cuando la razon ayuda
A aquel que se arma con ella.—
Piensa que lo sueña el viejo;
Mas no es así, que no sueña,
Sino que el llorar prolijo
Mil caractéres le muestra.
Mas al fin alzó los ojos
Que fidalgas sombras ciegan,
Y conoció á su enemigo,
Aunque en la mortal librea.
—Rodrigo, fijo del alma,
Encumbre aquesa cabeza,
No sea de otra Medusa
Que me trueque en dura piedra.
O sea tal mi desventura
Que antes que te lo agradezca
Se me abra el corazon
Con alegria tan cierta.
¡Oh conde Lozano infame!
El cielo de ti me venga,
Y mi razon contra ti
Ha dado á odrigo fuerzas.
Siéntate á yantar, mi fijo,
Do estoy á mi cabecera:
Que quien tal cabeza trae,
Será en mi casa cabeza.

Contestacion entre el Cid y el abad Bernardo.

Fablando estaba en el claustro
De san Pedro de Cardeña,
El buen rey Alfonso al Cid
Despues de misa una fiesta.
Trataban de la conquista
De las mal perdidas tierras
Por pecados de Rodrigo,
Que amor disculpa y condena.
Propuso el buen rey al Cid
El ir á ganar á Cuenca;
Y Rodrigo mesurado
Le dice de esta manera:
Nuevo sois, el rey Alfonso,
Nuevo sois rey en la tierra:
Antes que á guerras vayades,
Sosegad las vuesas tierras.
Muchos daños han venido
Por los reyes que se ausentan,
Y á penas han calentado
La corona en la cabeza.
Y vos no estais muy seguro
De la calumnia propuesta
De la muerte de don Sancho
Sobre Zamora la vieja.
Que aun hay sangre de Bellido,
Magüer que en fidalgas venas,
Y el que fizo aquel venablo,
Si le pagan, hará treinta.
Bernardo, en lugar del rey,
Dice al Cid: Si vos aquejan
El cansancio de las lides,
O el deseo de Ximena,
Idvos á Vivar, Rodrigo,
Y dejadle al rey la empresa:
Que hombres tiene tan fidalgos,
Que no volverán sin ella.
—¿Quién vos mete, dijo el Cid,
En el consejo de guerra,
Frayle honrado, á vos agora
La vuesa cogulla puesta?
Subid vos á la tribuna,
Y rogad á Dios que venzan;
Que no venciera Josué,
Si Moysen no lo ficiera.
Llevad vos la capa al coro,
Yo el pendon á las fronteras;
Y el rey sosiegue su casa
Antes que busque la agena.

Que no me farán cobarde
El mi amor ni la mi queja;
Que mas traigo siempre al lado
A Tizona que á Ximena.
—Home soy, dijo Bernardo,
Que antes que entrára en la regla,
Sino vencí reyes moros,
Engendré quien los venciera;
Y agora en vez de cogulla,
Cuando la ocasion se ofrezca,
Me calaré la celada,
Y pondré al caballo espuelas.
—Para fugir, dijo el Cid,
Podrá ser, padre, que sea:
Que mas de aceite que sangre
Manchado el hábito muestra.
—Calledes, le dijo el rey,
En mal hora, que no en buena,
Acordarsevos debia
De la jura y la ballesta.
Cosas tenedes, el Cid,
Que farán fablar las piedras;
Pues por cualquier niñería
Faceis campaña la iglesia.—
Pasaba el conde de Oñate
Que llevaba la su dueña,
Y el rey por facer mesura
Acompañóla á la puerta.

Reconvenciones de Alfonso el VI al Cid.

Si atendeis que de los brazos
Vos alce, atended primero,
Sino es bien que con los mios,
Cuide subiros al cielo.
Bien estais afinojado:
Que es pavor veros enhiesto;
Asiento es asaz debido
El suelo de los soberbios.
Descubierto estais mejor,
Despues que se han descubierto
De vuesas altanerías
Los mal guisados sucesos.
¿En qué os habeis empachado,
Que dende el pasado invierno
Non vos han visto en las córtes,
Puesto que córtes se han fecho?
¿Por qué siendo cortesano,
Traeis la barba y cabello
Descompuesta y desviada

Como los padres del yermo?
Pues aunque vos lo pregunto,
Asaz que bien os entiendo,
Bien conozco vuesas mañas,
Y el semblante falagüeño,
Quereis decir que cuidando
En mis tierras y pertrechos,
No cuidades de aliñarvos
La barba y cabello luengo.
Al de Alcalá contrariásteis,
Mis treguas, paz y concierto,
Bien como si el querer mio
Tuviérades por muy vueso.
A los fronterizos moros
Diz que teneis por tan vuesos,
Que os adoran como á Dios;
Grandes algos habreis dellos.
Cuando en mi jura os hallásteis,
Despues del triste suceso
Del rey don Sancho, mi hermano,
Por Bellido traidor muerto,
Todos besaron mi mano
Y por rey me obedecieron:
Solo vos me contrallásteis,
Tomándome juramento.
En santa Gadea lo fice
Sobre los cuatro evangelios
En el balleston dorado,
Teniendo el cuadrillo al pecho.
Matárades á Bellido,
Si ficiérais como bueno:
Que no ha faltado quien dijo
Que tuvísteis asaz tiempo.
Fasta el muro lo seguísteis,
y al entrar la puerta adentro
Bien cerca estaba quien dijo
Que non osásteis de miedo.
Y nunca fueron los mios
Tan astutos y mañeros,
Que cuidasen que don Sancho
Muriese por mis consejos.
Murió, porque á Dios le plugo,
En su juicio secreto:
Quizá porque de mi padre
Quebrantó los mandamientos.
Por estos desaguisados,
Desavenencias y tuertos,
Con título de enemigo
De mis reinos vos destierro.
Yo tendré vuestros condados
Fasta saber por entero,

Con acuerdo de los mios,
Si confiscárvoslos puedo,
No repliquedes palabra,
Que vos juro por san Pedro
Y por san Millan bendito,
Que vos enforcaré luego.
Estas palabras le dijo
El rey don Alfonso el sesto,
Inducido de traidores,
Al Cid, honor de sus reinos.

Respuesta del Cid.

Tengovos de replicar
Y de contrallarvos tengo:
Que no han pavor los valientes,
Ni los non culpados miedo.
Si finca muerta la honra
A manos de los denuestos,
Menos mal será enforcarme
Que el mal que me habedes fecho.
Yo seré en tierra humildoso
A guisa de vueso siervo:
Que teniendo los mis brazos
Cuido alzarme sin los vuesos.
Cúbrause, y non vos acaten
Los ociosos falagüeños:
Que magüer yo no lo soy,
Me puedo cubrir primero.
Dos vegadas hubo córtes
Desde antaño por invierno:
Diz que por la pró comun,
O por los vuesos provechos.
Vos en Leon las ficistes,
Pero yo en los campos yermos,
Faciendo las mias, desfice
Del contrario los pertrechos.
Lo fecho en Alcalá vedes,
Y non lo que fué primero,
Y es mal juzgador quien juzga,
Sin notar todo el proceso.
Folgá que el moro de allende
Respete mis hechos buenos:
Que si non me los respeta,
Non vos guardarán respeto.
Asaz me semejais blando,
Porque de tiempo tan luengo,
De apretarvos en la jura
Vos duele el escocimiento.
Mentirá el que me achacare

Del traidor Dolfos el tuerto;
Que sabedes lo que fué
Y lo que no fué en el reto.
Además, que sin espuelas,
Cabalgué entonces por yerro:
Vencen pesadas falsías
Al noble y sencillo pecho.
Y pues gasté mis haberes
En prez del servicio vuese,
Y de lo que hube ganado
Os fice señor y dueño,
Non me lo confiscaredes
Vos ni vuesos compañeros;
Que mal podredes tollerme
La facienda que no tengo.
De hoy mas seré facendoso,
Pues hoy de vos me destierro,
Y de hoy para mi me gano,
Pues hoy para vos me pierdo.
Estas palabras decía
El noble Cid, respondiendo
A las querellas injustas
Del rey don Alfonso el sesto.

Por todo lo que hemos dicho, y por los trozos citados en este capítulo, vemos qué carácter tan distinto de la erudita tomó la poesía popular: su mayor sello de nacionalidad tenía que procurarle mayores triunfos. Estos triunfos los vamos ahora á recorrer en la seccion segunda, examinándola en el campo mas fecundo de sus glorias, que fué el teatro.

SECCION SEGUNDA.

ESCRITORES DRAMATICOS.

CAPITULO I.

Principios del teatro español.

Hemos recorrido el largo espacio que media entre el origen de uestra poesía y la época de su decadencia. La hemos visto cre-er, desarrollarse, ir tomando diferentes caractéres, llegar á un lo grado de esplendor y gloria, y perderse entre los esfuerzos ue hacia para superarse á sí propia, saliéndose de las sendas el buen gusto, por ir en busca de adornos que hasta el sentido co-mun reprobaba. Dividida en dos ramas distintas que al prin-ipio marcharon por distintos rumbos, sin tocarse, sin conocerse iquiera, pero que á la par se engrandecian, la popular ha ocupa-o hasta ahora en nuestras páginas menos lugar que la erudita, orque aquella caminó largo tiempo desconocida ó vilipendiada, ientras la erudita hizo ostentoso alarde de sus fuerzas. Al fin s dos se reunieron; pero la popular en medio de su oscuridad, abia adquirido tal robustez, que fué la preponderante. Admitió lo de su rival la rica y brillante vestidura para cubrir la des-udez y pobreza de sus miembros varoniles: se bañó en los rau-ales de armonía que supo crear el astro y el delicado oido de uestros grandes poetas de la edad dorada; pero desechó lo de-as; y formas, pensamientos, objeto, todo fué suyo, todo aco-odado á los gustos y necesidades del pueblo. Tan fecunda se ostró en esta feliz union, que asombró al mundo con sus mul-iplicadas obras; y ya acabamos de ver muestras de esta fecun-

didad en el romance que, desechando su primitiva rudeza, se mostró tan gallardo, tan lozano, tan armonioso y poético. Pero no fué el romance donde mas ostentó los ricos frutos que prometia: en el teatro halló todavia mas vasto campo para sus glorias, y en este vamos á verla como en su verdadero trono.

Hasta ahora en los diversos géneros de poesías que llevamos recorridos, pertenecientes casi todos á la erudita, hemos visto que el ingénio español se ha elevado mas ó menos; pero en ninguno, excepto los romances, ha producido obras de aquellas que saliendo de lo comun ó de lo conocido, llevan un sello particular, asombran por lo nuevas, y causan una revolucion en el ramo á que pertenecen. En casi todas predomino la imitacion, viéndose el reflejo de literaturas extrañas. Faltó por lo tanto en ellas aquel carácter de nacionalidad que, cuando acompaña á las creaciones de la imaginacion, las estiende rápidamente, las vulgariza, y con el entusiasmo que producen, las multiplica al infinito. Las clases ilustradas de la sociedad podian recrearse con nuestros grandes poetas de la escuela erudita; pero el pueblo no aceptaba como suyas esas magníficas composiciones, cuyas bellezas estaban fuera de su alcance, y anhelaba otras que pudiese comprender, para solazarse con ellas. Ateníase, pues, á sus romances y á sus libros de caballerías, libros de que hablaremos á su tiempo, cuando tratemos de los escritos en prosa, y que llegaron á formar en realidad la única literatura nacional, así por las ideas, como por el lenguage: lo demas era solo una literatura estrangera con palabras castellanas: una traduccion, por decirlo así, de todo lo antiguo en un idioma moderno.

No se necesitaba mas en la égloga, en la oda, en el poema épico, en otras muchas composiciones que pueden gozarse individual y aisladamente; que destinadas á la lectura solitaria del gabinete, agradan por ciertas cualidades para las cuales está ya por la educacion el ánimo preparado. Pero hay géneros literarios, de que ya no disfruta el hombre solo, sino en comunidad con sus semejantes; que sin dirigirse únicamente á entendimientos cultivados, pretenden tambien agradar al vulgo; géneros cuyo efecto no lo produce el exámen de ciertas prendas recónditas y de difícil conocimiento: lo causa la sensacion instantánea que encuentra eco á la vez en cabezas diferentemente organizadas y en corazones de distinto temple; que no dan lugar á la reflexion; por el contrario, arrebatan sin pensar, y sin pensar arrancan estrepitosamente las muestras de placer ó desagrado.

Entre estos géneros es el principal el género dramático; y claro está que siendo su objeto agradar al pueblo reunido, tiene que poseer mas que otro alguno un carácter popular; es decir, que mas que otro alguno ha de ser el reflejo de las ideas, creen-

cias y costumbres del pueblo, á cuyos goces se destina. Este género, pues, es aquel á que menos cuadra el carácter de erudito; y dado caso de que lo tenga, ha menester disfrazarlo, mas bien que hacer gala de una cualidad que muy pocos aprecian ó conocen.

Los romances que el pueblo canta en sus reuniones ó fiestas; las novelas que suele leer en familia, las representaciones en que vé reproducidos los cuadros de la vida; tales son los géneros que exigen mas ese carácter popular, y los que perecen al punto, cuando no lo tienen. Si refieren hechos que en nada interesan al oyente, si pintan costumbres que no comprende, si hablan un lenguage que no es el suyo; por mas que ostenten perfeccion en las formas, sublimidad en las ideas, armonía en la frase, solo le causarán fastidio ó serán mirados por él con indiferencia. Sea cual fuere su mérito absoluto, carecen del relativo aplicable á los hombres y á las circunstancias. Por esta razon los romances, las novelas y el drama no pueden vivir en el campo de la erudicion; y no han de existir, ó tienen que descender al terreno del pueblo, adquiriendo las cualidades que á este le agradan, aunque bajo el aspecto de la razon y del buen gusto no sean siempre aceptables. Pero los romances, las novelas y el drama, son necesarios al pueblo: existirán, pues, y existiendo, tomarán la forma que cuadre mejor al pueblo.

Asi ha sucedido entre nosotros. Nuestra literatura popular, la única realmente nacional, han sido los romances, los libros de caballerías y las comedias; y por lo tanto, los romances, los libros de caballerías, en una época dada, y las comedias son los tres géneros que mejor hemos cultivado, donde mas ha brillado nuestra fecundidad, y en que hemos producido obras mas admirables.

Sin duda estos tres géneros no existen á la vez en un pueblo, sino que se suceden, siguiendo los progresos de la civilizacion. Esta sucesion se verifica por lo mismo en el órden gradual de dificultades que cada cual ofrece Los romances, género corto, sencillo y para cuya composicion basta la inspiracion de un momento, son los primeros: el drama, obra complicada y que exige grande esfuerzo de ingénio, tiene que llegar el último: del romance se pasa á la novela ó al poema, alargándolo: la comedia exige la accion de la novela, la poesia del romance, y ademas otras cualidades que le son propias: el romance canta, la novela refiere; pero el drama aspira á reproducir y dar nueva vida á lo que los primeros meramente recuerdan. Entre nosotros, con efecto, la comedia fué hija del romance y de la novela, el drama que pretendia traer su orígen de la antigüedad, vivió raquítico, abandonado, y murió pronto: solo el arrullado por el romance y educado á los pechos de la caballería, se tuvo por hijo legítimo

de nuestro suelo, y como tal, creció robusto, asombrando al mundo con su belleza y gallardia.

Pero aunque hemos dicho que estos tres géneros se suceden, no pretendemos que sus gérmenes no existan en todos tiempos coetáneamente, dando señales de vida con producciones imperfectas La necesidad de cantar las hazañas y los hechos notables que ocurren, la aficion á las narraciones maravillosas y entretenidas, la tendencia á imitar las acciones humanas, tienen sus raices en el corazon del hombre, y no hay grado de civilizacion en que no se encuentre algun vestigio de tan naturales propensiones. Cuando los separamos, nos referimos solo á esos mismos géneros llevados á su perfeccion; y como esta perfeccion es más costosa en unos que en otros, tambien se muestra en épocas separadas y de mayor ilustracion. Fuera de esto, romances, cuentos y representaciones se encuentran aun en las naciones mas salvages.

Asi es, que si queremos ascender al origen del drama entre nosotros, llegaremos hasta los primeros tiempos de la monarquía; no porque en ellos se encuentren verdaderas representaciones dramáticas tales cuales hoy las comprendemos, sino porque es imposible que en tanto tiempo no hayan gustado los hombres de imitar, ó ver imitadas por otros las acciones de la vida, y porque en realidad asi ha sucedido siempre.

Desde muy antiguo se encuentran en nuestras crónicas y leyes, pruebas de que existian semejantes representaciones que se hacian, no solamente para el pueblo en las plazas ó lugares públicos, sino tambien en los palacios para solaz de los reyes y nobles caballeros. Sabido es que los *juglares* corrian de pueblo en pueblo entreteniendo á las gentes, ya cantando trovas y danzando, ya haciendo *juegos de escarnio* que eran unas especies de farsas reducidas á escenas cortas, en que los actores, despues de haberse convenido entre sí, decian las graciosidades que se les ocurrian. Su objeto esclusivo era hacer reir á los oyentes, sin atender á ninguna regla de moral ó decencia; y el papel principal era siempre en ellas el *bobo* que despues se convirtió en el *gracioso* de nuestras comedias.

Ya la *Crónica general de España* hace mas de una vez mencion de los juglares, y hasta refiere que asistieron algunos á las bodas de las hijas del Cid; y en tiempo de Alonso el Sábio, hubieron de multiplicarse tanto, que se les clasificaba y distinguia con diferentes nombres; llamando lo bastante la atencion del gobierno para ser objeto de disposiciones particulares en las leyes que, por su modo de vivir y depravada conducta, los infamaron.

Y no se debe estrañar que esto hiciesen: ni el hecho de representar era entonces un arte que, como hoy, exigiese profundos

estudios y no escasos conocimientos, si en él habia de sobresalirse; ni las farsas que representaban, ya fuesen escritas de antemano, ya improvisadas segun la ocasion, como mas comunmente sucederia, merecian el nombre de composiciones literarias. Ambas cosas eran no solo la infancia del arte, sino hasta su parte mas soez y despreciable, como tambien las personas que se empleaban en tales ocupaciones; y tan cierto es esto, que aun entre los mismos juglares, se distinguian y estaban exentos de tan fea nota, aquellos que con mas decoro frecuentaban solo las casas de los príncipes y altos personages, cantando versos artificiosos, y dando realce á las producciones de lo que entonces se comenzaba á llamar *gaya ciencia*.

Prueba es ademas de no considerarse infame en sí el arte de la representacion, sino por las personas que le ejercian, e que estaba ya de largo tiempo introducido en los templos, y sirvió para las solemnidades religiosas, reproduciendo los *misterios* de la religion, cuyo nombre tomó esta clase de representaciones; y la ley de Partida las permite á los clérigos, aunque sí les prohibe los juegos de escarnio, «*porque*, dice, *facen muchas villanias y desaposturas*.

Como quiera que sea, el arte de la representacion es demasiado natural y agradable al nombre, para que se quedase reducido á tan toscos ensayos, y tenia forzosamente que llegar un tiempo, en que con los progresos de la civilizacion fuera tambien creciendo y perfeccionándose: no de otro modo que sucedió en Grecia, donde empezó por la carrera de Tespis, y acabó en los soberbios teatros de Aténas, con las magníficas composiciones de Sófocles. Despertada por otra parte la aficion á las obras de los antiguos, estudiados los grandes modelos que habian dejado en todos los géneros de literatura, no podia menos de llamar la atencion de los eruditos el dramático en que tanto sobresalieron; y el deseo de imitarlos en esto, como en todo, habia de alentar las plumas de muchos escritores. Asi sucedió con efecto.

Nada ha quedado de aquellos primitivos ensayos de nuestra poesía dramática: de las dos partes en que se dividia, los *juegos de escarnio*, y los *misterios*, la primera que, como ya hemos dicho, seria por lo regular improvisada, no podia dejar rastro alguno: la segunda, aunque por su objeto y mayor importancia, mereceria seguramente los honores de una composicion prévia, ha perecido enteramente, ó yacen algunos de sus restos en los archivos de las catedrales. Solo podemos juzgar de los juegos de escarnio por las piezas que les sucedieron y se llamaron *entremeses*, las cuales imitaron la procacidad y liviandad de aquellos, siendo tal vez muchos de los mas antiguos imitacion de tales juegos, ó estos mismos reducidos á mas moderno lenguage.

Necesario es llegar al siglo XIV para encontrar algu composicion conocida que tenga visos de dramática, ó q se pueda considerar como tal, por ofrecer las formas del diálo Esta es la *Danza de la muerte, ó danza general en que entr todos los estados de gentes*. Atribúyese, aunque acaso sin muy lidos fundamentos, al Rabí don Santo, de quien ya hemos habla en otra parte, y ha sido en 1849 publicada por el anglo-ameri no, Mr. George Ticknor en su *Historia de la Literatura esp ñola*. Uno de los interlocutores es la muerte: otro un predica que excita á los demas personages á la práctica de las virtud y acaso se compondría para algun *misterio*, á mediados espresado siglo. Está en coplas de arte mayor, y el estilo mer alguna atencion, como se vé por los siguientes versos:

A esta mi danza trax de presente
Estas dos doncellas que vedes, fermosas;
Ellas vinièron de muy mala mente
A oyr mis canciones, que son dolorosas.
Mas non les valdrán las flores nin rosas
Nin las composturas que poner solian:
De mí, si pudiesen, partirse querrian;
Mas no puede ser, que son mis esposas.

Para encontrar otro ensayo de poesia dramática, necesitan pasar el siglo XV; y aun así, solo en su último tercio es cua do empieza á tomar este género mas determinada forma, m trándose como en embrion en las composiciones de Juan Encina; pero antes de este, ya ejercitaron en él su pluma ilustres varones, célebres por su nacimiento y por el grande i pulso que dieron á la naciente literatura castellana. Fueron los los marqueses de Villena y Santillana; el primero escribió comedia alegórica, cuyos interlocutores eran *la Justicia*, *Verdad, la Paz y la Misericordia*, y que se representó en ragoza, á presencia de la córte con motivo de la coronacion rey de Aragon, don Fernando el Honesto; el segundo compus *Comedieta de Ponza* con el objeto de lamentar la batalla n de aquel nombre, en la cual los reyes de Aragon y Navarra infante don Enrique quedaron prisioneros.

La comedia alegórica del marqués de Villena no existe, biéndose perdido tan precioso documento literario, y solo se t noticia de ella por una crónica inédita de aquel tiempo. Au duda si estaba escrita en castellano ó en lengua lemosina.

La misma suerte habia corrido la comedieta de Ponza; p últimamente ha sido publicada por don Eugenio de Ochoa, en

tomo de *Rimas inéditas del siglo XV.* (París 1844.) Su autor no tuvo en realidad la intencion de escribir una verdadera comedia: solo quiso aprovecharse en parte de la forma dramática para dar mas realce á su composicion.

La comedieta, diee don Francisco Martinez de la Rosa, empieza por una *invocacion*: despues la *discrecion del tiempo*; y luego dice el poeta:

Forzada del sueño la mi libertat,
Diálogo triste é fabla llarosa
Firió mis orejas, é tan pavorosa
Que solo en pensarlo me vence piedad.
Asy recordado, miré do sonaba
El clamoso duelo é ví quatro donas,
Cuyo aspecto é fabla muy bien demostraba
Ser quasi deesas ó magnas personas;
Vestidas de negro, é á las tres coronas,
Llamando á la muerte con tantas querellas,
Que dubdo si fueron tamañas aquellas
Que Ovidio tocó de las tres Gorgonas.

Estas cuatro coronas eran la reina madre, doña Leonor, la reina de Aragon, la de Navarra, y la infanta doña Catalina. La reina doña Leonor se dirije al poeta Bocacio, que se supone presente, rogándole que cante aquel triste suceso. Despues *fabla la señora reina de Navarra*: (una estrofa): *fabla la señora reina de Aragon*: (otra estrofa): *fabla la señora infanta doña Catalina, quejándose de la fortuna*: (varias estrofas): *responde Bocacio á las reinas é infanta*: (dos estrofas en italiano). En seguida se halla *la narracion que fizo la reina doña Leonor*, en que cuenta las glorias de su familia, etc.»

Se vé por esta indicacion que la Comedieta, mas bien que obra dramática, es una composicion poética, por el estilo del *Panteon del Escorial* del señor Quintana; y tan lejos estaba el autor de darle aquel carácter, que al fin dice: *Acábase el tractado llamado Comedieta de Ponza*. Dióle este nombre por imitar al Dante que intituló su poema *Divina Comedia*, usando del diminutivo por ser obra mucho mas corta. Como quiera que sea, siempre se vé empleado el diálogo, como forma mas pintoresca; ademas, el lenguage es bello y la versificacion sonora y armoniosa.

Merece tambien especial mencion, como embrion del género dramático, el *Diálogo entre el Amor y un Viejo*, escrito por Rodrigo de Cota. Presenta en él á un viejo que en vano pretende re-

sistir las seducciones del amor. De ningun modo puede c rarse como comedia esta obra que absolutamente carece cion y artificio dramático; pero es admirable por la locuci la armonía de los versos y por la elegancia que ostenta ella el habla castellana. Sirvan de ejemplo los siguientes

Viejo.

Cerrada estaba mi puerta;
¿á qué vienes, por dó entraste?
Di, ladron, ¿por qué saltaste
las paredes de mi huerta?
La edad y la razon
ya de tí me han libertado:
deja el pobre corazon
retirado en su rincon
contemplar qual le has parado.
. . . . . .
La beldad de este jardin
ya no temo que la halles,
ni las ordenadas calles,
ni los muros de jazmin,
ni los arroyos corrientes,
de vivas aguas potables,
ni las albercas y fuentes,
ni las aves producientes
los cantos tan consolables.
Ya la casa se deshizo
de sutil labor estraña,
y tornóse esta cabaña
de cañuelas de carrizo.
De los frutos hice truecos
por escaparme de tí,
por aquellos troncos secos,
carcomidos, todos huecos,
que parescen cerca mí.
. . . . . .

Amor.

Comunmente todavía
han los viejos un vecino
enconado, muy malino,
gobernado en sangre fria:
llámase melancolía.
. . . . . .

Donde mora este maldito
no jamás hay alegría,
ni honor, ni cortesía,
ni ningun buen apetito;
pero donde yo me llego
todo mal y pena quito:
de los hielos saco fuego,
y á los viejos meto en juego,
y á los muertos resucito.

. . . . . .

Yo compongo las canciones,
yo la música suave,
yo demuestro al que no sabe
las sutiles invenciones;
yo fago volar mis llamas
por lo bueno y por lo malo:
yo hago servir las damas,
yo las perfumadas camas,
golosinas y regalo.
Visito los pobrecillos,
huello las casas reales,
de los senos virginales
sé yo bien los rinconcillos:
mis pihuelas y mis lonjas
á los religiosos atan,
no lo tomes por lisonjas;
sino vé, mira las monjas,
verás cuán dulce me tratan.

Se atribuye igualmente á Rodrigo de Cota otro famoso diálogo oril, en el mismo género de coplas, entre *Mingo Revulgo y Irribato*, que tiene por objeto criticar los desórdenes y ca-dades del turbulento reinado de Enrique IV. Esta opinion, es muy general, fué contradicha por Mariana, quien en el XXIII, capítulo 17 de su *Historia*, hablando de los escándalos por los años de 1473 ofrecia Castilla, presa de la ambicion s magnates que se burlaban de la debilidad del Rey, dice: ó esto á tanto, que *Hernando del Pulgar*, hombre conocido quel tiempo por su ingenio, y por lo que escribió, trovó unas s muy artificiosas que llaman de *Mingo Revulgo*, en que ndo su nombre, por el peligro que le corriera, en persona os pastores, en lengua castellana, á manera de égloga, y con tad y agudeza de sátira, se lamenta del descuido y flogedad on Enrique, de las mañas de los grandes, y de los trabajos todo el reino padecia.»

Entre otras poesías que pudieran citarse de Juan del Encina, merece particular mencion, un diálogo entre él y el amor, muy parecido al de Rodrigo de Cota, en la misma clase de metro, y que principia así.

Anda, vete, burlador,
no pienses burlarme más:
que los placeres que das
son de pasion y dolor;
eres, Amor, desamor,
un amigo y enemigo,
un favor y disfavor,
un temor y no temor,
andas burlando conmigo.
No te puedo tomar tiento:
eres cara con dos faces;
al tuyo menos aplaces,
das al tuyo mas tormento;
ya no quiero ni consiento
de ser tuyo ni tú mio:
yo firmeza en ti no asiento;
que te muda cada viento:
vete ya, que ya te envio.
Vete ya de mi querer,
déjame mi corazon;
no quiero tu galardon,
tu pesar, ni tu placer;
vete ya de mi poder,
no poses en mi posada.
Tu valer, aver, saber,
tu poder, querer, tener,
en mi ya no tiene nada. etc.

No se concederia ciertamente ahora á Juan del Encina el título de poeta dramático, si en nuestros dias viviese y diera á luz las sencillas fábulas que hizo representar en la casa de Alba, y cuyo argumento no ofrece siquiera el enredo del mas humilde sainete. Eglogas llamó él á la mayor parte de estas piezas, y églogas son con efecto, reducidas á breves diálogos entre pastores, si bien introduce en ellas algunos personages de mas alta categoria. No tenian, como hemos dicho, la pretension de ser obras dramáticas; componíanse con motivo de alguna festividad, particularmente para representarse la noche buena ó por semana santa, y concluian con canto, ó estaban intermediadas de baile; pero se ve que conforme se iba Encina ejercitando en este género, sus ideas se dilataban, daba alguna mayor complica-

cion al asunto, y se acercaba más á la verdadera comedia. Ya presenta á dos ermitaños encaminando sus pasos al santo sepulcro, y saliéndoles al encuentro la Verónica; ya aparece en la escena un pastor triste, porque el duque se va á la guerra; y cuando está dando sus quejas á otro, llega un tercero trayendo nuevas de paz: unas veces varios palurdos, lamentándose de que viene la cuaresma, se solazan entretanto comiendo y cantando: otras sale una pastorcilla que, yendo cantando, encuentra á un pastor, el cual empieza á requerirla de amores, y llega luego un escudero que se la quiere quitar y se torna pastor por ella. Una de las mas complicadas de estas églogas es la que se ejecutó ante el príncipe don Juan, primogénito de los reyes católicos, probablemente el dia de sus bodas. En ella se presenta el amor divirtiéndose en un soto vedado; sale un pastor y le amenaza; dispárale el pastor una flecha y cae el zagal herido; acuden otros dos á su socorro, y llegando despues un escudero, y preguntando qué es lo que tiene aquel infeliz, respóndele que mal de amores; y concluye uniéndose todos para cantar el Amor. Este, vanagloriándose de su fuerza y poder, tiene en el drama un razonamiento en extremo fácil y fluido: entre otras muchas cosas dice:

Yo pongo y quito esperanza,
yo pongo y quito cadena,
yo doy gloria, yo doy pena
sin holganza,
yo firmeza, yo mudanza,
yo deleites, yo tristuras
y amarguras,
sospechas, celos, recelos,
yo consuelo y desconsuelos,
yo ventura y desventuras.
Doy dichosa y triste suerte,
doy trabajo y doy descanso,
yo soy fiera y yo soy manso,
yo soy fuerte,
yo doy vida, yo doy muerte;
y cebo los corazones
de pasiones,
de suspiros y cuydados;
yo sostengo los penados,
esperando galardones.
. . . . . .
Hago de dos voluntades
una misma voluntad;
renuevo con novedad
las edades,
y agano las libertades;

si quiero, pongo en concordia
y en discordia;
mando lo bueno y lo malo;
yo tengo el mando y el palo,
crueldad y misericordia.

Escribió Encina todas sus églogas en versos cortos, é la de *Fileno* y *Zambardo* que está en coplas de arte, cuyo estilo y versificacion tienen mucho mérito, como se de ver por esta en que Fileno se queja de la crueldad querida.

La sierpe y el tigre, el oso y leon,
A quien la natura produjo feroces,
Por uso de tiempo conocen las voces
De quien los gobierna, y humildes le son;
Mas ésta, do nunca moró compasion;
Aunque la sigo despues que soy hombre,
Y soy hecho ronco, llamando su nombre,
Ni me oye, ni muestra sentir compasion.

He aquí una prueba de cómo manejaba el diálogo Ju Encina, y por ella se verá que no le faltaba gracia ni soltu

Escudero. Pastora, sálvete Dios.
Pascuala. Dios os de, señor, buen dia.
Escudero. Guarde Dios tu galanía.
Pascuala. Escudero, así haga á vos.
Escudero. Tienes mas gala que dos
de las de mayor beldad.
Pascuala. Esos que sois de cibdad
perchufais huerte de nos.
Escudero. Deso no tengas temor,
por mi vida, pastorcica;
que te hago presto rica,
si quieres tener mi amor.
Pascuala. Esas trónicas, señor,
allá para las de villa.
Escudero. Vente conmigo, carilla,
deja, deja ese pastor.
Déjale que Dios le vala:
no te pene su penar,
que no te sabe tratar,
segun requiere tu gala.
Mingo. Estate queda, Pascuala,
no te engañe ese traidor,
palaciego burlador;
que ha burlado otra zagala.

Tuvo Encina algunos imitadores durante su vida: fué uno de ellos un tal *Lucas Fernandez*, salamanquino, autor hasta ahora desconocido, del cual existen seis farsas impresas en Salamanca, año de 1514.

En una novela titulada *Cuestion de amor* se hallan tambien una égloga representada por aquel tiempo, y citada por Moratin en sus *Orígenes del teatro español*: en ella se encuentran versos de arte mayor, notables por su fluidez, de que son muestra los siguientes:

¡Oh grave dolor! ¡oh mal sin medida!
¡Oh ansia rabiosa, mortal de sofrirse!
Ni puede callarse, ni osa decirse
El daño que acaba del todo mi vida.
Mi pena no puede tenerse escondida,
La causa no sufre poder publicarse,
Ni para decirse, ni para callarse,
Ni entrada se halla, ni tiene salida.

Otras muchas composiciones de esta especie se representaron por entonces en los palacios de grandes y reyes; pero la obra mas importante que en la misma época vió la luz pública, fue la *Celestina*, uno de los monumentos de nuestra antigua literatura, donde ya el habla castellana se ostenta con toda su gala y lozanía.

No puede en rigor considerarse este libro como una obra dramática; ni es dable representarla á causa de su estension, ni su autor la compuso para que lo fuese: en realidad no es mas que una novela en diálogo. Pero si en conjunto le falta el requisito esencial de ser adaptable á la escena, en sus diferentes partes tiene todas las dotes que caracterizan el poema dramático, particularmente la viveza y propiedad del diálogo; de forma que si la *Celestina* no es una verdadera comedia, ha debido influir no obstante infinito en los progresos de nuestro teatro. Por causa de ella sin duda empezaron nuestros ingenios á dar mayor estension á la fábula y á enredar mas sus argumentos harto sencillos hasta entonces: se pasó de las églogas de Encina á piezas ya verdaderamente cómicas; pero en lo que se la tuvo sobre todo presente, fué en la pintura de los caractéres y en la forma del diálogo, cuya imitacion es visible en los dramas que la siguieron hasta Lope de Vega.

La *Celestina* es obra de dos autores, aunque no falta quien sostenga ser de uno solo, que escribió el primer acto como para prueba, y los demas mucho despues para completar la obra. Sin embargo, la opinion general atribuye el primero á *Rodrigo de*

Cota, el mismo que compuso el diálogo entre el viejo y el amor: en cuanto á los veinte actos que siguen, fueron escritos por *Fernando de Rojas* que lo declara así en unas coplas acrósticas que acompañan á la obra y cuyas primeras letras dicen: *el bachiller Fernando de Rojas acabó la comedia de Calixto y Melibea, é fué nascido en la Puebla de Montalvan.* El estilo y lenguage de las dos partes son iguales, y bien pudieran creerse de un mismo autor, aunque tal vez no es tan feliz en las pinturas la segunda como la primera. Sea de esto lo que fuere, el primer acto salio á luz algun tiempo antes con el nombre de comedia; y su continuador Rojas que dice haber hecho los veinte restantes en unas vacaciones de quince dias (rara facilidad por cierto) le dió el nombre de *Tragicomedia de Calixto y Melibea* por el fin desgraciado que tienen la mayor parte de los personages. La boga de esta obra fue tal, que en poco tiempo se hicieron de ella infinidad de ediciones, y se tradujo inmediatamente al francés y al italiano.

El argumento se reduce, en pocas palabras, á lo siguiente: Calixto y Melibea son dos jóvenes de buena familia: aquel quiere ciegamente á Melibea, mas no puede verla por estorbárselo la vigilancia de los padres. Aunque pudiera pedirla en matrimonio, se vale de una tercera llamada *Celestina*, que logra reducirla, empleando conjuros, y corrompiendo á los criados. Triunfa Calixto de Melibea: síguense á esto multitud de lances que cada vez se van haciendo mas trágicos. Celestina muere á manos de los criados de Calixto, por no querer partir con ellos sus ganancias; perseguido Calixto por los amantes de aquellos, que buscan gente para matarle, cae de una escala y muere; Melibea se arroja desde un terrado á la vista de sus padres.

Por este corto análisis se vé que la escena debe variar frecuentemente; y así sucede, no guardándose en esto regularidad alguna. Mas no es el plan el mérito que se debe buscar en este drama: la pintura de caractéres hecha con naturalidad y fuerza y una verdad admirable, la belleza de muchas descripciones, la gracia y los chistes de que abunda el diálogo, siempre fácil, natural y vivo; la hermosura del lenguage tan fluido y armonioso; tales son las dotes con que brilla esta composicion única en su especie; pues aunque muchos han tratado de imitarla, todos se han quedado muy atrás, y sus obras yacen olvidadas.

Desluce á veces el estilo la afectada erudicion (particularmente en la mitología) que muestran todos los personages, hasta los mas bajos é ignorantes; pero defecto era este de la época, y de él no podia Rojas eximirse. La verdadera falta que á nuestros ojos tiene la *Celestina*, es la inmoralidad: el objeto de los autores fue sin duda bueno, pues se propusieron alejar á los jóvenes de

un amor ilícito con la pintura de los males á que puede arrastrarlos; mas presentando á sus ojos cuadros repugnantes de inmoralidad, caractéres viles y perversos; poniendo, en una palabra, al descubierto toda la fealdad de las maldades humanas, no sé si consiguen mas bien depravar el corazon con el aliciente de los malos ejemplos, que escudarle contra el vicio por medio del escarmiento. De todos modos, es preciso guardarse mucho de una doctrina, á cuya sombra se convertiria el teatro en espectáculo de todas las maldades humanas; doctrina que, habiendo prevalecido no ha mucho, engendró esos monstruos de obscenidad y corrupcion que mancharon la escena, que alejaron de las representaciones á todas las personas honradas, y que por fortuna van desapareciendo.

Para muestra del estilo de la *Celestina*, pondremos aquí el siguiente diálogo, en que aquella vieja taimada empieza á seducir á *Melibea*.

Celestina. Pues si tú me das licencia, diré la necesidad y causa de mi venida.

Melibea. Dí, madre, todas tus necesidades, que si yo las pudiere remediar, de buen grado lo haré por el pasado conocimiento y vecindad, que pone obligacion á los buenos.

Celestina. ¿Mias, señora? Antes agenas, como tengo dicho: que las mias de mi puerta adentro me las paso, sin que las sienta la tierra, comiendo cuando puedo, bebiendo cuando lo tengo; que con mi pobreza jamás me faltó, gracias á Dios, una blanca para pan, y cuatro para vino, despues que enviudé, que antes no tenia yo cuidado de lo buscar, que sobrado estaba en un cuero en casa. Uno lleno y otro vacío. Jamás me acosté sin comer una tostada en vino, y dos docenas de sorbos, por amor de la madre, tras cada sopa. Agora, como todo cuelga de mí, en un jarrillo (mal pecado!) me lo traen, que no cabe dos azumbres. Seis veces al dia tengo de salir por mi pecado con mis canas á cuestas á le henchir á la taberna..... Ha venido esto, señora, por lo que decia de agenas necesidades y no mias.

Melibea. Pide lo que querrás, sea para quien fuere.

Celestina. Doncella graciosa y de alto linage, tu suave habla y alegre gesto, junto con el aparejo de liberalidad que muestras con esta pobre vieja, me dan osadía á te lo decir. Yo dejo un enfermo á la muerte, que con sola una palabra de tu noble boca salida, que la lleve metida en mi seno, tiene por fé que sanará, segun la mucha devocion tiene en tu gentileza.

Melibea. Vieja honrada, no te entiendo, si mas no me declaras tu demanda..... No cese tu peticion por empacho ni temor.

Celestina. El temor perdí, mirando, señora tu beldad: q puedo creer que en valde pintase Dios unos mas perfectos que otros, mas dotados de gracia hermosas facciones, sino para hacerlos, almac virtudes, de misericordia, de compasion, minist sus mercedes y dádivas, como á ti.

Melibea. Por Dios, sin mas dilatar, me digas quien es e liente.

Celestina. Bien ternás, señora, noticia en esta ciudad de ballero mancebo, gentil hombre, de clara sangr llaman Calixto.

Melibea. Ya, ya, ya, buena vieja, no me digas mas: n adelante. ¿Es ese el doliente por quien has hecl tas premisas en tu demanda? ¿Por quién has da dañados pasos, desvergonzada barbuda? ¿Qué siente ese perdido, que con tanta pasion viene locura será su mal. Quemada seas, alcahueta, hechicera, enemiga de la honestidad, causadora cretos yerros Jesú, Jesú, quítamela, Lucrecia, delante; que me fino, que no me ha dejado gota d gre en el cuerpo.

Celestina. (En hora mala vine acá si me falta mi conju pues, bien sé á quien digo. Ce, hermano, que se v á perder.)

Melibea. ¿Aun hablas entre dientes delante de mí, para ac tar mi enojo y doblar tu pena? Querias conder honestidad por dar vida á un loco; dejar á mí por alegrar á él, y llevar tú el provecho de mi p cion, el galardon de mi yerro; perder y destruir l y honra de mi padre, por ganar la de una vieja dita, como tú?

Celestina. Por Dios, señora, que me dejes concluir mi dich ni él quedará culpado, ni yo condenada; y verás es todo mas servicio de Dios; que pasos deshon mas para dar salud al enfermo, que para dañar l al médico. Si pensára, señora, que tan de ligero l de conjeturar de lo pasado nocibles sospechas, n tára tu licencia para me dar osadía á hablar cos ni á Calixto ni á otro hombre tocase.

Melibea. Jesú, no oiga yo mentar mas ese loco, salta-pa fantasma de noche, luego como cigüeña, figu paramento mal pintado, sino aquí me caeré m Este es el que otro dia me vió, y comenzó á d riar conmigo en razones, haciendo mucho del Dirásle, buena vieja, que si se pensó que ya en suyo y quedaba por él el campo, porque holgu de consentir sus necedades que castigar su quise mas dejarle por loco, que publicar su a miento...

Celestina. (Mas fuerte estaba Troya, y aun otras mas bravas he yo amansado: ninguna tempestad mucho dura.)
Melibea. Qué dices, enemiga? Habla que te pueda oir.

CAPITULO III.

ESFUERZOS HECHOS ANTES DE LOPE DE VEGA PARA ACLIMATAR EL TEATRO CLASICO.

Hemos visto en los capítulos anteriores, como la poesía dramática iba naciendo espontáneamente entre nosotros, sin tener cuenta con recuerdos de literaturas anteriores, y únicamente en virtud de la natural propension del hombre á las representaciones escénicas, propension que se manifiesta con breves y toscos ensayos aun en el estado de barbarie de las naciones, pero que se desarrolla rápidamente, y llega pronto á su perfeccion, cuando la civilizacion alcanza cierto grado de altura. Si hasta aquí solo se nos han presentado imperfectos ensayos, ya en la Celestina se descubre un gran génio dramático, y por los años que siguieron, la comedia fue haciendo rápidos progresos en Castilla, hasta que Lope de Vega y sus imitadores fijaron su suerte, dándole las formas que largo tiempo han prevalecido. Estas formas debian ser acomodadas al gusto de la época, y por consiguiente enteramente originales; pero como en aquella misma época gozaba de gran concepto la literatura antigua, como las grandes obras que habia dejado en todo género, desenterradas entonces del olvido, inspiraban sumo entusiasmo á los eruditos, estos que no pudieron menos de estudiar y admirar el teatro griego, hicieron esfuerzos por aclimatarlo en España, con tanto mayor empeño cuanto que veian que los ensayos dramáticos, que se hacian por otros, y á los cuales empezaba á acudir el pueblo, se alejaban harto del gusto de los antiguos, creyéndose en la obligacion de atajar los efectos del mal ejemplo que cundia. Trabóse por lo tanto una lucha entre lo que se llamó *uso antiguo y uso nuevo*; es decir: entre la imitacion de las tragedias antiguas hecha por hombres sábios que no se hacian cargo de las exijencias modernas y de la diferencia de tiempos y civilizaciones, y la grosera originalidad de los autores plebeyos que, si bien ignorantes, seguian por instinto el único camino que podia conducirnos á tener un teatro nacional. Daremos cuenta en este capítulo de los esfuerzos hechos por los mantenedores del uso antiguo, hasta que Lope ava-

salió el teatro é hizo triunfar el uso nuevo, desapareciendo aquel de todo punto: así nos desembarazaremos pronto de esta parte que es solo, por decirlo así, un episodio en nuestra historia dramática: y nos quedará espedito el camino para bosquejar bajo todas sus fases el teatro verdaderamente español.

Tratándose de imitar á los dramáticos antiguos, lo que mas fácil parecia era el traducirlos con ligeras modificaciones acomodadas al gusto moderno que no dejaba de influir aun en los mas apasionados á las literaturas griega y latina. Así sucedió, y la primera muestra que se conserva es la traduccion del *Anfitrion* de Plauto, hecha por Francisco de Villalobos, médico de Fernando el católico, de quien ya hemos hablado al tratar de los escritores en prosa. En prosa está tambien esta traduccion, y en un lenguage sumamente fácil y correcto, como se puede ver por el siguiente trozo de un soliloquio de Alcmena.

«Mas pasion me queda de la ida de mi marido, que placer me dió su venida; mas esto me hace bienaventurada, que á lo menos venció por batalla á los enemigos; y el volver él á su casa con mucha honra me dá consolacion. Sea de mi absente, con tal que alcanzada la gloriosa alabanza, se retraya á su casa. Yo sufriré mucho el absencia suya con fuerte y firme ánimo, pues que tal galardon se me dá, que vuelva mi marido vencedor de la batalla: esto habré yo por gran bien, porque la virtud es muy buen premio de los trabajos. La virtud, en verdad, á todas las cosas precede. La libertad, la salud, la vida, la hacienda, los padres, la patria, y los hijos, con la virtud se defienden y se guardan: la virtud contiene en sí todas las cosas: todos los bienes están en quien está la virtud.»

Esta comedia se imprimió por primera vez en Zaragoza año de 1515, y es la primera de nuestro teatro escrita en prosa. Ignórase si se representó; mas es de presumir que no, á no ser en presencia de personas instruidas; porque el vulgo de aquella época no conocia las fábulas del paganismo ni se podia interesar en ellas.

El ejemplo de Villalobos fué imitado por otros que se dedicaron á traducir las obras de Plauto y de Terencio. De todos estos ensayos, que sin duda serian muchos, se conservan *el Miles glorioso* y los *Menechmos* comedias de Plauto, traducidas por un anónimo, y cuyo estilo merece alabanza, como se puede ver por el siguiente trozo de la primera.

«No estás bien en los negocios, porque en la mala muger en el enemigo todo cuanto se gasta es perdido; pero con el huésped y con el amigo ganancia es lo que se gasta, y tengo por buena dicha topar con huéspedes de mi condicion á quien reci-

en mi casa: come y huelga y bebe conmigo, y alégrate de mi compañía: libre te es mi casa, y yo tambien soy libre; quiero gozar de mi libertad, porque por la misericordia de los dioses y por las riquezas que me concedieron, pude muchas veces casarme con alguna de muchas mugeres que se me ofrecieron de muy buena casta y con mucho dote; pero no quise meter en mi casa una gruñidera, con quien perdiese mi libertad.»

Este trozo parece escrito ahora, y el habla castellana, á juzgar por él, no habria desde entonces acá, ni en un ápice variado.

Pedro Simon de Abril, uno de nuestros mejores humanistas, tradujo, tambien en prosa, las seis comedias de Terencio, el *Pluto* de Aristófanes, y la *Medea* de Eurípides; pero, segun las apariencias, estas comedias no se pusieron en castellano para representarse. Solo las publicó el traductor como un trabajo útil á los que emprendiesen el estudio de la latinidad ó de la lengua griega: su intencion fue mostrar como debian verterse á nuestra lengua las gracias de los autores antiguos.

A estos ensayos, y á una imitacion de los *Menechmos* hecha por Juan de Timoneda, de quien luego hablaremos, se redujeron los esfuerzos de nuestros eruditos para aclimatar la comedia clásica. Se ve que limitados á la mera traduccion, ni siquiera intentaron ser originales en nada. Aunque no mas felices, mas osados fueron los que acometieron el género trágico: estos al menos procuraron inventar algo, tratando asuntos no tomados de los dramáticos antiguos. Si no tuvieron mejor éxito, á pesar del talento de algunos, fué porque el camino emprendido no podia conducirlos á buen resultado, y porque el genio dramático moderno necesitaba recorrer muy distintas vias que el antiguo.

Los autores trágicos españoles mas antiguos, de que tenemos noticia, son Vasco Diaz Tanco de Fregenal, Juan Boscan y el Maestro Fernan Perez de Oliva, que florecieron á principios del siglo XVI. El primero fué hombre sumamente laborioso, y escribió varias obras, de las cuales algunas se han publicado, pero la mayor parte están perdidas, por haber quedado inéditas. Asegura en el prólogo de su *Jardin del alma cristiana*, impreso en 1552 que compuso tres tragedias, tres comedias, tres farsas, y diez y siete autos. Los títulos de las primeras son *Absalon*, *Amon y Saul*.

Su pérdida es sensible, porque sus títulos anuncian que nuestro primer poeta trágico se lanzó ya á componer obras originales, y seria curioso ver hasta qué punto imitó en las formas los modelos de la antigüedad.

De la tragedia de Boscan nada se sabe, constando solo que existió por el privilegio dado para que se imprimiese.

Mejor suerte corrieron las tragedias de Oliva publicadas por su sobrino Ambrosio de Morales. Fueron dos, ambas escritas en prosa é imitadas del griego, con los títulos de *La venganza de Agamenon*, y *Hécuba triste*. Los asuntos de estas tragedias son harto conocidos; representando la primera la muerte de Clitemnestra por su hijo Orestes, y la segunda el sacrificio de Polixena sobre la tumba de Aquiles. No se sujetó Oliva á los originales, principalmente en la primera en que, á pesar de seguir á Sófocles, hizo bastantes alteraciones, procurando mas bien mostrarse imitador que traductor servil. Sus obras, con todo, serian de poco efecto teatral, contribuyendo á ello el estar escritas en prosa, género que no cuadra bien á la tragedia; pero esa prosa es bellísima y admira todavia por su elegancia. He aquí como se queja Electra, cuando se presenta por primera vez en el teatro.

«¡O tierra, ó aire, ó lumbres que en el cielo resplandeceis, testigos sois de mi llanto: decidme si sabreis hasta cuándo durará mi vida atormentada! Ya no hay gentes que no sientan mis gemidos, ni lugar de mi morada que no mane con mis lágrimas! Todos saben mis querellas, y nadie me da consuelo; mas ¿qué consuelo puede haber para mí, que estoy puesta entre tales dolores, quales son la muerte de mi padre y la vida de mi madre? Mi padre despues que venció á los troyanos en guerra de perdurable memoria, despues que esclareció su nombre, y estableció las cosas de la Grecia, al tiempo que venia á descansar en su casa, como al puerto de sus trabajos, donde por ellos fuese honrado, donde le sirviesen las gentes que fueron salvas por su esfuerzo y su consejo, la malvada de mi madre, con quien él queria comunicar su gloria, lo mató mientras él buscaba manera de ponerse una vestidura, que por su amor vestia. Y tú, Egisto vencido de sucio amor en que conversas con mi madre, le ayudaste hiriendo la cabeza de mi padre con hachas, á tal priesa, que el esfuerzo y fortaleza no hubiese lugar de hallar remedio. ¡O padre mio, en las crudas batallas, de do veniste vencedor, no hallaste peligro do murieses, y hállaslo en tu casa! No pudo enemigo tuyo quitarte la vida, y pudo tu muger.»

Y para muestra de cómo manejaba Oliva el diálogo trágico, pondremos la siguiente escena que es la última, cuando Orestes conduce á Egisto al suplicio.

Orestes. Asi merecen tales reyes en sus casas ser recibidos.
Egisto. De qué manera?
Orestes. De la que ves que tenemos, si sabes para qué se suelen sacar los puñales.
Egisto. Qué os he hecho yo, mancebos?

i. Mayores males que con tu vida puedes pagar.
Vosotros no temeis el castigo que habreis de los mios.
i. No es tuyo lo que hurtaste.
Agora conozco que tú eres Orestes, el cual si hubieses memoria de la virtud de tu padre, me habrias compasion.
s. Cuanto él fué mejor, mas tú mereces la muerte.
i. Hermano, no dilates la muerte de éste: y si por ventura cansaste tu brazo con la muerte de tu madre, dame ese puñal, que yo con él en un momento le daré mil heridas.
s. No es este el lugar donde ha de morir, quiero que le matemos do él mató á nuestro padre, porque viendo que de él se toma allí venganza, le sea la muerte doblada.
i. Llevadme, pues, presto: que no hay mayor tormento que la vida con hora determinada de morir.
s. Esa es otra cosa porque no mueres tan presto: queremos primero atormentarte con dejarte pensar el estado en que te hallas.
i. Dadme presto la muerte, pues la vida no me quereis dar: mirad que el don que os pido, á los enemigos no se suele negar.
a. Nunca Egisto demandó cosa con tanta razon como la muerte, segun la tiene merecida. Tú, hermano, no se la niegues: mas antes cumple esta su voluntad cuan presto pudieres; pues que presto la fortuna suele quitar sus buenas ocasiones. Vé, pues, á cumplir esta tan justa venganza, que yo y esta mi compañía te seguiremos.
s. Ten, Pílades, de ese otro brazo, llevaremos á este do reciba el galardon de su merecimiento.
i. Corona, estados y señorios, lazos que sois de la muerte, quedáos agora á escarnecer los otros hombres, que conmigo habeis ya hecho vuestro oficio.»

unque no hay gran calor en esta escena, los pensamientos obles y adecuados. Sin embargo, ya en Oliva se descubre la n de nuestros poetas á retruécanos, como aparece en este de la *Hécuba triste*.

ena. Qué es esto, madre que lloras con tan tristes gemidos? Qué quieren estos hombres armados?
a. Vienen, hija, por tí. O hija triste, á que tálamo te han de llevar!
ena. Cómo! dí madre, entre tantas desventuras me quieren casar?
ba. Sí, hija Polixena, á donde nunca me veas.
ena. El esposo quién es, á donde está?

Hécuba. Está con los muertos.
Polixena. Ay madre mia! con hombre muerto me quieren
Hécuba. Sí, hija mia, con muerto, muerta te quieren c

Este último rasgo prueba que el autor no estaba libr sabios de mal gusto.

Juan de la Cueva, en su «*Ejemplar poético,*» habla de Mal-Lara como uno de los mejores poetas dramáticos de s po, llamándole *Menandro español* y añadiendo que compu *jedias mil*, lo cual no quiere decir que fueron mil trajedi muchas. Deberíamos, pues, incluir á Mal-Lara entre nuestr mitivos poetas trájicos, pero sus obras no han llegado á r y no podemos juzgar qué grado de perfeccion alcanzaria género. Sin embargo, si atendemos á que el mismo Cuev que Mal-Lara alteró el uso antiguo, conformándose con el m á la voga que lograron sus obras entre el público que asi su tiempo al teatro, deberemos creer que las obras de e critor no fueron verdaderas trajedias, á pesar de que les dé este nombre y que habria en ellas muy poca imitac teatro griego. Como quiera que sea Mal-Lara nació en S en el primer tercio del siglo XVI; cursó en su patria la fi concluidos sus estudios pasó á visitar las principales capi universidades del reino, y de regreso á su patria, se dedic señar humanidades, teniendo por discípulos á los mas c literatos sevillanos. Se ignoran las demás circunstancias de da y el año de su muerte ocurrida en edad avanzada. En s *losofía vulgar*, impresa en 1588, cita una trajedia de *A* escrita por él; una comedia titulada *Los celosos*, otra en castellano con nombre de *Locusta*, siendo estos los únicos que se saben de tantas obras dramáticas como compuso.

Hasta aquí la trajedia española se habia arrastrado, p cirlo así, entre la humilde prosa, y en pos de la imitacion antiguos: pero en breve adquirió mayor osadía; acometió a modernos y de propia invencion, llamó en su auxilio á la y tal vez llegára, perfeccionándose, á correr mejor suerte, haberla ahogado en su cuna la comedia novelesca, único g dramático que tuvo el privilegio de excitar el entusiasmo pú

El primer autor que encontramos manejando un asunto derno, y escribiendo en verso, es el padre Gerónimo Bermu la órden de Santo Domingo, el cual publicó dos trajedias t das: *Nise lastimosa* y *Nise laureada*. Era Bermudez natu Galicia: despues de haber profesado, fué catedrático en la U sidad de Salamanca, y vivia aun en 1589. Publicó dichas con el nombre supuesto de Antonio de Silva, imprimié Francisco Sanchez en 1577. La *Nise laureada* se funda so

interesante argumento de doña Ines de Castro, que despues ha sido vuelto á tratar en castellano, y puesto en escena, bajo diferentes formas en casi todos los teatros de Europa. El nombre de *Nise* no es mas que el anágrama de *Ines*, y la obra en su marcha está perfectamente ajustada á los modelos griegos, introduciéndose en ella hasta el córo de los antiguos que toma parte en el diálogo con los demas interlocutores. El plan es sumamente sencillo, y la catástrofe se verifica en el cuarto acto, reduciéndose el quinto á pintar el dolor y la desesperacion del príncipe, al saber la muerte de su amada. Sin duda están desperdiciadas muchas bellas situaciones á que pudiera dar lugar tan interesante argumento; pero no era posible exigir mas en aquella infancia del arte: en medio de su escaso artificio, la accion está bien seguida y ordenada.

Para la versificacion eligió Bermudez el verso suelto, no solamente en el endecasílabo que lo admite, sino tambien en muchos versos cortos que no se pueden desprender del socorro de la rima ó del asonante. El mismo endecasílabo no sufre su falta, sino á fuerza de esmero en la versificacion, y de un arte infinito en los córtes, para producir variedad y armonía. Desgraciadamente los versos de Bermudez, aunque tiene dotes de aventajado poeta, suelen ser flojos y descuidados; y el arte de los cortos en esta clase de metros no estaba entonces bastante adelantado, para que su empleo dejase al fin de aparecer cansado. No obstante, hay trozos bellos, principalmente por la sensibilidad de que da pruebas el poeta en toda su composicion. El siguiente, sacado de la escena en que Ines está en presencia del rey, implorando su perdon, es digno de notarse por la suavidad y ternura, y por aquella naturalidad que tan pronto abandonaron nuestros escritores cómicos con el afan de hacer ostentacion de sutil ingenio.

Doña Ines.

Amigos,
Venid tambien vosotros: á tal punto
No me dejeis: pedid misericordia,
Pedid misericordia por aquesta
Tan inocente cuanto desdichada;
Llorad el desamparo de estos niños,
Tan tiernos y sin madre.—Mis amores,
El padre veis aquí de vuestro padre;
Aquel es vuestro abuelo y señor nuestro:
La mano le besad: á su clemencia
Os entregad, pedidle que la emplee
En esta vuestra madre, cuya vida
Os vienen á robar.

Coro.

¿Quién puede verte
Que no se ablande y llore?

Doña Ines.

Señor mio,
Esta es la triste madre de tus nietos,
Estos son hijos de aquel hijo tuyo,
Legítimo heredero de tu reino;
Esta es aquella triste muger flaca
Contra quien vienes de crudeza armado.
Aquí, señor, me tienes: tu mandato
Bastaba solo para que aquí, donde
Agora estoy, sin falta te esperára,
En tí y en mi inocencia confiada.
Todo ese estruendo de armas y caballos
Pudieras escusar; porque no huye
Ni teme la inocencia de frontarse
Con la justicia. Y ciertamente cuando
Mis pecados y culpas me acusáran,
A tí fuera á buscar, á tí tomára
Por valedor y amparo. Agora veo
Que, tú me buscas; veo tus reales
Y piadosas manos, pues quisiste
Por tí mismo informarte de mis culpas.
Como buen rey, señor, las mira y juzga
Como clemente y justo, como padre
De tus buenos vasallos, á los cuales
Jamás piedad negaste con justicia
¿Qué ves en mí, señor, que ves en esta
Que á tus manos se viene tan segura?
¿Qué furia, qué ira es esta con que vienes
Como contra enemigos capitales,
Que tu reino anduvieran abrasando?
Yo temo, señor mio, temo y tiemblo
De verme aquí, delante tu grandeza,
Muger moza, inocente, sierva tuya,
Sola, sin compañía y sin abrigo
Que de tu saña grande me defienda.
Señor, tu acatamiento me embaraza
La lengua y los sentidos, pero puedan
Estos niños, tus nietos defenderme:
Por tí, si tú lo oyes, hablan ellos;
Aunque con lengua no, porque no pueden;
Háblante con sus almas preciosas,
Con sus edades tiernas te dan voces,
Con su sangre, que es tuya, y su cuita

Te está piedad pidiendo; no les niegues
Lo que tan justamente, señor, piden.
Tus nietos son que nunca visto habias;
Y agora que los ves ¿quitarles quieres
La gloria y el placer que allá en sus almas
De verte les está Dios revelando?...

xiste en portugués otra trajedia sobre el mismo asunto de
le Castro, escrita por Antonio Ferreira, y tan semejante á
Bermudez que forzosamente debe la una ser imitacion de la
¿Quién fué el imitador? Este punto no está todavía suficien-
ıte aclarado, aunque se cree que la trajedia original debió
portuguesa.
ermudez escribió otra trajedia que no es mas que la segunda
de *Nise lastimosa*, pues se reduce á la venganza que to-
on Pedro contra los matadores de Inés. Tan bello como era
imer asunto, tan mal elegido fué el segundo; y el poeta lo
todavía mas con atrocidades que no pueden sufrirse en la
ıa, como la de sacar á Coello y Pacheco en el mismo teatro
orazones, al uno por la espalda y al otro por el pecho: así es
a obra se resintió de ello, siendo la *Nise laureada* harto in-
r á su hermana. Sin embargo, se encuentran en ella trozos
s de versificacion, y citaramos el siguiente, como muestra de
s cortos sueltos, apesar de lo cual son fluidos y cantables.

¡O corazones
Mas que de tigres!
¡O manos crudas
Mas que de fieras!
¡Cómo pudistes
Tan inocente
Tan apurada
Sangre verter!
¡Ay que su grito,
O Lusitania,
O patria mia,
Ay, que su grito
Desde la tierra
Rompe los cielos,
Rompe las nubes,
Rompe los aires,
Trae las llamas
Del celo vivo,
Trae los rayos
Del vivo fuego,
Que purifica

Toda la tierra
Contaminada
Con la crudeza
Que cometiste! &c.

Uno de nuestros mas famosos poetas líricos, Lupercio Leonardo de Argensola, escribió tambien tres trajedias con los títulos de *la Isabela*, *la Alejandra* y *la Filis*, que Cervantes alaba mucho como sujetas á todas las reglas del arte, y que segun su testimonio, merecieron, cuando aparecieron en la escena, el general aplauso: prueba, añade el mismo Cervantes, de que se podia agradar al público, sin necesidad de los disparates que escribian los autores de su tiempo. Esta asercion de ingenio tan esclarecido, y el ser aquellas tragedias obra de un poeta que á la buena versificacion reune el sano juicio y un gusto bastante depurado, hicieron llorar por muchos años su pérdida, hasta que á fines del siglo anterior se descubrieron la *Isabela* y la *Alejandra* que se hallan impresas en el tomo sesto del *Parnaso español*. Desvanecióse entonces la ilusion, y la fama de Argensola recibió rudo golpe con la publicacion de sus dos trajedias que, en vez de obras clásicas, parecieron á todos dos mónstruos indignos de la escena: así se las juzgó entonces, y así se las juzga todavía, guiándose sin duda los críticos por la impresion y autoridad de los primeros fallos, que hasta hicieron brecha en la opinion de Cervantes como hombre de buen gusto,

Creemos, sin embargo, exagerados, aunque muy en su lugar y conformes á su época, estos dos juicios, así el favorable de Cervantes, como el adverso de los modernos. Aquel y estos juzgaron con arreglo al estado del teatro en sus respectivos tiempos. No es estraño que el autor del Quijote alabase las obras de Argensola, donde se descubrian muchas dotes poéticas, comparándolas con los mónstruos que veia representar; y los críticos de á fines del siglo pasado, que todo lo miraban al través del prisma de la literatura francesa, y que llamaban tambien delirantes á nuestros grandes dramáticos, no podian juzgar favorablemente unas trajedias que, á la verdad, no tienen de tales mas que el nombre y las atrocidades que en ellas se cometen; pero si se atiende á la corta edad de veinte años en que Lupercio las escribió, á las bellezas poéticas de que abundan, al acierto con que muchas veces está manejado el diálogo, y por último á que el arte se hallaba en su infancia, no será justo despreciarlas tanto; siendo al contrario de sentir que este poeta abandonase tan jóven una carrera para la cual mostraba felices disposiciones, y en que sin duda la edad y su buen gusto hubieran rectificado sus primeros extravíos.

Aunque comprendemos las trajedias de Argensola entre las

imitadas del antiguo, se advierte ya en ellas, sin embargo, aparta y no poco de sus modelos, así en los argumentos en el modo de manejarlos, y no sin razon pudiéramos tam- haberlas dejado para incluirlas entre las obras de Juan de la y de Virués que pretendieron modificar el uso antiguo con vo. Los argumentos son inventados por el autor, y no toma- los griegos, entran en la índole de las ideas modernas, y manejados con mayor complicacion y artificio, habiendo s en la versificacion toda la variedad de metros que usa- dramáticos posteriores; de suerte, que estas obras están y lejos de la sencillez y del espíritu griego. En la Isabela a lucha de las pasiones humanas con los rígidos principios eligion. Una jóven linda y virtuosa que resiste á su tirano re por su amor y su religion, era asunto el mas propio pa- buena trajedia. En la Alejandra se trata de restablecer rono de sus mayores al hijo de un rey, cuya corona ha urpada por un tirano, y en cuya corte vive desconocido el ro legítimo. Semejantes asuntos se prestaban al interés dra- ; pero Lupercio los cargó de incidentes extraños, amontonó ertes de un modo absurdo y atroz; y de esta suerte hizo sus nsufribles en el teatro para espectadores cultos.

lenguaje y la versificacion merecen, no obstante, elogios pureza, la correccion y la elegancia, aunque no siempre hay acion necesaria y el estilo suele decaer en humilde y bajo, por el contrario otras veces demasiado lírico. Sirva de a este monólogo de Isabela.

Noche triste, deseada
Para descansar los moros,
A los cristianos pesada,
Pues con suspiros y lloros
Has de ser solemnizada.
Con justa causa la luna
Esconde su blanca cara,
Sin dar claridad alguna,
Por no mirar la fortuna
Que contra nos se prepara.
Tú, Ebro, que te apresuras
Con tus aguas enturbiadas,
En cuyas olas murmuras
Nuestras glorias ya pasadas
Y presentes desventuras;
Como cuando de trofeos
Sus aguas turbias y fieras
Adornaban los caldeos,
Llorando por las riberas
Los ya vencidos hebreos;

Cuyos mudos instrumentos
En los árboles colgados,
Algunos de sus acentos
Eran solo frecuentados
De los importunos vientos.
Tales verás tus cristianos
En los nudosos cordeles
Puestas las cruzadas manos,
Sujetos á los infieles
Y bárbaros africanos.....
Vuelve, pues, Padre clemente,
Los ojos á nos; y mira
Del tirano rey la ira,
Y á tu perseguida gente
Lo que debe hacer inspira.

En el siguiente trozo se vé que Argensola no ign modo de manejar con facilidad el diálogo.

Audalla.

A no tener de tu piedad recelo,
Dijera... pero temo...

Alboacen.

¿Qué?

Audalla.

No sea
Mi daño.

Alboacen.

No será: dilo.

Audalla.

Direlo;
Direlo y ya que á mí no se me crea,
Esta carta verás.

Alboacen.

¿Cúya es?

Audalla.

De un hombre
Que no menos que yo tu bien desea.

Alboacen.

¿Quién es?

Audalla.

Es un cristiano.

Alboacen.

¿Tiene nombre?

Audalla.

Si tiene: mas por ser amigo tuyo
Es bien que claramente no se nombre.

Alboacen.

Pues no me precio yo de serlo suyo:
Que siempre de traidores á sus reyes,
Y mas de los que son secretos, huyo.

Audalla.

¿Guardarás esa ley?

Alboacen.

¿Pues no? Las leyes
Igual hacen al rico y al que labra
La tierra con el yugo tras los bueyes.

Audalla.

Léela si te sirves.

Tiene energía el trozo de la *Alejandra* en que Rémulo y Ostiescubren á Orodante que es el rey legítimo y le excitan á la ganza de su padre.

Ostilo.

¡O dichoso mancebo, en el cual veo
Estar resplandecientes las virtudes
De nuestro ya difunto Tolomeo!
Los dioses hoy te llaman, no lo dudes:
Agora es menester que astutamente
Procures de ayudarte y nos ayudes.
Nosotros dos, en nombre de la gente
A tu bien y servicio congregada,
Te juramos por rey solemnemente.

Orodante.

Amigos, cuya fé tengo guardada
Acá dentro del alma, mi persona
En vuestras manos pongo asegurada.

Rémulo.

Con ellas te daremos la corona
Que ciñe la cabeza del tirano,
Cuyo furor á nadie no perdona.
Agora es menester que con la mano
Que le diste la copa tantas veces,
El corazon le arranques inhumano;
Y lleva en la memoria que te ofreces
A vengar á tu padre Tolomeo,
A quien en nombre y ánimo pareces.

Orodante.

Yo juro por el cielo y sol que veo,
Que tengo de hacer copa donde beba
De la cabeza y sangre de Acoreo.

Rémulo.

Pues porque mas, señor, te encienda y mueva,
La sangre de tu padre mira agora,
Que quiere de tu mano hacernos prueba:
Aquí delante de tu padre mora
Esta sangre: venganza pide á voces
De aquella mano bárbara y traidora.
Paréceme que dice: «¿No conoces,
¡Ay hijo, que esta sangre te ha engendrado?
Castiga ya los ánimos feroces.»

Orodante.

¡Ay sangre derramada! ¡Ay sangre fria!
Muy presto así vereis la de Acoreo.
Sino pudiere ser, será la mia.

Entre los ensayos hechos en aquella época para producir alguna obra con sujecion á las reglas clásicas, debe contarse la trajedia de *Elisa Dido* de Virués, escrita espresamente con semejante intento, y mucho mas parecida á las trajedias griegas que las de Argensola. De ella hablaremos mas tarde; cuando tratemos de este autor, que figura entre los que quisieron hermanar el uso antiguo con el nuevo; y que si bien dió igualmente el título de trajedias á sus restantes composicioues, á todo se parecen menos á lo que suele entenderse por este nombre. Se vé pues, cuán pocos progresos hizo entre nosotros el sistema clásico, cuya vida fué de corta duracion, arrastrando una existencia raquítica y endeble. Echó tan pocas raices, que aun los que le cultivaron se apartaban de él sin sentirlo, y ya sus últimos frutos no conservan de las producciones antiguas sino el nombre. Todo conspiraba á crear un teatro de índole enteramente nueva y marcado con un fuerte sello de nacionalidad. Tiempo es ya de que veamos los progresos de este teatro.

CAPITULO IV.

Bartolome de Torres Naharro.

Acabamos de ver los esfuerzos que se hicieron para aclimatar en España el teatro clásico; y el deseo de hablar en un solo capítulo de todos los escritores que lo intentaron, ya traduciendo ó imitando el teatro griego, ya procurando ser originales aunque con sujecion á las formas antiguas, nos ha llevado hasta fines del siglo XVI, es decir, hasta que Lope de Vega empezó á florecer y á dominar la escena. Pero en aquel mismo siglo, y durante el periodo que hemos recorrido en el capítulo anterior, brillaron otros muchos dramáticos de mas ó menos fama, que merecen ser conocidos, porque ellos son los que antes de Lope abrieron la senda en que este célebre escritor se lanzó á ojos cerrados, asegurando el triunfo del nuevo sistema con su fecundidad y portentoso ingenio.

Al propio tiempo que Villalobos traducia el Anfitrion, y que Diaz Tanco componia sus perdidas tragedias; mucho antes que se publicasen las de Perez de Oliva, que aunque escritas por los

años de 1520, solo salieron á luz en 1585; Bartolomé de Torres Naharro hacia representar en Roma varias comedias españolas, que con el título de *Propaladia* imprimió juntas en Nápoles, año de 1517. Ignóranse casi todas las circunstancias de la vida de este escritor: solo se sabe que nació en la Torre, pueblo cerca de Badajoz; que estuvo cautivo en Argel; que habiendo sido rescatado, pasó á Roma donde residió casi toda su vida; que fue presbítero, y estuvo al servicio de Fabricio Colona, general del Papa, sin que conste el dia ni el lugar de su fallecimiento. Entre la publicacion de las obras de Encina y la *Propaladia* pasaron solo veinte años, y aun pudieron estos dos ingenios conocerse personalmente, puesto que Encina estuvo en Roma por los mismos años que Naharro, y publicó allí su *Tribajia* en 1521, mereciendo al Papa grandes distinciones. Naharro, debió, pues, leer las obras de Encina y aun escribió en su género un diálogo entre dos peregrinos sobre el nacimiento de Nuestro Señor. Sin embargo, hay una distancia inmensa entre las églogas de Encina y las comedias de Naharro, en las cuales ya el arte dramático se presenta con grandes adelantos y muy superior á lo que entonces, y aun mucho despues, se mostro en España.

Torres Naharro no se contentó con imprimir sus comedias, sino que las acompañó de un prólogo, en que presenta los preceptos de la poesía dramática segun él los entendia; y no deja de ser notable este documento, puesto que en él señala su autor clara y distintamente la diferencia que existe entre la tragedia y la comedia; indica la division en cinco actos, como division necesaria, añadiendo que él llama á los actos *jornadas*, «porque (dice) mas parecen descansadores que otra cosa;» fija el número de personas que deben entrar en una comedia desde seis hasta doce, para «que ni sean demasiadas que engendren confusion, ni tan pocas que parezca la fiesta sorda;» y añade despues los siguientes preceptos:

«El decoro de las comedias es como el gobernalle en la nao; el que el buen cómico debe siempre traer ante los ojos: es decoro una justa y decente continuacion de la materia; conviene á saber: dando á cada uno lo suyo; quitar las cosas impropias; usar de todas las legítimas, de manera que el siervo no haga ni diga actos de señor, ni á converso, y el lugar triste entristecello, y el alegre alegrallo con toda la advertencia y modo posible.»

Torres Naharro distingue dos géneros de comedia: «comedia á *noticia*, y comedia á *fantasia*: á noticia se entiende de cosa docta y vista en realidad de verdad; á fantasia de cosa fantástica ó fingida, que tenga color de verdad, aunque no lo sea.»

Por último, divide la comedia en dos partes: á saber, *introito* y *argumento*; de donde se introdujo la costumbre, tomada de los an-

tiguos, de hacer preceder el drama de una loa ó prólogo que sirviese de esposicion.

Ocho son las comedias de Torres Naharro que están impresas: la *Serafina*, la *Himenea*, la *Aquilana*, la *Calamita*, la *Soldadesca*, la *Tinelaria*, la *Jacinta*, y la *Trofea*. Las cuatro primeras pertenecen al género novelesco; las tres siguientes presentan unos verdaderos cuadros de costumbres, y la última no es mas que un elogio, puesto en accion, de las conquistas en Africa y la India de don Manuel, rey de Portugal: en ella se introducen personages alegóricos y mitológicos, como son la *Fama* y *Apolo*. De suerte que Naharro fue el inventor de los tres géneros en que despues se ha dividido la comedia entre nosotros: tambien se advierte que conocia el teatro antiguo, particularmente las comedias de Plauto y Terencio, que hubo de tener presentes hasta en el modo de titular las suyas; pero aunque en algunas observó las unidades, por permitirlo la sencillez de su argumento, no asi en otras; de donde se infiere que, si bien conocia las reglas, no hizo empeño en observarlas.

En las comedias novelescas de Naharro se advierte ya el gérmen de lo que llegó á ser nuestro teatro, cuando vestido de mas ricas galas, ofreció á los entretenidos espectadores una série de galanteos, lances y enredos, amenizados con bellos versos, lenguage culto, gran copia de chistes y mezcla indistinta de lo sério con lo jocoso. En prueba, daremos aqui una idea del argumento de la *Himenea*, aunque es la menos complicada de todas, pero tambien la mas regular en su accion. Principia la comedia presentándose Himeneo, que es el galan, rondando la calle de su amante, acompañado de sus criados; y en un diálogo con uno de ellos entera al público de su amor, de sus proyectos y de los obstáculos que encuentra. Retírase y sale el Marqués, hermano de Febea, que seguido de su gente, se pone á guardar la casa cuidadoso del honor de su familia. Esto forma la materia del primer acto.

En el segundo vuelve Himeneo con música. Febea se asoma á la ventana y se pone á hablar con su amante, quien le pide una cita para la siguiente noche. Retírase al rayar el dia; pero es descubierto por el Marqués y su criado, que se proponen sorprenderle á la hora de la cita.

El tercer acto es enteramente episódico é inútil, sin mas objeto que cumplir con el precepto de las cinco jornadas, y se invierte todo en amores de criados y pages.

El cuarto se supone á la noche siguiente. Vuelve Himeneo y se introduce en la casa, dejando en la calle á sus criados, que en vez de estar vigilantes, se entretienen diciendo graciosidades, hasta que viene el Marqués con los suyos: echan entonces

á correr, tirando las armas y una capa por la que son conocidos, y el hermano entra furioso en su casa, resuelto á lavar su agravio en la sangre de los dos amantes. Con efecto, en el quinto acto se presenta á su hermana y le dice que se ponga bien con Dios, que va á dejar de existir: pero sale Himeneo, declara quien es, pide la mano de Febea, y concluye la comedia en casamiento, y con un villancico que todos cantan en alabanza del amor.

Se ve, pues, en medio de su sencillez, cuánta distancia hay de esta comedia á las églogas de Juan del Encina. Esta es ya una verdadera obra dramática.

Para dar una idea de las comedias de costumbres de este autor, insertaremos aquí la crítica que hace Moratin de la *Tinelaria*. Dice así;

«La escena es en Roma en casa de un cardenal. La accion se reduce á que sus criados, con lo que hurtan, comen y gastan y viven en la mayor disolucion y abandono. Al acabar la primera jornada se van á almorzar; la tercera se gasta toda en comer; en la quinta cenan y se emborrachan. Desde el primero al último de los personages (que llegan á veinte y dos) todos son ladrones, glotones, borrachos, maldicientes, blasfemos, provocativos y disolutos. El autor acudió al arbitrio infeliz de introducir diferentes idiomas para animar el diálogo; uno habla en latin, otro en frances, otro en italiano, otro en valenciano, otro en portugues y los demas en castellano. Esta gregueria poliglota, y el número excesivo de personages que pone á un tiempo en escena, producen una confusion intolerable. A pesar de tantas nulidades, no deja de hallarse uno ú otro pasage escrito con inteligencia.»

Las comedias de Torres Naharro están escritas en verso octosilabo con su quebrado de cuatro, y rimas cruzadas. La versificacion es fácil y armoniosa, maneja la lengua con maestría, y el diálogo, generalmente vivo y animado, está sembrado de refranes y chistes oportunos. A veces decae en chocarrero y bajo, pero con frecuencia se eleva y toma el tono de la verdadera comedia. Hay en él trozos y escenas que parecen escritos por Lope ó Calderon, prueba de que la índole española propendia al género que perfeccionaron estos ilustres escritores. Sirvan de egemplo los siguientes versos que dice Himeneo á su dama en el primer acto:

Guarde Dios, señora mia,
Vuestra graciosa presencia,
Mi sola felicidad;
Aunque es sobrada osadía,
Sin tomar vuestra licencia,
Daros yo mi libertad.

Pero en mi primer miraros,
Tan ciego de amor os ví,
Que cuando miré por mí,
Fue ya tarde para hablaros,
Hasta agora,
Que de mí sois ya señora.
Habéisme muerto de amores,
Y dejaisme aqui en la plaza,
Donde publique mis yerros;
Como aquellos cazadores
Que desque matan la caza,
La dejan para los perros.
Donde quiera que me halle,
Diré siempre que es mal hecho;
Pues yo vos guardo en mi pecho,
Vos me dejais en la calle.
¡Bien me viene
Que sin culpa muera y pene!

mpoco se encuentran en ninguna comedia nuestra versos enos de gracia y fluidez que los siguientes, sacados de la *nita.*

Quien ha de tomar múger,
Tome la mas escondida
Para su seguridad,
La que en virtud y bondad
Fuere criada y nascida:
La mucho en mucho tenida
Por hermosa
Esta diz que es peligrosa;
La muy sabida, mudable;
La muy rica, intolerable;
Soberbia la generosa:
La cumplida en cualquier cosa
Y acabada,
Menos que todas me agrada;
Porque segun mi pensar,
Mala cosa es de guardar
La de todos deseada.

Y quién no creerá de otra época en que el arte estuviese ya adelantado, el siguiente diálogo entre Himeneo y Febea, do aquel solicita de esta una cita?

'ebea. Bien me podeis perdonar:
Que cierto no os conocia.
Himeneo. ¿Pues me teneis en olvido?
'ebea. En otro mejor lugar
Os tengo yo todavia,
Aunque pierdo en el partido.

Himeneo. Yo gano tanto cuidado,
Que jamás pienso perdello,
Sino que con merecello
Me parece estar pagado;
Pues padezco
Menos mal del que merezco.
Febea. Gran compasion y dolor
Hé de ver tanto quejaros,
Aunque me place el oiros;
Y por mi vida, señor,
Querria poder sanaros
Por tener en qué serviros.
Himeneo. Oxalá pluguiera á Dios
Que quisiéreis cuál podeis;
Porque mis males cureis,
Que esperan á sola vos.
Febea. Bien quisiese
Que en mí tal gracia cupiese.
Himeneo. Esa y todas juntamente
Caben en vuestra bondad;
Pues os hizo Dios tan bella;
Pero de esta solamente
Tengo yo necesidad,
Aunque soy indigno de ella.

Este autor ofrece ya muestras de las escenas entre criados que tan comunes fueron despues, y en las cuales se ban estos tan extrañas libertades. Parece ya oir hablar á u do de Moreto, cuando en la *Serafina* se halla el siguiente d

Leoncio. Señor, no te desesperes;
Que de todo lo que fundo,
La peor gente del mundo
Somos hombres y mugeres.
Floristan. Por tu fé, pues que te obliga
La voluntad que te tengo,
Si delante della vengo,
¿Qué será bien que le diga?
Leoncio. Si no recibes fatiga,
Pues consejo me pediste,
Dime qué le prometiste
El tiempo que fue tu amiga.
Floristan. Tú sabrás, sin que te mienta,
Que le vine á prometer
De tomarla por muger,
Cuando ella fuese contenta;
Quiso mas vivir exenta
Que no servirse de mí,
Lo cual yo le requerí
De una vez hasta cincuenta.

ncio. Por eso no hayas temor:
De aquí á ciento y un año,
Pues no te quiso su daño,
Viva con este dolor:
Mas respóndeme, señor,
¿Consumiste el matrimonio?
ristan. Y aun consumí el patrimonio,
Que ha sido mucho peor.
ncio. Pues alégrame ese gesto;
Harás mejor de advertir
Si hay algo por consumir,
Y consumámoslo presto.
. . . . . .
Escucha mi parescer;
Ella te manda buscar
Y buscará todavia
Yo digo que bastaria
Que te dejases hallar;
Y con buen disimular
Llegarás á ver que quiere,
Y entonces como dijere
Tú le podrás replicar.
Mas vé con tal discrecion,
Y acuérdate siempre desto:
Que no te vea en el gesto
Lo que va en el corazon:
Que mugeres cuantas son
Son vivas como centellas;
Que en ver que penan por ellas
Luego toman presuncion.

r último, pondremos aquí el diálogo entre un soldado y
ile, tomado de la *Soldadesca*, para que se vea á un mismo
) la clase de chistes de que usaba Naharro, y la libertad
: usaba hablando de lo que entonces se miraba con gran
ıcion.

ado. ¿Qué habrar?
No os podeis pobre llamar
Donde á mí, padre, no veis;
Id con Dios á trabajar,
Que buenos cuartos teneis.
ile. A mi ver,
Mal haceis en me correr:
Que si bien quereis sentir,
Harto trabaja el comer
Quien lo tiene que pedir.
lado. ¡Ay dolor!
Escuchad, padre y señor,
¿Quién vos dice aquí el contrario?

Mas estaros ya mejor
La pica que el fabulario.

Fraile. Ciertamente
Ya Dios, el mundo y la gente
Desprecian nuestros afanes;
Y era poco inconveniente
Renunciar los balandranes.

Soldado. ¿Son hurtados?

Fraile. No, sino muy bien ganados,
Y no con poco dolor.

Saldado. Juguémoslos á los dados,
Aquí sobre este tambor.

Fraile. Bien haria;
Pero á vos no se daria
La culpa de tal pecado.

Saldado. Dejaros de hipocresía;
Buscad, señor, un ducado:
¡Cómo qué!
No vais vos contra la fé
Del resto, bien que pequeis:
Luego yo os absolveré
Cuantas veces vos querreis;
Y os aviso
Que Dios no quiere ni quiso
Que vivais vos de donaires,
O penseis que el Paraiso
Fue hecho para los fraires.

CAPITULO V.

Estado del teatro Español hasta Lope de Rueda.

Las comedias de Torres Naharro presentan ya el teatro español desde su primer paso á una altura tal, que de seguir así, hubiera llegado en breve á su mayor perfeccion; pero lejos de progresar, mas de treinta años despues de la publicacion de aquellas comedias, encontramos todavia nuestra escena en el estado de la infancia, muy atrás de lo que la dejó aquel insigne escritor, y á tal punto, que Lope de Rueda le tuvo que dar nuevo impulso, creando, por decirlo así, otra vez nuestra poesía dramática. Torres Naharro, á pesar de la insigne muestra que dió, no tuvo influencia alguna en ella, lo cual no es extraño, puesto que, como ya hemos visto, sus comedias se representaron y dieron á luz en Italia; y aunque se imprimieron tambien en Sevilla en 1520, sufrieron muchas mutilaciones por parte de la Inquisicion, y tanto ellas como las que se escribieron á imitacion suya, quedaron prohibidas. A esto se debe añadir, por una parte

el estado político de la nacion, y por otra la falta de teatros donde la Talia española se pudiese presentar con decoro.

Las comedias de Torres Naharro, impresas en Nápoles en 1517, y trasladadas á España en 1520, coincidieron con los principios del reinado de Cárlos V, reinado de grandeza y de nobles hechos militares que imprimieron á la nacion un espíritu mas bien guerrero que literario. Cierto es que durante este reinado, empezó nuestra nacion á sobresalir en las letras, y adquirió la lengua española la perfeccion que hemos visto. Entonces fue cuando se hizo en la versificacion castellana la revolucion que llevaron tan felizmente á cabo Boscan, Garcilaso, Mendoza y otros insignes poetas; pero esta literatura puramente erudita, ninguna relacion tenia con el teatro, cosa en que nadie pensaba, siendo los espectáculos favoritos de la época justas y torneos á que el emperador era sumamente aficionado, y que hacia ejecutar con pompa nunca vista. Los grandes, pues, y toda persona rica y distinguida, ó solo conocian estas suntuosas y peligrosas diversiones, ó no pensaban mas que en las famosas guerras con que llevaban la gloria del nombre español á los confines del mundo antiguo y á los desiertos del nuevo. Si por acaso se ocupaban algunos de literatura, era para estudiar la latina y la italiana; pero en ellos no existia siquiera la idea de un teatro nacional, dejando esta clase de diversion al pueblo bajo que la disfrutaba en las calles ó en humildes corrales. La falta de una córte fija hacia que esta no pudiese influir en la mejora de la escena, ni en los progresos de la literatura dramática; y solo en el reinado de Felipe II en que ya la córte quedó de asiento en Madrid, tuvo esta villa teatros, construyéndose los de la Cruz y del Príncipe por los años de 1580. El carácter de este rey, menos guerrero que su padre, procuró á España mas sosiego, siendo mayor el movimiento literario, y creciendo en estremo el número de nuestros poetas y oradores; pero su genio adusto, la intolerancia que profesó, y el rigor con que trató de apoyar ciertas ideas, coartaron el impulso dado; y el teatro, sobre todo, hubo de resentirse de su sistema melancólico y sombrío. Crecia no obstante extraordinariamente en el pueblo la aficion á los espectáculos escénicos: multiplicábanse las compañías de cómicos, celebrábanse las farsas, compuestas la mayor parte por los mismos representantes, y el número de estos y su licencia hubieron de llegar á tal punto, que el religioso monarca consultó á los teólogos sobre si era ó no lícito el oficio de histriones, prohibiendo de sus resultas en 1598 la representacion de las comedias que no volvieron á ser permitidas hasta despues de su fallecimiento que acaeció muy en breve. De consiguiente, despreciada la escena española por los buenos ingenios que entonces florecian, fabando-

nada de las clases altas que solo pudieran darle elevacion y decoro, perseguida por el gobierno que la miraba como cosa profana, no es de estrañar que anduviese tan decaida, y adquiriese los vicios de la plebe á que estaba esclusivamente entregada. El vulgo no podia apreciar las bellezas puramente literarias; buscaba un solaz acomodado á sus ideas y á su gusto; y por lo tanto solo le agradaban tres cosas: ó acciones novelescas en que se reprodujesen las aventuras é ideas de los libros de caballerías; ó fábulas ingeniosas que le entretuviesen con enredos y lances imprevistos, ó farsas que excitasen su risa con bufonadas groseras y hasta con acciones y dichos indecentes. De este modo la dramática española fue adquiriendo caractéres propios ó vicios si se quiere; pero si no brillaba, por la cultura, sobresalia por su originalidad; y como el pueblo nunca dejó de dominar en esta clase de espectáculos, aun cuando los llegasen á honrar despues las clases mas elevadas, conservó los mismos caractéres y vicios; igual desarreglo en las formas, igual tendencia novelesca, y aquella mezcla de sério y jocoso que era condicion indispensable para agradar á tales espectadores.

Por la clase de estos, sobre todo en un principio, se puede colegir cómo se hallaria la parte material de la escena. No hay mas que oir la descripcion que hace Cervantes en el prólogo de sus comedias, de lo que era un teatro, segun lo vió en su niñez, y cuando ya Lope de Rueda le habia dado mas decoro. Dice así:

«En tiempo de este célebre actor español, todos los aparatos de un autor de comedias, se encerraban en un corral, y se cifraban en cuatro pellicos blancos, guarnecidos de guadamecí dorado, y con cuatro barbas y cabelleras, y cuatro calzados, poco mas ó menos. Las comedias eran unos coloquios, como églogas, entre dos ó tres pastores y alguna pastora. Aderezábanlas ó dilatábanlas con dos ó tres entremeses, ya de negro, ya de rufian, ya de bobo, y ya de vizcaino; que todas estas cuatro figuras y otras muchas hacia el tal Lope con la mayor excelencia y propiedad que pudiera imaginarse. No habia en aquel tiempo tramoyas, ni desafios de moros y cristianos, á pie ni á caballo. No habia figura que saliese del centro de la tierra por lo hueco del teatro, el cual componian cuatro bancos en cuadro, y cuatro ó seis tablas encima, con que se levantaba del suelo cuatro palmos; ni menos bajaban del cielo nubes con ángeles ó con almas. El adorno del teatro era una manta vieja, tirada con dos cordeles de una parte á otra, que hacia lo que llaman vestuario, detrás de la cual estaban los músicos, cantando sin guitarra algun romance antiguo.»

Igual pintura hace el representante Agustin de Rojas en su *Viaje entretenido*, donde se dan noticias muy curiosas acerca del primitivo estado de nuestra escena.

Digo que Lope de Rueda,
Gracioso representante,
Y en su tiempo gran poeta,
Empezó á poner la farsa
En buen uso y órden buena;
Porque la repartió en actos.
Haciendo introitos en ella,
Que ahora llamamos loa,
Y declaraban lo que era,
Las marañas, los amores,
Y entre los pasos de veras,
Mezclados otros de risa,
Que porque iban entremedias
De la farsa, los llamaron
Entremeses de comedia;
Y todo aquesto iba en prosa
Mas graciosa que discreta:
Tañian una guitarra,
Y esta nunca salia fuera,
Sino adentro y en los blancos,
Muy mal templada y sin cuerdas:
Bailaba á la postre el bobo,
Y sacaba tanta lengua
Todo el vulgacho embobado
De ver cosa como aquella.
Despues como los ingenios
Se adelgazaron empiezan
A dejar aqueste uso,
Reduciendo los poetas
La mal ordenada prosa
En pastoriles endechas:
Hacian farsas de pastores
De seis jornadas compuestas,
Sin mas hato que un pellico,
Un laud y una vihuela,
Una barba de zamarro,
Sin mas oro ni mas seda;
Y en efecto, poco á poco
Barbas y pellicos dejan,
Y empiezan á introducir
Amores en las comedias,
En las cuales ya habia dama,
Y un padre que aquesta cela;
Habia galan desdeñado,
Y otro que querido era,
Un viejo que reprendia,
Un bobo que los acecha,
Un vecino que los casa,
Y otro que ordena las fiestas;
Y tambien dentro de un saco

Habia barba y cabellera,
Un vestido de muger,
Porque entonces no lo eran
Sino niños.

Este lastimoso estado del teatro provenia principalmente de que las compañias cómicas eran todas ambulantes, y cuando llegaban á un pueblo se establecian dónde y cómo podian, siendo los espectadores poco escrupulosos en esto con tal que les diesen un rato de solaz. Al fin se establecieron los teatros fijos, siendo los primeros los de Valencia, Sevilla y Madrid.

Colocamos primero el de Valencia, porque con efecto, precedió á todos, y aun debe decirse que los valencianos fueron tambien los primeros que cultivaron en España la poesía dramática. Los coloquios que todavia se representan en las calles de aquella poblacion en ciertas festividades, ascienden á una remotísima antigüedad; y consta que por el mes de abril de 1384, se representó en el palacio real, en lengua lemosina, una tragedia titulada: *L' hom enamorat y la fembra satisfeta,* cuyo manuscrito existe, escrita por Mosen Domingo Mascó, consejero del rey don Juan I, obra que se anticipó en veinte años á la alegoría del marqués de Villena, y en un siglo á las églogas de Juan del Encina. Consta tambien que en 1526 existia ya el teatro de Valencia como establecimiento perteneciente á un hospital, es decir, que precedió en mas de 60 años á los de la córte, siendo fecundísimo en ingenios. El de Sevilla fue tambien anterior á estos últimos, brillando con no pocos autores, entre los cuales sobresalieron el ya citado Mal-Lara, y Juan de la Cueva que en tantos géneros se ejercitó, y de cuyas obras dramáticas hablaremos á su tiempo.

Entre Bartolomé de Torres Naharro y Lope de Rueda, podemos citar algunos autores y varias obras, cuya enumeracion servirá para completar la idea que hemos dado del teatro español en aquella época.

Cristóbal de Castillejo, poeta de quien ya hemos hablado en otra ocasion, como el enemigo mas acérrimo que tuvo el sistema de versificacion italiana introducido por Boscan, y que en su género tenia gracia, donaire y soltura, compuso tambien varias comedias que se han perdido, y acerca de las cuales no hay sino muy escasas noticias, diciendo los pocos autores que las citan que eran excelentes, aunque bastante lascivas. Castillejo manejaba la lengua mejor que Naharro, le aventajaba como versificador, y el chiste que se advierte en sus obras conocidas induce á creer que no serian despreciables sus comedias, lo cual hace muy sensible su pérdida. Moratin habla de una farsa de este poe-

ta, titulada *Constanza* que existia manuscrita en la biblioteca del Escorial, pero que ha desaparecido.

De autores menos conocidos existen algunas obras dramáticas citadas por Moratin, don Juan Colon, y otros, los cuales apuntaremos aqui rápidamente.

Varios autos, como el de *Pedro de Altamira* sobre la aparicion de Jesus á sus discípulos: el de *Estéban Martinez*, sobre *cómo fue concebido San Juan*; el de *Juan Pastor* que trata del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo; los de *Ausias Izquierdo Zebrero* sobre nuestra salvacion y un milagro de la Vírgen del Rosario; y los de *Gil Vicente*, poeta portugués, que escribió tambien en castellano, una comedia y varios diálogos.

Jaime de Huete escribió la comedia *Tesorina*: *Francisco de las Navas* la *Tidea*; ambas prohibidas por la Inquisicion, y *Feliciano de Silva* la *Segunda Celestina*.

La Tragicomedia de Calixto y Melibea fue puesta en verso por *Pedro Manuel de Urrea* y por *Juan de Sedeño*.

Juan Pastor y *Andrés Prado* dejaron algunas farsas.

En fin, de autores anónimos existen: dos comedias llamadas *Hipólita* y *Serafina* en estremo desagradables é indecentes; un acto del *bautismo de San Juan Bautista*; una farsa sobre el *matrimonio*; la comedia *Orfea*; la tragicomedia alegórica del *Paraiso y del infierno*; las farsas llamadas *Custodia de los enamorados*, y *Josefina*, prohibidas por la Inquisicion; la tragicomedia de *Lisandro* y *Roselia*; la tragedia *Policiana*, y varios coloquios.

De todas estas composiciones no citaremos sino algunos trozos del auto de Altamira y de las comedias de Gil Vicente; el primero porque es curioso ver lo que era un auto en aquella época, y las segundas por el mérito particular de su autor.

En el *Auto de la aparicion que Nuestro Señor Jesucristo hizo á los dos discípulos que iban á Emaus*, un ángel hace el prólogo, diciendo cuanto ha de verse en la representacion: Lúcas y Cleofás van camino de Emaus, hablando de la muerte de Jesucristo, de su vida admirable, de su doctrina y sus milagros; pero dudan no obstante si será el Mesías prometido. Cristo se les aparece en figura de peregrino, y van en su compañía discurriendo sobre el mismo propósito. Uno y otro admiran la sabiduría y elocuente persuasion del peregrino, y llegando á Emaus, le convidan á cenar. Este auto está escrito en versos de arte mayor, y en el siguiente pasage, que sirve de desenlace, podrá verse una muestra de su buen estilo y versificacion.

Lúcas.

Hasta en la forma de la bendicion,
Señor, tú pareces el Santo Jesú.

Cleofás

Algun señalado varon eres tú
Que tanto le imitas en conversacion.

Lúcas.

La gran soledad, la pena y pasion
Que por él tenemos, en solo mirarte,
Paresce que amansa. Rabí, tú nos parte
El pan con tus manos de consolacion.

Peregrino.

Tomad.

Lúcas

¿Tú no miras que bien parescia
El pan en su córte que está rebanado?

Gleofás

Verdad es por cierto, é ansí está quebrado
Segun como el nuestro maestro partia.

Lúcas.

¡El es!

Cleofás.

¡Buen Jesus!

Lúcas.

¡Mi bien!

Cleofás.

¡Mi alegría!

Lúcas.

¡Maestro!

Cleofás.

¡Buen padre!

Lúcas.

¡Mi dulce señor!

Cleofás.

¡Mi Dios y mi gloria!

Lúcas.

¡Mi buen redentor!

Cleofás.

¡Mi firme remedio!

Lúcas.

¡Esperanza mia!

Cleofás.

¡Oh dulce consuelo de desconsolados!

Lúcas.

¡Oh gozo gozoso de nos afligidos!

Cleofás.

¡Oh firme remedio de nos ya perdidos!

Lúcas.

¡Amparo suave de desamparados!

Cleofás.

Pedímoste, padre, por tierra postrados,
La tu bendicion.

(*Cristo los bendice y desaparece*).

Lúcas.

Pues qué, ¿ya te vas?

Cleofás.

Señor, ¿ya nos dejas?

Lúcas.

¿Qué es esto, Cleofás?

Cleofás.

¡Qué gozos excelsos!

Lúcas.

¡Y cuán señalados!

Cleofás.

¿Por qué nos has, padre, tan presto dejad

Lúcas.

¡Oh gloria! ¿tan presto desapareciste?

Cleofás.

¿Por qué los tus rayos tan presto escondis
¿Dó queda tu cuerpo tan glorificado?

Lúcas.

Agora te digo que verificado
Está nuestro bien con mucha firmeza.

Cleofás

¡Oh padre! Perdona la nuestra dureza,
Que tanto dudamos ser resucitado.

Lúcas.

¡Oh alto misterio!

Cleofás.

¡Oh dulce vision!

Gil Vicente, célebre representante y poeta portugués, f
tor de muchas piezas cómicas en su lengua y en castellano.

ale á componerlas su hija Paula, insigne actriz, que fué en iempo admiracion de Lisboa, no menos por su ingenio felicísi- y sus gracias y hermosura, que por su conducta honesta y uosa.

En su comedia del *Viudo* lamenta aquel su triste estado del lo siguiente.

Esta desastrada vida
¿Qué perdiera yo en perdella
Desque al mundo fué venida?
Pues amara y dolorida
Es toda mi parte della.
Que perdí muger tan bella
Como estrella,
Y pues triste me dejó,
¡Muriera mezquino yo
Y no ella!
Pluguiera á Dios que cupiera
La suerte suya por mia:
Pues quedé, que no debiera,
Robada mi compañera,
Consumida mi alegría.
Vida sin tal compañía,
Que jamás seré, cuitado,
Noche y dia,
Me dá tan triste cuidado,
El que solia.
Alegre con mi algría
Con mi tristeza lloraba;
Pronta á cuanto yo queria,
Amaba lo que yo amaba:
Toda su casa mandaba
Y castigaba
Sin de nadie ser oida,
Ni de persona nacida
Profazaba.
En el punto que partiste
No debiera quedar yo;
Porque la vida que es triste
Mas muere quien la resiste
Que el muerto que la dejó.
Á aquel Dios que la llevó
Pido yo
Muerte luego por finida,
Pues la gloria de mi vida
Ya pasó.

Un compadre del viudo, por el contrario, se duele de que viva nuger, diciendo:

Cuando con ella casé
Hallé, norabuena sea
En ella lo que os diré.
Cuando bien, bien la miré,
Vile un rostro de lamprea,
Una habla á fuer de aldea,
Y de Guinea
El aire de su meneo:
Cuanto mas se pon de arreo
Está mas fea.
—Oh calla, no digas eso,
Que es mucho gentil muger,
—No le vísteis el avieso:
Si pone el blanco tan grueso,
¿Que diablos habeis de ver?
. . . . . .
Si algo estó de placer,
Dice, qué yerba he pisado;
Triste, quiéreme comer:
Yo no me puedo valer;
Así me trae asombrado.
Y si trayo á mí cuñado
Convidado,
Muéstrame un ceño tamaño,
Que me hace andar un año
Renegado.
. . . . . .
Y con todas sus traviesas,
Está tan llena de vida,
Que con dos bombardas gruesas
Ni con lanzadas espesas
Será en vano combatida.

Un don Rosbel que se ha enamorado al mismo tiempo dos hijas del viudo, Paula y Melicia, se introduce en su c el disfraz de criado. Halla la ocasion de declararse, y au pronto se enfadan las hermanas, conviénense por último se case con una, echando suertes. Gana Paula, y tiene Ro te rasgo verdaderamente cómico.

Heme aquí en otra muerte:
Cual por Paula, peno yo
Por Melicia.

De este apuro vino á sacarle un hermano suyo que buscando por el mundo, al cual dice:

Toma esta por muger;
A mi me darás la vida,
Y ternás muger nacida
A tu placer.

lrecien venido consiente sin titubear y se celebran las bodas.
ebemos hacer aquí mencion de una joya literaria que acaba
quirir la Biblioteca Nacional, y que se debe considerar como
e los monumentos mas preciosos para la historia de nuestro
. Es un códice de letra del siglo XVI que comprende una
ion de noventa y cinco piezas dramáticas anteriores á Lope
ga. Por desgracia faltan las primeras hojas, y no se sabe
hizo esta coleccion, ni de donde se sacaron las composicio-
i quienes fueron sus autores; pues todas son anónimas, ex-
una que está firmada por el maestro *Ferruz*. Las mas de
mposiciones llevan el nombre de autos, las restantes el de
, pero tanto estos como aquellos giran sobre asuntos sagra-
nsistiendo la diferencia en que los autos versan sobre ar-
itos sacados de la sagrada escritura, y las farsas son por lo
l alegorías. Solo existe un entremés con el título de las *es-*
Todas estas obras son de corta estension, y tienen corto
io dramático: distínguense muchas no obstante por la natu-
l del diálogo, y á veces por su gracia cómica. Esta colec-
nsancha extraordinariamente nuestros conocimientos relati-
os orígenes del teatro español, pues nadie hasta ahora ha-
do noticia de ella, y la Biblioteca Nacional ha tenido este
allazgo en la librería del difunto don Antonio Pórcel, sien-
raño que persona tan ilustrada no lo hubiese antes dado á
r. D. Eugenio Tapia, bibliotecario mayor, que era á la sa-
izo este servicio á la literatura dramática, habiendo publi-
para muestra dos autos, uno en prosa y otro en verso, de
e citaremos algun trozo.
auto en prosa tiene por asunto *Los desposorios de Moisés*
ro *La residencia del hombre*. Los dos principian esplicando
umento en verso. Dice el primero:

Aquí os traeré á la memoria,
Si acaso atencion se tien
Para que se entienda bien,
Una divinal historia
Del gran profeta Moisen.
Trata de cuando huyó
De poder de Faraon
Porque á un egipcio mató,
Y como á Madian llegó
Do le avino otra quistion.

Y es que como caminaba
A pié, un pozo topó,
A do bebió y apagó
La sed grande que llevaba,
Y á descansar se llegó.
Pues dos doncellas vinieron
A aqueste pozo á abrevar
Sus ganados, y estorbar
Dos villanos les quisieron
El agua que querian dar.
Pues cómo Moisen lo vió,
A los villanos ha echado
Del pozo muy enojado,
Y á las mozas ayudó
A dar agua á su ganado.
Y acabado de abrevar,
Vánse á su padre Getron,
Y cuéntanle la quistion;
Getron las torna á enviar
A que llamen tal varon.
Pues siendo Moisen venido,
Getron le ha las gracias dado,
Y para guardar ganado
El Getron le ha recibido,
Y con su hija desposado.
Esta representacion
Será la que aquí harán:
Pues para ello prestarán
La sosegada atencion,
Y las faltas suplirán.

Dice el segundo:

Generosa compañía
Cristiana y devota gente,
A quien honra y vida aumente
Con quietud, paz y alegría
Nuestro Dios omnipotente:
Aquí os traemos un dechado
De muy hermosa pintura,
A donde el autor procura
Mostrar al vivo pintado
El bien á toda criatura.
El cual es que el hombre humano
Sale á acusar su conciencia
En la muy real audiencia
De nuestro Dios soberano
Do se da justa sentencia.

Y el mísero pecador,
Como vé que el bien se tarda,
Mientras la sentencia aguarda.
Nombra por procurador
A su Angel de la Guarda.
Solo os piden atencion,
Muy generosos señores,
Autor y recitadores;
Con el benigno perdon
Si hobiere faltas ó errores.

Los *Desposorios* principian con un monólogo de Moisés ó ien, que en seguida tiene el siguiente diálogo con el *bobo*, per- ge obligado en casi todas estas composiciones.

en. De Dios me ha venido este villano. ¡Ola! ¿á quién digo? Sicás, hombre soy, y seré, y lo tengo de ser, y vengo de casta de sello, para irme á esas Boloñas sin sofrir que una mochacha golosa, raida, desvergonzada me esté á mí echando impodios é imponiendo nombres.

n. Veni acá, buen hombre; reportaos un poco.
Déjeme v. m. que vengo ensañado con un demoño de una rapaza que mi amo Getron en casa tiene.

n. ¡Qué! Getron es vuestro amo?
A pró y honra suya.

n. Cubríos, hermano.
No haré en verdad: beso las manos de v. m.

n. Cubríos.
Beso las manos de v. m.

n. Cubríos, y decidme si fuéredes servido, cómo es vuestra gracia.
Yo, señor, llámome á merced de su mandado y para pró y honra de todos los buenos, Estevan Sanchez Merino de Alvarado, hijo legítimo de Juan Anton Merino, y de Olalla Lopez de Alvarado la Papuda, que Dios perdone, y criado lealísimo de Getron mi amo, por mar y por tierra.

. Por muchos años y buenos. ¿Pues á do caminais con ese cántaro?
Yo se lo diré á v. m. ¿Cómo es su nombre?

. Yo Moisen me llamo.
Pues mire v. m. señor, Moisen me llamo, en casa de mi amo hay una mochacha golosa, perezosa, dormilona, chismosa, parlera, bellaca, para poco. ¿Cuántas tachas he dicho?
No sé: como ocho ó nueve.
No, no, errado me hé, que novecientas y tantas bellaquerías son las que tiene.

s notable que los *Desposorios* es el auto de *La residencia de e*. En él vemos el origen de los autos de Calderon, redu-

ciendo á drama un pensamiento moral ó cristiano, ó los mismos misterios de la fé, con la personificacion de cuanto existe en el mundo real ó intelectual: en este son los personages ó *figuras*, como dice el original, la justicia, la misericordia, la conciencia, el Angel de la Guarda, el hombre, Lucifer, el mundo, la carne. Está todo en quintillas, con una versificacion fácil y fluida. No podemos menos de citar la escena en que el Demonio, el Mundo y la Carne, como testigos, deponen ante el tribunal de Dios contra el hombre, y este se arrepiente. Dice asi:

Diablo. Justicia, yo soy venido
Para mi dicho decir,
Y si pudiera huir,
Y no fuera compelido
Procurára no venir.
Mas á tu divinidad
Escusarme no pretendo,
Cuanto mas que sé y entiendo
Que diciendo la verdad
Al hombre ni á nadie ofendo.
Sé que el hombre no ha cumplido
Cosa que Dios le ha mandado,
Antes del vicio vencido,
De contínuo á Dios no ha amado
Sino siempre le ha ofendido.
Sé que sus fines é intentos
Es pecar y mas pecar,
Qruebrantar y traspasar
Los divinos mandamientos,
Sin pensar de se enmendar.
Sé que por lo cometido
Contra Dios supremo, eterno,
Tiene muy bien merecido
Muchas veces el infierno,
Segun lo que le ha ofendido.
Sé que aquesta es la verdad,
Y que no merece el hombre
Que haya Dios de él piedad:
Y lo firmo de mi nombre,
Y que soy mayor de edad.

Mundo. Lucifer ha daclarado,
Toda verdad sin mentir,
A mí no hay que me pedir,
Sino es lo que se ha olvidado:
¿Qué habré yo aquí de decir?
Que es la forma de aficion
El gran deseo de hacienda;
La soberbia y presuncion

En el hombre tan horrenda,
Que á nada tiene atencion.
La honra del poseer
La furibunda cubdicia
Del presumir y tener,
La miserable avaricia
Al tiempo de disponer.
Lo cual todo testifico
Sin pretension de interés,
Y lo firmo y certifico,
Y si necesario es
En ello me ratifico.

irne. Yo la carne que quedé
La postrera á declarar
Aun no soy de desechar,
Que hartos pecados sé
Que puedo testificar.
Porque son tantos los males
Que el hombre trata y entiende
Tan feos y desiguales,
Que no busca ni pretende
Sino deleites carnales.
Sobrepuja su malicia
A todas formas de penas,
Porque se encarna y envicia
En las mugeres agenas,
Y las procura y cobdicia.
Pues si de testificar
Hubiese sus torpedades,
Sin respeto del lugar,
Diria carnalidades
Aun indignas de escuchar.
Baste que está ya probado
Que no hay vicio que no asombre,
Ni género de pecado,
Donde no se halle el hombre
Enteramente culpado.
Y si aquesta informacion
No basta para que luego
Haya ejemplar pugnicion,
¿Para qué es infierno y fuego
Y tormentos y pasion?

ngel. Agora es el tiempo, hermano,
En que puedes remediarte,
Y entiende quel condenarte
Está debaxo tu mano,
Y en la misma está el salvarte.
Que si con fé y contricion
Confiesas cuanto has pecado,
Con dolor de corazon,

En gracia serás tornado
Mediante la absolucion.
Y pues que estás en presencia
De la Divina Justicia,
Vuelve sobre tu conciencia,
Limpia y purga tu malicia,
Y ternás por tí sentencia.

Hombre. Y dígame hora, señor,
Si yo agora me confieso
Con contricion y dolor,
¿Se deshará ese proceso
De mi culpa y de mi error?

Angel. No solo se deshará,
Pero del no habrá memoria,
Y tu conciencia estará
Gozosa por la vitoria,
Que por tí conseguirá.

Hombre. ¡Y qué! ¿aquestos no ternán
Mas prohidia contra mí,
Ni mas me perseguirán?

Angel. Antes de envidia de tí
Con gran vergüenza se irán.

Hombre. ¡Oh mi Dios y mi señor!
Tu pasion sea bendita,
Sufrida con tanto amor,
Por ella ruego me quita
Mis pecados y mi error.
Yo confieso mi maldad
Con dolor de corazon,
Y pido á tu Magestad
Alcance de tí perdon,
Por tu sagrada piedad.
Confieso que cuanto aqui
Han depuesto los testigos,
Todo, Señor, lo hay en mí,
Que aunque son mis enemigos
Dicen verdad; pasa ansí.
Confieso que te he ofendido
Como torpe encenagado,
En vicios siempre metido,
Y que no hay mortal pecado
Que no haya cometido.
Protesto, Señor, vivir
En tu fé que es verdadera;
Protesto, señor, seguir
Tu soberana bandera,
Y en tu santa fé morir.
Y pues que ya la discordia
Entre mí y mi conciencia
Se ha vuelto en paz y concordia,

Justicia, pido sentencia
Con toda misericordia.
ordia Justicia, ya el pecador
Va en guia de salvacion
Para salir del error,
Tiniendo este dia atencion,
Debe cesar el rigor.
Para hombre semejante
Que está en semejante estado,
Dios hoy en manjar sea dado,
Porque se esfuerce y levante
Para salir del pecado.

SENTENCIA.

En el pleito litigado
Entre el Hombre y su conciencia,
Habiendo visto y mirado
La fé y entera creencia
Con que el Hombre ha confesado;
Y mirando el fin é intento,
Y la caridad y amor
Con quel sumo Hacedor
Hoy se nos da en sacramento,
Para el bien del pecador;
Y vista aquella agonía
Y la firme contricion
Con que el Hombre á Dios pedia
Misericordia y perdon,
Y lo que pedir debia;
Cristi nomine invocato,
Fallamos que pertenece
Gloria al hombre, y que merece
Perdon de su desacato,
Y que á estar en gracia empiece.
Mandamos sea comulgado
Para la paga y descuento
Del cometido pecado,
Y quel santo sacramento
Para su bien le sea dado.
Dámosle por libre y quito
De aquesta condenacion;
Pues con limpio corazon,
Humilde, manso y contrito,
Ha hecho su confision.
Y debémosle absolver
De la justa acusacion,

Y mandámosle tener
Firmeza en el corazon
Para mas perfecto ser.
Y á la Conciencia exortamos
Le ande siempre remordiendo,
Industriando y persuadiendo;
Y ansina lo pronunciamos
Pro tribunali sedendo.

CAPITULO VI.

Lope de Rueda.

Cortos eran los progresos que en el primer tercio del siglo XVI habia hecho nuestra poesía dramática, segun se ha podido ver en lo que va dicho ahora. Torres Naharro, casi desconocido, podia reputarse como un escritor extrangero que por de pronto no tuvo influencia alguna en esta clase de literatura; y el teatro español se hallaba todavia realmente sin crear, cuando apareció Lope de Rueda que es á quien debe apellidarse su verdadero padre.

Lope de Rueda nació en Sevilla á principios del siglo XVI, y ejercitó primero el oficio de batidor de oro; pero llevado de su aficion á representar, abandonó ese modo de vivir, y se hizo cómico y autor de comedias: formó una compañía de la cual era el alma, como posteriormente sucedió al célebre Moliere; y con ella recorrió las principales poblaciones de España, recogiendo en todas numerosos aplausos. Cervantes y Antonio Perez que le vieron representar, hacen de él grandes elogios. Floreció desde el año 1544 en que se dió á conocer, hasta el de 1567 en que probablemente fallecería. Su muerte ocurrió en Córdoba; y una prueba del aprecio en que se le tuvo, aun por las clases menos afectas á su profesion, es que el cabildo de aquella catedral mandó se le enterrase entre los dos coros. Siglo y medio despues, y en época y en nacion que se decian mas ilustradas, se negaba la sepultura al gran poeta francés que mas arriba hemos citado.

De Lope de Rueda se conservan cuatro comedias, siete pasos, todo en prosa, dos coloquios tambien en prosa, y otro en verso. En esta última forma compuso muchos, pero se han perdido, debiéndose la conservacion de aquellas obras á Juan de Timoneda amigo del autor, que las recogió y publicó en Valencia en 1567.

Las obras de Lope de Rueda son de tres clases. Coloquios

entre pastores, á la manera de las églogas de Juan del Encina, escenas cortas que él llamaba pasos entre pages, rufianes, matones y otros personages que Lope representaba con suma perfeccion; y verdaderas comedias en que con mas ó menos perfeccion, se desenvolvia un argumento, á veces complicado. En esto se ven los progresos que en manos de este escritor hizo nuestra escena. Empezó tomando el teatro en el estado en que lo dejára Juan del Encina, y en el que le tenian los farsantes de su tiempo; pero adquirió despues mas alta idea de su arte, ora con el estudio de la *Celestina* que inflamaria su talento, ora con la lectura de las comedias de Torres Naharro que no podrian menos de caer en sus manos. Por una parte parecen estas haber sido el modelo de las suyas, puesto que pertenecen al mismo género novelesco, y estan mezcladas en ellas las escenas serias y jocosas; por otra no puede menos de haber ejercido en él algun influjo la *Celestina*, por cuanto introdujo la novedad de escribir las comedias en prosa, sin embargo de que era buen poeta. Tambien prueban sus composiciones que hubo de mejorar la parte material del teatro, puesto que una de ellas es comedia de mágia, que aunque pobre en esta parte, no hubiera podido ejecutarse permaneciendo la escena en el estado en que la pinta Cervantes.

Creemos no poder dar una idea mas completa del mérito de este autor que copiando aquí el resúmen que don Alberto Lista hace de sus buenas prendas y de sus defectos. «Vemos, dice, primero, que conservó al drama de cierta estension el carácter novelesco, impreso por Torres Naharro: segundo, que mejoró notablemente é hizo progresos muy apreciables en la descripcion de los caractéres, bien que la mayor parte de los vicios que censuró eran los de la gente valadí: tercero, que introdujo la notable innovacion de escribir las comedias en prosa, en lo cual no fué imitado sino de muy pocos de sus sucesores: cuarto, que inventó la comedia de mágia, lo que seguramente citamos como un hecho histórico, pero no como una parte de su elogio: quinto, que era excelente poeta, y que sabia pintar y escribir en verso tan bien como en prosa: sesto y último, que fué un padre de la lengua; prescindiendo de sus sales y gracias cómicas y de la viveza de su diálogo, por la pureza y correccion sostenida de su frase, por la verdad de la expresion que siempre se nota en ella, y por la armonía y fluidez de su estilo; dotes en que antecedió al inmortal Cervantes, en tiempo, no en mérito. Solo añadiremos, en obsequio de la verdad, que Lope de Rueda, aunque mucho mas casto y urbano que Torres Naharro, no siempre es tan limpio como la moral y el decoro exijen. Tal vez es obsceno y grosero, no solo en las expresiones, sino tambien en el pensamien-

to: defectos de que poco á poco se fue purgando nuestr aunque nunca llegó á estarlo completamente hasta el últi cio del siglo XVIII.»

Aunque hallaríamos en las comedias de Rueda much dignos de citarse, lo haremos solo del *Paso de las aceit* con eso se verá al propio tiempo lo que eran estos coloqu tanto ocupaban entonces la escena española.

LAS ACEITUNAS—PASO.

PERSONAS.

TORUBIO, *simple, viejo.* AGUEDA DE TORUEGANO, *su* MENCIGUELA, *su hija.* ALOJA, *vecino,*

(Calle de un lugar).

Torubio. ¡Válgame Dios, y qué tempestad ha hecho resquebrajo del monte acá, que no parec que el cielo se queria hundir y las nube abajo! Pues decí agora que os terná apare comer la señora de mi muger, así mala mate. Oislo? mochacha! Mencigüela! Si todo men en Zamora! ¡Agueda de Turuégano! ¿o

Mencigüela. ¡Jesus, padre! y habeisnos de quebrar las

Torubio. Mira que pico, mira que pico, ¿y adonde est tra madre, señora?

Mencigüela. Allá está en casa de la vecina, que le ha ido dar á cocer unas madejillas.

Torubio. Malas madejillas vengan por ella y por os y llamadla.

Agueda. Ya, ya, el de los misterios: ya viene de ha negra carguilla de leña; que no hay quien rigüe con él.

Torubio. Sí; carguilla de leña le paresce á la señora; cielo de Dios, que éramos yo y vuestro al cargalla, y no podiamos.

Agueda. Ya, noramala sea, marido; ¡y qué mojado qu

Torubio. Vengo hecho una sopa de agua, muger: p vuestra que me deis algo que cenar.

Agueda. ¿Yo qué diablos os tengo de dar, si no ten ninguna?

Mencigüela. ¡Jesus, padre, y que mojada que venia aquel

Torubio. Sí, despues dirá tu madre que es el alba.

Agueda. Corre, mochacha, aderézale un par de huev

que cene tu padre, y hazle luego la cama; y os aseguro, marido, que nunca se os acordó de plantar aquel renuevo de aceitunas que rogué que plantásedes.

bio. ¿Pue en qué me he detenido sino en plantalle, como me rogaste?

da. Calla, marido, ¿y dónde le plantaste?

bio. Allí junto á la higuera breval, adonde si se os acuerda os dí un beso.

igüela. Padre, bien puede entrar á cenar, que ya está aderezado todo.

da. Marido, ¿no sabeis qué he pensado? Que aquel renuevo de aceitunas que plantastes hoy, que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceitunas, y que poniendo plantas allá y plantas acullá, de aquí á veinticinco ó treinta años terneis un olivar hecho y derecho.

bio. Eso es la verdad, muger, que no puede dejar de ser lucido.

da. Mira, marido, ¿sabeis qué he pensado? que yo cogeré el aceituna, y vos la acarreareis con el asnillo, y Mencigüela la venderá en la plaza; y mira, mochacha, que te mando que no las des menos el celemin de á dos reales castellanos.

bio. ¿Cómo á dos reales castellanos? No veis que es cargo de conciencia, y nos llevará el almotacen cad' al dia la pena? que basta pedir á catorce ó quince dineros por celemin.

da. Callad, marido, qu'es el vidueño de la casta de los de Córdoba.

bio. Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.

da. Hora no me quebreis la cabeza: mira mochacha, que te mando que no las des menos el celemin de á dos reales castellanos.

bio. ¿Cómo á dos reales castellanos? Ven acá, mochacha ¿á cómo has de pedir?

igüela. A como quisiéredes, padre.

bio. A catorce ó quince dineros.

igüela. Así lo haré, padre.

da. ¿Cómo así lo haré, padre? Ven acá mochacha, ¿á cómo has de pedir?

igüela. A como mandáredes madre.

da. A dos reales castellanos.

bio. ¿Cómo á dos reales castellanos? Y'os prometo que si no haceis lo que y'os mando, que os tengo de dar más de doscientos correazos. ¿A cómo has de pedir?

igüela. A como decis vos, padre.

bio. A catorce ó quince dineros.

igüela. Asi lo haré padre.

Agueda. ¿Cómo así lo haré, padre? Toma, toma, hace lo que y'os mando.

Torubio. Dejad la mochacha.

Mencigüela. ¡Ay madre! ¡ay padre! qué me mata.

Aloja. ¿Qué es eso, vecinos? ¿Por qué maltratais así la mochacha?

Agueda. ¡Ay señor! este mal hombre que me quiere dar las cosas á menos precio, y quiere echar á perder mi casa, unas aceitunas que son como nueces.

Torubio. Yo juro á los huesos de mi linaje, que no son ni aun como piñones.

Agueda. Sí son.

Torubio. No son.

Aloja. Hora, señora vecina, hacéme tamaño placer que os entreis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.

Agueda. Averigüe ó póngase todo del quebranto.

Aloja. Señor vecino, ¿qué son las aceitunas? Sacadlas acá fuera, que yo las compraré aunque sean veinte hanegas.

Torubio. Qué! no señor, que no es de esa manera que vuesa merced se piensa, que no están las aceitunas aquí en casa, sino en la heredad.

Aloja. Pues traeldas aquí que y'os las compraré todas al precio que justo fuere.

Mencigüela. A dos reales quiere mi madre que se vendan el celemin.

Aloja. Cara cosa es esa.

Torubio. ¿No le parece á vuesa merced?

Mencigüela. Y mi padre á quince dineros.

Aloja. Tenga yo una muestra dellas.

Torubio. Válgame Dios, señor, vuesa merced no me quiere entender. Hoy he yo plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi muger que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceituna, y que ella la cogería, y que yo la acarrease, y la mochacha la vendiese; y que á fuerza de drecho habia de pedir á dos reales por cada celemin: yo que no, y ella que sí, y sobre esto ha sido la quistion.

Aloja. ¡Oh qué graciosa quistion! Nunca tal se ha visto: las aceitunas no están plantadas, ¿y ha llevado la mochacha tarea sobre ellas?

Mencigüela. ¿Qué le paresce, señor?

Torubio. No llores, rapaza: la mochacha, señor, es como un oro. Hora andad, hija, y ponedme la mesa que y'os prometo hacer un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendieren.

Aloja. Hora andad, vecino, entraos alla dentro y tené paz con vuestra muger.

Torubio. Adios, señor.

Aloja. Hora por cierto, que cosas vemos en esta vida, que

ponen espanto. Las aceitunas no están plantadas, y ya las habemos visto reñidas.

l leer este coloquio, no faltará quien esclame: ¡con qué co- n simples se divertian nuestros abuelos! Cierto es que tanta lez no podria ahora sostenerse en el teatro; pero ¿no vale mas que las complicadas y absurdas tramas que en él sue- arecer, y anuncian la decadencia del arte, si aquel paso y emejantes, manifiestan su infancia? Al menos obsérvese o partido ha sacado el autor de tan sencillísima idea: ¡qué resentada está la situacion; ¡qué bien manejado el diálogo! golpes tan felices; y sobretodo, qué perfeccion en el lengua- e sencillisimo apólogo, que tal se le puede llamar, no su- hoy, á la verdad, la prueba de la escena, pero no puede de agradar en la lectura; y verdaderamente, causa admi- que un artesano, sin ninguna clase de estudios, guiado le su natural ingenio, llegase á escribir de una manera tan ta, y diese impulso al teatro que tantos autores eruditos no n podido levantar de la nada con el estudio é imitacion de tiguos. Pero el teatro español se formaba solo para el pue- hombre del pueblo habia de ser su padre.

ocos son los versos que nos quedan de Lope de Rueda; pero llos se ve comprobado el dicho de Cervantes de que era buen . Solo citarémos los siguientes que tienen mucha dulzura.

Anday, mi branco ganado,
Por la frondosa ribera:
No vais tan alborotado:
Seguíd hácia la ladera
De este tan ameno prado.
Gozad la fresca mañana,
Llena de cien mil olores:
Paced las floridas flores
De las selvas de Diana
Por los collados y alcores.

CAPITULO VII.

Del teatro despues de Lope de Rueda.

sde que apareció Lope de Rueda, empezó el teatro español cer, y despues de él fue cada dia cobrando nuevas fuerzas

y caminando rápidamente hácia su perfeccion. El impuls ha dado, la senda señalada; todos se lanzaron por ella.

He aquí cómo Cervantes pinta sus inmediatos progres cedió á Lope de Rueda, Navarro, natural de Toledo, el famoso en hacer la figura de rufian cobarde. Este levant tanto mas el adorno de las comedias, y mudó el costal d dos en cofres y baules. Sacó la música que antes cantab de la manta, al teatro público, quitó las barbas de los fa que hasta entonces ninguno representaba sin barba pos hizo que todos representasen á cureña rasa, sino era los bian de representar los viejos, ú otras figuras que pidies danza de rostro. Inventó tramoyas, nubes, truenos y relá desafios y batallas.»

Y Agustin de Rojas, en su *Viaje entretenido*, entrando pormenores, dice:

Despues de esto,
Se usaron otras sin estas
De moros y de cristianos
Con ropas y tunicelas:
Estas empezó Berrío.
Luego los demás poetas
Metieron figuras graves,
Como son reyes y reinas.
Fué el autor primero de esto
El noble Juan de la Cueva:
Hizo del *Padre tirano*,
Como sabeis dos comedias;
Sus *Tratos de Argel* Cervantes;
Hizo el Comendador Vega
Sus *Lauras*, y el *Bello Adonis*
Don Francisco de la Cueva;
Loyola aquella de Audalla,
Que todas fueron muy buenas:
Y ya en este tiempo usaban
Cantar romances y letras,
Y esto cantaban dos ciegos
Naturales de sus tierras:
Hacian cuatro jornadas,
Tres entremeses en ellas,
Y al fin con un bailecito
Iba la gente contenta.
Pasó este tiempo; vino otro;
Subieron á mas alteza;
Las cosas ya iban mejor:
Hizo entonces Artieda
Sus *Encantos de Merlin*,

Y Lupercio sus tragedias;
Virués hizo su *Semiramis*
Valerosa en paz y en guerra;
Morales su *Conde loco*
Y otras muchas sin aquestas.
Hacian versos hinchados;
Ya usaban sayos de tela,
De raso, de terciopelo,
Y algunos medias de seda:
Ya hacian tres jornadas,
Y echaban retos en ellas;
Cantaban á dos y á tres,
Y representaban hembras.
Llegó el tiempo que se usaban
Las comedias de apariencias,
De santos y de tramoyas,
Y entre estas, farsas de guerra.
Hizo Pedro Diaz entonces,
La *del Rosario* y fué buena;
San Antonio Alonso Diaz;
Y al fin no quedó poeta
En Sevilla, que no hiciese
De algun santo la comedia.
Cantábase á tres y á cuatro,
Eran las mugeres bellas;
Vestianse en hábito de hombre,
Y bizarras y compuestas,
A representar salian
Con cadenas de oro y perlas.
Sacábanse ya caballos
A los teatros, grandeza
Nunca vista hasta este tiempo,
Que no fué la menor de ellas.

Si la parte material del teatro recibió mejoras, tambien pro-
ó la literaria, creciendo en brillantez, sino en gusto, y fué
de el número de los que se dedicaron á escribir comedias,
e los cuales se encuentran ya grandes poetas é ingenios de
er órden. Los que principalmente se pueden citar, ademas
a mencionado en otra parte, Juan de Mal-Lara, cuyas obras,
ar de ser tantas y tan aplaudidas en su tiempo, no han lle-
hasta nosotros, son: Juan de Rodrigo Alonso, Pedro Alva-
e Aillon, Luis de Avendaño, Luis de Miranda, el bachiller
Rodriguez, Alonso de Villegas, Juan de Timoneda, Andrés
ojas Alarcon, Alonso de la Vega, Pedro Suarez de Robles,
ır Vazquez, Pedro Hurtado de la Vera, Juan de la Cueva,
bal de Virués, Andrés Rey de Artieda, Joaquin Romero
epeda, Miguel de Cervantes Saavedra, Gabriel Laso de la

Vega, y otros menos conocidos ó anónimos. Pudiéramos i nar comedias de todos ellos; mas esto seria entrar en por prolijos: nos contentaremos, pues, con decir algo de los i tables.

Avendaño se alabó de haber sido el primero que escr comedia en tres actos; pero Virués, Rey de Artieda y C que florecieron muchos años despues, se alabaron de lo m

Luis de Miranda compuso la *Comedia pródiga* que conceptúa una de las mejores de nuestro antiguo teatro, d que está muy bien desempeñado el fin moral de la fábu pintados los caractéres, bien escritas algunas de sus esc que las situaciones se suceden unas á otras, aunque no co cular artificio dramático, siempre con verosimilitud y He aquí una muestra de su estilo.

Al diablo yo se las doy
Aquestas muy desdeñosas,
Que estas son las mas mañosas,
¡Jesú, fuera de mí estoy!
Entra agora allá, señor,
Dirás estas maravillas
A aquellas mozas bobillas,
Porque sepan que es amor,
Y sepas qué es dar dolor,
Y despues á manos llenas
Concedieron tras las penas
El descanso y el favor.
Hora yo estoy espantada
De ver la sagacidad,
La malicia y la maldad
De esta edad desventurada.
¡Que una muchacha encerrada
Tuviese tantos rodeos!
Mira quien vió sus meneos,
Y la vió tan enfadada.
Maldito el que es menester
Bienquerencias ni terceras:
Que ellas tienen sus maneras,
Con que se dan á entender.
Todas saben no querer,
Mas no todas defensarse;
Y todas saben negarse,
Pero pocas fuertes ser.
Rapazas que aun alimpiarse
No saben ni son criadas,
Las vereis ya requebradas
A las ventanas pararse;

De los que pasan burlarse,
Con sus risitas y señas;
Y no son tan duras peñas
Que no vengan á quebrarse.

Juan de Timoneda, amigo, como ya hemos dicho, de Lope de Rueda, fué su imitador. Sus composiciones ofrecen mas regularidad; pero tiene infinitamente menos talento cómico. Escribió en prosa con bastante pureza; mas fué malísimo poeta; y solo puede citarse de él la siguiente quintilla, por la idea con que concluye.

Oye, Cupido, señor,
No te quejes de pastores;
Que el remedio de amador
Es decir mal del amor
Y á la fin morir de amores.

Timoneda fué librero, y muy celebrado en su época por las obras de pasatiempo que publicó á su costa, y entre ellas algunas suyas, pero encubierto con el anagrama de Juan Diamonte. Hizo una imitacion de los *Menecmos* de Plauto, mejorándolos bastante. Estendió algunas escenas, suprimió muchos soliloquios inútiles; pero conservó siempre la ligereza del autor latino. Una coleccion de sus obras impresa en Valencia, año de 1514 con el nombre de *Turiana*, comprende un entremés, cuatro pasos, una tragi-comedia, cuatro farsas y una comedia.

En cualquier género de poesía que se recorra, encontraremos siempre á Juan de la Cueva, que en todos escribió, y en todos dió muestras de talento, aunque en ninguno se elevó á grande altura. Nació en Sevilla de familia ilustre, por los años de 1550, y murió en su patria pasado el año de 1606. Sus obras dramáticas se representaron en la misma ciudad, en la huerta que llamaban de doña Elvira, donde despues se edificó la iglesia de los Venerables. La primera parte de dichas obras se imprimió tambien en Sevilla en el año de 1588: contiene diez tragedias y cuatro comedias: la segunda parte no llegó á publicarse.

Juan de la Cueva fué, por decirlo así, el precursor de Lope de Vega, y hubiera ocupado su puesto, á tener su portentoso talento; pero dando el ejemplo, asi teórica como prácticamente, no pudo señorear la escena española, ni fijar para siempre sus leyes. Despues de Juan de la Cueva, era todavia posible que un ingenio superior cambiase el rumbo que tomaba el teatro: des-

pues de Lope de Vega, este rumbo estaba ya trazado irrevocablemente, y no era dable variarlo. Cueva tenia talento, erudicion, conocimientos no comunes; habia leido todas las obras poéticas antiguas; escribia con correccion, con fácil vena, y sus versos son fluidos, aunque frecuentemente desaliñados. Conoció perfectamente una verdad; y es que el arte dramático no podia quedar reducido á lo que habia sido en la antigüedad, ni seguir por los pasos que le querian llevar los eruditos; pero le faltó tino y juicio para hacer la reforma, y á sus innovaciones no presidió el necesario acierto. Su imaginacion mas desarreglada que rica, le hizo echar á perder casi todos los argumentos que tocó: introdujo en el teatro reyes y grandes personages, en lo cual dió ciertamente mas dignidad á la escena: animó sus dramas con sitios, batallas y asaltos, que mas producen confusion y bulla que verdadero interés; fué el inventor de la comedia histórica, servicio inmenso si la descartára de la mezcla inoportuna de serio y jocoso que afeaba el drama novelesco de Torres Naharro, ó si hubiera sabido combinar artificiosamente esos dos géneros, para que se ayudasen en vez de perjudicarse; por último, introdujo en el drama todas las galas de la poesía, y acreditó el uso de toda clase de metros; innovacion feliz, pero de la cual abusó, como asimismo todos nuestros dramáticos. En una palabra, este autor, mirado por un lado, parece desatinado, y sus obras monstruosas, y por esto ha sido criticado, tal vez con demasiada rigidez; por otro, hizo servicios al arte, adoptó un sistema cierto en su principio, pero mal llevado en la ejecucion; sacó á la comedia del lodazal por donde se arrastraba; procuró darle decoro y hacerla mas poética; y por lo tanto merece mucha mas indulgencia de la que se ha usado con él, y hasta no pocos elogios.

En prueba de lo que decimos, y de que no procedió, aun en sus errores, irreflexivamente, sino al contrario, con un sistema fijo, y con propósito de hacer una gran reforma, veamos lo que él mismo dice en su *Ejemplar poético*, en que hablando del arte dramático, manifiesta las razones que habia para no sujetarse á las formas de los antiguos, y como las costumbres modernas exijian, que se variase de rumbo. Este trozo es á la par curioso é instructivo para los que desean saber las causas que concurrieron á dar á nuestro teatro las formas que adoptó definitivamente. Dice así, hablando de la poesía dramática:

De ella, si gustas, quiero acompañarte
Al cómico teatro donde veas
La fábula ingeniosa recitarte.
Dirás que ni lo quieres, ni deseas;

Que no son las comedias que hoy hacemos
Con las que te entretienes y recreas:
Que ni á Enio ni á Plauto conocemos,
Ni seguimos su modo, ni artificio,
Ni de Nevio ni Accio lo hacemos:
Que es en nosotros un perpétuo vicio
Jamás en ellas observar las leyes,
Ni en persona, ni en tiempo, ni en oficio;
Que en cualquier popular comedia hay reyes,
Y entre los reyes el sayal grosero,
Con la misma igualdad que entre los bueyes.
A mí me culpan de que fuí el primero
Que reyes y deidades di al tablado,
De las comedias traspasando el fuero;
Que el un acto de cinco le he quitado,
Que reduci los actos en jornadas,
Cual vemos que es en nuestro tiempo usado.
Si no te dá cansancio y desagrado
De esto, oye cual es el fundamento
De ser las leyes cómicas mudadas.
Y no atribuyas este mudamiento
A que faltó en España ingenio y sábios
Que prosiguieran el antiguo intento;
Mas siendo dignos de mojar los labios
En el sacro licor aganipeo,
Que enturbian Nevios y corrompen Bavios,
Huyendo aquella edad del viejo Ascreo
Que al cielo dió y al mundo mil deidades
Fantaseadas de él y de Morfeo,
Introdujimos otras novedades,
De los antiguos alterando el uso,
Conforme á nuestro tiempo y calidades.

. . . . . .

Fueron las de aquel tiempo desechando,
Eligiendo las propias y decentes
Que fuesen mas al nuestro conformando.
Esta mudanza fué de hombres prudentes,
Aplicando á las nuevas condiciones
Nuevas cosas que son las convenientes.
Considera las varias opiniones,
Los tiempos, las costumbres, que nos hacen
Mudar y variár operaciones.

. . . . . .

Confesarás que fué cansada cosa
Cualquier comedia de la edad pasada,
Menos trabada y menos ingeniosa.
Señala tú la mas aventajada,
Y no perdones griegos ni latinos,
Y verás si es razon la mia fundada.
No trato yo de sus autores, dinos

De perpétua alabanza: que estos fueron
Estimados con títulos divinos.
No trato de las cosas que dixeron
Tan fecundas y llenas de excelencia,
Que á la mortal graveza prefirieron;
Del arte, del ingenio, de la ciencia
En que abundaron con felice copia,
No trato, pues lo dice la experiencia.
Mas la invencion, la gracia y traza es propia
De la ingeniosa fábula de España;
No, cual dicen sus émulos, impropia.
Escenas y actos suple la maraña
Tan intrincada y la soltura de ella
Inimitable de ninguna extraña,
Es la mas abundante y la mas bella
En facetos enredos; y en jocosas
Burlas, que darle igual es ofendella.
En sucesos de historia son famosas,
En monásticas vidas excelentes,
En afectos de amor maravillosas;
Finalmente, los sábios y prudentes
Dan á nuestras comedias la excelencia
En artificio y pasos diferentes.

De estos versos se deduce que Cueva columbró la ne
de ensanchar la estrechez de las antiguas reglas, y dar m
vimiento y mas interés al drama; pero no atinó con los r
y por falta de criterio ó de genio traspasó la línea conve
Esto fué una fatalidad para nuestra escena. Hallábase el
aquel punto en que un hombre superior podia darle una di
acertada; pero Cueva no era este hombre; habia en él m
deseo que talento: presintió una parte de la verdad; la ot
ocultó: es decir que la reforma cayó en manos poco afortun
se hizo con menos tino. Acreditáronse muchos errores: los
dores de Cueva siguieron sus desaciertos; y por huir de la se
primitiva, llevaron el desórden dramático hasta el último e
á tal punto, que Lope de Vega llegó cuando todos los vinc
buen gusto y de la razon estaban rotos. Este grande hombr
á propósito ya por la fogosidad de su imaginacion y la in
ble abundancia de su vena poética para sujetarse á nimi
ceptos, encontró el desórden entronizado. No se le debe
achacar, como generalmente sucede, el desarreglo de nues
tro: antes bien, segun veremos en su lugar, fue un refo
en el sentido del verdadero drama; y si no hizo todo lo q
bió y pudo, le dió mas naturalidad y sencillez al par q
ideal dad en los afectos y caractéres.

Juan de la Cueva se ejercitó en asuntos de todas clases: los
s sacados de la fabula, de la historia antigua, de la historia
España, é ideales; como son *Ayax Telamon*, *Virginia*, *los*
Infantes de Lara, *el Cerco de Zamora*, *Bernardo del Car-*
las dos partes del *Príncipe tirano*, *la Constancia de Arceli-*
el *Infamador*. En la mayor parte de estas obras amontona
ances de un modo cansado, los caractéres son por lo comun
erados, las inverosimilitudes chocan á cada paso; y en cuan-
las unidades de tiempo y de lugar, cuida tan poco de ob-
rlas, que hay titulada tragedia suya que dura multitud de
, y en que se recorren muchas provincias. El lenguage,
ue fácil, es incorrecto, y la versificacion no tiene siempre
la armonia que debiera, sin embargo de ser el estilo con
encia hinchado y altisonante. Pondremos aquí dos muestras
ste estilo, cada una de distinto metro. Ambas son tomadas
Constancia de Arcelina. Orbante por complacer á su ami-
ulcino, evoca las furias del Averno:

Orbante.

¿Del dulce fuego del amor que aspira
Tu firme pecho eres conmovido,
Fiel Fulcino, á despreciar la ira
Del reino horrible del eterno olvido?
¿Y quiéres ver (que su crueldad no admira
Tu excelso corazon de amor regido)
Los que habitan el triste rio Aqueronte
Y los del encendido Flegetonte?
¿Y quiéres por mi apremio poderoso
Que parar haga de Ixion la rueda,
Que tenga Ticio de su mal reposo,
Que Sísifo en descanso verse pueda,
Que deje el Can trifauce el espantoso
Ladrido, y salir fuera les conceda
A las terribles Furias, y á mi mando
Vengan, el reino de Pluton dejando?

Fulcino.

Cuando por mi amistad, amigo Orbante,
Hicieres que pervierta el movimiento
El sol, que no se mueva el cielo errante,
Que del Infierno pare el cruel tormento,
Entenderé de tu amistad constante

Que es poco, y esto ha dado atrevimiento,
A mi necesidad pedir tu amparo,
Por entender que no has de serme avaro.

Orbante.

Para que se confirme en esta parte
Lo que entiendes de mí, Fulcino amigo,
Y cuanto gusto mio es agradarte
Y verte libre de cruel castigo,
A aquella parte cumple desviarte
En tanto que con magno apremio ligo
Al rey Estigio del sulfúreo Infierno
Y á los ministros del castigo eterno....
Agora es tiempo, oh tú, Pluton potente,
Que dés lugar al fuerte encanto mio,
Sin que impida ningun inconveniente
Lo que demanda y lo que ver confio;
Y es que envies con prueba diligente
Un alma de tu estigio señorío,
A ver la luz del mundo que aborrece
Y á declarar un caso que se ofrece....
A tu reino daré con nuevos males:
Con luz heriré el centro que te encierra,
Mostrando tus cavernas infernales;
Tus tres jueces, que aquel que en vida yerra,
Condenan á las penas eternales,
Quitaré de su asiento y duro mando
Sino me dás, Pluton, lo que demando.

Tesefonte.

Potente Orbante, cuyo fuerte encanto
Al reino de Pluton todo ha movido
De tal suerte, que puesto en grave espanto
El uso del tormento ha suspendido,
Mira qué pides, no te tardes tanto
Que solo á que tu mando sea cumplido
Me envia el rey de la region escura
A ver la luz á los dañados dura.

En el mismo drama se queja Arcelina de esta suerte:

Injusto y severo amor,
Que me traes á tal extremo
Que ausente la vida temo
Porque vivo en tal dolor:
¿Qué puedo hacer ¡ay cuitada!

Del cielo tan perseguida,
Y del mundo aborrecida,
Y de Menalcio apartada?
Huyendo la cruda muerte
Que á mi hermano dió ¡ay cruel!
Ausente vivo de aquel
Que causó mi acerba suerte.
En estas malezas moro
Sola, entre animales brutos,
Comiendo silvestres frutos,
Bebiendo el agua que lloro.
Paso el dia suspirando
De ansias y recelos llena,
Revuelta en mi culpa y pena,
La noche en vela llorando.
Miro ¡ay sin ventura! al cielo
A quien enemiga soy,
Cuéntole el mal en que estoy,
Y no hallo en él consuelo,
Es tal el temor que tengo
Y el amor que en mi alma está,
Que acometo á ir allá,
Y queriendo ir, me detengo.
Con sobresaltos resuelvo
Esconderme en la espesura,
Donde nada me asegura,
Y á mi acerbo llanto vuelvo.
Del silvo del ganadero,
Del canto del ruiseñor,
Del aire, si hace rumor,
Me sobresalto y altero.

Estos versos no dejan de tener naturalidad y sentimiento.

Al mismo tiempo que Juan de la Cueva brillaba en el teatro de Sevilla, daba Cristóbal de Virués en el de Valencia, ya fértil en autores dramáticos, sus tragedias. Nació este escritor en aquella misma ciudad por los años de 1548; se dedicó á la carrera de las armas y se halló en la batalla de Lepanto, de cuyas resultas, mas feliz que Cervantes, obtuvo el grado de capitan, pasando despues á servir en el Milanesado. Ya hemos citado en otra parte su poema *El Monserrate*. Escribió cinco tragedias que imprimió en Madrid con todas sus poesías Luis Martin, en el año de 1609, pasado el cual debió ocurrir su muerte.

Los títulos de estas tragedias son: la *Gran Semiramis*, la *Cruel Casandra*, *Atila furioso*, la *Infeliz Marcela* y *Elisa Dido*. En las primeras procuró, como él mismo dice, unir

La mayor fineza
Del arte antiguo y del moderno uso.

en la última aspiró á escribir una obra con entera sujecion á las reglas antiguas.

Despues de haber hablado largamente de Juan de la Cueva, es inútil detenernos mucho en Virués, que trató de acreditar el mismo sistema; pero que era todavía menos poeta y tenia menos talento dramático. Así como Cueva se alabó de haber reducido las comedias á cuatro jornadas, Virués presentaba como un mérito la innovacion de los tres actos ó partes, con la circunstancia de que estas tres partes las consideraba como independientes una de otra, formando tres acciones distintas. Así en la *Gran Semiramis*, el primer acto es el casamiento de esta muger extraordinaria con Nino, rey de Asiria; el segundo presenta el crímen de Semíramis, dando muerte á su marido y usurpando el trono; y en el tercero muere á manos de su hijo.

Duro es el juicio que hace el señor Lista de este autor; pues hablando de él, dice: «los caractéres por lo general son atroces; las situaciones amatorias, indecentes; las trágicas horribles y hasta nauseosas; y ninguno de estos defectos está resarcido con el mérito de la versificacion.» Mas indulgente es el señor Martinez de la Rosa, que le concede mérito como dramático y como poeta, y solo le culpa de haber contribuido á aumentar el desórden que se iba introduciendo en el teatro. Lo cierto es que el desarreglo de sus composiciones es grande, y en el Atila mueren nada menos que cincuenta y seis personas, y toda la tripulacion de una galera que se abrasa. En cuanto á su estilo, puede juzgarse por los siguientes trozos sacados de la misma tragedia:

Formados escuadrones, le presenten
Al enemigo la batalla, y talen
El campo todo donde están las naves,
Y la caballería entonces trote
Por el inmenso globo de la luna.
. . . . . .
Mis entrañas son fuego del infierno,
El vino es el amor de nuestras bodas,
La dulce copa ya no es copa, es capa,
Es—cápa—se del alma y del infierno,
Y del fuego, y de amor, y de la boda.
. . . . . .
Armas son esas para mi ridículas:
Víboras me arrojais: culebras y áspides?
Con el aliento solo yo consúmolas:
Ministros fuertes de mi esfuerzo y ánimo,
Capitanes, soldados, armas, máquinas,
Militares, bravísimos ejércitos,
Antropófagos, lestrígones y cíclopes,

Mundos, infiernos, manos mias sólidas
Mas que diamantes, y mas fuertes y ásperas,
Dadme aquí montes de pesantes pórfidos
Con que sepulte estos gigantes pérfidos.

En medio de estos desatinos, se encuentra sin embargo un ex-
ente verso, tanto por la expresion como por el pensamiento; es
e:

El vino es el amor de nuestras bodas:

y propio en la boca de un Huno.
Tambien tiene animacion y calor el siguiente, pasage en que
miramis declara á Ninias su pasion incestuosa:

Mayor dolor que la muerte
Me causará el alejarte,
Que mi tormento mas fuerte
Será no poder mirarte,
Pues mi mayor gloria es verte.
Muera, y sea en tú presencia
(Que muerte será gustosa),
Y no viva yo en ausencia
Que es muerte mas rigurosa
Y mas áspera sentencia.
No puedo sin tí pasar,
No puedo sin tí vivir;
Por fuerza te he de buscar,
Por fuerza te he de seguir,
Por fuerza te he de alcanzar.
No puedes huir de mí,
Que he de correr mucho yo;
Pues quiere que sea así
El cruel que me hirió,
Dejándote sano á tí.

Aunque hay todavía en estos versos cierta mezcla de afecta-
n y prosaismo ¡ójala fueran así todos los demás de este poeta!
La tragedia de *Elisa Dido* que procuró Virués escribir con ar-
glo á los preceptos clásicos, observando las tres unidades, está
idida en cinco actos, cada uno de los cuales termina con un
o. No se funda esta tragedia, como todas las demás que se han
rito sobre el propio asunto, en los supuestos amores de Dido
neas, inventados por Virgilio, sino en la fé que guarda aque-
reina á la memoria de su marido, resistiéndose á Yarbas que
olicita, y dándose muerte por no faltar á su propósito. El ar-

gumento no está del todo mal conducido; pero no hay ni con te de pasiones, ni caractéres bien desarrollados, ni situac tiernas ó patéticas: reina en toda la obra una frialdad insufi Por el siguiente trozo, uno de los mejores, se puede ver la fal animacion y color poético que habia en toda la composicion. Dido á su confidenta *Ismeria*:

¡Ay, mi Siqueo! si la fé debida
A mi amor ni á tu amor no es la mas alta,
No es la mayor de cuantas tiene el mundo,
La de Ismeria será yo así lo creo;
Pero no puede ser, porque es sin duda
Esta fé la mayor. Tú, Ismeria mia,
Luego sigue trás ella, y ve contenta,
Que es excelso el lugar que te señalo,
Tanto que pocos aun de vista apenas
Le alcanzarán: que en fé y amor son pocos
Los que á sublime puesto se levantan.
Que pasiones mortales miserables
Con pesados afectos viles, bajos,
Estorban al espíritu el alzarse
Al punto que al amor y fé se debe.
Pero en mí ni mortal pasion y afeto,
Ni mísera, pesada y vil bajeza
Me estorbarán que á mi Siqueo muestre
Mi fé y amor en su debido punto.

Es imposible expresar un amor tan puro y acendrado mayor tibieza.

Micer Andrés Rey de Artiedá, caballero aragonés, fué n tar de profesion. Recibió tres heridas en la batalla de Lepan ya antes en la de Mulberg se habia distinguido, atravesando do el Elba con la espada en la mano, acompañado de otros e ñoles, apoderándose á vista del enemigo de unas barcas que vieron al ejército de Cárlos V, para pasar el rio. Siendo j habia enseñado astronomía en Barcelona antes de dejar la ca ra de las letras por la de las armas. Compuso los *Amantes d ruel*; *Los Encantos de Merlin*; *El Príncipe vicioso* y *Amad Gaula*; pero solo ha quedado de estas obras la noticia de títulos.

Joaquin Romero de Cepeda, compuso la comedia *Selvagi* existe. Es una imitacion de la *Celestina*, principalmente en dos primeras jornadas; composicion romancesca, mal ordena llena de inverosimilitudes, tiene sin embargo, una versifica fácil y hasta elegante; como se puede ver por el sigu diálogo.

Lucreo. ¿Quién puede contar mi mal?
¿Quién siente lo que yo siento?
¿Quién habla de mi tormento?
¿Quién de mi rabia mortal?
¿Quién del mal que me condena?
¿Quién del supremo dolor?
¿Quién del fuego de mi amor
Y de mi terrible pena?
¿Quién de aquella hermosura
De Lucrecia y de su estado?
¿Quién del valor extremado
De su rostro y su figura?
¿Y quién á su entendimiento
Ha hecho comparacion?
¿Quién de aquella perfeccion
De su grande encerramiento?
¿Alguno tan atrevido
Hay, que pueda conocer
Su valor, su suerte, y ser
Tan extremado y subido,
Su gracia, su gentileza,
Su linage, su primor?
Sabrina. ¡Ay! solo falta el amor
Para extremar su grandeza.
Lucreo. Eso es lo que temo y lloro
Que no es posible alcanzar.
Sabrina. Mas presto que tú me dar
Esa cadena de oro.
Tosio. Buen tiro, sino da avieso,
Ha arrojado la traidora.
Lucreo. Hela aquí, madre y señora,
Que lo menos será eso.
Llévala ansí por mi vida
Ante los ojos de aquella
A quien la tengo por ella
A su servicio ofrecida,
Y esta carta le darás
Con sangre del corazon,
Y mi dolor y pasion
Juntamente le dirás.
Sabrina. Vivas, señor, largos años,
Que así mis canas honraste,
Y te prospere y abaste
Libre y exento de daños.
Tu pasion no hay para qué,
Me la cuentes mas aquí;
Ponla, señor, sobre mí,
Que en prendas dejo mi fé.
Mira este rostro arrugado
Y estas manos de flaqueza,

Más por la mucha pobreza
Que por años que han pasado:
Que por tu merecimiento,
Por tu liberalidad,
Te doy hoy seguridad,
De tu descanso y contento.
Como entre cadena de oro
Se alegró mi corazon,
Alegraré tu pasion,
Y en placer volveré el lloro.
O la mar se secará,
O no soplarán los vientos,
Faltarán los elementos,
Y Duero atrás volverá.
O en los prados no habrá flores,
Ni las aves volarán,
Ni los hombres hablarán,
Ni habrá amor entre amadores,
O de Lucrecia el estado
Gozarás y la hermosura,
Antes que en la noche escura
Parezca el cielo estrellado.

Otra comedia existe tambien de este autor con el título de *Melamorfosea*: tiene solo tres jornadas, y pasa entre pastores, siendo su argumento mas sencillo que el de la anterior.

Réstanos hablar de Cervantes. De este célebre autor trataremos con mas extension, cuando examinemos los escritores en prosa, entre los cuales ocupa el primer puesto: aquí solo le consideramos como poeta dramático. Compuso buen número de comedias, de que se conservan pocas. El mismo cita en su *Adjunta al Parnaso*, siete, de que no han quedado mas que los títulos: en 1515 imprimió otras ocho con igual número de entremeses, precedido todo de un prólogo escrito por él; cuya obra fué reimpresa en 1746 por don Blas Nasarre; y en 1784 don Antonio Sancha dió á luz, juntamente con una nueva edicion del *Viage del Parnaso*, la comedia de los *Tratos de Argel* y la tragedia de *Numancia*: estas dos y la *Confusa*, comedia de capa y espada, pero que se ha perdido, fueron de entre sus obras dramáticas las que mas boga tuvieron.

Difícil es sufrir la lectura de todas estas comedias, escritas segun el sistema de Juan de la Cueva, con poca accion, pero recargadas de incidentes y episodios, y sin guardar órden ni concierto alguno. Las reimpresas por Nasarre son de lo mas infeliz que puede verse: la de los *Tratos de Argel*, en que procuró pintar la triste condicion de los cautivos cristianos, representándose á sí propio en el esclavo *Saavedra*, debia agradar

cho á sus contemporáneos; pero no tiene igual interés para otros, y así nos choca mas la confusion que reina en toda . La *Numancia* es la única obra dramática de Cervantes, de a lectura se saca algun provecho; pues aunque falta unidad l plan, aunque mezcla amores y episodios impropios, aun- el estilo decae muchas veces hasta ser trivial y bajo, cuadros bellísimos, escenas interesantes, rasgos admirables, sos notables de versificacion. Respecto de esta última, es do que Cervantes no goza de gran concepto: pero si bien es lo que no puede colocarse al lado, ni con mucho, de nues- grandes poetas, creemos que en esta parte le ha perjudica- la fama de sus escritos en prosa. Con efecto, hay gran dis- ia entre estos y sus composiciones en verso; pero aun así pue- ostener el parangon con otros poetas á quienes no se dispu- emejante título. La versificacion de la Numancia es desigual: muchos trozos que por su entonacion pertenecen mas bien al na épico que á la tragedia; pero esto mismo prueba que vantes solia ser buen poeta cuando se tocaban ciertas cuerdas u alma. Sobre todo, si su versificacion no es siempre fluida rmoniosa, está al menos llena de ideas; cualidad de no esca- mérito donde por desgracia suele estar sacrificado el pensa- nto á la sonoridad y al lujo de las palabras. No son indignas mejor poeta las siguientes octavas:

No con tanta presteza el rayo ardiente
Pasa rompiendo el aire en presto vuelo,
Ni tanto la cometa relúciente
Se muestra presurosa por el cielo,
Como estos dos por medio de la gente
Pasaron, colorando el duro suelo,
Con la sangre roma ha que sacaban
Sus espadas do quiera que llegaban.

En el cuadro de la destruccion de Numancia hay las siguien- , tambien bellísimas:

Cual suelen las ovejas descuidadas
Siendo del fiero lobo acometidas,
Andar aquí y allí descarriadas,
Con temor de perder las tristes vidas;
Tal niños y mugeres delicadas
Huyendo las espadas homicidas,
Andan de calle en calle ¡oh hádo insano!
Su cierta muerte dilatando en vano.
El pecho de la amada nueva esposa
Traspasa del esposo el hierro agudo;

Contra la madre, ¡oh nunca vista cosa!
Se muestra el hijo de piedad desnudo;
Y contra el hijo el padre con rabiosa
Clemencia levantando el brazo crudo,
Rompe aquellas entrañas que ha engendrado,
Quedando satisfecho y lastimado.

No debemos omitir los discursos en que las numantinas convienen á sus compatriotas con singular energía y ro versos:

¿Qué pensais varones claros?
¿Revolveis aun todavía
En la triste fantasía
De dejarnos y ausentaros?
¿Quereis dejar por ventura
A la romana arrogancia
Las vírgenes de Numancia
Para mayor desventura?
¿Y á los libres hijos nuestros
Quereis esclavos dejallos?
¿No será mejor ahogallos
Con los propios brazos vuestros?
Hijos de estas tristes madres,
¿Qué es esto? ¿Cómo no hablais,
Y con lágrimas rogais
Que no os dejen vuestros padres?
No basta que el hambre insana
Os acabe con dolor,
Sin esperar al rigor
De la aspereza romana?
Decidles que os engendraron
Libres, y libres nacistes;
Y que vuestras madres tristes
Tambien libres os criaron:
Decidles que pues la suerte
Nuestra va tan de caida,
Que como os dieron la vida,
Así mismo os den la muerte.
O muros de esta ciudad
Si podeis, hablad, decid,
Y mil veces repetid:
¡Numantinos, libertad!

Esto es muy superior á todo lo que hemos citado de de Virués.

Por último, citaremos las siguientes octavas de un

la primera jornada de la misma tragedia pronuncia la Esquejándose de su suerte.

¿Será posible que contino sea
Esclava de naciones extrangeras,
Y que un pequeño tiempo yo no vea
De libertad tendidas las banderas?
Con justísimo título se emplea
En mí el rigor de tantas penas fieras,
Pues mis famosos hijos y valientes
Andan entre sí mismos diferentes.
Jamás en su provecho concertaron
Los divididos ánimos briosos:
Antes entonces mas los apartaron,
Cuando se vieron más menesterosos;
Y ansí con sus discordias convidaron
Los bárbaros de pechos codiciosos
A venir y entregarse en mis riquezas,
Usando en mí y en ellas mil crueзas.
. . . . . .
Duero gentil, que con torcidas vueltas
Humedeces gran parte de mi seno,
Ansí en tus aguas siempre veas envueltas
Arenas de oro, cual el Tajo ameno;
Y ansí las ninfas fugitivas, sueltas,
De que está el verde prado y bosque lleno,
Vengan humildes á tus aguas claras,
Y en prestarte favor no sean avaras;
Que prestes á mis ásperos lamentos
Atento oido, ó que á escucharlos vengas,
Y aunque dejes un rato tus contentos,
Suplícote que en nada te detengas.
Si tú con tus continuos movimientos
De estos fieros romanos no me vengas,
Cerrado vea ya cualquier camino
A la salud del pueblo numantino.

En todos estos trozos se ve el temple de alma fuerte de Ceres, y la *Numancia* es una prueba de que sabia elevarse hasta las altos conceptos el mismo que en otras ocasiones era dueño la risa con sus inagotables gracias. Aun en sus comedias encuentran trozos de versificacion fácil, que prueban que á esarlas con mas cuidado, y guiado de su gran talento y recto o, no del deseo de agradar á la plebe á impulsos de la neceidad que le acosaba, hubiera podido, siguiendo las doctrinas que bien espuso en su Quijote sobre el arte dramático, llegar á poner obras dignas de su reputacion. Véase, en prueba, la

descripcion que hace en la *Entretenida* de la suerte de criada:

Tristes de las mozas
A quien trajo el cielo
Por casas agenas
A servir á dueños;
Que entre mil, no salen
Cuatro apenas buenos;
Que los mas son torpes
Y de antojos feos:
Pues ¿qué si la triste
Acierta á dar celos
Al ama, que piensa
Que le hace algun tuerto?
Agenas ofensas
Pagan sus cabellos;
Oyen sus oidos
Siempre vituperios:
Parece la casa
Un confuso infierno;
Que los celos siempre
Fueron vocingleros.
La tierna fregona
Con silencio y miedo
Pasa sus desdichas,
Malogra requiebros;
Porque jamás llega
Á felice puerto
Su cargada nave
De malos empleos.
Pero ya que falta
Este detrimento,
Sobran los del alma
Que no tienen cuento.
Vén acá, suciona,
¿Dónde está el pañuelo?
La escoba te hurtaron,
Y plato pequeño.
Buen salario ganas;
De él pagarme pienso,
Porque despabiles
Los ojos y el seso.
Vas, y nunca vuelves,
Y tienes bureo
Con Sancho en la calle,
Con Mingo y con Pedro.
Eres en fin.... ¡tate!
Dirélo muy quedo,
Porque de cristiana
Sabes que me precio.

ero donde se vuelve á encontrar á Cervantes, donde se ve evo su prosa fácil, su ameno estilo, donde se descubren las cómicas de que estaba adornado, es en sus entremeses, sures en todo á sus comedias. No es posible hallar un diálogo animado, ni mas dramático, como se puede ver en el site, sacado de *Los dos habladores*.

ento. Tome, señor procurador, estos doscientos ducados; y doy palabra á usted que aunque me costara cuatrocientos, holgara que fuera la cuchillada de otros tantos puntos.

rador. Usted ha hecho como caballero en dársela, y como cristiano en pagársela; y yo llevo el dinero, contento de que me descanse y él se remedie.

n. ¡Ah caballero! ¿Es usted procurador?

rador. Sí soy: ¿qué manda usted?

n. ¿Qué dinero es ese?

rador. Dámelo, este caballero para pagar la parte á quien dió una cuchillada de doce puntos.

n. ¿Y cuánto es el dinero?

rador. Doscientos ducados.

n. Vaya usted con Dios.

rador. Dios guarde á usted.

n. ¡Ah, caballero!

ento. ¡A mí, gentil-hombre!

n. A usted digo.

ento ¿Y qué es lo que me manda?

n. Cúbrase usted, que sino no hablaré palabra.

ento. Ya estoy cubierto.

n. Señor mio, yo soy un pobre hidalgo, aunque me he visto en honra; tengo necesidad, y he sabido que usted ha dado doscientos ducados á un hombre á quien ha dado una cuchillada, y por si usted tiene deleite en darlas, vengo á que usted me dé una á donde fuere servido: que yo lo haré con cincuenta ducados menos que otro,

iento. Si no estuviera tan mohino, me obligára á reir. ¿Usted dícelo de veras? Pues venga acá, ¿piensa que las cuchilladas se dan sino á quien las merece?

n. Pues ¿quién las merece como la necesidad? ¿No dicen que tiene cara de herege? ¿Pues dónde estará mejor una cuchillada que en la cara de un herege?

ento. Usted no debe ser muy leido: que el proverbio latino no dice sino que *necessitas caret lege*, que quiere decir que la necesidad carece de ley.

n. Dice muy bien usted: porque la ley fue inventada para la quietud; y la razon es el alma de la ley; y quien tiene alma tiene potencias: tres son las potencias del alma, memoria, voluntad y entendimiento:

usted tiene muy buen entendimiento, porque el entendimiento se conoce en la fisonomía, y la de usted es perversa, por la concurrencia de Saturno y Júpiter; aunque Vénus le mira en cuadrado, en la decanoria del signo ascendente por el horóscopo.

Sarmiento. ¡Por el diablo que acá me trajo: esto es lo que habia menester, despues de haber pagado doscientos ducados por la cuchillada!

Roldan. ¡Cuchillada dijo usted! Está bien dicho: cuchillada fué la que dió Cain á su hermano Abel, aunque entonces no habia cuchillos: cuchillada fué la que dió Alejandro Magno á la reina Pantasilea, sobre quitalle á Zamora la bien cercada; y asimismo Julio César al conde don Pedro Ansurez, sobre el jugar de las tablas con don Gaiferos entre Cabañas y Olias; pero advierto á usted que las heridas se dan de dos maneras; porque hay traicion y alevosía: la traicion se comete al rey; la alevosía contra los iguales; por las armas lo han de ser, y si yo riñere con ventaja; porque dice Carranza en su Filosofía de la espada, y Terencio en la conjuracion de Catalina.

Sarmiento. Váyase con el diablo, que me lleva sin juicio: ¿no echa de ver que me dice bernardinas?

Roldan. ¿Bernardinas dijo usted? Y dijo muy bien; porque es muy lindo nombre; y una muger que se llamase Bernardina estaba obligada á ser monja de San Bernardo; porque si se llamase Francisca, no pudiera ser: que las Franciscas tienen cuatro efes: la F es una de las letras del A, B, C: las letras del A, B, C, son veintitres.

Sarmiento. Téngase, que me ha muerto; y pienso que algun demonio tiene revestido en esa lengua.

Roldan. Dice usted muy bien: porque quien tiene lengua á Roma vá: yo he estado en Roma, y en la Mancha, en Transilvania y en la Puebla de Montalvan. Montalvan era un castillo de donde era el señor Reinaldos; Reinaldos era uno de los doce pares de Francia, y de los que comian con el emperador Carlomagno en la mesa redonda; porque no era cuadrada ni ochavada; en Valladolid hay una placetilla que llaman el Ochavo: un ochavo es la mitad de un cuarto: un cuarto se compone de cuatro veces un maravedí: el maravedí antiguo basta tanto como agora un escudo: dos maneras hay de escudos; hay escudos de paciencia, y hay escudos.....

Sarmiento. Dios me la dé para sufrille: téngase que me lleva perdido.

Roldan. ¿Perdido dijo usted? Y dijo muy bien: porque el perder no es ganar: hay siete maneras de perder: perder al juego, perder la hacienda, el trato, perder

la honra, perder el juicio, perder por descuido una sortija, ó un lienzo; perder.....

Sarmiento. Acabe con el diablo.

Semejante hablador es capaz de sofocar á la persona de mas paciencia: y esto sucede con la muger de Sarmiento, que aunque habladora tambien insufrible, se ve obligada á callar por la imperturbable charla de Roldan, desmayándose al ver que ni tomar la palabra puede.

CAPITULO VIII.

Lope de Vega.

Por lo que llevamos dicho hasta ahora, se ha podido conocer que antes de Lope de Vega fueron muchos los que escribieron para el teatro, y que este grande ingenio encontró ya hasta cierto punto formado el gusto del público, y abierto el camino que desviaba el arte dramático de los preceptos y formas de la antigüedad. No fué él por lo tanto, como es muy general creerlo, quien introdujo el desarreglo en nuestra escena: el mal, si tal puede llamarse, estaba hecho; y aunque con su poderoso egemplo completó para siempre el divorcio de la escena española con el teatro antiguo, fué sin embargo dando á aquella más sencillez, más verdad y hasta más regulares formas.

Lope Félix de Vega Carpio nació en Madrid, en la puerta de Guadalajara y casas de Gerónimo de Soto, á 25 de Noviembre de 1565, y fué bautizado en la parroquia de San Miguel en 6 de diciembre siguiente. Fueron sus padres Félix de Vega y Francisca Fernandez, personas de conocida nobleza. Desde su mas tierna infancia descubrió una aficion extremada al estudio y á la literatura, dando indicios del fecundo ingenio que debió á la naturaleza. Siendo niño componia ya versos que trocaba por juguetes con sus compañeros; pero la poesía dramática fué el género á que mas se inclinó, á pesar del atraso en que entonces se hallaba, como arrastrado de un irresistible impulso; y á los once años habia compuesto ya algunas piezas cortas, como él mismo lo dice en su *Arte nuevo de hacer comedias*.

Sus padres que notaron sin duda su grande ingenio, le quisieron dar una educacion esmerada; y correspondiendo él debidamente á sus cuidados, á los doce años ya habia estudiado las humanidades. Tampoco descuidó, á fuer de caballero, las artes de adorno, como son la esgrima, la danza y la música, en las que llegó á adquirir suma destreza. Más tarde completó sus es-

tudios en la universidad de Alcalá, y por sus obras se conoce que estos estudios fueron vastos y aprovechados.

Habiendo quedado muy jóven huérfano y escaso de fortuna, hubo de buscar un arrimo; y entró en la familia de don Gerónimo Manrique, obispo de Avila é inquisidor general, cuyo afecto supo cautivar con sus composiciones poéticas; mas esta vida no convenia á la disposicion en que se hallaba entonces su alma. Dotado de imaginacion ardiente, la mas fecunda de cuantas han conocido los hombres, llena su cabeza de poesía y su corazon de sentimientos caballerescos, era preciso otro campo á la actividad que le devoraba. Necesitaba agitarse, ver muchas tierras, acometer empresas atrevidas, buscar aventuras, galantear á las hermosas, esponer su vida por ellas, lucir en los estrados, y pasar por todos aquellos lances que luego produjo tan admirablemente en sus numerosos dramas. Trocando pues las hopalandas por la espada, corrió á incorporarse en las filas de aquellos valientes guerreros que entonces infundian el terror del nombre español por toda Europa. Su azarosa juventud pasó de este modo entre peligros, viages y trabajos, bastante olvidado de las musas que tanto debian favorecerle, y entregado á toda la disipacion de la vida militar. Fué valiente, caballeroso y sobre todo atento y respetuoso con el bello sexo, al cual miraba con una especie de admiracion; de tal suerte que nunca supo pintarlo en sus comedias sino como la creacion mas perfecta del Ser Supremo. Las mugeres de Lope son siempre un dechado de hermosura y de virtudes: se presentan como el tipo ideal de su especie, como séres mas bien divinos que humanos; y esta constancia en una misma idea reproducida bajo mil formas diferentes y en cuadros tan numerosos, no podia provenir sino de un sentimiento íntimo, invariable, profundamente grabado en su corazon y que dominaba todos sus pensamientos.

Perdida fué en la apariencia para la literatura esta época de la vida de Lope, puesto que no dió en ella las repetidas muestras de aquel fecundo ingenio que asombró al mundo en años posteriores; mas no lo fué en realidad, si se considera que el autor dramático reunió entonces aquel inmenso caudal de ideas, caractéres, situaciones y aventuras que trasladó luego al teatro. Para reproducir tan variadas escenas, y reproducirlas con tal verdad, tanta fuerza, era preciso haber pasado por ellas, haber sido actor antes que pintor; y tal vez se encierran en ellas multitud de circunstancias curiosas que ignoramos de la vida del poeta; tal vez alguno de aquellos galantes tan valientes, tan entendidos, tan bien hablados, tan respetuosos con las damas, es el mismo Lope que se ha retratado sin que lo sepamos, el mismo Lope que estamos acostumbrados á ver en sus retratos con as-

ve y traje de eclesiástico; pero cuya juventud debió
á la de sus novelescos personages.
ope secretario del duque de Alba; y esta parte de su
conociera bien, no dejaria de ser curiosa: por el con-
debia formar el esclarecido guerrero, el profundo po-
severo personage; con el poeta amable, el hombre
el ingenio alegre y divertido. Ciertamente aquella com-
era la mas propia para nuestro poeta: ni pudo conve-
poco por mucho tiempo la vida militar: otra era su
otro el camino que debia seguir para la gloria, y ra-
en los treinta años, venció el número de la poesía,
rena á su asombrosa fecundidad, y desde entonces hasta
e no dejó pasar dia sin que una nueva produccion salie-
inagotable fantasía.
donó Lope la compañía del duque para casarse con
el de Urbina, hija de un rey de armas, con la cual vi-
uilo algun tiempo, hasta que un desafío en que dejó
su enemigo, le obligó á ausentarse de Madrid, refugián-
alencia, ciudad que prefirió sin duda á otras por lo flo-
que se hallaba entonces su teatro.
puestas las cosas, volvió á su patria, y muerta su prime-
r, se embarcó en la *armada invencible* para la espedicion
erra que los vientos y tempestades estorbaron. De re-
pe á Madrid, entró de secretario en casa del marqués
ca y despues en la del conde de Lemos, hasta que pasó
as nupcias con doña Juana de Guardio de quien tuvo
s. Murió el varon á los seis años, y á poco tiempo su
afligido Lope con estos disgustos domésticos, pensó en
del mundo, como lo ejecutó, haciéndose por de pronto
de la órden tercera, entrando luego en la congregacion
llero de Gracia, ordenándose despues en Toledo, y alis-
por último en la congregacion de sacerdotes naturales de

umbre era esta muy frecuente en aquella época, en que
de una vida agitada, se acogian los hombres al amparo
austro, y los que no se sentian con inclinacion al retiro
d monástica, combinaban sus hábitos sociales con el
eseo que los animaba, por medio de su admision en el
glar. Lo mismo sucedió á Calderon; y ni Lope, ni Calde-
ser eclesiásticos, dejaron de escribir comedias: antes
parece sino que tomaron semejante estado para adquirir
habilidad en su modo de vivir, y entregarse mas descan-
nte á su aficion privilegiada.
í empezó la época gloriosa de la vida de Lope de Vega.
da hasta entonces agitada con las vicisitudes de la fortuna

inquieta, no solo tomó una situacion mas sosegada, sino que su reputacion llegó á la mayor altura á que puede aspirar poeta alguno. Comparados con él todos los escritores de su tiempo, quedaron pequeños y oscurecidos: sus obras se grangeaban la aprobacion y el aplauso general; avasalló de tal suerte el teatro, que durante muchos años no se vió en los carteles mas nombre que el suyo; y hasta llegó el pueblo á llamar de Lope todo lo que en cualquier género era singular y sobresaliente. Las gentes le seguian en las calles; los estrangeros le buscaban como un objeto extraordinario, los monarcas paraban su atencion á contemplarle, y le admitian á su presencia para colmarle de honores; hasta los pontífices quisieron premiar tan grande ingenio, y Urbano VII le condecoró con el hábito de San Juan y le confirió el grado de doctor en teologia, enviándole el título con una carta muy lisongera escrita de su propio puño. Jamás hubo escritor que recogiese con tal abundancia los laureles: se apuraron los dictados para prodigarle alabanzas: el pueblo le aclamó *fénix de los ingenios*, y el inmortal Cervantes le llamó *mónstruo de la naturaleza*.

A las condecoraciones que recibió, unió algunos destinos propios de su estado eclesiástico. Fué capellan mayor de la congregacion de presbíteros á que pertenecia, promotor fiscal de la reverenda cámara apostólica, y notario escrito en el archivo romano. Sus riquezas no fueron menores que su fama: y vivia con opulencia en la misma calle donde Cervantes murió cubierto de miseria. Si agasajado se vió durante su vida, no fué menos honrado despues de su muerte. Su fallecimiento fue como un luto general y el entierro se verificó en público, con una pompa y magnificencia sin iguales, siendo tanto el concurso de gentes de lo mas distinguido de Madrid, que entraba el acompañamiento en San Sebastian cuando aun no habia salido el cuerpo de la casa, no obstante ser larga la carrera.

Era Lope de génio apacible y suave, lleno de amable cortesanía en el trato; y aunque tuvo detractores, pension comun á todos los grandes ingenios, no conoció nunca la envidia, prestándose siempre gustoso á alabar á los demas poetas, entre los que á la verdad sobresalió tanto, que no tenia porque temer rivalidad alguna.

Sin embargo, si llegó á lo sumo el aura popular de Lope durante su vida, despues de su muerte, cuando hubo desaparecido el asombro que causára su prodigiosa fecundidad, cuando otros poetas se presentaron en la escena superiores á él en dotes dramáticos, cuando, en fin, principiaron á cundir principios literarios mas ajustados á los preceptos de la antigüedad, y las obras de esta se consideraron como los únicos modelos dignos de imi-

lacion, entonces las alabanzas se convirtieron en vituperios, y no faltó quien quisiera confundir á tan grande hombre con los mas despreciables dramaturgos. Injusticia fué esta mucho mas inescusable que el desmedido aplauso que se le tributára en vida. Al menos este se fundaba en un mérito real, en el prestigio que no puede menos de acompañar al génio, en sus facultades portentosas que si abusó de ellas lastimosamente, el mismo abuso demuestra cuán grandes y poderosas eran. Libres ahora á la par de aquel prestigio y de toda preocupacion nacida de doctrinas literarias, apreciamos á Lope en lo que vale, y juzgamos de su mérito con imparcial templanza.

Si consideramos solo el número de sus escritos, la historia literaria no presenta otro egemplo semejante de una fecundidad que parece fabulosa; y aun cuando no tuviese otro mérito, su nombre viviria siempre en la memoria de los hombres como uno de aquellos prodigios que la naturaleza no ofrece mas que una vez cada. No hubo género de poesía que no cultivase, desde el madrigal hasta la oda, desde la égloga hasta la comedia, desde la novela hasta la epopeya, todo lo recorrió, y en todo dejó señales de su privilegiado talento. Se lee en el prefacio de un libro impreso en 1604 que á la edad de cuarenta y dos años llenaban mas de veinte y tres mil hojas los versos que hasta entonces habia hecho para el teatro. En 1618 asegura él mismo que llegaban á ochocientas las comedias que llevaba compuestas; y en 1620 á novecientas. Cuando en 1629 publicó la vigésima parte de sus obras dramáticas, decia que le quedaba todavia tiempo para escribir hasta mil y setecientas. Por último, en 1635, año de su muerte, afirman Perez de Montalvan y el sábio don Nicolás Antonio, que ascendia á 1800 el número de sus comedias. Estas son todas en tres jornadas y en verso; todas se representaron, y la mitad de se imprimieron. De ellas hubo muchas que no le costaron mas que un dia de trabajo como él mismo lo asegura en estos versos:

> Y mas de ciento en horas veinte y cuatro
> Pasaron de las musas al teatro.

A estas mil ochocientas comedias hay que añadir cuatrocientos autos sacramentales, un gran número de intermedios, muchos poemas épicos, didácticos y burlescos, epístolas, disertaciones, composiciones sueltas é infinidad de sonetos. Se ha calculado que en los setenta años de su vida, le tocan á cada dia ocho páginas, y casi todas ellas de poesía. Sus escritos todos componen el número de 133,000 páginas y 21 millones de versos.

Facilidad increible, mas asombrosa que envidiable, si se reflexiona en los peligros á que arrastra, y que estravió tan frecuentemente al mismo Lope.

En otros lugares de esta obra hemos hablado ya de tan insigne escritor como poeta lírico y como épico. Ahora nos toca juzgarle como dramático, y lo haremos con alguna estension por su importancia en esta parte de la literatura, y por la influencia que egerció, no solamente sobre nuestro teatro, sino tambien sobre los estrangeros.

Por lo que llevamos dicho hasta ahora acerca de los progresos que habia tenido nuestra escena, se debe haber visto cuan incierta habia sido en su marcha, produciendo solo, ya farsas chocarreras ó indecentes aunque á veces llenas de chistes y gracia, ya novelas dialogadas en las que el embrollo suplia la falta de interés, ya dramas monstruosos bárbaramente atroces, que aun no lograba sostener el lujo de poesía que se prodigaba en ellos. Cuando apareció Lope, teníamos muchas obras dramáticas, pero carecíamos todavia de un verdadero teatro. Se conocia que era preciso seguir diferente rumbo que los antiguos, pero no se atinaba con el verdadero: hacíanse ensayos de toda clase y ninguno correspondia al deseo general, ninguno acertaba con el verdadero gusto de la nacion. tal vez el pueblo bajo se solazaba con las groseras farsas que solian presentársele; tal vez los esfuerzos de algunos para dar decoro á la escena con mas nobles argumentos y mas culto lenguaje, merecian los aplausos de las personas ilustradas; pero no existia un espectáculo que excitase á un tiempo las simpatías de todos, que gustase á todos sin distincion de clases, que formase en fin un teatro nacional. Entre las toscas producciones de los unos y los esfuerzos casi convulsivos de los otros, no se encontraba una obra de que un verdadero español pudiese decir: hé aquí mi drama.

Si se recuerdan los caractéres que hemos señalado á nuestra poesía para ser nacional, caractéres deducidos, tanto de las diferencias que distinguen la civilizacion moderna de la antigua, como de las circunstancias políticas y religiosas de nuestro país, se verá que las obras dramáticas de que hemos hablado hasta ahora carecian de ellos casi absolutamente. Convenian todos en repeler la sencillez clásica; pero no se reproducia en las comedias el espiritualismo de los tiempos modernos, ni la caballerosidad española, ni el sentimiento religioso de la época. La risa ó la curiosidad podian quedar á veces satisfechas; pero el alma permanecia del todo indiferente. Hasta la poesía de tales obras no era la que se necesitaba: descuidada ó pretensiosa, ya le faltaba armonía, ya le sobraba estudio, careciendo de la gala, facilidad y soltura que halaga el oido, ó de aquella metafísica propia del espíritu cristiano y caballeresco, que siempre es clara é inteligible, arrulla al menos produciendo una especie de arrobamiento indefinible y delicioso.

ido esto provenia de no haberse aun verificado la union tan
ria de las dos literaturas que, creciendo á la par en un
suelo, y adoptando un mismo idioma, eran sin embargo
las la una á la otra. Pero en medio de este apartamiento,
ido creciendo tanto las dos, que saliendo del estrecho
o en que ya no cabian, hubieron de acercarse, de ponerse
tacto, y por último de confundirse: bien así como los cír-
concéntricos que forman dos piedras al caer en el agua,
, se ensanchan, se tocan y confunden. El momento era lle-
de verificar este feliz enlace.

entras nuestra nacion se encontraba reducida á estrechos
s; mientras las clases permanecian apartadas con pocas co-
aciones entre sí; mientras la lengua era tosca y grosera;
ron y debieron caminar separadas é indiferentes la una para
a la literatura popular y la erudita, no echándose de menos
los españoles ningun lazo comun literario. Pero en el mo-
en que formamos un gran pueblo, en que adquirimos in-
ia y preponderancia entre las naciones europeas, y en que
a lengua, desechando su rudeza, tomó asiento entre las
as cultas, fué ya indispensable semejante lazo, y hubo de
una literatura comun á todos, y que en todos causase
asmo. Esta vez no fue la poesía la primera que tuvo seme-
gloria; la prosa se le adelantó, y los libros de caballería
certaron á reproducir el espíritu de la época, se grangearon
npatías generales siendo los primeros escritores que agra-
á la vez á grandes y pequeños, á sabios é ignorantes, á
s y plebeyos, á hombres y mugeres, y á todas las edades.
los libros de caballería reducidos á la lectura solitaria, des-
os de las galas poéticas y de otras cualidades esenciales,
que caer y ceder el campo á otra literatura mas variada,
galana, mas amena, mas simpática, en fin, por estar desti-
especialmente á agradar, no en el silencio del gabinete,
en el bullicio de la sociedad donde las sensaciones se comu-
y escitan unas á otras, donde adquieren mayor intensidad
s muestras de placer ó desagrado que arrancan ostensible-
e á todos. Tal fué la poesía dramática que sucedió en abun-
a y popularidad á los libros de caballería, pero que con-
muchas de las dotes de estos mismos libros tan gratos du-
siglo y medio á la nacion española, y sin las cuales no era
le que ninguna literatura se generalizase entre nosotros.
a poesía popular, la erudita y los libros de caballería, fueron
los tres manantiales que despues de haber corrido separa-
se reunieron en un solo caudal para componer el inmenso de
ra poesía dramática. Esta gloria la tuvo Lope de Vega que
o de estraordinarias facultades poéticas, llegó además en la

ocasion oportuna de completar una revolucion ya preparada. Comprendiendo y abarcando las necesidades del espíritu nacional, hizo un todo completo de partes que estaban diseminadas, é inspirado por su génio y por el de la nacion, inventó el verdadero drama español, que si existia como deseo y necesidad de todo el pueblo, carecia de formas con que realizarse.

«Conoció Lope, dice el erudito don Agustin Duran, que las reglas clásicas relativas á las unidades no eran esenciales mas que á cierto y determinado sistema de imitacion, á cierta clase de verosimilitud, pero que existiendo en la naturaleza otros medios de imitacion y de verosimilitud que en aquellos no cabian, ningun inconveniente resultaba de abandonarlas. Buenas, escelentes, indispensables eran para las naciones bajo cuya civilizacion se crearon y en cuyas costumbres las hallaron sus poetas; pero en un pueblo meridional por escelencia, místicamente religioso, ferviente de imaginacion, que buscaba las impresiones íntimas del alma mas bien que las de los sentidos, los efectos de la lucha de las pasiones y no los resultados del fatalismo; en un pueblo ansioso de asuntos complicados, curioso de examinarse á sí mismo, lleno de fé para con los hechos maravillosos y las enredadas situaciones, ¿cómo habian de bastar á interesarle las sencillas y breves combinaciones que caben en un cuadro clásico? Nuestro génio especial abarcaba un inmenso espacio poético; para tenerle suspenso y entretenido en el teatro, necesitaba una historia entera, un poema épico completo. Poco nos importaba que el poeta corriese de Oriente á Occidente, que pasase de siglos á siglos; pues como nuestro drama era una historia, y eso buscábamos allí, volábamos en el teatro con el poeta, como seguíamos en un libro al historiador. La curiosidad que nos conducia á la escena, y nuestra imaginacion, abarcaban las creaciones del ingenio; y ya en el cielo ó ya en el abismo, estábamos contentos, si como en la tierra veíamos al héroe que con hechos maravillosos, intrigas complicadas, combates íntimos de pasiones, cuestiones de punto de honor, galantería, metafísica, acciones caballerescas y religiosas nos reproducia á nosotros y á nuestros íntimos sentimientos. Y ni aun esto bastaba para construir el drama popular. En ello ciertamente consistia su esencia; mas para su parte de ornato exigia nuestro gusto y tendencia natural que se revistiese de todos los tonos de la poesía; necesitábamos en fin, que la lírica, la épica, la narrativa, ostentasen todos los recursos en el teatro, porque acostumbrados á la gala, riqueza y abundancia de nuestra hermosa lengua, los oidos españoles no podian renunciar, ni aun en el drama, los encantos de sus variados y armoniosos sonidos.

«Necesidades de tal tamaño y estension, no podian satisfa-

erse en el estrecho círculo que contenia la de los pueblos anti-
guos; ni tan encontrados y diversos elementos, amalgamarse y co-
ocarse convenientemente dentro de él. Ya Juan de la Cueva,
Virués y los Argensolas, habian conocido la precision de esceder
an cortos límites; pero como eran eruditos por fé, no lo hicie-
on con la debida resolucion. Luchando sus doctrinas académi-
as con la necesidad, fueron tímidos, y no se atrevieron de lleno
i seguir el intento del pueblo; por lo cual, en vez de inventar un
istema nuevo é independiente del antiguo clásico, y con formas
ropias y originales, solo produjeron monstruosos dramas, com-
uestos de elementos inconciliables.

«Al ingenio grande, audaz, eminentemente español de Lope,
staba reservado comprender é inventar un sistema dramático
ue fuese verdadera espresion de nuestras necesidades intelec-
uales y morales. Por inspiracion ó por sentimiento íntimo,
uizá mas que por estudio, halló el drama español; y formándo-
o con la quinta esencia del carácter indígeno, le apropió ade-
nas cuanto no era incompatible con ella y habíamos adquirido
le los extraños. Cultivado el árbol de nuestra poesía popular,
reció magnífico y robusto hasta las nubes, y sus vigorosas ra-
nas asombraron la culta Europa. Modelo fue de ella casi un
iglo entero, y sus mayores ingenios se alimentaron de su sus-
ancia para producir obras análogas, en cuanto lo permitia la
iferente índole de las naciones para quienes escribian.

«Y no se crea, ya lo hemos dicho, que Lope se apartó vo-
untariamente de las reglas clásicas por solo apartarse de ellas;
o hizo, sí, para crear otro sistema mas instintivo, á la verdad,
ue razonado. No dejó á su pais desierto de poesía nacional, ni
rodujo mónstruos como los que le precedieron. El drama po-
ular y grosero que existia antes que el suyo, tambien tomó
na parte muy esencial en su nueva creacion, porque en él se
allaba el tipo característico del pueblo. Salió empero de sus
manos libre de la bárbara corteza que lo cubria, salió adecuado
i los progresos que se habian verificado en la cultura social.
¡Qué diferencia enorme no se nota, con efecto, entre las sales
groseras y el lenguaje de las antiguas farsas, si se comparan
on las gracias oportunas y decentes de Lope? ¿Y qué diremos
e la espresion noble y caballeresca de los amoríos introducidos
n sus dramas? Esto es todo invencion suya; no existia en las
arsas, si bien ya se hallaba connaturalizado en las costumbres,
é introducido en la sociedad por la lectura popular de los libros
e caballería.

«Las reglas que los críticos dedujeron de las creaciones clá-
icas y de que se apartó Lope, no afectaban esencialmente las
enerales que constituyen la imitacion de la bella naturaleza; si

de estas se olvidára, jamás hubiera conseguido representar ni satisfacer las necesidades de un pueblo; pues siendo ellas mismas esencialmente necesarias, son una parte del instinto con que el pueblo concibe y siente la belleza. Por inspiracion se apartó de aquellas Lope, por inspiracion conservó estas, y por inspiracion hicieron otro tanto los grandes poetas, que dedicados á producir, jamás se ocuparon en la crítica filosófica, ni en escribir reglas que á *posteriori* se dedujeron de sus obras.

«El teatro de Lope de Vega es una prueba del mas estenso y sólido saber. La teología, la jurisprudencia, la filosofía, las bellas artes y hasta las mas mecánicas, todo lo abraza en él, nada le era extraño ni peregrino. Allí está consignada toda la ciencia de su siglo y de su nacion; allí sus usos y costumbres; allí su fé y creencias religiosas; allí sus principios morales y políticos; allí sus necesidades, gustos y placeres; allí lo que contenia su originalidad; y allí, mejor que en la historia, que respeta y adula á los individuos, se pintaban con verdad en seres ideales atributos que constituian entre el pueblo la idea de lo bueno y de lo malo, de lo útil y de lo dañoso, y hasta el estravío que produce en los juicios humanos la constitucion social y la educacion.

«El caos que desembrolló Lope de Vega para fundar el sistema dramático, hasta ahora mas bien sentido que definido, fue inmenso. Las sencillas églogas de Juan del Encina; las comedias ya mas cultas é ingeniosas de Torres Naharro; las farsas de Lope de Rueda, Timoneda y otros, incrustadas de cuentos novelescos; los dramas informes, hinchadamente épicos y gigantescos, de Cuevas, Argensola y Virués, que olian todavía á la erudicion del mal gusto; el amor humano asimilado al místico y metafísico; la gala, la riqueza y la tendencia melancólica de la poesía árabe, provenzal é italiana; las hermosísimos y variadas combinaciones métricas de los petrarquistas introducidas entre nosotros por Boscan y Garcilaso; la gracia sencilla y tierna que caracterizaba nuestras canciones populares; el tono épico, grave y solemne con que en nuestros romances heróicos ó de historia se cantaron las glorias, los desastres y la constancia nacional; la gala y brio descriptivo de los romances moriscos y caballerescos; todo, todo existia ya; todo era popular en la civilizacion castellana á principios del siglo XVII. Solo faltaba una inteligencia superior que abarcando con una mirada sola ese caos de elementos diseminados, y despojándolos de sus formas divergentes, supiese ponerlos en armonía, para crear un todo conveniente, cuya belleza simpatizase con las masas populares, á quienes debia servir de instruccion, de moralidad, de placer y de recreo, y á quienes en fin, como un espejo, se debia presentar á sí propias y para la posteridad.

«Pues bien, el hombre que supo aproximar elementos tan distantes, y edificar con ellos un monumento real é idealmente bello y armonioso, fué Lope de Vega. Creó su drama, y creado se lo presentó al pueblo, y le dijo: hé aquí tu poema; hé aquí la verdadera creacion que debes continuar para ser sublime, para ser original é independiente; porque esta obra, aunque salida de mis manos, es propia tuya; porque se ha formado de tus leyes, tus costumbres, tu saber, tus gustos, tus sentimientos, tus creencias, y en fin de tu propia substancia. Tu fuiste el mármol que contenia la imágen de la belleza, y yó el artista cuya inteligencia comprendió donde estaba oculta, y cuyo cincel la despojó de su corteza; tú fuiste el diamante, yo el que le labré é hice competir en brillo con el sol. La nacion atónita y embelesada aceptó el presente del gran poeta, y ciñó sus sienes con inmarcesible corona de gloria, de gratitud y respeto, y la fama llevó su nombre y sus obras inmortales á los otros climas.»

Para consumar tan grande obra necesitaba Lope ser lo que fue; un verdadero portento, un monstruo de la naturaleza. El cielo habia reunido en aquel hombre extraordinario el génio de muchos poetas juntos; prodigándole los tesoros de la imaginacion y de la mas rica fantasia, el don de inventar y de trazar cuadros infinitamente variados: facilidad, soltura, elegancia, claridad, armonía, todo en él se reune; es un manantial que á todo basta y que jamás se agota. Su poesía es por lo general dulce y fluida, como el agua limpia de una fuente pura que fluye sin obstáculo alguno; su espresion deja pocas veces de ser clara, inteligible para todos, y exenta de los defectos de culteranismo y mal gusto que afearon á muchos escritores de su época y la siguiente: los argumentos de sus dramas son variados y siempre felices, á pesar de ser tantos y tan prontamente concebidos; los caractéres de sus personajes, sino perfectos siempre en la ejecucion, bellos en la invencion, y con rasgos admirables que arrebatan; el diálogo es facil y animado; una galantería fina y culta sobresale en él, no ofendiendo nunca el decoro; y por lo general descubre una sensibilidad viva y delicada que mueve é interesa, sin que le falte á veces fuerza y sublimidad, bien que estas últimas cualidades son en él las que menos resaltan.

Vemos, pues, justificado nuestro aserto de haber sido injustos para con Lope los que le han acusado la corrupcion de nuestro teatro, haciéndole causante del desarreglo y mal gusto que reinó en la escena española, á juicio de ciertos críticos. Lejos de esto, contuvo el desarreglo que sus pr ores habian introducido, rectificando el gusto que ha erdido entre las farsas groseras de unos, y los monstr os de otros. Mejoró infinito la parte relativa á la inv a fábula. Unas

veces se mostraba esta pobre como en Rueda y Navarro; otras pasaba á ser desatinada y delirante por la aglomeracion confusa de incidentes desligados entre sí, como en Cueva y Virués. La fábula de Lope está llena de movimiento, de situaciones, de lances: hasta la exposicion misma se hace en accion y no en discursos, desterrándose la costumbre poco ingeniosa de las loas ó prólogos. A pesar de la multitud de lances, camina con mas claridad, con mas arte en la disposicion del argumento; y aunque se halla lejos de ser perfecta, rectificada la antigua confusion, y la exageracion ridícula, puede decirse que dió á la comedia mas regulares y sencillas formas.

Otra cosa que aquellos no conocieron, fue la pintura de los caractéres, y á Lope se debe la creacion de esta parte tan principal de la poesía dramática, en la que sobresalió, señaladamente cuando ponia en escena caractéres femeniles. Nadie ha descrito con mas verdad, ni al mismo tiempo con mas ingenio, y por decirlo asi, con mas efusion del alma, la ternura y constancia del corazon mugeril, el valor del bello sexo en las situaciones mas difíciles de la vida, y la disposicion á hacer los mayores sacrificios por el objeto amado. Su manera de sentir el amor y los celos, está espresada en las numerosas comedias de Lope con una variedad admirable, correspondiente á las casi infinitas situaciones que inventó para describirla. En los demás caractéres, generalmente hablando, observó la debida decencia. El lenguage del padre anciano no es como el del jóven amante, del monarca poderoso, del criado, del pastor, del villano. Nada de esto se veia en los que le precedieron: cuando mas, supieron trazar algunos caractéres generales, pero no los individuales que son los que la comedia requiere; y fue tan notable la mejora que en esta parte introdujo, que él mismo se alababa de ella, diciendo con razon en su *Egloga á Claudio*:

Débenme á mí de su principio el arte
. . . . . .
Pintar las iras del armado Aquiles,
Guardar á los palacios el decoro....
La furia del amante sin consejo,
La hermosa dama, el sentencioso viejo...
Describir el villano al fuego atento.....
¿A quién se debe Claudio?

Tampoco sabian sus antecesores manejar el diálogo con verdad, gracia y soltura. Algo se notaba ya de esto en Lope de Rueda; mas solo en la parte jocosa. Lope de Vega enseñó el modo

de hacer hablar entre sí á los interlocutores de todas clases con verdad, viveza y naturalidad, huyendo de los largos razonamientos, haciendo que las réplicas fuesen prontas, oportunas, adecuadas á la situacion y al personage. En suma, como ya hemos dicho, antes de Lope existian comedias: pero él creó el arte dramática.

Mas si esta arte le debió tanto, ¿hizo por ella todo lo que hubiera podido? ¿La llevó al grado de perfeccion de que era susceptible en su tiempo? A nosotros nos parece que no, y en esto vemos la gran culpa de Lope. Sin quitar al teatro español su originalidad, sin defraudarle de una sola de las buenas cualidades con que supo dotarle, en nuestro juicio debió darle mas perfectas formas, é introducir en él un gusto mas depurado. El mismo lo conoció, se acusó de ello, y este testimonio es mas poderoso que todas las escusas que se puedan inventar para disculparle.

Si tuvo grande inventiva, no fué tan afortunado en la composicion ó disposicion de la fábula que casi siempre es defectuosa, señaladamente cuando se aproxima el desenlace. Su génio le inspiraba una buena idea; poníase á trabajar, y generalmente empezaba bien, porque entonces le animaba la inspiracion; pero caminando sin plan y siempre de prisa, se iba extraviando y se cansaba. Añadia escenas á escenas conforme se le ocurrian, aunque no tuviesen entre sí la conexion necesaria: salian unas buenas, otras malas; ya se cansaba y su composicion se resentia de la fatiga ocasionada por el excesivo trabajo; ya por un nuevo impulso, ó recobradas sus fuerzas, volvia la inspiracion, y era otra vez el inimitable Lope. Cuando llegaba el desenlace, el cansancio, la dificultad de atar tanto cabo suelto, y de llevar á un fin comun tan varios incidentes, el ánsia de acabar, le hacian echar mano de cualquier medio, y resultaba el final tan malo como buena habia sido la exposicion. Asi, de todos los poetas dramáticos, es el que tiene mayor número de escenas admirables y menor de comedias buenas. Esto consiste en que la invencion pertenece al genio y es hija de la inspiracion; pero la composicion lo es del talento y del arte. Las escenas, los diálogos y los versos se hacen dictando la musa de la fantasía; pero la disposicion y el enlace de las diversas partes del drama, de modo que camine artificiosamente á su fin, prepare la catástrofe y mantenga al espectador siempre suspenso, esto requiere mucha meditacion y gran detenimiento.

Estas últimas cualidades son las que le faltaron á Lope para ser perfecto; y su falta le precipitó en grandes extravíos. Entregándose sin freno alguno á su lastimosa facilidad, demasiado pronto á tomar la pluma, é impaciente por acabar, sacri conjunto á los pormenores, y desgracia lo esencial por lo

sorios. Corre, sin saber adonde marcha, ni cuando parará: no se concede el tiempo de respirar siquiera, y á lo mejor se queda sin aliento. Semejante al pródigo, derrama inconsideradamente sus tesoros, en vez de distribuirlos con cordura; y en medio de tantas riquezas, aparece muy á menudo pobre y miserable. Así Lope, para ser apreciado en lo que vale, necesita presentarse cargado con el inmenso caudal de sus obras: vistas juntas asombran, y dejan anonadado al que las contempla; desmenuzadas, se pierde el prestigio y no pocas veces causan extraño desagrado. Se pueden comparar á un inmenso paisage que desde lejos presenta imponentes masas de árboles y montes, nubes y variados celajes: el conjunto sorprende y asombra; pero internándose en él, se desvanece la ilusion; y á par de bellas flores, sombras agradables y fuentes deliciosas, se encuentran sitios agrestes, rocas incultas, estensos eriales; cenagales inmundos; y por todas partes la maleza ahoga la vejetacion que de lejos parecia tan lozana.

Y no estuvo todo el daño en lo bueno que dejó de hacer, sino en el mal ejemplo que diera, siendo imitado en sus defectos por la mayor parte de sus contemporáneos y sucesores. Como una de las cualidades que en él mas sorprendieron fue su inmensa fecundidad, todos sus imitadores creyeron que no eran poetas dramáticos, si no eran tambien fecundos; y diéronse todos á escribir comedias á destajo, produciéndolas á cientos. Quedándose aun en esta parte muy atras, no le aventajaron en las demás; y escepto algunos pocos que indudablemente produjeron obras mejores que las suyas, el vulgo de los dramaturgos escribió todavia con mas desarreglo y menos gusto. Acostumbró además Lope á componer, no para el arte, sino para el pueblo únicamente y segun su capricho. Si es cierto que el poeta, y mas el dramático, tiene que escribir para el pueblo, tambien lo es que no debe constituirse en servil adulador de sus gustos con frecuencia depravados. El cielo no le da el ingenio para esto solo, y es su obligacion corregir lo que el buen gusto y la razon desaprueban. El arte le ha de merecer tambien algun esfuerzo, y él está para perfeccionarlo: que la gran dificultad y la verdadera gloria consisten, no en agradar á la plebe á espensas del arte; no tampoco en sujetarse á este, sin consideracion á los gustos del pueblo, sino en atender á las dos cosas juntamente, en hermanar estos dos fines indispensables, y en vencer todos los obstáculos que ofrece tan árdua empresa. Si Lope hubiera hecho esto, no se diria de él que ha escrito mil ochocientas comedias; pero tendriamos unas pocas que sabriamos de memoria.

Basta ya sobre las bellezas y los defectos de Lope de Vega, y sobre la influencia que tuvo en el teatro moderno. Contraigámonos ahora á hablar mas particularmente de sus comedias.

Estas se pueden dividir en varias clases.

1.ª Las de costumbres, en que mas se acercó á Terencio y á Plauto, é imitó acaso sobradamente la licencia de los cómicos antiguos. Llamamos así á las comedias en que se pintan los vicios de los hombres en sociedad, y se retratan sobre la escena: pero como en tiempo de Lope no podian criticarse los vicios de ciertas personas y clases, hubo de limitarse á las mas abyectas y bajas, como en el *Rufian Castrucho*. En estas obras no es Lope tan culto y urbano como en las demas, pero afortunadamente tiene pocas.

2.ª Comedias de intriga y amor, llamadas generalmente de capa y espada. En este género fué original y mejor que en ningun otro. A él deben referirse muchas en que aunque se introduzcan reyes y emperadores, la fábula no versa sobre hechos históricos, sino sobre lances de amor y celos. Es tambien el que mas se cultivó por todos nuestros antiguos poetas dramáticos, y en el que tenemos mas riquezas.

3.ª Comedias pastoriles, género que agradaba mucho á Lope, y en que imitó la *Aminta* del Tasso y el *Pastor Fido* de Guarini, pero dando mas complicacion é interés á la fábula. Sobresalió en él por las excelentes descripciones poéticas que admite. En todas las obras de Lope se ve el placer con que describe las bellezas sencillas, las escenas hermosas de la naturaleza, las dulzuras de la vida del campo y la sencillez de costumbres que es consiguiente á ella; pero introdujo tambien en estas comedias el mismo género novelesco que en las demas.

4.ª La comedia heróica, ó de sucesos verdaderos, ó creidos tales, como la historia de Bernardo del Carpio. En las comedias de este género se observa en Lope mas celeridad que en otro alguno, y se acercó mas á la manera de Cueva y Virués: muchas fueron comedias de circunstancias.

5.ª La trajedia: puso el título de trajedia á algunas de sus composiciones, porque el desenlace era lastimoso, aunque la forma fuese la misma que en los demas dramas: de modo que no hay mas diferencia entre lo que él llama comedia y lo que tal vez intitula trajedia, que el ser en la primera el desenlace feliz, y en la segunda funesto.

6.ª Las comedias mitológicas: por lo general son comedias de teatro.

7.ª Las de santos: tambien de apariencias teatrales, en las cuales estaba recibido que se introdujesen los demonios, saliendo por escotillon, y los ángeles por nubes. Estos dos últimos géneros por sí son ya bastante inferiores, el uno [illegible] de una creencia que no nos pertenece, y el otro por a[illegible] demasiado al

auditorio los objetos de la suya. No tienen en Lope bastante mérito.

8.ª La comedia filosófica ó ideal, en que se conoce la intencion de desenvolver alguna máxima de moral universal; género en que Lope se elevó apenas sobre la comedia de intriga, y que Calderon llevó despues á tan alto grado de perfeccion: son pocas tambien las que tiene de esta clase. (1)

Como Lope abrazó todos los géneros, la anterior clasificacion se puede aplicar á toda nuestra antigua literatura dramática, y por lo tanto á cada uno de nuestros poetas que se ejercitaron en ella, los cuales aspiraron casi todos á la misma generalidad. Sirva, pues, tambien para cuando hablemos de ellos.

Mucho habria que citar de Lope, pero es difícil elegir en tal cúmulo de obras. Sus comedias mas nombradas, ó por lo menos las que mas se han conservado en el teatro hasta estos últimos tiempos son: *El anzuelo de Fenisa*; *Obras son amores y no buenas razones*; *Si no vieran las mugeres!* *Las flores de don Juan*; *La esclava de su galan*; *La moza de cántaro*; *Querer su propia desdicha*; *Los milagros del desprecio*; *El castigo sin venganza*; *La estrella de Sevilla*; *El premio del bien hablar*; *Por la puente, Juana*; *El mejor alcalde el rey*; *Lo cierto por lo dudoso*; *El perro del hortelano*; *La dama melindrosa*; *La bella mal maridada*; *Amar sin saber á quien*; *El acero de Madrid*; *La ilustre fregona*; *La hermosa fea*; *El mayor imposible*; *La boba para los otros y discreta para sí*. En el prólogo del *Peregrino en su patria* puso Lope una lista de las comedias que habia publicado hasta entonces.

Para completar, por medio de ejemplos, la idea que hemos procurado presentar de Lope, citaremos trozos de algunas de esas comedias. No nos detendremos, sin embargo, mas que en una sola, porque trás de que nos conduciria demasiado lejos el hacer lo mismo con otras, hallamos en esta las mas bellas escenas que han salido de la pluma de tan insigne dramático. *La Estrella de Sevilla*, á la cual dió Lope el título de trajedia, ofrece tanta nobleza de afectos, y tan bellos caractéres, que nos ha parecido merecer la preferencia. Su argumento es eminentemente dramático.

Sancho Ortiz quiere á Estrella, y ambos están para casarse

(1) Debemos esta clasificacion al profundo humanista y excelente crítico, maestro incansable de la juventud, don Alberto Lista y Aragon, cuyo fallecimiento, acaecido en 5 de octubre de 1848, llenó de luto á los verdaderos amantes de las letras, quienes perdieron á su muerte un verdadero oráculo.

n el consentimiento del hermano de ésta, Bustos Tavera. Doña strella es la mas hermosa dama de Sevilla, y el rey don San- o el Bravo se ha prendado de su belleza. Tavera cuida con la as esquisita vigilancia del honor de su virtuosa hermana, y roja de su casa al disfrazado monarca. Despechado el rey, lla- a á Sancho Ortiz, y le dice que es necesaria la muerte de un mbre que ha sacado la espada contra él; Sancho promete eje- tar la voluntad del soberano; pero al saber luego que la víctí- a ha de ser Tavera, vacila. Sin embargo, su palabra puede mas e su cariño; desafia á Bustos y le mata. Preso por esta muerte, niega á descubrir al rey, á pesar de su amor por Estrella, y i jueces van á sentenciarle, cuando el monarca, viendo tanta ltad y heroismo, descubre su falta y la inocencia de Sancho. te argumento da lugar á escenas del mayor interés, y es pre- o confesar que Lope de Vega se elevó en esta obra á una su- imidad que alcanzaba raras veces, manejando las pasiones de modo que no es tampoco muy comun en nuestros antiguos ramáticos.

Hé aquí como habla el rey de su pasion á su confidente don rias.

Arias. ¿Vos la habeis visto, señor?
Rey. Una sola vez la hablé.
Y muy tierno le conté
De mi pasion el furor.
Arias. ¿Qué dijo, pues?
Rey. Me pasmó
Don Arias, con su respuesta:
Todo mi incendio le heló.
Paréceme que la escucho:
Soy, dijo, á mi furor loco,
Para esposa vuestra poco,
Para dama vuestra mucho.
Arias. ¡Famosa respuesta!
Rey. Y tal,
Que cuando me la propuso,
Si ella mas bella se puso,
Yo quedé yerto y mortal.
Arias. Desamor fué muy cruel.
Rey. No alcanzando yo otro medio,
Pues no esperaba remedio
Ni por ella ni por él,
Me olvidé de mi grandeza,
Don Arias, y al fin me dejo,
Llevado de tu consejo,
Correr hácia la bajeza.
Seducir logré la esclava

Que anoche entrado me dió;
Mas Bustos me descubrió
Cuando más ufano entraba.
La espada osada sacó
Con valor, mas con respeto,
Que aunque lo negó, en efecto,
Pienso que me conoció.
Dije quién soy, y arrogante
Me responde que mentia,
Y que un rey no cometia
Jamás accion semejante.
Confieso que me corrí,
No de que tal me dijera,
Mas de que razon tuviera
Para sonrojarme así.
Del Alcázar á la puerta
Ya supiste que hoy estaba
La desventurada esclava
Con tres puñaladas muerta.

El rey propone á Rodelas que mate á Bustos á traicion respuesta es digna de un castellano.

Rey. Cuando le halleis descuidado
Podeis matarle.
Sancho Señor.
Siendo Roela y soldado,
¿Me quereis hacer traidor?
¡Yo dar muerte á un desarmado!
Cuerpo á cuerpo he de matalle,
Donde Sevilla lo vea,
O en la plaza ó en la calle:
Que al que mata y no pelea,
Nadie puede disculpalle.
Vos decís que está culpado;
Y porque ese es su destino,
Y vos me lo habeis mandado,
Le mataré como honrado,
Pero no como asesino.

Abre Sancho el billete en que está escrito el nombre del ha de morir, y al ver que es Tavera, exclama:

¡Muerto soy!... ¡Sentencia fiera!
Cuanto bien pensé encontrar,
Voló, como si humo fuera...
¿Si acaso mal lo leí?
Mano, no á temblar empieces..,

A Bustos Tavera... Sí...
Bustos Tavera... mil veces...
Caiga el cielo sobre mí...
Perdido soy... ¿Qué hé de hacer?
Al rey la palabra he dado;
Soy noble... ¿Y he de perder
Despues de tanto cuidado
A Estrella? No puede ser.
Viva Busto... Busto injusto
Contra su rey, por mi gusto,
¿Ha de vivir?... Bustos muera...
¿A qué batalla tan fiera
Me entrega tu nombre, Busto?
Yo no puedo con mi honor
Cumplir, si á mi amor acudo;
¿Mas quién resistirse pudo,
Si es verdadero el amor?
Morirme será mejor
O ausentarme, de manera
Que por mi mano no muera...
¿Pero al rey he de faltar?
Si le mata por Estrella
El Rey, y en servirla trata,
Si por Estrella le mata,
No muera Bustos por ella.
Ofenderle es ofendella...
¡La espada sacasteis vos,
Y al Rey quisisteis herir!
¿El rey no pudo mentir?
No, que es imágen de Dios.
Bustos, habeis de morir:
No hay ley que tanto me obligue,
Mi loco amor se mitigue.
No sé si es injusto el rey;
Es obedecerle ley;
Si lo es, Dios le castigue.
Perdóname, Estrella hermosa,
Que no es pequeño castigo,
Por no perder otra cosa,
Perderte, y ser enemigo
De mi mas querida esposa.

ıntes de la catástrofe que ha de sumir á los dos amantes en ı dolor, pinta el poeta con los colores mas vivos, la alegría ımbos sienten por su próxima union. Dice Estrella.

No sé si me vestí bien
Como me vestí de prisa.
Hasta aquí me he descuidado,
Que no ser bella quería.

Sin guarda entre poderosos
Es la hermosura desdicha...
Hoy de mi esposo adorado
Al ardiente amor rendida,
Es obligacion y es gusto
Ponerme á sus ojos linda,
Quisiera hoy ser la mas bella
De cuantas hay en Sevilla,
Porque el placer de Don Sancho
Con mi contento compita.
¡Qué gloria será ser suya
Despues de tantas fatigas,
Tales sustos, dudas tales,
Tanto suyas como mias!
¡Con qué contento, Teodora,
Mi papel recibiria
Aquella alma que en amarme
Tiene toda su delicia!
¡Con qué contento tan dulce,
Y con cuánto gusto, amiga,
Entre el placer y el rubor
Le recibiré sumisa!...
Paréceme que lo veo,
Bañado el rostro de risa,
Acercarse el mas gallardo
De Sevilla... ¡qué Sevilla!
Ni todo el orbe á mis ojos
Contiene igual gallardía.
¡Cómo al alargar la mano
Se esmerará su caricia!
Pienso escucharle y que dice
Mil cosas tan bien sentidas,
Que sale el alma á los ojos,
Con el amor que las dicta.
Dichas ¡ay! son de mi estrella;
Venturosa estrella mia,
Que no creia yo ver
Tanto gozo y tales dichas.

Llega el page que llevó la carta, y dice:

Estrella. ¿Díste el papel?
Clorindo. Si, señora.
Estrella. Cuéntame, por vida mia,
El gozo que al recibirlo
Mostró aquella alma rendida.
Clorindo Dí el papel y dí el recado
Que me disteis; la alegría.

Se pintó al punto en sus ojos
Que arrojaban de amor chispas.
Tomó la carta, besóla,
Abriola, la leyó aprisa:
Esto hizo, mas no sé
Como lo demás te diga;
Pues tan desusada luz,
Tan desusada delicia
Brillaba en su bella frente
Cuando la carta leia,
Que ni la he visto jamás,
Ni sé yo cómo se pinta;
Sino llamándola igual
A la que mostrais vos mismá.
Cuando leido la hubo,
El placer le confundia,
Y alternaban sus palabras
Ni bien llanto, ni bien risa.
Mandó que á su casa toda
Diga que galas se vista,
Y que el adorno de todos
Sea su propia alegría.
¡Con qué agradable desórden
Se esplicaba! ¡Con qué prisa
Mandó que á veros viniera
Precursor de su venida!
Cuasi me riñó, señora,
Porque le dí albricias,
Y este jacinto me dió.

Despues de esta alegria tan bien pintada, entran las escenas dolor. Traen á Estrella el cadáver de su hermano, y esma.

¡Ay! ya lo veo.. La herida,
La fiera herida reciente
Cerrará mi boca.. Impía
Y cruel gente, dejadme,
Dejad que su sangre fria
Con mi sangre vivifique...
Sangre ilustre, que vertida,
Con dar paso á una alma grande
Llenas de furor la mia,
Yo por tí juro á los cielos
Poner una mano altiva
Que te vengue de la mano
Cruel, arrojada, impía,

Que abrió la puerta en tu pecho
Para mi eterna desdicha...
Caro amigo de mi hermano,
Apoyo de su afligida
Hermana; tú que á ser vienes
Quien mi casa por él rija,
Alza tu invencible brazo,
Consuélame en mi fatiga...
Llamadme, amigos; llamadme
A Sancho Ortiz; venga á prisa,
Consuéleme con vengarme.

Guzman. Ved que es ese el homicida...
El le mató, y ya seguro,
Hoy mismo se hará justicia.

Estrella. ¿Quién, decís?

Guzman. Don Sancho Ortiz.

Estrella. ¿Se engañó la atencion mia?

Guzman. Sancho Ortiz de las Roelas
Cometió esta muerte impía;
Pero preso está y confeso.

Estrella. Dejadme, gente enemiga,
Que en vuestras lenguas traeis
Del negro infierno las iras,
¡Mi hermano es muerto, y le ha muerto
Sancho Ortiz!... ¿Hay mas fatigas,
Santo Dios, hay mas tormentos
Para una alma, hay mas desdicha?
¡Sancho Ortiz!... ¡Y Estrella vive!
De mármol soy, si estoy viva.

Por fin se hallan los dos amantes en presencia uno de otr

Estrella. ¡Sostenme, Teodora, un poco!
Sostenme que estoy sin brio..
Acércame á ese infelice,
De mi sosiego enemigo,
Que fué duro como un mármol,
Y está como un mármol frio..
Vuélveme á sentar, amiga...
No pueden mis pies conmigo..
¿Lloras, Sancho? ¿En ese pecho
Tan feroz y empedernido
Pudo lástima caber
Del pesar y dolor mio?
¿Del dolor que vos causais?
Acercádmelo, os suplico;
Que aun alzar la voz no puedo.

Sancho. ¡Gran Dios! ¿Hay mayor suplicio?

la. Dime, corazon de piedra,
Sancho, por mi mal nacido,
De odio y de amor junto estraño,
Y origen de mis martirios;
¿En qué te ofendió mi hermano?
Estrella ¿en qué te ha ofendido?
¡De donde esperé el amparo
La desolacion me vino!
Me trajo la desventura
De donde esperé el alivio!

o. ¿Pues veis que un corazon duro.
Cual decis, y empedernido,
Llora: ¿qué me preguntais?
Leed el interior mio;
Que estas lágrimas os dicen
Todo aquello que no digo.
El dolor que ellas publican
Del aparente delito,
Pudiera ser gloria acaso
Si fuera de ellas mas digno;
Pero de ser digno dejo
Porque lo soy en sentirlo.

la. No os entiendo, D. Sancho.

o. Ni yo me entiendo á mí mismo.

la. ¿No sabias las venturas
Que el amado hermano mio
Te preparaba?

o. Señora,
Bustos propio me las dijo.

la. ¿Y pagaste su fineza
Con darle la muerte, impío?

o. Pues entonces le maté,
Ved cual seria el motivo.

la. ¿Dió él la causa?

o. No la dió.

la. ¿Y la dí yo?

o. Estais sin juicio:
¡Vos ofender á D. Sancho!

la. Pues si los dos no hemos sido,
¿Quién pudo tanto con vos
Que os arrastró al precipicio?
¿Ha sido el rey?

o. ¡Ay, Estrella!
No fué sino mi destino,
Maté á un hombre maté á Bustos,
Maté á mi mayor amigo,
A un hombre, tal que primer
Me mataria á mí mismo;
Y le maté con razon,
Matándole sin motivo.

Cometí una atrocidad,
Mas no cometí un delito.
Ni puedo, ni diré mas;
Y aun mas que debiera he dicho:
Entended vos lo que callo
Por lo mismo que no digo.

Finalmente, he aquí la respuesta de Sancho Ortiz, c
apremian á que descubra quién le obligó á matar á Bus

Si lo hiciera
No cumpliera lo que debo.
Agradézcole á su Alteza
De su amistad el esceso;
Y repito lo que estaba
Cuando vinisteis, diciendo;
Aquí no hay mas que un camino,
Y este no está en poder nuestro.
Decidle á su Alteza, amigo,
Que yo cumplo lo que ofrezco;
Y si él es don Sancho el Bravo,
Yo de Sancho Ortiz me precio.
Añadid que bien pudiera
Tener papel; mas me afrento
De que papeles le pidan
A uno que sabe romperlos.
Alguno quedó que acaso
Por su firma fuera bueno;
Mas porque nadie lo viese
Supe comérmelo entero;
Y en verdad, que todo el dia
No he querido otro sustento.
Yo maté á Bustos Tavera;
Y aunque libertarme pûedo,
No quiero, por entender
Que alguna palabra ofendo.
Rey soy en cumplir la mia,
Y tan exacto y completo,
Que si en esto ser pudiera,
Mas que rey no fuera menos.
Quien conmigo ha prometido,
Es razon haga lo mesmo:
Obre quien se obligó hablando,
Pues yo me he obligado haciendo,
A quien me dijo: «prudente
Sois vos, obrad y callemos.»

No se daria una idea cabal de Lope de Vega, sino s
algunos de los pasages que tiene, donde domina aquel

mas, aquella galantería que tanto resplandece en sus obras. *emio del bien hablar* está fundado sobre este principio eresco.

Es honrar á las mugeres
Deuda á que obligados nacen
Todos los hombres de bien.

n Juan que ha muerto á un hombre, por haberle oido hal de una dama, viéndose perseguido por la justicia, se a en casa de Leonarda. Esta le concede el hospedage, ndole en el cuarto de una esclava; y hé aquí la escena ene con él en ese mismo cuarto.

da. ¿Habeis pasado muy mal
De aposento y de comida?
m. No la he tenido en mi vida,
Hermosa señora, igual.
da. Dar un palacio real
A vuestro valor quisiera.
m. Menos á mi intento fuera:
Por ser de esclava lo alabo;
Que siendo yo vuestro esclavo,
Me disteis mi propia esfera.
Vine á mi centro en venir
Donde vuestra esclava vive;
Parece que me apercibe
De que os tengo de servir:
Si aquí os puedo ver y oir
Toda mi ventura encierra;
Todos mis males destierra;
Porque despues de no estar
En el cielo, no hay buscar
Mayor descanso en la tierra.
Pero ¿qué ha de ser de mí,
Ya que en tal lugar estoy,
Si en siendo noche me voy
De aqueste dia en que os ví?
Si tan presto el bien perdí,
Fué efímera mi ventura:
No es bien el que poco dura.
Mas ¿quién, señora, pensára
Que mis contrarios vengára
Vuestra divina hermosura?
Cuál es el muerto no acierto,
Bella Leonarda, á juzgar:
Si el no veros me ha de dar
La muerte, yo soy el muerto.
De mis desdichas, y llego

Donde á la muerte navego
Con tal tormenta y rigor,
Que quiere anegar amor
El alma en un mar de fuego.
¿Qué hice yo á vuestros ojos
Que vengan mis enemigos,
Cuando los hice testigos
De mis lágrimas y enojos?
Juzgareis que son antojos
Decirme que me desalma
Amor que me tiene en calma;
Pero vuestra discrecion
Sabe que la obligacion
Abre las puertas del alma.
Primero os amé que os ví:
¿Quién vió tan nuevo obligar?
Y no lo podeis negar,
Pues sabeis que os ofendí.
Mirad cómo merecí
Favores antes de veros,
Pero fué para perderos;
Pues en viéndonos los dos,
No me defendí de vos,
Aunque supe defenderos.

Leonarda. Señor don Juan, si teneis
Determinado partiros,
Mal podré yo persuadiros
Contra lo que vos quereis;
Y basta que me dejeis
Con tantas obligaciones,
Sin decirme estas razones
Para mi pena y dolor;
Que no le detiene amor
A quien deja las prisiones.
Defenderme antes de verme
No fué amor, nobleza fué,
O condicion vuestra en fé
De obligarme y conocerme;
Pero si fué defenderme
Nobleza, nobleza fué
El haberos defendido;
Con que direis con razon
Que cumple su obligacion
Beneficio agradecido.
Vos que os vais porque quereis;
Y algun deseo llevais,
Pues porque quereis os vais
Cuando quedaros podeis.
Al peligro anteponeis
El ángel que en la posada

Debe de estar lastimado;
Mirad que estraños desvelos,
Que os estoy pidiendo celos
Sin amar ni ser amada.
Dicen que la enfermedad
Tiene la espada desnuda
Cuando está la vida en duda;
Y en mí el ejemplo mirad:
A matar la libertad
La espada desnuda entrastes,
Aunque piadosa me hallastes;
Pero el efecto que hicistes
No os lo dije, pues os fuistes
Con mas prisa que llegastes.
Id en buen hora á buscar
Esa dama venturosa,
Que estará tan cuidadosa
Como me habeis de dejar.
Mirad si quereis llevar
Alguna cosa de aquí;
Que os aseguro que fuí
Dichosa en que luego os vais,
Porque si mas os tardais,
Me llevaredes á mí.

gue el lector si un público caballeresco y galante, que solo ido en el teatro antes de Lope bufonadas ó atrocidades, menos de entusiasmarse al escuchar esa dulce versifica- esos pensamientos tan delicados.

Querer su propia desdicha, responde el galan al rey, manifestaba desconfianza de que hubiese revelado á su da- secreto:

Sin razon has agraviado,
Señor, las verdades mias,
Si perdiera á Angela bella,
Alma por quien tengo vida,
Vida al alma tan asida
Que vivo y muero por ella:
Si pensára que jamás
La habian de ver mis ojos,
Por celos ó por enojos,
Que no hay que decirte mas;
No le dijera un secreto
Que tú me dijiste á mí.

la misma comedia doña Inés y doña Angela que amaban misma persona, tienen el diálogo siguiente:

Angela. No le habrás querido, Inés;
Que le quisieras despues
Que pobre y deshecho está.
Ines. Pues Angela, ¿quién habrá
Que quiera á quien ya cayó
En desgracia del rey?
Angela. Yo,
Que de esa voz eco he sido;
Que si cayó, yo he querido
Darle la mano, y tú no.
Yo le quise con verdad;
Y la verdad es tan fuerte,
Que no la mata la muerte,
Ni la ofende la crueldad.
Subióle su Magestad
Hasta el sol, de los cabellos;
Mas ya que le suelta dellos,
Porque no se haga pedazos,
Quiso ponerle mis brazos
Para que caiga sobre ellos.

Hasta en las comedias mas débiles de Lope, se halla ces trozos magníficos de poesía. El siguiente, sacado de *Andrómeda*, es uno de los mas dulces que puede presenta ca castellana.

Verdes montes de Acaya;
Que con la blanca arena
Del sacro mar la yerba entretegiendo,
Por unas partes playa,
Por otras selva amena,
Estais su eterno curso resistiendo;
Vosotros que poniendo
Los verdes pies calzados
De robles y sabinas,
En olas cristalinas,
Mirais vuestros estremos coronados
Del gran dosel de estrellas
Que borda el sol cuando se esconden ellas.
Claros humildes rios,
Pues á perder el nombre
Llegais al mar con inocente prisa,
Y en sus soberbios brios,
A imitacion del hombre
En olas de furor trocais la risa;
Un cazador os pisa
Criado en las ciudades,
Y en su confuso estruendo
De donde viene huyendo

A vuestras siempre alegres soledades:
Dadme tierna acogida,
Pues os doy la mas parte de mi vida.
Hora en tus verdes brazos,
Arbol, ya ninfa hermosa,
Encomiendo el venablo; y á las fuentes
Que con tan varios lazos
Por la arena lustrosa
Sonorosas dilatan sus corrientes
Por morir diligentes
En el cristal salado,
Mi descanso, mi sueño,
Mi libertad sin dueño,
Que nunca vió de amor el arco armado.
¡Dichoso yo que puedo
Libre de su rigor dormir sin miedo!
Llore el celoso ausente
Los temidos agravios,
Y celebre el presente los favores;
Al amigo los cuente,
Si fué de amantes sábios;
Y yo mi libertad á vuestras flores:
Que solo los amores
De las parleras aves
Me causan alegría,
Cuando aparece el dia,
Sentado entre la yerba, á los suaves
Céfiros que recrean
Los que vivir en soledad desean.

Lope que se ensayó en todos los géneros, no podia menos de itar una de las obras que mas celebridad tenian, y que sin ser dadera comedia, ofrecía sus formas, la *Celestina*. Hizo *la Do- ea* que, como aquella, es una novela en diálogo, y aunque á lejos de igualarla, hubo de dejar á su autor bastante satisfe-), puesto que hablando de ella, dice: *por ventura de mi la mas rida*. Está dividida en cinco *actos*, que este nombre les da lo el de jornadas, y escrita en prosa con intercalacion de bas- ites composiciones poéticas. Como novela tiene poco interés y cansada de leer; pero el lenguage es bellísimo, y sobre todo, versos son de los mejores de Lope, hallándose entre ellos sus nosas barquillas. Para que se conozca la prosa de este insigne ritor, copiaremos el siguiente monólogo que tiene Dorotea en primer acto.

»¡Ay infeliz de mí! ¿Para qué vivo? ¿Para qué solicito con- rvar la mas triste vida que se ha dado á esclava? ¿Cuál mu- r de mis años la pasa con tantos sobresaltos y desdichas? ¿Dón-

vida, sino es perdiendo el seso. pero si ama te dijere esta
dad en tu agravio, consulta con prudencia tu entendimien
con tu amor tus años. Pero ¿cómo es posible que el primero
miento de lo que digo, haya llegado á mi imaginacion? ¿Qu
do querer sino quererte? ¿En qué puedo emplear mis añ
en servirte? ¿Qué puedo yo desear como agradarte? ¿Qué
za como verte? ¿Que tiempo mas bien empleado que en t
zos?¿Cómo viviré yo sin ti? Menos falta me puede hacer l
que tus ojos. ¿Quién me consolará de no verte, despues d
tos años de gozarte? Ese agrado tuyo, ese brio, ese galan d
esos regalos de tu boca, cuyo primer bozo nació en mi a
¿qué Indias los podrán suplir, qué oro, qué diamantes? M
triste! Que de esta amistad nuestra está ofendido el cielo, m
mi opinion, y mis deudos. Mi madre me persigue, las amig
riñen, los vecinos me murmuran, las envidas me reprend
necesidad ha llegado á lo último. Fernando no tiene mas qu
sus galas; mira las otras mugeres con ellas; ya le parecerá
jor; que el adorno y la riqueza añaden hermosura y estin
y la pobreza del traje descuida los ojos, y hace que una
cada dia parezca la misma, y la diferencia causa novedad,
pierta el deseo. Esto no podrá durar para siempre: y co
hay cosa mas pública que el amor, aunque jamás lo cre
amantes, será imposible librarle de algun fin desdichado, d
vida, ó en la honra, y lo que mas se debe temer, en el
¿Para qué quiero aguardar á que te canses y me aborrez
que te agraden las galas de otras, y este sayal que visto s
licio de tus brazos, y penitencia de tus ojos? No quiero ag
al fin que tienen todos los amores; pues es cierto que pa
mayor enemistad cuanto fueron mas grandes. Si debemos
enemigos despues, mas vale que ahora nos concertem
amistad, que cuando el trato cesa sin agravio, bien se pued
certar en llaneza sin reprension, y en voluntad sin miedo.»

CAPITULO IX.

CONTEMPORANEOS DE LOPE DE VEGA. IMITADORES SUYOS. RAMON, TARRAGA, AGUILAR, MIRA DE AMESCUA, MIGUEL SANCHEZ, GUILLEN DE CASTRO, VELEZ DE GUEVARA, MONTALVAN.

El impulso dado por Lope al teatro, debia por necesidad producir un gran número de imitadores, y es increible el de las piezas dramáticas que se escribieron por esclarecidos ingenios que á porfía cultivaban un género tan popu ar, y que más que otro alguno procuraba aplausos y gloria. Imposible nos es citar á todos; y aunque no lo fuera, se haria tan larga reseña cansada y enojosa. Hablaremos, sin embargo, no solamente de las mos notables, sino tambien de algunos de los de segundo órden, á fin de que los jóvenes puedan adquirir una idea de las riquezas de nuestra literatura dramática, y tengan conocimientos de cuantos autores de esta clase merecen ser nombrados entre nuestros antiguos poetas.

Quisiéramos, pero no es fácil clasificarlos; pues aunque cada cual tenga su estilo y modo peculiar, abarcaron por lo general todos los géneros que hemos enumerado en el capítulo de Lope, y tienen además sus obras un sello comun que hace imposible la clasificacion. Tampoco es dable hacerlo por épocas, puesto que todos florecieron en el corto espacio de poco mas de un siglo, y especialmente en el reinado de Felipe IV, aquel de nuestros monarcas que mas protegió el teatro, y que escribiendo él mismo tambien comedias, quiso tomar con ellos asiento en el Parnaso. Elegiremos, pues, el partido de dividirlos con arreglo á su mérito y nombradía. Hablaremos primero de algunos de los contemporáneos de Lope, que siguieron sus huellas y le imitaron sin excederle; despues de los que llegaron á ser superiores á él como poetas dramáticos, perfeccionando su obra; seguirá Calderon que llevó nuestro teatro á su mayor altura, por lo cual hay que dedicarle un capítulo á parte; y por último citaremos los de menor nota hasta que con Cañizares y Zamora exhaló el último suspiro nuestra musa dramática.

Cervantes en el prólogo de sus comedias, y Agustin de Rojas, en su viaje entretenido, nos dan una noticia de los principales contemporáneos de Lope. Dice el primero: «No por esto dejen de tener precio los trabajos del doctor Ramon, que fueron los más despues de los del gran Lope: estímense las trazas artificiosas en todo extremo del licenciado Miguel Sanchez; la gravedad del doc-

tor Mira de Mescua, honra singular de nuestra nacion; la cion é innumerables conceptos del canónigo Tárraga; la su y dulzura de don Guillen de Castro; la agudeza de Agui rumbo, el tropel, el boato y la grandeza de las comedias Velez de Guevara; y las que ahora están en jerga del agud nio de don Antonio de Galarza; y las que prometen las *Fu de amor* de Gaspar de Avila; que todos estos, y algunos otr ayudado á llevar esta gran máquina del gran Lope.»

Y Agustin de Rojas, dice dándonos estensa nomenclatu

El divino Miguel Sanchez,
¿Quién no sabe lo que inventa?
Las coplas tan milagrosas,
Sentenciosas y discretas
Que compone de contínuo,
La propiedad grande de ellas,
Y el decir bien de ellas todas
Que aquesta es mayor grandeza.
El jurado de Toledo,
Digno de memoria eterna,
Con callar está alabado,
Porque yo no sé, aunque quiera,
El gran canónigo Tárraga...
Apolo, ocasion es esta
En que si yo fuera tú
Quedára corta mi lengua.
El tiempo es breve y yo largo;
Y así he de dejar por fuerza
De alabar tantos ingenios;
Que en un sin fin procediera.
Pero de paso diré
De algunos que se me acuerdan,
Como el heróico Velarde,
Famoso Micer de Artieda,
El gran Lupercio Leonardo,
Aguilar el de Valencia,
El Licenciado Ramon,
Justiniano, Ochoa, Cepeda,
El licenciado Megía,
El buen don Diego de Vera,
Mescua, don Guillen de Castro,
Liñan, don Felix de Herrera,
Valdivieso y Armendariz,
Y entre muchos uno queda,
Damian Salustio del Poyo,
Que no ha compuesto comedia
Que no mereciese estar
Con las letras de oro impresa;

Pues dan provecho al autor.
Y honra á quien las representa.
De los farsantes que han hecho
Farsas, loas, bailes, letras,
Son Alonso de Morales,
Grajales, Zorita, Mesa,
Sanchez, Rios, Avendaño,
Juan de Vergara, Villegas,
Pedro de Morales, Castro,
Y el del hijo de la tierra,
Carabajal, Claramonte,
Y otros que no se me acuerdan.

Algunos de estos nombres pertenecen á la época anterior á Lope, y los hemos ya citado en su lugar: de los demás, parte son conocidos y existen obras suyas: los otros, á pesar de las alabanzas tributadas á algunos; tienen la desgracia de haber quedado oscurecidos, perdiéndose sus comedias. Hay en fin otros que siendo contemporáneos é imitadores de Vega, faltan en el anterior catálogo. Diremos lo que ha llegado á nuestra noticia de todos ellos. Del doctor *Ramon* tan alabado, y que Cervantes coloca despues de Vega, nada ha quedado, ni nos es posible dar noticia alguna de su vida.

El canónigo *Tárraga* gozó tambien de gran fama. Compuso varias comedias cuyos títulos, hasta doce, se conservan. No se tienen mas noticias de él sino que fué valenciano; pero se puede juzgar de su mérito por la comedia de *La enemiga favorable* que está impresa en la coleccion del señor Ochoa. Esta comedia, en tres actos, tiene un plan bastante bien combinado, y la versificacion es generalmente fluida, de modo que se conoce que el autor poseia dotes de buen poeta. Sin embargo, tenia mal gusto, y su estilo suele ser desigual; pues á vueltas de bellos pensamientos muy bien espresados, se encuentran ideas extravagantes, bajas é impropias de los personages que hablan, que son todos de alta categoría, sin que exista en esta obra el personage obligado del gracioso. Se puede formar idea de ella por la escena que tiene la reina *Trene* y *Laura*, querida del rey.

Trene. Batalla emprendo
Que me dá bien que temer.
Laura. Dudando estoy y temiendo;
Que es celosa y soy muger,
Y estoy sola y sé que ofendo.
Trene. ¡Con cuánta severidad
Me mira!
Laura. Callando culpa
Mi respeto y mi bondad.

Trene. ¿Qué cara tendrá la culpa
Delante de la verdad?
Quiero hablarla.
Laura. Sin provecho
Haga y diga; que sospecho
Qué si ella tiene un reinado,
Yo tengo un rey en el pecho.
. . . . . .
Trene. Escucha.
Laura. Dí.
Trene. ¡Jesus, qué mal proceder!
Laura. ¿Qué quieres?
Trene. Llégate aquí.
Laura. Mas tú, que me has menester,
Te puedes llegar á mí.
Trene. Mejor será que partamos
Las dos.
Laura. Es muy justa ley.
Trene. Querrá porque no riñamos, (*aparte*)
Pues nos partimos al rey,
Que el camino ambas partamos.
. . . . . .
Trene. ¿Sabes á qué vienes?
Laura. No.
Trene. ¿Sabes quién manda?
Laura. Quien reina.
Trene. ¿Quién reina?
Laura. Quien lo heredó.
Trene. ¿Tú sabes que yo soy reina?
Laura. ¿Tú sabes que yo soy yo?
Trene. ¿Y quién eres tú?
Laura. Mi honor.
Trene. ¿Y quien es tu honor?
Laura. Mi ser.
Trene. ¿Quién es tu ser?
Laura. El mejor.
Trene. ¿Cómo se deja querer
Tu ser con tanto valor?
Cómo á mi esposo cautiva,
Si tanto punto en él cabe?
Laura. ¿Yo á tu esposo? Mejor viva.
Trene. Escupe al rey, y le sabe
Mejor aquella saliva.
Laura. Calla.
Trene. El desmayo lo diga.
A fé que le guardas ley.
Laura. Esta grosera me obliga.
Trene. Tu librea viste el rey,
Tus gajes tira, ¡ay amiga!
Bien haces en no querer

A mi hermano, aunque te quiera;
Que dejar una muger
Un rey por un rey, ya fuera,
Dejar comer por comer.
Dos reyes con gran ventaja
Te sirven, y querrá Dios,
Si tu fuego no se ataja,
Que te sirvan otros dos,
Y tendrás cuatro en baraja.
¿Date gran gusto el favor
Que á mi fé mal empleada
Roba por darte el traidor?
Sí, que la fruta robada
Dicen que sabe mejor.
¿Cuántos dias tu desden
Ha tardado en ablandarse?
¿Es muy tierno? ¿Quiere bien?
¿Sabe dar? ¿Sabe enojarse?
¿Habla bien? ¿Es en tí bien?
Entra en tu casa, no pierdas
Tan gran lance, abre el balcon,
Pues de Nápoles las cuerdas,
Templadas todas á un son,
Dan luego escalas de cuerdas.
Mas ¡qué necia soy! ya taso
Los pasos del bien querer:
Quien cierra á su gusto el paso,
Ya habrá entrado á solo ver.

ura. Reina, reina, paso, paso.
Nadie ofenda mi valor,
Ni á mi sangre le haga ultraje;
Porque á la reina mejor
Le puedo prestar linage,
Y prestarle puedo honor.
La cara exenta y sin mengua,
Pasar por buena presumo;
Con verdad nadie me mengua,

ene. Será el linaje de humo,
Y el honor será de lengua.

ura Tengo mejores parientes
Que tú, y aun soy mas honrada.

ene. (*Dale un bofeton.*)
Mientes.

ura. ¿Bofeton y mientes?
De mis manos haré espada,
Y puñales de tus dientes.

:o decoro á la verdad tiene esa disputa entre una reina y uger noble, pero es bella la respuesta que da Laura luego que sale y le pregunta por qué calla.

Estoy callando,
Porque no ha de hablar la lengua
Donde está la injuria hablando.
Y pues la mia provoca
A que no acierte á decilla,
Haga, rey, esta mejilla
El oficio de mi boca.
En ella puedes leer
Mis agravios estampados,
Bien los sabrás conocer,
Que están en ella pintados
De mano de tu muger.
Aquí su orgullo inhumano
Llegó, afrentando mi gente,
Que para mostrar mas llano
Que era mi injuria patente,
Puso aquí el sello su mano.

Superior á Tárraga es *don Gaspar Aguilar*, otro poeta valenciano, que compuso hasta doce comedias, entre ellas *El mercader amante* que es la que conocemos. El argumento de esta obra, si carece para ahora de novedad, no dejaba de tenerla en tiempo del autor. Se reduce á un rico mercader que indeciso entre dos mugeres que le quieren, hace con ellas la prueba de fingirse arruinado. Una entonces le desprecia y quiere casarse con el criado del mercader á quien éste supone haber cedido una gran parte de sus bienes: la otra, por el contrario, le dá nuevas señales de su amor y se niega á un enlace ventajoso que le propone su padre. La marcha de la accion es muy regular, y á poca costa seria enteramente la de una comedia clásica; el estilo es constantemente noble y decoroso, con multitud de pensamientos delicados; la versificacion fácil y armoniosa. Júzguese por este trozo en que el mercader hace extremos de alegría al ver la fidelidad de la muger que le ama, y al recibir de ella una cadena de oro.

¿Por qué, Labinia me pones
En tantas obligaciones?
¿Piensas que pagarlas puedo?
Que esta cadena de amor
Que por tí beso y adoro,
Vale infinito, si el oro
No le quitase el valor;
Pues ya que la he recibido.
Dentro del alma he quedado
Con la cadena obligado,
Y con el oro corrido.
Pero ¿qué es esto? ¿qué antojos

Me divierten la memoria?
¿Cómo no miro esta gloria
Con lágrimas en los ojos?
Cielos de estrellas sembrados,
Y poblados de alegría,
Cómo la ventura mia
Movidos y trastornados:
Inconstantes elementos,
Ya mansos, ya embravecidos,
Que todos sois parecidos
En todo á mis pensamientos:
Claras, apacibles fuentes,
Frescos, cristalinos ríos,
Que os crecen los ojos mios
Mil veces con sus corrientes:
Arboles que dais tributos
A los toscos labradores,
Ya con hojas, ya con flores,
Ya con sombras, ya con frutos:
Montes que habeis hecho guerra
Una vez al firmamento;
Aves que vais por el viento;
Fieras que pisais la tierra:
Frescos jardines y huertas,
Do amor se está recreando:
Casas que me estais mirando
Por las ventanas y puertas;
Calles que puedo pisaros
A pesar de mi tormento;
Piedras que ya de contento
He de venir á tiraros;
Sed desta verdad espresa
Testigos de aquí adelante:
Que hay una muger constante,
Y un hombre que lo confiesa.

Valencia era entonces fértil en poetas dramáticos, y además de los dos anteriores y de otros de que hablaremos despues, produjo á don Marco Antonio Orti, Vicente Esquerdo, Jacinto Alonso Maluenda, don Antonio Folch de Cordona, que no menciona Rojas, y de los cuales se conservan ó se citan algunas obras, sin que podamos dar noticia de ellas ni de cada uno de sus autores.

Del doctor *don Antonio Mira de Amescua* ó *Mescua* hemos hablado en otro lugar como poeta lírico, citando su hermosa cancion que empieza:

Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Rompiendo el aire el pardo gilguerillo,

Como poeta dramático tuvo todavia mayor fama, y se conservan de él sobre cincuenta comedias, que no forman coleccion, y entre las cuales se pueden citar: *Amor, ingenio y muger*; *El arpa de David*; *El conde Alarcos*; *El esclavo del demonio*; *La rueda de la fortuna*; *Galan valiente y discreto*; *No hay burlas con las mugeres*; *El palacio confuso*, de donde sacó Corneille el *Don Sancho de Aragon*; *El rico avariento* que todavia se ha representado en estos últimos tiempos; *La tercera de si misma*; *La fénix de Salamanca*.

Mira de Amescua fué muy elogiado de sus contemporáneos: dotado de grande ingenio para la poesía dramática, llegó á disputar la palma de la comedia al mismo Lope; pero menos natural que este, su estilo peca muy á menudo por lo hinchado y metafórico. Sin embargo, tenia chiste, y á veces un diálogo vivo y animado, como se puede ver por el siguiente sacado de la última comedia de las citadas mas arriba.

Garcerán. ¿Dónde tomaste posada?
Solano. Junto al Cármen.
Garcerán. ¿Preveniste
La cena?
Solano. Sí.
Garcerán. ¿Qué trajiste?
Solano. Un capon, una empanada,
Dos perdices.....
Garcerán. Bien las como.
Solano. Medio cabrito extremado,
Dos gazapos.....
Garcerán. Regalado
Plato.
Solano. ¡Tiene tanto lomo!
Un gigote de carnero.....
Garcerán. Si está manido, no es malo.
Solano. Un jamon.
Garcerán. ¡Gentil regalo!
Has hecho buen despensero.
Solano. De clarete y moscatel
Tres! azumbres: que sin vino
Está en la mesa el tocino
Como cautivo en Argel.
Garcerán. ¡Ya tengo bien que cenar!
Solano. ¿Qué es, buena cena?
Garcerán. ¡Extremada!
Solano. Pues ven, la verás pintada,
Que no hay mas que desear,
En esta calle primera:
Que parece que el pintor

Dió á los gazapos primor
Y sazon á la ternera:
¿No me dirás, por tu vida,
Qué bolsa diste á Solano
Para que te tenga ufano
Mesa y cama prevenida?
Garcerán. ¿Luego no tienes dineros?
Solano. ¿De qué los he de tener,
Garcerán, si desde ayer,
Estamos los dos en cueros?
Garcerán. ¿No te di trescientos reales
En Valencia?
Solano. No lo niego;
Mas oye la cuenta, y luego
Podrás ver si están cabales,
(*Saca un papel*)
«Cuenta de lo que Solano
Ha gastado en el camino.»
Garcerán. Y dila tambien del vino.
Solano. A fé que está en buena mano.
Sesenta reales gasté
En la maleta y cogin;
Por dos mulas dí á Machin
Noventa, y me viné á pié.
¿Ves? Ahí tienes la mitad,
Item: veinte que perdiste;
Y dos que á una moza diste,
Que tuvo necesidad;
Ciento en comida y posada,
Desde Valencia hasta aquí;
Diez y ocho que bebí
De vino, en esta jornada.
¿Cuánto falta, si has contado
Para los trescientos?
Garcerán. Treinta.
Solano. ¿Justos?
Garcerán. Justos.
Solano. En la cuenta
Estoy, por Dios, engañado;
Que treinta menos cuartillo
Al dueño dí de señal:
Mas por falta de orinal,
Me acuerdo compré un jarrillo;
Y con aquesta partida
Están los treinta cabales.
Mira tus trescientos reales,
Y la cuenta concluida.

De *Miguel Sanchez*, á quien sus contemporáneos llamaron el *Divino*, no quedan noticias, ni se conocen mas comedias que una

titulada: *La guarda cuidadosa*. Hé aquí lo que dice de este poeta el señor Lista. «Si he de juzgar por la *Guarda cuidadosa* de las demás comedias suyas, es imperdonable el descuido de los impresores de su tiempo. El lenguaje tiene sencillez, correccion, pureza y cierta urbanidad que se acerca á la de Calderon. La versificacion, poco armoniosa en lo general, es magnífica y llena de imágenes cuando el poeta quiere. La intencion es siempre dramática, y pasa de una situacion á otra sin dejar nunca de interesar. Las situaciones agradables, deducidas siempre de los antecedentes, con tal arte, que no parece que me engaño al decir que esta comedia de intriga es como un tránsito del drama novelero de Lope de Vega al de Calderon. Se respira además en toda ella una atmósfera campestre, que hace mas vivas y animadas las escenas de amor y celos que se describen.»

Para muestra de su estilo, hé aquí el soliloquio de Florela en el campo.

Encinas de aqueste monte,
Entre cuya compañía
En paz segura ha pasado
Sus pocos años mi vida;
Fresnos tan amigos mios
Ya por la costumbre antigua,
Que no me pierde en vosotros
La multitud infinita;
Yerba de cuyo regazo
La siesta de tantos dias
Hice cama por mi gusto
Que me diste franca y limpia:
Hoy que por necesidad
Humilde vengo á pedilla,
Y ser quiero vuestro huesped
Toda aquesta noche fria,
No me la negueis piadosos:
Asi os sean siempre amigas.
Las influencias del cielo,
Y sus estrellas benignas;
Que aquí me traen perdida
Peligros de mi casa y mis desdichas.
Acoged seguramente
Una medrosa que fia
De vuestra muda esperanza,
Mas que de su casa misma.
Acogió en ella mi padre,
O por fuerza ó por codicia,
Al príncipe de esta tierra
Que cual es, tenga la vida.
Quedó en ella, no forzado

De tempestades prolijas,
Que estas hay vez que á los reyes
A tal humildad obligan.
Detiénenle vanidades
Y mal miradas porfías
En afrenta del vasallo
Mejor que tiene en sus villas.
Si á un padre como Leucato
Le solicitan la hija,
El mio que los hospeda
Teniéndola, ¿en qué sonda?
Que aunque no soy tan linda,
Cuanto al peligro todas son las mismas.
Anda tan entretenido
De esperanzas y mentiras,
Que llevan tras sí á los hombres
A donde quiera que vivan.
Que de su honor olvidado
No me guarda, perseguida
De los cortesanos libres
Que al amo que traen imitan,
No tengo donde acogerme,
Porque la posada es chica,
Y es de temer tanto fuego
En una casa pajiza..
Al monte me vengo huyendo
Donde al tronco de una encina
Arrimaré la cabeza
Segura aunque no dormida.
Parece que estas retamas
Con su seno me convidan,
Que hallaré segura al menos
De traicion y de desdichas;
Aqui estaré escondida
Hasta que venga á defenderme el dia.

De todos los contemporáneos de Lope, ninguno es mas célè- que *Guillen de Castro*, cuyo nombre ha traspasado los Piri- s, habiendo merecido la gloria de que Corneille imitase y co- é en parte una de sus mejores comedias, para producir su fa- o *Cid*, obra que principió la fama del gran poeta francés, se- indole la senda que le convenia seguir para crear un teatro ional, y desde la cual la escena francesa, tan pobre hasta en- ces, principió á presentar aquella serie de obras maestras con tanto se envanece. Escribió Guillen de Castro más de cua- la comedias; pero aunque no hubiese dado á luz más que las *edades del Cid*, bastaria para su gloria, no solo por la circuns- cia mencionada, sino tambien por su mérito. El plan de esta a es menos sencillo que el del poeta francés, que la descartó

de muchos episodios que embarazan la accion, si bien siguiéndolo bastante fielmente en lo demás, y cometiendo el extraño anacronismo de colocar en Sevilla la córte de Fernando I, rey de Castilla. Pero esos episodios que suprimió Corneille, si pueden ser un defecto á los ojos de los preceptistas, sirven para caracterizar mejor el personage y la época: de suerte que si la tragedia francesa ganó en regularidad, el drama español la aventaja en verdad y colorido histórico. A los franceses les bastaba un hecho interesante y dramático: los españoles necesitaban ver á su héroe como se lo pintaban las tradiciones y los romances; así es que Guillen de Castro, para completar el cuadro, compuso la segunda parte intitulada *Hazañas del Cid*, que aunque inferior en mérito, es muy bella tambien y acaba de pintar al personage. Las dos comedias de Guillen de Castro, forman juntas una epopeya que agradará siempre á los españoles.

No vacilamos en preferir las escenas del primer acto á las de Corneille que ha reducido y hecho mas mezquino el cuadro, aunque mejorándolo en algunos detalles. El acto de armar el rey caballero á Rodrigo delante de su córte, el consejo donde el mismo rey trata de nombrar ayo para su hijo y el conde Lozano afrenta á Diego Laynez, padre del Cid, dan principio á la accion de un modo mas grandioso y característico. Pero sobre todo es bella la escena en que el agraviado Laynez despues de retirarse á su casa y probar sus armas, sintiéndose incapaz de manejarlas, llama á sus tres hijos y les aprieta la mano hasta lastimarlos. Los dos primeros se quejan y lloran; pero Rodrigo, el mas jóven, le dice irritado:

Padre, soltad en mal hora;
Soltad, padre, en hora mala;
Sino fuérades mi padre,
Diéraos una bofetada.

«Ya no fuera la primera» le responde el anciano, y le encomienda su venganza. El jóven quedándose solo, al saber que es su contrario el padre de su amante, lucha entre el amor y el honor, y esplica este combate interior en un monólogo que ha traducido en gran parte el poeta francés.

Suspenso de afligido,
Estoy, Fortuna. ¿Es cierto que lo veo?
Tan en mi daño ha sido
Tu mudanza, que es tuya y no lo creo.
¿Posible pudo ser que permitiese
Tu inclemencia, que fuese

Mi padre el ofendido (¡extraña pena!)
Y el ofensor el padre de Jimena?
¿Qué haré, suerte atrevida,
Si él es el alma que me dió la vida?
¿Qué haré, (¡terrible calma!)
Si ella es la vida que me tiene el alma?
Mezclar quisiera en confianza tuya
Mi sangre con la suya:
¡Y he de verter su sangre; brava pena!
¡Yo he de matar al padre de Jimena!
Mas ya ofende esta duda
El santo honor que mi opinion sustenta:
Razon es que sacuda
De amor el yugo, y la cerviz exenta,
Acuda á lo que soy; que habiendo sido
Mi padre el ofendido,
Poco importa que fuese ¡amarga pena!
El ofensor el padre de Jimena.
¿Qué imagino? Pues que tengo
Mas valor que pocos años
Para vengar á mi padre,
Matando al conde Lozano.
¿Qué importa el bando temido
Del poderoso contrario,
Aunque tenga en las montañas
Mil amigos asturianos?
Y qué importa que en la corte
Del rey de Leon Fernando,
Su voto sea el primero,
Y en la guerra el mejor brazo?
Todo es poco, todo es nada,
En descuento de un agravio,
El primero que se ha hecho
A la sangre de Lain Calvo.
Daráme el cielo ventura,
Si la tierra me da campo,
Aunque es la primera vez
Que doy el valor al brazo.
Llevaré esta espada vieja
De Mudarra el castellano;
Aunque está bota y mohosa
Por la muerte de su amo;
Y si le pierdo el respeto,
Quiero que admita en descargo
Del ceñirmela ofendido,
Lo que le digo turbado:
«Haz cuenta, valiente espada,
Que otro Mudarra te ciñe,
Y que con mi brazo riñe
Por su honra maltratada.

Bien sé que te correrás
De venir á mi poder;
Mas no te podrás correr
De verme echar paso atrás.
Tan fuerte como tu acero
Me verás en campo armado:
Segundo dueño has cobrado
Tan bueno como el primero;
Pues cuando alguno me venza,
Corrido del torpe hecho,
Hasta la cruz en mi pecho
Te esconderé de vergüenza.

Tomada esta resolucion y dicho este monólogo, cop gran parte de los romances, busca Rodrigo al conde, y se el famoso desafío, traducido tambien por Corneille.

Cid. ¿Conde?
Conde. ¿Quién es?
Cid. A esta parte
Quiero decirte quién soy.
Conde. ¿Qué me quieres?
Cid. Quiero hablarte.
Aquel viejo que está allí
¿Sabes quién es?
Conde. Yo lo sé.
¿Por qué lo dices?
Cid. ¿Por que?
Habla bajo; escucha.
Conde. Dí.
Cid. ¿No sabes que fué despojos
De honra y valor?
Conde. Sí sería.
Cid. Y que es sangre suya y mia
La que yo tengo en los ojos.
¿Sabes?
Conde. Y el saberlo (acorta
Razones) ¿qué ha de importar?
Cid. Si vamos á otro lugar
Sabrás lo mucho que importa.
Conde. Quita, rapaz, ¿puede ser?
Vete, novel caballero,
Vete, y aprende primero
A pelear y á vencer.
Y podrás despues honrarte
De verte por mí vencido,
Sin que yo quede corrido
De vencerte y de matarte.
Deja ahora tus agravios,
Porque nunca acierta bien

Venganzas con sangre, quien
Tiene la leche en los labios.
Cid. En tí, quiero comenzar
A pelear y aprender;
Y verás si sé vencer,
Veré si sabes matar;
Y mi espada mal regida
Te dirá en mi brazo diestro
Que el corazon es maestro
De esta ciencia no aprendida.
Y quedaré satisfecho
Mezclando entre mis agravios
Esta leche de mis labios
Y esa sangre de tu pecho.

uerto el conde, llégan á quejarse ante el rey Jimena y don : es digno de citarse el discurso de este último:

Yo ví señor,
Que en aquel pecho enemigo
La espada de mi Rodrigo
Entraba á buscar mi honor.
Llegué y halléle sin vida,
Y puse, con alma exenta,
El corazon en mi afrenta,
Y los dedos en su herida.
Lavé con sangre el lugar
A donde la mancha estaba:
Porque el honor que se lava,
Con sangre se ha de lavar.
Tú, señor, que la ocasion
Viste de mi agravio, advierte
En mi cara de la suerte
Que se venga un bofeton;
Que no quedára contento,
Ni lograda mi esperanza,
Si no vieras la venganza
A donde viste la afrenta.
Agora, si en la malicia
Que á tu respeto obligó
La venganza me tocó,
Ya te toca la justicia.
Hazla en mí, rey soberano,
Pues es propio de tu alteza
Castigar en la cabeza
Los delitos de la mano.
Y solo fue mano mia
Rodrigo, yo fuí cruel;

Pues quise buscar en él
Las manos que no tenia.
Con mi cabeza cortada,
Quede Jimena contenta;
Que mi sangre sin mi afrenta
Saldrá limpia y saldrá honrada.

Estas escenas y estos conceptos tan propios de la época, y que tan al vivo pintan el espíritu caballeresco y pundonoroso, solo podian ocurrírsele á un español, donde el pundonor tenia entonces su verdadero trono. Sin el Cid de Guillen de Castro, no hubiera existido el Cid de Corneille; y sin esta tragedia acaso tampoco existieran las demas obras que tanta gloria le dan: pues en ella fue donde el poeta francés empezó á adquirir aquel tacto dramático, aquel arte de espresion noble é interesante, aquel diálogo rápido y sostenido, ya tierno, ya sublime, que caracteriza al autor del Cinna y de los Horacios.

Pudiéramos citar otras escenas, y multitud de pensamientos imitados de Guillen por Corneille; pero nos contentaremos ya con los siguientes versos de don Diego á su hijo, cuando le ve despues de haber vengado su honor:

¿Es posible que me hallo
Entre tus brazos, hijo? Aliento tomo
Para en tus alabanzas empleallo.
¿Cómo tardaste tanto? Piés de plomo
Te puso mi deseo; y pues viniste,
No he de cansarte preguntando el cómo.
Bravamente probaste, bien lo hiciste,
Bien mis pasados brios imitaste,
Bien me pagaste el ser que me debiste.
Toca las blancas canas que me honraste;
Llega la tierna boca á la megilla,
Donde la mancha de mi honor quitaste.
Soberbia el alma á tu valor se humilla,
Cómo conservador de la nobleza
Que ha honrado tantos reyes en Castilla.

Hablaremos con mas estension, al tratar de la novela, de *Luis Velez de Guevara*, otro de los contemporáneos de Lope. Escribió este fecundo poeta mas de cuatrocientas comedias, aunque hoy apenas se pueden reunir de él una décima parte, casi todas pertenecientes á hechos ó personages históricos. Imitó en todo la manera de Lope; pero no goza hoy de la opinion que tuvo como poeta dramático en su tiempo. En medio de su desarreglo, tiene, sin embargo, rasgos muy felices; sus caballeros son siempre nobles, valientes y generosos, y las damas brillan por su honestidad y recato, siendo su versificacion por lo general fluida y

, aunque á veces con resabios de mal gusto; como cuando
lomera de Santiago, doña Sol, hablando de su hermosu-
ce:

Pero poco imperta todo,
Si este mónstruo, este escorpion
A quien llaman hermosura,
(Veneno fuera mejor)
Este basilisco humano,
Este Esfinje, que nació
Para vencer á su dueño
De un parto con la traicion,
Esta breve tiranía,
Esta lisonjera flor
De la maravilla, aquesta
Breve mortal ambicion,
Para romper el respeto
Los privilegios que dió
La cortesana hidalguía
No hubiera dado ocasion.

mas célebre de los contemporáneos de Lope, admirador,
or y amigo íntimo suyo, fué el *doctor don Juan Perez de*
lvan. Nació en Madrid año de 1602: su padre Alonso Pe-
Montalvan, era librero del rey; y queriéndole dar una edu-
esmerada, le envió á la universidad de Alcalá, donde es-
on grán aprovechamiento, graduándose de doctor en teo-
Abrazó el estado eclesiástico, y fue presbítero á la edad
te y tres años, entrando poco tiempo despues en la congre-
de sacerdotes naturales de Madrid, denominado de San
Era tal su ardor por el estudio, y trabajó tan afanosamen-
sus fuerzas se agotaron, y á la edad de treinta y cinco
medio se volvió loco: en vano se le aplicaron toda clase
dios: solo se logró prolongar durante seis meses su mi-
existencia, y murió el 25 de junio de 1638, siendo se-
en la parroquia de San Miguel. Su muerte causó un
sentimiento a todos los ingenios de España que le llo-
celebraron su memoria en numerosas composiciones poé-
ue recogidas en gran parte, fueron publicadas juntas por
o don Pedro Grande de Tena, con el título de *Lágrimas*
icas á la muerte del doctor don Juan Perez de Montal-
í mereció el mismo honor que él habia tributado poco
ntes á Lope de Vega en su *fama póstuma*.
ato frecuente con este gran poeta, á quien veia conti-
e en casa de su padre, grande amigo suyo, le infundió
y veneracion hácia él, que ya rayó en entusiasmo, an-
seguir sus huellas en el camino de la gloria. Como en el

teatro era donde esta gloria brillaba mas, el teatro fue tambien la primera arena donde egercitó su pluma, y á la edad de diez y siete años ya tenia escritas algunas comedias que fueron recibidas con aplauso. No obstante, la envidia le siguió en este campo donde ansiaba coger los mas bellos laureles; y las críticas le hicieron abandonarlo, diciendo: que antes escribia cuatro ó cinco comedias por año para su pasatiempo; pero que viendo que le habian hecho pesadumbre lo que era gusto, competencia lo que era divertimiento, se habia disgustado del egercicio, siendo él muy modesto para semejantes batallas. Asi la crítica rencorosa ha solido cortar las alas á muchos nobles ingenios en lo mejor de su edad, privando al mundo de los frutos tal vez mas sazonados que hubieran podido producir. Montalvan, sin embargo, era de génio apacible y modesto, y tan propenso á la alabanza de los demas, que en esto anduvo sobradamente pródigo, como se ve en su *Para todos*, donde cubrió de elogios desmedidos hasta á los ingenios mas obscuros de su época. Sus obras dramáticas, á pesar de las críticas y de su temprana muerte, ascienden á treinta y seis comedias y doce autos sacramentales. Estas obras se conservan y las críticas han desaparecido, quedando solo de ellas el siguiente epigráma, mas maligno que ingenioso:

El doctor, tú te lo pones;
El Montalvan, no lo tienes;
Conque, en quitándote el don
Vienes á quedar Juan Perez.

Como imitador de Lope, Montalvan tiene sus defectos, y como él es desigual y desaliñado; pero tambien muy á menudo gran poeta, pareciéndose á su amigo en la facilidad y hermosura de sus versos, aunque suele tener mas vigor y energía. Sin embargo, degenera frecuentemente en hiperbólico, y apartándose de la sencillez de su maestro, adoptó los vicios todos de la escuela gongorina. Era muy aficionado á insertar en sus comedias largas relaciones poéticas y pomposas, que entre exageraciones é imágenes de poco gusto, ofrecen trozos bellísimos de magnífica poesía. Sirva de egemplo la siguiente, sacada de la comedia que lleva por título: *Cumplir con su obligacion*, una de las mejores suyas.

Llegué á Florencia, y Clenardo
A recibirme salió:
Ya sabes lo que me honró.
Entré en la ciudad gallardo
En un valiente alazan,
De aquellos que alienta y cria
La yerba de Andalucía;

Tan corpulento y bizarro,
Que al verle peinar el suelo,
Pudo codiciarle el cielo
Para el tiro de su carro.
Ví á Camila, mas hermosa
Que la Vénus, que en altares
Chipre con rosas y azahares
Venera por madre y diosa;
Con el cabello esparcido,
Por mas gala ó mas decoro,
Pareció diamante en oro:
Allí el travieso Cupido,
Que preso en ellos vivia,
Tal vez la frente besaba,
Y con los rizos jugaba
Hasta que los deshacia.
De un ébano trasparente
Su arquitectura formaban
Las cejas, que se apartaban
Por dividir cada oriente:
Negras las pestañas fueron,
Entre obscuros arreboles;
Mas ¿qué mucho, si á sus soles
Tantos años anduvieron?
En los ojos no quisiera
Hablarte, por no ofender
La magestad de su ser:
No tiene en la octava esfera
El cielo dos luminarias,
Dos antorchas, dos estrellas,
Con mas alma en sus centellas,
Si bien á mi amor contrarias.
Las manos suyas, en fin,
Sacó entre varios diamantes
De la cárcel de sus guantes
Con diez hojas de jazmin:
Y tanto las admiré
Cuando la luz advertí,
Que despues que se las ví
De la cara me olvidé.
Miróme su cielo hermoso,
Y con ser cielo estrellado,
Para mí estuvo nublado,
Por no decir riguroso.

Esta relacion puede servir de muestra de las que todos los las dramáticos de aquella época ponian en boca de los galanes, ıo tema obligado, y en las cuales apuraban los recursos de su enio para presentar imágenes, figuras retóricas, antítesis, re-écanos y cuantos adornos de bueno y mal gusto se creian

necesarios en tales ocasiones, embellecidas todavia mas con versificacion sonora, un lenguaje armonioso, dichas con én por un actor de hermosa voz, enagenaban á los espectadores

En la misma comedia ofrece Montalvan muestras de su lidad y soltura para manejar el diálogo. Sirva de egemp siguiente escena entre Camila y don Juan:

Don Juan. ¿Señora mia?
Camila. ¿Qué haceis?¡
Don Juan. Cierto negocio traia
En que hablar á Useñoría.
Camila. Aquí estoy: ¿qué me quereis?
Don Juan. Mucho pudiera decir.
Camila. Yo tambien tengo que hablaros.
Don Juan. Vuestro soy.
Camila. A preguntaros
Vengo, para mentir,
Si teneis amor.
Don Juan. ¿Yo?
Camila. Vos.
La verdad, ¿quién os inquieta?
Mendoza. El cabe está de á paleta: (*aparte*)
Tírale cuerpo de Dios.
Don Juan. No vivo tan descuidado
Que no tenga á quien querer.
Camila. Venturosa es la muger.
Don Juan. Sí, mas yo muy desgraciado.
Camila. Su ventura colegí,
Porque á vos os mereció.
Don Juan. Y mi poca suerte yo,
Porque no la merecí.
Camila. ¿Conózcola yo?
Don Juan. Sí, á fé.
Camila. ¿Es mi prima?
Don Juan. No, por Dios.
Camila. ¿Es hermosa?
Don Juan. Como vos.
Camila. ¿Quiéreos bien?
Don Juan. Eso no sé.
Camila. ¿Qué aguardais?
Don Juan. A declararme.
Camila. ¿No lo habeis hecho?
Don Juan. No puedo.
Camila. ¿Es falta de amor?
Don Juan. Es miedo.
Camila. ¿Qué os detiene?
Don Juan. El despeñarme.
Camila. ¿Por qué?
Don Juan. Porque tarde llego.
Camila. ¿Quiere ya bien?

an. ¡Ay de mí!
¿Qué decis?
an. Pienso que sí.
Aborrecerla.
an. Estoy ciego.
¿Tiene dueño?
un. Ya le espera.
¿Es fácil?
an. Es principal.
Y ¿quién sois vos?
an. Soy su igual,
Pues ¿qué os falta?
an. Que me quiera.
¿Es mi amiga?
an. Os quiere bien.
¿Suelo verla?
uan. Cada dia.
Decidme quien es.
uan. Querria.
Pues ¿qué temeis?
uan. Su desden.
¿Qué os hará?
uan. Se ofenderá.
¿En fin, decis que hoy la ví?
uan En vuestro espeje.
a. ¿Yo?
'uan. Sí.
a. ¿Luego soy yo?
'uan. Claro está.

fontalvan hizo estribar el éxito de sus obras en la complica-
del argumento; pero no deja de ostentar en esta parte bas-
facilidad y desembarazo; presentando ademas sus comedias
or regularidad que las de sus contemporáneos, sin que por
leje de tener algunas en estremo disparatadas. Esto sucede
ralmente en las heróicas, siendo en las que brilla mas las
apa y espada. Débesele sin embargo culpar de no haber imi-
á Lope en la pintura de sus damas, á las que no dió aquel
cter decoroso que tanto brilla en el fénix de los ingenios,
ntando á veces las de Montalvan rasgos vituperables de do-
oltura.

demas de los defectos de hinchazon y amaneramiento que
s criticado en el estilo de este poeta, tiene el de amplifi-
y decir una misma cosa de tres ó cuatro maneras, emplean-
as tras otra espresiones casi idénticas que no añaden idea
na, y sí solo palabras inútiles. Por egemplo, dice en *La mas*
tante mujer:

Con mas trabajos que arrojos,
Cuaja el Apenino en perlas,
Disimula el Alpe en copos,
El Pó desata en cristales,
Y el mar ligústico en golfos.

Y en la misma comedia:

Pues con esto cesarán
En mi pecho doloroso
Las ansias, las desventuras,
Las pasiones, los ahogos,
Que advierto, murmuro y callo,
Sufro, disimulo y noto.

Y en el *Nazareno Samson:*

Cuantos fieros animales,
Huéspedes de aquestos riscos,
Bordan al Hemo la falda,
Peinan al Líbano el rizo,
Lamen al Jordan la yerba,
Y el jugo chupan al Nilo.

Las comedias ya citadas, *Cumplir con su obligacion* y *La más constante muger*: con *Los amantes de Teruel, La toquera vizcaina, No hay vida como la honra*, y *De un castigo dos venganzas*, son las mejores de este autor.

Publicó Montalvan ademas de sus comedias, otras obras, y si la muerte no hubiera atajado su laboriosa carrera en lo mejor de sus años, sin duda tendríamos de él trabajos de alta importancia. A sus *novelas egemplares*, de que hablamos en su lugar, hay que añadir un poema de *Orfeo*, *La vida y purgatorio de San Patricio*, y el *Para todos*, dejando imperfectos y manuscritos otros muchos trabajos empezados, entre ellos el segundo tomo de esta última, y *un arte de bien morir*.

El *Para todos* es una obra en prosa, con algunos trozos en verso. Está dividida en siete capítulos que corresponden á los siete dias de la semana, y finje en cada uno de ellos se celebran academias y certámenes de ingenios que tratan de toda clase de asuntos y materias, ya literarias, ya científicas. En esta obra ostenta Montalvan su erudicion y vastos conocimientos, y ademas ensalza á todos los poetas dramáticos de su tiempo, citando á mas de ochenta, y diciendo que aun no los nombra á todos: de donde se puede inferir la prodigiosa actividad dramática que habia en aquella época.

CAPITULO X.

Tirso de Molina, Moreto, Alarcon, Rojas.

Hasta ahora los autores que hemos examinado se apartaban muy poco de Lope, tanto en la disposicion de sus fábulas, cuanto en el lenguaje é intencion dramática. Alguna diferencia en la versificacion, propia del carácter poético de cada escritor, era lo único que los podia distinguir: á tal punto habia aquel hombre portentoso avasallado el teatro, que á los demás no les fue ya dable hacer otra cosa que seguir sus huellas. Sancionada por él la constitucion de nuestro teatro, preciso fue á todos sujetarse á ella, y olvidadas de todo punto las formas antiguas, prevaleció el drama novelesco como el que más se adaptaba al gusto de los españoles.

Sin embargo, sujetándose siempre al mismo tipo, podian los sucesores de Lope ostentar cualidades que ya les diferenciasen lo bastante de él y de sus meros imitadores, para dar á sus composiciones un carácter particular que las hiciese reconocer entre todas. Podiase, sin destruir las formas de la comedia de enredo, combinar la fábula con mas arte, y enlazar sus varios incidentes de modo que tuviesen mayor conexion entre sí, deduciéndose unos de otros, y excitando á mas alto punto el interés y la curiosidad; era fácil tener mas fuerza cómica, mas intencion dramática, y un estilo mas castigado; cabia mayor profundidad y filosofía, mas fuerza en la pintura de los caractéres, y mas calor en la espresion de las pasiones; en fin, habia dotes dramáticas, que no alcanzadas por Lope, dejaban á sus sucesores la gloria de perfeccionar la obra, si bien tuvo él la de echar los cimientos del edificio. Esto es lo que hicieron Tirso de Molina, Moreto, Alarcon, Rojas y Calderon, que comparados con Lope de Vega, sin atender á otra cosa mas que á la bondad respectiva de sus dramas, examinados aisladamente, le fueron muy superiores. A Tirso de Molina le fué concedida la *vis cómica* en su mayor grado; á Moreto la gracia y naturalidad; á Alarcon la filosofía y perfeccion de estilo; á Rojas la energía; y á Calderon el arte en la distribucion de la fábula, la sublimidad y la mágia del lenguaje.

A no existir Lope de Vega, Tirso de Molina hubiera sido el rey de la escena española, si se atiende solo á la fecundidad; pues por confesion propia compuso trescientas comedias en catorce años. Le aventaja además en fuerza cómica, en la elocucion dramática, y hasta en flexibilidad para acomodarse á toda clase

de situaciones, caractéres y lenguages, desde el mas noble hasta el mas picaresco. Lope, sin embargo, no solo se le adelantó, no solo ocupó mas tiempo que él la atencion pública; sino que dió pruebas de mas fecunda imaginacion para inventar situaciones nuevas y variadas; sobre todo fué mas simpático con su época, por la caballerosidad de sus ideas, por el decoro que supo guardar, y por aquel respeto y adoracion que siempre conservó hacia el bello sexo, divinizando, digámoslo así, á la muger y haciéndola objeto de merecida idolatría. Tirso por el contrario, parece ocultar cierto rencor contra la mas bella mitad de la especie humana. Sus damas, lejos de ser modelos de virtud y perfeccion como las de Lope, ofrecen el tipo de la liviandad y desenvoltura; mientras que los hombres aparecen débiles, tímidos, juguetes de las pasiones de aquellas, y despreciables. Su lenguage licencioso y procaz, ofende á cada paso el decoro; y no sabemos decir si la sal ingeniosa con que sazona sus desvergüenzas, sirve para encubrirlas, ó para hacerlas todavia mas peligrosas. Su imaginacion no es fecunda, puesto que á pesar del gran número de sus dramas, se advierte en ellos mucha monotonía: casi todos giran sobre uno de estos dos datos: una duquesa ó dama de alto coturno que se enamora de un galan de inferior esfera, que le introduce en su palacio con nombre de secretario, maestre de sala ú otro, y acaba por entregarse á él, haciendo forzoso su casamiento; ó bien una muger engañada por algun galan fugitivo, y á quien ella persigue por todas partes bajo un disfraz cualquiera, desbaratando sus nuevos amores, hasta que consigue hacerlo suyo. Este carácter de las obras de Tirso, tan contrario al espíritu caballeresco, galante y pundonoroso de sus contemporáneos, fue causa de que muchas se le prohibiesen, y de que el público no acudiera á verlas con tanto afan como las de su feliz rival; quedando al fin obscurecido su nombre, hasta el punto de olvidarse y transcurrir casi dos siglos sin ser citado entre nuestros grandes ingenios dramáticos. En estos últimos tiempos es cuando, por decirlo así, ha revivido: su fama se ha rehabilitado, merced á la perfeccion con que fueron puestas en el teatro muchas de sus comedias, arregladas con tino, y purgadas en gran parte de sus obscenidades, aunque conservando bastantes para ofender los oidos menos castos. Estas comedias han atraido durante muchos años á la multitud; su anuncio bastaba para llenar el teatro; y olvidados casi enteramente Lope y Calderon, Tirso se sobrepuso á ellos, los eclipsó por un momento, y no parecia sino que los modernos se empeñaban en resarcirle de la indiferencia con que le habian tratado sus contemporáneos.

Esta indiferencia debe ser en gran parte causa de que igno-

emos casi del todo las particularidades de su vida; y decimos n gran parte, porque lo mismo nos sucede con otros ingenios ue alcanzaron mas reputacion en su vida. Lo único que hasta hora se ha podido averiguar, despues de las mas esquisitas liligencias, es que su nombre verdadero fué *Gabriel Tellez*, haiéndose disfrazado, no se sabe por qué, con aquel pseudónimo. Nació en Madrid por los años de 1585, ignorándose á punto fijo la echa. Estudió en Alcalá, y debió adquirir gran suma de conocimientos. Adelantado ya en edad, unos dicen que cumplidos los 50 años, y otros antes, se retiró al claustro, tomando el hábito de Nuestra Señora de la Merced calzada. En esta órden fue Presentado y Maestro de teología, predicador de mucha fama, cronista general de la misma, definidor de Castilla la Vieja, y por último, en 29 de Setiembre de 1645 fue elegido comendador del convento de Soria, donde se cree que murió en Febrero de 1648 de más de 60 años de edad.

Resulta, pues, que si algo sabemos de la vida de Tirso, es despues de haberse retirado al claustro, es decir, del último tercio de ella; pero todo lo relativo á su juventud y á los años en que estuvo escribiendo para el teatro, nos es totalmente desconocido. ¿Qué carrera siguió? ¿Cuáles fueron sus principales ocupaciones? ¿Cuáles las vicisitudes de su vida? Nada de esto ha llegado á nuestra noticia. Todo lo que se puede inferir de sus obras, es que su juventud debió ser muy agitada, y hubo de sentir en gran manera el influjo de las pasiones. Sin duda haria frecuentes viajes y visitaria extraños paises, pues se hallan esparcidas en sus obras descripciones de sitios y lugares que pinta como si con sus propios ojos los hubiera visto; pareciendo sobre todo indudable que pasó bastante tiempo en Portugal. Acaso el amor alteró la paz de su corazon, y le ocasionó disgustos que le hicieron formar de las mugeres la idea desfavorable que en sus comedias se revela, induciéndole á pintarlas con tan livianos colores. No falta quien sospecha que fué tambien casado; y no seria extraño que, como Lope y Calderon, hubiese servido en los ejércitos, segun les sucedia á casi todos los jóvenes de aquella época de gloria para nuestra pátria. Pero todas estas no son mas que conjeturas, y es lo cierto que nada de positivo se sabe: hasta su retrato que en 1808 existia en la biblioteca de la Merced de Madrid, ha desaparecido, sin que se haya podido averiguar su paradero.

¿Escribió Tirso sus comedias antes de ser religioso, ó continuó en este ejercicio despues de tomar el hábito? Nosotros creemos lo primero, puesto que en 1624, al imprimir *Los cigarrales de Toledo*, decia que *estaban ya dadas á luz doce comedias de las muchas que quieren ver mundo entre trescientas que en catorce años habiandivertido melancolias y honestado ociosidades*. De

suerte que, segun parece, las trescientas comedias estaban ya escritas antes de tomar el hábito, proponiéndose irlas publicando en coleccion por partes, lo cual no llegó á verificar, al menos en nombre propio; pues continuó la coleccion, hasta cinco partes, su sobrino don Francisco Lúcas de Avila.

No estaba, sin embargo, muy olvidado de las letras profanas, puesto que siendo ya religioso en 1635 publicó *Deleitar aprovechando*, coleccion de cuentos, novelas, disertaciones y comedias, parecida á los *Cigarrales*, y en la que puso su verdadero nombre; prometiendo ademas, como muy adelantadas, las segundas partes de estas dos obras, y unas *Novelas egemplares* que no llegaron á ver la luz pública. Escribió igualmente una *Genealogía de los condes de Sástago* y una *Historia general de la órden de Nuestra Señora de la Merced*: esta última obra quedó tambien inédita, guardándose su original en la Real Academia de la Historia.

No adelantó nada Tirso á Lope de Vega en la disposicion de la fábula. Aunque tiene algunas regularmente ordenadas, la mayor parte adolecen de sumo desarreglo y en muchas este desarreglo llega hasta la extravagancia. Sus invenciones son ademas altamente inverosímiles, abusando de la demasiada confianza que tiene en la buena fé de los espectadores. A la pobreza de recursos, á lo extraño de los medios que emplea, en lo cual no tiene reparo alguno, añade, como ya hemos dicho, la demasiada licencia y falta de decoro sacrificado siempre al deseo de lucirse en el diálogo, y de derramar sales y gracias. Es cierto que en estas se muestra inagotable: su diálogo es rápido y animado, lleno de soltura y amenidad, naciendo con frecuencia los chistes del feliz contraste de las ideas. Maneja el idioma con singular maestría, y su versificacion es fácil, robusta y armoniosa, rica en rimas, y por lo comun natural, aunque degenera muy á menudo en afectada y gongorina.

Sus personages usan siempre el lenguage que deben; y al paso que pone en boca de los villanos las espresiones y frases que le son propias, jamás los cortesanos dejan de hablar con urbanidad y cultura.

En los detalles es en donde brilla Tirso, si bien el conjunto de sus composiciones merece pocas veces alabanza; pero aquellos son tan perfectos, tan agradables, que sus comedias, á pesar de los grandes vicios que las deslucen, se leen siempre ó se ven representar con gusto.

Seríamos injustos, sin embargo, en decir que siempre trata Tirso mal á las mugeres: algunas obras tiene, aunque pocas, donde ha sabido presentar heroinas grandes y virtuosas con toda la perfeccion imaginable, y entre ellas *La prudencia en la mu—*

ger bastaría para hacerle perdonar muchas de las en que escarnece el bello sexo, si tuviese en esto cabida la indulgencia.

Citar y analizar sus mejores comedias, seria impropio de esta obra, cuyos estrechos límites nos obligan á contentarnos con dar una idea general de los escritores. Diremos solo que las que gozan de mas celebridad, y generalmente se ven con mayor gusto, son: *El vergonzoso en Palacio*; *Cómo han de ser los amigos*; *Palabras y Plumas*; *La Villana de Bailecas*: *El castigo del pensé que*; *Amar por razon de Estado*; *Por el sótano y el torno*; *No hay peor sordo que el que no quiere oir*; *La prudencia en la muger*; *La Villana de la Sagra*; *Privar contra su gusto*; *Don Gil de las Calzas verdes*; *Amar por arte mayor*; *Marta la piadosa*; *Amor y celos hacen discretos*; *Pruebas de amor y amistad*.

Esta última es una de las mejores, y mas bien conducidas, como tambien una de las en que Tirso de Molina pinta á la muger con amor puro y casto. Estela enamorada de don Guillen, resiste á las ofertas del conde de Barcelona; y he aquí cómo responde á los dos, rechazando á este y reconviniendo á su amante que la culpa, por haber sido solicitada.

Duque, paso: poned, duque,
Freno y límite á la lengua,
O mi injuria os le pondrá,
Que ya por hablar rebienta,
Si el conde de Barcelona,
Pretendiéndome se venga
De vuestro amor desleal,
Indignado que en su ofensa
Soliciteis á su hermana,
E ingrato pagueis las deudas
De su privanza y mi amor,
¿Por qué culpais mi firmeza?
¿Pierde por ser combatida
De los cañones la fuerza
Que, desanimando escalas,
Queda inmóvil, rotas ellas?
¿Pierde la encina constante
Porque á los vientos opuesta,
No solo el tronco, sus ramas,
Victoriosas permanezcan?
¿Oro que apuran trabajos?
¿Nave que vence tormentas?
¿Valor que gana blasones?
¿Sol que desvanece nieblas?
Pues ¿por qué quereis que yo,
Duque, persuadida pierda?
¿Constante á ruegos me agravie?

¿Me afrente, firme á promesas?
¿Admitilas? ¿díle el sí?
¿Turbéme alegre? ¿hice señas?
¿Mostré gusto? ¿intimé gracias?
¿Junté manos? ¿honré prendas?
Ni á él, ni á vos, ni á ninguno
De los hombres (de la afrenta
Diré mejor justamente
De nuestra naturaleza)
Pienso amar, ni ver, ni oir;
Porque, habitando entre fieras,
Por córtes, viviré campos,
Por casas, cursaré selvas;
A vos, por mudable; al conde,
(Pordóneme Vuestra Alteza)
Porque es ingrato á servicios,
Porque no cumple promesas,
Y yo aunque muger constante,
A combates fortaleza,
Encina á vientos contrarios;
Roca al mar, y sol á nieblas,
Vencedora de todos, entre fieras
Procuraré quedarlo de mi mesma.

En este razonamiento se ve lo aficionado que era Tirso plear metáforas y comparaciones. Si este sistema no se siempre bien con la naturalidad y sencillez que requiere media, al menos dá ocasion á trozos de admirable poesía en este autor sucede con frecuencia. La misma Estela, p carecer su constancia no necesitaba á la verdad hablar d tas, rios, fieras, y otros mil objetos de la naturaleza ¿qué oidos españoles se resisten al halago de los sig versos?

Mal, don Grao, conjeturais,
Si del monte que frecuento,
Con tan poco fundamento
Que no tengo amor sacais.
Porque antes me dan leccion
Sus peñas, plantas y flores,
Que en la facultad de amores
Eternas escuelas son.
Las peñas de su firmeza
Me enseñan á ser constante;
No hay planta que no sea amante,
Coronando su cabeza
De las yedras, cuyos lazos
Tejen laberintos bellos;
Pues si unas aumentan cuellos,

Otras multiplican brazos.
Las flores cuyos matices,
Labran planteles perfectos,
De amor imitan afectos
Ya prósperos, ya infelices;
Y siendo sus semejanzas,
Pintan con varios colores,
En lo amarillo temores,
Como en lo verde esperanzas.
Si lo azul me causa celos,
Lo morado me asegura,
Lo blanco es voluntad pura,
Si lo leonado desvelos;
Y todo junto pregona
Con guirnaldas que me ofrece,
Que al que amando permanece
La posesion le corona;
Y así estos montes, de donde
Conjeturais mí desden,
Me enseñan á querer bien.

. . . . . .

Ya os digo que el monte y prado
Leccion á mi amor han dado.
Mirad ese arroyo frio
Que ronda esas flores bellas,
Cuyas aguas lenguas se hacen
Y solo se satisfacen
En que se miran en ellas;
Estos olmos, siempre presos
De estas parras que las miden,
¿Qué premios á su amor piden
Sino es abrazos y besos?
Estas aves que acrecientan
Su amorosa detencion,
En fé que amor es union,
Con unirse se contentan.
Entre aquestas soledades
Los brutos que amor pretenden,
Voluntades solas venden
A precio de voluntades.
Y esto mi amor satisfaga;
Pues rico el amante está
Que una alma por otra dá,
Si amor con amor se paga.

peligro que tenia semejante modo de escribir, era el de
n el gongorismo que en tiempo de Tirso iba ya contami-
los ingenios; y aunque este insigne poeta se burla va-

rias veces del estilo culto, se dejó con frecuencia arrastrar
y asi, bosquejando, en *Pintar contra su gusto*, á una muge
se baña en un rio, dice:

Acrecentaba Apolo á rayos rojos
Grados de fuego que abrasando aprisa,
Se le dan á la dama, y él todo ojos,
Lo que en Dafne no pudo aqui divisa:
Despoja ropas del amor despojos,
Hasta el lino sútil (sino camisa)
Velo que corre á imágen cristalina
El viento, sumiller de su cortina.
Alabastros descalza, que aprisiona
El prado y flores porque no se vaya,
Claveles grillos son, sino corona,
Que pisados alienta y no desmaya.
El rio que estas dichas ocasiona,
Con lábios de cristal, pasa de raya,
Y á la lengua del agua por tocallos.
Argos de lenguas es hasta besallos.
El derecho jazmin sienta la orilla,
Y se estremece cuando toca en ella:
Cristal el pié, cristal la zapatilla,
Que calzára el amor á merecella:
Círculos apresura al recibilla
La fugitiva planta, aunque con ella,
Envidiosa de ver que su luz borre,
Reusando el competir, corrida corre.
Entra el segundo pie (basa segunda
De mármol vivo, de animada nieve)
Ya dá otro paso: ya (aunque no profunda)
A donde nunca el sol, la agua se atreve:
La tela, en fin, de aquella imágen funda,
Arroja á un arrayan, y de un ay leve
Animada ondas puebla de marfiles
Y milagros de amor muestra en viriles.

El que solia caer en afectacion tan ridícula, tiene no ob
descripciones de una sencillez y verdad encantadoras, como
siguiente, sacada de *Mari-Hernandez la gallega*, en qu
bajeza ni chocarrería, usa el lenguage tosco del pueblo:

Si vos, el hechizador,
Lo sentís como lo habrais,
A buen puerto vos llegais;
Que á la fé que os tengo amor.
No lo saben sermonear
Los de acá tan á lo miel:
Quizás lo hace el burriel,

O el carrasqueño manjar;
Mas vos, aunque carihato,
En cada ojo socarron
Tenedes, si hechizos son,
Dos varas de garabato.
Yo sirvo al mejor serrano
Que toda la Limia tien:
Es rico é home de bien,
E cinco ducados gano.
Siete da á cada vaquero:
Si él os recibe y conoce,
Siete y cinco serán doce:
Juntaremos el dinero,
Harémos hucha yo y vos;
Diez años le serviremos;
La alcancía quebrarémos,
A los diez años los dos.
A doce ducados, son
Diez años, si bien los cuento,
Diez á doce, veinticiento.
Que será rico pellon,
Comprarémos bacorriños,
Que los gallegos son bravos;
Un prado en que sembrar navos,
Dos cabras y dos rociños;
Cogeremos ya el centeno,
Ya la boroa, ya el millo;
Buen pan este, aunque amarillo,
Sano el otro, aunque moreno:
Gallinas que con su gallo
Nos saquen cada año pollos;
Manteca de vaca en rollos;
Seis castaños, un carballo,
Una becerra y un buey;
Y los diez años pasados,
Podrá envidiarnos casados
El conde de Monterey.

bien en el estilo elevado Tirso solia tener naturalidad y
n altos pensamientos los alambicados conceptos que usa
es, y de que hemos visto una muestra mas arriba. Sir-
ejemplo las siguientes octavas que en la comedia de *La
ia en la muger* pone en boca de don Diego de Haro,
o á Vizcaya.

Infantes, de mi estado la aspereza
nserva limpia la primera gloria
ue le dió, en vez de rey, naturaleza,

Sin que sus rayos pase la victoria.
Un nieto de Noé la dió nobleza;
Que su hidalguía no es de ejecutoria,
Ni mezcla con su sangre, lengua ó trage,
Mosáica infamia que la suya ultrage.
Cuatro bárbaros tengo por vasallos,
A quien Roma jamás conquistar pudo,
Que sin armas, sin muros, sin caballos,
Libres conservan su valor desnudo.
Montes de hierro habitan, que á estimallos,
Valiente en obras y en palabras mudo,
A sus minas guardárades decoro,
Pues por su hierro, España goza su oro.
Si su aspereza tosca no cultiva
Aranzadas á Baco, haces á Ceres,
Es porque Vénus huya, que lasciva
Hipoteca en sus frutos los placeres.
La encina hercúlea, no la blanda oliva,
Teje coronas para sus mugeres,
Que aunque diversas en el sexo y nombres,
En guerra y paz se igualan á sus hombres.
El árbol de Garnica ha conservado
La antigüedad que ilustra á sus señores,
Sin que tiranos le hayan deshojado,
Ni haga sombra á confesos ni traidores.
En su tronco, no en silla real sentado,
Nobles, puesto que pobres electores,
Tan solo un señor juran, cuyas leyes
Libres conservan de tiranos reyes.
Suyo lo soy agora, y del rey tio,
Leal en defendelle, y pretendiente
De su madre, á quien dar la mano fio,
Aunque la deslealtad su ofensa intente.
Infantes, si á la lengua iguala el brio,
Intérprete es la espada del valiente;
El hierro es vizcaino que os encargo,
Corto en palabras, pero en obras largo.

Es felicísimo Tirso en la pintura de ciertos caractére intenta ridiculizar, como en este de un cura.

Serví luego á un clerigon
Un mes (pienso que no entero)
De lacayo y despensero.
Era un hombre de opinion;
Su bonetazo calado,
Lucio, grave, carilleno,
Mula de veintidoseno,
El cuello torcido á un lado,

Y hombre, en fin, que nos mandaba
A pan y agua ayunar
Los viernes por ahorrar
La pitanza que nos daba;
Y él, comiéndose un capon
(Que tenia con ensanchas
La conciencia, por ser anchas
Las que teólogas son),
Quedándose con los dos
Alones cabeceando,
Decia al cielo mirando:
«¡Ay, ama, qué bueno es Dios!»
Dejéle, en fin, por no ver
Santo que, tan gordo y lleno,
Nunca á Dios llamaba bueno
Hasta despues de comer.

emos alabado los diálogos de este autor: muchos pudiéra- citar de todos géneros; pero nos contentaremos con uno que ue largo, caracteriza él solo á Tirso, y dá una idea del ta- que mas domina en él: está sacado de la *Villana de Ba-*

ña Violante, engañada por su amante, le sigue disfrazada leana que vende pan. Un don Juan se enamora de ella y quiebra; y ella le responde, fingiendo la sencillez de lo que nta ser, é imitando su lenguage, pero con toda la malicia ia ingeniosa cortesana que se burla del galàn enamorado.

Don Juan. Vos seais tan bien venida
Como por mayo la lluvia,
Como por enero el sol,
Como en creciente la luna,
Que alegrando el caminante,
Preside en la noche escura,
Y enseñándole la senda,
Sus peligros asegura.
Violante. ¿Aqui estaba su merced?
¡Han vido lo que madruga!
Don Juan. El cuerpo, sí, porque el alma,
Desde que ayer os vió, os busca.
Violante. ¿Luego el alma tien buscona?
Don Juan. Y si halla lo que procura,
Buen hallazgo me prometo.
Violante. ¿Qué ha perdido?
Don Juan. Joyas muchas.
La libertad que se fué
De casa, y como criatura,
No acierta á volver á ella,
Por mas que llora y pregunta.

Violante. Pues cósala á las espaldas
Un letrero ó escritura,
O dé un real al pregonero,
Que él la hallará, aunque sea aguja:
O haga ponelle una corma
Despues, porque no se le huya;
Que si dá en buscar novillos,
Sin ser música, hará fugas.
Don Juan. Vino ayer una gitana
Que las libertades hurta,
Y temo que se las lleve.
Violante. Gitanas son malas cucas.
Don Juan. ¿Y si vos fuésedes esta?
Violante. ¡Mas arre! Habrar con mesura;
Que entiendo poco de rayas,
Y no me precio de bruja.
Don Juan. A lo menos hechicera
Debe ser vuestra hermosura,
Y vos gitana de amor,
Que me dice la ventura.
Violante. Bellaca se la prometo,
Si es que á mí me la pescuda,
Porque mal la dirá buena
Quien se queja de la suya.
Don Juan. Donaire teneis.
Violante. Sin *don*;
Que en Ballecas mas se usa
El aire al limpiar las parvas,
Que el don que mos las ensucia.
¿Tienen de bajar por pan?
Don Juan. ¿Es blanco?
Violante. Como el azúcar.
Don Juan. ¿Sabroso?
Violante. Como unas nueces.
Don Juan. ¿Reciente?
Violante. Que abrasa y suda.
Don Juan Todo lo que vos traeis,
Quema.
Violante. Seré calentura.
Don Juan. ¿Habéisle vos amasado?
Violante. Pues.
Don Juan. ¿Vos misma?
Violante. ¡No, sí el cura!
Don Juan. Partidle, veré si es blanco.
Violante. ¿Es antojo?
Don Juan. ¿Quién lo duda?
Violante. ¿Preñado está?
Don Juan. De deseos.
Violante. Pues no muera la criatura.
Tome.

Don Juan. Habeisle de partir
Con los dientes.
Violante. De mi burra.
¿Y querrá que se le masque?
Don Juan. Tambien.
Violante. Arre, que echa pullas.
Don Juan. Pan de vuestra hermosa boca,
Dado contra mordeduras
De celos, perros rabiosos,
Es pan que el amor saluda.
Violante. ¿Luego rabia su merced?
Don Juan. Casi, casi.
Violante. Dóle á Judas.
Apártese, no me muerda,
Y pegue el mal á mi rucia.
Don Juan. Mientras vos estais presente,
No osa el mal hacerme injuria,
Que sois mi saludadora.
Violante. ¿De zahorina me gradúa?
Don Juan. A soplos podeis sanarme:
Mirad ¡que barata cura!
Violante. Tráigame, pues, unos fuelles;
Daréle hartas sopladuras.
Don Juan. Refrescadme el corazon,
Que en fuego de amor se apura.
Llegad, sopladme en la boca.
Violante. Póngala, si soplos busca,
Aquí, que está el sopladero
De mi parda, con mesura.
Don Juan. Acabad, no seais cruel;
Soplad.
Violante. Arre, que echa pullas.
Don Juan. Bien sabeis vos que os adoro.
Violante. Mejor se yo que se burla;
Que no busca en charcos ranas
Quien tien en la corte truchas.
Don Juan. Engañada estais en eso;
Que el que regalos procura,
Al campo á buscarlos sale:
El conejo en la espesura,
La liebre corre en los llanos,
Y por la arena menuda
Las perdices y palomas;
Junto de las fuentes puras,
Arma á los pájaros redes,
Y alguaciles de sus plumas
Las prenden con varas altas
De varetas, porque no huyan.
De suerte que no hay regalo
Que á la mesa de la gula

Sirva platos de deleite,
Que el campo no lo produzca.
En el campo vivís vos;
Cazadora es mi ventura
Caseras aves la enfadan,
Perdices del campo busca.

Violante. Pardiez que en eso acertais;
Que las aves ó avechuchas
De Madrid son papagayos,
Pluma hermosa y carne dura.
¡Quién se las ve pavonadas,
Arrastrando catalufas,
Con mas joyas que unas andas,
Y una Igreja colgaduras!
Si á pie, nieve sobre corchos,
Afrenta de la pintura,
Dando á la plata de coces,
Que por los lodos ensucian;
Si á caballo, en cuatro ruedas,
Y la fortuna sobre una;
Porque en fin son mas mudables
Tres veces que la fortuna.
Pues desplumadas, vereis
Cuán poco aprovechó el cura,
Cuando les puso en la Igreja
La sal, porque no se pudran.
Puesto que los que las comen
Nos suelen dar por escusa,
Que perdices y mugeres,
Aunque oliscan, no disgustan.

Don Juan. ¿Hay gracia mas sazonada?
Dame esa mano.

Violante. ¡O hi de pucha!
¿Y qué quereis her con ella?

Don Juan. La nieve de su blancura
Podrá mitigar mi fuego.

Violante. ¿Es mi mano la de Júdas,
Con que matan las candelas,
Dejando la Igreja á escuras?

Don Juan. Dámela, no seas cruel.

Violante. Hágase allá; no se aburra
Por ella; que tiene dueño.

Don Juan. Ea.

Violante. A fé que le sacuda
¿No le he dicho que hay quien pida
Cuenta de ella?

Don Juan. ¿Cuenta?

Violante. Y mucha.

Don Juan. ¿Luego quieren bien?

Violante. Un poco.

Don Juan. ¿Amor tienes?
Violante. Una punta.
Don Juan. ¿Eres casada?
Violante. En eso ando.
Don Juan. ¿Serás, pues, doncella?
Violante. En muda.
Don Juan. ¿Estás concertada?
Violante. Estaba.
Don Juan. ¿Y ahora?...
Violante. Se ofrecen dudas.
Don Juan. ¿Que esperas?
Violante. Que mos arrojen.
Don Juan. ¿De dónde?
Violante. De la trebuna.
Don Juan. ¿Para desposaros?
Violante. Pues.
Don Juan. ¿Quién lo estaba?
Violante. Mi fortuna.
Don Juan. ¿Tienes celos?
Violante. Por arrobas.
Don Juan. ¿Con justas causas?
Violante. Con justas.
Don Juan. Yo te vengaré.
Violante. ¿Y podrá?
Don Juan. ¿Pues no?
Violante. Es persona robusta.
Don Juan. ¿No es villano?
Violante. Eslo en trato.
Don Juan. Pues muera.
Violante. ¿Quién lo arrempuja?
Don Juan. Tu agravio.
Violante. El se enmendará.
Don Juan. Los mios.
Violante. ¿En qué le enjuria?
Don Juan. En amarte.
Violante. ¡A Dios pluguiera!
Don Juan. ¿Es mudable?
Violante. Cual la luna.
Don Juan. Aborrécelle.
Violante. ¿Por quién?
Don Juan. Por mí.
Violante. Arre, que echa pullas.
Don Juan. Labradora de mis penas,
Que contándome las tuyas,
Entre lágrimas y celos
Mi esperanza traes confusa;
Si te casas y me dejas,
Tu vida y mi sepultura
Celebrará amor á un tiempo.
Violante. Habrá requies y aleluyas.

¿Parécele á su merced
Que las labradoras usan
Quillotres de amor infame,
Sino es con voluntad lumpia?

Don Juan. Limpio es mi amor.

Violante. Si le lava.
Casaráse él por ventura
Conmigo, como mi Anton?

Don Juan. Por ventura, y será mucha
La que el cielo me dará.

Violante. Es muy alto de estatura,
Y muy pequeña mi suerte.

Don Juan. Amor las iguala y junta.

Violante. No sabré yo entarimarme,
Ni caminar campanuda
En cuatro leguas de ruedo,
Como cesta de criatura.
¡Bonita es la muchacha
Para estarse hecha figura,
Sufriendo en una visita
Desacatos de una pulga!
El amor anda entre iguales;
Que no hay labrador que unza,
Si quiere arar igualmente,
Un camello y una mula.
Supuesto esto, ó toman pan
En casa, ó á Dios.

Don Juan. Escucha,
Simple-sábia de mis ojos,
Si palabras aseguran,
Si juramentos obligan,
Si prendas desatan dudas,
Por la luz de esos dos soles
Que mis tinieblas alumbran,
Por el abril de esa cara
Que el enero no destruya,
Que si hallo que tu opinion
Corresponde á tu hermosura,
Sin mirar en calidades,
(Que amor no las pide nunca)
Rendirte he, siendo tu esposo,
La hacienda que me asegura
Dos mil ducados de renta.

Violante. Mire, si limpieza busca,
Mas cristiana vieja soy
Que Vizcaya y las Asturias.

Don Juan. ¿Has cobrádome aficion?

Violante. No sé que diabros me burga
Desque le ví, dentro el alma,
Que tien mas de mil agujas.

Pero, en fin, ¿se casará
Conmigo?
Don Juan. Sin falta ninguna.
Violante. ¿Y empalagaráse luego?
Don Juan. Amor firme siempre dura.
Violante. Lo dulce luego empalaga,
Y como el amor es fruta
Suele comerse al principio,
Y enfadar despues madura.
Don Juan. No hayas miedo de eso.
Violante. ¿A fé?
Don Juan. Por tu vida.
Violante. ¿Y por la tuya?
Don Juan. Toda es una.
Violante. En fin, ¿le agrado?
Don Juan. Infinito.
Violante. ¿Iré segura?
Don Juan. Noble soy.
Violante. ¿Querráme mucho?
Don Juan. Adoraréte.
Violante. ¿De burlas?
Don Juan. De veras.
Violante. ¿Regalaráme?
Don Juan. Como á reina.
Violante, ¿Hará locuras?
Don Juan. En quererte.
Violante, ¿Es amorado?
Don Juan Mas que un portugués.
Violante. ¿Arrulla?
Don Juan. Como palomo.
Violante. ¿Rezonga?
Don Juan. De ningun modo.
Violante. ¿Murmura?
Don Juan. Pocas veces.
Violante. ¿Es tahur?
Don Juan. Solo en amarte.
Violante. ¿Madruga?
Don Juan. Poco.
Violante. ¿Viene tarde á casa?
Don Juan. Vendré con el sol.
Violante. ¡Cordura!
¿Qué me llamará?
Don Juan. Mi cielo.
Violante. ¿Y qué mas?
Don Juan. Mi sol.
Violante. Con uñas.
Don Juan. Mi reina.
Violante. ¿Engalanaráme?
Don Juan. Como abril.
Violante. ¿Diráme injurias?

Don Juan. En mi vida.
Violante. ¿Andaré en coche?
Don Juan. Y en carroza.
Violante. ¿Traeré puntas?
Don Juan. De Flandes.
Violante. ¿Y azul?
Don Juan. Tambien.
Violante. ¿Saldré algunas veces?
Don Juan. Muchas.
Violante. ¿A visitas?
Don Juan. Sí.
Violante. ¿Y á toros?
Don Juan. Con balcon.
Violante. ¿Y confitura?
Don Juan. Cuanta quieras.
Violante. Si hay comedias...
Don Juan. No las perderás.
Violante. ¿Ninguna?
Don Juan. Ninguna, pues.
Violante. ¿Iré al prado?
Don Juan. Irás al sol.
Violante. ¿Y á la luna?
Don Juan. El verano.
Violante. ¿Y qué ha de darme?
Don Juan. El alma.
Violante. Arre, que echa pullas.

Tirso de Molina es autor del *Burlador de Sevilla*, y el creador de ese carácter de don Juan Tenorio que tanto se ha reproducido en comedias, dramas líricos, poemas, y que en el dia es europeo. El Burlador es una obra muy irregular, sobretodo en los dos primeros actos; pero las situaciones del tercero son sublimes y de grande efecto. Nada citaremos de esta obra porque su asunto es harto conocido, y porque ya basta con los trozos que hemos copiado de este insigne dramático.

La escasez de noticias que lamentamos acerca de la vida de Tirso de Molina, se reproduce con respecto á *don Agustin Moreto y Cabaña* y la hallaremos tambien cuando hablemos de *Alarcon*. Es en verdad de sentir la incuria de nuestros antepasados que habiendo gozado de las obras de tantos felices ingenios, mostraron tal indiferencia para con sus autores que no se dignaron siquiera informarse del lugar y año de su nacimiento. Tal sucede con Moreto bien digno á la verdad de otra suerte, por el lugar eminente que ocupa entre nuestros poetas dramáticos. Unos le hacen nacer en Madrid, otros en Valencia; quien dice que sus padres pertenecian á una familia ilustre, quien asegura que su madre fué comedianta. Lo único que puede deducirse por

s, es que debió nacer por los primeros años del si-
. Hubo de principiar muy jóven á escribir comedias, y
esta ocupacion durante unos veinte años, hasta que
abrazado el estado eclesiástico, la abandonó del todo,
ido en esto á Lope de Vega ni otros muchos á quienes
e estado no fué estorbo para seguir enriqueciendo el
'ambien se ignora en qué año sucedió esto, si bien pa-
en 1657 fue nombrado Rector del colegio del Refugio de
n cuyo cargo le arrebató la muerte en 1669; de suerte
ria á vivir unos sesenta años. A esto se reduce cuanto se
o saber hasta hoy dia de tan insigne poeta; debiéndose
dir que fué muy protegido del cardenal Moscoso, arzo-
Toledo, en cuya casa vivió mucho tiempo, y que era
Lope de Vega, Tirso de Molina y otros célebres escri-

esolucion de abandonar la carrera dramática despues de
razado la eclesiástica, ocupándose únicamente en obras
d y en las cosas del cielo, la extraña cláusula de su testa-
onde mandó se le sepultase en el *pradillo de los ahorca-*
ual, aunque no se cumplió, parece indica el deseo de
le este modo alguna grave culpa, ha hecho indagar la
ie pudiera haber tenido para ello; y algunos han su-
ue Moreto fue quien mató al jóven y malogrado poeta
lasar Elisio de Medinilla, tan querido de Lope, y cuyo
o llegó á descubrirse. Mas esto no pasa de una suposi-
muy poco fundamento.

o quiera que sea, si tan poco sabemos acerca de la per-
Moreto, nos quedan sus obras; y estas obras serán
las mas ricas joyas de nuestra corona dramática, y las
s se han sostenido en nuestra escena, representándose
algunas con extraordinario aplauso. Sus planes son de
regulares de nuestro teatro antiguo, aunque no dejó en
de pagar tributo al desórden dramático que reinaba en
po. Su estilo es fácil, corriente y natural, incurriendo
ces en la extravagancia del culteranismo. No alcanzó el
ingenioso de Calderon; pero se conoce que trabajó
sus dramas, al menos los principales, con estremo cui-
i bien este mismo trabajo se nota demasiado algunas ve-
po templar su imaginacion y dirigirla; y siempre urbano
ado, no por esto deja de ser, como el que mas, vivo y
).

eto estaba dotado de un ingenio flexible que se acomo-
maravillosamente á todos los géneros y á todas las situa-
Asi se le vé elevado y grande en el *Rico hombre de Al-*
lérprete profundo de las pasiones en el *Desden con el des-*

den; festivo en el *Parecido*, en *Defuera vendrá quien de casi nos echará*, y en *Trampa adelante*; lleno de gracia y sal cómica en el *Lindo don Diego*; y en todas sus comedias se muestra inimitable pintor de los caractéres, en cuya parte principal de la dramática muy pocos le igualaron.

Acúsasele, sin embargo, de poca originalidad, por haber tomado los argumentos de sus mejores comedias de otras comedias mas antiguas. Esta inculpacion es cierta, y ya en su tiempo se la echaban en cara. Cáncer, en su vejámen poético, dice:

« Y en medio de este peligro reparé, que don Agustin Moreto estaba sentado, y revolviendo unos papeles que, á mi parecer, eran comedias antiquísimas de quien nadie se acordaba. Estaba diciendo entre sí: esta no vale nada; de aquí se puede sacar algo, mudándole algo, á este paso puede aprovechar. Enojéme de verle con aquella flema, cuando todos estaban con las armas en las manos; y díjele: que ¿por qué no iba á pelear como los demás? A que me respondió: Yo peleo aquí mas que ninguno, porque aquí estoy minando al enemigo.—Vm, repliqué, me parece que está buscando qué tomar de esas comedias viejas.—Eso mismo (me respondió) me obliga á decir que estoy minando al enemigo, y echélo de ver en esta copla.

Que estoy minando imagina,
Cuando tú de mi te quejas;
Que en estas comedias viejas
He hallado una brava mina.»

Sin embargo, no acusaremos á Moreto por haber obrado de esta suerte, puesto que se le deben tan excelentes obras, habiendo seguido la misma conducta los mas célebres ingenios de todas las naciones. Mérito hay en tener una buena idea; pero el aprovecharla, y sacar de ella todo el partido posible para producir una obra perfecta, no es menos digno de elogios; y poco progresaria el entendimiento humano, si se llevase tan adelante el escrúpulo que no fuese ya permitido tocar para mejorarlo, á lo que otro imaginó sin aprovecharlo debidamente. ¿Qué importa que Moreto deba á Lope la idea del *Desden con el desden* si ha producido una obra admirable é infinitamente superior á los *Milagros del desprecio*? Así hubiera ingenios que hicieran lo propio con otros felices argumentos que el mismo Lope inventó, pero que no hizo más que bosquejar imperfectamente.

Pero si Moreto usó de su derecho imitando muchas veces,

na fue mas que imitador, pues llegó á ser plagiario. *La on hace al ladron* no tan solo reproduce el mismo argu- o que la *Villana de Vallecas* de Tirso, sino que hasta se copiada á la letra, al menos la mitad de esta última come- Tanto mas extraño es esto, cuanto que los dos poetas eran os; mas parece que Moreto lo hizo á excitacion del mismo , el cual, viendo que no se permitia la representacion de *illana*, rogó á su amigo que la arreglase de modo que la ese pasar la censura. Aunque no hay certeza de este hecho, ce bastante verosímil.

Además de las comedias citadas, escribió Moreto otras mu- , cuyo número pasa de cincuenta. De ellas extractaremos os trozos, para que se vea su estilo en diferentes géneros.

En el *Lindo don Diego*, este, enamorado de su buen talle, se engalanando como una dama, y su amigo don Mendo le re- ide inútilmente por ello:

Don Mendo. Don Diego, tanto primor
Es ya estilo impertinente:
Si todo el dia se asea
Vuestra prolija porfia,
¿Cómo os puede quedar dia
Para que la gente os vea?

Don Diego. Don Mendo, vos sois extraño:
Yo rindo con salir bien,
En una hora que me ven,
Mas que vos en todo el año.
Vos, que no tan bien formado
Os veis como yo me veo,
No os tardeis en vuestro aseo
Porque es tiempo malgastado.
Mas si veis la perfeccion
Que Dios me dió sin tramoya,
¿Quereis que trate esta joya
Con menos estimacion?
¿Veis este cuidado, vos?
Pues es virtud mas que aseo;
Porque siempre que me veo
Me admiro y alabo á Dios.
Al mirarme todo entero,
Tan bien labrado y pulido,
Mil veces he presumido
Que era mi padre tornero.
La dama bizarra y bella
Que rinde quien mas regala,
La arrastro yo con mi gala;
Pues dejadme cuidar de ella:
Y vos, que vais á otros fines,

Vestios de prisa, yo no;
Que no me he de vestir yo
Cual frailes para maitines.

Don Mendo. Si lo haceis con ese fin,
¿Qué dama hay que os quiera bien?

Don Diego Cuantas veo, si me ven
Porque en viéndome, dan fin.

Don Mendo. ¡Que llegueis á imaginar
Locura tan conocida!
¿Habeis visto en vuestra vida
Muger que os venga á buscar?

Don Diego. Eso consiste en mis tretas;
Que yo á las necias no miro,
Y en las que yo logro el tiro,
Sufren como son discretas;
Y aunque las mueva su fuego.
A hablar, callarán tambien;
Porque ven que mi desden
Ha de despreciar su ruego.

Don Mendo. ¿Vos desden? ¡Tema graciosa!

Don Diego. ¿Pues quereis que me avasalle?
¿Fácil yo con este talle?
No me faltaba otra cosa.

Don Mendo. Mirad que eso es boberia
De vuestra imaginacion.

Don Diego. No paso yo por balcon
Donde no haya batería;
Pues al pasar por las rejas
Donde voy logrando tiros,
Sordo estoy de los suspiros
Que me dan por las orejas.

Don Mendo. Vive Dios, que eso es mania
Que teneis.

Don Diego. Muger sé yo
Que dos veces se sangró
Por haberme visto un dia.

Don Mendo. Yo desengañaros quiero.

Don Diego. ¿Cómo?

Don Mendo. Que á una dama vamos
A festejar, y veamos
A cual se rinde primero.

Don Diego. ¿Pues no tenemos aqui
A nuestras primas, y vos?
¿Cuánto va que ambas á dos
Hoy se enamoran de mí?

Don Mendo. ¿No veis que en ellas es más
El honor que las refrena?

Don Diego. Hasta verme, norabuena;
Pero en mirándome, zás.

Don Mendo. (*Aparte*).

Loco soy, pues quiero yo
A este necio disuadir.
Don Diego. ¿Qué decis?
Don Mendo. Que ya temo ir
Con vos.
Don Diego. Pues no, sino no.
Mas dejadme que yo mismo
Vuelva el talle á repasar;
Que hoy por vos temo sacar
En mi gala un solecismo.
. . . . . .
El pelo va hecho una palma:
Guárdese toda muger,
Yo apostaré que al volver
En cada hebra traigo un alma.
Los vigotes son dos motes;
Diera su belleza espanto
Si hiciera una dama un manto
De puntas de estos vigotes.
El talle está de retablo;
El sombrero va sereno;
De medio arriba está bueno,
De medio abajo es el diablo.
Lo bien calzado me agrada.
¡Qué airosa pierna es la mia!
De la tienda no podia
Parecer mas bien, sacada.
Pero tened, vive Dios,
Que aquesta liga va errada
Mas larga está la lazada
El canto de un real ó dos.
Llega, mozo, á deshacella.
Don Mendo. ¡Que aquesto os cuesta fatiga!
Pues ¿qué importará esa liga?
Don Diego. No caer pájaro en ella.
Don Mendo. Mirad que esas son locuras
Que á quien las ve á risa obliga.
Don Diego. Solo con aquesta liga
Cazo yo las hermosuras.
Don Mendo Ya está bueno.
Don Diego. Ahora estan
Iguales las dos; bien voy:
Con el reparillo estoy
Cuatro dedos mas galan.
Siempre que verme repito,
Queda el alma mas ufana:
Mozo, acuérdate mañana
De traerme pan bendito.

Hemos dicho que **Moreto** sabia **manejar** las pasiones en el teatro mejor que sus contemporáneos. *El Desden con el desden* es

una contínua prueba de ello. Cárlos, viendo que no
cer la indiferencia de Diana por medio de obsequios,
preciarla y amar á Cintia, llevando su engaño hasta
la mano de esta. Cintia llega ufana á pedir á Diana
para casarse con Cárlos; y entonces, la violencia del
primido apenas en su pecho, estalla sin que baste ya
á contenerlo.

Cintia. Diana, el justo agasajo
Que, por ser tu sangre yo,
Te he debido, ahora aguardo
Que sea con tu favor
El que requiere mi estado.
Cárlos, señora, me pide
Por esposa, y en él gano
Un logro para el deseo,
Para mi nobleza un lauro.
Enamorado de mí,
Pide, señora; mi mano:
Solo tu favor me falta
Para la dicha que aguardo.
Diana. (*Aparte*).
Esto es justicia de amor.
¡Uno tras otro el agravio!
¿No me doy ya por vencida?
¿Qué mas quieres, Dios tirano?
Cintia. ¿No me respondes, señora?
Diana. Estaba, Cintia, mirando,
De qué modo es la fortuna
En sus inciertos acasos.
Anhela un pecho infeliz
Con dudas y sobresaltos,
Diligencias y deseos,
Por un bien imaginado.
Y solo porque desea
Huye de él, y es tan ingrato,
Que de otro que no le busca
Se va á poner en la mano.
Yo de su desden herida,
Procuré rendir á Cárlos;
Obliguéle con favores,
Hice finezas en vano.
Siempre en él hallé desvío;
Y sin buscarle tu halago,
Lo que huyó de mi deseo
Se va á rendir á tus brazos.
Yo estoy ciega de ofendida;
Y el favor que me has rogado

Que te dé, te pido yo
Para vengar este agravio.
Llore Cárlos tu desprecio;
Sienta su pecho tirano
La llama de tu desvio,
Pues yo en la suya me abraso.
Véngame de su soberbia:
Hállete su amor de mármol;
Pene, suspire y padezca
En tu desden, y llorando
Sufra...

Cintia. Señora ¿qué dices?
Si él conmigo no es ingrato,
¿Por qué he de dar yo castigo
A quien me hace un agasajo?
¿Por qué me has de persuadir
Lo que tú estás condenando?
Si en él su desden no es bueno,
Tambien en mi será malo.
Yo le quiero y él me quiere...

Diana. ¿Qué es quererle? ¿Tú de Cárlos
Amada y yó despreciada?
¿Tú con él casarte, cuando
Del pecho se está saliendo
El corazon á pedazos?
¿Tú logrando sus cariños,
Cuando su desden helado,
Trocados efecto y causa,
Abrasa mi pecho y rayos?
Primero viven los cielos,
Fueran las vidas de entrambos
Asunto de mi venganza,
Aunque con mis propias manos
Sacára á Cárlos del pecho
Donde á mi pesar ha entrado,
Y para morir con él
Matára en mí su retrato.
¿Cárlos casarse contigo
Cuando yo por él me abraso,
Cuando adoro su desvio
Y su desden idolátro?
Pero ¿qué digo? ¡ay de mí!
¿Yo así mi decoro ultrajo?
Miente mi labio atrevido,
Miente; mas él no es culpado;
Que si está loco mi pecho,
¿Cómo ha de estar cuerdo el labio?
Mas yo me rindo al dolor
Para hacer de uno dos daños:
Muera el corazon y el pecho,

Y viva de mi recato
La entereza. Cintia amiga,
Si á tí te pretende Cárlos,
Si da amor á tu descuido
Lo que niega á mi cuidado.
Cásate con él, y logra
Casto amor en dulces lazos.
Yo solo quise venderle;
Y este fué un empeño vano
De mi altivez, que ya veo
Que fué locura intentarlo,
Siendo accion de la fortuna;
Pues, como se ve en sus casos,
Siempre consigue el dichoso
Lo que intenta el desdichado.
El ser querida una dama
De quien desea, no es lauro.
Sino dicha de su estrella;
Y cuando yo no lo alcanzo,
No se infiere que no tengo
En mi hermosura y mi aplauso
Partes para merecerlo,
Sino suerte para hallarlo.
Y pues yo no la he tenido
Para lo que he deseado,
Lógrala tú que la tienes;
Dale de esposa la mano,
Y triunfe tu corazon
De sus rendidos halagos.
Enlace... Pero ¿qué digo?
Que me estoy atravesando
El corazon: no es posible
Resistir á lo que paso.
Toda el alma se me abrasa.
¿Para qué, cielos, lo callo,
Si por los ojos asoma
El incendio que disfrazo?
Yo no puedo resistirle;
Pues cuando lo mienta el labio,
¿Cómo he de encubrir el fuego
Que el humo está publicando?
Cintia, yo muero: el delito
De mi desden me ha llevado
A este mortal precipicio
Por la senda de mi engaño.
El amor, como deidad,
Mi altivez ha castigado;
Que es niño para las burlas,
Y Dios para los agravios.
Yo quiero, en fin, ya lo dije,

Y á tí te lo he confesado,
A pesar de mi decoro,
Porque tienes en tu mano
El triunfo que yo deseo:
Mira si habiendo pasado
Por la afrenta de decirlo,
Te estará bien el dejarlo.

ero la comedia de mas efecto que tiene Moreto, la que con frecuencia se representa es la de *El valiente y justiciero y hombre de Alcalá*. Tomada tambien de otra de Lope, *El ızon de Illescas*, como en las demas imitaciones que hizo, só á su modelo. En ella, el rey don Pedro no está repre- do con el carácter cruel que le dá la historia: se le pinta ntrario como un soberano que ejerce noblemente la justi- y que favorece al oprimido contra la injusta tiranía de los s. Asi le retratan igualmente los demas escritores que le sacado á la escena, siendo notable este contraste entre los riadores y los poetas al hablar de tan conocido monarca. No este lugar el decidir esta contienda, ni el indagar las cau- le tan distinto modo de juzgar: solo diremos que el de los as es mucho mas dramático, y debe por lo tanto ser prefe- en la comedia.

Es bellísimo el modo con que el poeta pone en presencia el del otro por primera vez á sus dos principales personajes. rey llega á casa de don Tello bajo un nombre supuesto, y ulta de aqui la hermosa escena siguiente.

Rey. Sentado se está el grosero
Sin saber quien es el que entra.
Estoy por echarle á coces
A rodar; pero aqui es fuerza
Disimular, encubrirme,
Porque su castigo sea
Para despues escarmiento
De otras tiranas cabezas.
Deme su mano vusía.
Don Tello. Cúbrase, hidalgo.
Rey. Eso es fuerza;
Que no hablo yo descubierto
Con quien sentado me llega
A recibir.
Don Tello. Tabureto.
Rey. ¿Eso mas?
Peregil. Y eso agradezca;
Porque mi amo no da asiento,
Ni aun á genoveses.

Rey. Venga.
Don Tello. Dos sillas tengo: la una
Ocupa mi esposa bella,
La otra yo: mas no os admire:
Que ricos hombres apenas
Dan silla al Rey en sus casas.
Rey. Ya lo veo que es grandeza;
Y asi elijo lo que es mio.
Don Tello. Aunque su buena presencia
Quien es nos dice, ¿en qué altura
De hidalgo se halla?
Rey. Aguilera
De la montaña.
Don Tello. Escuderos
Son de mi casa. Y ¿qué intenta?
Rey. Al Rey sigo por un pleito.
Don Tello. Habiendo espadas, ¿quién deja
Gastar su hacienda en procesos?
Rey, La ley es bien se obedezca.
Ya el Rey en Madrid está.
Don Tello. Con Doña María su prenda
Nos vendrá á dar buen egemplo
Rey. Ya es su esposa y nuestra reina;
Y al que no hablare en sus partes
Con decoro y con decencia,
Con mi espada....
Don Tello. Bueno está.
Brio el hidalguejo muestra.
Mucho quiere al Rey.
Rey. Sí quiero.
Don Tello. Siéntese el buen Aguilera.
¿Qué está ya en Madrid el Rey?
Rey. Si vueseñoría lo espera,
Ya puede pasar á verle.
Don Tello. Cuando el Rey valerse quiera
De mí para alguna cosa,
Vendrá á verme, y hacer venta
En mi casa, donde yo
A los Reyes que aqui llegan,
Como á parientes regalo
Y hospedo; y aun se me acuerda
Que á don Alonso su padre
Hospedó esta cuadra mesma
Mas de una vez, cuyas glorias....
¡Ah, que Rey Alonso era!
Mas hoy su hijo le infama.
Rey. Téngase usia y advierta
Que habla del Rey don Pedro,
Que es su Rey; y aunque no fuera
Su Rey, es tan mal sufrido,

Que le cortára la lengua,
A saber como habla de él.
Peregil. ¡Criados! ¡Hola!
Don Tello. ¿Qué intentas?
Peregil. Matarle.
Rey. Mi Rey defiendo:
Contradígalo quien quiera.
Peregil. ¡Escuderos!
Don Tello. No los llames,
Loco, necio: ¿en mi presencia
Hablas tú? Si dar castigo
A su osadía quisiera,
¿No bastára yo?
Rey. No sé.
Don Tello. ¡Eh! que la intencion es buena;
Y el buen celo de su Rey
Le disculpa: no le ofenden.
Sosegaos.
Rey. Soy buen vasallo,
Vive Dios.
Don Tello. Sin jurar.
Rey. Sea.
Don Tello. Mucho quiere al Rey.
Rey. Es ley.
Don Tello. Siéntese el buen Aguilera.
Rey. Perdonadme; que esto ha sido
Locura de la nobleza
De vasallo.
Don Tello. Yo lo soy
Tambien del Rey, y se precia
De leal, mas que ninguna,
Mi sangre: díganlo empresas
De mis ilustres abuelos;
Y por esta razon mesma
Me ha parecido gloriosa
Aquí la osadía vuestra.
Dadme esa mano.
Rey. Los nobles
Deben hablar con decencia
De los Reyes, porque son
Las deidades de la tierra,
Y en ella los pone Dios,
Y su imágen representa
Tanto el bueno como el malo;
Pues como á él se reserva
Su soberano secreto,
Nos le da su providencia,
Malo cuando nos castiga,
Y bueno cuando nos premia.

Es bella tambien y caracteristica la escena siguiente el Rey, dando audiencia, recibe á un soldado y á un co

Soldado. Yo, señor, soy capitan,
Con veinte años de experiencia,
Que en la guerra con el moro
La hambre y sed me han enseñado,
Que hallar no puede el soldado
La piedra de hacer el oro;
Pues deseando tener
Con qué pasar, como honrado,
Aunque mi sangre he sembrado.
No he cogido que comer.
Y siempre con las divisas
De que cubierto me hallas,
He reñido mas batallas
Que me he mudado camisas.
Algun modo de vivir
Por tantos servicios pido:
Que el que yo hasta aqui he tenido
Es el modo de morir.
Rey. Con cuidado quedo.
Soldado. O infiel
He sido, ó mal despachado,
Pues cuanto yo he peleado
Es porque vivais sin él;
Y es de entrambos mal estado,
Cuando vengo á pretender,
Irme yo sin qué comer,
Y quedar vos sin cuidado.
Rey. Bien está.
Contador. Yo soy, señor,
De Vuestra Alteza premiado,
Hijo de Andrés Alvarado
Que fué vuestro contador.
Y porque os sirvió tan bien,
Vuestra piadosa atencion
Me dió la administracion
De alcabalas de Jaen;
Y para cuatro años van
Que á este oficio asisto atento.
Rey. No estareis vos tan hambriento
Como el pobre capitan.
Contador. La de Murcia vacó ayer.
Y por mi servicio pido
Me mejoreis de partido.
Rey. ¿Y es servicio enriquecer?
Contador. Pues ¿no os sirve mi cuidado?
Rey. No es sino pedir de vicio,

Pues me alegais por servicio
Lo que por premio os he dado:
Si justa merced fue aquella,
Y la estais gozando ya,
Servidla bien, servirá
De conservaros en ella.
No llameis á la desdicha,
Y vuestro oficio gozad:
Que tener comodidad
No es menester, sino dicha.
A ese capitan le den
Aquesa administracion.

Soldado. Señor, es mucha razon.

Contador. Miradlo, señor, mas bien;
Que no tendrá suficiencia
Quien esto no ha ejercitado.

Rey. Para estar acomodado
Cualquiera tiene experiencia..
De ayuda de costa os den
Doscientos escudos luego.

Soldado. Logres tu reino en sosiego
La edad de Matusalen;
Y pues hoy tal dicha gano,
Sea cabal el interés,
Dándome, señor, los piés.

Rey. No os daré sino la mano.

Soldado. Quedo, señor, que me muero:
Soltad, vive Dios, ú osado...

Rey. Asi quiero yo al soldado.

Soldado. Y asi yo los reyes quiero.

Copiaremos por último el razonamiento del Rey, cuando aido á su presencia don Tello, queda éste confundido.

En fin, vos sois en la villa
Quien al mismo Rey no dá
Dentro de su casa silla.
¿El rico hombre de Alcalá
Es mas que el Rey en Castilla?
¿Vos sois aquel que imagina
Que cualquiera ley es vana,
Solo la de Dios es dina?
Mas quien no guarda la humana,
No obedece la divina.
¿Vos quién, como llegué á vello,
Partís mi cetro entre dos,
Pues nunca mi firma ó sello
Se obedece, sin que vos
Deis licencia para ello?
¿Vos quien vive tan en sí,

Que su gusto es ley; y al vellas,
No hay honor seguro aquí.
En casadas ni doncellas?
¿Esto lo aprendeis de mí?
Pues entended que el valor
Sobra en el brazo del Rey,
Pues sin ira ni vigor,
Corta, para dar temor,
Con la espada de la ley.
Y si vuestra demasía
Piensa que hará oposicion
A su impulso, mal se fia,
Que al herir de la razon
No resiste la osadía.
Para el Rey nadie es valiente,
Ni á su espada la malicia
Logra defensa que intente:
Que el golpe de la justicia
No se ve hasta que se siente.
Esto sabed, ya que no
Os lo ha enseñado la ley
Que vuestro error despreció;
Porque despues de ser Rey,
Soy el Rey don Pedro yo.
Y si á la alteza pudiera
Quitar el violento efeto
Cuyo respeto os altera,
Mi persona en vos hiciera
Lo mismo que mi respeto.
Pero ya que desnudar
No me puedo el ser de Rey,
Por llegároslo á mostrar,
Y que os he de castigar
Con el brazo de la ley;
Yo os dejaré tan mi amigo,
Que no darme cuchilladas
Querais; y si lo consigo,
A cuenta de este castigo,
Tomad estas cabezadas.

Hay personas que sin embargo de hallarse dotadas de mérito, tienen la desgracia de no alcanzar la reputacion qu obras merecen. *Don Juan Ruiz de Alarcon* se encuentra en caso. En vida fue escarnecido hasta por ingenios que, como de Vega, no tenian el defecto de la envidia, y solian pro elogios excesivos á los mas medianos poetas; sus mejores se las atribuyeron á otros; y despues de muerto no se le ha siado como era debido, prefiriéndosele otros muchos. No ob

e, merece ser colocado entre nuestros primeros escritores dra-náticos; y si aqui hubiéramos de seguir únicamente nuestro ropio gusto, tal vez le prefeririamos á todos, porque en él bri-an mas que en ninguno las cualidades que constituyen la ver-adera comedia. No es tan abundante como Lope, ni tan poeta omo Calderon; pero tiene mas profundidad, mas gusto, mas cor-eccion, mas filosofía. El corto número de sus obras llevan tal ello de originalidad y de vigor, que es imposible no distinguir-as de las demas. Si con alguien pudiera confundírsele á veces, eria como Moreto; ambos se dedicaron, en efecto, con preferen-ia á los asuntos morales; y si Moreto ostenta mas arte, Alarcon s mas lógico y mas enérgico.

Sigue con respecto á la vida de este autor la misma ignoran-ia que nos ha rodeado, al tratar de otros muchos. Sabemos úni-amente que nació en Tasco, reino de Nueva España, pero no n qué año, siendo oriundo de Alarcon, pueblo de la provincia le Cuenca, y perteneciendo sin duda á una familia ilustre, como o acredita su apellido. Sin que se conozca la causa de haber pa-sado á España, se le encuentra ya en Europa, en 1622; algun tiempo despues se licenció en leyes, y en 1628 era relator del consejo de Indias, acaeciendo su muerte en 1639. Dedicó sus obras, cuya coleccion es muy rara en el dia, á don Ramiro Fe-lipe de Guzman, duque de Medina de las Torres, que era del mismo consejo y que sin duda le protegeria.

Si bien Alarcon debió á la naturaleza un ingenio claro y profundo, no fue igualmente bien dotado por ella en cuanto á las dotes corporales. Su cuerpo desfigurado se prestaba al ridículo, y contribuyó sin duda al poco aprecio en que se tuvo. Un poeta, por lo demas bien desconocido, don Juan Fernandez decia de él:

Tanto de corcoba atrás
Y adelante, Alarcon, tienes,
Que saber es por demas
De donde te corcovienes,
O á donde te corcovás.

No obstante, su mérito no se ocultó á la córte, y el conde-duque le encargó la direccion de unas funciones que hubieron de valerle bastante, y de las que hizo una relacion poco modesta. Con este motivo se desencadenaron todos contra él, y existe una coleccion de décimas en que se le satiriza cruelmente, compuestas or la mayor parte de los ingenios de la córte, sin que faltasen s de primera nota. Trasladaremos aqui algunas, para dar al opio tiempo idea de esta clase de guerra literaria en aquella oca.

De Góngora.

De las ya fiestas reales
Sastre, y no poeta seas,
Si á octavas como libreas
Introduces oficiales.
De agenas plumas te vales
Corneja, desmentirás
La que adelanté y atrás,
Gémina concha tuviste:
Galápago siempre fuiste,
Y galápago serás.

De Lope de Vega.

Pedirme en tal relacion
Parecer, cosa escusada,
Porque á mí todo me agrada
Sino es don Juan de Alarcon.
Versos de lirela son;
Y allí no hay que hacer espanto
Si son centones ó cantos;
Que es tambien cosa cruel
Ponelle la culpa á él
De lo que la tienen tantos.

De Quevedo.

Yo ví la segunda parte
De don Miguel de Vanegas
Escrita por don Talegas
Por una y por otra parte.
No tiene cosa con arte;
Y así no quedó obligado
El señor adelantado,
Por carta tan singular,
Sino á volverle á quitar
El dinero que le ha dado.

De Montalvan

La relacion he leido
De don Juan Ruiz de Alarcon,
Un hombre, que de embrion
Parece que no ha salido.
Varios padres ha tenido
Este poema sudado;
Mas nació tan mal formado
En postura, traza y modo,

Que, en mi opinion, casi todo
Parece del corcobado.

De Gabriel Tellez.

Don Cohombro de Alarcon
Un poeta entre dos platos,
Cuyos versos los silvatos
Temieron y con razon,
Escribió una relacion
De las fiestas, que sospecho
Que, por no ser de provecho,
Le han de poner entredicho;
Porque es todo tan mal dicho,
Como el poeta mal hecho.

n la biblioteca Nacional de Madrid existen manuscritas unas dillas muy malas contra este poeta, de las cuales solo co- os la que sigue:

A ningun corcobado
Daré ventaja,
Que una traigo en el pecho
Y otra en la espalda.
¡Jesus! ¿qué tengo?
Que parecen alforjas
De bordonero.

dviértese por las décimas que una de las acusaciones que le n era la de plagiario, acusacion bien injusta por cierto, pues de sus obras se ve que deba á los demas, á no ser haber lo algunos asuntos tocados ya por otros; y que, á la verdad aron en sus manos notablemente mejorados. Lo gracioso es l era el verdadero robado; pues sus mejores comedias se mieron con nombres agenos, sin duda por la codicia de los res, que para dar mejor salida á la obra, la atribuian á in- s que gozaban de mas reputacion y popularidad que el des- ado relator del consejo. A tal punto llegó esto, que *Cornei-* imitar su comedia de la *Verdad sospechosa*, dijo que era ope de Vega; y Alarcon tuvo por fin que reclamar su pro- d, imprimiendo al frente de la segunda parte de sus obras uiente: «Sabe que las ocho comedias de mi primera parte y ce de esta segunda, son todas mias, aunque algunas han plumas de otras cornejas, como son el *Tejedor de Segovia*, *rdad sospechosa*, el *Exámen de maridos*, y otras que andan esas por otros dueños.»

Montalvan, que como hemos visto mas arriba, fue uno de los que entraron en la conjuracion de décimas contra Alarcon, no desconoció, sin embargo, el mérito de este poeta, y dice de él en su *Para todos*, hablando de sus comedias, «las disponia con tal novedad, ingénio y acierto, que no habia comedia suya que no tuviese mucho que admirar, y nada que reprender, que despues de haberse escrito tantas, era gran muestra de su caudal fertilísimo.» Igual elogio hace de él don Nicolás Antonio: Lope de Vega tambien le hizo justicia en su *Laurel de Apolo*; y se vé que si no alcanzó la popularidad de otros ingenios, acaso por no haber escrito mucho, circunstancia que al parecer era entonces indispensable para brillar, al menos las personas entendidas reconocieron al cabo su indisputable mérito.

Si las obras de un autor pueden presentarse como el retrato de su alma, sin duda la de Alarcon debió ser bellísima; porque en general sus comedias se dirigen á reprender los vicios y ensalzar las virtudes. Ya se muestra el campeon de la *verdad*, manifestando que quien falta á ella, la llega hasta hacer *sospechosa* en sus lábios; ya confunde al maldiciente y le impone el castigo digno de su lengua viperina como en las *Paredes oyen*; ya ensalza la fidelidad en cumplir su palabra como en *Ganar amigos*; ya pone en escena el mas noble desprendimiento de la amistad, como en el *Exámen de maridos*; ya en la *Prueba de las promesas*, demuestra lo que estas tienen de sagrado: en todo ostenta siempre sentimientos de pundonor, generosidad y delicadeza. Sus pensamientos son grandes y sus sentencias profundas; sus planes bien pensados, aunque tal vez se desearia en ellos mas regularidad; y su versificacion llena, fácil, sonora, exenta de afectacion y culteranismo, resplandece por la pureza, sencillez y naturalidad, mereciendo servir de modelo con preferencia á todos nuestros antiguos poetas dramáticos, en el modo de manejar el habla castellana.

En *Ganar amigos*, don Fernando ha muerto al hermano de don Fadrique; la justicia le persigue, y él pide auxilio á este último que le ofrece amparo sin conocerle. Don Fadrique sabe despues quien es, pero cumple fielmente su palabra, y don Fernando al ver tanta generosidad le dice:

La tierra que estais pisando
Será el altar de mi boca.

Y don Fadrique responde:

Caballero, levantaos,
No me deis gracias por esto,
Supuesto que no lo hago

Yo por vos, sino por mí
Que la palabra os he dado.
Cuando la dí, os obligué:
Cumplirla no es obligaros;
Que es pagar mi obligacion,
Y nadie obliga pagando.
De esto procedió el deciros
«No os disculpeis», por mostraros
Que sin que escuseis la ofensa
Ni disculpeis el agravio,
Basta, para que yo cumpla
Mi palabra, haberla dado.

). Fadrique despues de levantar á don Fernando, se bate il y le vence; y como este prefiere la muerte á revelar el to de su dama, dice el primero:

Levantad, ejemplo raro
De fortaleza y valor,
Alto blason del honor,
De nobleza espejo claro.
Vivid, no permita el cielo
Que quien tal valor alcanza,
Por una ciega venganza
Deje de dar luz al suelo.
Para con vos quedo bien
Con esto, pues si sabeis
Que sé que muerto me habeis
Mi hermano, sabeis tambien
Que cuerpo á cuerpo os vencí;
Y si ya pude mataros,
Hago más en perdonaros,
Pues tambien me venzo á mí.
Para con el mundo nada
Satisfago, si aquí os diera
Muerte, pues nadie supiera
Que la autora fue mi espada,
Por el secreto que ofrece
Esta muda oscuridad;
Y tanto que la verdad
De mi ofensor se oscurece,
No tengo yo obligacion
De daros muerte, si bien
La tengo de inquirir quien
Hizo ofensa á mi opinion.
Guardaos, si viene á saberse
Que fuisteis vos mi ofensor,
Porque en tal caso mi honor
Habrá de satisfacerse:
Mientras no, para conmigo

No solo estais perdonado,
Pero os quedaré obligado
Si me quereis por amigo.
D. Fernando. De eterna y firme amistad
La palabra y mano os doy.
D. Fadrique. Don Fernando de Godoy
Idos con Dios, y pensad
Que puesto que ya la muerte
De mi hermano sucedió,
Que más que á mí quise yo,
Os estimo de tal suerte,
Que trueco alegre y ufano,
A mi suerte agradecido,
El hermano que he perdido
Por el amigo que gano.

En la *Verdad sospechosa*, don Beltran, padre de don G
le saca al campo para reprenderle el vicio que tiene de n
en todas las ocasiones.

D. Beltran. ¿Sois caballero, García?
D. Garcia. Téngome por hijo vuestro.
D. Beltran. Y ¿basta ser hijo mio
Para ser vos caballero?
D. Garcia. Yo pienso señor que sí.
D. Beltran. ¡Que engañado pensamiento!
Solo consiste en obrar
Como caballero, el serlo.
¿Quién dió principio á las casas
Nobles? Los ilustres hechos
De sus primeros autores:
Sin mirar sus nacimientos,
Hazañas de hombres humildes
Honraron sus herederos;
Luego en obrar mal ó bien
Está el ser malo, ó ser bueno.
¿Es así?
D. Garcia. Que las hazañas
Den nobleza, no lo niego:
Mas no negueis que sin ellas
Tambien la dá el nacimiento.
D. Beltran. Pues si honor puede ganar
Quien nació sin él ¿nó es cierto
Que por el contrario puede
Quien con él nació, perdello?
D. Garcia. Es verdad.
D. Beltran. Luego si vos
Obrais afrentosos hechos,
Aunque seais hijo mio,
Dejais de ser caballero:

Luego si vuestras costumbres
Os infaman en el pueblo,
No importan paternas armas,
No sirven altos abuelos.
¿Qué cosa es que la fama
Diga á mis oidos menos
Que á Salamanca admiraron
Vuestras mentiras y enredos?
¡Qué caballero, y qué nada!
Si afrenta al noble y plebeyo
Solo el decirle que miente,
Decid, ¿qué será el hacerlo?
Si vivo sin honra yo,
Segun los humanos fueros,
Mientras de aquel que me dijo,
Que mentia, no me vengo.
¿Tan larga teneis la espada,
Tan duro teneis el pecho,
Que penseis poder vengaros
Diciéndolo todo el pueblo?
¿Posible es que tenga un hombre
Tan humildes pensamientos,
Que viva sujeto al vicio
Mas sin gusto y sin provecho!
El deleite natural
Tiene á los lascivos presos;
Obliga á los codiciosos
El poder que da el dinero;
El gusto de los manjares
Al gloton; el pasatiempo
Y el cebo de la ganancia
A los que cursan el juego;
Su venganza al homicida,
Al robador su remedio;
La fama y la presuncion
Al que es por la espada inquieto.
Todos los vicios, al fin,
O dan gusto ó dan provecho;
Mas de mentir ¿qué se saca
Sino infamia y menosprecio?

. . . . . .

n pocos poetas nuestros antiguos se hallarán relaciones co-
sta y otras muchas que tiene Alarcon, que son un verda-
trozo de moral, aunque no falta nunca en ellas la espresion
ca, si bien con la sencillez y claridad que distingue su
. Tal es en general el carácter de este poeta que adivinó
nedia de Moliere, ó por mejor decir la creó, aunque su-
dose siempre á las formas que eran ya condicion precisa

de nuestro teatro. Y decimos que la creó, porque en efe fué. Esta comedia, imitada, y en gran parte traduci Corneille, fue el primer paso que dió la Francia en el que aquel célebre escritor llevó luego á su perfeccion. Ha tonces solo habia presentado la escena francesa dramas redo mal copiados de nuestros autores. El *Menteur* les á componer verdaderas comedias morales, y les señaló dero que mejor convenia á su genio dramático. Asi lo el mismo *Moliere* en una carta á *Boileau* diciendo: «que el *Menteur* se representó, andaba dudoso acerca del gé que escribiria, que sin aquella comedia, hubiese tal ve puesto algunas de enredo; pero que ella le señaló el dero camino que le condujo hasta componer el *Misántro* suerte que Francia; por el intermedio de su gran poet neille, recibió de nosotros los dos géneros que han il su teatro, la trajedia y la comedia.

No se limitaba, sin embargo, Alarcon á presentar mientos elevados y morales resvestidos de puro lenguage tambien la *vis comica*, sino tan maligna y punzante como mas delicada y urbana, debiendo sus gracias, mas bien samiento y á la situacion, que á las palabras. Véase sin en la misma comedia que acabamos de citar, pinta don á su criado Tristan un supuesto desafio, haciéndoselo c pesar de ser el confidente de sus mentiras.

D. Garcia. Yo te lo quiero contar;
Que pues sé por experiencia
Tu secreto y tu prudencia,
Bien te lo puedo fiar.
A las siete de la tarde
Me escribió que me aguardaba
En san Blás, don Juan de Sosa,
Para un caso de importancia.
Callé, por ser desafio:
Que quiere el que no lo calla
Que le estorben ó le ayuden,
Cobardes acciones ambas.
Llegué al aplazado sitio,
Donde don Juan me aguardaba
Con su espada y con sus celos,
Que son armas de ventaja.
Su sentimiento propuso,
Satisfice á su demanda;
Y por quedar bien, al fin
Desnudamos las espadas.
Elegí mi medio al punto;
Y haciéndole una ganancia

Por los grados del perfil,
Le di una fuerte estocada;
Sagrado fue de su vida
Un *Agnus Dei* que llevaba;
Que topando en él la punta
Hizo dos partes mi espada.
El sacó piés del gran golpe;
Pero con ardiente rabia
Vino, tirando una punta;
Mas yo, por la parte flaca,
Cogí su espada, formando
Un atajo; él presto saca
(Como la respiracion
Tan corta línea le tapa,
Por faltarle los dos tercios
A mi poco fiel espada)
La suya corriendo filos;
Y como cerca me halla,
Porque yo busqué el estrecho,
Por la falta de mis armas,
A la cabeza furioso
Me tiró una cuchillada;
Recibíla en el principio
De su formacion y baja,
Matándole el movimiento
Sobre la suya mi espada.
Aquí fue Troya: saqué
Un revés con tal pujanza,
Que la falta de mi acero
Hizo allí muy poca falta;
Que abriéndole en la cabeza
Un palmo de cuchillada,
Vino sin sentido al suelo,
Y aun sospecho que sin alma.
Dejéle así, y con secreto
Me vine: esto es lo que pasa;
Y de no verte estos dias,
Tristan, es esta la causa,

m. ¡Qué suceso tan estraño!
¿Y si murió?

rcia. Cosa es clara;
Porque hasta los mismos sesos
Esparció por la campaña.

m. ¡Pobre don Juan!—Mas ¿no es este
Que viene aquí?

rcia. ¡Cosa extraña!

m. ¿Tambien á mí me la pegas?
¿Al secretario del alma?

En el *Exámen de maridos* hay una escena en que doña I se va informando de todos sus pretendientes, y que está ll de gracia y filosofia.

Doña Inés. ¿Teneis, Beltran, prevenidos
Los memoriales?
Beltran. Dispuestos
Estan, como has ordenado.
Doña Inés. Pues llegad, llegad asientos:
Sentaos, Beltran. El exámen
En nombre de Dios comienzo.
Beltran. Este billete, señora,
Es de don Juan de Vivero.
Doña Inés Breve escribe; dice asi:
«Si os mueven penas, yo muero.»
Esto de muero, es vulgar;
Mas por lo breve es discreto.
Beltran Hecha tengo la consulta.
Doña Inés. Decid:
Beltran. Don Juan de Vivero,
Mozo, galan, gentilhombre,
Y en sus acciones compuesto,
Seis mil ducados de renta,
Galiciano caballero;
Es modesto de costumbres,
Aunque dicen que fue un tiempo
A jugar tan inclinado,
Que perdió hasta los arreos
De su casa y su persona;
Pero ya vive muy quieto.
Doña Inés. El que jugó, jugará;
Que la inclinacion al juego
Se aplaza, mas se no apaga.
Borradle.
Beltran. Ya te obedezco.
Doña Inés. Proseguid.
Beltran. Este es don Juan
De Guzman, noble mancebo.
Doña Inés. ¿No es este el que ayer traia
Una banda verde al cuello?
Beltran. Ese mismo.
Doña Inés. Pues yo dudo
Que escape de loco ó necio:
Que preciarse de dichoso
Nunca ha sido accion de cuerdo.

(Lee) *En tanto que el máximo planeta en giro veloz ilustre Orbe, y sus piramidales rayos iluminen mis vitreos ojos...*

¡O qué fino mentecato!
t. ¡Y qué puro majadero!
Inés. ¡A una muger circunloquios
Y no usados epitetos!
n. ¿Quieres oir su consulta?
Inés. No, Beltran, borradle presto,
Y al márgen poned así:
Este se borra por necio;
No se consulte otra vez;
Porque es falta sin remedio.
n. Ya está puesto. El que sigue
Es don Gomez de Toledo,
Que la cruz de Calatrava
Ostenta en el noble pecho;
Hombre que anda á lo ministro,
Capa larga y corto cuello,
Levantado por detrás
El cuello del ferreruelo,
El paso compuesto y corto,
Siempre el sombrero derecho,
Y un papel en la pretina;
Maduro en años y en seso.
Inés. Apruebo el seso maduro,
Maduros años no apruebo
Para un marido, Beltran.
t. Es maduro, más no es viejo.
Inés. ¿Vá la consulta?
n. Es Hurtado
De Mendoza.
Inés. ¿De los buenos?
t. De los buenos.
Inés. Será vano.
t. Es pobre.
Inés. Serálo menos.
n. Tiene esperanza de ser
De una gran casa heredero.
Inés. No conteis por caudal propio
El que está en poder ageno;
Y mas donde el morir antes
O despues es tan incierto.
t. Pretende oficios.
Inés. ¿Pretende?
¡Triste de él! Teneis por bueno
Para mi marido á quien
Ha de andar siempre pidiendo?
t. Un vireinato pretende.
Inés. ¡Vireinato cuando menos!
Mirad si digo que es vano.
t. Tiene para merecerlo
Innumerables servicios.

Doña Inés. A maravedis los trueco:
Que méritos no premiados
Son litigiosos derechos.
Beltran. Solo, entre sus buenas prendas,
Se le conoce un defecto.
Doña Inés. ¿Cuál?
Beltran. Colérico y adusto.
Doña Inés. ¡Peligroso compañero!
Beltran. Mas dicen que aquella furia
Se le pasa en un momento,
Y queda apacible y manso.
Doña Inés. Si con el ardor primero
Me arroja por un balcon,
Decidme, ¿de qué provecho,
Despues de haber hecho el daño,
Será el arrepentimiento?
Beltran. ¿Borraréle?
Doña Inés. Sí, Beltran;
Que elegir esposo quiero
A quien tenga siempre amor,
No á quien tenga siempre miedo.
Beltran. Ya está borrado, consulta
De don Alonso.
Doña Inés. Ya entiendo.
Beltran. Este tiene nota al márgen
Que dice: «Merced le han hecho
De un Hábito, y no ha salido:
Consúltesele en saliendo.
Doña Inés. ¿Ha salido?
Beltran. No, señora.
Doña Inés. ¡Harta lástima le tengo!
Beltran, el que hábito pide,
Mas pretende, segun pienso,
Dar muestra de que es bien quisto,
Que no de que es caballero.
Adelante.
Beltran. Don Guillen
De Aragon se sigue luego;
De buen talle y gentil brio:
Sobre un condado trae pleito.
Doña Inés. ¿Pleito tiene el desdichado?
Beltran. Y dicen que con derecho;
Que sus letrados lo afirman.
Doña Inés. Ellos ¿cuándo dicen menos?
Beltran. Gran poeta.
Doña Inés. Buena prenda,
Cuando no se toma el serlo
Por oficio.
Beltran. Canta bien.
Doña Inés. Buena gracia en un soltero,

Si canta sin ser rogado;
Pero sin rogar con ello.
m. En latin y en griego es docto.
Inés. Apruebo el latin y el griego,
Aunque el griego más que sabios,
Engendrar suele soberbios.
m. ¿Qué mandas?
Ines. Que se consulte
Si saliere con el pleito,
n. El que se sigue de don Marcos
De Herrera.
Inés. Borradle luego;
Que don Marcos, y don Pablo,
Don Pascual y don Tadeo,
Don Simon, don Gil, don Lúcas,
Que solo oirlos da miedo,
¿Cómo serán si los nombres
Se parecen á sus dueños?
n. Ya está borrado. Consulta
Del conde don Juan.
a Inés. Ya entiendo.
an. Es andaluz, y su estado
Es muy rico, y sin empeño,
Y crece mas cada dia;
Que trata y contrata.
a Inés. Eso
En un caballero es falta:
Que ha de ser el caballero
Ni pródigo ni perdido,
Ni de guardoso, avariento.
an. Dicen que es dado á mugeres.
Inés. Condicion que muda el tiempo.
Casará, y amansará
Al yugo del casamiento.
an. No es puntual.
Inés. Es señor.
an. Mal pagador.
Inés. Caballero.
an. Avalentado.
Inés. Andaluz.
an. Es viudo.
Inés. Borradle presto:
Que quien dos veces se casa,
O sabe enviudar, ó es necio.
an. El conde Cárlos se sigue.
Este tiene gran derecho:
Que es noble, rico y galan,
Y de muchas gracias lleno.
Inés. Sí; mas tiene una gran falta.
an. ¿Y cuál es?

Doña Inés. Que no le quiero.
Beltran. ¿Borrarélo?
Doña Inés. No, Beltran;
Ni le borro, ni le apruebo.
Beltran. Solo el marqués don Fadrique
Resta ya: sus prendas leo.
Doña Inés. Decidme: ¿qué información
Hallásteis de los defectos
Que aquella mugér me dijo?
Beltran. Que son todos verdaderos.
Doña Inés. ¡Qué! ¿Son ciertos?
Beltran. Ciertos son.
Doña Inés. Pues borradle..... Mas teneos:
No le borreis, que es en vano,
Entretanto que no puedo,
Como su nombre en el libro,
Borrar su amor en mi pecho.
Beltran. Con las tablas de la ley,
Diste, señora, en el suelo.
No hallareis perfecto esposo:
Que caballo sin defecto,
Quien lo busca, desconfie
De andar jamás caballero.

En todos los trozos que hemos copiado, y en todas las obras de este autor, hallamos generalmente la naturalidad que iba faltando á nuestros poetas, y muy leves resabios del culteranismo que él mismo critica en la anterior escena. Por lo tanto, admira más el encontrar en una comedia que pasa por suya, *El tejedor de Segovia, primera parte,* las siguientes octavas, describiendo una batalla, en las que se quiere dejar atrás al mismo Góngora:

Admito el desafío, y salgo luego
A la palestra, en que aguardando estuve
En un rayo andaluz, mónstruo de fuego
Que una vez es astilla y otra nube;
Hipógrifo le juzga el campo ciego;
Y el sol, cometa que á eclipsarse sube;
Que unas veces ligero, y otras grave,
Goza en los vientos privilegios de ave.
Era tigre en la piel, como retrata
Entre flores abril curioso toro;
En quien siembra, con círculos de plata,
Pórfido y líneas salpicadas de oro;
La cola, que culebra se desata,
Pompa del sol, y de su luz decoro,
Golfo de tornasoles parecia;
Y la crin, lisongera argentería.

Era un monte su pecho, y su cabeza
Tan recogida y breve que á un diamante
La quiso reducir naturaleza.
Siendo en todo á una perla semejante.
Tropezando en su misma ligereza,
Burla el viento, soberbio y arrogante;
Tanto, que el viento allí, por imitallo,
Quisiera no ser viento, y ser caballo.
A esta ocasion el moro al puesto llega,
Danzando al son del militar ruido,
Con los compases de una alfana griega,
Alabastro con alma y con espíritu.
Cisne parece que en el sol navega
Por nubes que ha burlado y desmentido
Que entre ellas quiere el bruto que presuma
Que hay estrellas tambien que visten pluma.
Era un jazmin la yegua, y poderosa
De cola y crin: y cuello angosto y breve,
Ancha de pechos, de ancas portentosa,
Dando en ellas el sol montes de nieve:
Llamas sus ojos son, su testa hermosa,
Que entre ondas de marfil estrellas bebe;
Lágrimas del Ceilan, pues al moverla,
Le dió la vista admiracion de perla.

Compárese tambien esta descripcion con la que al mismo ob-
ha y en *Todo es ventura*, y escrita igualmente en octavas
s, y se verá la enorme diferencia de trozo á trozo, de estilo á
. Aunque alguno habrá tal vez que tenga estas octavas por
y brillante poesía, nosotros las creemos indignas de Alarcon:
es verdad que esta primera parte del *Tejedor de Segovia*,
parada en su estilo con la segunda y con las demas del au-
nos parece ser, y así lo creemos, de muy distinto poeta.
Hemos dicho que algunos habrá que tengan el trozo anterior
n dechado hermoso de alta poesía; y con efecto, comun es
e nosotros dejarse llevar de la pompa de las palabras, la so-
ad de los versos, y lo extraño ó ingenioso de ciertas metáfo-
xajeradas y ridículas, muchas veces ininteligibles, pero que
se aplauden mas por su oscuridad misma, sobre todo en el
o, cuando caen estas relaciones altisonantes en poder de un
r de voz hermosa y campanuda que las declama con énfasis.
gongorismo se acreditó á tal punto en nuestra poesía lírica,
día menos de inficionar el teatro; y ya en la época que re-
mos, solian resentirse del contagio hasta nuestros mejores
nios, sin embargo de que mas de una vez ridiculizaron á los
s. Si fueran las octavas que acabamos de citar realmente de
con, presentarian una triste prueba de cuán fácil es que el

mal gusto pervierta á los mas claros entendimientos, puesto que el de Alarcon era el menos á propósito para dejarse arrastrar á esta clase de manía. ¿Qué sucederia, pues, á hombres de imaginacion mas arrebatada, mas rica y poética? El peligro era grande, y nuestra escena se hallaba á punto de ser enteramente avasallada por el culteranismo. Afortunadamente, aunque rindió parias al mal gusto, las eminentes dotes de algunos grandes poetas fueron mas poderosas, y solo permitieron manchar con algunos defectos obras por otro lado inmortales. El culteranismo deslució nuestro teatro, pero no pudo aniquilarlo; tal era la robustez que habia adquirido desde que Lope de Vega le dió el grande impulso.

El primer poeta dramático que empezó ya á apartarse de la sencillez y naturalidad de los anteriores, creando una nueva escuela que luego perfeccionó Calderon, fué *don Francisco de Rojas Zorrilla*. Esta escuela se distinguió por el brillante colorido, por el follage, la palabrería, y un culteranismo particular que no era precisamente el introducido por Góngora en la poesía lírica. El teatro necesita siempre mas claridad que las obras destinadas á la mera lectura, porque en él no se dá lugar á la reflexion, ni como en estas, puede el espectador volver atrás para estudiar lo que no ha comprendido. El carácter especial de las dos clases de culteranismo era la falsedad de los conceptos y lo exagerado de las imágenes y figuras; pero en el género lírico entraba además la afectacion de las palabras y la oscuridad de las ideas. El estilo introducido por Rojas era mas retumbante aun si cabe, pero mas claro; los versos armoniosos y ricos, y las palabras en general mas corrientes y usuales. Formaba una música que encantaba los oidos, y lo brillante de las figuras alucinaba al par á imaginaciones ardientes que reparaban menos en lo exagerado de la pintura que en lo espléndido del cuadro.

No obstante este defecto de hinchazon y falta de naturalidad, ocupará siempre Rojas un lugar distinguido entre nuestros poetas dramáticos. Su estilo es siempre culto y fluido, su versificacion dulce, fácil y sonora, sus pensamientos tienen robustez y elevacion, abundando en rasgos magníficos y sublimes. Acaso ningun dramático de los nuestros ha dado pinceladas mas firmes y vigorosas, ni ha sabido prestar tanta energía á los caractéres. Sus cuadros están por otra parte bien acabados, y suele ofrecer escenas del mayor interés dramático. El *García del Castañar* no cede á drama alguno en esta parte, y es una de nuestras comedias antiguas que con mas gusto se ven en la escena. Sin embargo de sobresalir tanto en la parte séria no es menos feliz en la jocosa, ni inferior á ninguno de sus contemporáneos en sales cómicas y en gracias picantes y picarescas. No es tan ligero como Moreto; pero

es mas punzante en sus dichos, y mas socarron sobre todo. Pueden servir de muestra los dos siguientes ejemplos.

En la comedia de *El mas impropio verdugo* yendo el gracioso á pedir perdon á sus compañeros, por haberse ofrecido ejercer con ellos aquel cargo, les dice:

Yo os prometo degollaros
Tan sutil y tan ligero,
Que parezca que el cuchillo
Ha nacido en el pescuezo.

Y en la de *No hay amigo para amigo*, dice el gracioso, hablando de uno que le ha dado un bofeton.

El morirá malogrado
Y perdonarle quisiera,
Por ser esta la primera
Bofetada que habia dado;
Pero segun la asentaba
En la parte que caia,
Me parece á mi que habia
Mil años que abofeteaba.

Es de advertir que en sus piezas cómicas, como *Lo que son mugeres*, *Entre bobos anda el juego*, y aun en los pasages del mismo género que introduce en las sérias, es Rojas un modelo de facilidad, de verdad y de gracia. Esto se esplica con que entonces escribia sin pretensiones, obedeciendo únicamente al impulso de su ingenio, mientras en sus demas obras buscaba el aplauso popular, afectando el estilo hinchado que entonces era de moda, y procurando sobrepujar en él á sus competidores.

En los *Aspides de Cleopatra*, dice Octaviano á los otros triunviros sus colegas:

Cuando el alba y aurora, entonces bellas,
A reconocer salen las estrellas,
Cuando al tardo lucero sin decoro
Murmurando está el sol bostezos de oro,
Y el pájaro de verdes plumas rico
Afila al tronco el argentado pico,
Retoza el can, y la que ruje fiera
Muestra la presa con que al tigre espera,
Chupa el clavel el líquido rocío,
Agota el pez las márgenes del rio,
Y en repetido tálamo dichoso
La tórtola se pica con su esposo,
Y la culebra sola,

Ondeando la arena con su colp,
Al asomar del sol temprano el coche,
Muda la piel con que esperó la noche;
Partí, cortando al mar la verde bruma,
En trescientos centauros de la espuma;
Pues volar y correr cada cual sabe,
Medio cuerpo cristal y medio nave.

¿Quién dijera que esos versos son del mismo autor que ha puesto los siguientes en boca de un gracioso, que fingiéndose ser su propio amo, se halla expuesto á un desafío en *Donde hay agravios no hay celos*?

Despues de Dios, bodegon:
Luego dirán que es deshonra
Comerlo allí sin sabor.
¡Bendito seais vos, señor,
Que no me habeis dado honra
En ser hombre desigual,
Por mas me vengo á tener,
Porque yo mas quiero ser
Pícaro que cardenal.
Esto tengo por mas bueno
Que ser señor y aun reinar;
Que allá suele en el manjar
Disimularse el veneno;
Pues ser pícaro dispongo,
Que, como Lope advirtió,
A ningun hombre se vió
Darle veneno en mondongo.
Yo me entro á ser más profundo,
Y yo me entro á discurrir;
Porque esto me ha de pudrir
Que se use honra en el mundo.
Porque uno llegue á plantar
(Dejemos á un lado miedos)
En mi cara cinco dedos,
¿Le tengo yo de matar?
Pues respóndame, ¿por qué?
Si hay barbero que me pone,
Cuando afeitarme dispone,
Como á un san Bartolomé;
Y llega con su navaja,
Que sabe Dios donde ha andado;
Y en fin, despues de afeitado,
Me toma el rostro y me encaja
Cuatro ó cinco bofetones;
¿Por qué en otras ocasiones
Hay duelo é indignacion?

¿No es mejor un bofeton
Que quinientos bofetones?
¡Que aquestos duelos prosigan,
Que sea el mentir afrenta!
Que no importa que yo mienta,
E importa que me lo digan!
¡Que haya en el mundo este afan!
¡Que este uso en los hombres haya!
Señor, aun los palos, vaya,
Que duelen cuando se dan.
Duelista, que andas cargado
Con el puntillo de honor,
Díme, tonto: ¿no es peor
Ser muerto, que abofeteado?
Y que á la muerte tan ciertos
Vayan, porque el duelo acaben,
Bien parece que no saben
Los vivos lo que es ser muertos.

Aun en estilo mas elevado y noble, y sin dejar de arrojar en an caudal de verdadera poesia, sabia Rojas ser natural, como siguiente relacion, tan sabida de todos, en *Garcia del Cas-*

Mas precio entre aquellos cerros
Salir á la primer luz,
Prevenido el arcabuz,
Y que levanten los perros
Una banda de perdices;
Y codicioso en la empresa,
Seguirlas por la dehesa
Con esperanzas felices
De verlas caer al suelo,
Y cuando son á los ojos
Pardas nubes con piés rojos,
Batir sus alas al vuelo,
Y derribar esparcidas
Tres ó cuatro; y anhelando,
Mirar mis perros buscando
Las que cayeron heridas,
Con mi voz que los provoca,
Y traer las que palpitan
A mis manos que les quitan
Sin disgusto de su boca;
Levantarlas, ver por donde
Entró entre la pluma el plomo,
Volverme á mi casa, como
Suele de la guerra el conde
A Toledo, vencedor;
Pelarlas dentro en mi casa,
Perdigarlas en la brasa,

Y puestas al asador
Con seis dedos de un pernil,
Que á cuatro vueltas ó tres,
Pastilla de lumbre es,
Y canela del Brasil;
Y entregárselo á Teresa,
Que con vinagre, su aceite,
Y pimienta, sin afeite
Las pone en mi limpia mesa,
Donde, en servicio de Dios,
Una yo, y otra mi esposa,
Nos comemos: que no hay cosa
Como á dos perdices, dos;
Y levantando una presa,
Dársela á Teresa, más
Porque tenga envidia Brás,
Que por dársela á Teresa;
Y arrojar á mis sabuesos
El esqueleto roido:
Y oir por tono el crugido
De los dientes y los huesos;
Y en el cristal trasparente
Brindar, y con mano franca,
Hacer la razon mi Blanca
Con el cristal de una fuente:
Levantar la mesa, dando
Gracias á quien nos envía
El sustento cada dia;
Varias cosas platicando:
Que aquesto es el Castañar,
Que en mas estimo, señor,
Que cuanta hacienda y honor
Los reyes me pueden dar.

Nada mas lleno de verdadera gracia y naturalidad que el siguiente diálogo entre *Blanca y don Mendo*, quien trata de seducirla.

D. Mendo. Labradora, ¿quién te vió
Que amante no te desea?
Blanca. Venid y callad, señor.
D. Mendo. Cuanto previenes trocára
A un plato que sazonára
En tu voluntad amor.
Blanca. Pues decidme, contesano,
El que trae la banda roja,
¿Qué en mi casa se os antoja
Para guisarle?
D. Mendo. Tu mano.
Blanca. Una mano de almodrote

De vaca os sabrá mas bien.
Guarde Dios mi mano, amen.
No se os antoje, gigote:
Que harán si la tienen gana,
Y no hay quien los replique.
Que se pique, y se rapique
La mano de una villana,
Para que un señor la coma.
lendo. La voluntad la sazona
Para mis labios.
ca. Perdone:
Bien está san Pedro en Roma.
Y si no lo habeis sabido,
Sabed, señor, en mi trato,
Que solo sirve este plato
Al gusto de mi marido;
Y me lo paga muy bien,
Sin lisonjas ni rodeos.
lendo. Yo con mi estado y deseos
Te lo pagaré tambien.
ca. En mejor mercadería
Gastad los intentos vanos
Que no engañarán gitanos
A la muger de García;
Que es muy ruda y montaraz.
lendo. Y bella, como una flor.
ca. ¿Que de adónde soy, señor?
Para serviros, de Orgaz.
lendo. Que eres del cielo sospecho;
Y en el rigor, de la sierra.
ca. ¿Son bobas las de mi tierra?
Merendad, y buen provecho.
lendo. ¿No me entiendes Blanca mia?
ca. Bien entiendo vuestra trova;
Porque no es del todo boba
La de Orgaz, por vida mia.
lendo. Pues por tus ojos amados,
Que has de oirme la de Orgaz.
ca. Tengamos la fiesta en paz.

situacion en que García ve entrar por la ventana á don creyendo que es el rey, engañado por la banda roja, es mas dramáticas y bellas que enriquecen nuestro teatro, y esempeñada con singular maestría.

(*aparte.*) ¡El rey es! ¡Válgame el cielo!
Y que le conozco sabe:
Honor y lealtad ¿qué haremos?
¿Qué contradiccion implica
La lealtad con el remedio?

D. Mendo. ¡Qué propia accion de villano!
Temor me tiene ó respeto:
Aunque para un hombre humilde
Bastaba solo mi esfuerzo.
¡El que encareció el de Orgaz
Por valiente! Al fin, es viejo,
En vuestra casa me hallais,
Ni huir, ni negarlo puedo;
Mas en ella entré esta noche...

García. A hurtar el honor que tengo.
Muy bien pagais á mi fé
El hospedage, por cierto,
Que os hicimos Blanca y yo.
Ved qué contrarios efectos
Verá entre los dos el mundo,
Pues yo ofendido os vengo,
Y vos de mi fé servido,
Me dais agravios por premios.

D. Mendo (*aparte*). No hay que fiar de un villano
Ofendido; pues que puedo,
Me defenderé con este.

García. ¿Qué haceis? dejad en el suelo
El arcabuz, y advertid
Que os lo estorbo, porque quiero
No atribuyais á ventaja
El fin de aqueste suceso,
Que para mí basta solo
La banda de vuestro cuello,
Cinta del sol de Castilla
A cuya luz estoy ciego.

D. Mendo. Al fin, ¿me habeis conocido?

García. Miradlo por los efectos.

D. Mendo. Pues quien hace como yo
No satisface, ¿qué hareis vos?

García. Que os vais y rogad á Dios
Que enfrene vuestros deseos.
Y al Castañar no volvais,
Que de vuestros desaciertos
No puedo tomar venganza,
Sino remitirla al cielo.

D. Mendo. Yo lo pagaré, García.

García. No quiero favores vuestros.

D. Mendo. No sepa el conde de Orgaz
Esta accion.

García. Yo os lo prometo.

D. Mendo. Quedad con Dios.

García. El os guarde.
Y á mi de vuestros juicios
Y á Blanca.

D. Mendo. Vuestra muger.

t. No, señor, no hableis en eso;
Que vuestra será la culpa;
Yo sé la muger que tengo.
ndo (*aparte*). ¡Ay, Blanca! sin vida estoy:
¡Qué dos contrarios opuestos!
Este me estima ofendido,
Tú adorándole, me has muerto.
t. ¿A dónde vais?
ndo. A la puerta.
t. ¡Qué ciego venís, qué ciego!
Por aquí habeis de salir.
ndo. ¿Conoceisme?
t. Yo os prometo
Que á no conocer quien sois,
Que bajárades mas presto.
Mas tomad esta arcabuz
Ahora; porque os advierto
Que hay en el monte ladrones,
Y que podrán ofenderos
Si, como yo, no os conocen.
Bajad aprisa: no quiero
Que sepa Blanca este caso.
ndo. Razon es obedeceros.
a. Aprisa, aprisa, señor,
Remitid los cumplimientos;
Y mirad que al descender
No caigais, porque no quiero
Que tropeceis en mi casa,
Porque de ella os vais mas presto.
ndo. ¡Muerto soy!
a. Bajad seguro,
Pues que yo la escala os tengo.

ella es la exclamacion de García cuando, conociendo que su
or no es el rey, dice:

Honra desdichada mia,
¿Qué engaño es este que veo?

despues de haber dado muerte á don Mendo, la relacion
iace al rey, aunque larga y deslucida con manchas de afec-
n y culteranismo, como cuando, hablando de una cueva,
ma.

Bostezo que dió la tierra
Despues del comun diluvio.

Acaba con estos versos enérgicos:

Vivia sin envidiar,
Entre el arado y el yugo,
Las córtes, y de tus iras
Encubierto me aseguro,
Hasta que anoche en mi casa
Ví aqueste huésped perjuro
Que en Blanca atrevidamente
Los ojos lascivos puso;
Y pensando que eras tú,
Por cierto engaño que dudo,
Le respeté: corrigiendo
Con la lealtad lo iracundo.
Hago alarde de mi sangre,
Venzo al temor con quien lucho,
Pídeme el honor venganza,
El puñal luciente empuño,
Su corazon atravieso.....
Mírale muerto; que juzgo
Me tuvieras por infame,
Si á quien de este agravio acuso,
Le señalára á tus ojos
Menos, señor, que difunto.
Aunque sea hijo del sol,
Aunque de tus grandes uno,
Aunque el primero en tu gracia,
Aunque en tu imperio el segundo;
Esto soy, y este es mi agravio,
Este el ofensor injusto,
Este el brazo que le ha muerto,
Este divida el verdugo;
Pero en tanto que mi cuello
Esté en mis hombros robusto,
No he de permitir me agravie,
Del rey abajo, ninguno.

Pocas son tambien las noticias que poseemos de Rojas. Aunque unos le han hecho nacer en Madrid, y otros en san Estevan de Gormaz, consta del proceso de pruebas que hizo para cruzarse que era natural de Toledo, hijo del alferez don Francisco Perez de Rojas y de doña Mariana de Vega Ceballos. Diéronle sus padres la educacion que correspondia á su ilustre prosapia, y hubo de dedicarse al foro en el que sin duda adquirió bastante fortuna, puesto que pudo costear las pruebas para vestir el hábito de Santiago, con que le agració Felipe IV en 1641. Ignórase el año de su muerte.

Sus comedias publicadas por él en dos tomos, son unas veinte y cuatro. A las que hemos citado, se pueden añadir, como de las mas notables, las tituladas *Abre el ojo* y *Casarse por vengarse*. Prometió una tercera parte que no llegó á publicar.

CAPITULO XI.

CALDERON.

Cual consecuencia precisa del gran movimiento dramático que se habia desarrollado en España; despues de tantos escritores con tan varias cualidades, pero siguiendo todos un mismo sistema al cabo de tan inmenso caudal de comedias sobre cuantos asuntos pueden imaginarse, como remate y corona de aquella época floreciente para el teatro español, debia aparecer algun ingenio feliz que reuniese en sí las cualidades sobresalientes de este teatro, que lo elevase á su mayor altura, y fuese, por decirlo asi, la última expresion de aquella escuela dramática nueva, original, tan diferente de la antigua. A Lope de Vega le faltó fuerza y arte para la combinacion de sus fábulas; Tirso pecaba por licencioso y mordaz; Moreto no poseia toda la inventiva necesaria; Alarcon se presentaba con poca idealidad; Rojas era exajerado y gongorino: se necesitaba, pues, un hombre que al artificio para disponer planes hábilmente combinados, á la urbanidad y decoro, la fecunda imaginacion, al lenguaje poético y armonioso, reuniese las dotes de aquellos escritores: facilidad, abundancia, espíritu caballeresco, gracia, filosofía, elevacion, conocimiento del corazon humano y de las pasiones; y lo que tal vez escaseó en todos, sublimidad en los pensamientos. Cualidades tan varias, tan raras, tan dificiles de reunir en una sola persona, eran precisas para formar el poeta dramático español perfecto. No bastaba ser apto para la poesía elevada, para la pintura de las grandes pasiones, sino se poseia tambien la gracia y soltura que permiten trazar cuadros familiares; poco era tener chiste para las situaciones cómicas, sin la facultad de remontarse á la expresion de los mas sublimes afectos. Nuestro teatro no conocia la division de géneros; no consentia la perfeccion en unos y la mediocridad en otros: los mezclaba todos; exijia todos los talentos reunidos; y su inmensa fecundidad, al paso que engendraba multitud de comedias desarregladas y monstruosas, hacia mas dificil la tarea del que intentase llegar á la perfeccion, no siendo dado alcanzarla sin poseer cualidades extraordinarias y portentosas. Favorecia, sí la inmensa turba de ingenios medianos que escriben sin arte, que exageran los defectos de un sistema porque no alcanzan sus bellezas, y tal vez logran ante un público ansioso de novedades, triunfos efímeros que pronto quedan sepultados en un eterno olvido;

da palabra se revela, imposibilitándole de pintar nada que no fuese español. Vanamente recorre en sus numerosos dramas todas las naciones, todas las épocas de la historia, todas las creencias; vanamente deja el mundo real, y se interna en la fábula, ó en la region de las alegorías: siempre es el mismo; con él ningun hecho, ningun héroe toma el colorido local; con él jamás se oye el lenguage que corresponde á sus personages: así como tenia que prestarles á todos el habla castellana, castellanos los hacia en sus acciones, en sus ideas, en sus afectos. Solo quedan en Calderon á todo lo extrangero los nombres, y aun á veces desfigurados: en lo demás, todo tiene que pasar bajo las horcas caudinas que su profunda nacionalidad impone á cuanto no es de su patria. Nadie á su lado hallaba acceso, como no fuese disfrazado con ropilla y ferreruelo.

Para que esto sucediese, claro está que Calderon tenia que ser en todo un español puro, y presentar en sí una viva imágen de su siglo. Con efecto, en su persona se reunieron el caballero, el soldado, el cortesano y el sacerdote; y en todas estas condiciones fue poeta para reproducir con admirable pincel los efectos é ideas que las distinguen. Aunque no estamos tan ignorantes de su vida como respecto de otros célebres dramáticos, ignoramos sin embargo las particularidades de ella que necesitaríamos para tener su verdadero retrato en cada uno de esos estados; mas por lo que se sabe, y por lo que se deduce de la lectura de sus obras, se puede asegurar que fue valiente, honrado, discreto, enamorado, en extremo religioso, leal á toda prueba, y como sus galanes, algo pendenciero. El autor de la noticia biográfica puesta al frente de la *Verdadera quinta parte* de sus obras, hace de él este elogio que está acorde con la idea que hemos procurado dar de sus prendas, y servirá para completarlo. «Este fue el oráculo de la córte, el ansia de los extrangeros, el padre de las musas, la luz de los teatros, la admiracion de los hombres, el que de peregrinas virtudes estuvo ornado siempre, pues su casa era el abrigo general de los desvalidos, su condicion la mas prudente, su humildad la mas profunda, su modestia la mas elevada, su cortesía la mas atenta, su compañía la mas segura y provechosa, su lengua la mas cándida y honradora, su pluma la mas cortesana de su siglo, y que no hirió jamás con mordaces comentos la fama de ninguno, ni manchó con libelos á los maldicientes, ni su oido atendió á las detracciones maliciosas de la envidia; y éste, en fin, fué el príncipe de los poetas castellanos, que suscitó con su sagrada poesía á griegos y latinos; pues en lo heróico fué culto y elevado, en lo moral erudito y sentencioso, en lo lírico agradable y elocuente, en lo sacro divino y conceptuoso, en lo amoroso honesto y respectivo, en lo

jocoso salado y vivo en lo cómico sutil y proporcionado. Fué dulce y sonoro en el verso, sublime y elegante en la elocucion, docto y ardiente en la frase, grave y fecundo en la sentencia, templado y propio en la traslacion, agudo y primoroso en la idea, animoso y persuasivo en la inventiva, singular y eterno en la fama.»

Siguiendo al mismo biógrafo, que procuró adquirir las más noticias posibles de los parientes de nuestro poeta, daremos aquí una ligera reseña de su vida. Nació en Madrid en uno de los primeros dias de 1600, pues se le bautizó el 14 de febrero en la parroquia de San Martin. Fue hijo de don Diego, señor de la casa de Calderon y Sotillo, y de doña Ana María de Henao y Riaño, ambos de ilustre prosapia; y cuenta su biógrafo que lloró tres veces en el seno materno, *por entrar en el mundo con la sombra de la tristeza, quien, como nuevo sol, le habia de llenar de inmensas alegrias*. Desde muy niño dió muestras de su feliz ingenio. Su educacion fué esmerada y brillante, cual correspondia á su ilustre cuna. Estudió primero en el colegio de los PP. jesuitas de Madrid, y luego pasó á Salamanca donde en cinco años se hizo dueño de cuanto allí se enseñaba. Ya por entonces empezó á brillar con sus escritos, dando pruebas de que llegaria á ser uno de los primeros poetas españoles. Teniendo solo trece años, compuso su primera comedia titulada: *El Carro del cielo* que se representó y fue en extremo aplaudida; y aunque no se saben precisamente las fechas en que dió al teatro sus demas obras, es de presumir que no se pararia en aquel primer triunfo, y que muchas de las que hoy nos quedan serian fruto de sus ocios en la universidad y durante los cinco años que permaneció en Madrid desde que concluyó sus estudios hasta que abrazó la carrera de las armas. Era esta la de toda la noble juventud de aquellos tiempos; y como caballero, no podia faltar á la obligacion de servir á su rey con la espada, al propio tiempo que ilustraba á su patria con sus obras; teniendo sobretodo el egemplo de tantos insignes varones que fueron á un tiempo egregios guerreros y esclarecidos poetas. Su fogosa juventud necesitaba un campo más vasto y animado que el que le ofrecia la córte, y no era por otra parte inútil para su númen poético el recorrer tierras y ver el mundo para estudiar las variadas escenas que habia de reproducir tan admirablemente. Durante diez años peleó en Italia y Flandes, sin olvidarse de las musas: antes bien creció su fama á tal altura, que el rey Felipe IV le llamó á su córte para que le sirviera en las fiestas reales que daba, agraciándole en 1636 con el hábito de Santiago. Fácil le hubiera sido el continuar gozando del regalo de los palacios y de las gracias de su soberano; pero esto no se avenia bien con su alma noble, y siem-

pre que la patria necesitaba del esfuerzo de sus hijos, ambicionaba correr donde el honor le llamaba. En vano trató el rey de retenerle á su lado, cuando con motivo de la rebelion de Cataluña, salieron á campaña las Ordenes militares. Con este intento, le encargó componer la funcion que se habia de representar en el estanque del Retiro; pero Calderon halló en su ingénio medios de cumplir á la vez con su obligacion y con su monarca. En ocho dias compuso la comedia del *Certámen de amor* y *celos*, y corrió á alistarse en la compañía del conde-duque, donde estuvo hasta que, ajustada la paz, volvió á Madrid, recibiendo del rey nuevas mercedes. Desde entonces, las letras le ocuparon ya exclusivamente; y calmados con los años sus ímpetus juveniles y su ardor guerrero, en el 51 de aquel siglo y de su edad, pues ambos marchaban á la par, se hizo sacerdote, imitando en ello á Lope de Vega y otros muchos ingenios. Prueba es esto de la fuerza que tenian entonces las ideas religiosas, que al fin se sobreponian en tantos hombres célebres á todos los demas efectos, ya como en expiacion de sus yerros juveniles, ya como refugio contra los hazares de la vida. Poderosas eran, con efecto, estas ideas en el alma de Calderon; y sus obras llevan más que las de otro poeta alguno dramático de los nuestros, aquel sello de catolicismo que tanto dominaba entonces en la sociedad española. Este es uno de los principales caractéres que le distinguen, y que le hizo elegir por la villa de Madrid y otros muchos pueblos de España, para escribir los autos sacramentales que se representaban en las funciones del Córpus, cuya comision desempeñó durante mas de treinta años. Complaciase á tal punto en este género de composiciones, que eran á sus ojos obras de virtud y meritorias, mas bien que literarias. No dejó, sin embargo, de escribir, aun ya clérigo, comedias de otro género, siendo la última la de *Hado* y *Divisa* que compuso á la edad de ochenta y un años, poco tiempo antes de su muerte, acaecida en 25 de mayo, dia de Pascua de Pentecostés. Así la gloriosísima carrera de este poeta ocupó casi todo el siglo XVII.

Ciento y nueve son las comedias que contiene la coleccion impresa de Calderon, pero escribió algunas más, aunque pocas, que no se encuentran en ella. Fueron reunidas algun tiempo despues de su muerte por su amigo don Juan de Vera Tásis y Villarroel, y reimpresas en 1660 por don Juan Fernandez de Aponte, cuya edicion es la que mas corre, siendo ya muy escasa. Ninguna de estas ediciones es ni correcta ni elegante, y las mejores que hoy existen son la hecha en Leipsick en 1830 por el aleman Juan Jorge Keil, y la debida al inteligente celo del distinguido poeta dramático, don Juan Eugenio Hartzenbusch, dada

al público durante los años de 1849, 50 y 51, en la *Biblioteca de Autores españoles*.

Sus autos sacramentales forman otra coleccion que consta de setenta y dos, y no fueron impresos hasta 1717 por don Pedro de Pando y Mier, á quien el Ayuntamiento de Madrid, legatario del difunto poeta, cedió el derecho que tenia sobre estas obras. Esta coleccion no comprende, pues, más que una parte de los autos que escribió el autor, faltando los que hizo por encargo de otros muchos ayuntamientos del reino. Atribúyesele ademas doscientas loas divinas y humanas, muchas de las cuales son sin duda las que están al frente de sus autos y de algunas de sus comedias; cien sainetes que no han visto la luz pública; un libro de la entrada de la reina madre en Madrid; un dilatado discurso sobre los cuatro novísimos, escrito en octavas; un tratado defendiendo la nobleza de la pintura; otro en defensa de la comedia; canciones, sonetos, romances, y otras poesías líricas que sin duda serian numerosísimas, pero que no se han impreso.

Se ve, pues, que si Calderon no igualó en fecundidad á Lope de Vega, tuvo la bastante para ser tambien notable en este punto. Sin embargo, si atendemos á la larga vida de este poeta: durante la cual, desde muy jóven no dejó de escribir, el número de ciento y veinte comedias que es el mayor que se le atribuye, no sorprende: pues, aun contando solo desde la edad de veinte años, no salen á dos cada uno; y á otros tantos ascenderian á lo más los autos sacramentales; resultando el tiempo de tres meses para cada una de sus composiciones dramáticas. Aunque las mas serian hechas sin duda alguna en mucho menos tiempo, siempre se ve que no trabajaba sus obras con la precipitacion de Lope, y prueba de ello es que para concluir en más de ocho dias la fiesta del *Certámen de amor y celos*, tuvo que hacer un esfuerzo, segun se infiere por el rasgo de su vida que más arriba hemos referido: no le hubiera ciertamente embarazado á Lope el tener que marcharse á la guerra al otro dia de empezada una comedia, para darla ya terminada.

El sistema de Calderon no era sin embargo susceptible de tanta velocidad como el de Lope de Vega. Hay en las comedias de aquel mucho mas artificio; y sus planes, por lo bien combinados, requerian mucho mas detenimiento. No obstante, una vez arreglados, no creemos que le costase gran trabajo el desempeño. A su natural facilidad, debió añadir la que procura una larga práctica: y pruebas se hallan no pocas en sus obras de que solia escribir con bastante desaliño.

A grandes elogios y á sangrientas críticas ha dado lugar este insigne poeta entre los extrangeros; pues entre nosotros, exceptuándose algunos críticos del siglo pasado que le trataron de de-

lirante, nunca ha dejado de ser aplaudido por el pueblo, hasta ahora en que, por el contrario, los literatos le ensalzan, y el público no asiste á la representacion de sus dramas. Los alemanes sobretodo, se han entusiasmado por él en estos últimos tiempos, y no han contribuido poco á la fama de que hoy goza en Europa, hasta en las naciones donde antes era objeto de burla y menosprecio. Por lo tanto, creemos deber nuestro el transcribir aqui el elocuente elogio que de él hace el célebre crítico Schlegel, tomando esta traduccion de la española de Sismondi, antes citada. Dice así:

«Apareció, en fin, don Pedro Calderon de la Barca, génio no menos fecundo, escritor no menos ágil que Lope, pero mucho mas poeta, poeta por excelencia, si alguna vez ha merecido hombre alguno este título. Renovóse para él, mas en grado muy superior, la admiracion de la naturaleza, el entusiasmo del público, y la dominacion del teatro..... En el número casi infinito de sus obras, no se encuentra nada debido á la casualidad: todo está trabajado con la habilidad mas perfecta, siguiendo seguros y consecuentes principios y con miras profundamente artísticas; lo cual no pudiera negarse, aun cuando se considerase como una manera este estilo puro y elevado del teatro romántico, y se tuviesen por desairados estos atrevidos vuelos de la poesía, que se elevan hasta los últimos límites de la imaginacion. Calderon ha cambiado por todas partes en su propia substancia lo que habia servido solamente de forma á sus predecesores, y para alcanzarlo, bastábanle solo las mas notables y delicadas flores. De aqui proviene que repite á menudo muchas expresiones, muchas imágenes, muchas comparaciones y hasta muchos juegos de situacion, aunque era demasiado rico para tomar prestado, no digo de los demas, sino de sí mismo. La perspectiva teatral es á sus ojos la parte esencial del arte; pero esta vista, cerrada para otros, llega á ser positiva para él: no conozco ningun autor dramático que haya sabido como él, poetizar el efecto, y que le haya hecho obrar tan poderosamente sobre los sentidos, haciéndolo al mismo tiempo tan aéreo.»

«Sus dramas se dividen en cuatro clases; representaciones de historias de santos, sacadas de la Escritura; piezas históricas, mitológicas, ó tomadas de cualquiera otra invencion poética, y pinturas en fin de la vida social en las costumbres modernas. En un sentido riguroso, no pueden llamarse históricas mas que las obras fundadas sobre la historia nacional: Calderon ha tratado con mucha verdad las antigüedades españolas: pero tenia de otra parte una nacionalidad muy decidida, y pudiera decirse muy ardiente, para poder mudarse en otra esencia. Pudo, cuando más, identificarse con los pueblos que un sol esplendoroso

anima, tales como los del Mediodia ó del Oriente; pero nunca con los de la antigüedad clásica ó del Norte de Europa. Cuando ha escogido en la historia de estos pueblos asuntos, los ha tratado de una manera fantástica en extremo. La mitología griega no ha sido para él más que una fábula encantadora, ni la historia romana más que una hipérbole magestuosa.»

«Sin embargo, deben ser consideradas sus representaciones religiosas como históricas hasta cierto punto; pues aun cuando Calderon las haya envuelto en una poesía más rica aun, ha expresado siempre en ellas con gran fidelidad la mayor parte de los caractéres de la historia hebráica ó de la Sagrada Escritura. Distínguense ademas estos dramas de las demas comedidas históricas por las altas alegorías que pone frecuentemente en escena, y por el entusiasmo religioso con que ha hecho brillar el poeta en las representaciones que eran destinadas á la fiesta del Santo Sacramento, el universo, que pintaba alegóricamente con llamas de púrpura y de amor. En este último género de composiciones ha sido admirado sobre todo por sus contemporáneos, y á este género daba él mismo la mas alta preferencia.»

. . . . . .

«Hizo Calderon algunas campañas en Flandes y en Italia, y sometióse, como caballero de Santiago á los deberes militares de esta Orden, hasta que abrazó el estado eclesiástico, y de esta manera anunció esteriormente hasta qué punto era la religion el sentimiento dominante de su vida. Si es verdad que el sentimiento religioso, la lealtad, el valor, el honor y el amor son las bases de la poesía romántica; bajo estos auspicios debe seguramente haber nacido, desarrolládose y tomado el mas atrevido vuelo en España. La imaginacion de los españoles era osada, como su espíritu emprendedor; y ninguna aventura espiritual les parecia peligrosa. Ya antes de esta época, se habia manifestado el gusto del pueblo por lo sobrenatural mas increible en los romances de caballería; queria este pueblo tornar á ver las mismas cosas en el teatro, y como en esta época, llegados los poetas españoles al mas elevado punto de cultura en las artes y de perfeccion social, tratando estos asuntos les inspiraron una alma musical, y purificándolos de cuanto tenian de corporal y grosero, no les dejaron más que los colores y los olores, resulta un encanto irresistible de este contraste hasta entre la forma y el fondo. Los espectadores creian ver en la escena una aparicion de la grandeza de su nacion, que estaba ya medio destruida, despues de haber amenazado conquistar el mundo mientras que veian derramar en una poesía siempre nueva toda la armonía en los mas variados metros, toda la elegancia del juego mas espiritual y toda la magnificencia de imágenes y comparaciones, que podia

permitir su lengua sola. Los tesoros de las mas apartadas zonas eran tanto en poesía como en realidad, importados para satisfacer á la madre patria, y puede decirse que en el imperio de esta poesía, asi como en el de Cárlos V, no se ocultaba el sol nunca.

«Hasta en los dramas de Calderon que representan las costumbres modernas, y que en su mayor parte descienden al tono de la vida vulgar, nos sentimos encadenados por un encanto fantástico, sin que sepamos considerarlos como comedias en el sentido ordinario de la palabra. Las comedias de Shaskspeare están compuestas siempre con las costumbres inglesas, porque la imaginacion cómica debe referirse á las cosas locales y conocidas, y la parte romántica está siempre tomada de cualquier teatro meridional, porque no es el sol natal suficientemente poético. En España, por el contrario, pueden ser aun consideradas las costumbres nacionales bajo un punto de vista ideal. Es verdad que esto no hubiera sido posible, á habernos introducido Calderon en la vida doméstica, en donde la necesidad y el hábito lo reducen todo á límites estrechos y vulgares. Sus comedias concluyen como las de los antiguos, en casamientos; pero ¡cuán diferente es todo cuanto precede al desenlace! En estas, para satisfacer pasiones sensuales y miras egoistas, se emplean á menudo medios muy inmorales; los hombres, con todas las fuerzas de su espíritu, no son mas que entes físicos opuestos los unos á los otros, que tratan de aprovecharse de sus debilidades para sorprenderse mútuamente. En las otras domina, ante todas cosas, un sentimiento ardiente y apasionado, que ennoblece todo lo que le rodea, porque liga á todas las circunstancias una afeccion del alma. Calderon nos representa, es verdad, sus principales personages de ambos sexos en los primeros albores de la juventud y entregados á la esperanza de todos los goces de la vida: pero el premio, por el cual luchan y por qué ansian, desdeñando todo lo demas, no puedo á sus ojos trocarse por ningun otro bien. El honor, el amor y los celos, son las pasiones dominantes; su juego noble y atrevido forma el nudo de las comedias, sin que se complique por medio de travesuras ó de industriosos engaños: el honor es siempre en ellas un sistema ideal que descansa sobre una moral elevada que santifica el principio, sin dejar pensar en las circunstancias. Puede llegar á ser el arma de la vanidad, descendiendo á opiniones vulgares y á preocupaciones; pero bajo todos estos aspectos se reconocen siempre en él las huellas de una idea elevada. Difícil me seria encontrar una imágen más perfecta de la delicadeza con que representa Calderon el sentimiento del honor, que la tradicion fabulosa sobre el armiño, que estima tanto, segun se dice, la blancura de su piel, que antes de ensu-

ciarla, se entrega él mismo á la muerte, al verse perseguido por los cazadores. Este sentimiento del honor no es menos poderoso entre las damas de Calderon, dominando el amor, que no encuentra lugar más que al lado de él, sin merecer la preferencia. Conforme á los sentimientos que el poeta expone, consiste el honor de las mugeres en amar solo á un hombre honrado y sin tacha alguna, y con una perfecta pureza, y en no sufrir ningun homenage equívoco que pueda ofender á la mas severa dignidad femenina. Este amor exige un secreto inviolable hasta que una union legal permite declararlo públicamente; y esta sola condicion le pone á cubierto de los tiros emponzoñados de la vanidad que se gloriaria de pretensiones ó adquiridas ventajas. Aparece de este modo el amor como un voto secreto, y una religion oculta. Es verdad que siguiendo esta doctrina, están permitidas la astucia y la disimulacion, que el honor proscribe por otra parte absolutamente; pero las más delicadas consideraciones se ven aun observadas en la liga del amor con los demas deberes, entre otros el de la amistad. El poder de los celos, despiertos siempre, siempre terribles en su esplosion, no está como entre los orientales, ligado á la posesion, y sí á las más lijeras preferencias del corazon y á la manifestacion más imperceptible. Ennoblécese al amor, porque este sentimiento llega á envilecerse, cuando no es completamente exclusivo. El nudo que estas diversas pasiones habian formado, no produce frecuentemente resultado alguno, y entonces es la catástrofe verdaderamente cómica: otras veces toma un giro en extremo trágico; y entonces llega á ser el honor un destino contrario, á quien no puede satisfacerse sin sacrificar su ventura y caer en el crimen.

«Esta es, pues, la índole mas elevada de los dramas que los extrangeros llaman comedias de intriga, y á los cuales, conforme á la costumbre, con que se les pone en escena, han dado los españoles el título de comedias de *capa y espada*. Ordinariamente no tienen de burlesco mas que el papel del criado bufon, y que es conocido bajo el nombre de *gracioso*. Este sirve solamente para parodiar los motivos poéticos conforme á los cuales obra su amo, haciéndolo á menudo de la mas elegante manera y del modo mas ingenioso. Raras veces es empleado como instrumento para aumentar el embrollo con sus astucias, lo cual es debido con mas frecuencia á fortuitos acontecimientos, aunque de una invencion admirable. Otras obras dramáticas son llamadas comedias de *figuron*: los demás papeles son en ellas comunmente los mismos; pero se distingue entre ellos una figura, precisamente, representada en caricatura. No puede negarse á muchas piezas de Calderon el título de comedias *de carácter*; aunque no se deben esperar los mas delicados rasgos

del talento característico, de los poetas de una nacion, cuyos sentimientos apasionados y cuya melancólica imaginacion no podrian avenirse con el espacio y la sangre fria de la observacion.

«Ha dado Calderon á otra clase de sus obras el nombre de *fiestas*, las cuales habian sido en efecto destinadas á ser representadas en la Corte, en las mas solemnes ocasiones. Segun su pompa teatral, las frecuentes mudanzas de decoraciones, los prodigios que á vista del espectador se representan, y hasta la música que se ha introducido en ellas, pudiera dárseles el nombre de *óperas poéticas*: tienen efectivamente mas poesía que las demas composiciones de este género, puesto que por solo el brillo de aquella pudieran obtener el mismo efecto que en las óperas sencillas que no se obtiene, sino por las decoraciones de la música y la danza. En estas obras se abandona el poeta á los mas atrevidos vuelos de su imaginacion, y sus representaciones pertenecen apenas á la tierra.

«Pero el carácter de Calderon brilla sobre todo cuando se ocupa de asuntos religiosos: no pinta el amor sino es con rasgos vulgares, y no le hace hablar sino el lenguage poético del arte; mas la religion es el amor que le es propio; este es el corazon de su corazon, y por ella solamente pone en movimiento las teclas que penetran y conmueven el alma profundamente. Parece que no quiso hacer otro tanto en las circunstancias puramente mundanas: su piedad le hace penetrar con claridad en las mas confusas relaciones. Este hombre venturoso se habia librado del laberinto y del desierto de la duda en el asilo de la fé, desde donde contempla y pinta con una serenidad que nada puede turbar, el curso de las tempestades del mundo. Para él la existencia humana no es un enigma obscuro: sus mismas lágrimas, como una gota de rocío sobre una flor, presentan al resplandor del sol la imágen del cielo: su poesía, cualquiera que sea el asunto que trate aparentemente, es un himno infatigable de gozo sobre la magnificencia de la creacion: solemniza con una admiracion alegre y siempre nueva, los prodigios de la naturaleza y del arte, como si los viera siempre por la vez primera, con un brillo que el uso no ha empañado aun. Este es el primer despertamiento de Adan, acompañado de una elocuencia y de una sobriedad de expresiones que pueden dar solamente el conocimiento de las mas secretas propiedades de la naturaleza, la mas alta cultura del ingenio, y la reflexion mas dura y grave. Cuando reune los mas apartados objetos, los mas grandes y los mas pequeños, las estrellas y las flores, el sentido de sus metáfóras es siempre la relacion de las criaturas con el Criador comun, y esta arrebatadora armonía, este concierto del universo,

es de nuevo para él la imágen del eterno amor, que todo lo comprende.

«Florecia aun Calderon, cuando en las demas partes de Europa dominaba el gusto amanerado en las artes, y la literatura declinaba hácia el prosaismo que tan general llegó á ser en el siglo XVIII. Por esta razon puede ser considerado como puesto sobre la mas alta cima de la poesía romántica: todo su esplendor ha sido invertido en sus obras, del mismo modo que en un fuego artificial se acostumbra reservar los mas variados colores, las mas brillantes luces para la última esplosion.»

El entusiasmo brilla en este elocuentísimo trozo, y despues de él, nada puede decirse en elogio de Calderon. Mas asi como hay críticos que ensalzan de tal suerte á este gran poeta, existen otros que no le son tan favorables, y entre ellos *Sismondi* que convierte en defectos las bellezas que Schlegel le atribuye. En su concepto, Calderon es el hombre de la miserable época de Felipe IV; falso en las costumbres que representa, falso en su lenguage, exagerado en todo, escede á todos los poetas castellanos, y aun á los mas ridículos conceptistas de Italia, en amaneramiento y en el modo de alambicar las ideas, es incapaz de expresar las pasiones y de pintar los grandes dolores, mezclando una poesía importuna en las situaciones mas despedazadoras; y aunque suele tener situaciones de un efecto admirable, jamás se encuentra en él una espresion patética ó sublime por su verdad y sencillez. Critica en extremo su falta de colorido local y de verdad histórica, atribuyéndola á ignorancia; y por último dice que es el poeta de la Inquisicion, no inspirando mas que horror por la religion que profesa, á la cual solo atribuye pasiones feroces y una moral corrompida.

La enorme diferencia que existe entre estos dos juicios nace de que sus autores juzgan á Calderon con arreglo á distintos sistemas. Schlegel le considera desde las alturas de la mas elevada poesía, y le coloca en el punto culmitante del romanticismo, y Sismondi le mira al traves de la prosáica manera de los dramáticos franceses, y en la parte religiosa, con todas las prevenciones de un protestante contra la comunion católica. Bajo estos los distintos aspectos el elogio y la alabanza son ciertos: mas liremos; si se considera el arte en el punto en que hoy dia se encuentra, tan distante de las exageraciones románticas como del rigorismo clásico; si se atiende á las ideas de la época presente, el juicio verdadero de Calderon puede resultar de la mezcla de ambos juicios: en el primero se hallan brillantemente enalzadas sus verdaderas bellezas; en el segundo vemos presentados sus verdaderos defectos: mas estos no destruyen el mérito de aquellas; y son tanto menos atendibles, cuanto mas

consideramos á Calderon, no con respecto á nuestro siglo, sino relativamente á la época en que ha vivido; y cuanto mas nos acercamos á las regiones de la alta poesía, dejando el mundo real, que es el patrimonio de la comedia tal cual hoy la entendemos, para internarnos en el ideal, que era donde se colocaban nuestros dramáticos antiguos.

Sea defecto, sea belleza, estos poetas han procurado siempre dar mas á la fantasía que á la razon y al juicio; han querido alucinar primero que convencer; han preferido cuadros brillantes y sorprendentes á las pinturas exactas de la naturaleza; y en vez de conmover los corazones, haciendo derramar lágrimas, tienen por objeto recrear imaginaciones vivas y ardientes. Si es este un defecto, es el de todo nuestro teatro; y Calderon, que, como hemos dicho habia venido á ser su complemento y quinta esencia, no podia ménos de tenerlo; antes bien la correspondia alcanzar mas brillantez, mas mágia que sus antecesores. Siguiendo el camino que agradaba á la nacion para la cual escribia, llegó al último límite, y fue el encanto de sus contemporáneos. Despójesele de esos defectos que tiene, y ya no será el poeta español: su prestigio desaparece, su poder queda aniquilado, y cae de sus manos el cetro del teatral imperio.

Ese espíritu esencialmente español, esa exuberancia de poesía que, á la verdad, traspasa los límites permitidos, esa profusion de imágenes y de hipérboles, ese lenguage florido y musical, esos caractéres ideales, esa exageracion de ciertos sentimientos nobles y pundonorosos, esa religiosidad sin duda supersticiosa, todo eso era lo que entusiasmaba á los espectadores que aplaudian las comedias de Calderon: asi como todo eso es tambien lo que en la actualidad las hace menos concurridas en el teatro. Nosotros no encontramos en ellas nuestros usos ni nuestros afectos; buscamos otra especie de sensaciones; necesitamos trasportarnos en idea á la época en que se escribieron, y esto lo hacen únicamente los literatos, no el público que va á buscar placeres conformes á sus gustos actuales. Pero si seria error en Calderon, viviendo ahora, escribir del modo que lo hizo, tambien lo hubiera sido seguir diferente rumbo, teniéndoselas que haber con españoles del siglo XVII.

Que estos españoles no eran ya los del siglo anterior; que conservaban la altivez de su pasada prepotencia contrastando con el decaimiento de la monarquía; que la Inquisicion habia influido harto desgraciadamente en sus costumbres y sentimientos religiosos; esto ya lo hemos dicho, y estamos conformes en ello con Sismondi; pero creemos que este escritor lleva demasiado lejos su crítica, y que preocupado con su idea, deja de ver la

parte noble y bella que tienen esas cualidades, parándose únicamente en la que merece vituperio. Reprueba la fanfarronería, el humor pendenciero, el carácter vengativo de los héroes de Calderon que, segun él, solo viven en el duelo y el asesinato; pero no ve el honor que resalta en ellos, su lealtad, sus sentimientos caballerosos, su cortesanía, la generosidad que los anima, y otras mil prendas que, no por ser á veces exageradas, dejan de merecer elogios. Atribuye á las mugeres una relajacion de costumbres que no tenian, y olvida su delicadeza hasta en el amor mas ardiente; no le prendan su constancia y las virtudes de que hacen á cada momento alarde. Por último, anatematiza supersticiones dignas de reprobacion; pero no percibe el espíritu verdaderamente religioso que anima siempre al poeta, su ardiente fé, sus firmes creencias, y aquel estudio profundo de los misterios cristianos que desenvuelve con tanta filosofía en medio de torrentes de poesía encantadora, sabiendo sacar efectos teatrales de lo mas abstracto que la religion conoce.

En la parte artística, tampoco hace justicia Sismondi á Calderon. Nada dice del ingenioso artificio con que estan dispuestos sus dramas, de sus bien meditadas combinaciones, de la perfeccion de sus planes. Esta perfeccion no es á la verdad la de los dramáticos franceses: no observa Calderon la unidad de tiempo ni de lugar; varía con frecuencia la escena, amontona á veces incidentes que al parecer pudieran descartarse; pero es la perfeccion del género que seguia. Las situaciones se enlazan bien entre sí y se deducen con naturalidad unas de otras; el movimiento de la accion nunca para; el interés ó la curiosidad crece á cada instante; se sigue el argumento con facilidad; y aunque la trama se complica á veces demasiado, se desenlaza de un modo sorprendente, pero sin inverosimilitud ni esfuerzo. Hasta esos incidentes que parecen supérfluos suelen ser necesarios para la inteligencia de la fábula; y es tal la trabazon de sus diferentes partes, que los refundidores que han intentado reducir sus obras á mas arregladas formas, ó no lo han conseguido, ó han aumentado la confusion y el embrollo.

Sobresalen en Calderon las ideas sublimes, las imágenes atrevidas, mas bien que los rasgos de pasion y sensibilidad; pero fuera de que no es raro encontrar trozos verdaderamente tiernos, y confesando que ha echado á perder muchas situaciones patéticas con el prurito de ostentar una poesía estemporánea; tenemos aquí otro defecto del sistema y del gusto de la época. Ciertamente, preferible es en muchos casos una exclamacion sentida, á la mas bella amplificacion poética; pero el público de Calderon no era de este modo de pensar, y hubiera temido por

poco ingenioso al poeta que se hubiese contentado con un ¡ah! de horror, al ver muerta su querida, en vez de manifestar su dolor con expresiones, á la verdad, poco naturales, pero enfáticas y ponderativas.

Reconocemos en el estilo de Calderon todos los defectos que le atribuye Sismondi; pero es preciso tener presente que en su tiempo estaba en su mayor auge el género culto, y no solamente era difícil libertarse de él, sino que el público no hubiera apreciado al poeta exento enteramente de un defecto que tanto nos choca ahora y que entonces se tenia por el mayor esfuerzo del arte. Calderon es mas gongorino que Lope, Tirso y Moreto, pagando hartos tributos al culteranismo; pero el que lea sus dramas, advertirá fácilmente que este defecto lo usa, si así puede decirse, con discrecion y cordura; y como eligiendo los parages y las obras en que puede incurrir en él con menos daño de los efectos teatrales. Fuera de esto, una cualidad en que los vence á todos, y que Sismondi no se hallaba en situacion de apreciar, es la armonía. La versificacion de Calderon es una música continuada que encanta y enagena, produciendo una especie de arrobamiento celestial á cuyo mágico efecto se le perdona todo; y muchas veces no se le comprende bien, y sin embargo se le oye con delicia. Este don de la armonía era en él todo natural sin que nada debiese al arte; brotaban de su pluma raudales de dulces versos, como manan de ciertas plantas los aromas; y como estos sobresalen siempre aun de entre los abrojos con que se mezclan, así aquella melodía seductora se deja sentir, á pesar de los muchos defectos que suelen obscurecer su estilo. Estos defectos son bastantes; y ademas de los ya señalados, se deben indicar la obscuridad y la incorreccion. Notable es, en verdad, el desaliño con que á menudo escribe; y por esta y otras muchas razones de las que hemos manifestado, Calderon no nos parece el autor que primero conviene poner en manos de los jóvenes. Aunque de su estudio se debe sacar gran provecho, es preciso tener para leerlo el juicio y el buen gusto formados: de otro modo, deslumbrados los jóvenes con sus brillantes cualidades, seducidos por su mágica armonía, no verán sus defectos, se acostumbrarán á ellos, y los imitarán, ya que no les sea dado alcanzar sus bellezas.

No hemos acostumbrado hacer estenso análisis de las obras de nuestros poetas dramáticos, porque este método nos hubiera llevado demasiado lejos, prolongando mas de lo regular este trabajo. Pero creemos necesaria una excepcion con Calderon, porque, como ya hemos dicho, su teatro es el complemento y perfeccion de nuestro teatro, y porque la importancia de este escritor merece que se haga conocer mas á fondo su manera

siendo tambien mucho mas fácil mostrar de esta suerte las bellezas y defectos de su estilo.

La vida es sueño es una de sus obras mas alabadas: pertenece al género moral ó filosófico que tanto cultivó este poeta, y tiene por objeto probar que las dichas de esta vida son un sueño; que cuanto mas encumbrados nos creemos, despertamos en la desgracia, y que por lo tanto, no estando nunca seguros de los bienes que poseemos, conviene usar de ellos con moderacion y templanza. Para desenvolver este pensamiento moral, supone Calderon que Basilio, rey de Polonia, ha tenido un hijo que nació bajo los mas funestos auspicios, y habiendo consultado á las estrellas acerca de su suerte futura, leyó en el cielo que ese hijo habia de humillarle á sus pies algun dia. Para evitarlo, le encierra desde niño en una torre oculta entre peñascos, donde no ve mas que á Clotaldo su ayo, que le guarda, instruyéndole sin embargo en las ciencias, aunque le tiene encadenado y vestido solo de pieles. Pero llega el príncipe Segismundo á la edad adulta, y su padre, á quien acusa ya la conciencia del mal trato que le da, resuelve hacer una experiencia, á fin de averiguar si debe darle libertad y descubrirle quien es, ó tenerle para siempre encerrado. A este fin, manda darle un narcótico, y le trae á su palacio, donde Segismundo, al despertarse, se encuentra rodeado de cortesanos y tratado cual corresponde á su clase. El primer efecto de esta experiencia es el que debia ser: el príncipe obedece solo á sus instintos brutales; muéstrase orgulloso, colérico, vengativo. Arroja por el balcon á un criado; quiere matar á Clotaldo; insulta á su padre; atropella á una dama; y da muestras de llegar á ser el mas cruel de los reyes. Su padre, creyendo que asi lo exige el bien del Estado, le vuelve á su prision, valiéndose del mismo narcótico, para que al despertarse crea que es un sueño cuanto le ha pasado, y resuelve dejar la corona á su mas inmediato pariente. Segismundo, al encontrarse de nuevo en su primitiva situacion, hace tristes reflexiones sobre el sueño que cree haber tenido; y aunque una sublevacion le coloca otra vez, sacándole de su encierro, en el camino de las grandezas, no se envanece ya, y piensa usar con prudencia y moderacion de su nueva prosperidad, por temor de que sea tambien otro sueño. Resuelve, no obstante, que se cumpla su horóscopo: colócase al frente de la rebelion, y ve por fin á su padre postrado á sus plantas. Satisfechos de esta suerte los hados, muéstrase príncipe generoso y magnánimo: se somete rey, y admira á todos con sus bellas prendas, prometiendo un monarca virtuoso y grande.

Nada hay que pedir á este plan perfectamente concebido ordenado; los demas incidentes ó episodios, aunque al

parecen poco unidos á la accion, se enlazan por último perfectamente con ella, contribuyendo á que Segismundo ostente con mas brillantez la grandeza de su alma. La marcha del drama es natural, clara y aun sencilla; de suerte que se sigue hasta su fin sin esfuerzo ni cansancio alguno. Pocas son las cosas que hay que criticar en este plan, y hasta las frecuentes mudanzas de decoraciones á la vista del espectador se evitarian fácilmente distribuyendo las tres jornadas en cinco actos.

Empieza la accion en el sitio agreste donde está encerrado Segismundo. Rosaura disfrazada de hombre llega á él, y sus primeras palabras son un apóstrofe á su caballo que se ha desbocado, apóstrofe que está enteramente en el estilo de la época.

Hipógrifo violento
Que corriste parejas con el viento,
Donde, rayo sin llama,
Pájaro sin matiz, pez sin escama,
Y bruto sin instinto
Natural, al confuso laberinto
Destas desnudas peñas
Te desbocas, te arrastras y despeñas?
Quédate en este monte,
Donde tengan los brutos su Faetonte,
Que yo, sin mas camino
Que el que me dan las leyes del destino,
Ciega y desesperada,
Bajaré la aspereza enmarañada
Deste monte eminente,
Que arruga al sol el ceño de su frente.
Mal, Polonia, recibes
A un extrangero, pues con sangre escribes
Su entrada en tus arenas,
Y apenas llega, cuando llega á penas.

Rosaura y su criado Clarin oyen suspiros que salen de una cueva, se paran á averiguar la causa, y ven á Segismundo que vestido de pieles y encadenado, pronuncia las famosas décimas que copiaremos, sin embargo de ser tan sabidas:

Apurar, cielos, pretendo,
Ya que me tratais asi,
Qué delito cometí
Contra vosotros, naciendo.
Aunque si nací, ya entiendo
Qué delito he cometido:

Bastante causa ha tenido
Vuestra justicia y rigor;
Pues el delito mayor
Del hombre, es haber nacido.
Solo quisiera saber,
Para apurar mis desvelos,
(Dejando á una parte, ó cielos,
El delito del nacer)
¿Qué más os pude ofender
Para castigarme más?
¿No nacieron los demás?
Pues si los demas nacieron,
¿Qué privilegio tuvieron
Que yo no gocé jamás?
Nace el ave, y con las galas
Que le dan belleza suma,
Apenas es flor de pluma,
O ramillete con alas,
Cuando las etéreas alas,
Corta con velocidad,
Negándose á la piedad
Del nido que deja en calma;
¡Y teniendo yo mas alma
Tengo menos libertad!
Nace el bruto, y con la piel
Que dibujan manchas bellas,
Apenas signo es de estrellas,
(Gracias al docto pincel)
Cuando, atrevido y cruel,
La humana necesidad
Le enseña á tener crueldad,
Mónstruo de su laberinto;
¡Y yo, con mejor instinto,
Tengo menos libertad!
Nace el pez, que no respira,
Aborto de ovas y lamas,
Y apenas, bajel de escamas,
Sobre las ondas se mira,
Cuando á todas partes gira,
Midiendo la inmensidad
De tanta capacidad
Como le dá el centro frio
¡Y yo con mas alvedrio,
Tengo menos libertad!
Nace el arroyo, culebra:
Que entre flores se desata,
Y apenas, sierpe de plata,
Entre las ondas se quiebra,
Cuando músico celebra
De las flores la piedad,

Que le da la magestad
El campo abierto á su huida;
¡Y teniendo yo mas vida,
Tengo menos libertad!
En llegando á esta pasion,
Un volcan, un Etna hecho,
Quisiera arrancar del pecho,
Pedazos el corazon.
¿Qué luz, justicia ó razon
Negar á los hombres sabe
Privilegio tan suave,
Excepcion tan principal,
Que Dios le ha dado á un cristal,
A un pez, á un bruto y á un ave?

Este trozo fuera perfecto, si el autor hubiera sabido prescindir en él de algunos rasgos de gongorismo, que ha empleado para encarecer sus pinturas.

Rosaura se presenta á Segismundo que queda hechizado de una figura tan peregrina, siendo la primera humana que ha visto en su vida, excepto la de su guardian. Aunque no sabe que es muger, el príncipe siente ya conmovido su corazon, y aquí el poeta prueba ya su arte, no solo por ser un rasgo propio de la naturaleza humana, sino porque prepara desde el principio una parte del desenlace. En la conversacion que entablan Segismundo y Rosaura, contándose sus mútuos males, Calderon se olvida del culteranismo y es á veces sencillo y natural en extremo.

Segismundo. Tu voz pudo enternecerme,
Tu presencia suspenderme,
Y tu respeto turbarme.
¿Quién eres? que aunque yo aquí
Tan poco del mundo sé,
Que cuna y sepulcro fué,
Esta tierra para mí,
Y aunque desde que nací,
(Si esto es nacer) solo advierto
Este rústico desierto
Donde miserable vivo,
Siendo un animado muerto;
Y aunque nunca ví, ni hablé,
Sino á un hombre solamente
Que aquí mis desdichas siente,
Por quien las noticias sé
Del cielo y tierra; y aunque
Aquí, porque mas te asombres,

Y mónstruo humano me nombres,
Entre sombras y quimeras,
Soy un hombre de las fieras,
Y una fiera de los hombres;
Y aunque en desdichas tan graves
La política he estudiado,
De los brutos enseñado,
Advertido de las aves,
Y de los astros suaves
Los círculos he medido:
Tú solo, tú has suspendido
La pasion á mis enojos,
La suspension á mis ojos,
La admiracion á mi oido.
Con cada vez que te veo
Nueva admiracion me dás,
Y cuando te miro más,
Aun mas mirarte deseo.
Ojos hidrópicos creo
Que mis ojos deben ser,
Pues cuando es muerte el beber,
Beben más, y de esta suerte,
Viendo que el ver me dá muerte,
Estoy muriendo por ver.
Pero véate yo, y muera;
Que no sé, rendido ya,
Si el verte muerto me da,
El no verte qué me diera:
Fuera mas que muerte fiera,
Ira, rabia y dolor fuerte;
Fuera muerte, y de esta suerte
Su rigor he ponderado,
Pues dar vida á un desdichado,
Es dar á un dichoso muerte.
saura. Con asombro de mirarte,
Con admiracion de oirte,
No sé que pueda decirte,
Ni que pueda preguntarte:
Solo diré que á esta parte
Hoy el cielo me ha guiado,
Para haberme consolado,
Si consuelo puede ser
Del que es desdichado, ver
Otro que es mas desdichado.
Cuentan de un sábio que un dia
Tan pobre y mísero estaba,
Que solo se sustentaba
De unas yerbas que cogia.
¿Habrá otro (entre sí decia)
Mas pobre y triste que yo?

Y cuando el rostro volvió
Halló la respuesta, viendo
Que iba otro sábio cogiendo
Las yerbas que él arrojó.
Quejosa de mi fortuna
Yo en este mundo vivia,
Y cuando entre mí decia:
¿Habrá otra persona alguna
De suerte mas importuna?
Piadoso me has respondido;
Pues, volviendo en mi sentido,
Hallo que las penas mias,
Para hacerlas tú alegrías,
Las hubieras recogido.

Aunque en el discurso de Segismundo hay todavia algo de afectacion, la respuesta de Rosaura es bellísima.

En esto llega Clotaldo que es el ayo y guardian del príncipe; y al ver que unos estrangeros han penetrado en el recinto vedado á todos, los manda prender para darles muerte; mas por lo que le dice Rosaura y por la espada que le entrega, conoce que el jóven que tiene delante es hijo suyo, el cual viene á vengar una afrenta. Entonces se suscita en su pecho una lucha interior entre su honor y su deber, y en un aparte, malo solo por ser aparte y largo, dice estos bellísimos versos:

¿Qué he de hacer? ¡válgame, cielos!
¿Qué he de hacer? Porque llevarle
Al rey, es llevarle (¡ay triste!)
A morir. Pues ocultarle
Al rey, no puedo, conforme
A la ley del homenage.
De una parte el amor propio,
Y la lealtad de otra parte,
Me rinden. Pero ¿qué dudo?
¿La lealtad del rey no es antes
Que la vida y que el honor?
Pues ella viva, y él falte.
Fuera de que si ahora atiendo
A que dijo, que á vengarse
Viene de un agravio, hombre
Que está agraviado es infame;
No es mi hijo, no es mi hijo,
Ni tiene mi noble sangre.
Pero si ya ha sucedido
Un peligro, de quien nadie

Se libró, porque el honor
Es de materia tan frágil
Que con una accion se quiebra,
O se mancha con el aire,
¿Qué mas puede hacer, qué mas,
El que es noble de su parte,
Que, á costa de tantos riesgos,
Haber venido á buscarle?
Mi hijo es, mi sangre tiene;
Pues tiene valor tan grande,
Y asi entre una y otra duda,
El medio mas importante
Es irme al rey y decirle
Que es mi hijo, y que le mate.
Quizá la misma piedad
De mi honor podrá obligarle,
Y si le merezco vivo,
Yo le ayudaré á vengarse
De su agravio; mas si el rey,
En sus rigores constante
Le dá muerte, morirá
Sin saber que soy su padre.

ta manera de considerar el honor y la lealtad, á los cua-
lo se sacrifica, hasta los afectos mas tiernos del alma, era
la de conducta para los caballeros de la época de Calderon.
, á la verdad, algo de bárbaro; pero el honor y la lealtad
a nada si no se consideran así, y solo así han producido
ies heróicas en todos tiempos. Ademas, tales sentimientos
en la índole de la civilizacion moderna; y Calderon, al
estarse tan penetrado de ellos, no es el representante de una
de degradacion, sino el intérprete de todos los pechos
s mientras las leyes de la caballería han estado en auje en
Europa.

espues de esta esposicion sencilla y perfectamente hecha,
ia la escena y el poeta nos traslada al palacio del rey Basi-
ue reuniendo toda su corte, en un largo discurso, unas ve-
atural, otras afectado, ya emplea metáforas, ya argumenta
un escolástico, ora hace alarde de su ciencia, ora vierte
filosóficas; declara á todos que tiene un hijo, y cuál ha sido
uerte, como igualmente el designio que ha formado de
le á su palacio. Aquí se dá tambien á conocer á Astolfo y
lla, príncipes de la sangre real, á quienes corresponde él
á falta de Segismundo, y que estan para casarse. La re-
ion del secreto destruye sus esperanzas; pero la lealtad ven-
ellos la ambicion, y juran obediencia á su príncipe. Sin

embargo, ese Astolfo es el que ha agraviado á Rosaura, la cual le reconoce, y lo declara á Clotaldo, descubriéndole al propio tiempo que es muger, y dejándole entregado á mil confusiones y dudas.

En la segunda jornada, despues de dar Clotaldo al rey cuenta de cómo ha cumplido sus órdenes, suministrando á Segismundo un narcótico, y trayéndole á palacio, se presenta el príncipe entre músicas y criados que le ayudan á vestirse, y espresa su acombro de esta suerte:

¡Válgame el cielo, qué veo!
¡Válgame el cielo, qué miro!
Con poco espanto lo admiro,
Con mucha duda lo creo.
¿Yo en palacios suntuosos?
¿Yo entre telas y brocados?
¿Yo cercado de criados
Tan lucidos y briosos?
¿Yo dispertar de dormir
En lecho tan excelente?
Yo en medio de tanta gente
Que me sirve de vestir?
Decir que sueño es engaño,
Bien sé que despierto estoy.
¿Yo Segismundo no soy?
Dadme, cielos, desengaño.
Decidme, ¿qué pudo ser
Esto que á mi fantasía
Sucedió, mientras dormia;
Que aquí me he llegado á ver?
Pero, sea lo que fuere,
¿Quién me mete en discurrir?
Dejarme quiero servir,
Y venga lo que viniere.

Despues de esta sorpresa, los primeros afectos que se desarrollan en Segismundo, son los que eran naturales á su educacion y al modo con que habia sido tratado, es decir, el orgullo, la soberbia, la ira y la venganza. Empieza diciendo que no quiere músicas suaves, sino canciones guerreras; se le presenta Clotaldo y se asombra de ver á sus piés al tirano de su juventud; mas luego que el anciano le declara quien es, y cuál destino le aguarda, exclama:

Pues vil, infame, traidk
¿Qué tengo mas que sa!
Despues de saber quien

Para mostrar desde hoy
Mi soberbia y mi poder?
¿Cómo á tu patria le has hecho
Tal traicion, que me ocultaste
A mí, pues que me negaste,
Contra razon y derecho,
Este Estado?

Clotaldo. ¡Ay de mí, triste!

Segismundo. Traidor fuiste, con la ley,
Lisongero con el rey,
Y cruel conmigo fuiste;
Y asi el rey, la ley y yo,
Entre desdichas tan fieras,
Te condenan á que mueras
A mis manos.

Un criado. Señor...

Segismundo. No
Me estorbe nadie, que es vana
Diligencia; y ¡vive Dios!
Si os poneis delante vos,
Que os eche por la ventana.

En vano procuran los criados contenerle; se enfurece cada vez mas. Sale Astolfo, y, á pesar de las muestras de respeto que prodiga, le insulta Segismundo. Muéstrase Estrella, y prendado de su hermosura, intenta besarle la mano. Un criado, mas revido que los otros, le reprende su mal proceder. Segismundo irritado, le dice:

¿No digo
Que vos no os metais conmigo?

Criado. Digo lo que es justo.

Segismundo. A mí
Todo eso me causa enfado.
Nada me parece justo,
En siendo contra mi gusto.

Criado. Pues yo, señor, he escuchado
De tí, que en lo justo es bien
Obedecer y servir.

Segismundo. Tambien oiste decir
Que por un balcon á quien
Me cause sabré arrojar,

Criado. Con los hombres como yo
No puede hacerse eso.

Segismundo. ¿No?
¡Por Dios, que lo he de probar!

Le coge y le arroja por una ventana, exclamando:

Cayó del balcon al mar:
¡Vive Dios que pudo ser!

Apenas ha cometido este atentado, cuando se le presenta padre, y se entabla entre los dos un diálogo animado, en Segismundo, al paso que dá muestras de su ferocidad, hace nocer á Basilio lo desacertado de su conducta para con él, si do esto la causa de todo lo que sucede.

Basilio. ¿Qué ha sido esto?
Segismundo. Nada ha sido
A un hombre que me ha cansado
Deste balcon he arrojado.
Basilio. ¿Tan presto una vida cuesta
Tu venida al primer dia?
Segismundo. Díjome que no podia
Hacerse, y gané la apuesta.
Basilio. Pésame mucho que, cuando,
Príncipe á verte he venido,
Pensando hallarte advertido,
De hados y estrellas triunfando,
Con tanto rigor te vas,
Y que la primera accion
Que has hecho en esta ocasion
Un grave homicidio sea.
¿Con qué amor llegar podré
A darte ahora mis brazos,
Si de sus sobérbios lazos
Que están ensangrentados sé
A dar muerte? ¿Quién llegó
A ver desnudo el puñal
Que dió una herida mortal,
Que no temiese? ¿Quién vió
Sangriento el lugar adonde
A otro hombre le dieron muerte,
Que no sienta que el mas fuerte
A su natural responde.
Yo así, que en tus brazos miro
Desta muerte el instrumento,
Y miro el lugar sangriento,
De tus brazos me retiro
Y aunque en amorosos lazos
Ceñir tu cuello pensé,
Sin ellos me volveré,
Que tengo miedo á tus brazos.
Segismundo. Sin ellos me podré estar,
Como me he estado hasta aquí,

Que un padre, que contra mí
Tanto rigor sabe usar,
Que en su condicion ingrata
De su lado me desvia,
Como á una fiera me cria,
Y como á un mónstruo me trata.
Y en mi noble solicita
De poca importancia fue
Que los brazos no me quita,
Cuando el ser de hombre me quita.
Al cielo y á Dios pluguiera,
Que á dártele no llegára;
Pues ni tu voz escuchára,
Ni tu atrevimiento viera,
Si no me le hubieras dado,
No me quejára de tí;
Pero una vez dado, sí,
Por habérmele quitado;
Pues aunque el dar la accion es
Mas noble y mas singular,
Es mayor bajeza el dar
Para quitarlo despues.
Bien me agradeces el verte,
De un humilde y pobre preso,
Príncipe ya.
¿Pues en eso
Qué tengo que agradecerte?
Tirano de mi albedrío,
Si viejo y caduco estás,
Muriéndote ¿qué me dás?
¿Dásme más de lo que es mio?
Mi padre eres y mi rey;
Luego toda esta grandeza
Me da la naturaleza
Por derecho de su ley.
Luego aunque esté en tal estado,
Obligado no te quedo,
Y pedirte cuentas puedo
Del tiempo que me has quitado
Libertad, vida y honor;
Y así agradéceme á mí
Que yo no cobre de tí
Pues eres tú mi deudor.
Bárbaro eres y atrevido;
Cumplió su palabra el cielo;
Y así, para el mismo anzelo
Del modo injusto
Soberbio y desvanecido.
Y aunque sepas ya quien eres,
Y desengañado estés,
Y aunque en un lugar te ves

Donde á todos te prefieres,
Mira bien lo que te advierto;
Que seas humilde y blando;
Porque quizá estás soñando,
Aunque ves que estás despierto.

Quédase solo Segismundo, y á poco sale Rosaura ya vestida de muger. El príncipe al verla se entusiasma, y como ella le dice que es una criada de Estrella, exclama:

Yo ví en reino de olores,
Que presidia entre escuadron de flores
La deidad de la rosa;
Y era su emperatriz, por mas hermosa:
Yo ví entre piedras finas
De la docta academia de sus minas
Preferir el diamante,
Y ser su emperador por mas brillante:
Yo en esas cortes bellas
De la inquieta república de estrellas,
Ví en el lugar primero
Por rey de las estrellas al lucero:
Yo en esferas perfetas,
Llamando el sol á cortes los planetas,
Le ví que presidia,
Como mayor oráculo del dia:
Pues ¿cómo si entre flores, entre estrellas,
Piedras, signos, planetas las mas bellas
Prefieren, tu has servido
La de menos beldad, habiendo sido
Por mas bella y hermosa,
Sol, lucero, diamante, estrella y rosa?

No rindiéndose Rosaura á las palabras, quiere pasar á las obras; pero Clotaldo y Astolfo acuden á defenderla. Trábase entre éste y Segismundo una lucha que se suspende con la llegada del rey, y cómo le reprende este por no haber tenido respeto á las canas de Clotaldo, le responde:

Acciones vanas
Querer que tenga yo respeto á canas;
Pues aun esas podria
Ser que viese á mis plantas algun dia;
Porque aun no estoy vengado
Del modo injusto con que me has criado.

Nada hay que pedir á este cuadro tan filosófico como animado y dramático: en él todo es perfecto, hasta el estilo, que dejando enteramente de ser gongorino, brilla por la naturalidad, la

ion y la energía, si se exceptúa el trozo de amores ante-
ente citado. Calderon, culto solamente cuando quiere bri-
suplir la falta de accion con la pompa del lenguage, deja
etáforas y las antítesis, en llegando á un parage en que la
a es ya por sí interesante y animada. Entonces se abandona
su inspiracion natural, y sin andar en busca de adornos de
ley, halla fácilmente los mejores que puede apetecer un poe-
mático, que son la belleza de la idea, la energía de la ex-
n, y la pura armonía del verso.

espues de tan bellas escenas, hacen mal efecto las que si-
reducidas á quejas bastante frías de amores; y al ardid em-
o por Rosaura para quitar á Astolfo un retrato que tiene
escenas que adolecen además del defecto de no estar enlaza-
n lo restante de la accion, siendo un episodio inútil. El inte-
renace hasta el fin de la jornada, en que se vé á Segismun-
ello á su primitivo estado, encerrado de nuevo en su torre.
durmiendo todavía, profiriendo entre sueños expresiones de
lo y crueldad; pero despiértase y se estremece al ver que la
lad de su suerte es tan otra de lo que acaba de soñar. Cuen-
Clotaldo lo que ha visto, y cuando llega á hablar de Rosau-
ice esta expresion tan tierna, tan sentida y verdadera.

De todos era señor,
Y de todos me vengaba;
Solo á una muger amaba:
Que fué verdad creo yo,
En que todo se acabó,
Y esto solo no se acaba.

Clotaldo se retira, diciéndole:

...En sueños fuera bien
Honrar entonces á quien
Te crió en tantos empeños
Segismundo; que aun en sueños,
No se pierde el hacer bien.

Y quedándose solo, el príncipe tiene el siguiente bello mo-
go:

Es verdad; pues reprimamos
Esta fiera condicion,
Esta furia, esta ambicion,
Por si alguna vez soñamos;
Y sí haremos: pues estamos
En mundo tan singular,
Que el vivir sólo es soñar;

Y la experiencia me enseña
Que el hombre que vive sueña
Lo que es, hasta despertar.
Sueña el rey que es rey, y vive
Con este engaño mandando,
Disponiendo y gobernando,
Y este aplauso que recibe
Prestado, en el viento escribe.
Y en cenizas le convierte
La muerte; (¡desdicha fuerte!)
¿Que hay quién intente reinar
Viendo que ha de despertar
En el sueño de la muerte?
Sueña el rico en su riqueza
Que más cuidados le ofrece;
Sueña el pobre que padece
Su miseria y su pobreza.
Sueña el que á medrar empieza,
Sueña el que afana y pretende,
Sueña el que agravia y ofende,
Y en el mundo, en conclusion,
Todos sueñan lo que son,
Aunque ninguno lo entiende.
Yo sueño que estoy aquí
Destas prisiones cargado,
Y soñé que en otro estado,
Más lisongero me ví.
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusion,
Una sombra, una ficcion,
Y el mayor bien es pequeño;
Que toda la vida es sueño,
Y los sueños sueños son.

Bajo la impresion de estas ideas, aparece Segismundo en la tercera jornada, ya moderado y prudente, dudoso siempre de si está soñando ó despierto, y acordándose de la máxima de Clotaldo, cuando le dijo que *aun en sueños no se pierde el hacer bien.* Sacado de su prision por los soldados, resiste á los impulsos del orgullo y de la ambicion de esta suerte.

¿Otra vez, (¡qué es esto, cielos!)
Quereis que sueñe grandezas
Que ha de deshacer el tiempo?
¿Otra vez quereis que vea,
Entre sombras y bosquejos,
La vanidad y la pompa
Desvanecida del viento?
¿Otra vez quereis que logre

El desengaño ó el riesgo
A que el humano poder
Nace humilde y vive atento?
Pues no ha de ser; no ha de ser;
Miradme otra vez sujeto
A mi fortuna; y pues sé
Que toda esta vida es sueño,
Idos, sombras que fingís
Hoy á mis sentidos muertos
Cuerpo y voz, siendo verdad
Que ni teneis voz ni cuerpo.
Que no quiero magestades
Fingidas, pompas no quiero
Fantásticas, ilusiones
Que al soplo menos ligero
Del aura han de deshacerse;
Bien como el florido almendro,
Que, por madrugar sus flores
Sin aviso y sin consejo,
Al primer soplo se apagan
Marchitando y deslucieudo
De sus rosados capullos
Belleza, luz y ornamento.
Ya os conozco, ya os conozco,
Y sé que os pasa lo mesmo
Con cualquiera que se duerme.
Para mí no hay fingimientos:
Que desengañado ya,
Sé bien que la vida es sueño.

Un soldado le responde:

Si piensas que te engañamos,
Vuelve á ese monte soberbio
Los ojos, para que veas
La gente que aguarda en ello
Para obedecerte.
mundo. Ya
Otra vez vé aquesto mismo
Tan clara y distintamente,
Como ahora lo estoy viendo;
Y fué sueño.
ado. Cosas grandes
Siempre, gran señor, trageron
Anuncios; y esto sería,
Si lo soñaste primero.
mundo. Dices bien, anuncio fué;
Y caso que fuese cierto,
Pues que la vida es tan corta,
Soñemos, alma, soñemos.

Otra vez; pero ha de ser
Con atencion y consejo
De que hemos de dispertar
Deste gusto al mejor tiempo:
Que llevándolo sabido,
Será el desengaño menos;
Que es hacer burla del daño
Adelantarle el consejo.
Y con esta prevencion,
De que cuando fuese cierto,
Es todo el poder prestado,
Y ha de volverse á su dueño,
Atrevámonos á todo.
Vasallos, yo os agradezco
La lealtad; en mí llevais
Quien os libre osado y diestro
De extrangera esclavitud.
Tocad al arma; que presto
Vereis mi inmenso valor.
Contra mi padre pretendo
Tomar armas y sacar
Verdaderos á los cielos;
Puesto he de verle á mis plantas.—
Mas si antes de esto despierto,
¿No será bien no decirlo,
Supuesto que no he de hacerlo?

Dáse la batalla y quedan vencidas las tropas del rey. As dá esta nueva á Basilio.

Astolfo. Los traidores vencedores
Quedan.
Basilio. En batallas tales,
Los que vencen son leales,
Los vencidos los traidores.

Quiere huir; pero óyese un tiro y ve caer herido á sus p Clarin que, de miedo y por huir del peligro, se habia ocu entre unas matas. Clarin al morir, dice:

Soy un hombre desdichado
Que por quererme guardar
De la muerte, la busqué:
Huyendo de ella, encontré
Con ella, pues no hay lugar
Para la muerte secreto:
De donde claro se arguye,
Que quien mas su efecto huye,
Es quien se llega á su efeto.

Por eso tornad, tornad
A la lid sangrienta luego;
Que entre las armas y el fuego
Hay mayor seguridad
Que en el monte mas guardado;
Pues no hay seguro camino
A la fuerza del destino
Y á la inconstancia del hado;
Y así, aunque á libraros vais
De la muerte con huir,
Mirad que vais á morir,
Si está de Dios que morais.

ado con esta reflexion, y persuadido de que no es posible iar lo que ha decretado el destino, Basilio resuelve espe- u hijo, y que se cumplan las predicciones del cielo, arro- á sus piés. Hácelo así, y Segismundo arenga á sus solda- á la corte en un discurso que copiaremos aquí para que se manera de Calderon en estos pasages, en que mezcla las entaciones del filósofo con las metáforas del poeta.

Corte ilustre de Polonia,
Que de admiraciones tantas
Sois testigos, atended,
Que vuestro príncipe os habla,
Lo que está determinado
Del cielo, y en azul tabla
Dios con el dedo escribió,
De quien son cifras y estampas
Tantos papeles azules
Que adornan letras doradas,
Nunca engaña, nunca miente;
Porque quien miente y engaña,
Es quien para usar mal dellas,
Las penetra y las alcanza.
Mi padre, que está presente,
Por escusarse á la saña
De mi condicion, me hizo
Un bruto, una fiera humana:
De suerte, que cuando yo,
Por mi nobleza gallarda,
Por mi sangre generosa,
Por mi condicion bizarra,
Hubiera nacido dócil
Y humilde, solo bastára
Tal género de vivir,
Tal linage de crianza,
A hacer fieras mis costumbres.
¡Qué buen módo de estorbarlas!
Cualquier hombre dijeron:

Alguna fiera inhumana
Te dará muerte, ¿escogiera
Buen remedio en despertarlas,
Cuando estuviesen durmiendo?
Si dijeran: esta espada
Que traes ceñida ha de ser
Quien te dé la muerte; vana
Diligencia de evitarlo
Fuera entonces desnudarla
Y ponérsela á los pechos.
Si dijesen: golfos de agua
Han de ser tu sepultura
En monumentos de plata;
Mal hiciera en darse al mar,
Cuando soberbio levanta
Rizados montes de nieve,
De cristal crespas montañas.
Lo mismo le ha sucedido:
Que á quien, porque le amenaza
Una fiera, la despierta;
Que á quien temiendo una espada,
La desnuda; que á quien mueve
Las ondas de una borrasca,
Y cuando fuera (escuchadme)
Dormida fiera mi saña,
Templada espada mi furia,
Mi rigor quieta bonanza;
La fortuna no se vence
Con injusticia y venganza,
Porque antes se incita más;
Y así, quien vencer aguarda
A su fortuna, ha de ser
Con cordura y con templanza.
No antes de venir el daño
Se reserva ni se guarda
Quien le previene; que aunque
Puede humilde (cosa es clara)
Reservarse dél, no es
Sino despues que se halla
En la ocasion, porque aquesta
No hay camino de estorbarla.
Sirva de ejemplo este raro
Espectáculo, esta extraña
Admiracion, este horror,
Este prodigio; pues nada
Es más que llegar á ver,
Con prevenciones tan varias,
Rendido á mis piés á un padre,
Y atropellado á un monarca.
Sentencia del cielo fué:

Por mas que quiso estorbarla
El, no pudo: ¿y podré yo,
Que soy menor en las canas,
En el valor y la ciencia,
Vencerla?—Señor, levanta,
Dame tu mano, que ya
Que el cielo te desengaña
De que has errado en el modo
De vencerle, humilde aguarda
Mi cuello á que tú le vengues;
Rendido estoy á tus plantas.

magnanimidad de Segismundo no para aquí. Aunque enade Rosaura, la casa con Astolfo, porque dice:

Pues que ya rencor aguarda
Mi valor grandes victorias,
Hoy ha de ser la mas alta
Vencerme á mí.

oldado reclama el premio de su rebelion:

Si así á quien no te ha servido
Honras, ¿á mí que fui causa
Del alboroto del reino,
Y de la torre en que estabas
Te saqué, qué me darás?

mundo le responde:

La torre, y porque no salgas
Della nunca hasta morir,
Has de estar allí con guardas:
Que el traidor no es menester,
Siendo la traicion pasada.

caba esta comedia sublime por el pensamiento, y sin r su ejecucion, tanto en la disposicion del plan, cuanto lleza del lenguage, salvo algunos defectos que hemos in-

sible nos es el hacer análisis de mas comedias de Calde- o alargar ya demasiado este capítulo. Nos contentare- es, con trasladar aquí un trozo de alguna de sus comedias y espada, para que se forme una idea de su estilo en es- o. Le tomamos de la primera escena de *Casa con dos mala es de guardar*.

Marcela. Caballeros,
Desde aquí habeis de volveros,
No habeis de pasar de aquí;
Porque si intentais así
Saber quien soy, intentais
Que no vuelva donde estais
Otra vez; y si esto no
Basta, volveos, porque yo
Os suplico que os volvais.
Lisardo. Dificilmente pudiera
Conseguir, señora, el sol,
Que la flor del girasol
Su resplandor no siguiera.
Difícilmente quisiera,
El norte, fija luz clara,
Que el imán no le mirára;
Y el imán difícilmente
Intentára que obediente
El acero le dejára.
Si sol es vuestro esplendor,
Girasol la dicha mia;
Si norte vuestra porfía,
Piedra imán es mi dolor;
Si es imán vuestro rigor,
Acero mi ardor severo;
Pues ¿cómo quedarme espero,
Cuando veo que se van
Mi sol, mi norte, mi imán,
Siendo flor, piedra y acero?
Marcela. A esa flor hermosa y bella
Términos el dia concede,
Bien como á esa piedra puede
Concederlos una estrella:
Y pues él se ausenta, y ella,
No culpeis la ausencia mia.
Decid á vuestra porfía,
Piedra, acero ó girasol,
Que es de noche para el sol,
Para la estrella de dia.
Y quedaos aquí; porque
Si este secreto apurais,
Y á saber quien soy llegais,
Nunca á veros volveré,
A aqueste sitio, que fué
Campaña de nuestro duelo;
Y puesto que mi desvelo
Me trae á veros aquí,
Cred de mí que importa así.
Lisardo. De vuestro recato apelo,
Señora, á mi voluntad;

Y supuesto que seria
No seguiros cortesia,
Tambien será necedad.
Necio ó descortés, mirad
Cuál mayor defecto es.
Vereis que el de necio, pues
No se enmienda; y así, á precio
De no ser, señora, necio,
Tengo de ser descortés.
Seis auroras está aurora
Hace que en este camino
Ciego el amor os previno
Para ser mas salteadora:
Tantas ha que á quella hora
Os hallo á la luz primera
Oculto sol de su esfera,
De su campo rebozada
Ninfa, deidad ignorada
De su hermosa primavera.
Vos me llamasteis primero
Que á hablaros llegára yo;
Que no me atreviera, no,
Tan de paso y forastero.
Con estilo lisonjero,
Aspid ya de sus verdores,
No deidad de sus primores,
Desde entonces fuistes, pues,
Aspid, que no deidad, es
Quien da muerte entre las flores.
Dijísteisme que volviera
Otra mañana á este prado,
Y puntüal mi cuidado
Me trajo como á mi esfera.
No adelanté la primera
Ocasion, porque bastante
No fué mi ruego constante
A que corriese la fé
(Que adora lo que no vé)
Ese velo de delante.
Viendo, pues, que siempre es nuevo
El riesgo, y el favor no,
Quiero á mi deberme yo,
Lo que á vuestra luz no debo;
Y así á seguiros me atrevo,
Que hoy he de veros, ó ver
Quien sois.
cela. Hoy no puede ser.

Como muestra de la metafísica amorosa y del discreteo suelen usar los amantes de Calderon, cosa que si no se entiende

siempre, halaga por lo ingenioso y por la armonía del verso, copiaremos el diálogo siguiente que en *Con quien vengo vengo*, tienen Octavio y Lisarda disfrazados de criados:

Octavio. Oye, y sabrás
Que no se apartan jamás
Entendimiento y amor.
Es amor una pasion
Del alma, tan firme en ella,
Que á duracion de una estrella
Se mide su duracion;
Un carácter ó impresion
Fija, que lleva la palma
Al tiempo, una dulce calma
Que el alma suspensa tiene,
Tan alma suya, que viene
A ser el alma del alma.
Que como si uno se atreve
Fuego y nieve á mezclar, luego
Vendrá la nieve á ser fuego,
O el fuego vendrá á ser nieve:
Porque á la union se le debe
Tomar el hielo ó ardor;
Asi amor y alma, en rigor,
Juntándose en una calma,
O el amor ha de ser alma,
O el alma ha de ser amor.
Luego, si es en mi argumento
Al amor el alma igual,
Y del alma principal
Potencia el entendimiento,
Tambien del amor, atento
A que ya es alma el amor,
Y él, como parte inferior
Del alma, le ha de asistir.
Que el criado ha de servir,
Al huésped de su señor.
El amor lleva tras sí
Al alma, lleva despues
Al entendimiento, que es
Parte del alma; y así
Queda bien probado aquí
Que pecho en quien no halla asiento
Amor, y quedó violento,
No fué porque fué cruel,
Sino porque no halló en él
Ni alma ni entendimiento.

Lisarda. (*Aparte.*)
Bachiller es el criado.—
Diga contra esa opinion

La experiencia una razon.
Yo ví un necio enamorado;
Luego es error haber dado
Al entendimiento fama,
Que dueño de amor se llama,
Pues amar un pensamiento,
No está en el entendimiento,
Supuesto que un necio ama.
Y apura mas mi razon:
¡Cuántos por haber querido
Su entendimiento han perdido!
Pues estos efectos son
De una amorosa pasion,
¿Cómo, dime, puede ser
Entendimiento el querer?
Que amor de su mismo asiento
No echára al entendimiento,
Si le hubiera menester.
(*Aparte.*)
Bachillera es la señora.—
Cualquiera que un harpa mida
Hace que responda herida,
No que responda sonora.
Con esto te he dicho ahora
Que un necio amará tambien;
Mas no sabrá amar: que quien
Ama sin entendimiento,
Sonar hace al instrumento,
Pero no que suene bien.

o se daria á conócer completamente á Calderon, si no se algo acerca de sus *Autos sacramentales*, género de dra- que tenia suma aficion, y de que compuso muchos, mi- los como sus obras predilectas. Además, este género, pe- á nuestra nacion: no nos ha ocupado hasta ahora, y es so dar una idea de él á nuestros lectores; pues aunque en desuso, y aun prohibido por las leyes, aunque no nos es grata su lectura como lo seria á nuestros padres, merece onocido.

os autos sacramentales estaban particularmente destinados lebrar la fiesta del *Corpus*, y eran funcion que ostentaban yuntamientos, principalmente el de Madrid que no la omi- ningun año, siendo tan obligada como la procesion; si esta aba la mañana de tan sagrado dia, aquellos eran la solem- de la tarde, formando, por decirlo así, parte de la festivi- religiosa con que el nombre del Señor se celebraba. Aun- imperfectamente, se asemejaban los autos á los juegos escé-

nicos de la antigüedad. Como estos, eran unas solemnidades religiosas; y como ellos tambien, no se representaban en un local cerrado y mezquino, sino á la luz del dia, en las plazas públicas, y ante una inmensa multitud que los oia con santo respeto y devocion fervorosa. Entrambas clases de espectáculos se costeaban por el gobierno; á entrambas asistian por obligacion las autoridades y magistrados; y los reyes de España que no solian concurrir públicamente á los teatros de Madrid, presenciaban siempre debajo de dosel y cercados de su córte, la representacion de los autos. No se veian, á la verdad, los magníficos anfiteatros y coliseos, ni el pomposo aparato que tanto realce daba á la representacion de las trajedias de Sófocles y Eurípides; por el contrario, los medios de ejecucion eran harto mezquinos, reduciéndose á cuatro máquinas rodantes, llamadas *Carros*, que se arrastraban por las calles, y que reunidas en los parages designados, formaban un teatro improvisado. Como quiera que sea, el sentimiento religioso, los misterios que se representaban, la mezcla de música, declamacion y danza, en lo que tambien se parecian á los espectáculos antiguos; la presencia del rey y de los altos funcionarios, y el concurso del inmenso pueblo que asistia, debia dar á estas representaciones una grandeza, un interés que no tenian ciertamente las comedias profanas reducidas á ejecutarse en innobles corrales.

Pocos son los ingenios españoles de los siglos XVI y XVII que no se ejercitaron en este género tan popular entonces; pero tambien pocos son los autos que se han salvado del olvido. Solo existen reunidos en coleccion, y no todos, los de Calderon, y aun estos suelen leerse y apreciarse, no como obras dramáticas, sino como depósito en que están atesoradas inmensas riquezas poéticas. En un principio, se mezclaban con las diversas partes del auto sainetes y entremeses, como para resarcir á la plebe, con estas graciosidades, del tedio que pudiera inspirarle la representacion de las escenas sérias, y muchas veces ininteligibles que constituian el fondo del drama.

Los autos sacramentales eran obras esencialmente alegóricas; y como tales, la imaginacion en ellas no tenia traba alguna, pudiendo echar mano de cuanto á su propósito cumplia, así en el cielo como en la tierra, asi en el mundo real como en el ficticio, sin perdonar la mitología antigua. Todo lo personificaba: las virtudes, los vicios, los afectos, las ideas, las flores, los dias, el universo en su totalidad y en cada una de sus partes. Lo mismo le da trasladarse á las épocas anteriores á la creacion que á los tiempos obscuros del porvenir; en una palabra, son como dice el mismo Calderon, una contínua prosopopeya. Añádase á esto, que siendo su objeto ensalzar los misterios de nuestra religion, y va-

ose para esto de todas las sutilezas de la teología escolástica. los autores tratan de hacer sensibles con representaciones riales, se aumenta la licencia poética; son lícitos todos los les que puede inventar una imaginacion inflamada por el n y la fé; y lo que no se puede explicar de este modo, se con largos discursos y disertaciones en que forman siem- ontraste lo sutil de los argumentos con lo atrevido de las oras. Así es, que á los demás defectos que tienen estas osiciones, consideradas literariamente, hay que añadir la ridad y la monotonía que hacen su lectura sumamente can-

Bien lo conocio el mismo Calderon; y en el prólogo del r tomo de los autos, único que él imprimió, dice: «Habrá haga fastidioso reparo de ver que en los más de estos autos introducidos unos mismos personages, como son la Fé, la a, la Culpa, la Naturaleza, el Judaismo, la Gentilidad, etc., se satisface, (ó se procura satisfacer) con que, siendo siem- no mismo el asunto, es fuerza combinar el fin con unos os medios; mayormente si se entra en consideracion, de stos mismos medios, tantas veces repetidos, siempre van á nte fin en su argumento, con qué, á mi corto juicio, más se dar estimacion, que culpa, á este reparo; que el mayor r de la naturaleza es, que con unas mismas facciones, haga rostros diferentes; con cuyo egemplar, ya que no sea pri- sea disculpa el haber hecho tantos diferentes autos con unos os personages.»

s autos de Calderon no están divididos en jornadas como medias. Ocupan un solo acto, y van todos precedidos de a que tiene por objeto anunciar el título del drama, y con- con una alabanza del Santísimo Sacramento, en cuyo honor ia la funcion, del rey que la presidia, y del ayuntamiento costeaba. Haremos el análisis de uno, eligiendo el que en lleva por título *La vida es sueño*, por ser como una pa- de la comedia del mismo nombre.

la loa son los personages los cinco sentidos, el Cuerpo y el so. Los sentidos salen con arco y flechas, cantando los ntes versos:

Dios por el hombre encarnó
Y padeció por el hombre,
Y al hombre en manjar se dió:
¿Qué maravilla alcanzó
De las tres mayor renombre?

Oido espliça al *Discurso* el objeto de salir así armados. A cion de lo que sucede en Tartaria, que para adiestrar á los

niños en el manejo del arco, les colocan la comida sobre un árbol, de donde la han de derribar con la flecha; los *Sentidos* tienen que alcanzar su divino manjar del mismo modo. El *Cuerpo* les enseña el cáliz y la hostia en la cumbre de un monte, y cada uno tira despues de pronunciar un discurso en que manifiesta su modo de considerar el divino Sacramento. La Vista, el Tacto, el Gusto y el Olfato, lo esplican de un modo material y yerran el tiro, mofándose el coro de su torpeza; pero llega el *Oido* el último, y dice:

La Fé que allí hay cuerpo y alma;
Y carne y sangre me ha dicho;
Y pues sentido de fé
Es solamente el oido,
Crea el Oido á la Fé,
Y no á los demas sentidos.
Que si la Vista, el Olfato,
El Tacto y el Gusto, han visto,
Tocado, olido y gustado
Pan, es porque no han creido
Que solo los accidentes
Duran en aquel divino
Milagro de los milagros,
Prodigio de los prodigios.
No la substancia de Pan,
Pues con poder infinito
Transubstanció la substancia
Del Pan en Carne, y del Vino
En Sangre, quien es la misma
Verdad, que imperiosa dijo:
Este es mi Cuerpo y mi Sangre,
Con alma y vida; y pues rindo
Mi afecto á cinco palabras.
En fé de ellas solicito
El tiro acertar, y así,
Cerrados los ojos digo:
Que transubstanciado el Pan
De aquellas palabras cinco,
No es pan; Carne y Sangre sí:
Con que vereis que el Oido
Deja, á pesar de los cuatro,
Su entendimiento cautivo.

Con esta esplicacion queda el Oido vencedor, y la hostia baja por sí misma á ponerse en sus manos. Cantan todos este triunfo, y en su celebridad anuncian el Auto.

Es este, como queda dicho, una especie de parodia de la

es sueño, en la cual, hace el primer hombre el papel de Se-
ndo.

l drama empieza en los primeros dias de la creacion. Los
) elementos *Tierra*, *Fuego*, *Aire* y *Agua*, salen luchando
; á una corona, pretendiendo cada uno llevársela. Llegan
der, la *Sabiduria* y el *Amor*. El Poder los separa; la Sabi-
les da á cada cual su puesto, y el Amor los adorna con
atributos. Cuentan despues la rebelion de los ángeles ma-
la caida de Luzbel; añadiendo que quieren formar un nue-
r, á quien dar el imperio del Universo que acaba de crear-
ro receloso el Poder de que con esta segunda criatura le su-
o mismo que con la primera, dice á los elementos:

Hoy del damasceno campo,
A un hermoso alcázar rico,
Que á oposicion de azul cielo,
Será verde paraiso,
Le trasladaré, y en él,
Despues que con mis auxilios
Le haya su luz ilustrado,
Le daré el raro prodigio
De la Gracia por esposa;
Si procediera benigno,
Atento, prudente y cuerdo,
Obedecedlo y servidlo,
Durando en su vasallage;
Mas si procediera altivo,
Soberbio é inobediente,
No le conozcais dominio:
Arrojadle de vosotros,
Pues como el amor ha dicho,
Puesta su suerte en sus manos,
El logro ó el desperdicio,
O por sí la habrá ganado,
O por sí la habrá perdido.
¿Juraislo así?
cuatro. Sí juramos.
ra. Y yo, en fé de que lo admito,
De los limos de la tierra,
Con este polvo te sirvo
Para su formacion.
a. Yo,
Para amasar ese limo,
Te daré el cristal.
. Yo luego,
Porque cobre el quebradizo
Barro en su materia forma,
Te daré el vital susp

Que hiriendo su faz, le anime.

Fuego. Yo, aquel fuego negativo
Que, con natural calor,
Siempre le conserve vivo.

Poder. Venid, pues, y al hombre hagamos.

El *Hombre* aparece vestido de pieles. La *Gracia*, con hacha en la mano, le alumbra, y aquí imita el autor las décimas de la comedia:

Gracia. Hombre, imágen de tu autor,
De esa enorme cárcel dura
Rompe la prision obscura
A la voz de tu Criador.

Hombre. ¿Qué acento? ¿Qué resplandor
Ví? si es esto ver, oí?
Si es oir, esto que hasta aquí,
Del no ser pasando al ser,
No sé mas, que no saber,
Qué soy, qué seré, ó qué fuí?

Gracia. Sigue esta luz, y sabrás
De ella lo que fuiste y eres;
Mas de ella saber no esperes
Lo que adelante serás;
Que eso tú solo podrás
Hacer que sea malo ó bueno.

Hombre De mil confusiones lleno
Te sigo; ¡ó qué torpe el paso
Primero doy!

Gracia. No es acaso
Que de libertad ageno
Nazca el hombre.

Hombre. Pues ¿por qué?
Si ese hermoso luminar,
Que á un tiempo ver y cegar
Hace otra criatura, fué
Apenas nacer, se vé
Cuando con la magestad
De su hermosa claridad
Azules campos corrió,
Teniendo más alma yo,
Tengo menos libertad?
¿Por qué, si es que es ave aquella,
Que ramillete de pluma,
Va con ligereza suma
Por esa campaña bella,
Nace apenas, cuando en ella
Con libre velocidad
Discurre la variedad
Del espacio en que nació,

Teniendo mas vida yo.
Tengo menos libertad?
¿Por qué, si es bruto el que á bellas
Manchas salpica la piel
(Gracias al docto pincel
Que aun puso primor en ellas),
Apenas nace, y las huellas
Estampa, cuando á piedad
De bruta capacidad,
Uno y otro laberinto
Corre, yo con mas instinto
Tengo menos libertad?
¿Por qué, si es pez el que en frio
Seno nace, y vive en él,
Siendo argentado bajel,
Siendo escamado navio,
Con alas que le dan brio
Sulca la vaga humedad
De tan grande inmensidad
Como todo un elemento,
Teniendo yo mas aliento,
Tengo menos libertad?
¿Qué mucho, pues, si se vé
Torpe el hombre en su creacion,
Que tropiece la razon
Donde ha tropezado el pié?
Y pues hasta ahora no sé
Quien soy, quien seré, quien fuí,
Ni mas de qué ví y oí,
Vuelva á sepultarme dentro
Ese risco en cuyo centro
Se duela mi autor de mí.

van al Hombre al Paraiso y allí aparece servido por los elementos, y acompañado del *Alvedrio*, del *Entendimiento* y *Luz*. Al verse rodeado de tanta magnificencia, exclama, siendo siempre lo que dice Segismundo:

Cielos ¿qué es esto que veo?
¿Qué es esto, cielos, que miro
Que si lo dudo, me admiro,
Y me admiro si lo creo?
Yo de galas adornado,
De músicas aplaudido,
De sentidos guarnecido,
De potencias ilustrado?
En este instante no era
Del centro la masa dura
Mi triste prision obscura?

Pues ¿quién me trajo á una esfera
Tan rica, tan suntuosa,
Y tan florida, que en ella
La mas reluciente estrella
Aun no se atreve á ser rosa?
Otra vez vuelvo á dudar,
Y otras mil, quien soy, quién fuí,
O quien seré.

El *Alvedrio* le dice que es la mas perfecta de las criatura adulándole, cautiva su voluntad; el *Entendimiento*, por el c trario, le enoja dándole buenos consejos. Vístenle los elemen ciñéndole el Fuego la espada, y poniéndole el Aire un somb con variadas plumas. El Agua le presenta un espejo, y él se vanece, al ver su figura:

¡O sábia! ¡O suma
Omnipotencia! ¿Yo soy
Aquel que allí se dibuja?
¿Cómo, aquellos que hasta aquí
No llegué á mirarlos nunca
Son los ojos que lo ven,
Los labios que lo pronuncian,
Y así, las demas facciones
Otra vez repite y muchas
Que es verdad que soy la obra
Que la potencia absoluta
Guardó para la pobreza,
¡Qué fábrica tan augusta!
Si fuera primera, no
Llegára á tener segunda;
Dices bien la mas perfecta
Criatura soy.

Cada vez más envanecido, se presentan la *Sombra* y el *cado* vestidos de aldeanos. Admírase de la belleza de la prim

¿Quién eres, bella zagala,
Que sobre la tierra triunfas,
Tan dueño de sus caudales,
Que para tí los usurpas,
Sin que ella te los defienda,
Y nueva aurora segunda,
Das á entender que amaneces
En bella oposicion suya,
Compitiendo con las selvas
Donde las flores madrugan?

Sombra. Soy no tan solo en la tierra
Agricultora, que estudia

Esmerar sus obras pero
Tan sábia que en ella apura,
Y en los demás elementos,
Las cualidades ocultas:
Caractéres para mí
En valles, montes y grutas
Son sus plantas las estrellas,
En su campaña celéstea,
Mis oráculos de fuego
Son, del agua las espumas
Mis libros, y porque lea
Lo que sus vuelos anuncian,
Siendo para mí del año
Cualquiera estacion fecunda,
Los pájaros en el viento,
Forman abriles de plumas.
¡Qué raro bello prodigio!
Alvedrio, ¿viste nunca
Hermosura más discreta?
Yo no entiendo de hermosuras;
Mas para que á mí me agrade
Basta ver que á tí te gusta.
Y para que á mí me ofenda,
Ver que tú no la repugnas:
Advierte, señor, que anda
Con humano rostro una
Serpiente en estos jardines,
Tan incautamente astuta,
Que agua, fuego, tierra y aire,
Siendo, negra noche oscura,
De su belleza engañados,
Por aurora la saludan.
Teme, pues, que puede ser,
Si la miras, si la escuchas,
Tu culpa escucharla y verla,
¿Qué importará, si en disculpa
De esa culpa, mis sentidos,
Por más que tú los acusas,
En viendo sus bellos ojos,
Quedan vanos de su culpa?
Pues porque tú, Entendimiento,
No cauteloso me arguyas,
Y la verdad de mis máglas
A experiencia se reduzca,
Toma esta dorada poma:
Si una vez su sabor gustas,
Verás que no solamente
En tí mis ciencias infunda,
Pero que inmortal te haga,
Para que no puedas nunca,

Igualándote al poder
Del rey, perder esta augusta
Magestad la accion, que hoy
No puedes decir que es tuya:
Del tiempo que allá en la tiera
Te ocultó, venga la injuria:
Come, y como rey serás
Eterno edades futuras.

En vano el Entendimiento y los Elementos se oponen á coma la fruta. El Hombre animado por el Alvedrio, se enan y siendo mas tenaz la porfia del Entendimiento, le despeña.

Los cuat. Elem. ¿Qué has hecho, Hombre?
Hombre. Despeñar
A mi Entendimiento; y una
Vez despeñado, sin él
Comer la vedada fruta.

Pero apenas la ha comido, cuando tiembla la tierra obscurece el aire. El Hombre, anonadado se dirige en va los Elementos.

Hombre. ¡Tierra!
Tierra. Qué es lo que procuras
De mí, si ya son sangrientas
Espinas mis rosas rubias?
Hombre. ¡Agua!
Agua. No esperes de mí
Sino procelosas lluvias,
Que tal vez el mundo aneguen.
Hombre. ¡Fuego! ¡Aire!
Aire. En mí no presumas
Más que ráfagas que talen.
Fuego. Y en mí, rayos que destruyan.
Hombre. Todos (¡ay de mí!) sus iras
Sin Alvedrio ejecutan;
Mas no sin Entendimiento,
Que aun despeñado me acusa.
¿Qué frenesí, qué letargo,
Qué ira, qué rábia, qué furia
Se va de mí apoderando?
El áspid era sin duda;
El que con humano rostro,
Bien que inhumana hermosura,
Me dió la hechizada poma;
Pues helado el pecho, muda
La voz, balbuciente el labio,
Turbada la vista, ruda

La razon, ciego el discurso,
Torpe el sentido, confusa
La vida, y suspensa el alma,
Me han dejado la escultura
Del barro no más; pues solo
Bronca informe estátua bruta,
Tengo ojos, y no ven;
Tengo oidos, y no escuchan;
Tengo manos, y no tocan;
Tengo lábios, y no gustan;
Tengo piés, y no se mueven;
Tengo voz, y no pronuncia;
Y en fin, sin Entendimiento,
Ni Alvedrio que me acudan.
Tengo aliento que no alienta,
Y corazon que no pulsa.
Hasta la piadosa llama,
Que á estos jardines me alumbra.
A fuer de luz recien muerta,
Ya no arde, sino alumbra.
¿Qué mucho, pues, ¡ay de mí!
Si todos me desahúcian,
Que en brazos de letal sueño,
Negra sombra de la culpa,
Pues dejo á la muerte viva,
Deje á la vida difunta?

pues de una escena entre el Poder, la Sabiduria y el Amor, tratan del remedio del Hombre, vuelve este á aparecer rimitivo estado, vestido de pieles y encadenado á la roca, ndo.

Ya, ya sé quien soy, y aunque
La tierra fuese mi madre,
Competir puedo á mi padre,
Pues sé sus ciencias, y sé
Que inmortal príncipe soy
Del orbe; y pues ya me ví
Su dueño... (*Se despierta*) Mas ¡ay de mí!
Infeliz! ¿Adónde estoy?
¿Esta no es de mi fortuna
La primera prision fiera?
¿Nó es esta aquella primera
Bóveda que fué mi cuna?
¿Nó es esta la desnudez
En que primero me ví?
¿Qué se hicieron ¡ay de mí!
La magestad, la altivez,
El obsequio, el aparato,
Las músicas, los olores;

Plumas, cristales y flores;
Y en fin, el sublime ornato
De reales ropas, cercado
De gentes, cuyo desvelo
Me asistió? ¡Válgame el cielo!
¡Qué de cosas he soñado!
Pero ¿qué me desconfia
Presumir, que sueño fué,
Si por lo menos saqué
De él (segun mi fantasía)
Saber quién soy? No encerrado
Viva, pues salga á buscar
El alcázar, y á cobrar,
Pues es mio el alto estado
En que me vi. Pero ¡cielos!
El orgullo reprimamos,
Por si ahora tambien soñamos:
Mas no, que heróicos anhelos
Me llaman; y así ire ¡ay triste!
Que aun es hoy mayor mi pena
De lo que fué. ¿Qué cadena
Es esta, que me resiste
Que salir pueda? Y aun no
Para en eso mi fortuna,
Pues no hay criatura ninguna
De que ya no tiemble yo,
Viendo en todas cuatro esferas,
Que afilan contra mí graves
Uñas y picos las aves,
Presas y garras las fieras.
Si miro al sol, me da enojos,
Pues no me alumbra, y me abrasa;
Frio el aire, me traspasa;
Si piso todo es abrojos,
La tierra; el agua, que fué
Claro espejo, me retrata
Feo; si la sed me mata,
Turbia está; y si el hambre ve
Frutas, que á ellas no me atreva
Dice, y por partido toma
Que pan de dolores coma,
Y agua de lágrimas beba!

De este estado saca al Hombre la Sabiduría que vien frazada de peregrino, y quitándole la cadena, se queda lugar. La Sombra y el Pecado, queriendo acabar con el Hc llegan para darle muerte; pero encontrándose en vez d la Sabiduria, caen vencidos á sus piés, y esta se ostenta ojos de todos abrazada de la cruz, como signo de la rede

el Hombre, concluyendo el auto con alusiones al Bautismo y l Santísimo Sacramento, como purificadores de su culpa, é strumentos de su salvacion, y la música canta:

¡Gloria á Dios en las alturas,
Y paz al hombre en la tierra!

Si nos ponemos bajo el punto de vista de la alegoría, conderando este drama como una composicion mística, no se ede menos de tributarle grandes elogios, y no merece ciertaente la reprobacion que los críticos y las leyes han lanzado en eneral sobre los autos sacramentales. Nada hay en este que onga en ridículo los misterios de la religion: y antes bien, reprouce uno de ellos con singular belleza, y hasta con sublimidad. igurémonos este auto representado con todo el lujo de las deoraciones, toda la armonía de una música sonora, ante un púlico inmenso, delante de los reyes, á la clara luz de una tarde e junio, sin mas techo el teatro que el toldo azul de los cielos, in mas lucerna que el sol lanzando ya desde el ocaso sus rojizos ayos, con mil balcones ricamente adornados en vez de palcos, espirándose por todas partes el aroma de las flores, y oyendo on respeto y religiosidad un público lleno de fé y de firmes reencias, y se verá que la representacion de estos dramas sagraos podia ofrecer un espectáculo grandioso, edificante y sublime.

Calderon, despues de vivir largos años, admirado de sus ompatriotas, agasajado por los reyes, y lleno de riquezas, pero stando siempre de su fortuna con modestia, templanza, y en eneficio de los pobres, murió sin desmentir los principios relijiosos que tanto resplandecen en sus obras, dejando por uniersal heredera del remanente de sus bienes á la congregacion e que era miembro y capellan mayor. Esta decretó á su meoria un monumento que por más de siglo y medio ha estado en la parroquia de san Salvador de Madrid, con un retrato del ilustre poeta, pintado por don Juan de Alfaro. Derribada esta parroquia, los huesos del ilustre poeta han sido trasladados solemnemente en abril de 1841 á la capilla del cementerio de san Nicolás, fuera de la puerta de Atocha, donde hoy existen.

CAPITULO XII.

ESCRITORES DRAMÁTICOS DE SEGUNDO ÓRDEN. CUBILLO DE ARAGON, BELMONTE, HERRERA Y RIBERA, SALAS BARBADILLO, HURTADO DE MENDOZA, VILLAIZAN, COELLO, VELEZ DE GUEVARA (HIJO), ZAVALETA, BATRES, MATIAS DE LOS REYES, LOPEZ DE ZARATE, SOLÍS, MATOS, FRAGOSO, HOZ, LEIVA, LOS FIGUEROAS, FERNANDO DE ZARATE, FELIPE IV, SALAZAR Y TORRES, BANCES CANDAMO, DIAMANTE, ZAMORA, CAÑIZARES.

Habiendo hablado, tal vez con demasiada estension, de nuestros escritores dramáticos de primer órden, seria desacertado seguir haciendo lo mismo con los infinitos que florecieron desde que Lope de Vega dió el grande impulso al teatro español, hasta que Calderon se llevó este teatro al sepulcro. Ya hemos dicho algo de varios contemporáneos de Lope, y haremos una reseña de otros de más ó menos nombradía, de quienes hemos podido adquirir noticias, dejando muchos que ó están ya olvidados, ó que no conocemos: procurando ser todo lo breves posible, y únicamente con el objeto de que los jóvenes no carezcan de cuantos datos podemos suministrarles para formar una idea de nuestro inmenso repertorio dramático.

Don Alvaro Cubillo de Aragon ocupa un puesto bastante distinguido en este repertorio. Fué contemporáneo de Lope, y solo se sabe de él que nació en Granada á fines del siglo XVI. Escribió más de veinticinco comedias, cuyas mejores son *El amor como ha de ser*, *La perfecta casada*, y *Las muñecas de Marcela*; y tambien algunos autos sacramentales. Sus planes son bastante arreglados; y tiene fluidez en la versificacion; moralidad y nobleza en los pensamientos. Sirva de muestra el siguiente trozo, sacado del *Amor como ha de ser*, aunque ya se resiente del mal gusto.

La infanta viene con él:
Su hermana, á cuya hermosura
Rinde el jazmin nieve pura,
Y pura grana el clavel.
La primavera gentil
Que alegra estos horizontes,
Mayorazgo de los montes
Vinculado en el abril,
La bella pompa, el vestido,
Que estrena alegre el verano,
De tal corte y de tal mano,

Que viene como nacido;
Se debe á sus plantas bellas,
Pues afirman los pastores,
Que apenas pisa las flores,
Cuando se vuelven estrellas;
Y á lo menos, que pisadas
De su calzado donaire,
Nunca están de tan buen aire
Como cuando están ajadas.

Contemporáneo tambien de Lope fué *Luis de Belmonte*, de patria, edad y profesion no se tiene noticia alguna. Debió sin embargo largo tiempo, pues hizo comedias en compañía rios ingenios posteriores á aquel, y hasta con Calderon. El ero de sus obras conocidas será de unas veinte y cuatro. Se nte ya bastante del mal gusto, como puede verse en los si- ntes versos, en que contando un héroe su lucha con un leon,

Brazo á brazo los dos luchamos fuertes,
Siendo de entrambos los amagos muertes;
Mas lo que admiré altivo,
Fué, que habiéndole muerto, estaba vivo;
Porque tan cerca de mi boca daba,
Que de mi propio aliento se animaba;
Y de esta suerte, con valor incierto,
Sin duda peleó despues de muerto.

El siguiente cuento tiene sin embargo gracia y naturalidad:

Robáronle á Anton Llorente
Su pollino; él con desvelo,
Hizo plegarias al cielo,
Más humilde que impaciente;
Pero viendo que el que aguarda
Alcanza su gusto tibio,
Vino á tomar por alivio
Consolarse con la albarda:
De manera, que imagino
Que fué consuelo el tenella,
Pues sintió menos con ella
La pérdida del pollino.

La comedia mas célebre de este poeta, la que todavia se re- enta con aplauso, es el *Diablo predicador*, comedia que á la

verdad, merece elogios por el pensamiento y gran desempeño. Las demas son muy poco conocidas.

Don *Rodrigo de Herrera* y *Ribera* á quien Lope van alaban mucho, fue hijo natural de don Melchor ra, primer marqués de Auñon; y como por falta de le no le pudo su padre dejar el mayorazgo, le fundó ot Dióle una brillante educacion, á la que correspondió d go, luciendo entre los ingenios de aquella época en los nes y academias que eran entonces tan comunes. Poc comedias que se conservan de este escritor; mas todas cenas bien dialogadas, nobleza en los caractéres y faci versificacion: de su estilo podrá formarse idea, por la el gracioso hace de las mugeres.

Si es moza, se hace de pencas,
Diciendo: no trato de eso.
Si es pasante, busca unciones
Con que teñirse el cabello;
Y si se repara bien,
No es ámbar fino el aliento.
Si es flaca, ¿quién puede haber
Que enamore á un esqueleto?
Si es gorda, sin ser verano
Abochorna y quita el sueño.
Si es alta, parece azul
Como la miren de lejos;
Si es enana, es menester
Humillarse por el suelo,
O ponerse de cuclillas
Para decirla un secreto.
Pues si tiene buenas manos,
Dios nos libre del exceso,
Con que á puras manotadas
Acicala y pule un cuento!
Si buenos dientes, los labios
Arregaza, haciendo un gesto,
Y á cualquiera chanza trae
La risa por los cabellos.
Si es discreta, ya se sabe
Que no le falta su feo;
Y si es hermosa, lo tonta
Le compete de derecho.
Vamos á las generales
Trazas, tramoyas y enredos
De las mugeres. ¿Quién hay
Que sufra los embelecos
De rizos, guedejas, moños,
Que estan diciendo: ménemo,

Calva, que ayer fuiste raso,
Aunque hoy eres terciopelo?
¿Quién habrá, digo otra vez,
Que lleve con sufrimiento
Las infusiones, las modas,
Los badulaques y ungüentos,
Que hacen algunas mugeres
Para pintarse de nuevo?
Pocas son las que se lavan
Con agua clara de enero;
Todo es soliman, y todo
Arrebol, claras de huevo,
Albayalde, piedra alumbre,
Babosas, miel, y espejuelos,
Y otras seis mil porquerias
Que duran en sus pellejos
Lo que al sudor se le antoja,
O lo que permite el lienzo.
Si bajamos, pues, abajo,
Muy entablillado vemos
Al talle, como si fuera
Brazo con un desconcierto,
Que si en un brazo le dan,
Resuena el carton á hueco.
Luego estan los guarda infantes,
Los faldellines, los ruedos,
Las enaguas, las polleras,
Que, garlitos del infierno,
Engañan á un hombre honrado
Con el cebo que está dentro.
Pero lo esencial olvido,
De lo mejor no me acuerdo:
¿Qué muger hay que no pida?
¿Quién no ha de quedarse muerto
A un «dame» desvergonzado,
A un «enviame» grosero?

Las principales comedias de Herrera son *Del cielo viene el n rey*, *Duelo de honor y amistad* y *La fé no ha menester ar-*. Murió á últimos de 1641, seis años despues de Lope de a.

Salas Barbadillo, de quien hemos hablado en otra parte, es-ió tambien varias comedias, aunque pocas, que no pasan de lianas y son muy raras.

Don Antonio Hurtado y Mendoza, nació en las montañas de gos de padres muy ilustres, á fines del siglo XVI. Fué co-ndador de Zurita en la órden de Calatrava, secretario de cá-

mara y de justicia del rey Don Felipe IV, y del cor suprema Inquisicion. Sus obras no se publicaron hasta 1720, con el título de Obras *líricas y cómicas*, *divinas nas*; y contienen seis comedias. Su estilo es afectado, disposicion para la poesía lírica que para la dramática

Don Gerónimo de Villaizan y Garcés, fué contemp Montalvan, y casi de su edad, pues nació en 1604. Su farmacéutico, pero él siguió con mucho crédito la car jurisprudencia. Las comedias que quedan de él son poc raras. Tiene regularidad en los planes, describe bien l téres, sus pensamientos son nobles, y versifica con faci aquí una muestra de su estilo, sacada de la comedia S *por querer más*.

Don Juan. Yo ví á Leonor, ya lo sé,
Tuve celos, ya los ví,
En este jardin la hallé,
Lloró, no me enternecí,
Rogóme, y la desprecié;
Porque amor es niño, y tiene
Desigualdades, y ya
Su modo de obrar previene,
Que ni ofende, aunque se va,
Ni obliga, cuando se viene.
Liron. ¿Y pues qué tiene que ver
Ser niño amor, con tener
Celos de Leonor, que llora,
Con venir á verla ahora,
Y con despreciarla ayer?
Don Juan. Aquel llorarla perdida;
Y no quererla rogado,
Irse y pensar que se olvida,
Volver y estar confiado,
Y buscar la despedida,
Todo es amor: amor es
Como un niño en todo, pues,
Si algo le quitan, se enoja,
Llora, dánselo, y lo arroja
Colérico; mas despues,
Que se fué quien le enojó,
Luego que solo se vió,
Y el llanto empezó á enjugar,
El propio vuelve á buscar
Lo mismo que despreció.
Así á un amante le quitan
Con los celos el amor,
Los celos al llanto incitan,
Y cuando con el favor

Acallarle solicitan,
Celoso, enojado y ciego,
Desprecia el llanto y el ruego;
Pero ¿qué viene á importar
El huir y despreciar,
Si vuelve rogando luego?

on *Antonio Coello*, nació en Madrid en los primeros años glo XVII, de padres nobles, que le educaron con esmero: rotegido del duque de Alburquerque, y sirvió en las armas l grado de capitan, habiendo merecido ser agraciado con bito de Santiago. Escribió un auto titulado *La cárcel del lo*, y la comedia de *El pastor Fido* en compañia de Calde- Solis. Suelen atribuirse á un don Luis Coello varias co- ıs que es mas probable que sean de este autor. Murió 52.

on *Juan Velez de Guevara*, hijo de don Luis, nació en id, año de 1611. Fué muy favorecido del Duque de Vera- segun la loable costumbre que tenian los grandes de aque- iempos de tomar bajo su proteccion á algun literato: si- la carrera de leyes, y llegó á ser oidor de Sevilla. Murió drid en 1675.

eredó de su padre el talento para la poesía, igualándole en dez de la versificacion, y aventajándole en la gracia; pero len confundir las comedias de los dos Guevaras, corriendo l nombre del padre muchas que son del hijo, sobre todo la *inar despues de morir*, que versa sobre el interesante ar- nto de doña Inés de Castro. De ella copiaremos los siguien- rsos, en que brilla singular terneza.

Nunca, como hoy, dueño mio,
Temí de tu amor mudanzas;
No porque de tí no fio,
Sino por ser desdichada.
Apenas de nuestra quinta
Salí á caza esta mañana,
Cuando ví una tortolilla
Que entre los chopos lloraba
Su amante esposo perdido:
Yo de verla lastimada,
Llegué á temer que mi suerte
No me tragese á imitarla.
Vi luego que de una vid
Un olmo galan se enlaza,
Y envidiosa de sus dichas,

Tambien se me turbó el alma,
Pues un tronco bruto goza
Posesion mas bien lograda;
Y yo, apenas gozo el bien
Cuando todo el bien me falta.

Don Juan de Zavaleta, escribió algunas comedias que son hoy muy raras, y que tuvieron varia fortuna, pues no brilló mucho en esta parte. Se puede formar idea de su versificacion por el siguiente cuento:

Un hombre tenia un talego
De doblones, y el cuitado,
Por tenerle mas seguro,
Se salió con él al campo,
Y al pié de un árbol cavó,
Y le enterró con recato.
Amaneció el dia siguiente
Un tahur desesperado,
Porque no tenia un real,
Ni camino de buscarlo:
Sacudió sus faltriqueras,
Y en una se encontró un cuarto.
Parte, y cómpralo de soga,
Y desde allí, como un rayo,
Se fue al campo á que le quite
Los pesares el esparto.
Trataba de ahorcarse, en fin.
Y escogió para esto el árbol
A donde el tesoro estaba;
Y estando poniendo el lazo,
Se le hundió en el hoyo el pie,
Y vió el talego enterrado.
Cogióle, besóle y fuese,
Dejando pendiente el lazo
De la rama mas robusta.
De allí á un poquito, muy falso,
El tal dueño del talego
Vino á besarle las manos:
Halló la tierra movida,
Y vió que le habian hurtado.
Hallóse la soga allí,
Y por no sentir su daño
Mucho tiempo, se ahorcó
Con lindo desembarazo.

Alonso de Batres fué muy celebrado y aplaudido en su tiempo, pero apenas se conserva de él más que la comedia de *Venganzas hay sin injurias* que no ofrece cosa notable y es muy

ara. No se sabe la época de su nacimiento ni de su muerte; ero sí que fué hijo de Madrid y criado del duque de Arcos, irey de Nápoles.

Matias de los Reyes habia compuesto á la edad de veinte ños seis comedias aplaudidas del público, sin otras muchas bras sueltas. Nada se sabe de su vida, sino que su reputacion e tan grande como escasa su fortuna. Con el título de *El agra- io agradecido*, imitó el *Anfitrion* de Plauto; pero esta imitacion vo poco éxito, á pesar de tener escenas divertidas, sin duda orque estaba exenta de la afectacion y culteranismo que tanto revalecia en su tiempo.

Don Francisco Lopez de Zárate, autor del poema la *Invencion de la cruz*, no tiene títulos para colocarse entre nuestros oetas dramáticos antiguos; pero merece ser mencionado por u trajedia de *Hércules furente* que se halla en sus *Obras varias*, llevando esta advertencia, extraña en su tiempo: *con todo l rigor del arte.* No es despreciable esta obra, habiendo con efecto en ella regularidad, y trozos bellos de versificacion, aunque peca de languidez y tiene inverosimilitudes y episodios inútiles.

Don Antonio de Solís, el famoso autor de la *Conquista de Méjico*, fué tambien poeta dramático, aunque como tal está lejos de tener el mérito que como historiador, si bien aquella obra ha dado á sus comedias mas celebridad de la que merecen. Pocas son las que dejó escritas, pues se reducen á estas nueve. *Triunfos de amor y fortuna*, *El alcázar del secreto*, *Un bobo hace ciento*, *Euridice y Orfeo*, *El amor al uso*, *Las amazonas*, *El doctor Carlino*, *La Gitanilla de Madrid* y *Amparar al enemigo*, reunidas todas en un tomo que se imprimió en Madrid, año de 1714. El carácter de estas obras es el de la regularidad, á que aspiraba casi con el rigor de un preceptista. Hay además en ellas naturalidad y sencillez, tanto á lo menos, como se podia esperar de una época en que tan acreditado estaba el culteranismo; y algunas de ellas, como *El amor al uso*, *Un bobo hace ciento* y *la Gitanilla de Madrid*, se han sostenido en el teatro hasta estos últimos tiempos. No obstante, tiene poca originalidad, y sin embargo de haber escrito pocas comedias, tomó casi todos sus argumentos de otros poetas, sin mejorarlos, como le sucedió á Moreto. En lo heróico es generalmente malo; pero en los diálogos cómicos suele mostrar gracia y ligereza, como en este:

Anfriso. ¿Sabeis en lo que he pensado?
Fenisa. ¿En qué, marido?
Anfriso. En ahorcarme
Todo entero.

Fenisa. A eso tiramos.
Anfriso. Sí, ¿Mas dónde fuere el todo,
No ha de ir la mitad?
Fenisa. Es llano.
Anfriso. Pues si vos sois mi mitad,
Yo me resuelvo á empezarlo
Por vos, y conforme os fuere,
Proseguiré mi trabajo.
Fenisa. Malos años para vos.
Anfriso. Maridos desconsolados,
El camino que elegisteis
Angosto es, pero es largo.

En otra parte dice el mismo Anfriso.

¡Dioses santos!
Yo os hago voto solemne
De querer á mi muger;
Sacadme á tierra patente
Y seré tan buen casado,
Que será vergüenza verme.

En *Amparar al enemigo*, Muñoz criado de don Cárlos q ha dado el encargo de celar á su prima, hace la siguiente cion de lo que ha visto:

Muñoz. ¿En fin, qué me das licencia,
Y me prestas el oido?
Pues ármate de marido,
Que es amarte de paciencia.
Venia tu despreciada...
Por Dios que la he de pintar,
Solo para averiguar
Si la puedes ver pintada.
Venia Leonor; es bella,
Vive Cristo, aunque mas digas,
Pues dá á los astros dos higas,
Cuando con ellos se estrella;
Y por no ver competida
Su luz de esta que es primera,
Se parte el sol de carrera,
Y la luna de corrida.
A sus ojuelos no iguala
Lo de las mil maravillas;
Y con sus bellas megillas
La rosa es vergüenza mala.
La boquilla es de las lindas,

Sin hacer á nadie agravios;
Quien ve el color de sus labios,
Dirá que bebe con guindas.
Y en fin, toda tan airosa
Se mostró allí...
Necio, calla:
Ves que me duele el dejalla,
¡Y me la pintas hermosa!
Píntame su condicion
Al lado de su hermosura,
Y verás que esa pintura
Cifrada está en un borron.
Píntame su aleve trato;
Y cuando la alabes más
En mi razon hallarás
Más color que en su retrato.
Píntame cómo es cruel,
Cómo mil penas me da,
Y dí...
Todo se andará
Si no se quiebra el pincel.
Ahora iré á lo que dices,
Diciendo como don Diego
Tuvo en los ojos el fuego,
Pero el humo en las narices;
Y cómo en viendo que vió
A Leonor en una calle,
Donde debió de encontralle,
Ofendelle, ó qué se yo,
Llegó á ella denodado
Con semblante hácia cruel;
Y cómo ella huyó de él,
Y él la siguió porfiado;
Y cómo cansada ya,
En una casa se entró;
Y cómo me vine yo,
Y cómo los dejé allá.
¡Don Diego, ay Dios, tan airado!
¿Qué causa le pudo dar?...
El debe de negociar
A coces, como soldado.
Pero ¿aqueso te deshace?
Padezca, pues es mujer;
Y pues hace padecer,
Sepa la tal que lo hace.
Que yo, cuando estas taimadas
Me dejan, siempre, señor,
Quisiera que el sucesor
Me las moliese á patadas.

Don Juan de Matos Fragoso fué uno de los poetas mas fecundos y aplaudidos de su época. Era portugués y caballero profeso en la órden de Cristo. Nació en Alvito, á principios del siglo XVII, y murió en 1692, de suerte que vivió muchos años. Dotóle la naturaleza de entendimiento perspicaz, y de felices disposiciones para la poesía; y despues de haber estudiado en la universidad de Evora, vino á Madrid donde pasó casi toda su vida dedicado á la poesía, principalmente á la dramática. Compuso mas de sesenta comedias por sí solo, y no pocas en compañía de otros ingenios contemporáneos, como Moreto, Cáncer y Diamante. Matos fué uno de los poetas dramáticos que más se contagiaron con el pésimo gusto de la época, siendo en extremo gongorino en sus dramas sérios; pero sus obras cómicas ofrecen, como le sucedia á Rojas, mas naturalidad, abundando en escenas jocosas, en diálogos picarescos y en sales y agudezas, aunque suele no guardar toda la decencia debida. Sus mejores comedias son *El sabio en su retiro y villano en su rincon*, *Juan Labrador*; *El yerro del entendido*; *El galan de su muger*; *Lorenzo me llamo*; *Poco aprovechan avisos*; *La venganza en el despecho*; *Con amor no hay amistad*. De esta última copiamos el siguiente trozo que da idea de su facilidad en versificar. Hallado el gracioso escondido en una casa, y apremiado para que diga lo que allí hacia, responde:

Ya sabes las tentaciones
Que tiene la carne humana;
Y que es muy amigo él cuerpo
De este enemigo del alma.
Yo ví á Inés, y enamoréme;
Y aunque no es buena su cara,
Y ella es un diablo, imagino
Que por eso me tentaba.
Díjela mi amor; y cómo,
Por lo que tiene de blanda,
Para muger de un cerero
Valia lo que pesaba,
Porque harán cera y pávilo
De ella con una palabra.
Me respondió que esta noche
La viese; y cuando yo estaba
En lo que Dios no es servido,
Tú, que entraste por la sala,
Yo, que maté la bujía,
Tú, que sacaste la espada,
Yo, que me escondí aquí dentro,
Inés, que me dió la traza,

Tu hermana, que oyó el ruido,
Mi zapato, que resbala,
Tú, que caiste en la cuenta,
Y yo, que caí en la trampa...
Esta es la verdad, y juzgo
Que aquí no he pecado nada;
Aunque, á no venir tan presto,
Pudiera ser que pecára.

Fragoso tiene tambien con frecuencia pensamientos elevados, como en *Lorenzo me llamo* en que pregun- el protagonista, que desde carbonero se habia elevado á ros grados del ejército, si se podria poner el hábito de , responde:

Señor, diciendo verdad,
No tengo mas calidad,
Ni padres mas generosos
Que estos brazos y esta espada:
Soy un pobre labrador,
Que no tuve mas honor
Que el arado y el azada.
Pero muy cristiano viejo:
Por vida del rey, que no hay
En las tiendas de Cambray
Cristal de mas limpio espejo.
De esta manera nací,
Si es que la virtud se alaba;
Que como en otros se acaba,
Mi linaje empieza en mí;
Porque son mejores hombres,
Los que sus linajes hacen.
Que aquellos que los deshacen,
Adquiriendo viles nombres.
Hay una gran necedad
En el mundo introducida;
En viendo en alto subida
La virtud sin calidad,
Todos afrentarla intentan;
Y á los que miran perdidos,
Alaban por bien nacidos,
Cuando su linage afrentan.
No me dieron á escoger
Padres, gran señor, y así
Donde Dios quiso nací;
Que por mi comienzo á ser;
Lo que soy no es heredado;

Que nadie me agradeciera,
Si yo mismo no me hiciera,
Lo que otro me hubiera dado.
Yo no he de volver atrás;
De hoy más, con favor de Dios,
Lo que fuere, á Dios y á vos,
Y á mí lo debo, no más.

Don Juan de la Hoz Mota, no es generalmente conocido mas que por su comedia del *Castigo de la Miseria*; pero hizo otras varias; entre ellas *El Abraham castellano y blason de los Guzmanes*, *y El labrador Juan Perez, primer asistente de Sevilla*. La fama de aquella ha obscurecido las demás; y aunque está lejos de ser perfecta, pues el tercer acto sobre todo es desatinado, el ser una comedia de carácter, de que hay pocas en nuestro antiguo teatro, y los muchos chistes que tiene la hacen digna de bastante aprecio. Presentándose *Chinchilla á don Marcos* para servirle de criado, extraña el avaro que por entrar en su casa haya dejado la de una dama muy rica.

Don Marcos. Pues donde tanto se ve,
¿Por qué salísteis?
Chinchilla. Porque
Me hartaba de chocolate,
De té, café y pepian,
De pavos y de gallinas;
Y yo entre estas golosinas
Quiero más un ajo y pan;
Que con ello me he criado,
Y trago de vino puro.
Don Marcos. Aquesto es lo mas seguro
(A mi molde es el criado) *aparte.*
Yo, amigo, no doy racion.
Chinchilla. Instruido vengo de todo;
Y yo solo me acomodo,
Porque me deis un rincon
De casa, en que descansar;
Que yo, si pudiera ser,
Tengo donde ir á comer.
Don Marcos. ¡Jesus, hijo, y á cenar!

Hé aquí la descripcion que hace del avaro.

El vive en un desvancillo,
Que aunque aposento le nombra
El nicho de san Alejo

Es con él sala espaciosa.
Su comida es tan escasa,
Que si se pesa por onzas,
Ni á un anacoreta fuera
Colacion escrupulosa;
Y aun para ello recorriendo
Las tiendas, como quien compra,
Muestras de legumbres pide,
Y el precio de las arrobas,
Y llenas las faltriqueras
Trae á casa, de esta forma,
De arroz, garbanzos, judías,
Lentejas, y aun zanahorias.
Luz en las noches de luna
No la gasta, y en esótras
Con pedazos de encerado
(Del que en los coches despoja)
Se alumbra mientras se acuesta.
Y con presteza tan pronta,
Porque aun eso no se gaste,
Que por la calle se afloja
Calzon, medias y zapatos:
Al subir desabotona
El jubon, suelta la capa;
Y halla acabada su obra.
Si quiere probar tal vez
El vino, que nunca compra,
A la iglesia mas vecina
Va con humildad devota
A ayudar dos ó tres misas.
Y el que en cada una sobra,
Y él sisa antes en un frasco
Que trae oculto, acomoda.
A veces tiene criado,
Pero con tan nueva moda,
Que no le paga racion,
Sino es que segun las cosas
Que le manda, así por piezas
Le concierta, de tal forma,
Que ya tiene su arancel
Del precio de cada obra:
Un ochavo hacer la cama,
Otro fregarle las ollas,
Otro barrer, y á este modo,
Siendo sus haciendas pocas,
Con dos ó tres cuartos paga
Un criado, que las horas
Que le sirve solo asiste,
Con que ni escucha ni estorba.
El inventó aguar el agua:

Porque á una carga que compra
De la fuente de año á año,
Añade del pozo otra,
Y aun la va echando calderos
Segun gasta, de tal forma,
Que de san Juan á san Juan
Dura y aun la mitad sobra.

El rasgo *de aguar el agua* es felicísimo: por lo demas
sificacion de este trozo y de toda la comedia es poco flui
merece grande elogio.

Era Hoz de esclarecida nobleza. Sus padres, don F
y doña Ana de la Mota, eran vecinos de Burgos; y h
venido á Madrid con motivo de ser don Fernando nombra
curador á córtes, nació don Juan en la capital de la mo
á principios del siglo XVII. En 1653 hízole Felipe IV
del hábito de Santiago: fué tambien procurador á córte
pues del tribunal de la contaduría mayor, y por último d
sejo de Hacienda. No se saben á punto fijo los años de s
miento ni de su muerte.

Don Francisco de Leiva escribió algunas buenas co
entre ellas *La Dama presidente* y *El príncipe tonto*. Est
es poco conocido y merece mas celebridad de la que go
obras abundan en cuentos llenos de gracia. El siguiente
de los mejores; y por él se podrá ver igualmente la facili
tenia este poeta para versificar.

Un mozo enfermo tenia
De los ojos á su padre,
Y curarle pretendia;
Que en efecto, lo queria
Como si fuera su madre.
El remedio procurando
En un libro que se halló
De medicina, hojeando,
Un capítulo encontró
De lo que andaba buscando.
Abrojos para los ojos
El primer renglon decia:
Y sin leer mas sus arrojos
Como estrella que Dios guia,
Fué al campo á buscar abrojos.
Dos almorzadas muy buenas
Trajo, y que quiso ó no quiso,
Al padre que vé en sus penas,
En los ojos al proviso
Le puso un par de docenas.
Un lienzo muy apretado

Encima le puso luego,
Con que al padre desdichado
Le saltaron de contado
Los ojos y quedó ciego.
A leer volvió con enojos
Los renglones, y al mirarlos
Despacio, vieron sus ojos:
Para los ojos abrojos
Son buenos para sacarlos.

n *Diego* y *don José de Figueroa* fueron dos hermanos que, ndo á destajo, hicieron muchas comedias juntos, cosa que onces muy comun entre los poetas que iban mas á la ga- que en busca de gloria. Sin embargo, estos dos hermanos mérito, y compusieron cada uno de por sí algunas obras, llas la *Ilustre fregona* del don Diego, que goza de justa dad. Entre las obras que pertenecen á los dos, es la mejor *a, amor y fortuna*, cuyo fácil estilo puede conocerse por ersos:

Pero dime, hombre del diablo,
¿Amor gastas, cuando pienso
Que no tienes hasta ahora
Con que hacer cantar á un ciego,
Y que te hallas como ciertas
Mugeres en santo tiempo?
Cuando estás hecho pedazos,
Y se le caen por momentos
El humillo á los zapatos
Y las alas al sombrero:
Cuando tus medias por puntos
Se van de carrera, y presto,
Y te ponen de cuadrado,
Aunque estés de fino recto;
¿Has dado en enamorar?
Eso no, señor don Diego:
No me engañan correrias;
Refrene sus movimientos;
Porque las señoras damas
Que se usan en estos tiempos
Solo son tratables, con
Ginoveses ó flamencos.

Fernando de Zárate, buen poeta lírico, es sin embargo, o dramático. Su mejor obra es la *Presumida y la hermo-* tiene bastante mérito; pero las demás comedias suyas no ran cosa. De *Mudarse para mejorarse*, sacamos el si- cuento:

Parécesme á un toledano
De quien era holgarse el norte,
Que á unos toros fué á la corte
De su César castellano.
Eran los toros un dia
Sucesor, al parecer
De otro en que al anochecer
El de Toledo partia.
Tomó la posta, corrió
Toda la noche, y gozoso,
En llegando, se fué al coso,
Donde con el sol llegó.
Buscó lugar, dió el dinero,
Por no aventurarse en nada,
Y volvióse á la posada
Que ya previno primero.
Acostóse á descansar,
Y tan buen sueño empezó
Que á la noche despertó
A volverse á su lugar:
Donde sabiendo el denuedo,
Y el logro de lo temprano,
Le decian: don Fulano,
¿Tan mal se duerme en Toledo?

Atribúyense al rey *Felipe* IV las comedias que corren impresas sin mas señas de su autor que decir: *Por un ingenio de esta corte*; pero esta suposicion es falsa, aunque sí es cierto que se entretenia en componer comedias de repente en su palacio del Buen-Retiro con Calderon y otros poetas. La que con mas generalidad se dice suya, es *El Conde de Essex*. Tiene esta obra interés y buenos versos, y honra el ingenio del rey, aunque es de presumir que habria quien le ayudase en ella. Es bella la escena en que la Reina va á ver en la cárcel al Conde, y negándose á perdonarle como soberana, le dá sin embargo, una llave para que huya:

Conde. En fin: ¿la reina no puede
Usar de piedad?
Reina. No puedo.
Conde. Pues sino puede la Reina
Doblarse al llanto y al ruego,
Una muger á quien yo
Dí la vida, por lo menos,
No dejará de mostrarse,
Pagándome con lo mesmo,
Agradecida.
Reina. La reina
No puede, que de ese empeño

Desobligacion ha sido
El haberos dado medio
Para huir de la justicia.
onde. ¿Y eso es agradecimiento
De quien me debe la vida?
eina. No soy yo; pero supuesto
Que fuese yo, ya cumplí,
Pagando con lo que os debo.
'onde. ¿Solo con darme esta llave?
leina. Si, conde, solo con eso.
'onde. Luego esta, que si camino
Abriere á mi vida abriendo,
Tambien le abrirá á mi infamia:
Luego esta, que es instrumento
De mi libertad, tambien
Lo habrá de ser de mi miedo;
Esta que solo me sirve
De huir, es el desempeño
De reinos que os he ganado,
De servicios que os he hecho;
Y en fin de esa vida, de esa
Que teneis hoy por mi esfuerzo.
En ésta se cifra tanto!..
Pues, vive Dios estoy ciego,
Que he de hacer que si quereis
Tenerme agradecimiento,
Y darme la vida, sea
Por otro mas noble medio;
Y sino, que pueda á voces
Quejarme al mundo. diciendo:
Que no pagais beneficios;
Que de los reales pechos
Es la mas indigna accion.
Reina. ¿Dónde vais?
Conde. Vil instrumento
De mi vida y de mi infamia,
Por esta reja cayendo,
Del parque, que bate el rio
Entre sus cristales, quiero,
Si sois esperanza, hundiros;
Caed al húmedo centro,
Donde el Támesis sepulte
Mi esperanza y mi remedio.
No quiero, huyendo, vivir.
(*Arroja la llave*).
Reina. ¡Ay de mi! Mal habeis hecho.
Conde. Sed agora agradecida;
Ya os he quitado este medio
De agradecerme y librarme,
Ahora, ahora os acuerdo

Servicios y obligaciones:
Que es forzoso, no teniendo
Aquel que me estaba mal,
Buscarme otro modo nuevo
De librarme, ó ser ingrata.

Reina. Ser ingrata escoger quiero.
Sin vida estoy, que ese modo
Solo, á pesar del respeto,
Os supo hallar mi piedad.

Conde. ¿Luego hé de morir?

Reina. Es cierto.
Yo hice por vos cuanto pude,
Apesar de lo severo.
Como muger os libraba;
Como reina, no me atrevo.
Mañana habeis de morir:
¡Mañana, mañana es luego!
¡Oh llanto! no me publiques
Humana; que cuando dejo
De serlo en tener piedad,
No lo soy en los efectos.
Adios, Conde.

Conde. ¿En fin, sois bronce?

Reina. Pluguiera á Dios fuera cierto;
Mas soy...

Conde. ¿Qué sois?

Reina. Ya es ocioso.
Soy quien pondrá un escarmiento
Con vuestra cabeza al mundo.

Conde. Por vos inocente muero.
¿Quién me digera algun dia...?

Reina. Vos teneis la culpa de eso;
Que algun dia pensé yo...
Mas tan poca dicha tengo,
Que os doy la muerte yo misma:
Apenas el llanto enfreno.
¡Ay honor, cuánto me cuestas!

Conde. ¡Ay amor, cómo me has muerto!

Don Agustin de Salazar y Torres, de una familia ilustre, y nacido en Soria, año de 1642, estudió en Méjico, al lado de su tio don Márcos de Torres, obispo de Campeche, que murió de virey. Vuelto á España, fué muy amigo de Calderon y se dedicó a la carrera dramática con extraordinario aplauso. Viajó por Alemania con el duque de Alburquerque, á quien acompañó luego á Sicilia, donde permaneció de capitan de armas del duque nombrado virey de aquella isla. Perseguido de sus émulos, y abandonado de su protector, volvió á Madrid, donde murió de edad de 33 años, siendo muy llorado de todos sus contemporáneos

veian malogradas las esperanzas que habia hecho concebir
ande ingenio para la literatura dramática. Nueve son las
dias que han quedado de él y algunas poesías líricas, reco-
s por su amigo Juan de Vera Tasis, el editor de las comedias
alderon. Entre las primeras se distinguen: *Elegir al enemi-*
El encanto en la hermosura. Su estilo se acerca mas al de
que al de Calderon, aunque suele mostrarse con demasiada
iencia mas poeta lírico que dramático. Tiene bellos pensa-
tos, como se puede ver en los siguientes versos:

Todo es horrores la noche,
La vista apenas distingue
El escollo mas soberbio
De la planta mas humilde.
La imaginacion tropieza,
Aun antes que el pié la avise.
Aun dá pavor, aun dá espanto
Ver que algunos astros brillen:
¿Cómo serán las tinieblas,
Si son las luces horribles?

on Francisco Bances Cándamo. En este autor empieza ya
cadencia de nuestro teatro, que llegó rápidamente al último
mo, hasta extinguirse del todo aquel ingenio dramático es-
l que tanto habia brillado durante siglo y medio. Era, sin
rgo, Bances Cándamo hombre de claro ingenio y de exce-
s estudios; pero se lanzó á ojos cerrados en el sistema exa-
lamente culto, y todas sus comedias están escritas por el
de los siguientes versos:

Desde el tocador, la reina
Por los cristales que el aura
La invisible luz del viento
En diafanidades cuajan,
Os vió venir por la posta,
Tan veloz, que las rizadas
Plumas, que ondeando los vientos
De volante espuma vagan
Vuestra cabeza tremola,
Su pié parece que calza.

ació este poeta en Sahugo, pueblo de Asturias, en 1682.
ues de estudiar en Sevilla, pasó á Madrid, dónde en breve se
conocer como poeta; logró el encargo de componer las co-
as que se representaban al rey, y obtuvo por ello de Cárlos II
ension anual y varias comisiones honoríficas. El sumo apre-
n que le tenia la córte, se vé por la siguiente anécdota, la

cual prueba además el aprecio que nuestros monarcas hacian de los que se distinguian por su feliz ingenio.

Habiendo Bances tenido un encuentro desgraciado, salió de él peligrosamente herido. Toda la nobleza pasó á visitarle con este motivo, y el rey enviaba todos los dias á saber del estado de su salud, llegando á tanto la solicitud de aquel bondadoso aunque infeliz monarca, que mandó atajar la calle de Alcalá donde vivia Cándamo, para que el ruido de los carruages no le perjudicase.

Tantos favores del rey y de la córte le suscitaron enemigos: por no luchar con ellos, dejó de escribir, y solicitó salir de Madrid, obteniendo varios destinos en la recaudacion de las rentas en los cuales se portó con tal probidad, que á pesar de haber manejado grandes caudales, tuvo el primer dia de su vuelta á Madrid que comer de prestado. Murió pobre en 1704, con sospechas de haber sido envenenado, y se le enterró de limosna.

Escribió Cándamo veinte y cuatro comedias y cuatro autos, además de otras muchas obras literarias y administrativas: sus manuscritos, que legó al duque de Alba, sin duda con la intencion de que se imprimiesen, hubieron de perderse, pues don Vicente de la Huerta asegura haber comprado en dos reales varios de ellos, en que se comprendian sus cantos de *El César africano*, y algunos cuadernos de una obra histórica y otra política. *El duelo contra su dama*, *El esclavo en grillos de oro*, y *Por su rey y por su dama*, son las comedias de Cándamo que mas se han representado. Esta última debe agradar siempre en el teatro español, pues presenta uno de aquellos castellanos valientes, arrojados y caballerosos, capaces de las acciones mas atrevidas, cuando les impulsaban los dos afectos mas poderosos en su pecho, la lealtad hácia su rey, y el amor de su dama. Hé aquí como pinta Cándamo este carácter, refiriendo los hechos de Hernan Tello Portocarrero.

Diez años ha que poseo
La intervencion de los gustos
De Hernan Tello, mi señor,
Gobernador de Dorlan,
A quien en Flandes le dan
Tanta fama de valor,
Como de amante rendido;
Pues entre una y otra dama,
Tiene al mismo paso fama
Del hombre mas derretido
Y mas ciego de pasion
Que hay en el mundo entero;
Que tiene el buen caballero
De azúcar el corazon.
Porque entre otros caballeros,

Una dama, en un festin,
Le dijo con retintin:
Cierto, que me cansa el veros;
De Bruselas se ausentó,
Y no ha vuelto mas allá,
Diciendo: ¿qué se dirá
De que un hombre como yo,
La vez que á servir me ajusto
A alguna dama galante,
No le quite de delante
Cosa que le dé disgusto?
Un dia, con harto frio,
En Amberes abordó
A un coche, que pasar vió
Por la márgen de aquel rio:
Se pintó tan abrasado
De sus rayos y sus llamas,
Que dijo una de las damas:
Si estais tan abochornado,
Templad con ese agua el fuego;
Y es su locura tan fiera,
Que sin decir ropa fuera,
Se zampó en la Esquelda luego;
Y mojándose bien, hasta
Que se iba sumèrgiendo,
Salió muy fresco, diciendo:
Hice el remedio, y no basta;
Y supuesto que el ardor
Empezásteis á curar,
Obligada estais á dar
Otro remedio mejor.

Don Juan Bautista Diamante, caballero de la órden de san Juan, y comendador de Moron, señala ya en sus obras otro grado de decadencia del teatro español. Ignórase absolutamente su patria y la época de su nacimiento; mas aunque contemporáneo de Calderon, no imprimió la primera parte de sus obras hasta el año de 1670, de suerte, que no se daria á conocer como poeta dramático hasta pasado la mitad de aquel siglo. Fué bastante fecundo, y logró mucha aceptacion, á pesar de la debilidad de sus dramas, y de imitar y aun copiar con frecuencia al pié de la letra á los autores que le precedieron. Reprodujo con el título de *El honrador de su padre*, *Las mocedades del Cid* de Guillen, de Castro, que sin duda creyó mejorar, aunque no lo consiguió, traduciendo de paso algunos pensamientos de la tragedia de Corneille, como se puede ver por el pasage siguiente:

Conde. ¡Qué bueno!
¿Pues me retais? ¡Qué gracioso
Mozuelo!
Rodrigo. Yo lo confieso,
Mozo soy; pero los años
No son jueces del aliento.
Conde. Es verdad: ¿pero tú á mí?
Hombre te has hecho muy presto.
Rodrigo. Basta una ocasion, don Gomez,
Para conocer al bueno:
Y para ensayarme yo
Comenzar por vos pretendo,
Y yo sé que en el ensayo
Os pareceré maestro.

Con este poeta puede decirse que concluyeron los dramáticos españoles del siglo XVII, pues *Zamora* y *Cañizares* escribieron la mayor parte de sus obras en el siguiente, y cuando la influencia francesa empezaba ya á ejercer su imperio entre nosotros. Sin embargo, estos autores pretendieron continuar el sistema antiguo, y lo hicieron en cuanto á las formas, y hasta en el estilo, usando en sus dramas sérios toda la exageracion de los cultos, aunque ya con malísima gracia y como cosa forzada. Con efecto, compárense los trozos ingeniosos y brillantes, aunque de pésimo gusto, que de este género hemos citado en varias ocasiones, con lo ridículo é insulso de los versos siguientes de *Cañizares*, y se verá que lo que antes era, por decirlo así, espontáneo, y estaba en la masa de la sangre, aparecia ya en este último poslizo y hecho sin inspiracion alguna. Dice así en *El picarillo en España*:

Señora, hasta aquí quería
Embozar la menor seña
De mí, que reviento enigma:
En mí propio, de mí propio
Las señales se complican.
Cuantas me habeis permitido
Cortesanas bizarrías
Llegaron hasta lograr
Que vuestros ojos admitan
El ver en estos matices
Las verdades coloridas
Por una pasion, que imprime,
Mejor que un pincel que pinta.
Labrad mi suerte á la costa;
De solo ver, pues que mira
Tanta luz, podrá á mi incendio
Disculparle las cenizas.

os versos no tienen siquiera armonía: bien que no parece
e ya se habia perdido el arte de versificar, pues general-
Zamora y Cañizares son en extremo flojos y lánguidos en
rte, como tocando ya á la época del prosaismo.
o si estos dos dramáticos fueron tan infelices en el género
rillante é ideal de nuestros antiguos, pusieron en boga
e se aproximaba ya á la verdadera comedia de caractéres,
dándole un sello de exageracion que ya raya en lo extra-
, pero en el cual lograron componer obras que han que-
el teatro, y que están llenas de chistes y agudezas, mos-
e además poetas fáciles y naturales. Es este género el lla-
omedias de figuron que Schlegel atribuye tambien equivo-
nte á Calderon, y de que ya Moreto habia dado una
e muestra en su *Lindo don Diego*. Como modelos de este
han quedado *El hechizado por fuerza* de Zamora, y *El dó-
icas* de Cañizares. Ambas comedias tienen por objeto
vicios ó ridiculeces existentes en aquella época, como son
siada credulidad en la existencia de brujas y hechicerías,
ua vanidad de los hidalgos que no conocian mas timbre
rancia ejecutoria. En esta tendencia de la comedia ve-
que empezaba á influir en nuestro teatro el conocimiento
bras de Moliere; pues si bien no se imitó su regularidad,
nforme á nuestro sistema dramático; si es cierto que que-
to el alto género de sus obras maestras, puede decirse que
y Cañizares tuvieron presentes las farsas del célebre có-
ancés, que no son otra cosa mas que unas comedias de
tan recargadas como las de aquellos.
nos dicho que en esta clase de comedias son estos dos au-
as naturales y mejores poetas. Así se puede ver en los
os siguientes, conociéndose tambien por ellos que Cañi-
ventajaba á Zamora en facilidad, soltura y chiste.
e Zamora haciendo la pintura de un hombre amigo de sus
dades:

A barrio donde hay escuela,
O herrador, ó boticario,
Nunca me mudo, por no
Condenarme á oir á ratos,
Entre el b-a-n ban, y el ruido
Con que rezan el rosario,
El martillo en la vigornia,
Y en el almirez la mano.
Por no sufrir que me peinen,
Resolví, no obstante el gasto,
El ponerme cabellera;
Y si me pesa en verano

En un tris, de la cabeza,
Pasa á ocupar el sobaco,
Y por no estar caluroso,
Hago cuenta que soy calvo.
Gatos, pájaros, ni perros,
No permito, que en mi daño
Habiten donde yo duermo;
Pues solo canta el canario
Cuando estorba, el perro sirve
De mancharme los estrados,
Y, en apuntando el enero,
Si queda dentro del cuarto,
Me hace dispertar el ruido
De los celos de mi gato.
El ¿qué diran? hasta ahora
No me ha hecho fuerza, ni entrado
Hombre á verme que hable recio,
Porque aturdiendo los cascos,
Los que hablan á gritos, no
Son gentes, sino badajos.
La vez que salgo de casa
Y no voy muy cerca, salgo
Con un criado que lleva
Un taburetillo raso,
Y si encuentro noveleros
Destos que traen todo el año
Cargas hechas, y rematan
En pedir un real de á cuatro,
Me siento donde me coje,
Y cosiéndome á dos cabos
La faltriquera, sin creer
Nada de lo que han contado,
Si no me piden, escucho,
Y si me piden, escapo.

Cañizares hace asi la descripcion de un padre ansioso de casar á su hija:

Hay padre tan picaron,
Que á su hija, cuando es doncella,
La cuelga, si es moza y bella,
De la percha de un balcon.
Pasa un mozo pisaverde;
Véla, y la ronda amoroso;
Hace el padre del celoso,
Sin que de serlo se acuerde:
Pídesela en casamiento,
El se enfurece y rehusa,
Por no gastar la morusa;
Pícase el mozo de atento,

Aprieta la moza mas,
El padre le dá de coces;
Estiéndense aquestas voces,
Despéñase el mozo, y ¡zás!
Con bulla, despecho y prisa,
Vende aunque sea el rosario,
Sácala por el vicario,
Y se casan en camisa.
Piensa el yerno que se clava
El suegro, y que da un corcobo;
Pero él responde: anda bobo,
Que eso es lo que yo buscaba.

ın Antonio de Zamora era natural de Madrid, sin que se
a época fija de su nacimiento. Fué gentil-hombre de la ca-
rey, oficial de la secretaría del consejo de Indias, y murió,
parece en 1740. Escribió para el palacio del Buen-Retiro,
bien algunos autos sacramentales. Además del *Hechizado*
ierza, suele representarse hoy su *Convidado de piedra*, imi-
el *Burlador de Sevilla* que escribió Tirso de Molina.
ació tambien en Madrid don José de Cañizares en 4 de Ju-
1676: dedicóse á las musas en edad tan temprana, que á la
orce años dicen que escribió las *Cuentas del gran Capitan*:
en la carrera de las armas, ascendiendo hasta teniente de
an de caballos corazas, y murió en 1750. Escribió mas de
ta comedias y zarzuelas de todos géneros, y hasta de ma-
iiendo la mas notable de esta clase *D. Juan de Espina en*
id, que aun se representaba hace pocos años.
abiendo concluido ya con todo lo relativo á la poesía en sus
ntes géneros, necesario nos será el dar un gran paso atrás, y
r casi á principios de nuestra literatura, para presentar una
le nuestros escritores en prosa: éste será el objeto de la ter-
seccion.

SECCION TERCERA.

ESCRITORES EN PROSA.

CAPITULO I.

ESCRITORES EN PROSA. POLITICOS, MORALISTAS Y CRITICOS: PALACIOS RUBIOS, PEREZ DE OLIVA, CERVANTES DE SALAZAR. GUEVARA, RHUA, LUIS MEGIA, VILLALOBOS Y VENEGAS.

Habiendo hablado ya, con la estension que esta obra permite, de os principales poetas que florecieron en los siglos XVI y XVII, éstanos dar á conocer los escritores en prosa, de que nuestra lenua tiene tambien abundante copia; pero esta misma abundania hace nuestra tarea difícil, porque hablar de todos es imposile, y en la eleccion nos exponemos á cometer notables omisioes. Mas como el objeto de esta obra es dar á conocer á los jóenes nuestros principales ingenios, ya manifestando rápidamenesus buenas y malas cualidades, y ya presentando muestras de u estilo, para que sepan las fuentes á donde deben acudir, si ieren estudiar la verdadera habla castellana; nos persuadimos ne aun lo poco que digamos, no solo será suficiente, sino que mbien citaremos autores que, aunque dignos de ser leidos, lo on por escaso número de personas: pasar adelante seria propio nicamente de una historia estensa y erudita de nuestra literatura.

Los escritores en prosa alcanzaron entre nosotros menos suerque los poetas: la mayor parte de estos han sido frecuentemenimpresos, y sus ediciones andan en manos de todos. Los rosistas, al contrario, quedan por lo regular confinados en las

bibliotecas, de donde no se les saca sino de cuando en cuando para consultarlos, siendo en extremo difícil encontrar de muchos de ellos egemplares. Excepto de media docena, como Mariana, Solís, Cervantes, Saavedra, Fray Luis de Granada, Mendoza y algun otro, todos los demas son casi desconocidos de la mayor parte de las gentes; y aun de los citados, algunos hay que no se suelen leer sino á trozos. ¿En qué consiste esta indiferencia? En dos causas principales: en lo voluminosos que son la mayor parte de sus escritos, y en el poco agrado que por lo general ofrece su lectura, ya sea por la materia de que tratan, ya por la manera con que su objeto está desempeñado. Encuéntranse, sin embargo, en todos ellos trozos de verdadera elocuencia, modelos perfectos de lenguaje: allí es donde debiéramos aprender á manejar con destreza el habla castellana, estudiando la propiedad de las voces, y el modo de dar á la frase un giro elegante y armonioso. Y el descuido en esta parte es lo que ha traido nuestra lengua á perder su antigua gallardía, haciendo que nuestros períodos sean menos rotundos, y acomodando su marcha, no ya á lo que permite su verdadera índole, sino á la sintáxis prosáica de otras lenguas extrañas, principalmente la francesa.

Para proceder con órden, dividiremos esta parte en cuatro séries. La primera tratará de los autores que han escrito sobre objetos de política, moral, crítica ó filosofía: la segunda se reducirá á los escritores sagrados y ascéticos: la tercera comprenderá los historiadores; y para la cuarta dejaremos todos los novelistas.

Una de las causas que dificultaron entre nosotros los progresos de la prosa, fue el empeño que todos nuestros sábios conservaron de escribir en latin, no solo las obras sobre ciencias y otras materias entendidas de pocos, sino hasta las históricas y aun gramaticales relativas á nuestra propia lengua. Por esta razon, en los escritos de principios del siglo XVI, se advierte todavía cierta dureza en la frase, y alguna aspereza en el lenguaje; es decir, poca redondez en el período y escasa fluidez en la expresion. Sin embargo, por lo que respecta á la magestad, energía, brio y sencillez, nada tienen que envidiar los escritores de esta época á los que florecieron en tiempos posteriores, y aun á veces los superan en solidez y precision.

No se han de esperar de los escritores políticos, morales y filosóficos de entonces los sistemas y brillantes teorías que tanto abundan en los modernos. Aquellos sábios varones, más doctos que sistemáticos, más prácticos que teóricos, más eruditos que innovadores, estaban poseidos de un profundo respeto hácia cuanto procedia de la antigüedad, y eran ademas profundamente religiosos. Las bases de su saber y de su doctrina estaban, pues,

en las obras que nos han dejado los griegos y romanos, en las escrituras, los santos padres, y los doctores de la edad media que habian escrito en latin. No andaban, por consiguiente, en busca de novedades, sino que procuraban nutrir su entendimiento con aquellos escritos, y verter la esencia de ellos en los suyos. Por felices se tenian, cuando lograban acordar á Platon con San Agustin, cuando máximas de moral ó de política vertidas por Ciceron las hallaban conformes con las de algun padre de la Iglesia; y si á veces ponian algo de su propia cosecha, no paraban hasta conseguir acreditarlo con algun texto, aunque remoto, de los autores que le servian de norma. Su doctrina, por lo tanto, se reducia á consejos apoyados en egemplos, ya de su propia invencion, ya con mas frecuencia, de historias antiguas, y sobre todo de la historia sagrada. No pretendian reformar el Estado, ni cambiar las instituciones, sino que partiendo de lo que existia, considerándolo como permanente y sagrado, daban solo reglas para obrar dentro de ese círculo inflexible, de cuyos límites consideraban como atentado y sacrilego el salirse. Atrevianse, es cierto, á dar avisos y amonestar á los reyes, porque no por respetuosos eran serviles; mas tales consejos no estaban fundados en teorías nuevas y osadas, sino en máximas admitidas y respetadas por todos. Así cuanto decian llevaba en sí una autoridad irresistible, y tenia un aire de gravedad y uncion que le prestaba sin igual embeleso.

En los escritos amenos, se notaba por lo general suma gracia y donaire, profusion de chistes y manejo asombroso de la lengua. Sin embargo, no dirigidas estas dotes por la sana crítica ni un gusto recto, degeneraban en los defectos á que están espuestas, y las agudezas, los retruécanos, los equívocos, y aun las chocarrerías groseras deslucen muchas páginas de obras que por otra parte serian modelos acabados en su género.

El primer escritor que encontramos al entrar en el siglo XVI, es *Juan Lopez de Palacios Rubios*, célebre jurisconsulto, natural de un pueblo de Castilla en el obispado de Salamanca, sin que se sepa el dia de su nacimiento ni el de su muerte. Obtuvo una toga en la Chancilleria de Valladolid, y fué luego ascendiendo al Consejo Real; habiendo merecido por su ciencia que le nombrasen los Reyes Católicos para ser uno de los firmantes y editores de las leyes de Toro. De él ha quedado el *Tratado del esfuerzo bélico heróico*, en cuya obra trata por principios de filosofía natural y moral, apoyados en hechos históricos de los varones más famosos de la antigüedad, de la esencia, origen y efectos del valor guerrero, y de sus diversas especies y modificaciones, que constituyen la bizarría y serenidad de un caballero en los diversos trances de la guerra. Su estilo es bastante correcto, claro y

suelto; su diccion culta y castiza; y cierto género de gravedad y nobleza realzan su sencillez. Hé aquí cómo habla de la osadía, y de los males que nacen de ella:

Porque la voluntad determine bien cerca del esfuerzo, es necesario que haya consideracion á los dos extremos que se hallan en qualquier cosa grave, difícil, temerosa y peligrosa: que son osadía y temor. Los quales proceden del amor que el hombre tiene á sí mismo: por él osa ó teme más que conviene, ó por honrar su persona ó por conservarla. Quando la cosa grave, difícil, terrible ó peligrosa se representa al ánimo por los sentidos corporales, luego la siente y se inclina á querer lo que le puede ser provechoso, y lo ama.

Deste amor nace la osadía, que es acometimiento inconsiderado contra los peligros con esperanza de sobrarlos, por la gran confianza que de sí mesmo hace por sus fuerzas ó por su industria y experiencia, ó de los que le han de ayudar ó favorecer. Desecha y menosprecia el temor, que es natural en los hombres, y pónese arrebatadamente en los peligros, porque osa lo que debe y lo que no debe. Los hombres que ansí son osados, comunmente son gloriosos, ventajosos, hinchados, arrogantes, blasonadores, alaban sus cosas mas que deben; y pensando por esta via mostrarse fuertes ó esforzados, pésales de los actos virtuosos quo los otros hacen, y han envidia y detraen de ellos por les abajar, menospreciándolos, ó á lo menos no diciendo bien dellos.

Estos y otros muchos daños resultan deste extremo, porque él en sí es vicio quando está en sus fuerzas. Por tanto el hombre virtuoso y esforzado no lo debe seguir ni tomar: pues tiene por compañera y guiadora la temeridad, por la qual el hombre confia de sí mas de lo que conviene para hacer y obrar lo que quiere, y quanto mayor osadía y confianza tuvo al principio, tanto mayor temor ó flaqueza tiene en la prosecucion del negocio; y al mejor tiempo desfallece, y lo deja con mayor mengua y daño suyo.

Uno de los mas célebres escritores de aquella época, fué el maestro *Fernan Perez de Oliva*, que nació en Córdoba por los años de 1493. Estudió en las universidades de Salamanca, Alcalá y París, y en seguida pasó á Roma al lado de un tio suyo, familiar del Papa Leon X, con el fin de adquirir mayor instruccion. Leyó tres años de filosofía, matemáticas y teología en Salamanca; y habiendo sido destinado por su saber y sus virtudes para maestro de Felipe II, entonces niño, murió sin haber podido cumplir con este encargo, antes de llegar á los cuarenta años.

Ademas de la estension de sus conocimientos, el maestro Perez de Oliva se recomienda por su incesante desvelo en favor de

la lengua castellana. Lastimado del desprecio y abandono en que la tenian los sábios de su tiempo, nunca quiso escribir ninguna de sus obras en latin, en que era aventajado: siendo su ánimo enriquecer el idioma patrio con todo género de doctrina y con los asuntos mas graves. Con este fin se egercitó primero en trasladar al romance, del griego y del latin, las dos trajedias, la *Venganza de Agamenon* y la *Hécuba triste*, que puso en prosa. La segunda prueba que hizo de la lengua castellana, á la cual deseaba comunicar la magestad de las materias filosóficas, tratándolas con estilo que las hiciese mas agradables, fue el *Diálogo de la dignidad del hombre*. Y cuando trabajaba los otros dos diálogos, el uno *Del uso de las riquezas*, y el otro *De la castidad*, atajó la muerte su laboriosa carrera.

Reina en los escritos de este autor un lenguaje superior al de todos los escritores de su tiempo en la belleza, cultura y gravedad de la diccion; no teniendo otro defecto que la pesadez del diálogo, y cierta insipidez en los interlocutores. Sirva de muestra de su estilo el siguiente trozo en que Aurelio, personage fingido de dicho diálogo, habla de la vanidad y fama mundana:

Despues de haber traido al hombre hasta el punto donde se desvanece, me queda nueva pelea con la fama, vana consoladora de la brevedad de nuestra vida. Esta toman muchos por remedio de la muerte, porque dicen que da eternidad á las mejores partes del hombre, que son el nombre y la groria de los hechos, los quales quedan en memoria de las gentes, que es, segun dicen, la vida verdadera, donde claro muestran los hombres su gran vanidad; pues esperan el bien para quando no han de tener sentido.

¿Qué aprovecha á los huesos sepultados la gran fama de los hechos? ¿Dónde está el sentido? ¿dó el pecho para recibir la gloria? ¿dó los ojos? ¿dó el oir, con que el hombre coge los frutos de ser alabado?.... Las letras de los Egipcios y Caldeos y otros muchos, que tanto florecieron, ¿quién las sabe? ¿Quién conoce agora los reyes y los grandes hombres que á ellas encomendaron su fama? Todo va en olvido: y los grandes edificios, que otros toman por socorro para perpetuar la fama, tambien los abate y los iguala con el suelo. No hay piedra que tanto dure, ni metal, que no dure mas el tiempo consumidor de las cosas humanas. ¿Qué se ha hecho de la torre fundada para subir al cielo? ¿los fuertes muros de Troya? ¿el templo noble de Diana? ¿el sepulcro de Mausoleo? tantos grandes edificios de romanos, de que apenas se conocen las señales donde estaban, ¿qué son hechos? Todo esto se va en humo, hasta que tornen los hombres á estar en tanto olvido, como antes que naciesen; y la misma vanidad se sigue despues que primero habia.

Continuador de la obra de Oliva fué *Francisco Cervantes de*

Salazar, erudito escritor, que nació en Toledo por los años de 1521. De muy jóven pasó á Flandes, y vuelto á su patria, entró al servicio del cardenal arzobispo de Sevilla, don García de Loaysa: pero la muerte de este prelado le dejó sin proteccion á la edad de veinte y cinco años. Con esta pérdida y la poca ayuda que encontró en los poderosos, no logró la nacion ver el fruto de muchas insignes obras que tenía dispuestas para la prensa; pero se puede inferir cuanto se debia esperar de este raro talento en la sazonada madurez, por la preciosa coleccion de obras, propias y agenas, que publicó en su juvenil edad, y en las cuales, no solo manifiesta sus muchos conocimientos y vasta erudicion, sino tambien la destreza con que manejaba el idioma patrio. Las mejores muestras de su estilo se encuentran en su continuacion del *Diálogo de la dignidad del hombre del maestro Oliva*, al cual añadió triple materia de la que encontró trabajada de su predecesor, siendo grande la abundancia de cosas que allí recoje y junta, á tal punto que llega ya á cansar su lectura. Su diccion no desmerece en cuanto á propiedad de la de Oliva; pero el estilo es menos preciso, elegante y agradable, como se puede ver por el siguiente trozo sobre la guerra.

Por la guerra se conserva seguramente lo que se posee; por ella se vive más en sosiego, por ella se han hecho infinitos hombres claros y ilustres, como podeis entender de la historia. Esta pone miedo al contrario para no venir á quitarme lo que es mio: esta hace la paz segura... Con la guerra los hombres deprenden á menospreciar la vida y sus deleites, cuyo deseo acobarda mucho á los hombres, y los hace emprender cosas con que viven deshonrados. Tambien se deprende en ella á tener en poco la fortuna próspera ó adversa; porque el que hoy captiva al otro, mañana es captivo del mismo, y enseña los hombres á ser agradecidos, y estimar las cosas en lo que son... Por esta los hombres mas que por ninguna otra cosa se hicieron afamados; y si los que los hechos destos escribieron fueron dignos de loa, ¿quánta mayor la merecen los que dieron que escribir?... El que la guerra quitára de entre los hombres, quitára la causa de muchas virtudes: porque ella hace á los hombres amigos del trabajo, para el qual nacieron; y emplearse de tal manera en hazañas ilustres, que sean egemplo de imitacion á otros, y gloria de sí mismos.

Otro escritor célebre, perteneciente á la época de Cárlos V, fué *Fray don Antonio de Guevara*, predicador, cronista, autor político, moral, y aun de escritos familiares: por esta razon le corresponderia ser comprendido tambien en las demas series: pero hablaremos especialmente de él en esta, por pertenecer á ella sus dos mejores obras que son el *Reloj de príncipes ó vida*

de Marco Aurelio y el *Menosprecio de la córte y Alabanza de la aldea.*

Era Guevara de ilustre familia y de una casa antigua de la provincia de Alava. En sus primeros años siguió la córte de los Reyes Católicos; pero eligió por fin la vida religiosa, profesando en la órden de los frailes menores; y despues de haber obtenido en ella varios grados y oficios, el emperador le promovió á la silla episcopal de Guadix y despues á la de Mondoñedo. Versado en la teología dogmática, sagrada erudicion, é historia profana, fué predicador y cronista de Cárlos V, y tal llegó á ser su fama, que todos los grandes personages solicitaban su correspondencia epistolár, quedándonos de él cartas familiares bastante agudas y festivas. Murió en 1548.

En todas sus obras resplandece una vasta erudicion, y profundos conocimientos políticos y filosóficos, como asimismo cierta experiencia del mundo y de las córtes, adquirida al lado de Cárlos V en sus dilatados viages por Europa. Su estilo no deja de tener bastante variedad en los tonos: es á veces elevado, grande y enérgico, pero la cualidad que más sobresale en él es su abundante lozanía, su naturalidad, su facilidad, su graciosa discrecion, la libertad con que dice las verdades y el donaire con que templa la acrimonia de su mordaz filosofía: en cámbio es difuso por demás, se repite hasta el hastío, y ahoga sus mas bellos pensamientos con el peso y follage de palabras superfluas y amplificaciones cansadas.

Escribió su *Reloj de príncipes* para el emperador Cárlos V, presentándole como modelo de soberanos á Marco Aurelio. He aquí cómo este emperador lamenta los vicios de los romanos en su tiempo:

¿Qué cosa fué antiguamente la policía de Roma antes que Sila y Mario la amotinasen, antes que Catilina y Catulo la perturbasen, antes que Julio y Pompeyo la escandalizasen, antes que Augusto y Marco Antonio la destruyesen, antes que Tiberio y Caligula la infamasen, antes que Neron y Domiciano la corrompiesen? Porque los mas de los príncipes aunque fueron muy valerosos, y nos ganaron muchos reinos, todavía fueron mas los vicios que nos trageron, que no los reinos que ganaron; y lo que es peor de todo, que hemos perdido los reinos, y habemos quedado con los vicios.

Si Livio y los otros escritores no nos engañan, antiguamente se vieron en el sacro senado unos romanos tan antiguos, unas canas tan honradas, unos hombres tan expertos, unos viejos tan maduros, que era gloria de ver lo que representaban, y era descanso oir lo que decian. Pero harta mal aventurada es la tierra y de muchas angustias debe de estar cercada, do es tan malo el regimiento de los mozos, que todos suspiran porque resuelten los

viejos. Si damos fé á lo que los antigos dicen, no podemos llegar sino que Roma fué madre de todas las buenas obras, como la antigua Grecia fué origen de todas las ciencias. de manera que el hecho de los griegos era parlar, y la gloria de los romanos era obrar.

Ya por nuestros tristes hados todo lo vemos contrario, en nuestros tristes tiempos: de manera que no sé qual llore primero, las virtudes y grandezas de los pasados, ó los vicios y pequedades de los presentes; porque la bolidad de los buenos nunca se habia de acabar de loar, y la maldad de los malos nunca habiamos de acabar de reprender. ¡O qué cosa fuera ver aquellos siglos gloriosos tan gloriosos ancianos y sábios gozar! Y por contrario ¡qué lástima y afrenta es ahora ver tantos sábios disolutos, y tantos mozos desmandados, los quales tienen á toda Roma perdida, y toda Italia escandalizada!

En este trozo, á pesar de algunas supresiones, se ve todavía que la demasiada afluencia del autor le lleva á desear la frase acumerando ideas y palabras inútiles: aun se advierte mas en el siguiente sacado del *Menosprecio de la corte*:

¡Quédate adios, mundo, pues no hay que fiar de tí, ni tiempo para gozar de tí, porque en tu casa, ó mundo, lo pasado ya pasó, lo presente entre las manos pasa, lo porvenir aun no comienza, lo mas firme de ello se cae, lo mas rico muy presto quiebra, y aun lo mas perfecto luego fenece... Quédate adios, mundo, pues en tu palacio á nadie llaman por su nombre propio, porque al temerario llaman esforzado, al cobarde recogido, al importuno diligente, al descuidado pacífico, al pródigo magnífico, al escaso modesto, al hablador elocuente, al mécio callado, al disoluto enamorado, al honesto frio, al entremetido cortesano, al vindicativo honroso, al apocado sufrido, al malicioso simple, y al simple necio... Quédate adios, mundo, pues traes á todo el mundo engañado, es á saber: que á los ambiciosos prometes honras, á los inquietos mudanzas, á los malignos privanzas, á los flojos oficios, á los codiciosos tesoros, á los voraces regalos, á los carnales deleites, á los enemigos venganzas, á los ladrones secreto, á los viejos reposo, á los mancebos tiempo; y aun á los privados seguro. Quédate adios, mundo, etc.

A pesar de su gran fama, el obispo Guevara tuvo émulos y críticos; y uno de los mas temibles fué *Pedro de Rhúa*, de quien se ignoran el lugar y dia de su nacimiento, siendo solo conocido con el título de *bachiller Rhúa*, y por haber profesado las letras humanas en la ciudad de Soria, cuyo magisterio regentaba por los años de 1540. Este humanista escribió varias cartas dirigidas á Guevara, reprendiéndole sus errores históricos. Reina en el estilo de estas cartas bastante elegancia y correccion, manifes-

lándose en ellas el profesor docto y entendido, como se puede ver por este trozo tomado de la carta III, en que habla de la verdad histórica.

Solo hablaré de la fé que la historia ha de tener, y de la necessidad que el escritor tiene de escrebir verdad ó verisímile; porque perdida esta, pierde su authoridad y crédito, finalmente todo su ser. Y quanto á esto ya sabe V. S. que toda narracion..., ó es doctrinal, ó fabulosa, ó historial. La doctrinal requiere verdad; la fabulosa ninguna verdad pretende ni verisimilitud; sino solo, so el velo de la fábula, dar algun consejo á los lectores... Ovo tambien filósofos que, so el velo de fábulas encubrieron secretos naturales, ó las opiniones de sus sectas, lo qual hicieron, ó por encubrir al vulgo, como debajo de letras hieroglíficas, los misterios de su secta, ó por despertar á los ingénios con las poéticas ficciones á inquirir la verdad... Ovo tambien otro género de escriptores, que aunque publicaron sus obras con título de historias; pero puédense llamar fabulosas narraciones mas que historias, y ellos fabuladores ó poetas, no historiadores, porque entienden en complacer á los oidos con graciosas maneras de decir, y con nuevos ó inopinados casos, mas que con verdaderos hechos.....

Estos llevan las palabras medidas por palabras. Ponen muy á menudo iguales que respondan á iguales, contrarios á contrarios, semejantes á semejantes. Todo su artificio y materia es matizar las palabras, afectar las sentencias, para recrear y mover á los lectores, y no para enseñar la verdad, con un estilo mas apto para pompa que para pelea. Ponen toda su eficacia en el corriente y ruido de la oracion; pero como rio de avenida, todo es estruendo de palabras, ó mas de verdad, como rios pequeños, que como llevan poca agua van dando de piedra en piedra, y al que los ha de pasar en noche obscura, y no los tiene antes conoscidos, ponenle miedo pensando que van muy hondos. Pero la historia, que como dice Tulio en el segundo libro de *Oratore*, es testigo de los tiempos, es luz de la verdad, es vida de la memoria, es maestra de la vida, es remuneradora de la antigüedad y finalme es un tesoro de todo lo pasado, en fé y verdad estriba.

No pinta mal, en su comparacion, el bachiller Rhua, el estilo del obispo de Mondoñedo, y por la muestra se vé que el suyo aventajaba al del ilustre prelado. ¡Lástima que de él no hayan quedado mas obras!

Tres escritores de alguna nota se pueden citar todavia en el reinado de Cárlos V: el *Protonotario Mena, Villalobos y Venegas*.

Luis Mena, de cuya vida se ignoran todas las circunstancias, constando solo ser conocido por el título de *Protonotario*, con que se anuncia en su obra, dejó un libro titulado *Apólogo de la ocio-*

siaad y trabajo, con el nombre alegórico de *Labricia Portundo* el cual fue publicado por Cervantes de Salazar, en 1546, sin duda despues de la muerte de su autor, y sin que se le ocurriese dar noticia alguna de este escritor á los lectores. En esta obra manifestó Mejía su mucha doctrina, aunque imita y aun copia frecuentemente la *Vision delectable del bachiller la Torre*. Su objeto es pintar los males que resultan de la ociosidad y los bienes que produce el trabajo. El estilo de este apólogo es puro, claro, natural, noble y bastante correcto, y aunque en el diálogo se siente alguna frialdad y monotonia, brillan de cuando en cuando rasgos de una grande energía y hermosura; sin que en lo general se eche de menos aquella precision y gravedad de lenguaje propio de los escritos de la moral filosófica. Hé aquí como pinta la corrupcion general de costumbres que tiene infestadas todas las clases de la sociedad.

Veo todas las criaturas ordinariamente vivir en aquellas leyes que natura les puso al tiempo de su creacion, y que derechamente cada una en su especie corren á su fin para que fueron criadas. Solo el hombre veo tan desconcertado, tan desvariado, y olvidado de sí, que me parece que fué criado para bien ninguno. Porque veo lo primero, que los que son puestos para dar luz al mundo por vida y egemplo, y para enseñar á los que desatinados van fuera de camino, estos son en nuestros tiempos los mas ignorantes, los mas torpes, y los que mas inhábiles para mundanos egercicios se hallan. Decid, pues, ¿dónde hay mas disoluciones que en los que de ellos son disolutos? ¿dónde hay mas intemperancia? ¿adónde la gula soltó mas la rienda? ¿adónde los adulterios, crímenes incestuosos de vírgenes vestales, ni corregidos ni reprehendidos? ¿adónde la simonía? ¿adónde el poco temor de las excomuniones, sino en estos? ¿Quién nos enseña quebrantar lo que mandan que hagamos, sino ellos? ¿Adónde la hipocresía tiene casa cierta sino en ellos? ¿Adónde es la pérdida de devocion? ¿adónde es el poner temor de Dios, sino en ellos? ¿Qué género de personas funda mas vanidad en sus negocios que ellos? ¿Adónde se esfuerzan mas los temerarios favores? ¿Quién mas usa dar maleficios por beneficios que ellos?

Pues si destotro lado me resuelvo, veo el mundo lleno de engaño muy disimulado en los seglares. Veo la amistad fingida: veo la triste envidia muy arraigada: veo que ya no es tenido por sábio sino aquel que sabe arte lucrativo de pecunia. Veo que todos van bordados de lisonjas, todos llenos de miedos y temores, todos llenos de esperanzas vanas, y quiméricas imaginaciones. Veo las maliciosas persecuciones entre estos. Veo los disfavores excesivos, las burlas deshonestas, los desgaires fuera de medida. Veo la avaricia muy encumbrada, la vanagloria y jactancia muy suntuósa. Veo los ladrones muy honrados y acompañados. Veo las ignorancias en el poner de las leyes; y los hacedores dellas ve-

ser los primeros transgresores... Veo mas, que las leyes son contra los flacos, como las telarañas contra las moscas. Veo ansimismo todos los estados revueltos, ninguno contento con lo que tiene. Lo que unos alaban, de otros es muy vituperado: lo que unos tienen por santidad, otros tienen por supersticion: lo que unos afirman por verdadero, otros tienen por falso: lo que unos tienen por lícito y honesto, otros tienen por deshonesto. Veo todo este género lleno de abominaciones, todo lleno de maldades todo lleno de fé rompida y traiciones, todo lleno de amor de dinero.

Tampoco se sabe la patria, nacimiento y estudio del *doctor Francisco de Villalobos*: solo se colige de sus obras, que alcanzó en edad adulta á los Reyes Católicos, y que antes del año 1540 habia concluido su carrera, como escritor, ya anciano, y descontento del mundo, de la fortuna y de la córte, despues de haber sido afamado doctor en medicina, con egercicio en la cámara del rey Fernando, del emperador y de su hijo Felipe.

Escritor político y científico, no ofrecen ya sus obras el interés que acaso tuvieron al escribirse. Las únicas que pueden leerse con agrado y utilidad, son los *Problemas* que tratan de varias cuestiones de física y moral; el *Tratado de las tres grandes*, á saber; la gran parlería, la gran porfia, y la gran risa; y la *Glosa de la cancion sobre la muerte*. Tiene tambien unos diálogos familiares sobre medicina; y una traduccion de la comedia de *Anfitrion* de Plauto, con sentencias sobre su última escena. Estas composiciones son generalmente mas ingeniosas que brillantes, mas amenas que elegantes, mas juiciosas que nobles, y mas agradables aun por la novedad de las expresiones que por la de los pensamientos. Pero abundan en nacionales donaires, en sentencias floridas; y el estilo es breve, sencillo, claro, aunque su demasiada familiaridad ofende á veces la gravedad filosófica, pecando además por incorreccion y desaliño; pero estas faltas las suple con la sazonada crítica y ligereza de su pluma. Hablando en los *Problemas* de los hombres que dejan la vida acomodada por los peligros, dice así:

Natural enfermedad es de los ánimos humanos desear mando y señorío sobre otros hombres. Y esta flaqueza les quedó desde el hombre primero, que fué transgresor del mandamiento de Dios, por ganar hónra; que así se lo prometió el diablo, diciéndole que seria como Dios, sabedor de lo bueno y de lo malo. Y por este punto de honra creyó al diablo antes que á Dios; y quedó de allí esta inclinacion en él y en todos sus descendientes. Buena es por cierto la hónra, y las gloriosas alabanzas que se ganan con la virtud, con condicion que no sea el hombre virtuoso porque le alaben, sino porque la virtud de sí es buena, y no se debe obrar

mi amar sino por quien ella es, y no por otro respecto

Y tal honra como esta muy deseada es y muy firm tiene hondos los cimientos, y está edificada sobre hu así no se pasa trabajo en tenerla ni en buscarla, porq viene de suyo corriendo tras el hombre que va huy No es así la honra violenta y traida por fuerza: antes hareña y fugitiva, que no se puede conservar sino có costas y trabajos de su dueño; con mucha gente que tr tas; con mucho desvelarse, con mucho retraimiento, chas envidias, con grandes sospechas, con muchos ba muchas enemistades, con grandes peligros del cuerpo, mas del alma.

El *maestro Alonso de Venegas*, fue autor de gran en su tiempo: se ignora con todo el año de su nacimien se sabe que fué su familia noble y su patria Toledo, universidad leia teología por los años de 1545, despues publicado ya la mayor parte de sus obras, entre las la primera que vió la luz un tratado de la ortografía y Su fortuna no fue igual á su mérito; pues vivió siempr do para sostener una numerosa familia, y hasta parec bo de entrar en la servidumbre del primer conde de M Diego Hurtado de Mendoza.

Sus obras son: *La Agonia de la muerte*, en la que sejos para prepararse el católico al último trance; un tra bre la *Diferencia de libros que hay en el universo*, l divide en *originales*, *naturales*, *racionales* y *reveladas*, ber, la ciencia de Dios, de la naturaleza, de las costu del culto religioso; y una *Idéa de la ciudad de Tole vecinos afligidos*.

Todos los contemporáneos de Venegas, y sus obras ban, convienen en que fué varon de profunda erudicion y profana; pero aquellas obras se pueden considerar como de un docto y piadoso compilador, que de escri gante. Se conoce que procuraba solo edificar y no fuera de algunos trozos enérgicos y con algun artificio casi nada se encuentra de grandioso y elevado; y an cansa con su prolijidad, sus repeticiones, la vulgarid similes y la pesadez de sus glosas. Su diccion es á la clara, pura, sencilla y natural, cual convenia á su obj pocas veces se encuentra en sus obras la cultura, abun magestad de que ya entonces era capaz la lengua castel todo, se le puede contar entre los buenos autores prosa tiempo, aunque no sea mas que por el mérito, raro de haber preferido la lengua vulgar á la latina en cientificas. No creemos, sin embargo, necesario prese

stra de su estilo, despues de haber dado á conocer
ns que le aventajan.

CAPITULO II.

N DE LA MISMA MATERIA: ANTONIO PEREZ, QUEVEDO, GRACIAN Y ZAVALETA.

ahora á hablar de escritores harto mas célebres que
s, ya por las circunstancias de su vida, ya por el
s obras y el puesto que ocupan en la república li-
ante el reinado de Cárlos V, la lengua castellana
perfeccionando, y bajo los tres Felipes sus sucesо-
su mayor altura, siendo fecunda, como ya hemos
ades poetas y en prosistas excelentes. Los mas afa-
los últimos, y mas dignos de estudiarse como mode-
je, son los que corresponden á las otras tres séries
o en que hemos dividido este género de escritos: la
ente nos ocupa ofrece sin embargo algunos que, si
no son siempre una guia segura de buen gusto,
ualidades eminentes, teniendo cada cual un caracter
e le distingue, y siendo harto notables para que no
mos en ellos cual su reputacion merece.

mero, en el órden de los tiempos, el secretario de
ntonio Perez, célebre sobre todo por lo asombroso de
una, así en la íntima privanza que logró de un mo-
servado y prudente, como en su lastimosa caida.
s toca juzgar de su vida política, debiéndole solo
teriormente; y por lo tanto, solo diremos de aquella
de Madrid, é hijo de Gonzalo Perez, secretario de
fué del emperador Cárlos V, dió desde muy jóven a
ran talento y sus felices disposiciones para los asun-
erno. Despues de haber estudiado en Alcalá, Padua y
fué nombrado secretario de la cámara del Consejo de
que por la gran fama de su saber y particular acierto
le eligió Felipe II en 1570 para su secretario de
cuyo puesto, siendo todavia muy jóven, hizo impor-
ciosi y tal confianza inspiró á su soberano, que du-
ños descargó aquel monarca en él todo el peso del
us relaciones íntimas con la princesa de Evoli, favo-
pe, y la muerte de Escobedo, secretario de don Juan
cuyo asesinato dispuso, aunque segun parece por
el rey, fueron causa de su desgracia, y de que se le

ni amar sino por quien ella es, y no por otro respecto desta vida.

Y tal honra como esta muy deseada es y muy firme, porque tiene hondos los cimientos, y está edificada sobre humildad; y así no se pasa trabajo en tenerla ni en buscarla, porque ella se viene de suyo corriendo tras el hombre que va huyendo della. No es así la honra violenta y traida por fuerza: antes es tan zahareña y fugitiva, que no se puede conservar sino con grandes costas y trabajos de su dueño; con muchas gente que trae á cuestas; con mucho desvelarse, con mucho retraimiento, con muchas envidias, con grandes sospechas, con muchos bandos, con muchas enemistades, con grandes peligros del cuerpo, y muchos mas del alma.

El *maestro Alexo de Venegas*, fue autor de gran nombradía en su tiempo: se ignora con todo el año de su nacimiento, aunque se sabe que fué su familia noble y su patria Toledo, en cuya universidad leia teología por los años de 1545, despues de haber publicado ya la mayor parte de sus obras, entre las cuales fué la primera que vió la luz un tratado de la ortografía y prosodia. Su fortuna no fue igual á su mérito; pues vivió siempre atareado para sostener una numerosa familia, y hasta parece que hubo de entrar en la servidumbre del primer conde de Melito, don Diego Hurtado de Mendoza.

Sus obras son: *La Agonia de la muerte*, en la que da consejos para prepararse el católico al último trance; un tratado sobre la *Diferencia de libros que hay en el universo*; los cuales divide en *originales*, *naturales*, *racionales* y *revelados*, es á saber, la ciencia de Dios, de la naturaleza, de las costumbres y del culto religioso; y una *Plática de la ciudad de Toledo á sus vecinos afligidos*.

Todos los contemporáneos de Venegas, y sus obras lo prueban, convienen en que fué varon de profunda erudicion sagrada y profana; pero aquellas obras se pueden considerar mas bien como de un docto y piadoso compilador, que de escritor elegante. Se conoce que procuraba solo edificar y no agradar: fuera de algunos trozos enérgicos y con algun artificio retórico, casi nada se encuentra de grandioso y elevado; y antes bien cansa con su prolijidad, sus repeticiones, la vulgaridad de sus símiles y la pesadez de sus glosas. Su dicion es á la verdad clara, pura, sencilla y natural, cual convenia á su objeto; mas pocas veces se encuentra en sus obras la cultura, abundancia y magestad de que ya entonces era capaz la lengua castellana. Con todo, se le puede contar entre los buenos autores prosáicos de su tiempo, aunque no sea mas que por el mérito, raro entonces, de haber preferido la lengua vulgar á la latina en las obras científicas. No creemos, sin embargo, necesario presentar aquí

ninguna muestra de su estilo, despues de haber dado á conocer otros escritores que le aventajan.

CAPITULO II.

CONTINUACION DE LA MISMA MATERIA: ANTONIO PEREZ, QUEVEDO, SAAVEDRA, GRACIAN Y ZAVALETA.

Pasamos ahora á hablar de escritores harto mas célebres que los anteriores, ya por las circunstancias de su vida, ya por el mérito de sus obras y el puesto que ocupan en la república literaria. Durante el reinado de Cárlos V, la lengua castellana se habia ido perfeccionando, y bajo los tres Felipes sus sucesores, llegó á su mayor altura, siendo fecunda, como ya hemos visto, en grandes poetas y en prosistas excelentes, los mas afamados de estos últimos, y mas dignos de estudiarse como modelo de lenguaje, son los que corresponden á las otras tres séries de las cuatro en que hemos dividido este género de escritos. La que actualmente nos ocupa ofrece sin embargo algunos que, si por su estilo no son siempre una guia segura de buen gusto, brillan por cualidades eminentes, teniendo cada cual un carácter particular que le distingue, y siendo harto notables para que no nos detengamos en ellos cual su reputacion merece.

Es el primero, en el órden de los tiempos, el secretario de Felipe II, Antonio Perez, célebre sobre todo por lo asombroso de su varia fortuna, así en la íntima privanza que logró de un monarca tan reservado y prudente, como en su lastimosa caida. Aquí no nos toca juzgar de su vida política, debiéndola solo considerar literariamente; y por lo tanto, solo diremos de aquella que natural de Madrid, á hijo de Gonzalo Perez, secretario de Estado que fué del emperador Cárlos V, dió desde muy jóven á conocer su gran talento y sus felices disposiciones para los asuntos de gobierno. Despues de haber estudiado en Alcalá, Padua y Salamanca, fué nombrado secretario de la cámara del Consejo de Italia, hasta que por la gran fama de su saber y particular afecto que le cobró, le eligió Felipe II en 1570 para su secretario de Estado, en cuyo puesto, siendo todavia muy jóven, hizo importantes servicios; y tal confianza inspiró á su soberano, que durante diez años descargó aquel monarca en él todo el peso del gobierno. Sus relaciones íntimas con la princesa de Evoli, favorita de Felipe, y la muerte de Escobedo, secretario de don Juan de Austria, cuyo asesinato dispuso, aunque segun parece por mandato del rey, fueron causa de su desgracia, y de que se le

prendiese; y si bien al principio no era rigurosa su detencion, fué agravándose diariamente durante once años, hasta darsele tormento y pronunciar contra él sentencia de muerte. En tal extremo, su esposa doña Juana Coello, dispuso y logró su fuga en la noche del 18 de marzo de 1590; y habiendo llegado á Aragon, se le volvió á prender en Zaragoza por el tribunal de la Inquisicion; pero aquella capital se alzó en su favor, conmoviéndose todo el pais, y fué preciso que el rey mandase un ejército poderoso para sujetarlo. Viendo Perez que la causa de Aragon estaba perdida y que no habia ya refugio para él en España, fugóse á Francia donde logró la mas favorable acogida de su monarca Enrique IV, quien le señaló una pension, aunque no quiso nunca aceptar los cargos que le ofreció varias veces, por no decaer en el concepto de sus compatriotas. Murió el año de 1611 en Paris, donde yace sepultado en el convento Real que fué de Celestinos.

La vida literaria de este célebre personage empieza despues de su fuga á Francia, donde publicó varios escritos políticos y una coleccion de cartas producto de la extensa correspondencia que tuvo con los hombres mas célebres de su tiempo. Sus escritos políticos son las *Relaciones* de su vida, en que habla de sus favores, de su caida, de sus prisiones y desgracias, y los *Comentarios* sobre este mismo libro. Anunció, aunque no se sabe si llegó á escribirla, otra obra titulada *Consejos de Estado*, que hubiera sido sin duda alguna la mas importante de las suyas, pues debia tratar en ella de los negocios mas árduos de gobierno: por desgracia, no la publicó; una manuscrita que se le atribuye, no puede ser suya, por indigna de tan grande hombre de estado. Autor, despues de tantas desgracias, y tratando en sus escritos de ellas, Antonio Perez ha debido pintar con energia, verdad y viveza; y así ha sucedido, no ganándole nadie en estas dotes. No obstante, degenera á veces en obscuro y afectado, y sus *Relaciones* sobre todo están recargadas de erudicion y de citas marginales, vicio á la verdad, comun á casi todos los escritores de su tiempo. Donde mas brilla es en sus cartas, y en ellas, como es de suponer, se trata mejor á sí mismo, pues aunque se conoce que no dejaba de esmerarse al escribirlas, siempre ofrecen mas naturalidad y franqueza. Si bien no exentas de defectos, son uno de los mejores modelos que de este género tenemos en castellano. Ostentando elegancia, gallardía en el decir, energía en las ideas, calor en los sentimientos, se acomoda su estilo á los asuntos de que tratan y á las personas á quienes se dirijen. Cortesano con los demas, afectuoso con sus amigos, tierno con su esposa é hijos, reverente sin bajeza con los reyes, es además Antonio Perez patético, cuando habla de sus desgra-

cias: hay tambien en su estilo gracia y donaire; y aunque se suele mostrar duro y lacónico en demasía, nunca lleva la seriedad hasta olvidar del todo el chiste que sienta tan bien á esta clase de escritos. Hablando de la publicacion de estas mismas cartas, que se hacía sin su conocimiento y beneplácito, dice:

Ha llegado á mi noticia que se imprimen todas aquellas cartas, y estoy confuso en si pasaré por ello, ó me quejaré; y hallo que es mejor dejarlas correr. Vayan. Rian unos, roan otros, muerdan otros; que algunos se quebrarán los dientes: otros las recibirán con gusto. En fin, juzgue cada uno como quisiere: que al cabo al cabo, los mas aristarcos y críticos jueces serán los miradores del juego de ajedrez, que tachan, que reprenden, y si se sentasen al tablero, no sabrian menear pieza.

Demás que en el juicio de mis cosas, no juzgan todos de una manera. Unos, conforme á la razon y libertad del ánimo: muchos destos. Otros conforme al respeto que los manda: no muchos destos. Otros, conforme á la laudre de que están heridos: pocos destos. Digo laudre, porque laudres hay del ánimo, peste mas contagiosa que la de los cuerpos. Trátenme como al Cid el otro judío, que por despecho en la sepultura le asió de la barba.

Pues no se fien en la vida del favor: que quien permitió que la estátua del Cid menease el brazo, y empuñase la espada en espanto del judío, puede mudar las suertes. A lo menos vivirá con tal confianza el que ha enterrado uno á uno á tantos de sus enemigos y verdugos.

En una carta que dirije á sus tres hijos, expresa de esta suerte su cariño paternal.

Hijos: á todos tres va esta. Hijos, digo, que sobre esta palabra se funda ella. A las lanzadas de vuestras palabras, que tales son, al alma de un padre las que me refieren pasageros, de *padre mio, padre de mi alma, padre de mis entrañas*, con una las reparó y recompensó todas: *hijos*. Que quien dijo *hijos*, de sus entrañas dijo de todos esotros rincones de la parte de su obra, porque de todas aquellas teneis parte, y sois parte de mí. Pero esotro, *padre de mi vida, padre de mis entrañas*: todo esotro, la fuerza que tiene, es á mi favor, porque es confesar que sois parte de mí, y esta confesion de vuestra boca, que soy el que mas amo: pues cada uno ama mas á sus prendas, que las prendas á su dueño.

Que os cuesta caro, que os han martirizado por mí, que aun estais en el tormento, eso os debo, eso tambien me debeis: pues vuestros agravios me hacen á mí inocente y á vosotros mártires. Pues mas os digo: que vivis obligados á los mismos agravios, porque os han consignado la deuda en el cielo: pagamento infalible y de grandes recambios de feria á feria.

¿Qué pensais que quiero decir, de feria, á feria? En el cielo y en la tierra, que tales agravios, tales tormentos, en pellejos niños, en almas niñas, acá y allá han de ver la satisfaccion. La palabra de Dios lo dixo: *mea est ultio, ego retribuam.* Esperad un poco: vivid digo, y vereislo.

No penseis que tiro ese lugar de los cabellos á mi propósito. Oid: decir Dios *mea est ultio*, á buena razon ha de ser mas en general por los que padecen inhabilitados de defensa, quales niños, pupilos, viudas, sobre inocentes: demas de ser los reservados á su cargo y cuidado por especial privilegio de su palabra.

Mas célebre que Antonio Perez, como escritor, es *don Francisco de Quevedo*, de quien ya hemos hablado largamente en la parte relativa á la poesía: aquí tenemos ahora que considerarle como prosista; y bajo este respecto merece las mismas alabanzas é iguales censuras que como poeta, si bien es todavía mas difícil el apreciar su verdadero mérito, en atencion á que en esta parte fue todavía mucho mas fecundo y variado. Ansioso, segun dijimos ya, de ostentar la universalidad de sus conocimientos, no hubo materia que no tocase y en que no ejercitase su incansable pluma. Desde el género mas sério y elevado hasta el mas festivo y bajo, no dejó de recorrer ninguno, y en todos nos han quedado muestras, así de sus grandes cualidades, como de sus lastimosos extravíos. Escritor ascético, político, moralista, histórico, crítico, satírico, ya ostenta su grande erudicion en las Sagradas Escrituras y examina las mas altas cuestiones teológicas, ya procura unir la mas sana moral con la política mas sublime, ya reprende los vicios generales de la humanidad y los de su tiempo, sirviéndose de fábulas y alegorías ingeniosas, ya maneja la sátira hasta con procaz mordacidad, ya desciende á pintar costumbres y truanadas de las clases mas abyectas del pueblo, no reparando en presentar las acciones mas sucias y reprensibles con poco decente lenguage. Sin embargo, las producciones naturales y legítimas del ingenio de Quevedo, son tambien en prosa, como hemos visto que lo eran en verso, las festivas y burlescas. En esta clase de escritos es en donde se encuentra como en su verdadero elemento; en ellos corre fácil su pluma, y cuanto de ella sale entonces es como de un manantial abundante, inextinguible, aunque no puro, siendo hasta sus defectos tan naturales en él, que desaparecería el sello característico de su estilo, si ellos tambien desapareciesen. En sus obras sérias se conoce siempre el estudio, el trabajo, el esfuerzo, y no parecen sino como una especie de expiacion que se imponia por la licencia y obscenidad de sus escritos jocosos. Así, estas obras no son las que constituyen verdaderamente su fama, y á no haber publicado otras, esta fama se hallaria en la actualidad harto obs-

urecida. En ellas hace á la verdad alarde de su gran saber: suele ser elevado y sentencioso; pero su elevacion degenera en redundancia, sus sentencias por aparentar concision se hacen enigmáticas, á cada paso se descubre el artificio, y por demasiado esmero pierde la fácil elegancia que presta á los escritos su mayor atractivo: además, cansa su excesiva erudicion y el aglomeramiento de citas y textos; y el estilo, aunque correcto y propio, no pasa de comun, ofreciendo pocos rasgos en que campee la valentía y hermosura de la lengua castellana. Por el contrario, en sus obras festivas, es dónde se muestra superior y gran de ingenio: allí estan las agudezas, las alusiones festivas, las metáforas felices, las imágenes vivas, las expresiones que han quedado como proverbios, y dechado de la frase familiar é idiotismos naturales de nuestra lengua. Osado en el manejo del idioma, le respeta poco, inventando voces y expresiones nuevas, que si no todas son aceptables por exóticas y extravagantes, otras han quedado como las mas propias para la sátira y el ridículo.

Las obras principales de Quevedo son: ascéticas: la *Vida de san Pablo*, la *Política de Dios y gobierno de Cristo*, los *Tratados de la providencia de Dios*; morales y políticas; la *Virtud militante*, la *Fortuna con seso*, el *Epiteto español*, el *Bocados*, la *Vida de Marco Bruto*; alegóricas: el *Sueño de las calaveras*, las *Zahurdas de Plutón*: festivas y satíricas: el *Alguacil alguacilado*, el *Entremetido y la dueña*, la *Visita de los chistes*, las *Cartas del Caballero de la tenaza*, el *Libro de todas las cosas y otras muchas mas*, la *Culta latiniparla*, novelas: *La vida del gran tacaño*, etc.

Hé aquí como don Antonio de Capmani juzga en resúmen á este autor. «De todos modos que se considere su estilo, aunque su facundia se confunda muchas veces con la verbosidad, es inimitable en el manejo y soltura con que usa de todas las riquezas y socorros del idioma, acomodándole á tanta diversidad de asuntos y caractéres, desde el mas grave al mas plebeyo y picaresco. De aquí nace la dificultad de reconocer y calificar el verdadero estilo de Quevedo, acostumbrado á mudarle el trage en cada papel que representaban sus personages. —Como los escritos de su primerizo, digámoslo así, y ferviente ingenio, se dispararon contra los vicios, abusos y extravagancias comunes de su tiempo, tuvo que abajarse á cojer metáforas y dichos de la picaresca, y equívocos de la cáscara amarga, en que se acredita mas su feliz imaginacion que su buen gusto y decencia. Es singular y valiente en la viveza y propiedad de los colores con que retrata y viste las personas que saca á la escena, ya como interlocutores, ya como héroes de sus cuentos. Pero tambien suele cargarlos de colores y de trapos: y entonces se hace pue-

ril, fastidioso y redundante, y no pocas veces obscuro y descompasado en sus cortes y pinceladas.—Maneja graciosa y agudamente los equívocos, los chistes, y otros primores de la lengua en ciertos pasages á que dá espíritu y animacion: pero se excede en este juego de voces, como casi todos los escritores de aquel siglo, que nunca entendieron que debia tener límites este gusto frívolo del público, que aplaudia entonces semejantes gracias.—Todas estas obras satírico-morales, fuera de la invencion ingeniosa y expresion feliz en ciertos rasgos y cuentos que nunca envejecerán, en lo general no pueden en estos tiempos lograr la misma fortuna, ni causar el entusiasmo que sintieron sus contemporáneos; porque la mayor parte de sus alusiones caen sobre personas y hechos desconocidos, ó usos añejos, que entonces picaban la curiosidad del público, y hoy son comida rancia y fria, no siendo fácil penetrar la fuerza de la ironía, ni la propiedad de los símiles. Estas causas, y la profusion de metáforas para engalanar ó mas bien cargar un pensamiento, y aquella pedantería y cavilacion metafísica que ahoga las sales y chistes mas picantes, hacen algo pesada la lectura seguida de los escritos de Quevedo.

Presentaremos algunas muestras de los diferentes estilos que emplea este en sus obras. En la vida de Marco Bruto describe así el carácter de aquel célebre romano:

Era Marco Bruto varon severo, y tal que reprendia los vicios agenos con la virtud propia, y no con palabras. Tenia el silencio elocuente, y las razones vivas. No rehusaba la conversacion, por no ser desapacible; ni la buscaba, por no ser entremetido: en su semblante resplandecia mas la honestidad que la hermosura. Su risa era muda y sin voz: juzgábanla los ojos, no los oidos: era alegre solo cuanto bastaba á defenderle de parecer afectadamente triste. Su persona fue robusta y sufrida lo que era necesario para tolerar los afanes de la guerra. Su inclinacion era el estudio perpétuo, su entendimiento judicioso, y su voluntad siempre enamorada de lo lícito, y siempre obediente á lo mejor. Por esto las impresiones revoltosas fueron en su ánimo forasteras, é inducidas de Casio y de sus amigos, que poniendo nombre de celo á su venganza, se la presentaron decente, y se la persuadieron por leal.

Discurso que hace Marco Bruto al pueblo despues del asesinato de César.

Ciudadanos de Roma: las guerras civiles, de compañeros de Julio César os hicieron vasallos, y esta mano de vasallos os volvió compañeros. La libertad que os dió Junio Bruto contra

ino, os da Marco Bruto contra Julio César: de este beneficio aguardo vuestro agradecimiento, sino vuestra aprobacion. nca fuí enemigo de César, sino de sus designios; antes tan ecido, que en haberle muerto, fuera el peor de los ingratos, hubiera sido el mejor de los leales. No han sido sabedores i intencion, la envidia ni la venganza. Confieso que César, u valentía, por su sangre, y su eminencia en la arte militar las letras, mereció que le diese vuestra liberalidad los mapuestos; mas tambien afirmo que mereció la muerte porliso, antes tomarlos con el poder de darlos; que merecerlos: sto no le hemos muerto sin lágrimas. Yo lloré lo que él en sí que fué la lealtad á vosotros, y la obediencia á los s. Pompeyo dió la muerte á mi padre; y aborreciéndole á homicida suyo, luego que contra Julio en defensa de os tomó las armas, milité en sus ejércitos, y en Farsalia rdí con él. Llamóme con suma benignidad César; prefiome en las honras y beneficios á todos. He querido traetos dos sucesos á la memoria, para que veais que, ni en ayo me apartó de vuestro servicio mi agravio, ni en Cé le grangearon contra vosotros las caricias y favores. Mu-Pompeyo por vuestra desdicha; vivió César por vuestra ; matéle yo por vuestra libertad. Si esto juzgais por delito. anidad lo confieso; si por beneficio, con humildad os lo ngo. No temo el morir por mi patria: que primero decreté uerte que la de César. Juntos estais y yo en vuestro poder: se juzgare indigno de la libertad que le doy, arrójome su , que á mi me será doblada gloria morir por haber muertirano. Y si os provocan á compasion las heridas de César, ed todas vuestras parentelas, y vereis cómo por él habeis ado vuestros linages; y los padres con la sangre de los hilos hijos con la de sus padres, habeis manchado las cam- y calentado los puñales. Este que no pude estorbar, y ré defender, he castigado. Si me haceis cargo de la vida de ombre, yo os le hago de la muerte de un tirano. Ciudadaí merezco pena, no me la perdoneis; si premio, yo os le no.

a este discurso uno de los mas bellos y mas limados que alido de la pluma de Quevedo, se nota sin embargo la cion y el abuso de compasados antítesis. Pasando ahora á critos festivos, insertaremos el siguiente, de las *Zahurdas de* n pasage en que describe dos caminos, el uno de la virtud y o del vicio.

lléme en un lugar favorecido de naturaleza, por el sosiego le, donde sin malicia la hermosura entretenia la vista (mucreacion), y sin respuesta humana platicaban las fuentes las guijas, y los árboles por las hojas; tal vez cantaba el

pájaro, ni sé determinadamente si á competencia, ó agradeciéndoles su armonía. Ved cual es de peregrino nuestro deseo, que no halló paz en nada de esto. Tendí los ojos codiciosos de ver algun camino por buscar compañía: y veo (cosa digna de admiracion) dos sendas que nacian de un mismo lugar, y una se iba apartando de la otra como que huyesen de acompañarse.

Era la de mano derecha tan angosta, que no admite encarecimiento, y estaba de la poca gente que por ella iba, llena de abrojos y asperezas y malos pasos. Con todo ví algunos que trabajaban en pasarla; pero, por ir descalzos y desnudos, se iban dejando en el camino, unos el pellejo, otros los brazos, otros las cabezas, otros los piés, y todos iban amarillos y flacos. Pero noté que ninguno de los que iban por aquí, miraba atrás, sino todos adelante: decir que puede ir alguno á caballo es cosa de risa. Uno de los que allí estaban, preguntándole si podria yo caminar aquel desierto á caballo, me dijo: déjese de caballerías, y caiga de su asno, y miré con todo eso; y no ví huella de bestia alguna. Y es cosa de admirar, que no habia señal de rueda de coche, ni memoria apenas de que hubiese nadie caminado en él por allí jamás.

Pregunté, espantado de esto á un mendigo que estaba descansando, y tomando aliento ¿si acaso habia ventanas en aquel camino, ó mesones en los paradores? Respondióme: ¡venta, aquí, señor, ni meson, ¿cómo quereis que le haya en este camino, si es el de la virtud? Quedáos con Dios que en este camino es perder tiempo el pararse uno, y peligroso el responder á quien pregunta por curiosidad, y no por provecho... Dí un paso atrás, y salime del camino del bien, que jamás quise retirarme de la virtud que tuviese mucho que desandar, ni que descansar!

Volví á la mano izquierda, y ví un acompañamiento tan reverendo, tanto coche, tanta carroza cargada de competencias al sol en humanas hermosuras, y gran cantidad de galas y libreas, lindos caballos, mucha gente de capa negra, y muchos caballeros. Yo que siempre oí decir: dime con quien andas te diré quien eres; por ir con buena compañía, puse el pié en el umbral del camino, y sin sentirlo me hallé resbalado en medio de él, como el que se desliza por el hielo, y topé con lo que habia menester, porque aquí todos eran bailes, y fiestas, y juegos, y saráos; y no el otro camino, que por falta de sastres, iban en él desnudos y rotos, cuando aquí nos sobraban mercaderes, joyeros, y todos oficios... Animóme para proseguir en el camino, el ver, no solo que iban muchos por él, sino la alegría que llevaban, y que del otro se pasaban algunos al nuestro, y del nuestro al otro, por sendas secretas.

Y siguiendo despues Quevedo con la descripcion de lo que [illegible] aquel camino y en el infierno adonde iba á pasar, dice:

Ciudad.

Cé tambien las *mugeres* al infierno tras el dinero de los hombres tras ellas y su dinero, tropezando unos con

tiempo. Vi una muger que iba á pié; y espantado de que muger se fuese al infierno sin silla ó coche, busqué un escribano que diese fé de ello.

Fui entrando poco á poco entre unos *sastres* que se me llegaron, que iban medrosos de los diablos. Con la primera entrada hallamos siete demonios escribiendo los que íbamos entrando. Preguntáronme mi nombre: dígele y pasé. Llegaron á mis compañeros, y dijeron eran *remendones*, y dijo un diablo: deben entender los remendones en el mundo que no se hizo el infierno sino para ellos, segun se vienen por acá. Por curiosidad me llegué á un diablo de marca mayor y le pregunté ¿de qué estaba corcobado y cojo? Y me dijo (que era diablo de pocas palabras: yo era recuerdo de remendones, iba por ellos al mundo, y de traerlos á cuestas me hice corcobado y cojo: he dado en la cuenta, y hallo que se vienen ellos mucho mas á prisa que yo los puedo traer, etc, etc. etc.

Citaremos por fin, las dos siguientes cartas del *Caballero de la Tenaza*.

Primera. Cuanto mas me pide V., mas me enamora, y menos la doy. Miren donde fue á hallar que pedir: pasteles hechizos. Que aunque á mí me es fácil enviar los pasteles, y á V. hacer los hechizos, he querido suspenderlo por ahora. V. muerda de otro enamorado: que para mí, peor es verme comido de mugeres que de gusanos; porque V. come los vivos, y ellos los muertos. A Dios, hija: hoy dia de ayuno: de ninguna parte, porque los que no envian no estan en ninguna parte, solo estan en su juicio.

Segunda. Doscientos reales me envia V. á pedir sobre prendas para una necesidad; y aunque me los pidiera para dos, fuera lo mismo. Bien mio, y mi señora: mi dinero se halla mejor debajo de llave que sobre prendas, que es muy humilde, y no es nada altanero, ni amigo de andar sobre nada: que como es de materia grave y no leve su natural inclinacion es bajar y no subir. V. me crea que no soy hombre de prendas, y que estoy arrepentido de lo que he dado sobre V. Si V. da en pedir, yo daré en no dar, y con tanto daremos todos. Guarde Dios á V., y á mí de V.

Superior á Quevedo como escritor político y como diplomático, mas feliz en su vida pública que Antonio Perez, fue *don Diego de Saavedra Fajardo*. Nació este célebre escritor en Algezares, lugar del reino de Murcia, en 6 de mayo de 1584, de muy noble familia. Estudió en Salamanca, y condecorado muy jóven todavía con el hábito de Santiago, comenzó su carrera eclesiástica y política al mismo tiempo, pasando á Roma á fines del año de 1606 en calidad de familiar y secretario de la cifra del cardenal don Gaspar de Borja, embajador de España en

pájaro, ni sé determinadamente si á competencia, ó agradeciéndoles su armonía. Ved cual es de peregrino nuestro deseo, que no halló paz en nada de esto. Tendí los ojos codiciosos de ver algun camino por buscar compañía: y veo (cosa digna de admiracion) dos sendas que nacian de un mismo lugar, y una seña apartando de la otra como que huyesen de acompañarse.

Era la de mano derecha tan angosta, que no admite encarecimiento, y estaba de la poca gente que por ella iba, llena de abrojos y asperezas y malos pasos. Con todo vi algunos que trabajaban en pasarla; pero, por ir descalzos y desnudos, se iban dejando en el camino, unos el pellejo, otros los brazos, otros las cabezas, otros los piés, y todos iban amarillos y flacos. Pero noté que ninguno de los que iban por aquí, miraba atrás, sino todos adelante: decir que puede ir alguno á caballo es cosa de risa. Uno de los que allí estaban, preguntándole si podria yo caminar aquel desierto á caballo, me dijo: déjese de caballerías, y caiga de su asno, y miré con todo eso; y no ví huella de bestia alguna. Y es cosa de admirar, que no habia señal de rueda de coche, ni memoria apenas de que hubiese nadie caminado en él por allí jamás.

Pregunté, espantado de esto á un mendigo que estaba descansando, y tomando aliento ¿si acaso habia ventajas en aquel camino, de mesones en los paradores? Respondióme: venta aquí, señor; ni meson, ¿cómo quereis que le haya en este camino, si es el de la virtud? Quedáos con Dios que en este camino es perder tiempo el pararse uno, y peligroso el responder á quien pregunta por curiosidad, y no por provecho... Dí un paso atrás, y salime del camino del bien, que jamás quise retirarme de la virtud que tuviese mucho que desandar, ni que descansar!

Volví á la mano izquierda, y ví un acompañamiento tan reverendo, tanto coche, tanta carroza cargada de competentes al sol en humanas hermosuras, y gran cantidad de galas y libreas, lindos caballos, mucha gente de capa negra, y muchos caballeros. Yo que siempre oí decir: dime con quien andas te diré quien eres, por ir con buena compañía, puse el pié en el umbral del camino, y sin sentirlo me hallé resbalado en medio de él, como el que se desliza por el hielo, y topé con lo que habia menester, porque aquí todos eran bailes, y fiestas, y juegos, y saraos; y no el otro camino, que por falta de sustres, iban en él desnudos y rotos, cuando aquí nos sobraban mercaderes, joyeros, y todos oficios. Animóme para proseguir en el camino, el ver, no solo que iban muchos por él, sino la alegría que llevaban, y que del otro se pasaban algunos al nuestro, y del nuestro al otro, por sendas secretas.

Y siguiendo despues Quevedo con la descripcion de lo que vió en aquel camino, y en el infierno adonde iba á pasar, dice:

Iban tambien las *mugeres* al infierno tras el dinero de los hombres, y los hombres tras ellas y su dinero, tropezando unos con

tros. Vi una muger que iba á pié; y espantado de que muger se fuese al infierno sin silla ó coche, busqué un escribano que diese fé de ello.

Fui entrando poco á poco entre unos *sastres* que se me llegaron, que iban medrosos de los diablos. Con la primera entrada hallamos siete demonios escribiendo los que íbamos entrando. Preguntáronme mi nombre: dígele y pasé. Llegaron á mis compañeros, y dijeron eran *remendones*; y dijo un diablo: deben entender los remendones en el mundo que no se hizo el infierno sino para ellos, segun se vienen por acá... Por curiosidad me llegué á un diablo de marca mayor y le pregunté ¿de qué estaba corcobado y cojo? Y me dijo (que era diablo de pocas palabras: yo era recuerdo de remendones, iba por ellos al mundo, y de traerlos á cuestas me hice corcobado y cojo: he dado en la cuenta, y hallo que se vienen ellos mucho mas á prisa que yo los puedo traer, etc, etc. etc.

Citaremos por fin, las dos siguientes cartas del *Caballero de la Tenaza*.

Primera. Cuanto mas me pide V., mas me enamora, y menos la doy. Miren donde fue á hallar que pedir pasteles hechizos. Que aunque á mí me es fácil enviar los pasteles, y á V. hacer los hechizos, he querido suspenderlo por ahora. V. muerda de otro enamorado: que para mí, peor es verme comido de mugeres que de gusanos; porque V. come los vivos, y ellos los muertos. A Dios, hija: hoy dia de ayuno: de ninguna parte, porque los que no envian no estan en ninguna parte, solo estan en su juicio.

Segunda. Doscientos reales me envia V. á pedir sobre prendas para una necesidad; y aunque me los pidiera para dos, fuera lo mismo. Bien mio, y mi señora: mi dinero se halla mejor debajo de llave que sobre prendas, que es muy humilde, y no es nada altanero, ni amigo de andar sobre nada: que como es de materia grave y no leve, su natural inclinacion es bajar y no subir. V. me crea que no soy hombre de prendas, y que estoy arrepentido de lo que he dado sobre V. Si V. da en pedir, yo daré en no dar, y con tanto daremos todos. Guarde Dios á V., y á mí de V.

Superior á Quevedo como escritor político y como diplomático, mas feliz en su vida pública que Antonio Perez, fue *don Diego de Saavedra Fajardo*. Nació este célebre escritor en Algezares, lugar del reino de Murcia, en 6 de mayo de 1584, de muy noble familia. Estudió en Salamanca, y condecorado muy jóven todavía con el hábito de Santiago, comenzó su carrera eclesiástica y política al mismo tiempo, pasando á Roma á fines del año de 1606 en calidad de familiar y secretario de la cifra del cardenal don Gaspar de Borja, embajador de España en

aquella corte. Cuarenta años vivió fuera de España, ocupado siempre en asuntos diplomáticos, así en Italia como en Suecia y Alemania, y siendo ministro de España en varias córtes. Aunque obtuvo una canongía en la Iglesia de Santiago, se mantuvo en la simple tonsura de clerical6, sin recibir otras órdenes sagradas: fue consejero de Indias, despues camarista del mismo, é introductor de Embajadores; y murió en 24 de Agosto de 1648, en su retiro del convento de PP. Recoletos Agustinos de Madrid, donde fué enterrado, y descansaban sus huesos, hasta que suprimido aquel convento, por extraña casualidad, su calavera limpia y hermosa, sirvió sin saberse de quien era, para coronar los túmulos de los entierros.

A pesar de sus faenas diplomáticas, halló tiempo Saavedra para entregarse á sérios y profundos estudios y á la composicion de obras que le han dado eterna fama. Estas obras son: las *Empresas políticas* ó *idea de un príncipe cristiano*, *La República literaria*, y *La Corona gótica*. La primera es la mas célebre de todas: se reduce á una série de alegorías, representadas primero por medio de una empresa ó dibujo simbólico, y seguidas cada cual de su correspondiente discurso ó tratado acerca de las virtudes y cualidades que deben resplandecer en el príncipe perfecto. Toda la historia antigua y moderna está apurada en este libro, para presentar ejemplos y modelos de tales virtudes, y no hay escritor sagrado ni profano de que no saque el autor sentencias ó consejos para dilucidar ó corroborar la doctrina que vierte, reducida mas bien á máximas para la práctica que á teorías sobre la organizacion de los Estados. Esta obra es un dechado perfecto de como se trataban en aquel tiempo las materias políticas. La *República literaria* es una obrita, en la cual bajo la alegoría de un sueño, hace el juicio y crítica de varios escritos y sus autores, uniendo á una invencion ingeniosa, elegancia en la diccion y armonía en la frase. La *Corona gótica*, que debió ser la obra mas grande de su autor, es la que goza de menos crédito, porque escrita con precipitacion, no tuvo tiempo de llevarla á cabo, y fué seguida por otro.

Gran variedad de pareceres existe sobre el estilo de este autor, alabado con exceso por unos, y criticado por otros. Lo cierto es que conoció y manejó su lengua con suma maestría, que sus pensamientos son grandes y no pocas veces profundos, que su diccion es pura y esmerada, y sus frases por lo general rotundas y magestuosas; añadiéndose á esto, severidad, energía y concision, en la cual imita á los mas célebres escritores latinos. Con todo, su estilo peca por afectado y por llevar al extremo estas mismas cualidades: no usa de los periodos largos y de encadenados miembros que tan naturales son á nuestra lengua, sino que

rocede por frases cortas, esmerándose en dar á cada una un giro notable y una expresión, por decirlo así, epigramática, de lo que resulta un lacónismo afectado y no pocas veces oscuro. A pesar de este lacónismo en la frase, existen pensamientos repetidos ó explanados en demasía, con el correspondiente acompañamiento de símiles y comparaciones en que no hay objeto de la naturaleza ó de las artes que no salga á relucir; y esta redundancia unida á la marcha acompasada y monótona del lenguage, engendra langudez y cansancio en la lectura. Con todos estos defectos, Saavedra será siempre, sin embargo, uno de nuestros buenos hablistas y de los que más conviene estudiar para conocer todos los recursos de la lengua.

Muchos bellos pasages pudiéramos presentar de este autor; pero lo estrecho de los límites en que nos vemos encerrados, nos obliga á contentarnos con el siguiente, en que pinta el carácter de Fernando el Católico.

"En el glorioso reinado de Fernando, se ejercitaron todas las artes de la paz y de la guerra, y se vieron los accidentes de ambas fortunas, próspera y adversa. Las niñeces de este gran rey fueron adultas y varoniles: lo que en él no pudo perficionar el arte y el estudio, perficionó la experiencia, empleada su juventud en los ejercicios militares. Fué señor de sus afectos, gobernándose más por dictámenes políticos que por inclinaciones naturales. Reconoció Dios su grandeza y la gloria de las acciones propias, no de las heredadas. Tuvo el reinar mas por oficio que por sucesion. Sosegó su corona con la celeridad y la presencia; levantó la monarquía con el valor y la prudencia; la firmó con la religion y la justicia; la conservó con el amor y el respeto; la adornó con las artes; la enriqueció con la cultura y el comercio: y la dejó perpétua con fundamentos y institutos verdaderamente políticos. Fué tan rey de su palacio como de sus reinos, y tan económo en él como en ellos. Mezcló la liberalidad con la parsimonia, la benignidad con el respeto, la modestia con la gravedad, y la clemencia con la justicia. Amenazó con el castigo de pocos á muchos; y con el premio de algunos, cebó las esperanzas de todos. Perdonó las ofensas hechas á la persona, pero no á la dignidad real: vengó como propias las injurias de sus vasallos, siendo padre de ellos. Antes aventuró el estado que el decoro. Ni le insoberbeció la fortuna próspera, ni le humilló la adversa. Sirvióse del tiempo, no el tiempo de él; obedeció á la necesidad, y se valió de ella reduciéndola á su conveniencia. Se hizo amar y temer. No se fiaba de sus enemigos, se recataba de sus amigos. Su amistad era conveniencia, su parentesco razon de estado, su confianza cuidadosa, su difidencia advertida, su cautela conocimiento, su recelo circunspeccion, su malicia defensa, y su disimulacion reparo. Ni á su magestad se atrevió la mentira, ni á su conocimiento propio la lisonja. Se valió sin valimiento de sus ministros; de estos se dejaba aconsejar, pero no gobernar. Lo que

pudo obrar por sí no fiaba á otros, Consultaba despacio y ejecutaba de prisa: en sus resoluciones antes se veian los efectos que las causas. Impuso tributos para la necesidad, no para la codicia ó el lujo. No tuvo corte fija, jirando como el sol por los orbes de sus reinos. Trató la paz con la templanza y entereza, y la guerra con la fuerza y la astucia. Lo que ocupó el pié mantuvo el brazo y el ingenio, quedando mas poderoso con los despojos. Tanto obraban sus negociaciones como sus armas: lo que pudo vencer con el arte no remitió á la espada. Ponia en esta la ostentacion de su grandeza, y su gala en lo feroz de sus escuadrones. Obraba lo mismo que ordenaba, y se confederaba para quedar árbitro, no sujeto. Ni victorioso se ensoberbeció, ni desesperó vencido. Firmó las paces debajo del escudo. Vivió para todos, y murió para sí.

Este retrato, á pesar de su hermosura, presenta tal simetría en los periodos, tal acompasamiento en la construccion de la frase, tal aficion á los equívocos, que todo prueba poca pureza en el gusto; y si se compara este estilo con el de los contemporáneos de Saavedra, se verá que ya andaba nuestra literatura de caida, si bien él no se dejó arrastrar tanto como otros de los resabios que la afeaban. Con efecto, aquella era la época de los cultos y conceptistas; y un autor de grande ingenio, pero que se lanzó á pecho descubierto en tan extraviada senda, no solo dió pábulo á la corrupcion con su ejemplo, sino que hasta pretendió reducirla á reglas, dando una especie de poética de aquel gusto depravado. Este fué *Baltasar Gracian*, harto célebre en su tiempo, totalmente despreciado ahora: pero que no merecia ni aquella honra ni este desprecio.

Nació Gracian en Calatayud; pero se ignoran las circunstancias de su vida, sabiéndose solo que fué religioso de la compañía de Jesus, rector del colegio de Tarragona, y que trasladado al de Tarazona, murió en esta ciudad en 1658, no habiéndose averiguado el año de su nacimiento. Aunque por razon de su estado, publicó sus escritos con el nombre de su hermano Lorenzo, que es el que lleva la coleccion de sus obras, á nadie pudo engañar este disfraz, y notorio fué siempre á todos el autor verdadero.

Hemos dicho que Gracian trató de reducir á reglas el mal gusto; y con efecto, tal fué el objeto de su *Agudeza y arte de ingenio*, en que clasificó en géneros, especies y diferencias el estilo remontado, altisonante y enigmático que acreditó Góngora, que adoptaron todos sus imitadores, y que llegó á dominar en una época en que se graduaba el mérito de las obras por la dificultad de comprenderlas. Ilé aquí como vituperando el lenguage fácil y natural, aconseja el amontonamiento de símiles y conceptos alambicados.

Conténtanse algunos con sola el alma de la agudeza, sin atender á la bizarría del esprimirla; antes tienen por felicidad la facilidad del decir. No fué paradoja sino ignorancia, condenar todo concepto; ni fué Aristarco, sino mónstruo, el que satirizó la agudeza, antípoda del ingenio cuya mente debia ser el desierto del discurso. Son los conceptos vida del estilo, espíritu del decir, y tanto tienen de perfeccion cuanto de sutileza; mas cuando se junta lo realzado del estilo y lo remontado del concepto, hacen la obra cabal. Háse de procurar que las proposiciones hermoseen el estilo, los reparos lo aviven, los misterios le hagan preñado, las ponderaciones profundo, los encarecimientos salido, las alusiones disimulado, los empeños picante, las transmutaciones sutil: las ironías le den sal, las crísis hiel, las paranomasias donaire, las sentencias gravedad, las semejanzas lo fecunden, y las paridades lo realzen.

En vista de esta doctrina, se puede colegir lo que serian los escritos del maestro que tales preceptos daba; y en efecto, es imposible llevar el delirio mas allá de lo que le sucede á Gracian en el *Oráculo*, *Manual* y *arte de prudencia*, donde cada frase es un enigma que hace sudar al lector; y en el *Héroe*, rebutido de metáforas violentas, sutilezas tenebrosas, antítesis y retruécanos ridículos tales que es preciso ser un verdadero héroe para concluir su lectura. Sin embargo, este autor estaba dotado de verdadero talento, de gracia sin igual y de imaginacion risueña. Su *Criticon* es en la mayor parte, y salvo los defectos que siempre le deslucen, una obra digna de aprecio por lo ingenioso de la invencion, lo agradable de los sucesos y aventuras que refiere y por la amenidad del estilo. Tiene este libro por objeto pintar al hombre en sus tres edades de la adolescencia, virilidad y vejez; formando en su todo una composicion satírico-moral, que agrada y entretiene en sumo grado. Sirvan de ejemplo los siguientes pasages, en que describe como Egenio fué conduciendo á los dos camaradas Critilo y Andrenio en la gran feria del mundo.

Comenzaron á discurrir por aquellas ricas tiendas de la mano derecha. Leyeron un letrero que decia: *Aquí se vende lo mejor y lo peor*. Entraron dentro, y hallaron se vendian lenguas para callar las mejores para morderselas, y que se pegaban al paladar.

Un poco mas adelante estaba un hombre señalando que callasen, tan lejos de pregonar su mercadería. ¿Qué vende este? dijo Andrenio. Y él al punto le puso el dedo en boca. Pues de este modo, ¿cómo sabremos lo que vendes? Sin duda, dijo Egenio, que vende el callar. Mercaderia es bien rara y bien importante, dijo Critilo: yo creí que se habia acabado en el mundo. Esta la deben traer de Venecia, especialmente el secreto, que acá no se coge. ¿Y quién le gasta? Esto, estáse dicho, respondió Andrenio, los anacoretas, los monges, porque ellos saben lo que vale y aprovecha.

Pues yo creo, dijo Critilo, que los mas que lo usan no son los buenos, sino los malos; los deshonestos callan, los adúlteros disimulan, los asesinos punto en boca, los ladrones entran con zapatos de fieltro; y así todos los malhechores. Ni aun esos, replicó Egenio: que está ya el mundo tan rematado, que los que habian de callar, hablan mas, y hacen gala de sus ruindades. Vereis el otro, que funda su caballería en bellaquería, que no le agrada la torpeza sino es descarada; el acuchillador se precia de que sus valentías den en rostro; el lindo que se hable de sus cabellos; la otra, que se descuida de sus obligaciones y solo cuida de su cara, placea las galas cuando mas la descomponen; el mal ladron pretende cruz; el otro pide el título, que sea el sobrescrito de sus bajezas; de este modo todos los ruines son los mas ruidosos.

Pues, señores, ¿quién compra? El que apaña piedras, el que hace y no dice, el que hace su negocio, y Harpócrates á quien nadie reprende. Sepamos el precio, dijo Critilo, que querria comprar cantidad; que no sé si lo hallaremos en otra parte. El precio del silencio, les respondieron, es silencio tambien. ¿Cómo puede ser eso, si lo que se vende es callar? ¿la paga cómo ha de ser callar? Muy bien: que buen callar se paga con otro; este calla porque aquel calle, y todos dicen callar y callemos...

Gritaba otro; dáos prisa á comprar, que mientras mas tardeis mas perdereis, y no podreis recuperarlo por ningun precio: este redimia tiempo. Aquí, decia otro, se da de valde lo que vale mucho. ¿Y qué es? El escarmiento. Gran cosa!..... y ¿qué cuesta? Los necios le compran á su costa; los sábios á la agena. ¿Dónde se vende la amistad? preguntó Andronio. Esa, señor, no se compra, aunque muchos la venden...

Aquí hoy no se fia, decia otro, ni aun del mayor amigo, porque mañana será enemigo; ni se porfía, decia otro, y aquí entraron poquísimos valencianos, como ni en las del secreto...

Pregonaba uno: aquí se venden esposas. Llegaban unos y otros preguntando ¿si eran de hierro ó mugeres? Todo es uno, que todas son prisiones. ¿Y el precio? de valde, y aun menos. ¿Cómo puede ser menos? Si, pues se paga porque las lleven. Sospechosa mercadería, mugeres y pregonadas, ponderó uno: esa no llevaré yo: la muger ni vista ni cocida. Pero tambien será desconocida. Llegó uno y pidió la mas hermosa: diéronsela á precio de gran dolor de cabeza; y añadió el casamentero: el primer dia os parecerá bien á vos, todos los demás á los otros. Escarmentado otro, pidió la mas fea: vos la pagareis con un contínuo enfado. Convidábanle á un mozo á que tomase esposa; respondió: aun es temprano; y un viejo: ya es tarde.

A los cuatro escritores que van mencionados en este capítulo, solo añadiremos uno de entre los muchos que, inferiores á ellos, gozaron de menor nombradía. Este es *don Juan de Zabalela*, que nació en la córte, á principios del siglo XVII, aunque se ignora en qué año. De las muchas obras que escribió, así en verso como

en prosa, la mas notable es la del *Dia de fiesta*, que contiene cuadros de costumbres de aquel tiempo á la manera de los que hoy dia ha publicado el *Curioso Parlante*. Por esta razon es muy curiosa su lectura; no dejan de tener chistes, y el lenguage es bastante natural; pero sus pinturas están recargadas de reflexiones morales, que las hacen algo cansadas. Hé aquí cómo empieza la del galan, descargándola de muchas de esas reflexiones.

Despierta el galan el dia de fiesta, á las nueve del dia, atado el cabello atrás con una colonia. Pide ropa limpia, y dánsela limpia y perfumada. Dícele á un criado que le dé de vestir, que otro vaya á llamar al barbero y al zapatero. Pónele un jubon cubierto de oro, porque es constitucion de la gala cuidar mas del adorno interior que del exterior... Cálzase luego, y pónese unas medias de pelo tan sutiles, que despues de habérselas puesto con grande cuidado, es menester cuidado grande para ver si las tiene puestas. Yo pienso que ha de llegar tiempo en que hasta las medias las hagan hechiceras, porque las puedan hacer invisibles..... Ajústase las medias á las piernas con unos ataderos tan apretados, que no parece que aprietan, sino que cortan. Garrotes suelen dar á los que están sin sentidos; muy sin sentidos está quien no vuelve en sí con estos garrotes... Entra el zapatero oliendo á cansado. Saca de las hormas los zapatos, con tanta dificultad como si desollára las hormas. Siéntase en una silla el galan; hincase el zapatero de rodillas, apodérase de una pierna con tantos tirones y desagrados, como si le enviáran á que le diera tormento... Entra el barbero dando priesa desde que entra; pide lumbre para los hierros, y dice que pongan el escalfador á la lumbre. Siéntase el galan en una silla, y en sentándose pierde el dominio de su cuerpo, porque no se puede menear sino hácia donde el barbero le manda. Pónele un peinador muy plegado, que es lo mismo que ponerle unas enaguas por el cuello, etc., etc., etc.

CAPITULO III.

Escritores sagrados. Avila, Granada.

Siendo tan religiosa la nacion española, y hallándose este sentimiento en su mayor fuerza por los siglos que examinamos, es de suponer que abundarian los escritores sobre materias sagradas. Así fué, y difícil seria contar el número de predicadores que hubo y de obras religiosas que se publicaron; pero desgraciadamente el talento y el buen gusto no acompañaban siempre al fervor piadoso, y la mayor parte de tales escritos son insufribles á la leo-

tura, ó no sirven sino para aquellos que, prescindiendo de los adornos de la elocuencia, buscan solo erudicion y doctrina. Aun fué peor todavía, cuando acreditado el culteranismo, se apoderó tambien del púlpito: entónces la cátedra del Señor se convirtió en un palenque de desatinos: cada predicador fué un verdadero delirante, y los templos se vieron profanados por un lenguage indecoroso, lleno de conceptillos, de equívocos, de retruécanos, groseros hasta de insolencias, y de expresiones bajas y chavacanas; género de que fué el mas célebre campeon el *P. Hortensio Paravicino*. A tanto llegó este depravado gusto, y tal se arraigó en los predicadores, que hubo precision de que en el siglo pasado uno de nuestros buenos escritores, el P. Isla, se armase en su *Fray Gerundio de Campazas* del azote de la sátira, para desterrar un abuso que tenia ya escandalizada á toda persona ilustrada y á las almas verdaderamente piadosas.

Sin embargo, como en la iglesia han existido siempre varones doctos y elocuentes, la oratoria sagrada ha producido tambien obras dignas de ellos y del santo objeto que tenian. Verdad es que estas obras, sobre todo, las destinadas al púlpito, no ofrecen por lo regular en su conjunto, aquella belleza de formas, aquel esmero de composicion, aquel arte que se admira en algunos sermones extrangeros, particularmente en los franceses de la buena época de Luis XIV. Nuestros oradores sagrados no tenian las pretensiones que impulsaban á Bossuet, Flechier y Masillon, á esmerarse en sus oraciones fúnebres, á limarlas, gastando en su composicion tal vez meses enteros: no trataban de dar á luz dechados perfectos de elocuencia: sino que entregados al solo cuidado de su ministerio, que era sembrar buena doctrina y difundir la palabra de Dios cual ellos mismos la sentian resonar en el fondo de sus piadosos corazones, pedian los rasgos de su elocuencia á la inspiracion mas bien que al estudio, y hablaban con uncion, con fervor, si bien bartas veces con desórden y desaliño. Meditados sus discursos mas bien que compuestos, ó los improvisaban en la cátedra sagrada, ó los arrojaban rápidamente sobre el papel, y dado caso que pusiesen algun esmero, era en la correccion de la frase, mas bien que en la bella disposicion del todo. Lo bueno que se encuentra en ellos es fruto de los estudios con que anteriormente habian cultivado su entendimiento, no del afanoso trabajo del momento. Llenos de sabia doctrina y de erudicion estensa, conocedores profundos de su lengua, acostumbrados á manejarla con maestría, animados de un espíritu altamente religioso, dotados de natural elocuencia, las bellezas que con profusion sembraban en sus discursos no les costaban esfuerzo alguno, y caian de su boca con la abundancia y facilidad con que un manantial de claras aguas las arroja sin tropiezo á la corriente.

Pero así como esta corriente, sino se le señalan límites y camino, inunda lastimosamente el campo, así aquellos raudales de elocuencia se aglomeraban confusamente y no producían, por falta de órden, de economía y de buena disposicion, un todo armónico, una composicion perfecta. En nuestros oradores sagrados resaltan, pues con mucha frecuencia rasgos bellísimos y de la más alta elocuencia: pero las obras en su totalidad no embelesan, no cautivan, no sorprenden, no dan la idea de un discurso completo en todas sus partes, como lo son las oraciones profanas de la antigüedad, ó los sermones de los predicadores franceses que hemos citado. No obstante, estas obras se deben estudiar, porque en algunas de ellas es donde el habla castellana despliega mas su gallardía, sonoridad y belleza, siendo en su mayor parte dechados perfectos de lenguage.

Ya á fines del reinado de Cárlos V, aparece un santo y piadoso predicador que llena toda España con la fama de su elocuencia, y que, por la parte del reino en que más comunmente ejereió su sagrado ministerio, fué llamado el *apóstol de Andalucía*. Este fué el *venerable maestro Juan de Avila*. Nacido en Almodóvar del Campo, en los primeros años del siglo XVI, de una familia honrada y rica, á los catorce años le envió su padre á Salamanca para estudiar la jurisprudencia; pero á poco tiempo de haber empezado esta carrera, se sintió con vocacion para la eclesiástica, se restituyó á su casa, y retirándose á un aposento apartado, empezó su áspera y penitente vida. Un religioso franciscano, maravillado de su extremada virtud en tan temprana edad, persuadió á su padre á que le enviase á la universidad de Alcalá, donde hizo sus estudios eclesiásticos, se ordenó de sacerdote, dedicándose desde aquel punto á la predicacion, despues de haber repartido entre los pobres la hacienda que heredó de sus padres. Jamás quiso admitir los beneficios eclesiásticos que le ofrecian, ni presentarse en la córte, á pesar de los deseos é instancias de los poderosos, movidos por la fama de sus virtudes y talentos. Fueron teatro de sus tareas evangélicas Sevilla, Córdoba, Granada y otros muchos pueblos de Andalucía; y de resultas de tan contínuo y eficaz trabajo, á la edad de cincuenta años comenzó á padecer penosas enfermedades que le tuvieron otros diez y siete con contínuos achaques y dolencias, casi siempre postrado en cama, pudiendo solo exhortar á las religiosas en sus monasterios; y dirigir cartas espirituales á varias personas para conducirlas por el camino de la virtud, teniendo fin su vida en Priego, año de 1569.

A pesar de lo mucho que predicó el M. Juan de Avila, sus sermones han quedado perdidos para nosotros, pues ninguno

dejó escrito. Todos fueron improvisados, siendo asombrosa su facilidad, hija, mas bien que del arte, de una vivísima imaginacion, y de su santo entusiasmo. Las obras que han quedado de él escritas son: El tratado de *Audi, filia, et vide*, etc., las *Cartas espirituales*, veintisiete tratados del Santísimo Sacramento, dos pláticas á los sacerdotes. De todas estas obras, la primera es donde resplandece la mayor gravedad del idioma castellano, y la mayor fuerza de la patética y elevada elocuencia del autor. Pero donde con mas eficacia campea la valentía, solidez y nervio de su decir, es en sus *Cartas*, las cuales fueron escritas sin ánimo de darlas á la imprenta: agenas por lo tanto de todo afeite y vano artificio, muestran la especial facilidad y presteza con que producia el autor sus pensamientos. Más deseoso de aprovechar que de pasar por fecundo escritor, no alucina ni embelesa con la brillantez de su estilo; pero deleita y satisface con la verdad, candor y fuego con que escribe. Por esta razon es frecuentemente desaliñado, demasiado sencillo á veces y familiar casi hasta rayar en lo bajo. Se repite mucho á menudo, tiene cláusulas duras, y adolece de languidez; pero á pesar de estos defectos, hijos de la precipitacion y del descuido, se le debe considerar como un génio creador en el idioma místico castellano que enriqueció con numerosas y enérgicas voces, y locuciones, á cuya melodía y magnificencia no estaban acostumbrados los oidos. He aquí como exhorta á huir los regalos de la carne, manifestando cuán peligroso enemigo es esta:

La carne habla regalos y delitos, unas veces claramente, y otras debajo de título de necesidad. Y la guerra de esta enemiga, allende de ser muy enojosa, es mas peligrosa, porque combate con deleites, que son armas mas fuertes que otras; lo cual parece que muchos han sido del deleite vencidos, que no lo fueron por dineros, ni honras, ni recios tormentos. Y no es maravilla, pues es su guerra tan escondida y tan á traicion, que es menester mucho aviso para se guardar de ella. ¿Quién creerá que debajo de blandos deleites viene escondida la muerte, y muerte eterna, siendo la muerte lo mas amargo que hay, y los deleites el mismo sabor? Copa de oro y ponzoña de dentro es el falso deleite, con el cual son embriagados los hombres que no miran sino la apariencia de fuera: traicion es de Joab, que abrazando á Masías lo mató; y de Júdas, que con falsa paz entregó á la muerte á su bendito maestro. Y cuanto la carne es á nos mas conjunta, tanto mas conviene temerla, pues el Señor dice, que los enemigos del hombre son los de su casa. Y quien quisiere salir vencedor de muchas y muy fuertes armas le conviene ir armado: porque la preciosa joya de la castidad no se da á todos, mas á los que con muchos sudores de importunas oraciones y de sanctos trabajos la alcanzan de nuestro Señor.

En una carta á una señora afligida, la consuela de este modo:

Mas querria reñir con vos que regalaros: por ventura, si naciades mas aina: como las mugeres que por ser tratadas de sus maridos un poco áspero, se hacen ellas fuertes, y para mucho. Vos andais porque os digan que Dios está bien con vos; y yo no os lo quisiera decir; y durmiérades en la cruz por cama, y comiérades en ella como en mesa, y morárades en ella á la continua, como en casa. Y así lo quiere el Señor cuando os esconde el amor que os tiene; y al cabo de vuestra vejez no lo entendeis; y estais mas tierna que una niña, y pedis leche al cabo de tantos años. ¿Qué habeis, sierva del Crucificado, que tanto os quejais? ¿Quién os asombra, que tanto temeis? ¿No sabeis que no suelta Cristo tan presto las ánimas que una vez toma? ¿No sabeis que, aunque es celoso para sus esposas, y las castiga por cosas, al parecer muy livianas, que por eso no las deja de amar? Antes porque las ama, y por no quitar de ellas su amor, por eso las castiga, y mientras mas castigadas, mayor prenda les dá de que no las desama; porque él dice que amenaza al ánima mala: *Yo quitaré mi celo de ti.*

Y si no sois castigada ¿de qué os quejais? Y si lo soís, ¿porqué os desmayais; pues que el serlo os habia de dar á entender que es celo de amor el que al Señor mueve á trataros así, y no ira de que mal quiere? Y si os parece que el castigo dura mucho, sufridlo por amor del que fué castigado sin culpa. Creo yo que todo ello, ó lo mas, vos misma lo habeis tomado por para ignorancia, temiendo no habia que temer; y vos misma pagais no culpa pasada que no la hubo, sino presente necedad que os atormenta. Y aunque dicen que el loco por la pena es cuerdo, vos no acabais de abrir los ojos á ver que no es todo eso sino sombra y fantasma que os quiere quitar vuestra paz, y que se os atreve el demonio á espantaros como á niña con máscaras feas, sin haber sino un leon lleno de paja. Sentios de aquesta afrenta, y tomad ánimo de persona armada del Rey celestial; y comenzad á ojear al demonio y á vuestra necedad, que han hecho nido en vuestra cabeza. Y sabed que el Señor tiene paz con vos; no tengais vos guerra con él. No se diga de vos lo que dijo Job del malo: que habiendo paz, sospecha que hay asechanza.

Amigo y discípulo de Juan de Avila fué el *Venerable P. Fray Luis de Granada*, príncipe de la elocuencia sagrada española. Nació el año de 1504 en la ciudad de Granada: con cuyo nombre quiso apellidarse cuando abrazó la vida religiosa, dejando el de *Sarria* que era el de su casa. Habiendo muerto su padre, quedó desamparado á la edad de cinco años; pero el conde de Tendilla le protegió costeándole sus primeros estudios. A los diez y nueve años entró en la órden de frailes predicadores, y fué á completar sus estudios á Valladolid, donde se hizo notar por

su virtud y saber. Enseñó despues en varias casas de su órden, y por último se dedicó á la predicacion, en la cual alcanzó una fama extraordinaria. Atraido por el infante de Portugal, cardenal don Enrique, se fijó en Evora, y luego en Lisboa, y aunque por dos veces le quisieron hacer obispo en aquel reino, él se negó constantemente á aceptar, retirándose por último al convento de Santo Domingo de la capital, donde admirado y celebrado de todos, visitado de los personages mas ilustres, pasó el resto de su vida en ejercicios piadosos, y en la composicion de varias obras, falleciendo el último dia del año de 1588.

Los principales escritos que ha dejado fray Luis de Granada son:

La Guia de Pecadores, obra llena de sublimidad en los pensamientos, de nervio y fuego en la expresion; y cuyo valor no se aprecia tal vez bastante por lo muy comun que se ha hecho.

Meditaciones para los siete dias y siete noches de la semana. Série de discursos oratorios los mas excelentes que de su género tenemos en nuestra lengua.

La introduccion al símbolo de la fé, llena de erudicion y sábia doctrina, y uno de los libros en que mas resplandece el habla castellana.

Trece sermones sobre las principales festividades de Jesucristo y de nuestra Señora. Aunque ninguno de ellos es un dechado perfecto, ofrecen pasages llenos de elocuencia y armonía.

El memorial de la vida cristiana, que escrito en su vejez, está lleno de uncion y santa doctrina.

Una *Retórica eclesiástica*, y otras muchas obras y sermones, en latin.

A pesar de lo mucho que predicó en su vida, tenemos la desgracia de que no todos sus sermones hayan llegado á nosotros, pues como los del M. Avila serian casi todos improvisados y nunca se escribieron.

Para dar una idea cabal de este grande orador, creemos lo mas acertado copiar aquí el juicio que hace de él don Antonio Capmani, juicio que es él mismo un bello trozo de elocuencia. Dice así:

«Como los escritos de este Venerable Padre son tan diversos, su estilo tambien se resiente de la materia que trata. De aquí viene que en unas partes se remonta, en otras se abate; en unas se inflama, en otras se enfria; en unas es vehemente, en otras tranquilo; en unas cerrado y nervioso, en otras difuso y lánguido; pero en todo fluido, numeroso, fácil y natural.

Como el autor escribió sus obras para el provecho espiritual de todas las clases y condiciones de personas; dispuso, asi el estilo como la materia, de modo que siendo uno, se acomodase á la capacidad y luces de todos. Por esto siempre en sus escritos resplandece, sobre todas las otras virtudes de la elocucion, la claridad, sencillez y propiedad: asi es que entre tantos y tan varios tratados no se halla una voz forastera, desusada, latinizada ni afectada: con lo que probó que la lengua española tenia ya entonces bastante riqueza en si misma, sin haber de mendigar las agenas. Fue singular fray Luis, sobre todo, en el escogimiento de los epitetos, con que realza poderosamente las cosas, y en la pureza y propiedad de la diccion.

«El V. Avila habia creado, por decirlo asi, un lenguage místico de robusto y subido estilo; y el V. Granada lo hermoseó, lo retocó con lumbres y matices, y le dió número, fluidez y grandiosidad en las cláusulas, sin ser hinchadas, afectadas ni afeminadas. Tuvo tambien la habilidad de ser grande con la espresion sencilla; y de ocultar el arte, no habiendo casi periodo que carezca de arte. Esto nacia de su facilidad; mas tambien esta facilidad le hizo verboso, y la verbosidad, redundante en muchas partes.

«A lo menos, la facilidad que poseia su incansable pluma de amplificar por todas las circunstancias imaginables un mismo pensamiento, fue ocasion de que cayese algunas veces en un estilo difuso, lánguido y uniforme: asi que me atrevo á decir, á no ser por la importancia de las materias que trata, y por el celo santo con que las esplica, seria necesario tener hambre de leer, ó necesidad de engañar el tiempo, para deleitarse en algunos lugares tegidos de frases monótonas y cargadas. Como fray Luis siempre fue pródigo de inagotable caudal de su doctrina y caridad, y le parecia que nunca acababa de imprimir en las almas las verdades eternas que predicaba, forzosamente habia de derramar en la oracion frases y palabras, que se repiten muy á menudo, ó se diferencian con muy poca variedad.

«De esta profusion y abundancia venia la desigualdad ó decaimiento de la fuerza y calor del estilo en algunos lugares: porque apurándose la materia, desfallece el brio y el interés; y los últimos pensamientos en algun modo amortiguados, han de enervar á los primeros. Entonces es menester recurrir á lugares comunes: á frases nuevas, mas no diferentes; á comparaciones y símiles, ya felices, ya triviales, y las mas veces no necesarios; á discursos y pruebas contrapuestas entre sí, en que el autor, haciendo la primera parte, tiene hecha la segunda; y el lector leida la una, tiene adivinada la otra; como el reverso de una moneda corriente. Cualquiera sabe que despues

de *hartura*, ha de venir *hambre*; despues de *pobreza*, *riqueza*: despues de *dulzura*, *amargura*, etc. De aquí vienen muchas frases descuidadas, frecuentes repeticiones, uniformidad de pensamientos y de periodos: y de todo esto nace una difusion y abundancia sin límites. En estas especies de oraciones, que á manera de rios de mansa corriente y de espaciosas revueltas, llevan un camino lento y pausado hasta su fin, conocido y previsto por la primera idea que ha de contrastar con la última; sucede que los lectores de viva y pronta imaginacion, que va de lejos ven, mas no alcanzan, el término donde ha de descansar la impaciencia de su deseo, sufren un género de molestia en la detenida lectura de las cláusulas graves y sosegadas, y llenas de grandes palabras, que les desconsuela y adormece. A la manera de lo que acontece á los viajantes por la Mancha llana, que padecen la pena de ver desde que salen de la posada el campanario del lugar á donde han de ir á hacer noche.

«Verdad es que fray Luis, como el principal autor ascético que se proponia en sus escritos hollar la vanidad mundana, y vencer la dureza y rebeldía del pecador, ó enardecer su tibieza en actos de amor de Dios, queria preparar el pasto espiritual para todas las clases y condiciones de hombres, á fin de que todos lo hallasen aderezado al sabor de su paladar y á la complexion de su estómago; y el provecho fuese de esta manera igual á todos. Yo no vengo aquí á juzgar el mérito de fray Luis en la elocuencia, cuando soy su admirador; solo he querido esplicar, en reverencia de su alta y grande opinion, la causa porque no es igual en muchas partes de sus escritos su excelente y magestuoso estilo.

«A pesar de estas imperfecciones (si tal nombre merecen), fue el venerable fray Luis colocado á la cabeza de los españoles elocuentes del siglo XVI, y como tal debe tambien venerarlo el presente. Es en la clase de los mistidos lo que el célebre Bossuet entre los oradores: un solo primor de estos grandes escritores, borra veinte defectos. Jamás autor alguno ascético ha hablado de Dios con tanta dignidad y alteza como Granada; quien parece descubre á sus lectores las entrañas de la divinidad, y la secreta profundidad de sus designios, y el insondable piélago de sus perfecciones. El Altísimo anda en sus discursos como anda en el universo, dando á todas sus partes vida y movimiento. Cuando se coloca entre Dios y el hombre, esto es, cuando pinta nuestra fragilidad y miseria en contraposicion de su omnipotencia y misericordia, cuando encarece su infinito amor, y nuestra ingratitud y rebeldía, es grande, es sublime, es incomparable. ¿Quién ha hablado con mas energía que él de las vanidades del

mundo, y de las amarguras del moribundo? ¿de la lealdad del pecado y de la hermosura de la virtud? ¿de la brevedad y miseria de esta vida mortal, y de los deleites eternos de la celestial bienaventuranza? Al paso que muestra la pompa de la lengua castellana, ¡cómo esfuerza el tono de la verdad y de sus profundos sentimientos! No sólo vemos un estilo claro, terso, lleno y numeroso; sino tambien locuciones de dulcísima elegancia, imágenes magníficas y sublimes, y una diccion siempre pura, casta y escogida. Su elocuencia es muy parecida á la de Crisóstomo; en ambos se advierte la misma facilidad, la misma claridad, y la misma riqueza y abundancia de expresiones.»

Para dar una muestra del estilo de este orador, pondremos el siguiente trozo sacado del *Símbolo de la fé*, en el cual declara cómo podemos de la contemplacion de las criaturas subir al conocimiento del Criador:

¡O altísimo y clementísimo Dios, Rey de los reyes, y Señor de los señores! ¡O eterna sabiduría del Padre, que asentada sobre los serafines, penetrais con la claridad de vuestra vista los abismos, y no hay cosa que no esté abierta y desnuda ante vuestros ojos! Vos, señor, tan sábio, tan poderoso, tan piadoso y tan grande amador de todo lo que criastes, y mucho mas del hombre que redimistes, al cual hicistes señor de todo; inclinad ágora esos clementísimos ojos, y abrid esos divinos oidos para oir los clamores de este pobre vilísimo pecador.

Señor Dios mio, ninguna cosa mas desea mi ánima que amaros, porque ninguna cosa hay á vos mas debida, ni á mi mas necesaria que este amor. Criásteme para que os amase, enseñásteme que aquí estaba el merecimiento, y la honestidad, y la virtud, y la suavidad, y la libertad, y la paz, y la felicidad, y finalmente todos los bienes: porque este amor es un breve sumario en que se encierra todo lo bueno que hay en la tierra, y mucha parte de lo que se espera en el cielo. Enseñásteme tambien, Salvador mio, que no os podia amar sino os conocia. Amamos naturalmente la bondad y la hermosura: amamos á nuestros padres y bienhechores: amamos á nuestros amigos, y aquellos con quien tenemos semejanza; y finalmente toda bondad y perfeccion es el blanco de nuestro amor. Este conocimiento se presupone, para que de él nazca el amor. Pues, ¿quién me dará que yo asi os conozca, y entienda como en vos solo estan todas las razones y causas de amor? ¿Quién mas bueno que vos? ¿quién mas padre y mas amigo, y mas largo bienhechor? Finalmente ¿quién es el esposo de nuestras ánimas, el puerto de nuestros deseos, el centro de nuestros corazones, el último fin de nuestra vida, y nuestra última felicidad, sino vos?

Pues qué haré, Dios mio, para alcanzar este conocimiento? ¿Cómo os conoceré, pues no puedo veros? ¿Cómo os podré mirar con ojos tan flacos siendo vos una luz inaccesible? Altísimo sois, señor; y muy alto ha de ser el que os ha de alcanzar. Quién me

dará alas como de paloma, para que pueda volar á vos? Pues qué hará quien no puede vivir sin amaros, y no puede amaros sin conoceros? Todo nuestro conocimiento nace de nuestros sentidos que son las puertas por donde las imágenes de las cosas entran en nuestras ánimas, mediante las cuales las conocemos. Vos, Señor, sois infinito: no podeis entrar por estos postigos tan estrechos; ni yo puedo formar imágen que tan alta cosa represente; pues, ¿cómo os conoceré? ¡O altísima subsistencia! ¡O nobilísima esencia! ¡O incomprensible magestad! ¿Quién os conocerá?

Todas las criaturas tienen finitas y limitadas sus naturalezas y virtudes, porque todas las criastes en número, peso y medida, y les hicistes sus rayas, y señalastes los límites de su jurisdiccion. Muy activo es el fuego en calentar, y el sol en alumbrar y mucho se estiende su virtud; mas todavía reconocen estas criaturas sus fines, y tienen términos que no pueden pasar. Por esta causa puede la vista de nuestra ánima llegar de cabo á cabo, y comprehenderlas, porque todas ellas están encerradas cada una dentro de su jurisdiccion. Mas vos, Señor, sois infinito: no hay cerco que os comprehenda: no hay entendimiento que pueda llegar hasta los últimos términos de vuestra substancia, porque no los teneis. Sois sobre todo género y sobre toda especie; y sobre toda naturaleza criada: porque así como no reconoceis superior, así no teneis jurisdiccion determinada. A todo el mundo, que criastes en tanta grandeza puede dar vuelta por el mar Océano un hombre mortal; porque aunque él sea muy grande, todavía es finita y limitada su grandeza. Mas á vos, gran mar Océano, ¿quién podrá rodear? Eterno sois en la duracion, infinito en la virtud, y supremo en la jurisdiccion. Ni vuestro ser comenzó en tiempo, ni se acaba en el mundo: sois ante todo tiempo, y mandais en el mundo, y fuera del mundo; porque llamais las cosas que no son como á las que son.

Pues siendo, como sois, tan grande, ¿quién os conocerá? ¿Quién conocerá la altura de vuestra naturaleza, pues no puede conocer la bajeza de la suya? Esta misma ánima con que vivimos, cuyos oficios y virtud cada hora experimentamos, no ha habido filósofo hasta hoy que haya podido conocer la manera de su esencia, por ser ella hecha á vuestra imágen y semejanza. Siendo, pues, tal nuestra rudeza, ¿cómo podrá llegar á conocer aquella soberana é incomprehensible substancia? Ciego soy y muy corto de vista para conoceros; mas por eso, ayudará la gracia donde falta la naturaleza. No hay otra sabiduría sino saber á vos; no hay otro descanso sino en vos: no hay otros deleites sino los que se reciben en mirar vuestra hermosura.

Ayúdanos tambien (para conoceros) la universalidad de las criaturas: las cuales nos dan voces que os amemos, y nos enseñan por qué os habemos de amar. Cá en la perfeccion de ellas resplandece vuestra hermosura, y en el uso y servicio de ellas el amor que nos teneis. Y así por todas partes nos incitan á que os amemos, así por lo que vos sois en vos, como por lo que sois para

nosotros. ¿Qué es, Señor, todo ese mundo visible, sino un espejo que pusisteis delante de nuestros ojos, para que en él contemplásemos vuestra hermosura? Porque es cierto, que así como en el cielo vos sereis espejo en que veamos las criaturas, así en este destierro ellas nos son espejo para que conozcamos á vos.

Pues segun esto, ¿qué es todo este mundo visible sino un grande y maravilloso libro, que vos, Señor, escribisteis y ofrecisteis á los ojos de todas las naciones del mundo, así de griegos como de bárbaros, así de sábios como de ignorantes, para que en él estudiasen todos, y conociesen quien vos érades? ¿Qué serán luego todas las criaturas de este mundo tan hermosas y tan acabadas, sino unas como letras quebradas é iluminadas que declaran bien el primor y sabiduría de su autor? ¿Qué serán todas estas criaturas, sino predicadores de su Hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadores de su gloria, despertadores de nuestra pereza, estímulos de nuestro amor, y condenadores de nuestra ingratitud? Y porque vuestras perfecciones, Señor, eran infinitas, y no podia haber una sola criatura que las representase todas, fué necesario criarse muchas; para que, así á pedazos, cada una por su parte nos declarase algo de ellas. De esta manera las criaturas hermosas predican vuestra hermosura, las fuertes vuestra fortaleza, las grandes vuestra grandeza, las artificiosas vuestra sabiduría, las resplandecientes vuestra claridad, las dulces vuestra suavidad, y las bien ordenadas y proveidas vuestra maravillosa providencia. ¡O testificado con tantos y tan fáciles testigos! ¡O abandono con tantos abandonadores! ¡O aprobado por la universidad, no de París ni de Atenas, sino de todas las criaturas! ¿Quién, Señor, no se fiará de vos con tantos abonos? ¿Quién no creerá á tantos testigos? ¿Quién no se delicitará de la música tan acordada de tantas y tan dulces voces, que por tantas diferencias de tonos nos predican la grandeza de vuestra gloria?

¿Por cierto, Señor, el que tales voces no oye, sordo es, y el que con tan maravillosos resplandores no os vé, ciego es; y el que vistas todas estas cosas, no os alaba, mudo es; y el que con tantos argumentos y testimonios de todas las criaturas no conoce la nobleza de su Criador, loco es. Paréceme, Señor, que todas estas faltas caben en nosotros, pues entre tantos testimonios de vuestra grandeza no os conocemos. ¿Qué hoja de árbol, qué flor del campo, qué gusanico hay tan pequeño, que si bien considerámos la fábrica de su cuerpezuelo, no viésemos en él grandes maravillas? ¿Qué criatura hay en este mundo, por muy baja que sea, que no sea una grande maravilla? ¿Pues cómo, andando por todas partes rodeados de tantas maravillas, no os conocemos? ¿cómo no os alabamos y predicamos? ¿cómo no tenemos corazon entendido para conocer al maestro por las obras; ni ojos claros para ver su perfeccion en sus hechuras; ni orejas abiertas para oir lo que nos dice por ellas? Hiere nuestros ojos el resplandor de vuestras criaturas; deleita nuestro entendimiento el artificio y hermosura de ellas; y es tan corto nuestro entendimiento, que

no sube un grado mas arriba para ver allí al Hacedor de aquella hermosura, y al dador de aquel deleite!

No permitais vos, clementísimo Salvador, tal ingratitud y ceguera, por vuestra infinita bondad, sino alumbrad mis ojos para que yo os vea; abrid mi boca para que os alabe; despertad mi corazon, para que en todas las criaturas os conozca y os ame, y os adore; y os dé las gracias que por el beneficio de todas ellas os debo; porque no caiga en la culpa de ingrato y desconocido. Porque contra los tales se escribe en el libro de la sabiduría, que en el dia del Juicio pelearán todas las criaturas del mundo contra los que no tuvieron sentido. Porque justo es, que las mismas criaturas que fueron dadas para nuestro servicio, vengan á ser nuestro castigo; pues no quisieron conocer á Dios por ellas, ni tomar aviso. Vos, Señor, que sois camino, verdad y vida, guiadme en este camino con vuestra providencia; enseñad mi entendimiento con vuestra beldad, y dad vida á mi ánima con vuestro amor. Gran jornada es saber por las criaturas al Criador; y grán negocio es saber mirar las obras de tan gran maestro, y entender el artificio con que están hechas, y conocer por ellas el consejo y sabiduría del Hacedor.

CAPITULO IV.

Continuacion de los escritores sagrados. Fray Luis de Leon Malon de Chaide, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesus.

Reunimos en este capítulo á los cuatro escritores ascéticos que han sido al propio tiempo poetas. De los tres primeros hemos ya dado algunas noticias biográficas, y muestras de sus escritos en verso. Añadiremos aquí algo acerca de sus obras en prosa.

Fray Luis de Leon, tan eminente prosista como sublime poeta, dejó varias obras escritas, asi en latin como en castellano. De estas últimas, las únicas de que nos cumple hablar son las principales: *Los Nombres de Cristo*, *la Perfecta casada*, y *la Esposicion del libro de Job*, que ha permanecido muchos años inédita y solo se publicó á fines del último siglo.

Fray Luis de Leon se lleva á par con Granada la palma de la elocuencia sagrada, y muchos están indecisos sobre cuál de los dos merece la preferencia. Si es permitido señalar las diferencias que mas notablemente los distinguen, diremos que Granada tenia mas prendas de orador, y Leon en mayor grado las del filósofo: aquel brilla mas por la facilidad y la abundancia; éste por la profundidad del pensamiento: en el primero hay mas armonía, mas rotundidad de períodos; en el segundo mas

nérvio y originalidad: el uno tiene mas grandiosidad, el otro mas fuego: y si este no siente tal vez tanto lo que dice, si hay en él menos uncion, en cámbio pinta con mas ricos colores, y se sirve mejor de su imaginacion rica y florida. Leon se esforzó en dar cadencia y número á la frase; pero no lo logró al punto que Granada en quien era mas natural este don de la armonía: sus períodos no se enlazan tan fácilmente, no corren con igual fluidez, y se prolongan mas de lo debido, recargándolos de miembros accesorios, que se eslabonan por medio de relativos y conjunciones repetidas, lo cual daña á su medida, á su buena terminacion, y aun á veces á la claridad misma. En compensacion el lenguaje es grave y subido, con un sabor de antigüedad lleno de magestad y grandeza, y la diccion pura y correcta. Hay profundidad en los raciocinios, sublimidad en los pensamientos, fuerza y novedad en las espresiones; y es admirable la perfeccion con que está manejada la lengua castellana. Hé aquí los consuelos que da á los afligidos y desgraciados:

¿Recibiremos el bien de la mano de Dios y para eso extenderemos los brazos y el deseo; el mal no le recibiremos? No es eso razon de justicia: porque el bien no se nos debe, y el mal nos conviene para castigo ó remedio. Luego si estamos alegres, cuando nos reparte Dios lo de que somos indignos; sin razon es mostrarnos enojados y tristes, si nos quita lo que no se nos debe, y nos da lo que nos viene del suelo. Que al hombre el trabajo le es propio, como al ave el vuelo, y como las centellas al fuego; y no está la buena dicha del hombre en ser próspero: la adversidad es la que de ordinario le hace feliz.

A la verdad, ni conviene que nos alegremos con los buenos sucesos, ni que nos angustiemos con los malos: antes al revés, el buen suceso y la buena dicha, y el responder y obedecer á nuestro gusto las cosas, habia de criar recelo en nosotros. Porque demás de que el buen dia siempre hace la cama al malo, y es su vigilia; eso mismo que llamamos feliz, es peligroso mucho, y ocasionado á mil males. Que la felicidad naturalmente derrama el corazon con alegría, y cria en él confianza; y de la alegria y de la confianza por órden natural nace el descuido, y al descuido se le siguen la soberbia, y el desprecio de otros, y los errores y faltas. Y quien posee muchos bienes, con el gusto dellos se le sujeta; y ansi comienza á servir á lo que habia de mandar y regir; y de ser rico y dichoso, viene á ser esclavo y á ser miserable.

Mas la adversidad y el trabajo, allende del premio que merece ella por sí, si bien se mira, es apetecible y es dulce. Porque ¿quién no gusta de caminar para el bien, y de negociar su salud, y de salir de duda, y de atajar que no se encanceren y hagan incurables sus llagas, que son todos efectos buenos de lo que se nombra trabajoso y adversario? Lo cual sin duda preserva nuestra vida de corrupcion, y es propiamente su sal, y desarrai-

ga el alma del amor de la tierra que nos envilece, y la desapega y como desteta, de su pegajosa bajeza, y nos allana y facilita el salir desta vida, y cria en el ánimo, no solamente desamor della, sino tambien un desprecio junto con una alteza y gravedad celestial. Porque el ser combatido cada dia de males, y el hacerles cada dia cara y vencerlos, le acostumbra á ser vencedor: y por el mismo caso le hace grande, y señor, y valeroso, y altísimo hasta tocar en las estrellas.

Y si los que esquivan la adversidad, entendiesen el bien que en ella se encierra (como algunos que han hecho dello experiencia lo entienden) no solo no la huirian, mas por ventura harian plegarias y promesas á Dios porque se la enviase á sus casas. Que en el descanso del Paraiso perdió á Dios el primer hombre; y en el trabajo y en el lloro oyó despues la bendita promesa de su remedio. Y en lo ancho del mundo se enagenaron los hombres; y en estrecho del arca de Noé se salvó. Y donde reinan los Egipcios y Faraon, reinan tambien las tinieblas; y en el rincon de Gesén, donde sirven y laceran los de Israel, resplandece la luz. Y la prosperidad á Salomon le arruinó; y á Elías el ayuno y la desnudez, y la persecucion contínua le subió en carro de fuego. ¿Qué diré de infinitos otros que resplandecieron por este camino? Que, á la verdad, es seguido y trillado camino para todos los amigos de Dios; y no hay prado florido, ni vergel cultivado con diligencia, á do se vean tantas diferencias de flores, cuantos géneros de personas florecen hermoseadas de virtudes en esta aspereza de la adversidad y trabajos. Que el placer de los flacos es; y la abundancia de bienes, de los que nacieron para poco; y el gusto y el suceso bueno á los que no nacieron para virtudes heróicas les vienen. Lo alto, lo ilustre, lo rico, lo glorioso, lo admirable y divino siempre se forjó en esta fragua. Y ansi dice bien Job, que no recibamos con triste cara el trabajo, que tanto nos vale; pues recibimos alegres la prosperidad, que las menos veces nos mejora, y las mas nos daña y desvanece.

Inferior á Granada y Leon es ya el P. *Pedro Malon de Chaide*, no porque le falten altas prendas de escritor, sino porque abusa de ellas, y el buen gusto no guia siempre su pluma. Su estilo por lo general es brillante, pintoresco y galano, abundando á veces en rasgos sublimes; mas á fuerza de querer parecer grande degenera en hinchado é hiperbólico. Con imaginacion mas fecunda que cuerda, usa de ornamentos poéticos, sin distribuirlos con la necesaria economía: y por lo tanto es mas ingenioso que verdadero, mas estudiado que correcto. Adolece tambien de proligidad y descuido, y su diccion suele ser desigual, mezclando lo noble con lo familiar, lo sublime con lo bajo. Asi este autor tiene pasages bellísimos, y otros que apenas pueden leerse. Entre los primeros se halla esta hermosa exclamacion sobre el amor de Dios:

¡O sol resplandeciente; hermosura infinita, espejo purísimo de la gloria! ¡Quién podrá decir lo que sienten los que te gozan! ¡O ricas moradas de la celestial Hierusalen, á donde no se sabe qué cosa es noche, porque el cordero es tu sol, que jamás se trasponel ¡Qué hermosas son, Señor, vuestras moradas! ¡Qué dignas de ser amadas de todos! Desmaya, Señor, mi alma con el deseo de verme en ellas. Mi corazon y mi cuerpo salen de sí de contento, y se alegran en Dios vivo. Es tanta la alegría que mi alma siente con acordarse de mi Dios, que como el corazon sea su principal asiento y el cuerpo se gobierne por el corazon, al alegrarse el alma, el corazon no cabe en el pecho de contento, y así es fuerza que se dilate el alegría por el cuerpo. No queda potencia en mi alma, ni sentido en mi cuerpo, en que no ande un sonido dulce de gloria. ¡O pueblo! ¡ó alma! que deseais la causa de Dios, ensanchad ese deseo, abrid ese corazon: que casa rica tiene Dios para henchiros de bienes; y tan grande es, que no se cierra su término con montañas ásperas, ni con el espacioso mar Océano, ni confina con reinos extraños! ¡O casa, ó ciudad donde todos aman! adonde el amor jamás tiene fin, porque amado Dios, carece de fin.

Y como el amor es infinito, la hermosura es de otro linage, la belleza ante toda belleza, es flor y fuerza de toda hermosura, principio y fin de toda belleza, que hermosea todo aquello de quien es principio. De aquí desciende el amor á mezclarse entre los espíritus bienaventurados, y anda de pecho en pecho tomando la posesion de todos ellos, y hace que se amen unos á otros: y no pueden dejar de amarse, porque así como muchas piedras preciosas puestas al rayo del sol, cada una representa otro sol, que deslumbra poco menos que el del cielo; así en cada serafin y en los demas espíritus bienaventurados, heridos y rayados con aquella inmensa fuerza del amado eterno Dios, se parece otra fragua de amor divino, y cada uno parece un Dios, digno de ser amado. Por esto mirándose unos á otros, y viendo en cada uno aquel Dios que tan dulcemente aman, no pueden dejar de amarse entre sí. ¡O ciudad enamorada, quién se viese en tí.

Con razon se llamó á *San Juan de la Cruz, doctor estático*, porque al leer sus obras se le vé en un contínuo éxtasis y arrobamiento, embargados sus sentidos con la contemplacion de Dios y enaltecida su alma con el amor divino. Ya en los versos que en su lugar presentamos suyos, se ha podido notar el carácter poético de su religion, y como viste sus ideas místicas con el lenguaje de la pasion mas ardiente. Los títulos mismos de sus obras en prosa, manifiestan esta tendencia general de sus pensamientos y deseos. *La subida al Monte Carmelo, la Noche oscura del Alma, la Llama de Amor viva*, son otros tantos raptos de una alma devota, y de un corazon arrebatado por la contemplacion de Dios y de la celeste morada; enseñando á cada

paso estas obras la purificacion de las potencias sensitivas é intelectuales, y los medios que ha de poner el alma para llegar al alto estado de union sobrenatural y amorosa con Dios. Así es que San Juan de la Cruz altera el lenguaje comun, y en él las voces y frases vulgares no expresan ya lo que materialmente significan, dándoles un sentido místico que no se entiende sino penetrándose bien de la intencion del autor y del estado excepcional en que su espíritu se encuentra. De aquí proviene que sus escritos son muchas veces incomprensibles á los ojos vulgares; que su estilo suele aparecer descuidado, sin número oratorio y acaso sin correccion gramatical; pero en cambio es no pocas veces vehemente y sublime, abundando en bellezas originales, ya por lo suave de la diccion, ya por lo elevado de las ideas. Con todo, hay siempre mas misterios que palabras.

¡O que será de ver aquí (dice en la *Llama de Amor viva*) el alma experimentando la virtud de aquella figura que vió Ezequiel en aquel animal de cuatro formas y figuras, y en aquella rueda de cuatro ruedas, viendo su aspecto que era como de carbones encendidos, y como aspecto de lámparas! Y viendo la rueda, que es la sabiduría de Dios, llena de ojos de adentro y de fuera, que son admirables noticias de sabiduría! Y sintiendo aquel sonido que hacian en su paso, que significan muchas cosas en una! Y finalmente gustando aquel sonido del batir de sus alas, que dice era como el sonido de muchas aguas, y como sonido del altísimo Dios, que significan el ímpetu de las aguas divinas, que al caer el Espíritu Santo enviste el alma en llama de amor!

Gozando aquí la gloria de Dios en su amparo, y favor de su sombra, como allí tambien dice este profeta, que aquella vision era semejanza de la gloria del Señor; ¡ó cuán elevada está aquí esta dichosa alma! ¡ó cuán engrandecida! ¡cuán admirable de lo que ve aun dentro de los límites de la fé! ¿Quién lo podrá decir? Infundida con tanta copiosidad en las aguas de estos divinos resplandores, donde el Padre Eterno da con larga mano el regadío superior y inferior, pues estas aguas regando el alma y cuerpo penetran.

¡O admirable cosa, que con ser estas lámparas de los atributos divinos un simple ser, en él se conciba y entienda la distincion de ellas, tan encendida la una como la otra, siendo la una substancialmente la otra! ¡O abismo de deleites, tanto mas abundantes cuanto están tus riquezas mas recogidas en unidad y simplicidad infinita! Donde de tal manera se conozca y guste lo uno que no se impida el conocimiento y gusto de lo otro; antes cada cosa en tí es luz que no estorba á la otra. Y por tu limpieza ¡ó sabiduría divina! muchas cosas se conocen en tí en una, porque tú eres el depósito de los tesoros del Eterno Padre, el resplandor de la luz eterna, espejo sin mancilla, imágen de su bondad.

Del mismo espíritu de exaltacion y de amor divino están

animadas las obras de *Santa Teresa de Jesus*, muger admirable, ya se la considere como egemplo de santidad, ya como reformadora de su Orden, ya en fin como escritora. Fué su padre don Antonio Sanchez de Cepeda, caballero noble de la ciudad de Avila, donde nació la Santa en 12 de mayo de 1515. A los veinte años tomó el hábito en el convento de Carmelitas de la misma ciudad, donde dió tales muestras de virtud, que padeció muchas persecuciones, hasta la de ser denunciada al Santo Oficio por hipócrita é ilusa; pero no solo venció á sus enemigos, sino que emprendió la reforma de su órden en la cual se habian introducido lastimosos abusos, y fué tal su energía, que la llevó á cabo, fundando en solo doce años diez y siete conventos, en lo cuál fué ayudada por San Juan de la Cruz. Murió el 4 de octubre de 1582, á los setenta y siete años de su edad: en 1614 fué beatificada por el Papa Paulo V, y solemnemente canonizada en 1622 por Gregorio XV.

Sus principales escritos, que solo publicó por obediencia á sus superiores, son: *El discurso de la vida: el Camino de perfeccion: el Libro de las fundaciones: el Castillo interior ó las Moradas.* De otro que escribió titulado: *Conceptos al amor de Dios*, no se han conservado mas que algunas páginas que por casualidad habia copiado una monja; pues el manuscrito original lo quemó su autora por mandato de su confesor que sin ver la obra ni enterarse de su doctrina, al saber que estaba fundada sobre los cantares de Salomon, se asustó de que una muger tratase tan espinosa materia. Ultimamente, entre sus mas preciosos escritos se cuenta la coleccion de sus cartas que son consideradas como un modelo en su género.

El estilo de las obras de Santa Teresa es castizo, propio y sencillo, si bien á veces asciende á la sublimidad mas elevada cuando arrobándose en éxtasis celestiales, se olvida del mundo, y sirviéndose de un lenguaje místico y angelical, prorumpe en palabras de fuego. No es posible encontrar una alma mas ardiente, un corazon mas apasionado; pinta con tan suaves palabras, con tan bellos colores el deleite que produce el amor divino, que su estilo adquiere una dulzura encantadora, y se ve que arrebatado su espíritu por visiones celestes, se trasporta en idea á la mansion de la gloria. No de otro modo podia escribir una Santa que desprendiéndose de toda afectacion, de todo artificio retórico, se sentia inspirada y decia de sus propios escritos: *«Cuando el Señor da espíritu, pónese con facilidad y mejor: parece como quien tiene un dechado delante, que está sacando de aquella labor; mas si el espíritu falta, no hay mas concertar este lenguaje, que si fuese algaravía.*

En efecto, en ella se vé poco de lo que da el trabajo, y todo

de cuanto á la inspiracion le es permitido revelar. «Seguidla, seguidla, decia fray Luis de Leon: el Espíritu Santo habla por su boca.» El sendero luminoso trazado por su elocuencia conduce al trono del Altísimo: ha visto la faz de Dios, y os la hace ver con sus abrasadas palabras. Con ella es fácil el camino de la perfeccion; porque la virtud lo allana, y la virtud para santa Teresa es el amor. Otros presentan siempre el infierno á los ojos del pecador: ella, apoyada en la esperanza y la fé, abre con dulce risa la region celeste, refiere sus puros deleites, y esparce la serenidad en torno suyo; y si llega á pensar en los rigores de la justicia divina, la caridad se apodera á tal punto de su alma, que se compadece de los réprobos, y hasta del demonio, cuyos tormentos son á sus ojos mayores que los que hace sufrir á sus víctimas: *porque el desgraciado*, exclama, *es incapaz de amar*.

Llorar con los que lloran, sufrir con los que sufren, orar con todos y por todos, hé aquí lo que distingue el ascetismo de esta muger admirable, tan distinta en esto de los austeros moralistas. Vierte á la par lágrimas y bálsamo consolador sobre los males de la humanidad, y presenta el cielo por término de ellos como el puerto de salvacion, la morada ó castillo del alma. Tan conmovida se siente con cuanto dice, que no se encuentra en estado de elegir sus palabras, ni menos de ordenarlas artificiosamente: en apoderándose de ella una idea, se convierte en imágen perpétua que está presente á sus ojos; sus meditaciones se trasforman en visiones; y sin poder resistir al éxtasis que la enagena, se arroja llena de amor y confianza á los piés del Criador.

Hé aquí cómo en el *Camino de la perfeccion* exhorta á sus hermanos al desprendimiento y la humildad:

. . . . . .

Desasiéndonos del mundo y deudos, y encerradas aquí con las condiciones que están dichas, ya parece que lo tenemos todo hecho, y que no hay que pelear con nada. ¡O hermanas mias! no os asegureis ni os echeis á dormir, que será como el que se acuesta muy sosegado, habiendo muy bien cerrado sus puertas por miedo de ladrones y se los deja en casa. Ya sabeis que no hay peor ladron que el de casa, pues quedamos nosotras mismas, que sino se anda con gran cuidado, y cada una no mira mucho en andar contradiciendo su voluntad, hay muchas cosas para quitar esta santa libertad de espíritu que buscamos, que pueda volar á su Hacedor, sin ir cargada de tierra y de plomo.

Gran remedio es para esto, traer muy contínuo en el pensamiento la vanidad que es todo, y cuán presto se acaba, para quitar la aficion de las cosas que son valadíes, y ponerla en lo que nunca se acaba, que aunque parece flaco medio, viene á fortalecer mucho el alma; y en las muy pequeñas cosas traer gran cuidado; en aficionándonos á alguna, procurar apartar el pensamiento della, y volverle á Dios, y su Magestad ayuda; y hános

hecho gran merced, que en esta casa lo mas está hecho. Puesto que este apartarnos de nosotras mismas, y ser contra nosotras, es recia cosa, porque estamos juntas y nos amamos mucho; aquí puede entrar la verdadera humildad, porque esta virtud y esotra paréceme que andan siempre juntas, y son dos hermanas que no hay para qué las apartar. No son estos los deudos de que yo aviso que se aparten; sino que los abracen y los amen, y nunca se vean sin ellos.

¡O soberanas virtudes, señoras de todo lo criado, emperadoras del mundo, libradoras de todos los lazos y enredos que pone el demonio, tan amadas de nuestro enseñador Jesucristo! Quien las tuviere, bien puede salir y pelear con todo el infierno junto, y contra todo el mundo y sus ocasiones. No haya ya miedo de nadie, que suyo es el reino de los cielos: no tiene á quien temer, porque nada se le da de perderlo todo, ni lo tiene por pérdida; solo teme descontentar á su Dios, suplícale le sustente en ellas, porque no las pierda por su culpa. Verdad es que estas virtudes tienen tal propiedad, que se esconden de quien las posee; de manera que nunca las vé, ni acaba de creer que tiene ninguna, aun que se lo digan; mas tiénelas en tanto, que siempre anda procurando tenerlas, y valas perfeccionando en sí mas: aunque bien se señalan los que las tienen; luego se da á entender á los que las tratan, sin querer ellos.

CAPITULO V.

Conclusion de la misma materia.

Estella, Zarate, Marquez, Nieremberg.

Con lo dicho hasta ahora, y los ejemplos presentados, basta para dar una idea de nuestra elocuencia sagrada: por lo tanto, nos contentaremos en este capítulo con dar á conocer rápidamente algunos otros escritores de esta clase, que aunque de menor fama que los anteriores, merecen sin embargo, que no se les pase en silencio.

El *P. fray Diego de Estella* nació en la ciudad del mismo nombre, en Navarra, trocando por él su apellido de Ballesteros, cuando profesó en el convento de frailes menores de la regular observancia de Salamanca, en cuya universidad hizo sus estudios. Fué predicador de Felipe II y obtuvo grande acogida en la córte; pero desengañado del mundo, despues de una larga mansion en Lisboa adonde acompañó al famoso privado Ruy Gomez de Silva, se retiró á su convento, donde al principio, por haber querido introducir reformas, fue perseguido y encarcelado. Reconocida

su inocencia, renunció la prelacía que le ofrecian en desagravio, y terminó tranquilamente en su celda una vida entregada á la práctica de las virtudes y á la composicion de varias obras. Murió en 1578, á los cincuenta y cuatro años de su edad.

Además de algunas obras latinas, ha dejado en castellano: el libro de la *Vanidad del mundo*, el *Tratado de las cien meditaciones del amor de Dios*: la *Vida y excelencias de san Juan Evangelista*.

La erudicion del P. Estella era vasta, y aun ha perjudicado á la amenidad de su estilo: este es por lo comun noble y sencillo, exento de vanos adornos, sin carecer de cierta hermosura; pero es difuso, monótono, poco natural, y por lo tanto, muchas veces frio y pesado.

El *P. fray Fernando de Zárate*, fué natural de Madrid, religioso de la órden de san Agustin y catedrático en la de Osuna. Dejó publicados los *Discursos de la paciencia cristiana*, obra llena tambien de erudicion en la que abundan mas las autoridades y ejemplos agenos que los pensamientos propios, y cuyo estilo es natural, fácil y claro, pero falto de calor, de dignidad y elegancia.

Muy superior á los dos anteriores como escritor, es el Padre maestro *fray Juan Marquez*, religioso agustino, que nació en Madrid, por los años de 1564, y fué catedrático en la universidad de Salamanca y predicador de Felipe III. Adquirió, bajo este último concepto, una fama extraordinaria, pues á su grande elocuencia acompañaban las mas aventajadas dotes de la voz y de la accion, pero segun sucedió á nuestros mas famosos predicadores, sus sermones no vieron la luz pública, y han quedado perdidos para nosotros, como igualmente un tratado que escribió sobre el *Modo de predicar á los príncipes* que no llegó á publicarse.

Las dos obras suyas que se conservan son: *Los dos estados de la espiritual Jerusalen*, y el *Gobernador cristiano, deducido de las vidas de Moisés y Jesucristo, príncipes del pueblo de Dios*, siendo esta última un contraveneno al *Príncipe* de Maquiavelo y á la *República* de Bodino, á cuyos principios opone una doctrina mas evangélica y digna del cristiano.

El estilo de Marquez, sobre todo en la *Espiritual Jerusalen*, es por lo general fluido, desembarazado y pulido; sin carecer en muchos lugares de cierto número y armonía, es aliñado sin falsos ni inútiles adornos, é ingenioso sin vanas sutilezas. Le sucede, sin embargo, lo que á todos los escritores de su tiempo, que retardan la marcha de su discurso con citas y testos de autores agenos, y no siempre se sostiene su lenguage con la dignidad debida, degenerando á veces en familiar y bajo.

Escritor á par que ascético, político y moral como el anterior, fué el *P. Juan Eusebio Nieremberg*, nacido en Madrid en 1595, aunque de padres alemanes. Fué individuo de la compañía de Jesus, y enseñó en el colegio imperial de la córte, habiendo muerto en 1658. Muchas son las obras que publicó el P. Nieremberg, además de las que escribió y no vieron la luz pública. Las principales son: *Obras y dias*; *Manual de señores y príncipes*; *Diferencia entre lo temporal y eterno*; *Vida divina y camino real para la perfeccion*, y *Centurias de dictámenes prudentes y reales*.

Ya en tiempo de este escritor hallábase el gusto enteramente estragado, y por lo tanto participa de los resabios de su época. Además se le nota por lo comun poca correccion y lima, que-branta con frecuencia las reglas gramaticales, y es por lo tanto no pocas veces anfibológico y oscuro; pero en los pasages que no tienen estos lunares, se encuentran frases concisas y sentenciosas, enérgicas metáforas y vivísimas imágenes, en lo cual mostró especial gracia y acierto.

CAPITULO VI.

HISTORIADORES.

OCAMPO, MORALES, ZURITA, GARIVAY.

Si España ha tenido gran número de escritores ascéticos, no es menor el de los historiadores, contando en este número las crónicas y las historias particulares que existen, no solamente de los antiguos reinos de la Península y de sus varias provincias, sino tambien de ciudades, corporaciones, conventos, institutos, y hasta de casas mas ó menos ilustres. La riqueza que en esta parte existe, de la cual mucha yace inédita ó en el polvo de los archivos, es en realidad inmensa y puede inferirse por la coleccion de documentos que en el siglo anterior recogió la Academia de la Historia para la de nuestra nacion, los cuales ascienden al número de trece mil seiscientos sesenta y cuatro, entre ellos cuatrocientos treinta y nueve historiadores contemporáneos de los hechos que refieren, material inmenso de donde pueden sacar datos preciosísimos los que se dediquen á este género de trabajos.

Pero si la cantidad es grande, no así sucede en cuanto á calidad y mérito literario. Este mérito se encuentra en muy pocos, ya se atienda al plan y conjunto de las obras, ó á la crítica con que están escritas, ya se limite el exámen al estilo y lenguage de su

redaccion. Si algunas historias tenemos que casi pueden considerarse como dechado perfecto en esta última parte, las más son fárragos indigestos, compilaciones fastidiosas que no se pueden leer sino por aquellos que, venciendo el tédio y repugnancia que causan, andan con afan en busca de los hechos históricos, adquiriendo este conocimiento á costa de improbo trabajo: como los viageros que internándose en regiones desconocidas, no llegan á un pais fértil ó habitado, sino despues de atravesar selvas incultas é intrincados matorrales.

A dos clases se reducen por lo general nuestros documentos históricos. Crónicas, é historias propiamente tales. A la primera clase corresponden casi todos los publicados antes del siglo XVI, y de que ya hemos hablado en capítulos anteriores. Estas crónicas concluyen, por decirlo así, en la de los Reyes Católicos por Pulgar; y aun ya esta participa en algun modo de los dos géneros; el carácter de las crónicas es la sencillez y minuciosidad en referir los hechos, y esa especie de candor, con que, sin querer, pintan á veces sus autores, coetáneos los mas, el verdadero carácter de su época. En ellas los hechos particulares ocupan siempre mas lugar que los pertenecientes al Estado; y la individualidad es el carácter que mas las distingue de la verdadera historia, la cual afecta siempre mas generalidad en sus cuadros. Así tenia que ser mientras la Península estaba dividida en multitud de reinos que, inciertos en sus límites, se iban poco á poco ensanchando, y ya se reunian, ya se separaban de nuevo: además, el carácter propio de la edad media, en la cual no habia verdadero espíritu público, sino que predominaba el de localidad ó de privilegio, se oponia á esas historias generales que ya se ocupan de la nacion y no hablan de los individuos sino en cuanto tienen relacion con ella. Mas luego que por la reunion de todos aquellos diferentes reinos se formó la nacionalidad española, hubo la historia de tomar diferente carácter, y su tendencia fué á descubrir los hechos generales mas bien que los particulares.

Ya Alfonso el Sabio, que en todo manifiesta un genio superior á su siglo, adelantándose á él con mucho, hizo estender la *Crónica general de España*; pero despues de él no se siguió su ejemplo, y volvieron las particulares. Los reyes de Castilla tuvieron casi todos sus cronistas, que ya invitados por los mismos soberanos, ya llevados de verdadero celo patriótico, como sucedió á Pero Lopez de Ayala y otros, se propusieron transmitir á la posteridad los hechos de sus contemporáneos.

Ya en tiempo de Cárlos V, echándose de ver la falta de una historia general que diese á conocer al mundo, reunidos, los hechos de una nacion que entonces dominaba la Europa, *Florian de Ocampo*, nombrado por aquel emperador su cronista, empren-

dió este grande é ímprobo trabajo. Tan útil y necesario pareció á los ojos de todos, que las córtes pidieron al soberano se dotase á Ocampo para que, exento de la asistencia á su iglesia, pudiese llevar mas libremente á cabo su comenzada empresa. Era este cronista canónigo de la catedral de Zamora, en cuya ciudad habia nacido; su erudicion fue vasta, mostrando particular afición á las investigaciones históricas. No eran pocas las que tenia que hacer entonces para lograr su objeto, sobre todo siguiendo el plan que se proponia, plan tan vasto que la muerte no le permitió publicar mas que cinco libros de su *Crónica general de España*, correspondientes á los tiempos mas antiguos, los cuales fueron luego continuados hasta la union de los reinos de Leon y Castilla por *Ambrosio de Morales* que sucedió á Ocampo en el empleo de cronista. Nació Morales en Córdoba, año de 1513, y fué varon célebre, tanto por su virtud como por su sabiduria, y eclesiástico como casi todos los que en su tiempo se dedicaban á las letras.

No habia que pedir gran crítica ni filosofía á los historiadores de aquel tiempo: harto hacian con recoger datos esparcidos en monumentos y cronicones poco conocidos, y ordenarlos del modo posible. Las opiniones de su época, no permitian por otra parte dudar de infinidad de hechos que ahora se tienen por fabulosos ó exagerados; y así los referian con una credulidad que pasma, pero que no se deberia extrañar, atendidas las circunstancias en que escribieron. En cuanto á la forma, no se arredraban ante el inconveniente de dar á sus obras una estension desmedida; antes bien parece como que este era un mérito que buscaban y se apreciaba en ellos. Con efecto, se las habian con lectores de distinta índole que los actuales: estos, ya por la multitud de obras que á merced de la imprenta, corren en manos de todos; ya porque la ligereza del siglo infunde en ellos cierta frivolidad: y ya tambien porque, siendo mayor su número, no tienen muchos tiempo para tan largas lecturas, ó no las necesitan; exigen mas rapidez, mas concision en los escritos históricos; pero los antiguos pertenecientes á una época de erudicion y de estudios concienzudos, se complacian en esos pormenores, en esa misma pesadez que hoy tanto nos cansa y abruma. Fuera de esto, los historiadores de la época á que hacemos referencia, tenian presentes y tomaban por modelo á los de la antigüedad; y á imitacion de ellos, gustaban de las largas descripciones de sitios y batallas, y de las pomposas arengas. En esto era en lo que principalmente ponian su cuidado: si á veces entraban en consideraciones acerca de los sucesos, no estaban estas consideraciones relacionadas con ningun sistema general de filosofía ó de gobierno que intentasen crear ó sostener: se limitaban al mismo hecho que daba ocasion á ella, con su correspondiente séquito de citas y au-

toridades antiguas. En una palabra, seguian el sistema histórico de *ad narrandum* en su mayor escala, y no conocian el de *ad probandum;* así es que generalmente nos dejan á oscuras sobre las costumbres, leyes y organizacion social de las épocas á que se refieren.

En cuanto al estilo, procuraban que fuese lo mas armonioso y elegante posible, recargándolo á veces de sobrados adornos; pero aun la belleza de este estilo no se conocia sino en ciertos y determinados parages en que se esmeraban para pintar un carácter, hacer una descripcion, ó reproducir una arenga; pero su mismo sistema histórico impedia que el lenguage tuviese constantemente las virtudes que apetecian, convirtiéndolos en minuciosos, difusos, incorrectos, lánguidos y cansados. Tal es el carácter general de nuestros historiadores; y estos vicios y estas virtudes de su estilo, preponderan mas ó menos, segun han abrazado en sus obras mas ó menos hechos, ó los han querido presentar en mayor ó menor escala. Así nuestros historiadores mas perfectos son: Mendoza, Melo y Moncada que se han contraido á corto número de hechos y á cuadros limitados.

De los dos que hemos mencionado antes y que por ser autores de una misma obra se pueden confundir en uno, *Ocampo* y *Morales*, aunque ambos manifiestan igual diligencia en la reunion de los hechos, y brillan del mismo modo en cuanto á la erudicion, el primero, no obstante, aventaja al segundo por lo que respecta al estilo. Este estilo, á la verdad, es por lo general pesado, desaliñado y redundante; pero donde el autor puede esplayar su imaginacion como en las descripciones y pinturas, ostenta magestad, armonía y grandeza, hallándose dotado con muchas prendas de escritor perfecto. Hé aquí cómo pinta á Anníbal.

Era entonces Annibal mancebo de hermosa disposicion, alto y bien delgado de cuerpo, la cara la tenía larga, la nariz ahilada, las barbas y cabellos encrespados y mucho bien puestos era muy razonado y muy cortés en demasía, la conversacion mucho dulce con la cual tenia mezclada gravedad mansa y amorosa, llena de buen donaire. Cuando le hicieron esta vez gobernador y capitan de los ejércitos y señorío que Cartago tenia dentro de España, seria de hasta unos veinte y seis años: y puesto que fuese mozo, conocíase de él tanta sagacidad y prudencia que primero ni despues nunca se halló capitan en las cosas de guerra mas industrioso ni sábio. Jamás tuvo persona tal ingenio para dos cosas diversas, que son, obedecer y mandar, ni con mas entendimiento lo supo hacer: tanto que la gente del ejército de ningun otro se confió mas, ni con igual osadía venia á las ofensas: que cuando sabia estar él presente,

[illegible] osado en acometer cosas peligrosas y muy inclinado á [illegible] las difíciles; y lo que suelen tener pocos hombres,

de que le venian mayores peligros, no se turbaba para que por ellos dejase de tomar consejo reposadamente y usar dél. Nunca receló fatiga, ni su corazon fué vencido de pensamientos ni cuidados como quiera que los tuvo mas continuos y mayores que ninguno otro de su tiempo. Sufría con igual perseverancia la calor y los frios; en su comer templadísimo. No tenía tiempo señalado para dormir, sino cuando le faltaban ocupaciones ó negocios. Allí no descansaba sobre lechos ó camas delicadas porque muchas veces en las guerras que tuvo despues, lo hallaron en el suelo, revuelto con las velas y guardas de su real, cubierto con las mantas groseras que traia la gente. Sus vestiduras y trajes como los comunes del ejército: toda su pompa y arreo fue siempre guarnecer armas, procurar caballos, y allegar y favorecer las personas valientes donde quiera que se hallasen. Cuando venian al frente, primero que nadie rompió las batallas de á pié ó de caballo como lo tomaban, y postrero de todos salió de ellas. Tenia maravillosa presteza para seguir cuantas buenas ocasiones le viniesen; que fué siempre cosa muy principal en la guerra y en los otros negocios humanos. Finalmente cuanto debió tener un capitan muy perfecto y esmerado, lo tuvo tan acabado, que si le vencieron alguna vez, no fué por su falta ni por dejar de hacer todo su deber, sino por la mucha flaqueza de los suyos, ó por sobrada valentía de los contrarios.

Otro escritor que intentó, igualmente por el mismo tiempo hacer una historia general de España, fué *Esteban de Garibay* que publicó *Los cuarenta libros del Compendio historial de las crónicas y universal historia de todos los Reinos de España.* Este historiador dió tambien prueba de esquisita diligencia en la reunion de hechos, llevando su empresa desde los tiempos mas remotos hasta la conquista de Granada. Es autor excelente para la consulta; pero su estilo es poco agradable, aunque sencillo y natural, acercándose mucho al de las crónicas.

Tambien son libros que merecen leerse y consultarse, como recopilacion minuciosa de hechos, los *Anales de la corona de Aragon* por *Gerónimo Zurita*, y los *Anales históricos de los Reyes de Aragon* por el P. *Pedro Abarca.* Zurita se distingue particularmente por haber procurado dar una idea exacta de la constitucion de Aragon, manifestando como nació y fué creciendo hasta llegar á su mayor desarrollo. Pero no siendo suficiente el mérito de estos escritos como composiciones literarias y modelos de elocuencia ó de lenguage, para que nos ocupemos especialmente de ellos, pasaremos á hablar de otros historiadores que necesitamos examinar con atencion mas detenida.

CAPITULO VII.

SIGUEN LOS HISTORIADORES:

MARIANA.

El primero que logró escribir de España una historia general completa, que á la buena coordinacion de los hechos, reuniese la hermosura del lenguage, y que por su mérito especial, se grangease universal aprobacion, llegando á ser popular dentro del reino, y fuera de él celebrada, fue el P. *Juan de Mariana*, cuya fama ha subido á tal punto, que es todavia el que se lleva la palma entre nuestros historiadores, no habiéndose encontrado despues quien haya acertado mejor á pintar los sucesos de este pueblo tan singular en sus varios y contrarios destinos. De pocos libros se habrán hecho mas edicciones que de esta historia, á pesar de su gran volúmen, y aun en el dia se hacen y se despachan rápidamente; y tan apreciado es, que se ha llegado á decir, hablando de él, *que Roma tenia medio historiador, España uno, y las demas naciones ninguno.* Esta importancia de la obra de Mariana nos obliga á ser mas detenidos en ella.

El nacimiento de Juan de Mariana fue al principio un misterio. Confiado el niño á los pocos dias de haber venido al mundo, y en la tarde de 1.° de Abril de 1536, al cuidado del cura de la *Puebla nueva*, sin que se le dijese quienes eran sus padres, se averiguó por último ser estos Juan Martinez de Mariana, Canónigo de Talavera, y Bernardina Rodriguez, dama de la misma ciudad. Descubierto el secreto, cuidó el canónigo de la educacion de su hijo, el cual desde edad muy temprana manifestó vivo ingenio y felices disposiciones para las letras, por cuya razon fué enviado a la universidad de Alcalá donde á la sazon florecian los mas célebres profesores de España.

Tenia apenas Mariana diez y siete años, cuando se presentó en Alcalá el P. Nadal, enviado á Castilla por san Ignacio de Loyola para promover la institucion de la compañía de Jesus. La fama del santo, la vida austera de Nadal, y mas que todo el ejemplo del duque de Gandía, inflamaron á la juventud castellana que corrió á vestir la humilde sotana de la compañia de Jesus, y no fué de los últimos nuestro Mariana, el cual, fenecidos los dos años de probacion, volvió á la universidad. Fueron tales sus progresos, que tratando su general Diego Laynez de establecer en Roma el gran colegio de la Compañía, le envió, aunque mozo de veinte y cuatro años, para regentar la cátedra de teologia que leyó por

espacio de cuatro años. De Roma fué trasladado á Sicilia con el mismo objeto; y últimamente enviado á París cuya famosa universidad le admitió en su seno y confirmándole el grado de doctor teólogo y el empleo de profesor que ejercitó por mas de cinco años esplicando á Santo Tomás.

Sus continuas tareas y el clima de París debilitaron su salud, y al cabo de trece años de ausencia, volvió á España, fijando su residencia en la casa profesa de Toledo. Entregado allí á sus tareas literarias, fué tal la fama de su virtud y ciencia, que de todas partes le consultaban, y se le eligió para dar su dictámen en la ruidosa causa de Arias Montano, acusado de haber falseado el texto hebreo de la Biblia políglota. Dos años tardó en revisar aquel colosal monumento y en dar el dictámen que decidió la cuestion favorablemente al acusado.

Pero el mismo Mariana estaba destinado á sufrir persecuciones de igual género: un tratado titulado *De las enfermedades de la Compañía y de sus remedios* le grangeó el odio de su órden; y su obra *De rege et regis institucione* fue condenada á las llamas como sediciosa por el parlamento de París; y el tratado sobre *La alteracion de la moneda* le suscitó un proceso con privacion de su libertad, aunque al cabo de un año quedó absuelto.

Murió Mariana en la espresada casa de Toledo, á los ochenta y siete años de su edad en 16 de Febrero de 1623.

Muchas son las obras que imprimió Mariana, y aun se dice que dejó muchas más ineditas; pero la que ha hecho su nombre célebre es su *Historia general de España*, única de que nos corresponde ocuparnos. Movióle á escribir esta historia la falta generalmente reconocida por todos de una obra semejante. Valióse para ella de todo cuanto se habia publicado anteriormente, asi en latin como en romance, acerca del mismo asunto: pero deseoso de que corriese por toda Europa, y llevado de la manía general de los mas sábios escritores de aquella época, la compuso primero en latin, publicando en 1592 veinte libros, que despues aumentó hasta treinta. Sin embargo, temeroso de que su traduccion al castellano cayese en manos poco hábiles, la vertió él mismo al idioma patrio, haciendo considerables variaciones, y mejorándola siempre en cada una de las nuevas edicciones que hizo, dócil á los consejos de sus amigos y aun á las críticas de sus émulos. En esta forma es como mas se ha estendido y celebrado, siendo ya poco leida la latina, á pesar de su correcto y elegante estilo.

Difícil es apreciar el mérito de esta obra que muchos juzgan de distinto modo segun el diferente punto de vista bajo el cual la miran. Los que piensan que la historia se debe reducir á una série de disertaciones sobre los sucesos que se refieren, presentándose estos con desnudez y laconismo; los que buscan un cuadro de la

marcha progresiva de la civilizacion, de sus leyes, usos é instituciones, estos tendrán en poco el trabajo de Mariana donde nada de eso se encuentra. Los que por el contrario, se contentan con el relato de los sucesos, hecho de un modo pintoresco y elegante, con un lenguage puro, castizo y armonioso, estos alzan hasta las nubes la gloria de este escritor, aunque á veces le quisieran menos prolijo y mas ameno. Como quiera que sea, no se debe pedir á Mariana mas de lo que él quiso hacer y le era dable hacer en su tiempo. Entonces se estaba lejos de querer dar á la historia ese carácter filosófico que ahora se busca en ella; se estimaba tanto mas cuanto mas se acercaba á los modelos de la antigüedad que se consideraban siempre como el dechado de perfeccion: La parte narrativa tenia que predominar, y si no se escluia la filosófica, esta tenia que ser breve é intercalada en la relacion á manera de sentencias rápidas, concisas y brillantes. Tito Livio como narrador, Tácito como razonador ó filósofo, tales eran los principales modelos, y tales los que se propuso seguir Mariana, procurando hermanar la brillantez del uno con el severo juicio del otro. Además se debe tener presente lo que el mismo Mariana dice de su obra y es: *que su intento no fué escribir historia, sino poner en órden y estilo lo que otros habian recogido, como materiales de la fábrica que pensaba levantar sin obligarse á averiguar todos los particulares, y que asi nadie podia obligarle á mas de lo que él quiso obligarse de su voluntad.*

De todo esto resulta que son disculpables muchos de los defectos que actualmente se le atribuyen, defectos que no por eso le quitan el dictado de príncipe de nuestros historiadores, y que si algunos son ciertos, otros no son mas que relativos al diferente modo de ver que suelen tener sus críticos. Sin embargo, debemos aquí enumerarlos para que se tengan presentes y se juzgue.

Dícese que al juzgar de los hechos, los vió siempre por el lado mas desfavorable, y los pintó con los mas feos colores, lastimando el crédito de la nacion y el honor de sus reyes; y atribúyese esto á su carácter ágrio y desabrido. Mas aunque sea este defecto en gran parte fundado, su orígen está mas bien en el deseo de imitar á Tácito, como tambien en la severidad de sus costumbres y la entereza de su carácter que no le permitieron nunca desviarse de lo que él entendia ser justo y honesto, segun dió de ello insigne prueba en la famosa causa de Montano.

Añádese que hizo traicion en muchas partes á la verdad: que se dejó las cosas y sucesos de la nacion en las mismas tinieblas que antes que no consultó como debiera todos los documentos que en su tiempo existian; que dió por buenas fábulas y patrañas que la sana crítica repele; que no deshace muchos errores y preocupa-

ciones vulgares, mientras de su propia autoridad desestima sucesos que no admiten duda: que faltó á la puntualidad en la cronología y hasta en las citas: y por último que no satisface la curiosidad de los filósofos y políticos que desearian conocer el orígen, aumento, declinacion y alteraciones del estado de España, las causas de su grandeza y decadencia, la forma y progreso de su sistema civil, el espíritu de sus leyes, los varios semblantes que ha tomado la constitucion política en los diversos reinos que han venido por último á formar la monarquía.

Acerca de este último cargo hemos ya dicho antes nuestro parecer, reducido á que no era tal el objeto del historiador ni el modo de considerar la historia de su tiempo; y aun ahora corresponderian semejantes consideraciones á un trabajo especial y hecho de intento, mas bien que á una historia general: en cuanto á las demás tachas, si muchas son por desgracia ciertas, se debe tener presente que fué el primero que acertó á componer una historia digna de este nombre; que por lo tanto, no pudo llevar tan inmenso trabajo á la perfeccion debida; que entonces no se tenian muchos datos que despues han rectificado ciertos hechos falsos ó adulterados: y por último, que las creencias y el espíritu de la época hacian juzgar los sucesos de muy distinto modo que actualmente, no pudiéndosele pedir lo que no permitia su siglo.

El estilo de la obra de Mariana es grave, terso y grandioso sin lunares de afectacion ni vanos adornos. Aunque sus locuciones tienen poca originalidad, ofrece en la diccion gran propiedad y fuerza. Sus imágenes y metáforas no son nuevas, pero las reviste siempre de un lenguage magestuoso. Cuerdo y templado, ni es hiperbólico en las descripciones, ni en las pinturas pródigo de flores ó agudezas. Aspira á ser muchas veces conciso en la frase, logrando asi darle vigor y valentia, pero en cambio se convierte no pocas en áspero y duro. Con todo su narracion tiene por lo general el verdadero carácter que conviene á la historia: se sostiene con gravedad, y marcha con admirable sencillez; si bien estas virtudes dan lugar en otros parages á los defectos de sequedad y llaneza; prodigándose tal vez en el lenguage los arcaismos, por causa sin duda de la gran lectura y frecuente uso que debió hacer el autor de las crónicas antiguas.

En su sistema de escribir la historia, bajo cuatro puntos de vista hay que considerar el estilo, porque en ellos es en los que debe este tomar diferente carácter: en las descripciones, pinturas de caractéres, arengas y reflesiones ó sentencias de que está sembrado el testo.

Las descripciones son por lo general brillantes aunque rara vez exactas, dándose en ellas mas á la imaginacion, que á la verdad de los hechos; achaque comun á todos los historiadores de

su escuela. A veces no guardan la conveniente medida, haciéndose largas, y cansadas: pero cuando la ocasion lo exije tiene un lenguage pintoresco y animado.

Cuando pinta caractéres, es casi siempre mas difuso de lo necesario; en vez de pintar con pocos pero enérgicos rasgos, y dar á conocer á los personages por sus acciones, se detiene en grandes dibujos, dejando correr la pluma; y aunque lo hace con brio y pulso, no siempre acierta con la verdadera fisonomía, ni tiene el talento de caracterizar con una de esas pinceladas que se graban tan profundamente en la memoria.

En las arengas y discursos campean altas y nobles ideas con gran dignidad de lenguage, siendo lástima que se muestre en algunas demasiado prolijo; pues enerva la fuerza, la verdad y valentía de las principales razones, tan gallardamente dichas como pensadas, con otras comunes, vagas y tambien supérfluas.

Las máximas y sentencias son graves y sensatas, profundas á veces; pero hay no pocas débiles, y otras inútiles por su trivial moralidad.

Finalmente, aunque el lenguage de Mariana tiene las buenas prendas que hemos insinuado, aunque en lo general puede servir de modelo, sus cláusulas suelen presentar una construccion dura é ingrata al oido, debiéndose esto á que unas van embarazadas de partículas ó artículos superfluos; y otras dislocadas, ó mas bien, desatadas entre sí, sin que se cuide el autor de suavizar la diccion redondeando los períodos y haciéndolos faciles y armoniosos.

Daremos muestras del estilo de Mariana, bajo algunos de los diferentes aspectos que acabamos de considerar.

Descripcion de las costumbres primitivas de los españoles y su comparacion con las del siglo XVI.

Groseras y sin policía ni crianza, fueron antiguamente las costumbres de los españoles; sus ingenios mas de fieras que de hombres. En guardar secreto se señalaron estraordinariamente: no eran parte los tormentos, por rigurosos que fuesen, para hacérsele quebrantar. Sus ánimos inquietos y bulliciosos: la ligereza de los cuerpos estraordinaria: dados á las religiones falsas y culto de los dioses: aborrecedores del estudio de las ciencias, bien que de grandes ingenios. Lo cual transferidos en otras provincias, mostraron bastantemente: que ni en la claridad de entendimiento ni en escelencia de memoria, ni aun en la elocuencia ni hermosura de las palabras daban ventaja á ninguna otra nacion. En la guerra fueron mas valientes contra los enemigos que astutos y sagaces. El arco de que usaban, simple y grosero: el mantenimiento mas en cantidad que esquisito y regalado: bebian de ordinario agua, vino poco: contra los malhechores eran rigurosos, con los estrangeros benignos y amorosos.

Esto fué antiguamente, porque en este tiempo mucho se han

rocentado así los vicios como las virtudes. Los estudios de sabiduría florecen cuanto en cualquiera parte del mundo. En ninguna provincia hay mayores ni mas ciertos premios para la virtud: en ninguna nacion tiene la carrera mas abierta y patente el valor y doctrina para adelantarse. En lo que mas se señalan es en la constancia de la religion y creencia antigua: con tanto mayor gloria, que en las naciones comarcanas en el mismo tiempo todos los ritos y ceremonias se alteraron con opiniones nuevas y estravagantes. Dentro de España florece el consejo, fuera las armas. Sosegadas las guerras domésticas, y echados los moros de España, han peregrinado por gran parte del mundo con fortaleza increible. Los cuerpos por naturaleza sufridores de trabajos y de hambre: virtudes con que han vencido todas dificultades, que han sido en ocasiones muy grandes por mar y por tierra. Verdad es que en nuestra edad se ablandan los naturales y enflaquecen con abundancia de deleites y con el aparejo que hay de todo gusto y regalo de todas maneras en comida, y en vestido, y en todo lo él. El trato y comunicacion de las otras naciones que acuden á la fama de nuestras riquezas y traen mercaderías que son á propósito para enflaquecer los naturales con esto, debilitadas las fuerzas y estragadas con las costumbres estrangeras, demas desto por la disimulacion de los príncipes, y por la licencia y libertad del vulgo muchos viven desenfrenados, sin poner fin ni tasa ni á la lujuria, ni á los gastos, ni á los arreos y galas, por donde, como dando vuelta á la fortuna desde el lugar mas alto do estaba, parece á los prudentes y avisados que (mal pecado) nos amanecen graves daños y desventuras principalmente por el grande ódio que nos tienen las demas naciones: cierto compañero sin duda de la grandeza y de los grandes imperios; pero ocasionado en parte de la esperanza de las condiciones de los nuestros, y de la severidad y arrogancia de algunos de los que mandan y gobiernan.

Carácter del condestable don Alvaro de Luna.

De bajos principios subió á la cumbre de la buena andanza; de ella le despeñó la ambicion. Tenia buenas partes naturales, condicion y costumbres no malas; si las faltas, si los vicios sobrepujasen, el suceso y el remate lo muestran. Era de ingenio vivo y de juicio agudo, sus palabras concertadas y graciosas: usaba de donáires con que picaba; aunque era naturalmente algo impedido en la habla: su astucia y disimulacion grandes; el atrevimiento, soberbia y ambicion no menores.

Todas estas cosas comenzaron desde sus primeros años: con la edad se fueron aumentando. Allegóse el menosprecio que tenia de los hombres, como enfermedad de poderosos. Dejábase visitar con dificultad: mostrábase áspero, en especial de media edad adelante: fué en la cólera muy desenfrenado, exasperado con el ódio de sus enemigos, y desapoderado por los trabajos en que se vió: á manera de fiera que agarrochan en la leonera y despues la sueltan, no dejaba de hacer riza. ¿Qué estragos no hizo,

con el deseo ardiente que tenia de vengarse? Con estas costumbres no es maravilla que cayese; sino cosa vergonzosa que por tanto tiempo se conservase. Varon verdaderamente grande, y por la misma variedad de la fortuna maravilloso...

Por espacio de treinta años poco mas ó menos, estuvo apoderado de tal manera de la casa real, que ninguna cosa grande ni pequeña se hacia sino por su voluntad... Pero con el ejemplo de su desastrada muerte quedarán avisados los cortesanos que quieran mas ser amados de sus príncipes que temidos, porque el miedo del señor es la perdicion del criado, y los hados (cierto Dios) apenas permiten que los criados soberbios mueran en paz.

Discurso de Pelayo, animando á los cristianos á que tomen las armas.

Conviene usar de presteza y de valor para que los que tenemos la justicia de nuestra parte, sobrepujemos á los contrarios en el esfuerzo... Con corazones atrevidos avivemos la esperanza de recobrar la libertad, y la engendremos en el ánimo de nuestros hermanos. El ejército de los enemigos derramado por muchas partes, y la fuerza de su campo está embarazada en Francia. Acudamos, pues, con esfuerzo y corazon: que esta es buena ocasion para pelear por la antigua gloria de la guerra, por los altares y reglion, por los hijos, mugeres, parientes y aliados que estan puestos en una indigna y gravísima servidumbre. Pesada cosa es relatar sus ultrajes, nuestras miserias y peligros, y cosa muy vana encarecellas con palabras, derramar lágrimas, despedir suspiros. Lo que hace al caso es aplicar algun remedio á la enfermedad, dar muestra de vuestra nobleza, y acordaros que sois nacidos de la nobilísima sangre de los godos. La prosperidad y regalos nos enflaquecieron y hicieron caer en tantos males; la adversidad y trabajos nos aviven y nos despierten... ¡O grande y entrañable dolor, fortuna trabajosa y áspera, que vosotros mismos seais despojados de vuestras vidas y haciendas! todo lo cual es forzoso que padezcan los vencidos... ¿Poneis la confianza en la fortaleza y aspereza desta comarca? A los cobardes y ociosos ninguna cosa puede asegurar; y cuando los enemigos no nos acometiesen, ¿cómo podrá esta tierra, estéril y menguada de todo, sustentar tanta gente como se ha recogido á estas montañas? El pequeño número de nuestros soldados os hace dudar: pero debeis os acordar de los tiempos pasados y de los trances variables de la guerra, por donde podeis entender que no vencen los muchos, sino es los esforzados... Estoy determinado con vuestra ayuda de acometer esta empresa y peligro, bien que muy grande, por el bien comun muy de buena gana; y en tanto que yo viviere mostrarme enemigo no mas á estos bárbaros, que á cualquiera de los nuestros que rehusare tomar las armas y ayudarnos en esta guerra sagrada, y no se determinára de vencerme ó morir como bueno antes que sufrir vida tan miserable, tan estrema afrenta y desventura. La grandeza de los castigos hará entender á los cobardes que no son los enemigos los que mas deban temer.

CAPITULO VIII.

CONTINUACION DE LOS HISTORIADORES.

MENDOZA, MONCADA, MELO.

La gran fama de Mariana y la importancia de su obra, ha eclipsado por mucho tiempo á otros historiadores que, limitándose á trabajos mas reducidos, los han desempeñado, sin embargo, de un modo admirable, y á quienes no vacilaríamos en dar la preferencia sobre aquel, si no fuese justo tambien tener en cuenta, al calificar los escritos, las dificultades de la empresa. Las que tenia que vencer Mariana eran con efecto inmensamente mayores, puesto que se dirigia su objeto á hacer una historia general; y los otros á que ahora nos referimos, se han limitado á historias de sucesos parciales, no pudiéndose considerar sus obras mas que como fragmentos históricos; pero fragmentos de tal valor, que es preciso contarlos entre las joyas mas preciosas de nuestra literatura.

Joyas son con efecto, aunque de reducido volúmen, la *Historia de la guerra contra los moriscos del reino de Granada*, por *don Diego Hurtado de Mendoza*: la *Expedicion de Catalanes y Aragoneses contra Turcos y Griegos* de *don Francisco de Moncada*; y la *Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña, en tiempo de Felipe IV*, por *don Francisco Manuel de Melo*. Ya se atienda á la disposicion general de estas obras, ya se tenga en consideracion su desempeño, la elevacion del estilo y la perfeccion del lenguage, son unos verdaderos modelos en su género. ¡Lástima grande que la importancia del objeto no corresponda á su mérito!

El destino de las tres, sin embargo fué desde luego desgraciado, pues quedaron ignoradas todavia mucho tiempo despues de haber sido compuestas. La de Mendoza, por consideraciones políticas, no se publicó hasta 1627, es decir, cuarenta años despues de la muerte de su autor: es verdad que desde su aparicion adquirió toda la nombradia que merece. La de Moncada, aunque fué impresa por primera vez en 1623, cayó en un completo olvido, y no volvió á hacerse de ella nueva edicion hasta el año de 1805, es decir hasta pasados cerca de dos siglos; y por último, la obra de Melo, si bien se imprimió en Portugal, pátria del autor, hasta tres veces, desde la última edicion que fué en 1696, quedó tambien completamente oscurecida, á tal punto que ni el diligente y erudito don Antonio de Capmany hizo mencion de ella en su teatro de la elocuencia. Por fortuna, un ejemplar cayó posteriormente en manos del mismo Capmany,

el cual prendado de tan estimable tesoro, la reimprimió en 1808 y desde entonces su fama ha ido cada dia en aumento. Debemos ocuparnos con especialidad de estas tres obras.

Ya, al hablar de los poetas, hemos dado un lugar entre ellos á don Diego Hurtado de Mendoza. Nada dijimos de su vida, porque su resúmen está mejor colocado aquí, puesto que no solamente esta historia es la obra que mas célebre le hace, si no que en ella imprimió su verdadero carácter, siendo por lo tanto el escrito suyo en que tuvieron mas influencia los sucesos de su vida. Era Mendoza descendiente del ilustre marqués de Santillana, é hijo quinto del gran conde de Tendilla. Nació por los años de 1503, en Granada donde pasó los primeros años de su vida, yendo despues á estudiar á Salamanca. Hallándose en aquella universidad, publicó el *Lazarillo de Tormes*, de que hablaremos mas adelante, libro del género picaresco, nada conforme al parecer con el carácter y costumbres del autor, pero fruto entonces de la licencia estudiantina. Concluidos los estudios, pasó Mendoza á Italia donde se distinguió en los ejércitos, sin dejar por esto de frecuentar sus célebres universidades. Prendado Cárlos V de su vasta instruccion, resolvió emplearle en los negocios de estado; le nombró su embajador en Venecia, y posteriormente en Roma. Asistió al concilio de Trento; y despues de una ausencia de treinta años, muerto el emperador, volvió á España, fijándose en Madrid, con plaza en el Consejo de Estado; pero incurrió pronto en la desgracia de Felipe II, que acabó por desterrarle de la corte á los sesenta y cuatro años de su edad. Retiróse Mendoza á Granada donde se ocupó esclusivamente de trabajos literarios, y murió en 1574.

La pasion de Mendoza por las letras fué estremada y sobremanera útil. En Italia, en medio de sus graves ocupaciones, jamás descuidó su estudio; antes bien, se rodeó siempre de los hombres mas célebres por su instruccion y sabiduria, gastando considerables sumas en la compra de manuscritos antiguos para salvarlos de la destruccion. Cuéntase de él que habiéndo devuelto al Sultan un jóven prisionero que queria mucho aquel soberano, agradecido éste, le hizo preguntar de qué modo le podria pagar tan señalado servicio; y que contestando Mendoza que solo anhelaba algunos manuscritos griegos, le envió el sultan gran copia de ellos. Asi es que Europa le debe la publicacion de muchas obras antiguas importantes, y en particular las del historiador Josefo.

Hallándose desterrado en Granada, tuvo ocasion de presenciar la guerra que se estaba haciendo á los moriscos, y resolvió trasmitir aquellos sucesos á la posteridad. Tampoco afecto á Felipe II, como admirador de su padre, no salió muy bien parado

quel soberano de su pluma, y tal fue la causa de que esta obra tardase tanto en publicarse. Corrieron solo algunas copias furtivas: lo cual unido á que murió el autor cuando se ocupaba en darle la última mano, la ha hecho llegar hasta nosotros no tan limada y perfecta como de desear seria. Descúbrese en esta historia evidentemente que Mendoza se propuso por modelo á los historiadores latinos, procurando reproducir su manera y estilo, sobre todo de Tácito y Salustio que debian ser sus autores favoritos; á tal punto, que se le compara con este último; y en efecto, tiene su precision y su energía. El corte de la frase es constantemente latino, unido no obstante á la grandiosidad castellana; pero si cuida de ser armonioso, no menos se afana por parecer profundo, uniendo admirablemente la política á la elocuencia, en la cual supera á todos los demas historiadores nuestros; de suerte que á cada paso se descubre en el escritor al consumado hombre de estado. Es en fin, tal vez el único escritor nuestro en que se leen mas cosas que palabras, y no se sacrifica el pensamiento á una pomposa armonía. La introduccion de su obra es sobre todo notable por lo grave y sentenciosa.

. . . . . .

Bien sé, dice, que muchas cosas de las que escribiere parecerán á algunos livianas y menudas para historia, comparadas á las grandes que en España se hallan escritas. Guerras largas de varios sucesos; tomas y desolaciones de ciudades populosas; reyes vencidos y presos; discordias entre padres é hijos, hermanas y hermanos, suegros y yernos; desposeidos, restituidos y otra vez desposeidos, muertos á hierro; acabados linajes; mudadas sucesiones de reinos; libre y estendido campo y ancha salida para los escritores. Yo escogí camino mas estrecho, trabajoso, estéril y sin gloria; pero provechoso y de fruto para los que adelante vinieren; comienzos bajos; rebelion de salteadores; junta de esclavos; tumulto de villanos; competencias, odios, ambiciones y pretensiones; dilacion de provisiones; falta de dineros; inconvenientes, ó no creidos, ó tenidos en poco: remision y flojedad en ánimos acostumbrados á entender, proveer y disimular mayores cosas. Y así no será cuidado perdido considerar de cuán livianos principios y causas particulares se viene á colmo de grandes trabajos, dificultades y daños públicos, y cuasi sin remedio. Verán una guerra el parecer tenida en poco y liviana dentro de casa; mas fuera estimada y de gran coyuntura: que en cuanto duró tuvo atentos y no sin esperanza los ánimos de los príncipes, amigos y enemigos, lejos y cerca; primero cubierta y sobresanada, y al fin descubierta parte con el miedo y la industria, y parte criada con el arte y la ambicion. La gente que dije pocos á pocos junta, representada en forma de ejércitos; necesitada España á mover sus fuerzas para atajar el fuego; el rey salir de su reposo y acercarse á ella; encomendar la empresa á don Juan de Austria su hermano, hijo del emperador don Cárlos, á quien la obligacion de las vic-

torias del padre moviese á dar la cuenta de sí que nos muestra el suceso. En fin, pelearse cada dia con enemigos; frio, calor, hambre; falta de municiones y de aparejos en todas partes; daños nuevos, muertes á la continua: hasta que vimos á los enemigos, nacion belicosa, entera, armada, y conflada en el sitio, en el favor de los bárbaros y turcos, vencida, rendida, sacada de su tierra, y desposeida de sus casas y bienes; presos y atados hombres y mujeres; niños cautivos y vencidos en almoneda, ó llevados á habitar á tierras lejos de la suya: cautiverio y transmigracion no menor que las que de otras gentes se leen por las historias, victoria dudosa y de sucesos tan peligrosos, que alguna vez se tuvo duda, si éramos nosotros ó los enemigos, los á quien Dios queria castigar; hasta que al fin de ella descubrió que nosotros éramos los amenazados, y ellos los castigados.

Si Mendoza es superior á la mayor parte de nuestros historiadores por esta concision de estilo, esta elevacion de pensamientos, esta magestad de lenguaje, no brilla menos en la pintura de los caractéres, en la narracion de los hechos, en la valentia de las arengas, en la profundidad de las sentencias, y aun en la disposicion de los episodios, á todo lo cual da constantemente las formas antiguas. De sentir es que su obra no esté descargada de muchas digresiones eruditas que contiene, sobre usos, costumbres y linages, que entorpecen la marcha de la narracion, y que se hallarian mejor puestas en notas; y tambien se debe confesar que al paso que su elocucion es noble, enérgica y grave, no corre siempre fácil y natural; su estilo es á veces incorrecto; y su estremada concision, que suele rayar en afectada, deja tambien en ciertos casos el sentido ambiguo, y en otros oscuro; defectos que provienen, ya de querer aplicar á la lengua castellana modismos latinos que no se ajustan bien á su índole, ya tambien de lo incorrecto de las ediciones en que muy á menudo se habrán suprimido palabras y dislocado cláusulas de un modo contrario á su buena inteligencia.

Otro guerrero ilustre que unió el ejercicio de las armas al manejo de la pluma, y se hizo célebre por ambos conceptos, fué don *Francisco de Moncada, conde de Osona, marqués de Aytona*, de una de las mas ilustres casas de Aragon. Nació en 1586 en Valencia, de cuyo reino era entonces virey su abuelo. Entre los altos puestos que debió á su ilustre nacimiento, fueron los principales los de consejero de Estado, embajador en la corte de Viena, gobernador de los Paises Bajos y generalísimo de las armas hasta 1633, en que fué reemplazado por el Cardenal Infante, mereciendo en todos estos cargos los mayores elogios por su valor y sabiduría. Este guerrero escritor murió coronado de laureles en 1635, en el ducado de Cléves,

cometiéndole la muerte en el campo de Grock, despues de haber derrotado dos ejércitos enemigos.

Tenia treinta y siete años, cuando compuso su *Historia de la expedicion de Catalanes y Aragoneses*. Ciertamente era digno de tan esclarecido guerrero un asunto que, por las hazañas que contiene, lleva visos de maravilloso, y daria márgen á la incredulidad, si tantos historiadores contemporáneos no atestiguasen los mismos hechos. Ya Muntaner, en una crónica catalana, habia referido estos sucesos en los cuales tuvo gran parte; y á la verdad, su obra es preferible en ciertos casos á la de Moncada, por cuanto tiene la animacion del que suscribe lo que ha visto y ejecutado, mientras su imitador no podia hallarse poseido del mismo entusiasmo. No obstante, Moncada, como noble guerrero, se alza á la altura de su asunto, da á entender que comprendía aquellas hazañas, y las pinta con suma valentia. En su género ningun escritor le aventaja: pues si Mendoza es mas nervioso y da mas firmes pinceladas, tambien se muestra mas árido, descarnado y obscuro. Moncada da bien á entender que conoce los autores latinos, mas no se sujeta tanto á ellos en su marcha: les debe rasgos felices; pero no afecta su brevedad y concision que la lengua castellana no admite en igual grado. Su lenguaje en general es natural y fácil, su estilo corre sostenido de clausulas más llenas y redondas que el de Mendoza: y hay en su obra capítulos en que se leen pinturas enérgicas, descripciones vivas, arengas nobles y grandes sentencias, escrito todo con dignidad, hermosura y sin resabios de afectacion ó falso ingenio. No obstante suele ser incorrecto y desaliñado, careciendo de aquella lima que da la perfeccion á los escritos.

Para que se pueda formar una idea del estilo de este autor comparado con el de Mendoza, pondremos tambien aquí la introduccion de su historia.

Mi intento es escribir la memorable espedicion y jornada, que los catalanes y aragoneses hicieron á las provincias de Levante cuando la fortuna y valor andaban compitiendo en el aumento de su poder y estimacion: llamados por Andrómco Paleólogo, emperador de los griegos, en socorro y defensa de su imperio y casa; favorecidos y estimados, en tanto que las armas de los turcos le tuvieron casi oprimido, y temió su perdicion y ruina; pero despues que por el esfuerzo de los nuestros quedó libre de ellas, maltratados y perseguidos con gran crueldad y fiereza bárbara: de que nació la obligacion natural de mirar por su defensa y conservacion, y la causa de volver sus fuerzas invencibles contra los mismos griegos, las cuales fueron tan formidables, que causaron temor y asombro á los mayores príncipes del Asia y Europa, perdicion y total ruina á muchas naciones y provincias, y admiracion á todo el mundo.

Obra será esta, aunque pequeña por el descuido de los antiguos, largos en hazañas y cortos en escribirlas, llena de varios y extraños casos; de guerras continuas en regiones remotas y apartadas con varios pueblos y gentes belicosas; de sangrientas batallas, y victorias no esperadas; de peligrosas conquistas acabadas con dichoso fin por tan pocos y divididos catalanes y aragoneses, que al principio fueron burla de aquellas naciones, y despues instrumento de los grandes castigos que Dios hizo en ellas: vencidos los turcos en el primer aumento de su fuerza otomana, desposeidos de grandes y ricas provincias del Asia menor á viva fuerza y rigor de nuestras espadas, encerrados en lo mas áspero y desierto de los montes de Armenia despues vueltas las armas contra los griegos en cuyo favor pasaron, por librarse de una afrentosa muerte, y vengar agravios que no se pudieran disimular sin gran mengua de su estimacion, y afrenta de su nombre: ganados por fuerza muchos pueblos y ciudades: desbaratados y rotos poderosos ejércitos: vencidos y muertos en campo reyes y príncipes: grandes provincias destruidas y desiertas, muertos sus caudillos ó desterrados sus moradores: venganzas merecidas mas que lícitas: Tracia, Macedonia, Tesalia y Beocia penetradas y pisadas á pesar de todos los príncipes y fuerzas del Oriente, y últimamente muerto á sus manos el duque de Atenas con toda la nobleza de sus vasallos; y á pesar de los socorros de franceses y griegos, ocupado su estado, y en él fundado un nuevo señorío.

En todos estos sucesos no faltaron traiciones, crueldades, robos, violencias, sediciones: pestilencia comun, no solo de un ejército colectivo y débil por el corto poder de la suprema cabeza, pero de grandes y poderosas monarquías. Si como vencieron los catalanes á sus enemigos, vencieran su ambicion y codicia, no escediendo los límites de lo justo, y se conservaran unidos; dilataran sus armas hasta los últimos fines del Oriente; y vieran Palestina y Jerusalen segunda vez las banderas cruzadas porque su valor y disciplina militar, su constancia en las adversidades, sufrimiento en los trabajos, seguridad en los peligros, presteza en las ejecuciones, y otras virtudes militares, las tuvieron en sumo grado, en tanto que la ira no las pervirtió. Pero el mismo poder que Dios les entregó para castigar y oprimir tantas naciones, quiso que fuese el instrumento de su propio castigo. Con la soberbia de los buenos sucesos y desvanecidos en su prosperidad, llegaron á dividirse en la competencia del gobierno, y divididos, á matarse: con que se encendió una guerra civil, tan terrible y cruel, que causó sin comparacion mayores daños y muertes que las que tuvieron con los extraños.

Sea cual fuere el mérito de las dos historias que acabamos de examinar, en nuestro concepto es todavia mayor el de la historia de Melo, acercándose mucho mas en su forma y desempeño al bello ideal del género. El asunto, sin embargo, no era tan felizmente elegido como los de Mendoza y Moncada: estos no solamente tratan de guerras estrangeras y de hechos gloriosos

para España, sino que hasta lo maravilloso de los sucesos, particularmente en el último, les dá una forma épica. El asunto elegido por Melo es triste y desgraciado para España, como él mismo lo dice, pues trátase de una guerra civil, en la que estuvo la monarquía para perder una de sus mas bellas provincias. Es verdad que durante los trece años que duró aquella desastrosa guerra, se engrandeció habiendo tomado parte en la lucha la poderosa Francia de Luis XIV; pero desgraciadamente la obra de Melo no comprende mas que el primer año, cuando la contienda no habia tomado toda la importancia que despues tuvo: de suerte que tan bella obra no es mas que un fragmento, ó la introduccion de lo que hubiera llegado á ser un monumento histórico, magnífico y grandioso: aun asi es una preciosidad.

Don Francisco Manuel de Melo, de quien se conservan tambien buenas poesias castellanas, como en su lugar hemos visto, y que fué grande amigo de Quevedo, nació en Lisboa el 23 de noviembre de 1611. Portugal pertenecia entonces á España, y por lo tanto Melo empezó por servir á esta monarquía. Habiéndose lanzado, siendo todavia muy jóven, á la carrera de las armas, combatió en los ejércitos de Flandes, donde se distinguió, llegando al grado de Maestre de campo. En concepto de tal, fue destinado á la guerra de Cataluña, y aunque solo tenia á la sazon treinta y nueve años, era tal ya su fama, como escritor y guerrero, que Felipe IV le dió el encargo de escribir la historia de aquella campaña. Por desgracia, á la rebelion de Cataluña siguióse la todavia mas desgraciada de Portugal; y Melo, como natural de aquel reino, empezó á ser tildado de adicto á los rebeldes, y acaso no sin razon, de conspirar á favor suyo. Prendióse, pues, y condújose á Madrid; mas no hubo de probársele nada, cuando se le puso en libertad á poco tiempo. Entonces se escapó y huyó á Portugal donde fué ardiente partidario de la independencia y uno de los que mas contribuyeron al triunfo del duque de Braganza. Mal premio alcanzó no obstante de su celo y sus servicios; pues acusado falsamente de haber asesinado á Francisco Cardoso, se le tuvo preso doce años en la torre vieja de Lisboa, de donde no salió sino para ser desterrado al Brasil. Volvió á su patria al cabo de seis años, muriendo allí en 1667.

Estando en Lisboa, acabó su historia que publicó, no con su nombre, sino con el anónimo de *Clemente Libertino*, dedicándola al papa Inocencio X. Además de esta obra, dió á luz otras muchas sobre todos asuntos y en diversas lenguas, cuya coleccion dicen que llega á cien volúmenes, siendo otro tanto lo que dejó inédito.

El libro de Melo, si bien es de escasa importancia como mo-

numento histórico, la tiene mucha como obra literaria. Realizó quizás lo que Mendoza habia procurado en vano; y es el hermanar debidamente las formas latinas con la índole de la lengua castellana. Se le puede considerar como el Tácito español. Su estilo, no exento, empero, de cierto énfasis, es conciso, apretado, enérgico al mismo tiempo que animado y pintoresco. En las descripciones pinta con maravillosa verdad; en los discursos es elocuente; en las reflexiones oportuno; su lenguage siempre claro, fluido, sonoro; en fin, es el modelo que mas deben tener presente los que deseen perfeccionarse en el estilo histórico, modelo tanto mas fácil de estudiar, cuanto que por la corta estension de la obra, su animacion y hermosura, se puede leer y releer muchas veces. Entre varios trozos admirables que podriamos presentar, elegiremos, aunque algo largo, el alzamiento de Barcelona. Dice asi:

Amaneció el dia en que la iglesia católica celebra la institucion del Santísimo Sacramento del Altar; fué aquel año el 7 de Junio: continuóse por toda la mañana la temida entrada de los segadores... Entraban y discurrian por la ciudad: no habia por todas sus calles y plazas, sino corrillos y conversaciones de vecinos y segadores: en todo se discurria sobre los negocios entre el rey y la provincia, sobre la violencia del virey, sobre la prision del diputado y consejeros, sobre los intentos de Castilla, y últimamente sobre la libertad de los soldados: despues ya encendidos de enojo, paseaban llenos de silencio por las plazas, y el furor oprimido por la duda forcejaba por salir asomándose á los efectos, que todos se reconocian rabiosos é impacientes: si topaban algun castellano, sin respetar su hábito ó puesto, lo miraban con mofa y descortesía, deseando incitarlos al ruido; no habia demostracion que no prometiese un miserable suceso.

Era ya constante en todas partes el alboroto: los naturales y forasteros corrian desordenadamente; los castellanos amedrentados del furor público, se escondian en lugares olvidados y torpes, otros se confiaban á la fidelidad (pocas veces incorrupta) de algunos moradores, tal con la piedad, tal con la industria, tal con el oro. Acudió la justicia á estorbar las primeras revoluciones, procurando reconocer y prender algunos de los autores del tumulto; esta diligencia (á pocos agradable) irritó y dió nuevo aliento á su furor, como acontece que el rocío de poca agua enciende mas la llama en la hornaza.

Señalábase entre todos los sediciosos uno de los segadores, hombre facineroso y terrible, al cual queriendo prender por haberle conocido un ministro inferior de la justicia, resultó de esta contienda ruido entre los dos: quedó herido el segador, á quien ya socorria gran parte de los suyos. Esforzábase mas y mas uno y otro partido, empero siempre ventajoso el de los segadores. Entonces algunos de los soldados de milicia que guardaban el

palacio del virey, tiraron hácia el tumulto; dando á todos mas ocasion que remedio. A este tiempo rompian furiosamente en gritos; unos pedian venganza, otros mas ambiciosos apellidaban la libertad de la patria; aqui se oia viva Cataluña y los catalanes; allí otros clamaban: muera el mal gobierno de Felipe. Formidables resonaron la primera vez estas cláusulas en los recatados oidos de los prudentes; casi todos los que no las ministraban las oian con temor, y los demás no quisieran haberlas oido. La duda, el espanto, el peligro, la confusion, todo era uno; para todo habia su accion y en cada cual cabian tan diferentes efectos; solo los ministros reales y los de la guerra lo esperaban iguales en el celo. Todos aguardaban por instantes la muerte (el vulgo furioso pocas veces para sino en sangre) muchos sin contener su enojo servian de pregon al furor de otros; este gritaba cuando aquel heria, y este con las voces de aquel se enfurecia de nuevo. Infamaban los españoles con enormísimos nombres, buscábanlos con ansia y cuidado, y el que descubria y mataba eso era tenido por valiente, fiel y dichoso...

Porfiaban otras bandas de segadores (esforzadas ya de muchos naturales) en ceñir la casa de Santa Coloma. Entonces los diputados de la general con los conselleres de la ciudad acudieron á su palacio; diligencia que mas ayudó la confusion del conde, de lo que pudo socorrérsela: allí se puso en plática saliese de la ciudad... Dos galeras en el muelle daban todavia esperanzas de salvacion. Escuchábalo el Santa Coloma, pero con ánimo tan turbado, que el juicio ya no alcanzaba á distinguir el yerro del acierto. Cobróse, y resolvió despedir de su presencia casi todos los que le acompañaban, ó fuese que no se atrevió á decirles de otra suerte que escapasen las vidas ó que no quiso hallarse con tantos testigos á la ejecucion de su retirada. En fin, se escusó á los que le aconsejaban su remedio con peligro, no solo de Barcelona, sino de toda la provincia; juzgaba la partida indecente á su dignidad; ofrecia en su corazon la vida por el real decoro: de esta suerte firme en no desamparar su mando, se dispuso á guardar todos los trances de su fortuna...

A este tiempo vagaba por la ciudad un confusísimo rumor de armas y voces; cada casa representaba un espectáculo, muchas se ardian, muchas se arruinaban, á todas se perdia el respeto, y se atrevia la furia; olvidábase el sagrado de los templos, la clausura é inmunidad de las regiones fué patente al atrevimiento de los homicidas; hallábanse hombres despedazados sin examinar otra culpa que su nacion, aun los naturales eran oprimidos por crímen de traidores; asi infamaban aquel dia á la piedad, si alguno abrió sus puertas al afligido, ó las cerraba al furioso. Fueron rotas las cárceles, cobrando no solo libertad, mas autoridad los delincuentes.

Habia el conde ya reconocido su postrer riesgo, oyendo las voces de los que le buscaban pidiendo su vida; y depuestas entonces las obligaciones de Grande, se dejó llevar fácilmente de los afectos de hombre; procuró todos los modos de salvacion, y

volvió desordenadamente á proseguir en el primer intento de embarcarse: salió á la lengua del agua; pero como el aprieto fuese grande, y mayor el peso de las aflicciones, mandó se adelantase su hijo con pocos que le seguian, porque llegando al esquife de la galera (que no sin gran peligro los aguardaba) hiciese como lo esperase tambien: no quiso aventurar la vida del hijo: porque no confiaba tanto de su fortuna. Adelantóse el mozo, y alcanzando la embarcacion, no le fué posible detenerla (tanta era la furia con que procuraban desde la ciudad su ruina): navegó hácia la galera, que le aguardaba fuera de la batería. Quedóse el conde miráudola con lágrimas disculpables en un hombre que se veia desamparado á un tiempo del hijo y de las esperanzas; pero ya cierto de su perdicion, volvió con vagarosos pasos por la orilla opuesta á las peñas que llaman de San Beltran, camino de Monjuich.

A esta sazon, entrada su casa y pública su ausencia, le buscan rabiosamente por todas partes como si su muerte fuese la corona de aquella victoria; todos sus pasos reconocian los de la tarazana: los muchos ojos que la miraban caminando como verdaderamente á la muerte, hicieron que no pudiese ocultarse á los que le seguian; era grande la calor del dia, superior la congoja, seguro el peligro, viva la imaginacion de su afrenta; estaba sobre todo firmada la sentencia en el tribunal infalible, cayó en tierra cubierto de un mortal desmayo, donde siendo hallado por algunos de los que furiosamente le buscaban, fue muerto de cinco heridas en el pecho.

Asi acabó su vida don Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma, dándole famoso desengaño á la ambicion y soberbia de los humanos, pues aquel mismo hombre en aquella region misma, casi en un tiempo propio, una vez sirvió de envidia, otra de lástima. ¡O grandes! que os parece nacistejs naturales al imperio, ¡qué importa, sino dura mas de la vida, y siempre la violencia del mando os arrastra tempranamente al precipicio!

Melo, en su historia, critica ágriamente la conducta del gobierno de Felipe IV; y sin alabar la rebelion, no deja de disculpar á los amotinados. Como extrangero ya, al tiempo que escribia esta obra, y debiendo la emancipacion de su patria á otra sublevacion semejante, aunque mas afortunada, no es extraño que diese este colorido á su brillante relato. No obstante, es preciso hacerle la justicia de que, al hablar de los movimientos populares, amante de la verdadera libertad, condena á la par el despotismo y la anarquía. No deja sin embargo de ser cosa notable, que los dos dechados mas perfectos que tiene en el género histórico la lengua castellana, el de Melo y el de Mendoza, sean dos obras de crítica y de oposicion al gobierno español.

CAPITULO IX.

SIGUEN LOS HISTORIADORES

SOLIS, ARGENSOLA, AVILA, COLOMA Y OTROS.

Otro de los historiadores de mas nombradía que tenemos, tan puro como Melo, ni tan grave como Mendoza, mas brillante que ambos *es don Antonio de Solis* que escribió la *Historia de la Conquista, poblacion, y progresos de la América Septentrional, conocida con el nombre de Nueva España.* Poema la llaman algunos y novela otros: cierto es que está escrita con mas florida imaginacion, mas lujo de lenguaje que lo que permite la historia; pero esto no obsta para que sea un libro que se lee con singular agrado.

Alcalá de Henares es la patria que se envanece con este insigne escritor. Nacido en 1610, dió desde jóven muestras de su sobresaliente ingenio: y ya á la edad de diez y siete años habia compuesto una comedia titulada *Amor y obligacion*; pues aunque sus padres le mandaron á Salamanca á estudiar jurisprudencia y teología, no hizo en estas ciencias los progresos que de él se esperaban, llevándose toda su atencion la poesía. No obstante, concluyó felizmente sus estudios, añadió al de ambos derechos, el de otras ciencias, y sobre todo en el trato del mundo procuró adquirir aquel caudal de conocimientos prácticos que tanto sirven al historiador y al estadista.

Habiéndole acogido bajo su proteccion el conde de Oropesa, le llevó este personage en calidad de secretario á su vireinato de Nápoles: fué posteriormente oficial de la secretaría de Estado, y últimamente, á ejemplo de muchos célebres escritores, abrazó la carrera eclesiástica teniendo ya cincuenta y siete años: murió en 1686, á los setenta y seis de su carrera.

Con Solis se cierra la série de nuestros escritores en aquellos dos siglos tan gloriosos para la literatura española. Despues de él se encuentra una gran laguna, de esterilidad para España, hasta fines del siglo último en que volvieron á revivir las letras. Aun en tiempo de Solis, esa esterilidad era ya grande, quedando él solo de tantos felices ingenios; y no era escaso ciertamente el suyo, cuando, si bien no resistió del todo al mal gusto que reinaba, pudo en medio del contagio general, producir una obra in-

mortal y digna de admiracion por mas de un concepto. La historia de Solís, si en todos tiempos hubiera labrado la reputacion de su autor por las brillantes prendas que en ella sobresalen, es un prodigio considerado como producto del reinado de Cárlos II, época en que la literatura andaba tan decaida como la monarquía, y en que solo prevalecian los delirios mas estravagantes del ingenio, como al hablar de Baltasar Gracian hemos manifestado. Hay ciertamente resabios de este mal gusto en la historia de Solis: no era posible que dejase de incurrir en aquellos delirios tan preconizados entonces: el oropel se mezcla muy á menudo al oro puro de su obra: mas nadie que no sea de corazon frio y estrecho, y sordo á los halagos de la hermosa y dulce lengua castellana, dejará de apreciar aquella narracion tan animada, aquellos cuadros tan vivos, aquellas bellas arengas, aquel lenguage culto, esmerado y sonoro.

Este esmero á la verdad degenera en afectacion: la cultura en agudeza, la sonoridad en ruido vano; se deja con frecuencia ver mas bien al poeta que al historiador; en las pinturas se arrojan con demasiada profusion los colores; en vez de grandeza suele encontrarse hinchazon; se falta á la verosimilitud haciendo á los mejicanos en sus discursos mas cultos é ilustrados de lo que eran; se desearia mas parsimonia en los conceptos y adornos; las cláusulas pecan á veces por demasiado afeitadas y peinadas: mas todos estos defectos que se han ponderado mucho, desaparecen ante multitud de bellezas que encantan y arrebatan á los lectores. Jamás decae su estilo; no se encuentran en él huellas de incorreccion ni desaliño, y pocos escritores han sabido, como Solis, decir las cosas con tan urbano, elegante y delicado modo, ni con periodos tan llenos y armoniosos. Tuvo el mérito de formarse un lenguage propio; no se empeñó en seguir servilmente la imitacion de los latinos; se muestra esclusivamente español: y en su estilo resplandece sobre todo la índole verdadera del habla castellana.

Hemos dicho que Solis cultivó la poesía. Sus versos sagrados y profanos, brillan por la facilidad, viveza, claridad y pureza de la expresion: fué autor, como en su lugar hemos visto, de algunas buenas comedias; y últimamente sus *Cartas familiares* publicadas por Mayans, forman una coleccion preciosa, no solo por las interesantes noticias que contienen sino por el estilo claro, ligero, vivo y agradable con que están escritas.

He aquí el retrato que hace de Hernan Cortés.

Dióse á las letras en su primera edad, y cursó en Salamanca dos años, que le bastaron para conocer que iba contra su natural, y que no convenia, contra la viveza de su espíritu, aquella

diligencia perezosa de los estudios. Volvió á su casa resuelto á seguir la guerra; y sus padres le encaminaron á la Italia; que entonces era la de mas pundonor por estar calificada con el nombre del Gran Capitan. Pero al tiempo de embarcarse, le sobrevino una enfermedad que le duró muchos dias; de cuyo accidente resultó el hallarse obligado á mudar de intento, aunque no de profesion. Inclinóse á pasar á las Indias, que como entonces duraba su conquista, se apetecian con el valor mas que con la codicia... Luego que llegó á Santo Domingo, y se dió á conocer, halló grande agasajo y estimacion en todos, y tan agradable acogida en el gobernador, que le admitió desde luego entre los suyos, y ofreció cuidar de sus aumentos con particular aplicacion. Pero no bastaron estos favores para divertir su inclinacion; porque se hallaba tan violento en la ociosidad de aquella isla, que pidió licencia para empezar á servir en la de Cuba, donde se traian por entonces las armas en las manos; y haciendo este viage con el beneplácito de su pariente, trató de acreditar en las ocasiones de aquella guerra su valor y su obediencia, que son los primeros rudimentos de esta facultad. Consiguió brevemente la opinion de valeroso, y tardó poco mas á darse á conocer su entendimiento, porque sabiendo adelantarse entre los soldados, sabia tambien dificultar y resolver entre los capitanes.

Era mozo de gentil presencia y agrañable rostro; y sobre estas recomendaciones comunes de la naturaleza, tenia otras de su propio natural, que le hacian amable, porque hablaba bien de los ausentes, era festivo y discreto en las conversaciones, y partia con sus compañeros cuanto adquiria, con la generosidad, que sabia ganar amigos sin buscar agradecidos.

Para muestra de las brillantes oraciones que pone en boca de sus personages, copiaremos la siguiente que hace Jicotencal á los tlascaltecas, para animarlos á la guerra.

No en todos los negocios se debe á las canas la primera seguridad de los aciertos, más inclinadas al recelo que á la osadía, y mejores consejeros de la paciencia que del valor... Cuando se habla de guerra, suele ser engañosa virtud la prudencia; porque tiene de pasion todo aquello que parece al miedo... Lo que obraron estos extrangeros en Tabasco ¿fué mas que romper un ejército superior? ¿Esto se pondera en Tlascala como sobrenatural, donde se obran cada dia con la fuerza ordinaria mayores hazañas? Y esa benignidad que han usado con los Zempoales? no puede ser artificio para ganar á menos costa los pueblos? Yo por lo menos la tendria por dulzura sospechosa de los que regalan el paladar para introducir el veneno, porque no forman con lo demas que sabemos de su codicia, soberbia y ambicion. Estos hombres (si ya no son algunos mónstruos que arrojó el mar en nuestras costas) roban nuestros pueblos, viven al arbitrio de su antojo sedientos del oro y de la plata, y dados á las delicias de la

tierra; desprecian nuestras leyes, intentan novedades peligrosas en la justicia y en la religion, destruyen los templos, despedazan las aras, blasfeman de los dioses. ¡Y se les dá estimacion de celestiales! y se duda la razon de nuestra resistencia! y se escucha sin escándalo el nombre de paz... Esas impresiones del aire, y señales espantosas, tan encarecidas por Magiscatzin, antes nos persuaden á que les tratemos como enemigos, porque siempre denotan calamidades y miserias. No nos avisa el cielo con sus prodigios de lo que esperamos, sino de lo que debemos temer... Júntense nuestras fuerzas, y acábese de una vez con ellos, pues vienen á nuestro poder señalados con el índice de las estrellas, para que los miremos como tiranos de la pátria y de los dioses; y librando en su castigo la reputacion de nuestras armas, conozca el mundo que no es lo mismo ser inmortales en Tabascos que invencibles en Tlascala.

Para cumplir con su empleo de cronista de Indias escribió Solis su historia, y por encargo del conde Lémus, presidente del Consejo de Indias, habia compuesto antes Bartolomé Leonardo de Argensola *la Conquista de las Molucas*, habiendo tambien dejado cuatro libros en continuacion de los Anales de Zurita, como cronista que fué de aquella corona. La primera, que es la mas notable de estas obras, tiene, aun mas que la de Solis, el aire de novela, mostrándose en ella muy á menudo el poeta, y descendiendo hasta la narracion de aventuras amorosas que desdicen de la gravedad histórica, si bien contadas con singular tino y delicadeza. Para hacer amena la lectura de hechos obscuros, é interesar con personages tan desconocidos, necesitaba tal vez mas que otro historiador alguno pedir sus adornos á la imaginacion, y embellecer sus narraciones con estilo ameno y florido; y aunque se le advierten resabios de falsa pompa y agudeza, es por lo general natural y sencillo, tiene viveza en las pinturas y hay suma armonía en su lenguage. Puede formarse una idea de la prosa de este ilustre poeta por el siguiente trozo, en que habla de la planta *singádi de Ternate* llamada árbol triste.

El Sultan Aerio, rey de Ternate, era entonces mozo de diez años. Criábalo su madre retirado en una casa de recreacion de verdura, donde á la disposicion agreste añadia bellezas del arte, y pudo tanto que aquella flor admirable por su fragancia y por su nacimiento, que vulgarmente llaman *triste*, y nace en Malabar y Malaca solamente, abunda en los jardines desta señora.

Adoraba ella en él, y criaba á su hijo en esta vanidad para que olvidase los principios que en Goa aprendió siendo niño en los colegios de la compañía de jesuitas. Finjen aquellos idólatras, ó creen, que en tiempos antiguos una hija que tuvo Parizataco Sátrapa se enamoró del sol, y que habiéndole correspondido y obligado, puso su amor en otra; y no pudiendo sufrir la primera

amante que la otra fuese preferida, se mató. De sus cenizas (porque en aquellas partes no ha caido aun el uso de quemar los cuerpos muertos) nació aquel árbol, cuyas flores, conservando la memoria del dueño, aborrecen al sol tanto, que no sostienen su luz....

En cada hoja brota un pezon, que arroja cinco cabezuelas pequeñas, en la punta, adornada cada cual de cuatro hojitas redondas menores. Entre ellas nacen las flores blancas, mayores que las del naranjo, y tan aprisa en anocheciendo, que por movimiento comprensible suceden unas á otras. Toda la noche dura esta fecundidad, hasta que la presencia del sol la esteriliza, y se cae con ella toda la flor y las hojas, y quedan los ramos lánguidos. Cesa súbitamente aquella fragancia que ennoblecia el aire de todos los olores de Asia comprehendidos en solo este: hasta que, huyendo el sol del horizonte, vuelve la planta á florecer en sus tinieblas amadas, como descansando con ellas del agravio que recibió de la luz. Son los asiáticos perdidos por los olores, en argumento de su lascivia.

Habiendo hablado ya con la suficiente detencion de nuestros primeros historiadores, inútil y molesto seria que siguiéramos haciendo lo mismo con los demas que, considerados literariamente, estan á gran distancia da aquellos. Por lo tanto, solo haremos ya una ligera indicacion de algunos de menor nota, y nos contentaremos con citar los nombres de otros.

Don Luis de Avila y Zúñiga, ilustre caballero, y embajador que fue cerca de la corte de Roma, acompañó al emperador Cárlos V á la jornada de Alemania contra la liga de protestantes y publicó la historia de aquellas célebres campañas con el título de *Comentario de la guerra de Alemaña hecha de Cárlos V. Máximo Emperador romano rey de España*. Esta obrita, aunque su estilo es poco castigado y á veces duro, tiene claridad y rapidez en la narracion, brevedad y energía en las sentencias, y en las descripciones bastante magnificencia.

Pedro Megía cronista del mismo emperador, entre otras varias obras, dejó una *Historia imperial y cesárea*, donde comprendia la vida de todos los emperadores romanos desde Julio César hasta Maximiliano I de Austria. El estilo de esta obra es castizo, claro, grave y conciso; mas no siempre noble, igual, ni correcto.

Don *Cárlos Coloma*, marqués del Espinar, que floreció en tiempo de Felipe IV, militó mucho tiempo en los estados de Flandes, publicó *Las guerras de los Estados Bajos desde el año 1588 hasta 1599*, obra que por su método, lenguage y propiedad, desnuda de afectacion y vanos adornos, merece ser leida por los que profesan la carrera de las armas. Este escritor hizo ademas

una muy apreciada version al castellano de los *Anales de Tácito*.

Diego Perez de Hita publicó la *Historia de las guerras civiles de Granada*, libro mas bien que historia, mezclado de romances, y cuya lectura es amena y entretenida.

Merecen tambien ser nombrados, *Sandoval* por su historia de Cárlos V y otras; *Cabrera* por la de Felipe II; *Gil Gonzalez Dávila* por la de Felipe III; *Gonzalo Céspedes y Meneses* por la de Felipe IV. *Gonzalo de Illescas* escribió la Historia pontifical; *don Bernardino de Mendoza* los comentarios de las guerras de Flandes; *Luis Mármol Carbajal* la Historia de la rebelion y castigo de los moriscos del reino de Granada; *Antonio de Herrera* la Historia general del mundo en tiempo de Felipe II.

Para la historia de las Indias, tenemos ante todos al capitan, *Gonzalo Fernandez de Oviedo y Valdés*, primer cronista del Nuevo Mundo, cuya *Historia General y natural* está dando á luz la Real Academia de la Historia; Herrera en su Historia general de los hechos de los españoles en las islas y tierra firme del mar Océano; *Bernal Diaz del Castillo*, Historia verdadera de la conquista de Nueva España; *Inca Garcilaso de la Vega* en sus comentarios del Perú é Historia de la Florida; *Fray Lopez de Gómara*, Historia general de las Indias; y otros muchos, si bien todos estos historiadores sirven mas para el erudito que para el literato.

Son tambien infinitas las historias que existen de ciudades; entre las cuales se distinguen la de Murcia por el licenciado Cascales, la de Segovia por *Colmenares* y los Anales de Sevilla por don *Diego Ortiz de Zúñiga*.

CAPITULO X.

Historiadores sagrados. Siguenza, Yepes, Roa.

Si en historias profanas es grande el caudal que tiene la literatura española, no es menos el que puede presentar de historiadores sagrados, sobre todo de lo que han publicado anales de monasterios ó conventos de órdenes religiosas y vidas de santos. No citaremos sin embargo mas que á *Fray José de Siguenza*, *Fray Diego de Yepes y el P. Martin de Roa*, que son los que encierran algun mérito literario, pudiendo sacarse de ellos numerosos fragmentos, dignos de tenerse por modelos de buen lenguage.

Como se puede inferir desde luego, estos historiadores pre-

sentan un carácter distinto de los profanos, los cuales se complacen en largas relaciones de sitios y batallas, en la pintura de caractéres varios, y en las pomposas arengas; pero sin dar mucho lugar á la parte filosófica ó de raciocinio: en los sagrados, por el contrario, ocupa esta última infinitamente mas lugar que los hechos; pues siendo estos por lo general cortos en número, el historiador discurre largamente acerca de ellos y de las virtudes de su héroe, para sacar preceptos de moral cristiana; pudiéndose decir que semejantes historias no son otra cosa mas que una série de homilias sobre las perfecciones cristianas, tomando por pretesto las acciones del santo. Esto hace tales historias cansadas á la lectura; y aunque brillan á veces con todas las galas del lenguage, solo aquellos que necesitan hacer un estudio detenido de ellas, pueden hallar agrado en mas que en algunos trozos de verdadera elocuencia.

Si el P. *Fray José de Siguenza*, en vez de dedicarse á escribir vidas de santos y la historia de su orden, hubiese empleado las grandes dotes oratorias que le concedió el cielo en trasladar á la posteridad los Anales y revoluciones de los imperios, acaso aventajaria á todos nuestros historiadores, sin esceptuar al mismo Mariana. Su grande erudicion, la elevacion y energía de sus ideas, la claridad y elegancia de su diccion, la flexibilidad de su estilo que tan maravillosamente se acomoda á todos los tonos, le hacian muy apropósito para este género de escritos; pero no habiendo dejado en él mas que la *Vida de san Gerónimo* y la *Historia de la órden del mismo santo*, leidas estas obras por pocas gentes, su fama no es tanta acaso como sin duda merece.

Nació Sigüenza en 1545, en la ciudad que lleva su nombre. Mostró desde muy jóven precoz talento y suma aficion á las lecturas: sobre todo á la poesía. Despues de estudiar en la universidad de su patria, teniendo solo veinte años, quiso abrazar la carrera de las armas, y embarcarse con la espedicion que iba al socorro de Malta sitiada por los turcos; pero habiendo llegado tarde, este contratiempo, y una enfermedad que tuvo, le decidieron á tomar el hábito religioso. Entró en el monasterio del Parral de Segovia donde continuó sus estudios, perfecionándolos despues en el de san Lorenzo del Escorial. Desde luego dió muestras de gran saber, y su fama cundió tanto, que Felipe II le tuvo en grande aprecio. Ayudó á Arias Montano en el arreglo de la Biblioteca del Escorial, y le sucedió en este encargo. Persiguiéndole la envidia, fue acusado á la inquisicion, y preso por ella; pero salió triunfante á los ocho meses. A pesar de su resistencia á admitir los honores de su órden, fué rector del colegio de aquel monasterio, y posteriormente su prior. Murió en 1606.

No podemos dar mejor idea del estilo de este excelente escri-

tor, que trasladando aqui el siguiente trozo de su *vida de san Gerónimo*.

Quien atentamente mirare la corrida que hasta aqui ha hecho el mundo, y el suceso de los tiempos, descubrirá muy claro el cuidado y la providencia con que ha siempre acudido el cielo al remedio de las necesidades de los hombres. Son los ojos de Dios de larga vista sin tasa de lugar ni tiempo; y van muy delante de las cosas, que por sus veces suceden unas tras otras. De aqui viene que llama por sus nombres igualmente, y le responden, las cosas que son y las que no son. Todo lo mira, todo lo penetra, todo lo prevee y dispone con toda suavidad, que ello mismo parece que se cae de su peso. Esto se manifiesta en todas las cosas naturales, tan claro, que se nos viene á los ojos; y en las cosas que entran en el género de libres, y son señoras de sus obras, resplandecen mas los efectos.

Vió la sabiduría de Dios, que la malicia y envidia del demonio no habia de tener fin, ni abajar de su soberbia un punto; sino que habia de irse estendiendo al mismo compás de los siglos procurando en todos ellos quitalle á él la gloria que se le debe, y al hombre los bienes que se le han prometido. Y aun Dios por el mismo suceso, y como por sus mismos pasos, fué proveyendo de remedio contra sus daños, y de reparos contra el estrago de sus envidias.

No se le dejó de alcanzar al padre Sigüenza que su pluma adquiriera mas fama, dedicándola á la historia profana; mas creyó que su estado de religioso le obligaba á seguir la senda que eligió; y tratando de justificarse, hé aqui el paralelo que hace entre aquel género de historia y el religioso.

Historia es (aludiendo á la que escribe) humilde de humildes; contra la primera ley de historias, que pide siempre cosas grandes. No se ven pensamientos ni discursos largos de príncipes para conquistar nuevos reinos, ó mudar de sus asientos grandes estados, descubrir nuevas provincias, trastornar repúblicas, consejos profundos de paz y guerra, trocar la faz y deshacer las suertes detodo esto temporal y visible: cosas que se huelgan todos de leellas; y con tanto gusto (ójalá con tanto fruto), que se olvidan de la comida, y aun del sueño.

A mi no me dieron á escoger, que no es pequeña disculpa: abracé mi suerte, que á muchos parecia desgraciada, estéril y pobre; y en lo que hasta aqui ha salido á luz, se han desengañado buena parte de ellos, y mudado de parecer. Certifican personas de buen juicio, que se han hecho evidencia, no solo ser sabrosa y de fruto la historia que trata casos raros y empresas grandes, y todo eso que llaman hazañoso; sino tambien la que se humilla al yermo, al cláustro, al silencio, y al cilicio, y á cuanto tiene nombre de mortificacion, que suena siempre tan mal á orejas del mundo.

Vése en esta historia trocado todo: y en vez de aquellas pre-

ñadas pláticas de los consejeros de estado; de los razonamientos de los capitanes para disciplinar el ejército, ó animar los soldados á la batalla; de aquellas promesas de la victoria, ó preságios de la suerte adversa; de las conjeturas de lo que pretende el enemigo; la loa del soldado valiente; la diligencia, destreza y ánimo del capitan; los varios trances de la fortuna; la alegria del buen suceso; la riqueza del despojo y de la presa; el número de los muertos y cautivos, los premios de los que como esforzados escalaron primero el muro, ó derribaron las banderas enemigas; y otros cien particulares con que se enriquecen las historias profanas: en vez, digo, de todo esto, entran las amonestaciones santas, los consejos de una celestial prudencia, donde se descubre la sutileza y el ingenio de nuestro mortal enemigo; la perseverancia en el ejercicio santo; la fortaleza en el rigor de la penitencia; el fruto de la oracion contínua: la sumision del cuerpo; el desprecio de sí mesmo; el desengaño de las cosas visibles; la victoria contra nuestras pasiones; la lucha porfiada contra nuestros apetitos; la esperanza del premio, y ¡tal premio! los anuncios de la salud del alma; los recatos aun en el estado mas seguro, el celo de la ceremonia aunque sea pequeña, para que no se toque al muro de lo esencial; las prevenciones antes de llegar á las cosas sagradas; apoyar lo que se desmorona del rigor primero, y esforzar lo que parece vá enflaqueciendo en la virtud; muertes venturosas, suficiente para encender en santa envidia los mas tibios rigorosos á culpas casi sin nombre, mejores para labrar coronas que para enmienda de los delincuentes; y otro alarde de cosas semejantes: menudencias para los ojos del siglo, y de tanta estima en los de Dios que no las remunera menos que con un reino eterno.

No tan perfecto en su estilo, ni tan elevado en los pensamientos como Sigüenza, pero si lleno de uncion y dulzura, fué el P. Fray *Diego de Yepes*, natural del pueblo de su mismo nombre, y nacido en 1529. Dotado de una condicion pacífica, y con temprana vocacion á la vida religiosa, entró en la órden de San Gerónimo, fué sucesivamente prior de varios monasterios, y últimamente del Escorial, por eleccion de Felipe II: este monarca le nombró tambien su confesor, y su hijo Felipe III le presentó para el obispado de Tarazona, cuya silla ocupó hasta su muerte acaecida en 1613, á los ochenta y cuatro años de su edad.

Una persecucion que sufrió y le hizo desterrar á la casa desierta de San Miguel del Monte, le procuró el conocimiento de santa Teresa de Jesus, con quien desde entonces conservó estrecha correspondencia, siendo ademas su confesor. Esta fué la causa de que con el tiempo escribiese la vida de la santa que es su mejor obra. Se acerca mucho su estilo al de Fray Luis de Granada, aunque su espresion no es tan brillante ni armoniosa. Abunda en frases dulces, pero su languidez las hace á veces cansadas; y los frecuentes paréntesis que emplea, cortan la fluidez y

número del período: el gran defecto de este escritor es la verbosidad.

De esta suerte describe los arrobamientos de la santa.

De aquí le nacia un propio conocimiento y humildad tan profunda de ver como cosa tan baja en comparacion del Criador de tantas grandezas, le habia osado ofender. Y con este sentimiento, á veces no se atrevia á alzar los ojos á Dios; á veces se queria ir á los desiertos para no tener ocasion de descontentar al Señor en cosa alguna.... Otras le parecia que se quisiera meter en medio del mundo, y dar voces como la otra muger del Evangelio, que habia hallado la piedra preciosa que deseaba; por ver si por aquí pudiera desengañar á alguno, y ganar alguna alma, para Dios.

Y no es maravilla que quedase con tan contrarios afectos, porque veia dentro de sí dos muy caudalosas fuentes, una de la grandeza y bondad de Dios, y otra de sus miserias: y de ambas nacian estos dos arroyos cada uno de su principio. La grandeza de Dios y su gloria la despertaba para ser pregonera de sus alabanzas; y las faltas y miserias que veian en sí, la sumian en el abismo de su nada....

Unas veces volvia de los raptos con muchas lágrimas y suspiros dulces, testigos dulces de fuego que en su alma ardia, y decia palabras muy sentidas y regaladas. Otras se consolaba con hacer algunas esclamaciones, con que desfogaba por los ojos y boca parte del fuego que abrasaba su espíritu. De estas esclamaciones están escritas al fin de su vida, las cuales no parece sino que están centelleando fuego de amor y gloria de Dios.

El P. *Martin de Roa* fué natural de Córdoba, é individuo de la compañia de Jesús, en la cual se grangeó suma reputacion, y obtuvo cargos principales terminando sus dias en el colegio de Montilla, año de 1637.

Como escritor ascético tiene este padre el libro de *El estado de los bienaventurados en el cielo, de los niños en el limbo, etc.* Como historiador sagrado, publicó *Ecija y sus santos*: la *Vida y maravillosas virtudes de doña Sancha Carrillo*, y la *Vida y hechos de doña Ana de Ponce de Leon, duquesa de Feria*. Esta es su mejor obra. Escritor á veces conciso, á veces amplificador, tiene grandeza en las ideas, pero abusa de las metáforas y alegorías. Su estilo es magestuoso, y se contiene á conveniente altura. Merece citarse, aunque mas propia de un sacerdote que de una muger, la siguiente exhortacion que pone en boca de la condesa de Feria, animando á su esposo en el trance de la muerte.

Soldados sois, y hecho á las armas; y con ellas al tributo de la paciencia en el rigor del hielo y el ardor del estío, sin buscar re-

galos ni perdonar trabajo. No os acobarde en vuestra casa el temor de aquello cuyo desprecio os hizo ser temido de vuestros enemigos en campaña. Pues, ni aqui es la muerte mas poderosa, ni alli menos terrible: y la vida contra quien ella pelea, mucho mas apetecible entonces que ahora, por la comodidad que la salud y vigor que las fuerzas os daban para gozar de los bienes de ella; de los cuales os ha privado la enfermedad, dejando en vuestra alma solo arrepentimiento de los tiempos pasados, y en el cuerpo el dolor de los males presentes. ¿Pareceros ha que han sido menores los encuentros de otros? Tambien lo serán los galardones; pues los trabajos bien sufridos son el precio con que se alcanzan de Dios grandes mercedes y no es la menor dellas poner al hombre en ocasion apretada de merecerlas. La ocasion teneis en la mano y pues la tribulacion de tan larga y tan penosa enfermedad os presenta batalla, haced como caballero cristiano; y puesto en medio del peligro, aseguraos con el escudo de la fé, que bastante es, como dijo el apóstol, para rebatir todas las saetas del enemigo. Mirad que el cielo está á la mira, y el mundo y los ángeles, y los hombres á vista de como os valeis de las armas de Jesucristo; y el mismo Señor con su presencia os esfuerza, y huelga mucho de ser testigo de vuestros hechos, porque ha de ser remunerador de vuestra victoria. Si recibe heridas el cuerpo, no son de muerte, sino de salud para el alma. Y si él siente menoscabadas las fuerzas y oprimido el aliento con el peso de la enfermedad, eso mismo es lo que todos pierden á manos de la vejez, sin esperanza de recobrarlo; cuando á pesar nuestro como heno caemos, sin haber dado otro fruto de nuestra vida que muchos años mal empleados, y por flores canas sin honra. Los que en ociosidad y deleite han vivido afrentosamente, forzados de la necesidad con deshonra mueren y sin premio; mas vos, Señor, que en tan horrorosos ejercicios habeis empleado lo mejor de vuestra vida, haced del resto della agradable sacrificio á Dios, que sabrá premiarlo. Yo harto hago en veros padecer y acompañar vuestros dolores con el mio; que en parte es mas fuerte, por padecerse en el alma, y ellos en en el cuerpo. Si con mi vida pudiera rescatar la vuestra, ninguno mas pródigo de su hacienda que yo de ella, y si mi sangre pudiera suplir la falta de vuestras venas, ningunas mas liberales en darla. Siento vuestras penas, y sobre todas una que mucho me lastima, de no poder remediarlas.

CAPITULO XI.

Novelistas Libros de caballerias.

Llegamos por fin á la cuarta série de escritores prosistas; ó los que se han dedicado á componer historias ficticias para solaz

y entretenimiento de los lectores, vasto ramo de literatura, casi desconocido de la antigüedad, y que en los tiempos modernos es de la mayor importancia por su estension, variedad é influencia en las costumbres. En este ramo tambien han desplegado los españoles su ingenio, y en él les ha cabido la suerte de producir la obra maestra de su literatura, la que es y será siempre gloria de los propios y admiracion de los extraños, y la que sin duda quedará al frente de todas las historias ficticias habidas y por haber, como el dechado perfecto á que no es dable que vuelva á llegar ninguno.

Pero si en esta clase de obras le ha cabido á España la suerte de llegar tan alto, tambien tiene la desgracia de que despues de tan glorioso esfuerzo, su ingenio novelesco se muestra como agotado, mientras otras naciones están dando cada dia mayores pruebas de portentosa fecundidad. En todos los demás géneros de literatura, por decaidos que hayan estado, nunca ha dejado nuestra nacion de desplegar de vez en cuando nuevas fuerzas, haciendo ver con obras apreciables que aun arde en ella la llama del ingenio. Solo el novelesco ha permanecido entre nosotros desde Cervantes acá en una mortal paralisis, de que no se le ha visto salir, con muy raras escepciones.

No les falta, sin embargo, á los españoles imaginacion ni inventiva. Antes bien poseen á tal punto estas cualidades, que quizá de ellas se originan muchos de los defectos de su literatura. En un ramo de las novelas, el caballeresco, hicieron alarde como veremos luego, de inmensa fecundidad: cultivaron con gloria el pastoril; crearon el picaresco y de costumbres; pero despues, una fatal estrella ha pesado sobre ellos en esta parte. Sin duda el sentimentalismo, que á poco se apoderó del género, no se aviene bien con la índole de nuestro ingenio, y repugna tambien á la misma el crear las escenas espantosas de algunas novelas extrangeras, ó el encenagarse en los cuadros inmorales y nauseabundos que tanto afean la mayor parte de las del dia. Pero la causa principal á nuestro entender, es la gran facilidad de trasladar á nuestra lengua las novelas francesas. En ningun género de literatura ha sido tan perjudicial como en este el furor de traducir; y en ninguno ha áhogado á tal punto el genio nacional, la inmensa avenida de obras con que diariamente inundan nuestro suelo los escritores de allende el Pirineo.

Las novelas pueden dividirse en caballerescas, pastorales, de costumbres, sentimentales é históricas. Estos diferentes géneros no han solido cultivarse simultáneamente, sino que han nacido y muerto unos despues de otros: cada época ha tenido el suyo predilecto; y siguiendo la série de los tiempos, se va entrando sucesivamente en cada uno de ellos para hacer su historia parti-

nlar, aquí la cronología y la clasificacion genérica se dan ambas la mano.

Hablaremos, pues, primeramente del género caballeresco, que precede á los demás en el órden de los tiempos, así en España como en lo restante de Europa, y en el cual nuestro ingenio se ostentó con mas fecundidad y lozanía que en otra parte alguna.

No nos detendremos mucho en indagar el orígen de los libros de caballería. Generalmente se cree que hubieron de principiar en Inglaterra y en la parte norte de Francia que se solia llamar pais de la lengua *d'oïl*. Con efecto, los primeros héroes de que se habla en tales libros, son los ingleses y franceses. Ocupa el primer lugar el rey Artús con los paladines de la Tabla Redonda. Artús fué el Pelayo de Inglaterra. Combatiendo contra los Sajones que habian invadido la Gran Bretaña, se retiró al pais de Gales, donde él y los suyos hicieron prodigios de valor y grandes proezas que asombraron á las gentes, por lo cual hubieron entonces de celebrarse en canciones populares. La grandeza del emperador Carlo Magno, sus conquistas y los hechos de sus capitanes, particularmente de su sobrino Roldan, fueron otros sucesos que posteriormente llenaron el mundo con su fama, y dieron igualmente orígen á nuevas canciones y romances. Cuando el espíritu caballeresco se difundió por Europa, aplicáronse á aquellos héroes, tan celebrados ya por todos, las cualidades que en concepto de las gentes constituian al perfecto caballero; se convirtió á cada uno en paladin dedicado á buscar aventuras extraordinarias, se inventaron nuevas hazañas sobre las que ya se alababan; la imaginacion voló á rienda suelta; y como al propio tiempo el conocimiento de la literatura árabe difundió la aficion de lo maravilloso, se formó aquella especie de mitología propia de los tiempos heróicos de la Europa moderna, y que representa la idealidad poética de la edad media. Los primeros vestigios de los libros de caballería, reducidos entonces á cuentos y leyendas populares, han debido por consiguiente aparecer por los siglos VII y VIII, pero solo en los siguientes, cuando se organizó el feudalismo, y estuvo en su auge la caballería andante, pudieron reunirse y engalanarse en la forma que han llegado á nosotros; y en efecto, era preciso que transcurriese algun tiempo para que la verdad histórica se desnaturalizase enteramente, y para revestir á héroes reales en un principio, de un carácter que no tuvieron, y de costumbres posteriores á la edad en que brillaron.

Las crónicas de Geoffroy, de Monmouth y del arzobispo Turpin, cuya autoridad ha servido despues para acreditar las cosas mas absurdas, fueron los manantiales de donde se sacaron la mayor parte de los asuntos de las novelas canallerescas que ya en el siglo XIII habian pasado de Francia á Italia, donde toma-

ron un carácter mas poético y dieron origen á la epopeya moderna. El rey Artús, como hemos dicho, Carlo Magno, los Doce Pares y los caballeros de la Tabla Redonda, son los héroes de tales novelas, y su asunto, ora la conquista del santo Grial ó escudilla en que comió Jesucristo y que heredó en casa de José Arimantea; ora la libertad de Francia y Europa del yugo de los sarracenos.

Así los trovadores como los poetas italianos, dieron á los caballeros románticos un carácter extraordinario y hasta superior en muchos puntos, al de los héroes mitológicos griegos. Muy á menudo sus hechos exceden la medida de toda posibilidad, y van acompañados además de medios no menos extraordinarios y maravillosos; como son los genios, las hadas, los magos, los gigantes, los dragones alados, las armas y objetos encantados. Con tales medios, aquellos nuevos héroes se exponen á los mas extraños y horrorosos peligros, sucumbiendo unas veces y venciendo otras, siempre con el objeto de probar su valor y su respeto por las damas, y haciendo ostentacion de sus máximas sobre el pundonor, los desafios y los juicios de Dios. La religion y hasta la teología escolástica se mezclan tambien á tales proezas, y no es extraño hallar diablos que se ponen á argumentar á fuer de buenos teólogos, catequizando á los mismos cristianos sobre los mas profundos misterios de su creencia. Finalmente, semejantes fábulas se parecen infinito á los cuentos árabes que corrian entonces por toda Europa, y de los cuales tomaron sin duda muchas cosas: pero tambien se puede decir que gran parte de ellas eran recuerdos de las antiguas fábulas mitológicas descompuestas y vestidas con mas severidad y menos riqueza; bien es verdad que todas las mitologías se parecen mas ó menos, al paso que circunstancias mas ó menos semejantes han ejercido su influencia en la imaginacion de los pueblos sujetos al mismo grado de barbárie. Como quiera que sea, si comparamos la mitología griega con la caballeresca, hallaremos que es la una mas regular y magestuosa; pero que la segunda está mas conforme con nuestras costumbres y opiniones, reflejando mejor la civilizacion moderna.

Manifestado el orígen y espíritu de los libros de caballería en general, diremos que se pueden dividir en varias séries, siendo las principales:

1.ª La de las empresas de los caballeros Bretones, ó de Artús y la Tabla Redonda.

2.ª La de las empresas du los Francos, ó de Carlo Magno y los Doce Pares.

3.ª La de las empresas galesas ó célticas; es decir, de los Amadises y sus diferentes ramas.

4.ª Las imitaciones de unas y otras.

Teniendo este capítulo por objeto especial los libros de caba-

llería españoles, no nos corresponde hablar de estas cuatro séries: la última no tiene carácter propio, y no merece ocuparnos: las dos primeras son extrangeras, y ya queda dicho cuál pueda ser su orígen y la época en que debieron aparecer; la tercera es exclusivamente española, y por lo tanto la única que pertenece á nuestra literatura.

Los dos libros de caballería mas antiguos que se escribieron en España, segun la general creencia, son *Amadis de Gaula* y *Tirante el Blanco*. No es decir que no se conociesen antes en España y estuviesen ya traducidos los pertenecientes á las dos primeras séries; al contrario, hubieron de ser tan comunes, que sus personages se hicieron populares en nuestro pais, dando márgen á infinidad de romances que aun existen; pero desde la aparicion de aquellos empieza la época brillante de esta clase de obras en nuestra nacion, y el ardor que hubo por leerlas. Ellos dieron el grande impulso, y produjeron una vasta literatura que solo por haberla desacreditado Cervantes con su inmortal Quijote, ha caido en el olvido y desprecio, ignorándose las riquezas que hemos poseido en un género donde nuestra fecundidad no brilló menos que posteriormente en el teatro. A la verdad, esta literatura no sobresale por las dotes de la belleza clásica; los libros de caballería están llenos de absurdos, monstruosidades y aun ridiculeces; pero se vé en todos sobra de imaginacion, lozanía de ingenio, sentimientos nobles y delicadeza de afectos, entusiasmo guerrero, pundonor llevado al extremo, religiosidad nunca desmentida, y no pocas veces un lenguage fluido y elegante. Encierran por fin el tipo de una civilizacion particular, y son la expresion de una sociedad que ya no existe.

El verdadero orígen de *Amadis* y de *Tirante* es todavía dudoso. En cuanto al primero, dicen unos que es flamenco, y que traducido con aumentos al castellano antiguo por acuerdo de Oliva, fué trasladado al Picardo por un tal Gorré natural de Picardía. Otros dan por autor de esta novela ó crónica al portugués Vasco de Lobeira, que floreció á principios del siglo XIV; y otros, en fin, presumen que el verdadero original español fué el que cayendo en manos de García Ordoñez de Montalvo, le hizo éste imprimir en los primeros años del siglo XVI, como él mismo espresa, corregido y reducido á mas culto lenguaje que el que tenia en el códice ó manuscrito de que se sirvió para publicarlo.

Tirante el Blanco fué escrito por Juan Martorell, caballero valenciano, quien dice que lo tradujo del inglés, primero al portugués para don Fernando de Portugal, hijo del infante don Alfonso primer duque de Braganza, habiendo empezado esta obra en 1460; y luego él mismo lo trasladó á la lengua lemosina para que sus paisanos pudiesen disfrutarlo: se ignora quién lo vertió al

castellano, en cuyo idioma apareció en 1511, y cuya traduccion es tan rara, que á penas se encuentran ya ejemplares en España.

Amadís y Tirante nacieron, segun cuentan sus historias, en la Bretaña francesa, si bien el primero era hijo de Perion, rey de una parte de lo que hoy se llama Pais de Gales. Los sucesos de ambos paladines ocurren en Inglaterra y Francia; y nunca pisan la tierra española. Unido esto á que Martorell confiesa haber traducido su obra del inglés, y á la existencia del original Picardo de Amadís, como asimismo á ser cosa averiguada que los romances caballerescos tuvieron su orígen por la parte Norueste de Francia, ó sea la costa que mira á la Gran Bretaña, todo suministra indicios para creer tambien el orígen extrangero de estas obras: mas por otra parte, sabido es que era costumbre en todos los autores de tales libros el decir que los traducian de manuscritos extranjeros; ninguno colocaba á los personajes en su propio pais, sino en tierra extranjera; y por último el ejemplo de los Artuses, Lanzarotes y caballeros de la Tabla Redonda, inclinaria á los autores á colocar á sus héroes en lo que debió ser para ellos el suelo clásico de la caballería andante. Todas estas son tambien razones para sostener el orígen español de estas historias.

Como quiera que sea, Amadís de Gaula y Tirante el Blanco, así que por las traducciones castellanas fueron conocidos, hicieron olvidar todas las demás ediciones que habia en otros idiomas, sirvieron de modelo, y han quedado siempre como los mejores libros de su especie. Sin embargo, su suerte ha sido muy distinta. Tirante no ha tenido imitadores: no se le han dado hijos ó descendientes; mientras Amadís es el patriarca de una dilatada familia de caballeros andantes, cuyas historias componen un sinnúmero de tomos.

¿Cuál puede ser la razon de esta diferencia? La misma que acaso en tiempos posteriores hiciera dar la preferencia á Tirante; la mayor naturalidad y verosimilitud con que está escrito. Apenas se encuentran en él sucesos descompasados é imposibles; lejos de querer atribuirlo todo á magos y encantadores, como es costumbre en las crónicas caballerescas, los acontecimientos que se refieren pudieron realmente suceder sin salir del curso de las cosas humanas. Lo contrario se vé en Amadís; todo en él es sobrenatural; las hadas, los magos hacen gran papel; los encantamientos se encuentran á cada paso y forman el nudo de la accion. Esto era mas del gusto de aquellos tiempos; pero lo que sobre todo le dió mayor nombradía, fué que el espíritu caballeresco de aquella época se hallaba reproducido en Amadís con mas vivos colores. Aquel héroe, á par que esforzado y audaz, tan enamorado, tan tierno, tan rendido, representaba el caballero perfecto. En toda la obra dominan siempre tres ideas, que son: una reli-

giosidad á toda prueba, el valor llevado hasta la temeridad, y la adoracion de las mugeres: y estas tres ideas eran las fundamentales del sistema caballeresco. Así, pues, no hubo hombre bien nacido que no se propusiese á Amadís por modelo en sus acciones; y las mugeres que se veian divinizadas, hubieron de tener gran parte en su inmensa popularidad. Reproduciendo admirablemente las creencias, las costumbres, los deseos de los siglos medios, poetizando, por decirlo así, su civilizacion, hallaba simpatías en todos los corazones. Lo mismo que parece extravagante y ridículo á nuestra prosáica generacion, se presentaba como heróico, sublime, á hombres que vivian en un mundo poético, que no imaginaban ninguna hazaña imposible, porque ellos mismos las ejecutaban todos los dias portentosas; que no se burlaban de hechizos y maravillas, porque estaban en sus creencias, y finalmente, que colocaban la verosimilitud donde nosotros lo absurdo, teniendo por naturales las cosas que nosotros creemos fuera de toda posibilidad.

Un libro de esta especie, tan conforme con las ideas dominantes, debió ser el libro de la época y fortalecer todavía mas aquellas mismas ideas. Su boga fué tan inmensa, que no se concibió ya caballero andante que no perteneciese al linage de Amadís; y si bien la fecundidad con que se dieron á luz libros de caballería, es portentosa, se conserva siempre el mismo tipo, aunque exagerado, y todos los héroes de las nuevas crónicas caballerescas que por los siglos XVI y XVII inundaron á España y recorrieron toda Europa, se suponen descendientes de aquel héroe modelo, dando orígen á la tercera série de estas obras citada anteriormente, y que es toda española.

En semejantes imitaciones quedó todavía mas impreso el sello de nuestra nacionalidad, tanto por la gravedad, preponderancia religiosa y hasta monástica de sus formas, como por las ideas devotas, místicas, amorosas, profanas, y no pocas veces lascivas que contienen. Muchos Amadises parecen frailes supersticiosos á vueltas de soldados valientes: si como caballeros fácilmente hienden gigantes, destrozan ejércitos, requiebran damas y derriban fortalezas; tambien como santos conjuran diablos, predican como misioneros, hacen duras penitencias, y así se familiarizan con los encantamientos como con los milagros. Dedúcese de aquí que si los cuatro primeros libros de Amadís, de dudoso origen, pudieron tener por principal modelo las crónicas Bretonas, los siguientes, verdaderamente nuestros, se asemejan mucho á la de Cárlo Magno, resumiendo en sí la imitacion de las dos primeras séries; pero caracterizadas y trasformadas en la personalidad española.

Para que se forme una idea de nuestras riquezas en este pun-

to y del espíritu que generalmente animaba á estas obras, haremos una reseña de las principales, dividiéndolas en secciones que comprenderán: 1.ª los Amadises en línea recta; 2.ª los Amadises en línea lateral; 3.ª los Amadises en línea indirecta; 4.ª imitacion de los Amadises ó enteramente originales.

La primera seccion empieza por los cuatro libros de *Amadis de Gaula*, tronco de todos los demás, y trata de su nacimiento, hazañas y amores. *García Ordoñez de Montalvo* los publicó, reduciéndolos segun él mismo se expresa, á mejor y mas moderno estilo, en los primeros años del siglo XVI; y despues, ó quizá al mismo tiempo les añadió el quinto libro que comprende: *Las Sergas* (ó mas bien dicho, *Las Ergas*) ó hazañas de *Esplandian, hijo de Amadis de Gaula*.

El sesto libro de los Amadises habla de *Florisando ó Flores de Grecia*, hijo de Florestan, y sobrino de Amadis de Gaula; su autor Pelayo de Ribera.

Los libros séptimo y octavo tratan de *Lisuarte II de Grecia*, hijo de Esplandian y nieto de Amadis, y de *Perion de Gaula*, hermano de este, y del nacimiento de *Amadis de Grecia*, caballero de la ardiente espada, hijo de dicho Lisuarte, y biznieto de Amadís, con la muerte de este. Su autor fué Juan Diaz, bachiller en cánones.

El libro noveno refiere los hechos de *Amadis de Grecia*, caballero de la ardiente espada, hijo de Lisuarte II y biznieto de Amadis.

El libro décimo consta de la primera y segunda parte de *don Florisel de Niquea*, trata de sus hechos y de los de su hermano *Anaxarte*; hijos de Amadis de Grecia, y trinietos del de Gaula. Su autor, Feliciano de Silva.

El libro undécimo contiene la tercera y cuarta parte de don Florisel de Niquea, dividida esta última en otras dos. La tercera parte versa sobre los hijos de don Florisel, *Rogel de Grecia* y *Agesilao de Colcos*, cuartos nietos de Amadís, y tambien de los hijos de don *Falanges de Astra*. La primera parte de la cuarta contiene las empresas de don Rogel; y la segunda cuenta sus amores con la hermosa *Archindea*. El autor de este libro es tambien Feliciano de Silva.

El libro duodécimo trata de los hechos de don *Silvis de la Selva*, hijo de Amadis de Grecia y trinieto de Amadis de Gaula; y del nacimiento de *Esferamundi*, hijo de don Rogel de Grecia, con los hechos de *Amadis de Astra*, de don *Fortunian* y de *Arstapolo*.

La segunda seccion empieza con don *Belianis de Grecia*, descendiente tambien de Amadís, é hijo de don *Belanio*, emperador de Constantinopla. Refiere sus hazañas, y los amores que

tuvo con *Florisbella*, hija del Soldan de Babilonia; y como fué hallada la princesa *Policea*, hija de Priamo rey de Troya. Se finje ser este libro traduccion del que escribió en griego el sabio *Friston*; y despues de Amadís de Gaula es uno de los mejores libros de caballería españoles. Sus autores fueron Toribio Fernandez y su hijo Gerónimo.

El *Espejo de Príncipes y Caballeros* es el libro que enlaza el Belianis y otros con los Amadises. Trata esta novela, dividida en cuatro partes con tres libros cada una, de las proezas del *Caballero del Febo* y de su hermano *Rosicler*, hijos de Trebacio, emperador de Constantinopla, de los amores de aquel con *Claridiana* y de sus hijos *Claridiano* y *Rosabel*. Es muy interesante, porque acaba la historia de don Belianis y otros Amadises que mueren en una batalla. El autor de la primera parte es Diego Ordoñez de Calahorra; el de la segunda, Pedro Sierra; y el de las otras dos Marcos Martinez, aunque algunos atribuyen la última á Feliciano de Silva.

La tercera seccion comprende otra familia de caballeros que empieza en *Palmerin de Oliva* y sus descendientes que se enlazan por fin con los descendientes de Amadís en la familia imperial de Constantinopla, *Palmerin de Oliva*, es obra dividida en dos partes: de las cuales, la primera que cuenta la historia de aquel paladin, se atribuye á una dama portuguesa, y la segunda comprende los hechos de *Primaleon* y *Polendos*, hijos de Palmerin, con los de don *Duardos*, príncipe de Inglaterra. Esta se finje traducida del griego: unos la atribuyen á Simon Lopez, portugués: otros falsamente á Francisco Moraes, autor supuesto del *Palmerin de Inglaterra*; y otros á Francisco Delicado que en verdad fué solo el corrector de la edicion de Venecia.

A esta historia sigue la de *Palmerin de Inglaterra*, hijo de don Duardos, y de su hermano don *Floriano del desierto*, juntamente con las hazañas de *Florindo*, hijo de Primaleon, y los amores de Palmerin con *Polinarda*. Estos son los dos libros primeros atribuidos á un rey de Portugal por unos, y por otros á Francisco Moraes y otros autores portugueses, y cuyo original se supone escrito en portugués. Sin embargo, en una edicion de Toledo, se leen al principio unas coplas críticas cuyas primeras letras dicen asi; *Luis Hurtado autor. al lector da salud.* Esto prueba que el libro y quien lo compuso fueron castellanos.

El caballero *Platir*, hijo de Primaleon, y *Flotir*, hijo de aquel, tienen tambien sus historias: de esta última, sin embargo, no se conoce mas que la traduccion italiana hecha por Mambrino Roseo.

La cuarta seccion, ó imitaciones de los Amadises, comprende una infinidad de obras que seria largo referir, y entre las

cuales sobresalen los *Hechos del príncipe Celidon de Iberia*, poema en cuarenta cantos y en octava rima, por Gonzalo Gomez de Luque; don *Cirongilo de Tracia* por Berardo de Vargas; *Clarian de Landanis* y su hijo *Floramante de Colonia*, cuatro partes, por Gerónimo Lopez; *Cristaliam de España*, príncipe de Trapisonda, y *Lucescanio* su hermano, por doña Beatriz Bernal; don *Claribalte* ó el caballero de la fortuna, por Gonzalo Fernandez de Oviedo; *Felix marte de Hircania*, por Merchor Ortega, *Florando de Castilla*, poema, por Gerónimo de Huerta: *Florambel de Lucea*, hijo del rey Floriseo de Escocia; *Felix-magno*, hijo de Filangris de la gran Bretaña: *Florando de Inglaterra*, y sus amores con Roselinda, hija del emperador de Roma; *Lepolemo*, hijo del emperador de Alemania, conocido por el caballero de la Cruz: *Lindamor* de Escocia, por el maestro Juan de Córdoba: *Olivante de Laura*, príncipe de Macedonia, por Antonio Torquemada: *Polisman Florisio*, ó el caballero del desierto, por Fernando Bernal: en fin, otros muchos escritos en portugués, y no pocos que todavia permanecen inéditos en las bibliotecas.

A estos se pueden añadir algunas historias cortas ó folletos, tan populares en España que todavia se venden en las calles, como son: historia del caballero *Clamades*, hijo del rey de Castilla y de la linda Claramonda, hija del rey de Toscana: la de la linda *Magalona*, hija del rey de Francia y de Pierres de Provenza: la historia de los nobles caballeros *Oliveros de Castilla* y *Artus de Algarbe*: el libro del muy esforzado conde *Partinuples* y de lo que pasó por alcanzar el imperio de Constantinopla y otros.

Finalmente, hay entre los libros caballerescos no pocos escritos en sentido místico y devoto, imitando á los profanos; pero seria prolijidad estendernos mas en este punto: aun no hubiéramos hecho tantas citas, á no ser por la necesidad que existe de llamar la atencion sobre un ramo de literatura muerta, del cual no se hace ya caso alguno, despues de haber llegado á España y Europa entera de su fama durante siglo y medio; que fué campo donde brilló la florida imaginacion de los españoles, dominando en él como dominamos despues en el teatro; que produjo, aunque criticándose á sí mismo, una de las obras mas grandes del entendimiento humano; y que dejó tales huellas en la nacion, que nuestras costumbres se resintieron por largo tiempo de su influencia, y hasta el teatro que recogió su herencia de admiracion y aplausos, le debió gran parte de las cualidades que le distinguen, como asimismo la direccion que tomó tan diferente de la que siguieron los dramáticos de la antigüedad.

Resta ahora decir algo sobre el mérito literario de los libros

de caballería. Sus autores figuran ciertamente entre nuestros grandes escritores; y lejos de esto, sus nombres han quedado ya completamente obscurecidos. ¿Quién, con efecto, ha oido hablar en su vida de Ordoñez de Montalvo, Feliciano de Silva, Juan Martorell; Pelayo de Rivera, Juan Diez, Toribio Fernandez, Ordoñez de Calahorra, y otros muchos que despues de haber procurado durante cerca de dos siglos agradable solaz á propios y extraños, son hoy dia tan desconocidos como si jamás hubiesen ejercitado su sutil ingenio y fecunda pluma en obra alguna literaria? Pero ¿es decir por esto que merezcan el olvido en que ahora yacen, careciendo absolutamente de toda prenda recomendable? Ciertamente, si supieron embelesar á su época y hasta entusiasmarla, no serian tan escasos de mérito, que los tengamos por indignos de toda mencion honorífica, y los hayamos de arrojar vergonzosamente de la república de las letras. De imaginacion y fecundidad dieron sin duda altas pruebas; talento para enlazar sucesos interesantes no les faltó de manera alguna: situaciones, ya terribles, ya tiernas, ya cómicas, tienen con abundancia; caractéres variados y bien diseñados se encuentran en todas; la espresion de los afectos suele ser no pocas veces viva á par que natural y sencilla; y si descendemos al lenguage, tambien hallamos en él elegancia y armonía. Tengamos presente que vivieron en la época mas floreciente de nuestra literatura: cuando Garcilaso, Leon, Herrera daban leyes al parnaso español: y Avila, Granada, Mendoza llevaban al último grado de perfeccion nuestra prosa: tan poderosos rivales no les impidieron brillar y adquirir alta fama; y lo cierto es que si, por una parte, supieron elegir un género que tenia grandes simpatías con el público, por otra procuraron engalanar sus obras con aquellas bellezas de diccion á que ya los oidos estaban acostumbrados, y de las cuales difícilmente hubieran podido desentenderse.

Asi es que lejos de despreciar esta parte principal del arte de escribir, les vemos buscarla con sobrada afectacion: periodos redundantes, inversiones artificiosas, se encuentran á cada paso: y puédense elegir trozos que no desdecirian al lado de nuestros mejores prosistas. Pero como estos no se sostienen nunca, decaen á lo mejor lastimosamente, degeneran en difusos, minuciosos y lánguidos, hállase una mezcla de afectacion y de descuido tal, que trás de un periodo trabajado y artificioso, llegan otros muchos que desagradan por lo bajos, embrollados y faltos de toda armonía. Cansan sus descripciones prolijas, sus interminables reflexiones; y el mal gusto se descubre á lo mejor para hacer fastidiosa la lectura. Añádase á esto que en breve se contaminaron estos libros con todos los vicios del culteranismo, y dieron en sus

mas lastimosas estravagancias, alambicando los afectos, tormento á las espresiones, y llenando sus páginas de ret nos y conceptos, que en su época pudieron grangear may ma á algunos de ellos, pero que ahora obscurecen hasta lo que tienen.

Para que se forme una idea de su estilo, abramos á l tura algunos de ellos, trascribiendo aqui los primeros pá que encontramos.

Comienza asi el capítulo 44 de Amadis de Gaula.

Amadís é sus hermanos é su primo Agrages estaban nueva reina Briolanja en el reino de Sobradisa, donde d muy honrados é de todos los del reino muy servidos eran; sando siempre Amadis en su señora Oriana, é en la su grar mosura, de grandes angustias y de grandes congoxas su co era atormentado, derramando tantas lágrimas, durmiendo lando que por mucho que él las queria encubrir manifie todos eran. Pero non sabiendo la causa dellas, en diversas n ras las juzgaban; porque asi como el caso grande era, a mucha discrecion el secreto era guardado, como aquel q fuerte corazon todas las virtudes encerradas tenia. Mas pudiendo su atribulado corazon tanta pena sufrir, demán cencia á la muy fermosa reina con sus compañeros, é en e mino donde el rey Lisuarte estaba se puso, no sin gran é angustia de aquella que mas que así lo amaba.

Pues hé aqui como empieza otro capítulo de don Flori Niquea tomado igualmente á la ventura.

Los arrebatados cursos celestiales que con su inmortal viniento los tiempos segun la órden de sus constelaciones el universo disponen conforme á la disposicion de la virtu sus estrellas y luminarias, asi el tiempo revuelve; que desp dos los caballos del dios Neptuno, acompañados de los ej cios del dios Eolo, por cima de los poderosos mares asi des ren con su poderosa fuerza, para hacerla á las voluntades que navegan en las profundas aguas asi levantan, que co ensalzadas nubes comunicaban la presuncion de su arreb braveza, tanto ya que los soberanos príncipes dos dias h camina do con su gloriosa presa; y el que los seguia hubo seguimiento con viento tan contrario á los unos, cuanto los otros próspero, traer á sus manos lo que con tanto tr pensaban perder, por no los poder seguir, asi los pone en peligro el presente peligro del mar, á punto de se perder los y los otros pone tanto, que mas ya en oraciones pensaban var las almas que con remedios por parecer les faltar los c pos, y sobre todos los dos príncipes recibian con las inf mayor dolor.

Compárese este largo, embrollado y ampuloso periodo, que aun no queda concluido donde hacemos punto, con el anteriormente citado de Amadís, y se notará desde luego la enorme distancia que hay entre los dos con respecto al estilo. En el de Amadis, si bien se advierte cierta afectacion en la construccion de la frase que procura siempre acabar con el verbo, lo cual era muy comun en su tiempo, todo lo demas es natural, sencillo y claro. En el de don Florisel, al contrario, el aliento se acaba siguiendo una frase enorme que no ofrece descanso ni á la voz ni al sentido, que aglomera palabras sin que lleguen á formar un periodo completo, y que ridículamente pretende elevarse para referir un suceso comun que en dos líneas estaria contado. Pero no hay que admirarse de ello, cuando en una advertencia al lector, puesta al frente de la cuarta parte, dice Feliciano de Silva: «y por esta causa no sigue en el frasis de escribir mero estilo de historiador, para hacer la historia mas levantada de estilo.» Es decir que disparataba de intento.

Así es que en Amadís se encuentran con frecuencia trozos bellísimos que no desdeñarian nuestros mejores escritores, como es el siguiente con motivo de las muestras de amor que daban sus vasallos al rey Lisuarte:

¡O cómo se deberian tener los reyes por bienaventurados, si sus vasallos con tanto amor é tan gran dolor se sintieran de sus perdidas fatigas! Y ¡cuánto asi mesmo lo serian los súbditos que con mucha causa lo pudiesen é debiesen facer, seyendo sus reyes todos para ellos, como lo era este noble rey para los suyos! Pero, ¡mal pecado! los tiempos de agora mucho al contrario son de los pasados, segund el poco amor é menos verdad que en las gentes contra sus reyes se falla; é esto debe causar la costelacion del mundo ser tan envejecida, que perdida la mayor parte de la virtud, no puede llevar el fruto que debia; asi como la cansada tierra, que ni el mucho labrar ni la escogida simiente pueden defender los cardos é las espinas con las otras yerbas de poco provecho que en ellas nascen. Pues roguemos á aquel Señor poderoso, que ponga en ello remedio: si á nosotros como indignos oyr non le place, que oya á aquellos que aun dentro de las fraguas sin dellas aver salido se fallan, que los faga nascer con tanto encendimiento de caridad é amor, como en nuestros antepasados avia; é á los reyes que apartadas sus iras é sus pasiones, con justa mano é piadosa los traten é sostengan.

Al revés, Feliciano de Silva, llevado del afan de levantar su estilo, como él dice, cae en las extravagancias mayores que ya critica Cervantes en aquello de *la razon de la sinrazon que á mi razon se hace*, tomado del pasage siguiente, en que se queja la reina Sidonia:

Las exclamaciones que hacia, especialmente con la imágen de Elena y de don Florisel, no se pueden decir, sin hacer agravio á sus razones; con la razon que su lengua mostraba para decirlas con la natural de sentirlas, que otra ninguna lo puede asi decir con la diferencia que hay de lo natural a lo contrahecho, y entre otras muchas razones decia: ¡O don Florisel de Niquea, con cuanta ventaja gozo yo del dolor de tu descanso, que tú gozaste de la cautela, para gozar de mi gloria! ¡O amor y para qué me quejo yo de tus sinrazones, pues mas fuerza en ti la sinrazon tiene que la razon por donde no es justo quèjarse de tí el que conoce en tí que no saliendo de tu naturaleza usas de tu oficio! ¡O Elena, y qué fué la razon que gozases tú de mi gloria sino la poca que en amores hay! ¡O qué quiero dar fin á mis razones por la sinrazon que hago de quejarme de aquel que no la guarda en sus leyes!

No todos los libros de caballerías ofrecen, sin embargo, estos disparates en que Feliciano de Silva excedió á todos. Para concluir, citaremos aqui la descripcion del Castillo de la fama que Cervantes queria quitar del don Belianis, y que copiamos, no como modelo de lenguage, sino para dar una idea de esta clase de aventuras muy comunes en semejantes obras, y para que se vea que en medio de buscar invenciones extrañas, no todos sus autores usaban del lenguage de Silva.

Andaban las cosas en estos comedios, y el torneo tan ferido como vos habeis dicho, cuando á la plaza llegó una aventura tan hermosa de mirar como otra hasta aquellos tiempos fuera vista. Venia un tan hermoso castillo al parecer tan rico, cuanto otro jamás fuera visto: era tan grande, que parescian venir dentro dos mil caballeros. Era traido por cuarenta elefantes, de grandeza no creida: los guarnimientos que traian éran de muy fino oro. Venia sobre un grandísimo número de ruedas, todas las cuales se mostraban ser de una muy fina plata: por todo el castillo, en lo que de fuera se podia mostrar, estaban muchas aventuras tan bien puestas como si fueran vivas... En cada elefante venia un artificio de madera y un hombre que lo guiaba. Bien se parescia ser encantado, porque llegando á la plaza, por todos los costados comenzó á disparar tanto número de artillería, que por gran pieza no se pudieron oir. Despues de lo cual, el castillo quedó cercado de una ardiente llama; de la mitad arriba parescia que el cielo quisiese abrasar, segun sus llamas en alto se estendian. Sonóse tanto número de menestriles de diversas maneras, que no habia la mitad en todo el campo: despues de lo cual con gran ruido se tocó á señal de batalla. Del castillo salieron número de nueve caballeros tan lucidos y costosos, que alegria era el mirarlos. Venian todos de una devisa de armar de indias (*azules*), y en los escudos cada uno de ellos traia pintada la fama con una letra que decia *Fama*... Luego por aquella devisa entendieron que aquellos fuesen los caballeros de la fama:...

Del castillo salió un padron de maravillosa planta, el cual sin ver quien lo traia, se fué hasta el medio de la plaza.

CAPITULO XII.

NOVELAS PASTORILES.

Cuando los libros de caballería empezaron á decaer, los reemplazaron las novelas pastoriles que por algun tiempo estuvieron en mucha boga. Esto fué á nuestro parecer una decadencia. Aquellos libros, al menos sostenian el espíritu guerrero y pundonoroso de sus lectores; pero las novelas pastoriles, no mas regulares en su forma, ni menos inverosímiles, no eran propias para despertar ningun género de sentimiento grande y elevado: añádase á esto que ni pintaban las costumbres de su siglo, ni eran el reflejo de una civilizacion peculiar como los libros de caballería, limitándose á amoríos cansados y empalagosos. Algunas de ellas no eran otra cosa mas que un cuadro dispuesto por el autor con el solo objeto de acomodar poesías hechas de antemano, de suerte que la prosa ó novela no se puede considerar sino como la parte accesoria. De esta clase fué sobre todo el *Siglo de Oro* de Valbuena, hecho sin mas fin que el de publicar sus églogas y otras poesías sueltas compuestas en su juventud.

La aficion á las novelas pastoriles vino de Italia donde Jacobo Sannázaro, célebre poeta napolitano, publicó su Arcádia, en prosa y verso. Traducida esta obra al castellano por Diego Lopez de Ayala en 1547, inspiró sin duda á *Jorge de Montemayor* el deseo de imitarla. Era este poeta portugués y tomó su nombre del pueblo en que nació: fué ademas de poeta, músico y soldado, y se cree que celebró en su novela sus propios amoríos, como le habia sucedido tambien á Sannázaro, y como lo hicieron otros muchos poetas de aquellos tiempos. La novela de Montemayor tiene por título *Diana*, y adquirió tal fama, que cuéntase que años despues los reyes Felipe III y su esposa doña Margarita, pasando por Valencia de Don Juan, donde residia la dama celebrada con aquel nombre, quisieron verla, hallándola todavia con restos de hermosa, aunque ya muy anciana. Murió Montemayor por los años de 1561 ó 62, y hay quien dice que fué en un desafio.

A pesar de ser la *Diana* novela pastoril, no se sujeta enteramente á la ley de esta clase de obras, donde todo debe ser sencillo y natural, como se supone que son generalmente los

pastores, y como lo hizo su modelo Sannázaro. Arrastrado Montemayor por el gusto general de su tiempo, introdujo entre los incidentes pastoriles y propios de su argumento, las fábulas de la mitología griega, y tambien los encantamientos de los libros de caballerías. Sin embargo, la obra se lee con algun placer, por la belleza de la prosa pero los versos, sobre todo los largos, carecen en su mayor parte de mérito: los cortos son mejores, y tiene coplas y redondillas lindísimas, como las siguientes á unos cabellos, prendidos con un cordon de seda verde:

Cabellos, ¡cuánta mudanza
he visto despues que os ví,
y cuán mal parece ahí
esa color de esperanza!....
¡Ay! cabellos, cuántos dias
la mi Diana miraba
si os traia ó si os dejaba
con otras mil niñerías!
Y ¡cuántas veces llorando
(¡ay lágrimas engañosas!)
pedia celos de cosas
de que yo estaba burlando!
Los ojos que me mataban,
decid, dorados cabellos,
¿qué culpa tuve en creellos,
pues ellos me aseguraban?
¿No visteis vos que algun dia
mil lágrimas derramaba,
hasta que yo le juraba
que sus palabras creia?
Sobre el arena sentada
de aquel rio la ví yo,
dó con el dedo escribió
antes muerta que mudada.
Miren amor lo que ordena,
que un hombre llegue á creer
cosas dichas por muger
y escritas en el arena.

Para muestra de la prosa de Montemayor, copiaremos aquí el principio de su novela, notable por la dulzura del estilo.

Bajaba de las montañas de Leon el olvidable Sireno, á quien amor, la fortuna y el tiempo trataban de manera que del menor mal que en tan triste vida padecia, no se esperaba menos que perderla. Ya no lloraba el desventurado pastor el mal que la au-

sencia le prometia, ni los temores del olvido le importunaban; porque veia cumplidas las profecías de su recelo, tan en perjuicio suyo; que ya no tenia mas infortunios con que amenazarle. Pues llegando el pastor á los verdes y deleitosos prados que el caudaloso rio Ezla con sus aguas va regando, le vino á la memoria el gran contentamiento de que en algun tiempo allí gozado habia, siendo tan señor de su libertad, como entonces sujeto á quien sin causa le tenia sepultado en las tinieblas de su olvido. Consideraba aquel dichoso tiempo que por aquellos prados y hermosa ribera apacentaba su ganado, poniendo los ojos en solo el interés que de traerle bien apacentado se le seguia; y las horas que le sobraban gastaba el pastor en solo gozar del suave olor de las doradas flores, al tiempo que la primavera con las alegres nuevas del verano se esparce por el universo; tomando á veces su rabel, que muy polido en un zuron siempre traia, otras veces una zampoña, al son de la cual componia los dulces versos con que de las pastoras de toda aquella comarca era loado.

La fama que adquirió la Diana de Montemayor engendró, como era natural, muchos imitadores. Fueron los principales: *Alonso Perez y Gil Polo*, en sus continuaciones de aquella: *Cervantes* en su *Galatea*: *Luis Galvez de Montalvo* en su *Pastor de Filida*: *Lope de Vega* en su *Arcadia*: *Bernardo de Valbuena* en el *Siglo de Oro*: *Antonio de Lofraso* en sus *Diez Libros de Fortuna y Amor*: *Bernardo de la Vega* en el *Pastor de Iberia*: *Bernardo Gonzalez de Bobadilla* en las *Ninfas y Pastores de Henares*: *Bartolomé Lopez de Enciso* en el *Desengaño de celos*; y otros autores todavia de menos nota que estos últimos en nuestra literatura.

No merecen la mayor parte que nos detengamos en ellos. En el *Siglo de Oro* nada hay de notable sino los versos: la *Arcadia* de Lope de Vega está casi olvidada: de la *Galatea* de Cervantes hablaremos en el capítulo especial que dediquemos á este autor; la única de estas novelas que se cita todavia, aunque apenas se lee, es la *Diana enamorada* de Gil Polo, cuya fama se conserva merced á las célebres quintillas que en otro lugar hemos citado. En los versos endecasílabos excedió á Montemayor y generalmente es mejor poeta. Los defectos de su novela son, por lo demas, los mismos que los que se notan en la primera Diana; y su prosa es fácil y elegante, aunque á veces algo mas ingeniosa de lo que permite la naturaleza de su asunto, como se puede ver por el siguiente trozo, en que el pastor Marcelio pinta los celos:

No hay en amor contento, cuando no hay esperanza, y no la habrá, en tanto que los celos están de por medio. No hay placer que dellos esté seguro, y no hay deleite que con ellos no se gaste,

y no hay dolor que con ellos no nos fatigue. Y llega á tanto la rabia y furor de los venenosos celos, que el corazon, donde ellos están, recibe pesadumbre en escuchar alabanzas de la cosa amada, y no querria que las perfecciones que él estima, fuesen de nadie vistas ni conocidas, haciendo en ello gran perjuicio al valor de la gentileza que le tiene cautivo. Y no solo el celoso vive en este dolor, mas á la que bien quiere le da tan contínua y trabajosa pena, que no le diera tanta, si fuera su capital enemigo. Porque claro está que un marido celoso como el tuyo, antes querria que su muger fuese la mas fea y abominable del mundo, que no que fuese vista y alabada por los hombres, aunque sean modestos y moderados. ¡Qué fatiga es para la muger ver su honestidad agraviada con una vana sospecha! ¡qué pena le es estar sin razon en los mas secretos rincones encerrada! ¡qué dolor ser ordinariamente con palabras pesadas, y aun á veces con obras combatida! Si ella está alegre, el marido la tiene por deshonesta: si está triste, imagina que se enoja de verle: si está pensando, la tiene por sospechosa: si le mira, paresce que le engaña: si no le mira, piensa que le aborrece: si le hace caricias, piensa que le finje: si está grave y honesta, cree que le desecha: si rie, la tiene por desenvuelta: si suspira, la tiene por mala; y en fin, en cuantas cosas se meten estos celos, las convierten en dolor, aunque de suyo sean agradables. Por donde está muy claro que no tiene el mundo pena que se iguale con esta, ni salieron del infierno harpias que mas ensucien y corrompan los sabrosos manjares del alma enamorada.

CAPITULO XIII.

Novelas picarescas y de costumbres.

La novela pastoral no podia ser fecunda, ni su boga pasar de una aficion efímera: no representando nada, fundada en costumbres que no existen, limitada en sus recursos, y monótona por esencia, debió muy pronto empalagar, y hasta las mas famosas quedaron sin lectores. No es el campo el verdadero terreno de la novela, que ó bien requiere perderse en los espacios de la imaginacion, inventando lances sorprendentes, aventuras extrañas y hechos maravillosos que atraigan y entretengan; ó bien necesita acudir al mundo real para pintar sus costumbres, hallando en la sociedad abundantes materias para formar numerosos y variados cuadros. Lo primero, ya lo habian hecho los españoles en los libros de caballerías: lo segundo no podia menos de ejercitar su vivaz fantasía; y así sucedió, brillando tambien en esta parte por la fecundidad, y la abundante copia de gracias de todo género, á que tanto se presta la lengua

castellana, que en medio de su gravedad parece hecha para los escritos festivos. España tuvo, pues, igualmente la gloria de ser la creadora de este género de novelas; y si no es enteramente suya la mejor que se conoce, suministró al menos sus materiales.

Dió la primera muestra del género picaresco un hombre que, á juzgar por sus hechos y sus demas escritos, al contemplar el carácter severo con que nos le pinta la historia, parecia el menos apropósito para semejante obra. Este hombre, sin embargo, era entonces estudiante: todos saben la vida alegre y picaresca que por lo general han llevado en España los alumnos de Minerva: y todo el que arrastraba bayetas se dejaba inficionar de este contagio. *Don Diego Hurtado de Mondoza*, jóven, rico, de ilustre familia, y con feliz ingenio, no seria en la universidad el hombre severo que luego se vió en el teatro del mundo: y en un rato de buen humor, dió principio á su reputacion literaria con una obra, cuya fama cundió en breve por toda España, traspasando los montes y los mares, á tal punto, que *El Lazarillo de Tormes* no tardó en traducirse á las principales lenguas de Europa. Pocas son las páginas que contiene este libro; pero están sembradas de sales y donaires, ofrecen descripciones llenas de viveza y verdad, y brillan por la exacta pintura de los caractéres hecha del modo mas picante y ameno. Lázaro cuenta su vida, y lo que le pasó con sus amos, á cual mas ayarientos: todos le matan de hambre: busca él mil trazas para engañarlos y hurtarles la comida que le esconden: y cuando huyendo de uno, por mejorar su suerte, entra á poder de otro, halla todavia mas escasez y laceria. Las pinturas del ciego astuto y sagaz, del clerizonte miserable y del hidalgo pobreton y vanidoso, son perfectas y copiadas del natural; pues entonces existian muchos originales de aquellos tipos extraños, particularmente del hidalgo que saliéndose de su pueblo por no saludar á una persona, va á pasear en la córte su holgazaneria, prefiriendo morirse de hambre á trabajar; y dejando que le mantenga su criado con las limosnas que recoge. Hé aquí cómo describe este último caso:

Cuando llegué á casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella, doblada su capa y puesta en el poyo, y él paseándose por el patio: como entré, vínose para mí; pensé que me queria reñir la tardanza, mas mejor lo hizo Dios. Preguntóme de donde venia. Yo le dije: señor, hasta que dió las dos estuve aquí, y de que vi que vm. no venia, fuíme por esa ciudad á encomendarme á las buenas gentes, y hanme dado esto que veis: mostréle el pan y las tripas que en un cabo de la halda traia, á lo cual él mostró buen semblante, y dijo: pues esperádote he á comer, y de que ví que no viniste, comí. Mas tú haces como hombre de bien en eso, que mas vale pedirlo por Dios que no hurtarlo. Y así él me

ayude, como ello me parece bien, y solamente te encomiendo no sepan que vives conmigo, por lo que toca á mi honra, aunque bien creo que será secreto, segun lo poco que en este pueblo soy conocido: nunca a él yo hubiera de venir. De eso pierda, señor, cuidado, le dije yo, que maldito aquel que ninguno tiene que pedirme esta cuenta, ni yo de darla. Ahora, pues, come, pecador, que si á Dios place, presto nos veremos sin necesidad, aunque te digo que despues que en esta casa entré, nunca bien me ha ido... Sentéme al cabo del poyo, y porque no me tuviese por glotón, callé la merienda, y comencé á cenar y á morder en mis tripas y pan, y disimuladamente miraba al desventurado señor mio, que no partia sus ojos de mis aldas, que á aquella sazon servian de plato. Tanta lástima haga Dios de mí, como yo habia de él, porque sentí lo que sentia, y muchas veces habia por ello pasado, y pasaba cada dia. Pensaba si seria bien comedirme á convidarle; mas por me haber dicho que habia comido temíame no aceptaria el convite... Quiso Dios cumplir mi deseo, y aun pienso que el suyo, porque cómo comencé á comer, él se andaba paseando, y llegóse á mi, y díjome: dígote, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida ví á hombre, y que nadie te lo ve hacer que no le pongas gana aunque no la tenga. La muy buena que tú tienes, dije yo entre mí, te hace parecer la mia hermosa. Con todo parecióme ayudarle, pues se ayudaba y me abria camino para ello, y díjele: señor el buen aparejo hace buen artífice; este pan está sabrosísimo, y esta uña de vaca tan bien cocida y sazonada, que no habrá á quien no convide con su sabor. ¿Uña de vaca es? Si señor. Dígote que es el mejor bocado del mundo, y que no hay faisan que así me sepa. Pues pruebe, señor, y verá que tal está. Póngole en las uñas la otra, y tres ó cuatro raciones de pan de lo mas blanco; asentóseme al lado, y comienza á comer como aquel que lo habia gana, royendo cada husecillo de aquellos, mejor que un galgo suyo lo hiciera. Con almodrote, decia, es este singular manjar. Con mejor salsa lo comes tú, respondí yo, paso. Por Dios que me ha sabido como si no hubiera hoy comido bocado. Así me vengan los buenos años como es ello, dije yo entre mi. Pidióme el jarro de agua, y díselo como lo habia traido; señal, que pues no le faltaba el agua, que no le habia sobrado á mi amo la comida. Bebimos y muy contentos nos fuimos á dormir como la noche pasada; y por evitar prolijidad, de esta manera estuvimos ocho ó diez dias, yéndose el pecador por la mañana con aquel continente y paso citado á pasear aire por las calles, teniendo en el pobre Lázaro una cabeza de lobo.

La Inquisicion que en varios retratos presentados por Mendoza vió la crítica en algunas clases entonces influyentes, prohibió el Lazarillo, que ya en España se habia hecho raro, cuando en el extrangero se leia cada vez con mas boga. Al fin permitióse de nuevo su impresion, pero corregida y enmendada la obra, que es como mas generalmente corre.

La fortuna del Lazarillo de Tormes, produjo, como era de esperar, gran número de imitaciones. Imposible nos es el mencionarlas todas: ni han tenido tanta vida, que sin una esquisita y especial erudicion en esta parte, sea dable el conocerlas. Pocas son las que conservan todavia alguna fama, y aunque poco leidas tambien, suelen citarse. Tales son *La vida del gran tacaño* ó el *Buscon* por Quevedo: la *Vida* y *aventuras del escudero Marcos de Obregon*, por Vicente Espinel; y la *Vida y hechos del picaro Guzman de Alfarache*, por Mateo Aleman. Estas tres novelas, aunque diversas en el estilo, son iguales en la forma: redúcense al relato de las aventuras de sus héroes que, ó bien son caballeros de industria y de la mala vida que van por el mundo haciendo toda clase de fechorías, ó son criados que mudan con frecuencia de amos y condiciones. El interés en estas obras es siempre escaso, como que no hay en ellas una accion seguida que empeñe la curiosidad del lector, que principie y vaya desarrollándose hasta parar en un desenlace cualquiera: sino que se reducen á una série de sucesos sin conexion alguna entre sí, ofreciendo sí la variedad de cuadros diferentes, y agradando á veces por la fiel pintura de las costumbres y lo chistoso del estilo; pero repugnando tambien no pocas por descender á objetos, clases y personas que no debieron ocupar la pluma del mas miserable ingénio. La obra continúa hasta que el autor se cansa de escribir, ó no encuentra ya en su imaginacion nuevos lances que añadir; y entonces echa el héroe á galeras ó le manda á otras tierras á continuar su desastrosa vida. Al mal efecto que causa el asunto, se añade el de ponerse la relacion de tales aventuras en boca del mismo protagonista que las cuenta con increible cinismo, haciendo gala de sus vicios y maldades, y no perdonando siquiera á sus padres que por lo regular han sido azotados ó muertos en la horca. Esto causa una monotonía que en breve produce el hastío, tanto mayor cuanto que en el estilo suele haber poca variedad, y muy á menudo afectacion ridícula. Asombra el gran salto dado desde las novelas caballerescas á las del género picaresco; pues si aquellas son la exageracion de los mas nobles sentimientos, estas presentan la de los vicios mas reprensibles. Si se hubiera de juzgar solo por estas muestras, se diria que la sociedad habia padecido una total y lastimosa trasformacion: pero aunque las novelas del género picaresco reproducen muchos rasgos sacados de la realidad, aunque pintan costumbres ciertas de clases determinadas, atribuimos la repeticion y frecuencia de cuadros tan repugnantes, mas bien que á la inmoralidad de la época, á la depravacion del gusto, y al carácter particular de los autores, cuyo ingenio les inclinaba á semejantes escritos. La comedia que por entonces florecía, y

presentaba en la escena costumbres y sentimientos tan distintos, desmentiria tan triste idea si posible fuera el abrigarla. En todos tiempos hay séres desgraciados que el escritor debe dejar en la obscuridad que los cubre sin mojar su pluma en el lodazal, donde se hallan sumidos.

El *Gran tacaño* de Quevedo, es la mas célebre y mejor de las novelas citadas, á lo que contribuye tambien el ser la mas corta. Su héroe *Pablos* es un muchacho travieso que pasa grandes hambres y trabajos en la escuela; y luego que ha crecido, se asocia á una cuadrilla de caballeros de industria, que sin embargo de sus robos, viven en la mayor desnudez y miseria. El estilo es conciso y rápido, y menos afectado que en otras obras del mismo género del autor: hay colorido de brocha gorda en las pinturas, pero admirable en la ejecucion, de grande efecto, y con rasgos del mayor mérito, habiendo muchas frases pasado á ser proverbios. Entre varias de estas pinturas que pudiéramos citar, elegiremos la del dómine Cabra, verdadero retrato, aunque exagerado, de una clase que ya ha desaparecido.

Era un clérigo cervatana, largo solo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo. No hay mas que decir, para quien sabe el refran que dice: ni gato ni perro de aquella color. Los ojos avecindados en el cogote, que parecia que miraba por cuévanos, tan hundidos y obscuros que era buen sitio para tienda de mercaderes: la nariz entre Roma y Francia, porque se le habia comido de unas bubas de resfriado, que aun no lo fueron de vicio, porque cuestan dinero: las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que de pura hambre parecia que amenazaba á comérselas: los dientes le faltaban no sé cuantos, y pienso que por holgazanes y vagamundos se le habian desterrado; el gasnate largo como avestruz, con una nuez tan salida que parecia se iba á buscar de comer forzada de la necesidad: los brazos secos y las manos como un manojo de sarmientos cada una. Mirado de medio abajo, parecia tenedor ó compás con dos piernas largas y flacas: su andar muy despacio: si se descomponia, sonaban los huesos como tablillas de san Lázaro: la habla ética, la barba grande, que nunca se la cortaba por no gastar, y él decia, que era tanto el asco que le daba ver las manos del barbero por su cara, que antes se dejaria matar que tal permitiese: cortábale los cabellos un muchacho de los otros. Traia un bonete los dias de sol ratonado con mil gateras y guarniciones de grasa, y era de cosa que fue paño, con fondos de caspa. La sotana, segun decian algunos, era milagrosa, porque no se sabia de qué color era. Unos viéndola tan sin pelo, la tenian por de cuero de rana: otros decian que era ilusion; desde cerca parecia negra, y desde lejos entre azul: llevábala sin ceñidor: no traia cuello ni puños: parecia con los cabellos largos. la sotana mísera y corta, lacayuelo de la muerte. Cada zapato podia ser tumba de un Filisteo: pues ¿y su aposento? Aun arañas

no habia en él: conjuraba los ratones de miedo que no le royesen algunos mendrugos que guardaba: la cama la tenia en el suelo, y dormia siempre de un lado por no gastar las sábanas: al fin era archipobre y protomiseria.

Pintando luego la cena que daba á los pupilos dice:

Sentóse el licenciado Cabra y echó la bendicion: comieron una comida eterna, sin principio ni fin: trajeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una de ellas peligraba Narciso mas que en la fuente: noté con la ansia que los macilentos dedos se echaban á nado tras un garbanzo huérfano y solo que estaba en el suelo. Decia Cabra á cada sorbo: cierto que no hay tal cosa como la olla, digan lo que dijeren; todo lo demas es vicio y gula. Acabando de decirlo, echóse su escudilla á pechos, diciendo: todo esto es salud, y otro tanto ingenio. ¡Mal ingenio te acabe! decia yo, cuando vi un mozo, medio espíritu, y tan flaco, con un plato de carne en las manos, que parecia la habia quitado de sí mismo. Venia un nabo aventurero á vueltas, dijo el maestro: ¿nabos hay? no hay para mi perdiz que se le iguale: coman, que me huelgo de verlos comer. Repartió á cada uno tan poco carnero que en lo que se les pegó á las uñas, y se les quedó entre los dientes pienso que se consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de los participantes. Cabra los miraba, y decia: coman, que mozos son, y me huelgo de ver sus buenas ganas. Mire usted, qué buen aliño para los que bostezaban de hambre. Acabaron de comer, y quedaron unos mendrugos en la mesa y en el plato, unos pellejos y unos huesos, y dijo el pupilero: quede esto para los criados, que tambien han de comer, no lo queramos todo. ¡Mal te haga Dios, y lo que has comido, lacerado, decia yo, que tal amenaza has hecho á mis tripas! Echó la bendicion, y dijo: Ea, demos lugar á los criados, y váyanse hasta las dos á hacer ejercicio no les haga mal lo que han comido. Entonces ya no pude tener la risa, abriendo toda la boca. Enojóse mucho, díjome que aprendiese modestia, y tres ó cuatro sentencias viejas, y fuese. Sentámonos nosotros y yo que vi el negocio mal parado y que mis tripas pedian justicia, como mas cano y mas fuerte que los otros, arremetí al plato, como arremetieron todos, y emboqueme de tres mendrugos los dos, y el un pellejo. Comenzaron los otros á gruñir; entró Cabra al ruido, diciendo: coman como hermanos, pues Dios les dá con qué; no riñan, que para todos hay. Volvióse al sol y dejónos solos.

La *vida de Marcos Obregon*, aunque presenta un criado que va mudando de amos, ofrece menos truanadas, tiene buena moral, y nos introduce á veces en una sociedad mas escogida, amenizándose la narracion con cuentos y novelitas agradables. Su estilo es puro, natural, fácil y correcto, sin resabios de afectacion ni mal gusto; y puede tenerse á Espinel por uno de

nuestros primeros prosistas. Júzguese por el siguiente extracto.

Teniendo cierto requiebro al barrio de san Ginés, martes de carnestolendas por la tarde me envió á decir la señora que le llevase algo bueno para despedirse de la carne, que en estos dias hay libertad para pedirlo, y aun para negarlo; pero por usar de fineza, por ser la primera cosa que hacia en su servicio, vendí ciertas cosillas que me hicieron harta falta, y en acabándose la grita de geringas y naranjazos, y el martirio perruno causado por las mazas, dí conmigo en un tabernáculo de la gula, donde henchí un paño de manos de una empanada, un par de perdices, un conejo y frutillas de sarten, y atándolo muy bien, caminé á darla por una ventana á mas de las once de la noche; y como el dia siguiente, por ser miércoles de ceniza, era dia de mucha recoleccion, aunque todo el pasado habia sido alegria para los muchachos y trabajos para los perros, habia silencio general; de suerte que aunque yo iba bien cargado, no me podia ver nadie: llegando á la plazuela de san Ginés, sentí que venia la ronda, y retiréme debajo de aquel cobertizo donde suele haber una tumba para los aniversarios y exequias; y antes que pudiesen llegar á mí los de la ronda, metí el paño de manos, atado como estaba, por un agujero grande que tenia la tumba por la parte de abajo, y sacando un rosario que siempre traigo conmigo, comencé á fingir que rezaba... En trasponiendo la ronda, torné por mi paño y cena á la negra tumba donde lo habia dejado; y aunque con un poco de temor por la luna y la soledad, alargué la mano y brazo todo lo que pude alcanzar y no topé con el paño, ni con todo lo que estaba en él; de lo cual quedé temblando y helado: y es de creer que me causaria horrible miedo una cosa tan espantosa en un cementerio; pues junto con esto, senti dentro en la tumba un gran ruido de hierro que se me representaron mil cadenas y otras tantas ánimas, padeciendo su purgatorio en aquel mismo lugar. Fué tanta mi turbacion y desaliento, que se me olvidó el amor á la cena; y quisiera hallarme mil leguas de allí; pero lo mejor que pude, ó lo menos mal que acerté, volví las espaldas, y fuime poco á poco, arrimándome á la pared, pareciéndome que iba tras mí un ejército de difuntos; pues yendo con esta turbacion me sentí por detrás tirar de la capa, desanimándome de manera que dí un golpazo con mi persona en el suelo, y con los hocicos en la guarnicion de la espada; volví á mirar si era algun cadáver descarnado, y no ví otra cosa sino mi capa asida al calvario que está en aquella pared: con esto respiré un poco, y fui cobrando aliento, y descansando el temor del clavo y de la capa, pero no el de la tumba. Sentéme y miré al rededor... Con esta resolucion fuime animosamente á la tumba, desembainé la espada, y rodeando la capa al brazo, dije con muy gentil determinacion: yo te conjuro y mando de parte del cura de esta iglesia, que si eres cosa mala, te salgas de este lugar sagrado, y si eres ánima que andas en pena, que me reveles qué quieres ó qué has menester

(y el ruido del hierro con mi conjuro andaba mas agudo): una y dos y tres veces te lo digo y vuelvo á decir; pero cuanto mas lo decia, tantos mas golpes de hierro sonaban en la tumba que me hacian temblar. Visto que mi conjuro no era válido, y que si dejaba enfriar la determinacion que tenía, tornaria de nuevo el temor á desanimarme, púseme la espada entre los dientes, y con ambas manos así de la tumba por el agujero de abajo, y en alzándola, salió corriendo por entre mis piernas un perrazo negro, con un cencerro atado á la cola, que huyendo de los muchachos, se habia recogido á sagrado, y como despues de haber reposado, olió la comida, retiróla para sí, y sacó el vientre de mal año.

Nació Espinel en Ronda en 1551, de una familia pobre; estudió en Salamanca, de donde salió para la carrera de las armas: despues de muchos y extraños sucesos, volvió á su patria, y favoreciéndole don Francisco Pacheco, obispo de Málaga, se hizo clérigo, sirvió una capellanía en el hospital del pueblo de su nacimiento, y por último otra en santa Catalina de los Donados de Madrid, donde murió de mas de noventa años. Parece que en la vida del Escudero Obregon refirió gran parte de sus aventuras; pero mezcladas con otras de pura invencion, no es posible deducir de esta obra cuáles fueron los sucesos verdaderos de su vida. Fué tambien Espinel gran músico, y además de haber añadido la quinta cuerda á la guitarra, inventó las de siete órdenes; como poeta creó las décimas, que de su nombre tomaron el de *espinelas*, segun queda ya advertido; y fué el primer traductor en verso castellano del arte poética de Horacio. En otro lugar hemos presentado muestra de sus versos.

El *Escudero de Marcos de Obregon* tiene el mérito de haber sido en nuestro concepto, el verdadero original de la famosa novela titulada *Gil Blas*, sobre cuya procedencia tanto se ha disputado: al menos debió inspirar á Lesage su precioso libro, sirviéndole de modelo en muchas cosas. De Obregon está copiado el prólogo, y tomadas muchas aventuras, además de ser suya la idea principal de la obra, que es la de presentar á un jóven estudiante que, saliendo de su casa á probar fortuna, pasa por infinidad de condiciones, ofreciendo de esta suerte una série de cuadros en que se pintan todas las clases de la sociedad. Si á esto se añade que el novelista francés formó su obra con retazos de otras novelas españolas, y con los argumentos de muchas comedias nuestras; debiendo además haberse aprovechado de algun manuscrito en que se refieren sucesos ocultos de la corte de Felipe IV, sucesos que él no podia conocer de otro modo, y estan contados con admirable exactitud; tendremos la solucion de tan debatido problema resultando que sin privar á Lesage de la gloria que le resulta de haber formado un bello conjunto con materiales agenos,

estos materiales; sin embargo, pertenecen á nuestra España.

La *Vida del pícaro Guzman de Alfarache* es de menos mérito que el *Obregon*, tanto respecto de la moralidad de la fábula, cuanto en lo relativo al estilo. Cuenta el mismo Guzman toda su vida, desde que fué engendrado, que á nada menos asciende, hasta que por sus crímenes le condenaron á galeras. De jóven sale tambien de su casa á probar fortuna, y ya en España, ya en Italia, donde pasa muchos años, se asocia siempre con gente de mala vida, siendo unas veces pícaro, otras mendigo, otras page, otras criado de un embajador, otras ladron; pasando en revista las clases mas viles y perversas de la sociedad. El ejemplo que resulta de tan extraño libro no es á la verdad muy edificante; y el autor conociéndolo sin duda, queriendo poner al lado del tósigo el contraveneno, mezcla su relato con trozos de moral que por lo largos y repetidos cansan, y hacen penosa la lectura. El estilo, aunque generalmente claro, se arrastra con lentitud, presenta pocos rasgos felices, apura de mil modos un mismo pensamiento, y carece de armonía, contribuyendo esto no poco á la fatiga que este libro causa. Mateo Aleman, natural de Sevilla, se titula criado del rey, y lo único que sabemos de él, es lo que dice Alonso de Barros en el elogio que precede á la obra, dando á entender que era contador de S. M. y añadiendo: «Habiéndose criado desde sus primeros años en el estudio de las letras humanas, no le podrán pedir residencia del ocio; ni menos que en esta historia se ha entremetido en agena profesion; pues por ser tan suya, y tan aneja á sus estudios, el deseo de escribirla le retiró y distrajo del honesto entretenimiento de los papeles de su Magestad, en los cuales (aunque bien suficiente para tratarlos) parece que se hallaba violentado; pues se volvió á su primer ejercicio, de cuya continuacion y vigilias hanos formado este libro.»

Para muestra del estilo de este autor, pondremos aquí la comparacion que hace entre el pobre y el rico, uno de los mejores pasages que en su obra se encuentran.

Es el pobre moneda que no corre, concejo de horno, escoria del pueblo, barreduras de la plaza, asno del rico; come mas tarde, lo peor y mas caro; su real no vale medio; su sentencia es necedad; su discrecion locura; su voto escarnio; su hacienda del comun; ultrajado de muchos, y aborrecido de todos. Si en conversacion se halla, no es oido; si lo encuentran huyen del; si aconseja, lo murmuran; si hace milagros, que es hechicero; si virtuoso, que engaña; su pecado venial es blasfemia; su pensamiento castigan por delito; su justicia no se guarda; de sus agravios apela para la otra vida; todos lo atropellan, y ninguno lo favorece. Sus necesidades no hay quien las remedie, sus trabajos quien los con-

suele, ni su soledad quien la acompañe. Nadie le ayuda, todos le impiden, nadie le da, todos le quitan, á nadie debe y á todos pecha. Desventurado, y pobre del pobre, que las horas de relox le venden, y compra el sol de Agosto. Y de la manera que las carnes mortecinas y desaprovechadas, vienen á ser comidas de perros, tal como inútil, el discreto pobre viene á morir comido de necios.

¡Cuán al revés corre un rico! qué viento en popa! con qué tranquilo mar navega! qué bonanza de cuidados! qué descuido de necesidades agenas! Sus alholies llenos de trigo, sus cubas de vino, sus tinajas de aceite, sus escritorios y cofres de moneda. ¡Qué guardado en el verano del calor! qué empapelado en el invierno por el frio! De todos es bien recibido; sus locuras son caballerías; sus necedades sentencias; si es malicioso, lo llaman astuto; si pródigo, liberal; si avariento, reglado y sábio; si murmurador, gracioso; si atrevido, desenvuelto; si desvergonzado, alegre; si mordaz, cortesano; si incorregible, burlon; si hablador, conversable; si vicioso, afable; si tirano, poderoso: si porfiado, constante; si blasfemo, valiente; y si perezoso, maduro; sus yerros cubre la tierra; todos le tiemblan, que ninguno se le atreve; todos cuelgan el oido de su lengua para satisfacer á su gusto; y palabra no pronuncia, que con solemnidad no la tenga por oráculo. Con lo que quiere sale; es parte, juez y testigo; acreditando la mentira, su poder la hace parecer verdad, y cual si la fuese, pasa por ella. ¡Cómo lo acompañan! cómo se llegan! cómo lo festejan! cómo lo engrandecen! Ultimamente pobreza es la del pobre, y riqueza la del rico; y asi donde bulle buena sangre, y se siente de la honra, por mayor daño estiman la necesidad que la muerte; porque el dinero calienta la sangre, y la vivifica; y asi el que no lo tiene, es un cuerpo muerto, que camina entre los vivos: no se puede hacer sin él alguna cosa en oportuno tiempo, ejecutar gusto, ni tener cumplido deseo.

Otra novela tambien célebre, y que ha sido igualmente que la anterior imitada por el autor del *Gil Blas*, es *El diablo Cojuelo, Verdades soñadas, y Novelas de la otra vida traducidas á esta por Luis Velez de Guevara*. Nació este autor en Ecija por los años de 1570; pero vivió la mayor parte en la corte favorecido y honrado por el duque de Veragua, y murió en Madrid en el mes de Noviembre de 1644, á la edad de setenta y cuatro años.

La idea de su novela es ingeniosa; el Diablo Cojuelo, libertado por el estudiante don Cleofás de la prision en que le tenia un alquimista dentro de una redoma, le paga este servicio enseñándole primero á Madrid de noche, levantando los tejados de las casas y le acompaña despues por varios puntos de España introduciéndole en todas partes. Este medio le proporciona el hacer la crítica de varias clases y personages, y el describir muchas costumbres de aquella época. Por esta razon, y por hallarse escrito con ligereza y gracia, agrada en la lectura este libro que

por otro lado es de corta estension; mereciendo ser mas conocido, y no pospuesto á la imitacion de Lesage que, traducida al castellano, es la que mas corre hoy dia entre nosotros. Puede juzgarse de él por la siguiente descripcion de Madrid, visto de noche.

Quedó don Cleofás absorto en aquella pepitoria humana de tanta diversidad de manos, pies y cabezas, y haciendo grandes admiraciones, dijo: ¿Es posible que para tantos hombres, mugeres y niños hay lienzo para colchones, sábanas y camisas? Dejadme que me asombre, que entre las grandezas de la providencia divina, no es esta la menor. Entonces el Cojuelo previniéndole, le dijo: Advierte que quiero empezar á enseñarte distintamente en este teatro, donde tantas figuras representan, las mas notables, en cuya variedad está su hermosura. Mira allí primeramente como están sentados muchos caballeros y señores á una mesa opulentísima: acabando una media noche, que eso les han quitado á los relojes no mas... Allí se está quejando de la orina un letrado tan ancho de barba, y tan espeso, que parece saca un delfin la cola por las almohadas... Mira aquel preciado de Lindo, ó aquel lindo de los mas preciados, como duerme con vigoteras, torcidas de papel en las guedejas y el copete, sebillo en las manos, y guantes descabezados, y tanta pasa en el rostro, que puede hacer colacion en él toda la cuaresma que viene... Vuelve allí, y mira con atencion como se está untando un hipócrita á lo moderno, para hallarse en una gran junta de brujos que hay entre san Sebastian y Fuenterrabia, y á fé que nos habíamos de ver en ella sino temiera el riesgo de ser conocido del demonio... Pero mucho mas nos podemos entretener por acá, y mas si pones los ojos en aquellos dos ladrones que han entrado por un balcon en casa de aquel estrangero rico con una llave maestra, porque las ganzúas son á lo antiguo, y han llegado donde está aquel talego de vara y media, estofado de patacones de á ocho, á la luz de una linterna que llevan, que por ser tan grande, y no poder arrancarle de una vez, por el riesgo del ruido determinan abrirle, é hinchir las faltriqueras y los calzones, y volver otra noche por lo demas; y comenzando á desatarle saca el tal estrangero (que estaba dentro de él guardando su dinero por no fiarle de nadie) la cabeza, diciendo: señores ladrones, acá estamos todos... Aténgome (dijo don Cleofás) á aquel caballero tasajo que tiene el alma en ceniza, que he echado de ver que es caballero de un hábito que le he visto en una ropilla á la cabecera, y no es el mayor remiendo que tiene y duerme enroscado como la lamprea empanada, porque la cama es media sotanilla que le llega á las rodillas no mas. Aquel, (dijo el Cojuelo) es pretendiente, y está demasiado de gordo y bien tratado para el oficio que ejercita. Bien haya aquel tabernero que se quita de esos cuidados, y él cura de su vino, que le está bautizando en sus pellejos y las tinajas, y á estas horas está hecho diluvio en pena con su embudo en la mano, y antes de mil años espero verle jugar cañas por el nacimiento de algun príncipe. ¿Qué mucho (dijo Cleofás) si es tabernero y puede emborrachar á la fortuna? No

hayas miedo (dijo el Cojuelo) que se vea en eso aquel Alquimista que está en aquel sótano con unos fuelles respirando una hornilla llena de lumbre; sobre la cual tiene un perol con mil variedades de ingredientes, muy presumido de acabar la piedra filosofal, y hacer el oro; que ha diez años que anda en esta pretension... Vuelve allí, y acompáñame á reir de aquel marido y muger, tan amigos de coche, que todo lo que habian de gastar en vestir, calzar y componer su casa, lo han empleado en aquel que está sin caballos ahora, y comen, cenan y duermen dentro de él, sin que hayan salido en cuatro años que ha que lo compraron, que les sirve de concha como á la tortuga... ¿Qué voces (dijo don Cleofás) son las que dan en esa casa mas adelante que parece que pregonan algun demonio que se ha perdido?... Aquel es un garitero que ha dado esta noche ciento y cincuenta barajas, y se ha endiablado de cólera porque no le han pagado ninguna, y se van los actores y los reos con las costas en el cuerpo tras una pendencia de barato, sobre uno que juzgó mal una suerte, y lo mete en paz aquella música que dan á cuatro voces en esotra calle unos criados de un señor á una muger de un sastre que ha jurado que los ha de coser á puñaladas. Si yo fuera el marido (dijo don Cleofás) mas los tuviera por gatos que por músicos. Ahora te parecerán galgos (dijo el Cojuelo) porque otro competidor de la sastra, con una gavilla de seis ó siete, vienen sacando las espadas, y los orfeos de la música, reparando la primera invasion con las guitarras, hacen una fuga de cuatro ó cinco calles. Pero vuelve allí los ojos, verás como se va desnudando aquel hidalgo que ha rondado toda la noche, tan caballero de milagro en las tripas, como en todas las demas facciones; pues quitándose una cabellera, queda calvo, y las narices de carátula, chato, y unos vigotes postizos, lampiño, y un brazo de para estropeado, que pudiera irse mas caminio de la sepultura que de la cama. En esotra casa mas arriba está durmiendo un mentiroso con una notable pesadilla, porque sueña que dice verdad: Allí un vizconde, entre sueños está muy vano, porque ha reguteado la escelencia á un grande. Allí está muriendo un fullero, y ayudándole á bien morir un testigo falso, y por darle la bula de la cruzada le da una baraja de naipes, porque muera como vivió, y él boqueando, por decir Jesus, ha dicho flux. Allí mas arriba un boticario está mezclando la piedra bezar con los polvos de sen. Allí sacan un médico de su casa para una apoplegía que le ha dado á un obispo. Allí llevan aquella comadre para partear á una preñada de medio ojo, que ha tenido dicha en darle los dolores á estas horas. Allí doña Tomasa, tu dama, en enaguas, está abriendo la puerta á otro, que á estas horas le oye de amor... Mira allí aquel barbero, que soñando se ha levantado y echado unas ventosas á su muger, y la ha quemado con las estopas las tablas de los muslos, y él despertando la consuela, diciendo, que aquella diligencia es buena que esté hecha para cuando fuere menester. Vuelve allí los ojos á aquella cuadrilla de sastres, que están acabando unas vistas para un tonto que se casa á ciegas, que es lo mismo que por relacion, con una doncella tarasca, fea, pobre y necia, y le han hecho creer al con-

trario, con un retrato que le trajo un casamentero... Mira á aquel cazador mentecato de gallo, que está ensillando su rocin ahora á estas horas, y está poniendo la escopeta debajo del caparazon, y deja de dormir de aquí á las nueve de la mañana por ir á matar un conejo que le costaria menos, aunque le comprara en la despensa de Judas. Y al mismo tiempo advierte como á la puerta de aquel rico avariento echan un niño, que por partes de su padre puede pretender la beca del anticristo, y él en grado de apelacion da con él en casa de un señor, que vive junto á la suya, que tiene talle de comérselo antes que criarlo, porque ha dias que su despensa espera el domingo de casi racion... Pero ya el dia no nos deja pasar adelante, que el aguardiente y el letuario son sus primeros crepúsculos, y viene el sol haciendo cosquillas á las estrellas, que están jugando á salga la parida, y dorando la pildora del mundo.

Habiendo presentado muestras de las anteriores novelas, es inútil hacer lo mismo con otras que tienen menos reputacion y mérito.

Citaremos sin embargo, las de *Gerónimo de Salas Barbadillo*, que escribió muchas, cuyos principales títulos son: *El bachiller Trapaza*, la *Garduña de Sevilla*, la *Sarpia en Madrid*, el *Caballero del puntal*, la *ingeniosa Elena*, la *Incasable mal casada*, el *Sutil Cardoves*, y otras la mayor parte del género picaresco. Este autor escribe con claridad, sencillez y correccion; pero su estilo ofrece pocos rasgos de ingenio, y no brilla ni por la fuerza de los caractéres, ni por lo pintoresco de las descripciones.

Además de estas novelas, existen, aunque algunas son muy raras: la *Picara Justina*, cuyo autor no recordamos; *Estevanillo Gonzalez*, anónima; *el trágico Gerardo* de Gonzalo de Céspedes; *la Dama beata*, de Don José Camarino; *Firmeza en los imposibles* de Altamirano; *Selva de aventuras* por Gerónimo Contreras; *Jornadas alegres*, por Eraso; *Vicios y virtudes y reprobacion del loco amor*, por el bachiller Alonso Martinez de Toledo, arcipreste de Talavera. Estas últimas pertenecen ya á la clase de novelas cortas, formando coleccion, en cuyo género, introducido por Cervantes, se ejercitaron tambien Lope de Vega, Montalvan, Alonso del Castillo Solórzano, Tirso de Molina, no faltando algunas mugeres, como doña María de Zayas y doña Mariana Carvajal y Saavedra. Muchas de estas novelas, como las de Montalvan, estan mezcladas de versos; pero aunque sus autores dan prueba de ingenio, y se pueden sacar de ellas buenos trozos de prosa, deben considerarse en lo general como obras de entretenimiento mas bien que literárias; y basta lo que hemos dicho y citado, para dar una idea de lo que fué este género entre nosotros.

CAPITULO XIV.

CERVANTES.

Hasta aquí hemos visto que la novela española habia seguido dos muy distintos rumbos. Unas veces, como en los libros de caballerías, se habia engolfado en un mundo ideal donde nada se presentaba de cuanto existe en la naturaleza; otras veces se arrastraba en lodazales inmundos, pintando los seres mas abyectos de la sociedad. En ambos casos su carácter distintivo fué la exageracion; en el primero, la exageracion de las virtudes; en el segundo, la exageracion de los vicios. No existe un autor que, ya en las aventuras, ya en los caractéres, ya en el estilo, tomase por guia la verdad, y se resignase á ser natural y sencillo. Para remediar el daño, necesitábase un genio que se resolviese á combatir cuanto tales exageraciones tenian de extravagante, particularmente las caballerescas, mas peligrosas que las otras, porque estas con su fealdad repugnaban, pero aquellas pervertian lo mas noble que en el hombre existe, haciendo servir las virtudes mismas á la perpetracion de acciones reprensibles. Esta empresa, sin embargo, era de las mas árduas y difíciles. La obra en que se intentase, tenia que ostentar cualidades contrarias á los defectos criticados; mas como semejantes cualidades no son de las que alucinan y enagenan con su brillante oropel, y los defectos, por el contrario, tenian embelesadas á la mayor parte de las gentes, solo un portentoso talento, solo una obra extraordinaria, podia prometerse la victoria. Habia que reemplazar una popularidad con otra popularidad; y producir una revolucion tanto mas dificultosa cuanto que las tendencias de la sociedad eran contrarias á ellas.

Para verificarla, no eligió el destino á ningun hombre elevado en dignidad, rico en bienes de fortuna, influyente por su posicion, poderoso con su prestigio. Fué á buscar un ser nacido en pobreza, y que vivió constantemente en ella, uno de aquellos desgraciados, míseros juguetes de la suerte, que jamás conocen lo que es felicidad, y compran su gloria con una série de infortunios. Casi todos los célebres escritores de que hemos hablado vivieron honrados, favorecidos de la suerte, y no pocos en la abundancia. Las dignidades, los altos empleos, los pingües beneficios les fueron prodigados. España ofrece, en su honor, este

contraste con las demás naciones: por aquella época sobre todo los ingenios franceses, con cortas excepciones, vivian en dependencia y humillacion degradantes. En Castilla, por el contrario, se iba á buscar los escritores entre lo mas escogido de la sociedad, y en las clases mas distinguidas. Solo para el mas ilustre de todos guardó España el desamparo, la miseria, el hambre. Así como fué una excepcion en el génio, fuélo igualmente en la condicion comun á todos. Vivió indigente al lado del opulento Lope de Vega; y obscureciase eclipsado por su brillante aureola, bien léjos de pensar que otra mas brillante le esperaba, y que se le habian de erigir estátuas algun dia en los mismos parages donde mendigaba entonces el sustento.

Pero nos engañamos; este presentimiento de gloria lo tenia; y con la conciencia, de su verdadero valor, conciencia que acompaña siempre á los grandes hombres, esperaba de la posteridad lo que le negaban sus contemporáneos. Este hombre fué *Miguel de Cervantes Saavedra*.

Al tratar de este insigne escritor, toda pluma se siente desfallecida: tanto se ha dicho además acerca de sus obras, tan conocidas son, tan analizadas se hallan, que en vano se buscarian nuevos encomios, y no hay para qué extenderse demasiado en materia sobre la cual no queda por decir nada. Nos limitaremos, pues, á trazar un bosquejo de su vida, siguiendo al sabio don Martin Fernandez Navarrete, que con tan esquisita erudicion ha sabido esclarecerla, y haciendo al paso las reflexiones que acerca de las obras de tan feliz ingenio nos ocurran.

Cervantes, desdeñado en vida por sus contemporáneos, ha tenido despues de su muerte la gloria que le cupo á Homero, de que varios pueblos se disputasen el honor de haber sido el lugar de su nacimiento, mas queda hoy averiguado con documentos auténticos que nació en Alcalá de Henares á 9 de octubre de 1547, siendo sus padres, de noble alcurnia, Rodrigo de Cervantes y doña Leonor de Cortinas. Estudió humanidades con el presbítero don Juan Lope de Hoyos que le llamaba su *caro discipulo*, por sus grandes progresos y su temprana aficion á la poesía, en la cual sin embargo, á pesar de su ingenio, constantes esfuerzos, y extremada aficion jamás pudo elevarse á la altura de los célebres poetas que entonces florecian en España. Estos son los únicos estudios que se le conocen; pues aunque se dice cursó dos años en Salamanca, no está probado: y aun siendo cierto, hubo de dejar las aulas de aquella famosa universidad, sin duda por la escasa fortuna de sus padres; y la necesidad de adoptar algun medio de subsistencia. Conoció sin embargo á fondo los escritores latinos: adquirió en sus viajes, con la lectura y el trato de hombres ilustrados, gran copia de conocimientos; pero sobre

todo, se aficionó extraordinariamente á nuestros poetas; leyó infinidad de libros de caballería y cuantas obras de entretenimiento se conocian; y manifestó particular inclinacion al teatro que se hallaba entonces en mantillas. Pero donde mas aprendió fué en el gran libro del mundo; y á él debió aquella verdad que reina en sus escritos, aquel estilo puro, natural y fácil á par que pintoresco, tan distante de la afectacion que contaminaba á los demás escritores.

Apenas habia concluido Cervantes sus primeros estudios, ansioso de correr tierras, quiso probar fortuna, y aprovechando la ocasion de hallarse en Madrid el cardenal Aquaviva con una mision del Santo padre, logró entrar en su servidumbre, y marchó con él á Roma. No hubieron sin duda de agradarle las funciones casi domésticas á que tendria que sujetarse en la casa de aquel prelado; y llevado de su ardor marcial, se alistó soldado en las banderas del general de las armas del Papa, Marco Antonio Colona, en ocasion que se estaba concertando contra el poder musulman la famosa liga de príncipes cristianos que tuvo feliz término con la gran batalla de Lepanto. Asistió Cervantes á esta jornada en las galeras del mismo Colona: hizo prodigios de valor, recibió tres heridas, dos en el pecho, y una en la mano izquierda que le dejó manco; y mereció que don Juan de Austria, al visitar los heridos, le aumentase tres escudos mas á su paga ordinaria: única recompensa que recibió de su patria el hombre que tanto habia de ilustrarla.

Continuó Cervantes en las mismas banderas, y hallóse en las expediciones de Navarino, Tunez y la Goleta, siendo despues agregado á las tropas españolas de la guarnicion de Nápoles, en cuya capital siguió hasta el año 1575. Trató entonces de volver á España con el objeto de reclamar la recompensa de sus servicios, y se embarcó en la galera *Sol* con un hermano suyo; pero el destino le reservaba nuevos infortunios. El dia 26 de Setiembre fue la galera acometida por la escuadra de Arnaute Mamí, y apresada, despues de una vigorosa resistencia, por la goleta del Arraez Dalí, quedó Cervantes esclavo de este caudillo moro que le llevó á Argel, haciéndole cargar de cadenas, y exigiendo de él un crecido rescate, por creerle un noble y rico caballero y á causa de unas cartas de recomendacion para el rey que se le habian encontrado.

Cinco años y medio sufrió de cautividad, haciendo en todos ellos prodigios de ingenio y valor para escaparse, tentativas que le hubieran costado la vida, á no ser por la misma admiracion que causó en los moros su arrojo y osadía. En vano sus padres empeñaron gran parte de sus bienes para rescatarle; solo pudo serlo su hermano y él no consiguió la libertad, hasta 1580

en que le rescataron los religiosos de la Trinidad, dando por él en oro español quinientos escudos.

Tenía entonces treinta y tres años: pobre en fortuna, hallábase rico de juventud, de ingenio, y con no escasos conocimientos adquiridos en sus viages por Italia: y aunque continuó todavía sirviendo por algun tiempo, hallándose en las expediciones de Portugal y de las islas Terceras con el marqués de Santa Cruz, resolvió por fin abandonar el ejercicio de las armas, y dedicarse á tareas literarias, animándole á ello el trato que tuvo con varios ingenios que á la sazon florecian.

El primer fruto que dió á luz de su ingenio, fue la *Galatea*, novela pastoral, á imitacion de las que habian escrito Montemayor y Gil Polo. La fama de estas duraba todavía, y sin duda Cervantes creyó llamar la atencion pública, escribiendo en un género que gozaba de grande aceptacion. Dícese tambien que dieron ocasion á esta obra sus amores con doña Catalina Salazar y Palacios, natural de Esquivias, con quien casó por entonces, encubriendo á su dama con el nombre de Galatea. Sea de esto lo que fuere, la Galatea salió á luz en 1584; pero no correspondió su éxito á las esperanzas de su autor, pues fué recibida del público con suma frialdad. No lo merecia ciertamente comparada con otras pastorales insulsas que habian sido en extremo leidas y celebradas. La Galatea ofrece mucha riqueza de invencion, interés en las situaciones, y las costumbres pastoriles estan pintadas con gran verdad y pureza. Tiene el defecto de ser demasiado larga, y el género pastoril, ya empalagoso de suyo, no admite esta prolijidad sin producir cansancio y molestia: añádase á esto que no concluyéndose la novela, falta á lo mejor el interés, y la curiosidad del lector, segura de no quedar satisfecha, desmaya desde las primeras páginas. La accion principal está además á cada paso interrumpida con episodios, muchos de ellos, á la verdad, bellísimos, pero que detienen la rapidez con que es preciso que marche esta clase de obras de puro entretenimiento. Contiene tambien gran número de poesías, y sin duda Cervantes aprovechó esta ocasion de publicar las mejores que desde su juventud tendria hechas; y aunque en esta parte no goza de gran reputacion, no merecen, como en otro lugar hemos dicho, el desprecio con que se las ha mirado. A Cervantes, es cierto, le faltaba algo de aquel colorido poético y de aquella armonía que dieron celebridad á Garcilaso, Herrera, Rioja y otros insignes poetas; mas posee otras buenas dotes, y entre las composiciones de la Galatea hay algunas que tienen particular encanto.

El estilo de esta pastoral, no es por lo general tan bueno como en las demas obras de Cervantes; hay en él mas afecta-

cion, y las construcciones, de puro artificiosas, son á veces oscuras. Defecto era este del género y tambien de no ser este género el más acomodado á la índole del génio de Cervantes. Nacido para pintar escenas de la vida real, la verdad era su elemento; y la novela pastoral, donde todo es falso, no podia dirigir su pluma por el camino en que corria mas facil y desembarazadamente. Hállanse en ella, sin embargo, pasages de una dulzura y suavidad encantadora, como cuando Elicio encarece á Timbrio la amenidad de las orillas del Tajo.

La amenidad y frescura de las riberas deste rio hace notoria y conocida ventaja á las espaciosas del nombrado Betis, y á las que visten y adornan al famoso Ebro, y al conocido Pisuerga, y á las del santo Tiber, y á las amenas del Pó, celebrado por la caida del atrevido mozo, aunque entrasen en ellas las del apartado Xanto, y del conocido Anfriso, y del enamorado Alfeo. La tierra que lo abraza, vestida de mil verdes ornamentos, parece que hace fiestas y se alegra de poseer en sí un don tan raro y agradable; y el dorado rio, como en cambio, en los abrazos della dulcemente entretegiéndose, forma, como de industria mil entradas y salidas, que á cualquiera que las mira llenan el alma de placer maravilloso: de donde nace, que aunque los ojos tornan de nuevo muchas veces á mirarle, no por eso dejan de hallar en él cosas que le causan nuevo placer y nueva maravilla.

Vuelve, pues, los ojos, valeroso Timbrio, y mira cuanto adornan sus riberas las muchas aldeas y ricos caseríos que por ellas se ven fundados. Aquí se vé en cualquiera sazon del año andar la risueña primavera, con la hermosa Venus en hábito sucinto y amoroso, y Céfiro que la acompaña, con la madre Flora delante, esparciendo á manos llenas varias y odoríferas flores: y la industria de los moradores ha hecho tanto, que la naturaleza encorporada con el arte, es hecha artífice y connatural del arte, y de entrambos á dos se ha hecho una tercia naturaleza, á la cual no sabré dar nombre. De sus cultivados jardines, con quien los huertos Hespérides y de Alcino pueden callar; de los espesos bosques, de los pacíficos olivos, verdes laureles, y acopados mirtos; de sus abundosos pastos, alegres valles, y vestidos collados, arroyos y fuentes, que en esta ribera se hallan, no se espera que yo diga mas, sino que si en alguna parte de la tierra los campos Elíseos tienen asiento, es sin duda en esta.

Despues de publicada la Galatea, el género de obras á que mas se dedicó Cervantes, y en que fundó sin duda su principal subsistencia, fueron las dramáticas. Existia entonces una grande aficion al teatro que Cueva y Virués procuraban sacar de su rudeza. Cervantes creyó sin duda poderse asociar á ellos para ayudarles en la empresa; pero aunque tenia idea de la verdadera

comedia, el deseo de agradar al público le hizo seguir el errado sistema de aquellos, y teniendo mas talento, no logró igual celebridad. Algunas de sus comedias, como los *Tratos de Argel*, *la Batalla naval* y la *Destruccion de Numancia*, fueron aplaudidas; mas parece que las otras, hasta el número de treinta, tuvieron mal recibimiento; lo cual, unido á que Lope de Vega, que tenia entonces veinte y cinco años, empezaba su brillante carrera, avasallando el teatro, le disgustó de la escena, en la cual no obstante mostró gran fecundidad, puesto que escribió aquel número no escaso de composiciones dramáticas, y multitud de entremeses, en el corto espacio de tres ó cuatro años.

Viendo, pues, que la literatura le era tan ingrata y poco productiva, resolvió buscar nuevo modo de vivir en los empleos; y desde el año de 1588 en que se trasladó á Sevilla, hasta el de 1605 en que se publicó el *Quijote*, es decir, durante cerca de diez y ocho años, se obscureció enteramente. El señor Navarrete ha ilustrado gran parte de su historia durante este periodo el mas obscuro de su vida; pero no ha logrado, sin embargo, aclarar muchas de sus particularidades, quedando todavía algunas dudas de gran consideracion. Resulta, no obstante, que durante todo ese tiempo estuvo ocupado como comisionado de los proveedores de la armada Guevara é Isunza; que tuvo tambien varias comisiones reales para el cobro de contribuciones; y que en estas tareas recorrió toda Andalucía, la Mancha y otros muchos puntos del reino, habiendo solicitado en vano ser colocado en América. Por un ligero alcance de dos mil y pico de reales, que resultó contra él en unas cuentas, formósele causa, y estuvo preso en Sevilla; rigor muy comun entonces, hasta con personas de gran categoria, como sucedió á don Diego Hurtado de Mendoza por otro igual descubierto insignificante. En esta prision parece lo mas probable que empezase su grande obra, y no en Argamasilla, donde generalmente se le atribuye; pues no hay datos que prueben este último encarcelamiento, aunque en este pueblo y otros de la Mancha hubo de sufrir grandes disgustos por parte de los habitantes, como ejecutor que era de contribuciones. Al publicar su *Quijote* hallábase en Valladolid con motivo todavía de la aprobacion de sus cuentas; las cuales con otros documentos relativos á ellas se encuentran originales en el archivo de Simancas, escritas tal vez con la misma pluma con que escribió el Quijote, por ser las fechas de los mismos años en que estaba componiendo esta obra.

La carrera literaria de Cervantes interrumpida durante tanto tiempo, volvió á empezar de nuevo con mas ardor que nunca en una edad ya bastante avanzada, puesto que en 1605 tenia cincuenta y ocho años. Perdidos fueron para las letras los mas be-

llos de su vida, empleados en ocupaciones tan ingratas y poco provechosas, que en vez de conducirle á la fortuna, le llevaron á la cárcel, donde disgustado sin duda de tareas tan penosas, viéndose ya anciano, resolvió volver á sus antiguas aficiones, buscando en su ingenio, sino mas fortuna, al menos mayor descanso. Ese ingenio, en vez de decaer con la edad, habia cobrado mas fuerzas, y semejante á Milton, en el descenso de la vida, fue cuando emprendió y llevó á cabo las obras que le han inmortalizado.

Hase dicho que el Quijote fué recibido con frialdad. Si así fué, poco duró la indiferencia del público, puesto que en el primer año tuvo ya dos ediciones, y estas se multiplicaron con gran rapidez, como igualmente sus traducciones en los países extrangeros. Lo cierto es que á poco tiempo su boga fué inmensa, y la fama del autor voló por todas partes. Esta fama, lejos de disminuir, ha crecido con el tiempo, y es hoy, así dentro como fuera de España, mayor que nunca, considerándose el Quijote en todas partes como una de las obras mas grandes que ha producido el entendimiento humano. Entre todos los escritores españoles podrá haberlos que quieran igualarse con él en genio y merecimientos; pero ninguno se hallará que sea mas leido, ninguno de cuyas obras se hayan hecho mas ediciones, ninguno mas popular, y cuya reputacion esté mas al abrigo de las revoluciones del gusto y de los tiempos. Cervantes se ha puesto al lado de Homero para ser eterno como él, y para embelesar todavia mas á las generaciones.

¿Qué obra es esta que sin reproducir sucesos de aquellos que mas pueden interesar á las naciones por estribar en ellos su grandeza y su gloria, teniendo solo por objeto criticar un género de literatura que ha desaparecido, sin mas héroes que un loco y un grosero palurdo, ha pasado de obra de circunstancias á obra inmortal, y es hoy el libro, no solo de España que le dió el ser, sino de todas las naciones que nos le envidian? ¿En qué consiste ese encanto, ese poder que ejerce en cuantos le leen, y que permanece aun despojado de la rica vestidura que le presta un lenguage seductor y armonioso? Consiste en que en ninguna obra ha derramado la imaginacion con mas abundancia sus inapreciables tesoros, y en ninguna se ostentan mas al propio tiempo las elevadas dotes de la razon mas cultivada. En otras, estas dos facultades del entendimiento humano se perjudican una á otra. O la imaginacion rechaza al buen juicio, ó este ahoga la imaginacion. En el Quijote se dan la mano y marchan juntas como buenas amigas, cual si hubiesen celebrado un pacto entre sí para producir con sus esfuerzos reunidos un libro incomparable.

Así, pues, nada le falta al Quijote. El que busca una fábula ingeniosa é interesante, la encuentra tan artificiosa, tan variada,

que jamás se agotan las aventuras de toda clase, los lances sorprendentes, desde los sueños extravagantes de una imaginacion enferma, hasta los triviales sucesos de la vida privada; el que anhela descripciones bellas, las halla á cada paso tales y tan varias que no pueden menos de embelesar por su exactitud y la valentía del pincel con que estan ejecutadas: el que exige caractéres bien diseñados, admira mil de mano maestra que denotan profunda observacion y conocimiento grande del corazon humano; el que pide filosofía, la encuentra en todas las páginas; el que necesita lecciones de moral, de política, de literatura, las tiene con profusion y de la mas sana doctrina: el que quiere reir, rie; el que se complace en llorar, llora: no hay estado de la sociedad que no se encuentre descrito; no hay condicion que no pueda aprovecharse de sus máximas. Las selvas y las ciudades, las chozas y los palacios, los desiertos y las amenas campiñas, los campos y los talleres, todo se recorre, todo se ve con admirable exactitud y con aquel realce que presta la mágia del estilo. Hállase en fin, el lector en un inmenso panorama donde se descubren á la vez todas las cosas, todos los hombres y todas las ideas. Fruto de un feliz ingenio no formado exclusivamente en la lectura de antiguos libros, no aprisionado en la imitacion de lo que otros hicieron, sino aleccionado en la escuela del mundo, de donde saca todos los materiales de su obra para disponerlos del único modo que le aconseja su imaginacion fecunda, lozana y libre.

Cervantes que conocia bastante las obras de la antigüedad para apreciar sus bellezas y haberse formado por ellas el gusto, no las estudió á tal punto que, llevado de una servil admiracion creyese un deber suyo el sujetarse á ellas. Tampoco las ideas y doctrinas de su tiempo tuvieron en él tal influencia que se entregase ciegamente á su imperio, siguiendo el rumbo estraviado por donde se iban precipitando nuestros mejores ingenios. Cervantes no obedeció mas que á su propia inspiracion, no imitó mas que á la naturaleza; no pretendió hablar mas que como todos hablan. Así fué siempre original, siempre español: así á pesar de combatir las ideas de su siglo, fue entendido de todos, y de todos admirado; así, su obra, en vez de envejecer, parece adquirir cada dia nuevas bellezas: porque esta obra no está fundada en sistemas arbitrarios y pasageros, debidos á circunstancias especiales ó civilizaciones dadas; sino en aquellas doctrinas sólidas que son de todos tiempos y que hacen eternas las producciones del entendimiento humano.

A no ser así, hubiérale sucedido á Cervantes lo que á Lope de Vega y Calderon. A una época de gloria, siguiérale otra de olvido, y tras esta necesaria como ellos que los hombres ilustrados rehabilitasen su memoria, no ya para hacerlos populares

como un dia lo fueron, sino para dar á conocer su mérito y su valor á los que son capaces de apreciarlo, y para que los demas lo crean tal vez bajo su palabra; por esto, mientras del Quijote se multiplican las ediciones, de aquellos apenas se logra llevar á cabo una sola: encuéntranse en las bibliotecas de los eruditos, y Cervantes forma muy á menudo la única libreria de muchas gentes.

Esta popularidad tan sostenida dentro y fuera de su patria, desvanece por sí sola la gran inculpacion que se ha hecho al Quijote. Dicese que ridiculizado el valor, el entusiasmo, el verdadero amor, las mas nobles virtudes, Cervantes ha contribuido á desmoralizar la sociedad, y á despojarla de aquel carácter elevado y caballeresco que formaba antes la esencia de la nacion española. Si tal hubiese intentado, si tales efectos produjese su doctrina, seguramente que no hubiera cabido á esta gran produccion la suerte próspera que tiene, haciéndose el libro de todas las clases, de ambos sexos, de todas edades. ¿Tan poco arraigados estaban entre nosotros el heroismo y los sentimientos caballerescos, que desapareciesen á la voz de un escritor desconocido y de tan humilde esfera? Esos sentimientos, fruto de una larga série de siglos ¿éran capaces de cambiarse en un momento? ¿No hubiera sido al contrario rechazado el Quijote por el instinto noble y pundonoroso de todas las clases; no mereciera, al presentarse al público, general reprobacion? Cuando esto no sucedió, prueba es de que no tenia tan dañosas tendencias; porque el instinto del pueblo no se engaña: y aun sin darse razon de sus desvíos, los manifiesta enérgicamente contra todo aquello que se dirige á combatir sus creencias, ó choca con sus hábitos y opiniones. Los resultados por otra parte hablan en defensa de Cervantes. Despues de publicada su obra, conservó todavia por mucho tiempo la nacion española su carácter caballeroso: si algo perdió de su antigua elevacion, no lo debió ciertamente al Quijote, sino á instituciones funestas y sucesos tristes. Al mismo tiempo que la publicaba, comenzaba á dar muestras de existencia el sublime autor dramático que durante mas de medio siglo estuvo despues presentando en el teatro, en su mayor idealismo, esos mismos sentimientos que se ha supuesto destruidos por el Quijote, y el público le entendia, y le ensalzaba con entusiasmo, porque hablaba á su corazon, y se veia retratado. Pero, Calderon embellecia los sentimientos caballerescos, no los exageraba como los libros que Cervantes combatia. Estos libros que, segun hemos dicho, fueron debidos á la civilizacion de la edad media, que empezaron por pintar sus costumbres y creencias, que tanta boga adquirieron por esto, mereciéndola en un principio, habian degenerado en manos ignorantes que confundieron el heroismo con

la extravagancia: y el mismo Cervantes que los condena al fuego, escluye de este anatema al Amadis de Gaula, sin embargo de ser el primero, pero tambien el mejor de todos. Cervantes que tenia en su corazon tanta nobleza y pundonor como el mas ilustre caballero de su tiempo, que habia dado mas de una vez altas muestras de su valor heróico, no pudo menos por lo mismo de llenarse de indignacion al ver tan prostituidos esos sentimientos que le animaban, y lo que hizo fué vindicar la caballería, purificarla de las manchas con que multitud de delirantes la estaban afeando. La nacion comprendió su verdadero intento, y le aplaudió con entusiasmo; y restituida por él la caballería á su verdadero ser, vino Calderon á coronar su obra, presentándola en toda su hermosura, y revistiéndola con el rico traje de su imaginacion florida.

Cervantes, dotado de aquel tacto exquisito que solo es patrimonio de los grandes genios, previeyendo tal vez la objeccion que habia de hacérsele, puso al lado de la exageracion caballeresca, la exageracion de los sentimientos bajos y prosáicos. Don Quijote es un visionario que delira por querer hallar en todas partes un mundo que no existe: Sancho Panza es tan material en sus inclinaciones, que aun del mundo real no entiende sino lo que puede satisfacer sus groseros apetitos. Uno y otro estan dotados de buen juicio y rectas intenciones: Sancho conoce lo ridículo de la exaltacion de su amo: don Quijote reprende en su escudero la bajeza de sus pensamientos: entrambos discurren bien, cuando no se toca á su respectiva manía, don Quijote con la doctrina y erudicion que debe á su vasta lectura: Sancho con aquellas sentencias que la experiencia de los siglos tiene acreditadas, formulándolas en refranes que son la filosofía del pueblo. Pero don Quijote y Sancho siempre que escuchan, aquel su exaltacion, éste su egoismo, cometen mil locuras, y reciben crueles castigos. Asi corrige Cervantes un defecto con otro, enseñando el camino por donde un buen caballero puede llegar á la perfeccion, tan distante de ambos extremos; y el mismo don Quijote la toca siempre que se encuentra en su sano juicio. Asi en medio de las locuras que hace este personage, nunca es despreciable; el lector le quiere, se rie de sus extravagancias, pero se aprovecha de las buenas lecciones que da en sus lúcidos intervalos, aprendiendo además, tanto por estas lecciones, cuanto por aquellas locuras, á conocer las cualidades que constituyen un verdadero caballero.

Manifestada ya de un modo rápido la idea que se debe formar del Quijote, no descenderemos á analizarle, porque semejante trabajo seria inmenso é impropio de esta obra que, como hemos dicho repetidas veces, no admite mas que juicios generales, mas ó menos extensos, segun la importancia del autor de que se

trata. Este análisis además se encuentra bellamente ejecutado por don Vicente de los Rios, en la edicion de la academia, y despues de él poco puede decirse que no sea repetirlo. No estamos, sin embargo, conformes con aquel crítico en que se haya propuesto Cervantes imitar á Homero. Cervantes no imitó á nadie; y una de las dotes que le hacen mas acreedor á la admiracion, es que en un siglo en que era moda imitar á los antiguos, fue completamente original.

El Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, fué publicado por su autor en dos partes con diez años de distancia una de otra; la primera, como hemos dicho en 1605, y la segunda en 1615, pocos meses antes de su muerte. Discordes andan los críticos sobre cuál de estas dos partes es mejor: las dos son admirables: y aunque generalmente pasa por mas perfecta la segunda, creemos que la primera ofrece mas originalidad, y es mas propia del objeto que Cervantes se proponia: Asi tenia que ser, puesto que fué escrita casi en su totalidad dentro de una carcel, donde el autor carecia de todo recurso literario y hallábase esclusivamente entregado á sus recuerdos, como tambien mas poseido de su asunto: en la segunda parte hay mas estudio, mas imitaciones, si bien algunos trozos de ella son los mas bellos de toda la obra. Creemos no obstante inútil insistir en este punto; porque es mal recurso de la crítica el entretenerse en examinar la bondad relativa de las diferentes partes de una obra, cuando todas ellas ofrecen pábulo á la admiracion, y embelesan igualmente. Las dos partes del Quijote brillan por cualidades distintas, y en esto se patentiza mas el talento del autor que supo asi dar variedad á su obra y evitar la monotonía á que todo escrito de larga estension se halla forzosamente espuesto.

El estilo del Quijote está fuera de todo encarecimiento: y á él se debe uno de sus principales encantos. Es el estilo la piedra de toque de todos los que escriben obras de imaginacion. Cuando solo brilla la fantasia, creando aventuras complicadas é interesantes, sino le presta el estilo su mágia poderosa, satisfecha la curiosidad con la primera lectura, el libro cae ya de las manos en lo sucesivo; porque solo esta última cualidad es la que hace hallar nuevo deleite en cada nueva lectura, cuando ya solo sostiene el interés la amenidad de los pormenores y la perfeccion con que estan pintados. Ningun libro posee á tan alto grado esta perfeccion como el Quijote; pues aun sabiéndolo de memoria, jamás cansa, y jamás se deja de hallar en él alguna belleza que en las primeras lecturas no se habia notado. Tildensele en buen hora algunas locuciones afectadas, en las que cedió al prurito que reinaba en su época de imitar la frase latina; encarézcanse las incorrecciones, las faltas gramaticales que muy á menudo se encuentran, debidas las mas

al descuido de los impresores que era extremado entonces: todos estos lunares, tras de los cuales se ha ido á caza con sobrada proligidad, no impiden que el lenguage sea siempre fluido, claro, puro, armonioso, inimitable, lleno de agradable variedad, y adaptándose á todos los tonos, á todas las situaciones, á todos los caractéres. En nuestro juicio no tenemos ningun escritor en nuestra lengua que sea mas perfecto en esta parte, y á quien se deba estudiar con mas constancia.

No acabariamos nunca, si hubiésemos de presentar aquí muestras de su estilo, sacadas del Quijote. Nos contentaremos con algunas pocas de géneros distintos.

Hé aquí la aventura que tuvo don Quijote con una manada de carneros, que en su enferma imaginacion se figuraba un ejército poderoso.

En estos coloquios iban don Quijote y su escudero, cuando vió don Quijote que por el camino que iban venia hacia ellos una grande y espesa polvareda, y en viéndola se volvió á Sancho y le dijo: este es el dia, ó Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas é innumerables gentes por allí vienen marchando. A esa cuenta dos deben de ser, dijo Sancho, porque desta parte contraria se levanta asi mesmo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo don Quijote, y vió que asi era la verdad, y alegrándose sobremanera pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venian á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura... Y con tanto ahinco afirmaba don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle. señor, pues qué hemos de hacer nosotros? ¿Qué? dijo don Quijote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos: y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente le conduce y guia el grande emperador Alifanfarron, señor de la grande isla Trapobana: este otro que á mis espaldas marcha es el de su enemigo el rey de los Garamantas Pentapolin del arremangado brazo; porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. ¿Pues por qué se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho. Quiérense mal, respondió don Quijote, porque este Alifanfarron es un furibundo pagano, y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy fermosa y además agraciada señora y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve á la suya. Para mis barbas, dijo Sancho, si no hace bien Pentapolin y que le tengo que ayudar en cuanto pudiere. En eso harás lo que debes, Sancho, dijo don Quijote, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero.: Pusiéronse

sobre una loma, desde la cual se veian bien las dos manadas, que á don Quijote se le hicieron ejércitos, y con voz levantada comenzo á decir: aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un leon coronado á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de plata; el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia; el otro de los miembros giganteos que está á su derecha mano es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que vien armado de aquel cuerpo de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que segun es fama es una de las del templo que derribó Sanson cuando con su muerte se vengó de sus enemigos; pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejercito, al siempre vencedor y jamas vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azules, verdes, blancos y amarillos, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice: *Miu*, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice es la sin par Miulina hija del duque Alfeñiquen del Algarbe: el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion francés, llamado Pierres Papin, señor de las baronias de Utrique; el otro que bate las hijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia Esparticilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en castellano que dice asi: *Rastrea mi suerte*. Y desta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadron que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura; y sin parar prosiguió diciendo: á este escuadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto, los montuosos que pisan los masilicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro de la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo, los númidas dudosos en sus promesas, los persas en arcos y flechas famosos, los partos, los medos que pelean huyendo, los árabes de mudables casas, los citas tan crueles como blancos, los etiópes de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En esotro escuadron tienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los tarteslos campos de pastos abundantes, los que se alegran en los elíseos jerezanos prados, los manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que

su ganado apacientan en las estendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frio del selvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra. ¡Válame Dios, y cuantas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándoles á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia leido en sus libros mentirosos.¡

Uno de los pasages mas celebrados es la pintura que hace de la edad dorada:

Despues que don Quijote hubo satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó la voz á semejantes razones. Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quienes los antiguos pusieron nombre de dorados, y no por que en ellos el oro (que en nuestra edad de hierro tanto se estima) se alcanzaseen aquella venturosa sin fatiga alguna; sino por que entonces los que en ella vivian ignoraban estas dos palabras de *tuyo y mio*. Eran en aquella santa edad todos las cosas comunes: á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios en magnífica abundancia sabrosas y trasparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas, y en los huecos de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interés alguno, la fertil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se habia atrevido la pesada reja del corbo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecia por todas partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese artar y sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseian. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que era menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra. Y no eran sus adornos de los que ahora se usan; á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedras entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van abora nuestras cortesanas con las raras peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebia, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No habia la fraude, el engaño, ni la ma-

licia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen.

No menos merece citarse el siguiente paralelo que hace don Quijote entre los caballeros cortesanos y los caballeros andantes.

Bien parece un gallardo caballero á los ojos de su rey en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada con felice suceso á un toro: bien parece un caballero armado de resplandecientes armas pasar la tela en alegres justas delante de las damas; y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares ó que lo parezcan, entretienen y alegran, y si se puede decir, honran las cortes de sus príncipes. Pero sobre todos estos parece mejor un caballero andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas, y por los montes anda buscando peligrosas aventuras con intencion de darlas dichosa y bien afortunada cima, solo por alcanzar gloriosa fama y duradera. Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo á una viuda en un despoblado, que un cortesano caballero requebrando á una doncella en las ciudades.

Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios, sirva á las damas el cortesano, autorice á la corte de su rey con libreas; sustente los caballeros pobres con el espléndido plato de su mesa; mantenga torneos, y muéstrese grande, liberal, y magnífico, y buen cristiano sobre todo, y desta manera cumplirá con sus preciosas obligaciones. Pero el andante caballero busque los rincones del mundo, éntrese en los mas intrincados laberintos, acometa á cada paso lo imposible, resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los hielos: no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemoricen endriagos: que buscar estos, acometer aquellos y vencerlos á todos, son sus principales y verdaderos ejercicios.

No es posible citar pasages del Quijote sin hacerlo del famoso monólogo en que Sancho resuelve encantar á su señora Dulcinea.

Sepamos ahora, Sancho hermano, adónde vá vuestra merced. ¿Vá á buscar algun jumento que se le haya perdido? No por cierto. ¿Pues qué vá á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una princesa, y en ella al sol de la hermosura y á todo el cielo junto. ¿Y adónde pensais hallar eso que decis, Sancho? ¿Adónde? En la gran ciudad del Toboso. Y bien, ¿y de parte de quién la vais á buscar? de parte del famoso caballero don Quijote de la Mancha, que desface los tuertos, y dá de comer al que ha sed, y de beber al que ha hambre. Todo esto está muy bien. ¿Y sabeis su casa, Sancho? mi amo dice que han de ser unos reales palacios, ó unos soberbios alcázares. ¿Y habeisla visto algun dia por ventura? Ni yo ni mi amo la hemos visto jamás. ¿Y paréceos que fuera acertado y bien hecho que si los del Toboso supiesen

que estais vos aquí con intencion de sonsacarles sus princesas, y á desaogarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á puro palos, y no os dejasen hueso sano? En verdad que tendrian mucha razon cuando no considerasen que soy mandado, y que *mensagero sois amigo y, no mereceis culpa, non.* No os fieis de eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios, que si os huele, que os mando mala ventura. No si no ándeme yo buscando tres pies al gato por el gusto ageno; y mas que así será buscar á Dulcinea por el Toboso como á María por Rávena, ó el bachiller en Salamanca; el diablo, el diablo me ha metido á mi en esto, que otro no....

Ahora bien, todas las cosas tienen remedio sino es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun tambien yo no le quedo en zaga, pues soy mas mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refran que dice: dime con quien andas decirte he quien eres; y el otro de no con quien naces sino con quien paces. Siendo pues loco, como lo es, y de locura que las mas veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él juráre, tornaré yo á jurar; y si porfiare, porfiaré yo mas, y de manera que tengo de tener yo la mia siempre sobre el hilo, venga lo que viniere, quizá con esta porfia acabaré con él que no me envie otra vez á semejantes mensagerías viendo cuan mal recado le traigo de ellas; ó quizá pensará, como yo imagino, que algun mal encantador de estos que él dice que quieren mal, la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño.

Por último, para muestra de los diálogos que tienen don Quijote y Sancho, citaremos el siguiente:

Era la noche algo obscura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista: que tal vez la señora Diana se vá á pasear á los antípodas, y deja los montes negros y los valles obscuros. Cumplió don Quijote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño sin dar lugar al segundo; bien al revés de Sancho que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexion y pocos cuidados. Los de don Quijote le desvelaron de manera, que despertó á Sancho, y le dijo:

Maravillado, estoy Sancho, de la libertad de tu condicion: yo imagino que eres hecho de mármol ó de duro bronce, en quien no cabe movimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes: yo llo-

ro cuando tú cantas: yo me desmayo cuando tú estás perezoso y desalentado de puro harto: de buenos criados es condolerse con las penas de sus señores y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia en nuestro sueño. Levántate por tu vida, y desvíate algun trecho de aquí, y con buen ánimo y denuedo agradecido date trescientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los de los del desencanto de Dulcinea: y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo á los brazos como la otra vez, porque los tienes muy pesados. Despues que te hayas dado, pasaremos lo restante de la noche cantando, yo mi ausencia, y tú tu firmeza, dando desde ahora principio al ejercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea.

Señor, respondió Sancho, no soy yo religioso, para que desde la mitad de mi sueño me levante y me discipline, ni menos me parece que del estremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música; y vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme jamás al pelo del sayo no que el de mis carnes.

¡O alma endurecida, díjole don Quijote! ¡O escudero sin piedad! ¡O pan mal empleado, y mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso hacerte! Por mí te has visto gobernador, y por mí te ves con esperanzas propincuas de ser conde, ó tener título equivalente, y no dará el cumplimiento de ellas mas de cuanto tarde en pasar este año, que yo *post tenebras spero lucem*.

No entiendo, respondió Sancho: solo entiendo que en tanto que duermo, no tengo temor ni esperanza, ni trabajo ni gloria. Y bien haya quien inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frio, frio que templa el ardor, y finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran: balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto. Solo una cosa tiene mala el sueño segun he oido decir, y es que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia.

Nunca te he oido decir, Sancho, tan elegantemente como ahora, por donde vengo á conocer ser verdad del refran que tú algunas veces sueles decir: no c n quien naces, sino quien paces. Ah! pésia á tal, replicó Sancho, señor nuestro amo, no soy yo ahora el que ensarta refranes, que tambien á vuesa merced se le caen de la boca, de dos en dos mejor que á mí; sino que debe de haber entre los mios y los suyos esta diferencia; que los de vuesa merced vendrán á tiempo y los mios á deshora.

La fama del Quijote atrajo á Cervantes no pocas envidias y se desataron contra él todos los autores de libros de caballerías é infinidad de esos escritorzuelos que no tienen mas satisfaccion en su triste oscuridad que la de morder á los grandes ingenios. Entre ellos hubo uno que hasta tuvo la audacia de intentar re-

barle su gloria ó asociarse á ella, publicando una segunda parte del Quijote, antes de que Cervantes diese á luz la suya. Sus contemporáneos y la posteridad hicieron justicia de este miserable engendro; y su autor, oculto bajo el nombre de Avellaneda, no se atrevió á declarar su verdadero apellido; no valiéndole siquiera los insultos groseros que prodigó á Cervantes, el cual se vengó noblemente diciendo en el prólogo de su segunda parte:

Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la mas alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo menos en la estimacion de los que saben donde se cobraron; que el soldado mas bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga; y esto es en mi de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella faccion prodigiosa, que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro, estrellas son que guian á los demas al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza: y hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años.

Sin detenernos mas en este incidente que al menos produjo las elocuentes palabras que acabamos de citar, proseguiremos hablando de las obras de Cervantes, que vuelto á la vida literaria abandonada por él tanto tiempo, continuó trabajando con ardor infatigable y prodigioso en su edad avanzada. En los diez años que mediaron entre la publicacion de la primera parte del Quijote y su muerte, escribió no solamente la segunda, sino que dió á luz varias comedias, producto á la verdad de su juventud, pero acompañadas de un prólogo interesante para la historia del teatro; imprimió sus *Novelas ejemplares*, su *Viaje del Parnaso* y dejó acabado el *Pérsiles y Segismunda*, habiéndose perdido la segunda parte de la *Galatea*, las *Semanas del jardin*, el *Bernardo* y la comedia del *Engaño á los ojos*, obras todas que tenia prometidas al público.

Cervantes, durante el discurso de su azarosa vida, habia observado las costumbres de los diferentes paises adonde la suerte le condujo, y presenciando infinidad de sucesos que inflamaban su fantasía: su pluma, aunque tanto tiempo ociosa, no lo estuvo á tal punto que no trasladase al papel pinturas fieles de aquellas costumbres, rápidos bosquejos de las aventuras que

presenciaba, ó de las invenciones que los sucesos le inspiraban. Ya en avanzada edad, reunió estos materiales, y dió á luz con ellos doce *novelas* que llamó *ejemplares*, las primeras de su género que se publicaron en España originales, y que son todavia las mejores, á pesar de haber sido imitadas por grandes escritores como Lope, Montalvan, Tirso, Solórzano y otros. Con efecto, las novelas son de lo mas bello que ha salido de la pluma de Cervantes; invencion, interés, caractéres bien diseñados, descripciones magníficas, crítica amena, variedad suma, lenguaje inimitable, todo se encuentra en ellas; ya en la *Gitanilla de Madrid* presenta un cuadro animado de esta raza particular y que tanto ha abundado en España; ya en *Rinconete y Cortadillo* describe las costumbres de los ladrones de Sevilla: ya en los perros *Cipion y Berganza* critica los engaños y artería de las brujas y hechiceros; ya en el *Licenciado Vidriera* se burla de otras preocupaciones de diferentes especies; ya en fin, remontándose mas refiere interesantes sucesos de amores en el *Amante liberal*, la *Fuerza de la sangre* y la *Española inglesa*. A pesar de que muchas de estas historias han perdido la novedad que al tiempo de su publicacion tendrian, se leen con placer, debiendo su principal atractivo á los encantos del estilo. Hé aqui la pintura que hace de las costumbres de los gitanos:

Esta muchacha, que es la flor y la nata de toda la hermosura de las gitanas que hay en España, te la entrégamos ya por esposa, ya por amiga; que en esto puedes hacer lo que fuere de tu gusto, porque la libre y ancha vida nuestra no está sujeta á melindres ni á muchas ceremonias. Mírala bien y mira si te agrada, ó si ves en ella alguna cosa que te descontente; y si la ves, escoge entre las doncellas que aquí están, la que mas te contentáre, que la que escogieres te daremos: pero has de saber que una vez escogida, no la has de dejar por otra, ni te has de empachar ni entrometer ni con las casadas ni con las doncellas.

Nosotros guardamos inviolablemente la ley de la amistad: ninguno solicita la prenda del otro: libres y exentos vivimos de la amarga pestilencia de los celos: entre nosotros, aunque hay muchos incestos, no hay ningun adulterio; y cuando le hay en la muger propia, ó alguna bellaqueria en la amiga, no vamos á la justicia á pedir castigo, nosotros somos los jueces y los verdugos de nuestras esposas ó amigas, y con la misma facilidad las matamos y las enterramos por las montañas y desiertos como si fueran animales nocivos; no hay pariente que las vengue, ni padres que nos pidan su muerte: con este temor y miedo ellas procuran ser castas, y nosotros como ya hemos dicho vivimos seguros. Pocas cosas tenemos que no sean comunes escepto la muger ó la amiga, que queremos que cada una sea del que le cupo en suerte: entre nosotros asi hace divorcio la vejez como la muerte.

Con estas y con otras leyes y estatutos, nos conservamos y vivimos alegres. Somos señores de los campos, de los sembrados, de las selvas, de los montes, de las fuentes, de los rios: los montes nos ofrecen leña de valde, los árboles fruta, las viñas uvas, las huertas hortaliza, las fuentes agua, los rios peces, y los vedados caza; sombra las peñas, aire fresco las quiebras, y casas las cuevas. Para nosotros las inclemencias del cielo son oreos, refrigerio las nieves, baños la lluvia, músicas los truenos, y hachas los relámpagos. Para nosotros son los duros terrones colchones de blandas plumas: el cuero curtido de nuestro cuerpo nos sirve de arnés inpenetrable que nos defiende: á nuestra ligereza no la impiden grillos, ni la detienen barrenos, ni la contrastan paredes...

No hay águila ni ninguna otra ave de rapiña, que mas presto se abalance á la presa que se le ofrece, que nosotros nos abalanzamos á las ocasiones que algun interés nos señalen: y finalmente, tenemos muchas habilidades que felice fin nos prometen, porque en la cárcel cantamos, en el potro callamos, de dia trabajamos y de noche hurtamos, ó por mejor decir, avisamos que nadie viva descuidado de mirar donde pone su hacienda. No nos fatiga el temor de perder la honra, ni nos desvela la ambicion de crecentarla: ni sustentamos bandos, ni madrugamos á dar memoriales, ni á acompañar magnates, ni á solicitar favores. Por dorados techos y suntuosos palacios estimamos estas barracas y movibles ranchos: por cuadros y paises de Flandes, los que nos dá la naturaleza en estos levantados riscos y nevadas peñas, tendidos prados y espesos bosques, que á cada paso á los ojos se nos muestran.

Somos astrólogos rústicos, porque como casi siempre dormimos al cielo descubierto, á todas horas sabemos las que son del dia y las que son de la noche. Vemos como arrincona y barre la aurora las estrellas del cielo, y como ella sale con su compañera el alba, alegrando el aire, enfriando el agua, y humedeciendo la tierra, y luego tras ellas el sol dorando cumbres (como dijo el otro poeta) y rizando montes. Ni tenemos quedar helados por su ausencia cuando nos hiere á soslayo con sus rayos, ni quedar abrasados cuando con ellos perpendicularmente nos toca: un mismo rostro hacemos al sol que al yelo, á la esterilidad que á la abundancia: en conclusion, somos gente que vivimos por nuestra industria y pico; y sin entremeternos con el antiguo refran *iglesia ó mar ó casa real*, tenemos lo que queremos, pues nos contentamos con lo que tenemos.

El *Viaje del Parnaso* es un poema en tercetos, y en ocho capítulos ó cantos de unos trescientos versos cada uno. El objeto de esta obra, fué presentar Cervantes su opinion acerca de todos los poetas de España, y hacer valer sus propios títulos á un asiento en el Parnaso. Verificase el viaje en un bajel alegórico, compuesto de versos, y que describe del modo siguiente:

Eran los remos de la real galera
De esdrújulos, y de ellos compelida,
Se deslizaba por el mar ligera.
Hasta el tope la vela iba tendida
Hecha de muy delgados pensamientos
De varios lizos por amor tegida.
Soplaban dulces y amorosos vientos
Todos en popa y todos se mostraban
Al gran viage solamente atentos.
Las sirenas en torno navegaban,
Dando empellones al bajel lozano.
Con cuya ayuda en vuelo le llevaban.
Semejaban las aguas del mar cano
Colchas encarrujadas y hacian
Azules visos por el verde llano.

Apolo pide á Cervantes una lista de los poetas que merecen ser admitidos en el bajel, y con este motivo hace el autor una reseña de todos, calificándolos con sus diferentes caractéres: pero en este punto la alabanza supera siempre á la crítica. Esta obra es interesante por el ingenio con que está escrita, y por las noticias que dá acerca de muchos escritores; si bien reina en esta parte demasiada oscuridad con la cual quiso sin duda Cervantes ocultar su verdadero pensamiento.

Los trabajos de Pérsiles y Segismunda, obra de que Cervantes esperaba mayor fama que de cuantas habia escrito, no presentan sino una nueva prueba de la triste predileccion que suelen tener los grandes ingenios por sus peores escritos. Ostenta sin duda Cervantes en esta novela gran fuerza de inventiva; pero la misma multiplicacion de aventuras extrañas é increibles que aglomera, y que bastarian para una obra diez veces mayor, cansa y perjudica al interés que decae muy en breve. El estilo, sin embargo, es digno del autor del Quijote, aunque falta en él aquella variedad amena que tanto embelesa en el *Ingenioso hidalgo*, afectando constantemente, y con pocas excepciones, una seriedad enojosa. Lo mas notable de esta obra, y lo que honra sobremanera el carácter de Cervantes, es su dedicatoria al conde de Lemos su favorecedor, escrita pocos dias antes de su muerte.

Aquellas coplas antiguas (dice Cervantes) que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan: *Puesto ya el pié en el estribo*, quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras puedo comenzar diciendo:

Puesto ya el pié en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran señor, esta te escribo.

Ayer me dieron la extrema-uncion, y hoy escribo esta: mi tiempo es breve, las ánsias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los piés de V. E. que podria ser fuese tanto el contento de ver á V. E. bueno en España que me volviese á dar la vida; pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo menos sepa V. E. este mi deseo y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aun mas allá de la muerte mostrando su intencion. Con todo esto, como en profecia me alegro de la llegada de V. E.; regocíjome de verle señalar con el dedo, y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas, dilatadas en la fama de las bondades de V. E.

Estos renglones, los últimos que salieron de la fecunda pluma de su autor, bastan para hacer el elogio de Cervantes. En vano honran al escritor las altas prendas del ingenio, si no les acompañan aquellas virtudes que hacen al hombre apreciable. Estas virtudes las tuvo Cervantes en sumo grado, y la brillante aureola de gloria que le circunda, no tiene la menor mancha que la empañe, resplandeciendo pura á los ojos de la posteridad. Despues de una vida pasada entre los trabajos de la guerra, las miserias de la esclavitud y las estrecheces de la pobreza, pero durante la cual mostró todas las virtudes que honran al guerrero, al ciudadano, al esposo, al amigo, y labró para su patria el floron mas precioso de su corona literaria, murió el sábado 23 de abril de 1616, de setenta y siete años de edad. En la misma hora perdia tambien la Inglaterra al mayor ingenio que ha tenido. Cervantes y Shackspear subian juntos, dejando el suelo honrado por ellos, á depositar en el seno de Dios el fuego creador que les habia dado al nacer, y que guarda sin duda para otros felices mortales ocultos todavia en las obscuridades de lo porvenir.

Creemos no poder concluir de mejor modo este capítulo, que trasladando aqui las palabras con que tambien termina don Martin Fernandez Navarrete su elogio de Cervantes. Dice asi: «Si Cervantes merece mucho por su fecundo ingenio y esquisita erudicion, no es menos digno del aprecio y de la memoria de la posteridad por las altas prendas y virtudes de su corazon. Supo como verdadero filósofo cristiano, ser religioso y timorato sin supersticion, celoso de su creencia y del culto sin fanatismo, amante de su patria y de sus paisanos sin preocupacion: valiente y alentado en la guerra sin presuncion y temeridad; generoso y caritativo sin ostentacion, agradecido con extremo, pero sin abatimiento ni adulacion; ingenuo y sencillo, hasta apreciar tanto que le advirtiesen sus errores como que le alabasen sus aciertos; moderado é indulgente con sus émulos, habiendo con-

teslado á sus sátiras é invectivas sin descubrirlos ni herir á sus personas; y finalmente jamás vendió ni prostituyó su pluma al favor ni al interés, jamás la tiñó en la sangre ni con el deshonor de sus prójimos, jamás la usó sino para el bien y la felicidad de sus semejantes, y siempre fué pródigo de alabanzas, hasta el punto de haber sido severamente censurada esta facilidad, que aunque honorífica á su corazon, contradice la rectitud de su juicio, y la imparcialidad de su crítica.

CAPITULO XV.

REFLEXIONES GENERALES.

Hemos recorrido, aunque rápidamente, el vasto campo en que nos habiamos propuesto dar á conocer las glorias del ingenio español. Nuestra literatura, en sus diferentes géneros, ha sido objeto de observaciones mas ó menos estensas, segun la importancia de esos mismos géneros, de los autores y de sus obras. El método adoptado en este ensayo ha tenido acaso el inconveniente de no seguir un órden estrictamente cronológico: tratando con separacion de los diferentes géneros, hemos presentado la historia aislada de cada uno, en vez de la historia general de toda la literatura en su conjunto: y asi, mas de una vez nos ha sido preciso retroceder, y desde la época de decadencia, volver á los tiempos mas remotos y á los orígenes de nuestra lengua. Creemos, sin embargo, que la índole de este escrito exijia semejante método, único con el cual era dable alcanzar el órden y la claridad de una obra elemental destinada á la enseñanza de los jóvenes, no á la ilustracion de los eruditos, para quienes ciertamente no será nuevo nada de cuanto este libro contiene.

En medio, no obstante, de esta separacion de materias, se ha procurado introducir un principio de unidad que las ligase entre sí, refiriéndolas todas á un mismo centro; y haciéndolas considerar bajo un mismo punto de vista. Este principio ha sido el de la nacionalidad; estableciendo primero los caracteros que debia tener nuestra literatura, atendida la especial civilizacion de los tiempos en que brillaron nuestros mas célebres escritores; y deduciendo luego cuáles obras poseian mas aquellos caracteres, para conocer, tanto por la teoría, como por los hechos, acordes en esta parte, cuáles tenian el verdadero sello de la nacionalidad, cuáles eran por lo mismo mas agradables al pueblo. De aqui resulta la division en literatura popular y literatura erudita; y hemos tenido cuidado de señalar los pasos que

cada una dió, ya cuando caminaron separadamente y sin conocerse, ya cuando se acercaron y confundieron, uniendo sus fuerzas para producir con admirable fecundidad y lozanía, ora en el campo variado de los romances, ora en el mas vasto y brillante del teatro.

En estos dos géneros está nuestra riqueza y verdadera gloria literaria; mas no es esto decir que la literatura erudita, por serlo, merezca despreciarse: antes bien, encierra tan apreciables tesoros, que aun solo con ellos podríamos envanecernos. Esta literatura fué en busca de la belleza ideal en las formas, belleza que alcanzó muy luego; mas sucedióle que por pararse solo en esas formas, por no adherirse á prendas mas sólidas y duraderas, cuando hubo apurado los buenos tipos de la belleza, buscó otros que por exagerados y extravagantes, la arrojaron en un camino de perdicion, y le atrajeron por último el menosprecio.

Contrayéndonos primero á la poesía, nació con un carácter de sencillez encantador y admirable; entonces vertió torrentes de armonía dulce y suave, y en medio de sus naturales arreos, se mostró tan inocente como eran los objetos que cantaba; pero en breve, avergonzóse de su desnudez, y quiso engalanarse con mas primorosas galas; las primeras que vistió fueron tejidas por manos de las gracias y de la armonía: con su nuevo y brillante trage, ya se atrevió á abandonar los campos en que hasta entonces casi exclusivamente habia vivido, y no tan solo se internó en los palacios, sino que remontóse hasta los cielos, prorumpiendo osada en los mas sublimes acentos. Estos triunfos la cegaron; y llena de orgullo, aspiró á mas todavia, teniendo ya por indignos de ella esos últimos adornos que tanto la embellecieron; y sucediendo el capricho al buen gusto que hasta entonces la habia guiado, perdió el tino hasta convertirse en loca delirante.

¿Cuál fué la causa de este funesto extravío? La poesía erudita tuvo entre nosotros el pecado de no ser original, y de errar el camino, cuando quiso serlo. Modelándose siempre, ora sobre la poesía provenzal, ora sobre la italiana, ora sobre la latina, ora tambien sobre la hebrea, nunca adoptó los verdaderos caractéres nacionales. Falta, por lo tanto, de vigor y de estro, careciendo de simpatías para con la masa del pueblo, luciase solo en las academias, de que habia entonces buen número en España, quedando á su vez tan abandonada, que millares de composiciones se han perdido, y aun poetas sobresalientes no han llegado á noticia nuestra, salvándose otros como por milagro. Mientras los romances antiguos se reimprimian con profusion ó se conservaban en la memoria, cantándose por todas partes, las obras de nuestros mejores vates permanecian inéditas, olvidadas,

hasta que algun amigo oficioso las desenterraba años despues de muertos sus autores. ¡Y cuántas quedarán todavia sumidas en el polvo de los archivos!

Este espíritu de imitacion, mientras fué bien dirigido, dió, á la verdad, á nuestra poesía lírica los caractéres de belleza y armonía que en ella tanto sobresalen. El habla castellana y el lenguage poético ganaron infinito, y llegaron al mas alto grado de perfeccion posible; pero ni los asuntos, ni las ideas fueron por lo general conformes á la civilizacion española, ó á las necesidades morales é intelectuales del pueblo; y no se diga que la opresion en que el Santo Oficio tenia al pensamiento era la causa de semejante esterilidad; sin llegar á los límites de lo vedado, habia infinidad de asuntos que era lícito cantar, y de que su feliz rival se aprovechaba. Consistia el mal en que los poetas eruditos no imaginaban mas campo digno de sus armoniosos versos que el recorrido por sus poetas predilectos; y embebecidos en la contemplacion de una belleza ideal, no percibian la belleza de lo que en torno suyo tenian. En una palabra, la poesía erudita española, careció de patriotismo, se ocupó muy poco de los hechos y de las glorias de una nacion que tantas ofreciera á la sonora lira, y recibió el castigo de su criminal abandono.

Dió, pues, la escuela erudita en España cuanto dar podia, y hallóse á lo mejor herida de esterilidad; quiso hacer un esfuerzo para cobrar vida abriéndose nuevas sendas; llamó en su auxilio á un poderoso ingenio, el cual, errando los medios, produjo otra escuela, tan original á la verdad, que parece imposible vuelva á tener imitadores. No conoció Góngora que no era el estilo el que habia de variar; que el lenguage estaba formado, la versificacion llevada á su mayor altura, y que lo que convenia era aplicar tan bellos instrumentos á argumentos nuevos, capaces de excitar las simpatías de la nacion y el entusiasmo que ya estaban produciendo las composiciones dramáticas. Lejos de esto, fuera de algunos romances y letrillas, siguió el camino de sus antecesores, no acordándose siquiera de que existia una historia española. El campo y las estaciones continuaron siendo el objeto de sus enigmáticos versos; y en vez de variar los asuntos, lo que pretendió innovar fué el lenguage. Quiso cantar las mismas cosas con diferente estilo, cuando lo que le cumplia hacer era con la lengua tal cual estaba cantar cosas diferentes: variar la esencia y conservar la forma. Alambicó la idea, dió tormento á la frase, unió entre sí palabras que se asombraban de verse juntas: y formó aquel estilo estrambótico que ha conservado su nombre. Al menos en esto habia originalidad, si bien de mal gusto y con pésimas tendencias; pero como la originalidad era

la que se buscaba, tuvo éxito la innovacion, adquirió gran boga, y ya no fué lícito escribir de otro modo, apoderándose el contagio hasta de los mas privilegiados ingenios.

A tal punto llegó el culteranismo á entronizarse en la sociedad española, que de la poesía pasó á los escritos en prosa, aun aquellos que por la materia repugnan mas su falso oropel y estrambóticos adornos. Hemos visto con qué carácter severo se anunciaron nuestros prosistas del siglo décimo-quinto y principios del siguiente, tan agenos de vano ornato, que mas bien se advierte en ellos cierta dureza en la frase y alguna aspereza en la diccion: sus periodos son poco redondos; la espresion carece de fluidez: aun no se ha creado la armonía oratoria; pero tienen sus escritos magestad, energía, brio, sencillez y precision en la frase. Mas tarde añadieron á estas dotes dulzura, número y armonía, con lo que las obras del siglo XVI, á par que graves y varoniles, ostentaron un carácter de sublime magnificencia, siendo sérias sin aridez y elegantes sin afeminacion. La elocuencia nacia de la sencillez y vigor de las expresiones, y de la propiedad de las palabras, mostrándose la lengua castellana sublime y afectuosa en la pluma del místico contemplativo, y en la del historiador, noble y robusta. Entonces, ademas de los elocuentes oradores, hubo varones eminentes que estudiaron la lengua y procuraron darle belleza, precision y armonía: entonces Bernardo de Alderete y Sebastian de Cobarrúbias investigaron sus orígenes y dieron á conocer sus tesoros: entonces Ambrosio de Salazar, Alfonso Cano y Urréta compusieron sus espejos, examinando la índole del idioma y fijando su sintáxis; y entonces, por último, los padres Alfonso Ramon, Cristobal Marquez, Francisco Aguilar Terrones y otros, publicaron artes y métodos varios de escribir y perfeccionarse en la oratoria sagrada.

Pero ya á fines del mismo siglo XVI, aunque insensiblemente, se iban introduciendo en la elocuencia los mismos vicios que perdieron á la poesía. Esos tratados, tesoros y artes de escribir prueban ya que se hallaba en decadencia la pureza del idioma y sobre todo del estilo. Apartábanse de la naturalidad; se jugaba con las voces; se buscaban con esmero las contraposiciones; gustaban las sutilezas, los pensamientos alambicados; y se creia que para dar gravedad al discurso era preciso levantar la frase y afectar ingenio. El culteranismo de la poesía invadió por fin la prosa, y lo mas extraño es que esta se pervirtió mas pronto en donde menos debiera esperarse, es decir, en el púlpito; los predicadores daban ya el ejemplo de las mas ridículas extravagancias, cuando todavía los historiadores escribian con gravedad y decoro; pero al fin no hubo una sola persona que no cediese al poder de la moda y no adoptase aquel es-

tilo bárbaro, embrollado é ininteligible que será el eterno baldon de nuestra literatura.

«El escolasticismo, dice Capmany, descendió del púlpito á todos los demas asuntos, ya políticos, ya morales ya históriales, en fin, á toda la literatura, haciéndose del mismo modo que en el poético, una general revolucion en el estilo prosáico. La afectada concision por imitar á Séneca y á Tácito, autores favoritos de aquella época, robó la fluidez y redondez de la antigua frase castellana. Por ostentarse sentenciosos como aquellos dos ingenios romanos, vinieron unos en pos de otros á perderse en un laberinto de conceptos clausulados, de suerte que la aridez del periodo y la sutileza del pensamiento hacian el oficio de la solidez, gravedad y hermosura del discurso. Conocieron la sequedad y monotonía de este estilo truncado: quisieron adornarle con misteriosos símbolos, y metáforas poéticas, y le empeoraron. Para este nuevo lujo apuraron cuanto encierra en sí la naturaleza bruta y lo animado, sacando, como de fecundísimo mineral, seres y fenómenos para símiles, emblemas y comparaciones. Desde entonces esmaltáronse los pensamientos con cuanto el sol dora y el mar baña: plantas, luceros, iris, astros, rayos, nortes, horizontes, auroras, auras, céfiros, cisnes, perlas, fénices, laureles, florestas, vergeles, piélagos, maravillas, mongibelos, etc: todo en atropellada obediencia venia á ponerse bajo la pluma de los autores. No se nombraban penas sin *golfo* trabajos sin *mar*, celos ó amor sin *etna*, doctrina sin *antorcha*, caridad sin *pelícano*, constancia sin *diamante*, amistad sin crisol, fama sin clarin, esperanza sin norte, voluntad sin *imán*, fortuna sin *zenit*, prosperidad sin *ocaso*, etc. Cargándose de flores, resplandores y matices, se hicieron poetas todos los escritores sin sentirlo, quiero decir, tomaron el fantástico lenguage de los versificadores de aquella edad, por pauta del estímulo noble y elevado. Todos pintaban, pocos meditaban; y la facundia se confundió con la verbosidad, la elegancia con la decadencia, la armonía con el estrépito, las sentencias con los enigmas, el ingenio con la sutileza, la gracia con el equivoquillo, y en fin las cosas con las palabras.»

Dechados de este estilo, alabado y reducido á arte, como en su lugar hemos visto, por Baltasar Gracian, fueron los PP. Hortensio Paravicinio, Avellaneda, Antonio Mieyra y Francisco Javier de Fresneda. El desórden, asi en prosa como en verso, habia llegado al mas alto punto, cuando se verificó en España una gran revolucion política que necesariamente debia acarrear otra literaria.

Fué esta revolucion la mudanza de dinastía, y el advenimiento al trono de España de la familia de los Borbones. Sucedió esto

cuando nuestra desgraciada nacion, perdido el poder que antes la hiciera tan temible, habia llegado á ser escarnio y burla de toda Europa, y á par con su prepotencia política, yacian exánimes las ártes y las letras que acompañan siempre á los pueblos en su grandeza, y los abandonan en sus adversidades. Ya no existia en España génio de ninguna especie: ni el militar, ni el político, ni el artístico: todo era postracion y envilecimiento. Por el contrario, la nacion que nos dió la nueva dinastía se hallaba en la cumbre del poder, y á este poder acompañaba tambien la gloria literaria. Despues de luchar largo tiempo con una lengua áspera é ingrata, los ingenios franceses, logrando suavizarla, sacaron de ella acentos dignos de Apolo. No pudiendo, sin embargo, brillar por las altas dotes de la armonía, procuraron suplir esta falta con otras prendas no menos esenciales, como son el juicio, el buen gusto y la perfeccion en las formas; y estas prendas, despues de los extravíos á que nuestros escritores se habian dejado arrastrar, tenian que ejercer grande influjo en nuestra revolucion literaria.

Tardó no obstante, esta revolucion en verificarse; el triunfo de la literatura francesa no fué repentino: marchó nuestra poesía al compás del Estado, y conforme se iba este reponiendo de su anterior abatimiento, salia tambien el ingenio español de su letargo. Las musas castellanas guardaron dilatado silencio; pero al ensayar nuevos cantos, manifestaron ya que durante aquel letargo, se habia elaborado sordamente una profunda mudanza.

¿Fué esta mudanza favorable ó perjudicial á nuestra literatura? ¿Destruyó la influencia francesa el ingenio español, cortándole los vuelos para arrastrarlo por las sendas de un humilde prosaismo? No; porque no podia destruirse lo que ya no existia. El ingenio español habia desaparecido: muerto enteramente despues de tanto delirar en los últimos años del siglo XVII, necesitaba resucitar; y no era dable que tal milagro se verificase con los mismos principios que le habian reducido al sepulcro. Para presentarse con nuevos brios, necesitaba rejuvenecerse en las aguas del buen gusto y de la sana crítica, y lo hizo en la imitacion de la literatura francesa que brillaba sobre todo por semejantes prendas. A vuelta de estas ventajas, tenia que resultar un daño: lo que ganábamos en cultura, lo perdíamos en poesía; pero tal es el efecto de todas las reacciones: siempre van mas allá de lo justo, siempre se pierden por algun exceso, y el bien que producen nunca es inmediato, sino lejano. A tal punto se habia entronizado entre nosotros el culteranismo, que necesitaba, para acabar, de un tremendo golpe: la literatura francesa se encargó de dárselo, y lo hizo de manera que difícilmente volverá á levantar cabeza.

El influjo de esta literatura fué, por lo tanto, mas bien pro-

vechoso que desfavorable: sus frutos inmediatos no podian ser buenos; pero se abria camino á otra era de gloria para nuestra poesía. Esta resucitó tímida, humilde y descolorida; pero conforme se acerca á nuestros tiempos, la vemos cobrar nuevos brios, elevarse, crecer, engalanarse con atavíos brillantes; y uniendo sus nuevas prendas a las antiguas, no desdeñarse tal vez de presentarse al lado de su antigua hermana. El exámen de este nuevo periodo nos conduciria hasta la época presente, y alargaria extraordinariamente este escrito. Nuestro intento ha sido solo trazar el cuadro de la antigua literatura castellana: de aquella que siguió un sistema y una escuela que totalmente han desaparecido, y la cual, por lo mismo, podemos juzgar desapasionadamente. De las dos mitades del siglo XVIII; la primera fué nula para las letras: la otra vió despuntar una aurora, que hácia sus fines arrojó ya brillantes destellos; pero hoy están aun discordes los críticos en su juicio, acerca del mérito de los varios ingenios que entonces florecieron. El propósito que formamos al emprender esta obra, se ha cumplido con guiar á nuestros lectores durante el largo y brillante periodo de nuestra antigua literatura. Allí están los autores que debemos estudiar constantemente, allí muchos que injustamente olvidados conviene dar á conocer, señalándolos á los jóvenes como modelos de poesía y de elocuencia; allí está en fin el ingenio español en su esplendor, en su pureza, con sus verdaderos caractéres; y mientras exista lengua castellana, allí buscaremos nuestros tesoros literarios.

APÉNDICE

SOBRE LA LITERATURA DEL SIGLO XVIII.

Nos hemos detenido en el siglo XVIII por las razones manifestadas en el último capítulo: sin embargo, para que los jóvenes tengan alguna noticia de los principales escritores que florecieron en la última centuria, entre los cuales los hay que merecen justa celebridad, haremos aquí una ligera reseña de ellos.

El primer medio siglo, como ya lo hemos manifestado, fué enteramente infructuoso, y presenta una larga laguna de que no habia ejemplo en nuestra historia literaria, desde el siglo XIV. Apenas se cita mas poeta notable que el capitan de guardias don *Eugenio Gerardo Lobo*, no porque en realidad mereciese el dictado de tal, pues era malísimo versificador, y aun entonces solo fué tenido por un coplero, sino que dotado de bastante ingenio y de no poca gracia, adquirió esa popularidad que se adhiere fácilmente á las obras satíricas y chistosas, popularidad que le duró hasta principios del presente siglo.

No obstante, en aquel infeliz periodo se estableció la Academia Española, y no dejaron de hacer esfuerzos algunas personas distinguidas para resucitar nuestra muerta literatura, labrándose sordamente la revolucion que la habia de presentar bajo un aspecto nuevo, sujeta ya á los principios del clasicismo traido de allende los Pirineos. El primer síntoma que se advirtio de esta mudanza, fué la publicacion de la poética de *don Ignacio de Luzan* dada á luz en 1737, obra que al pronto no produjo sensacion alguna; pero que años despues llegó á ser el código literario de los mejores ingenios. Era esta poética un libro compuesto con buen juicio y sana crítica, en que por primera vez en España se proclamaban los principios del buen gusto, aunque se deprimia quizá demasiado á algunos de nuestros poetas antiguos, entre ellos el inmortal Lope de Vega. Luzan dió además el ejemplo con algunas regulares poesías, aunque pocas, notándose entre ellas las odas sobre la toma y defensa de Oran. Tenia poco númen, y aunque sus versos son correctos, carecen de animacion y de colorido poético: no obstante, podian considerarse como un prodigio en medio de los insulsos copleros que todavía abundaban, remedando las extravagancias de los pasados cultos.

Descuellan tambien en aquel triste periodo, y merecen citarse con aprecio dos composiciones notables, que son el *Deuca-*

del *Conde de Torrepalma*, y la sátira conocida con el nombre de *Jorge Pitillas*, cuyo autor se dice fué *don José Hervás*. Esta última sobre todo, merece ocupar uno de los primeros lugares entre nuestras composiciones del género á que pertenece, siendo una pintura bellísima del estado en que se hallaban las letras españolas.

Al propio tiempo que se publicaba la poética de Luzan, nacia *don Nicolás de Moratin*, primer poeta verdadero de aquel siglo, y en quien se volvia á encontrar la cantera de nuestros antiguos vates. Habia en él facilidad y estro; estaba naturalmente dotado del don de la armonía; tenia entusiasmo por las cosas de su patria, y consideraba la poesía no como una distraccion de mas sérios trabajos, sino como la ocupacion exclusiva de su vida, y el único objeto de sus afanes. Así, sus versos suelen ser rotundos y armoniosos, sus pensamientos nobles y patrióticos. Recorrió casi todos los géneros; y sino sobresalió en todos, dejó en muchos obras dignas de aprecio. Su *Fiesta de toros en Madrid* es una bellísima composicion llena de gala y lozanía; algunas de sus letrillas merecen citarse por su facilidad y dulzura: y el canto épico sobre *Las naves de Cortés* es una obra digna de toda alabanza, manifestando lo que el autor hubiera llegado á hacer, á no atajar tan pronto la muerte su laboriosa carrera.

Amigo de Moratin, y elogiador suyo, fué el coronel *don José Cadalso*, que sino ocupa un lugar eminente entre los poetas españoles, merece sin embargo ser citado con honor, como uno de los que mas se esforzaron en restablecer nuestro decaido Parnaso. Su poesía carecia en verdad de brio y elevacion; pero tenia dulzura y naturalidad: él fué quien resucitó la anacreóntica que yacía olvidada desde Villegas, y dejó en este género algunas composiciones de no escaso mérito. Hoy dia se cita poco á este poeta, y se le conoce tal vez solo por una de sus obras peores que son *Las noches lúgubres*, imitacion infeliz de las que Young publicó en Inglaterra.

Por esta época notábase ya en España nueva vida literaria, y sino era todavia fecunda en obras de gran mérito, el movimiento creció hasta el punto de encenderse una guerra encarnizada entre los principales literatos, que merced á la imprenta y á los periódicos que empezaban entonces á generalizarse, lograron interesar al público en sus contiendas. Fué el principal promovedor de aquella lucha *don Vicente García de la Huerta*, ingenio de grandes dotes para la poesía, pero de escaso estudio, mal gusto y carácter altanero y díscolo. Constituyóse en campeon de nuestra antigua escuela literaria, y no cesó de esgrimir su lengua y su pluma contra los innovadores que introducian el gusto y las máximas francesas; mas no acertando á distinguir lo bueno y lo ma-

lo de nuestros poetas; imitando sus defectos y extravagancias, aunque sin la agudeza y el ingenio que ellos desplegaron en medio de sus extravíos; cayendo él mismo muchas veces, sin advertirlo en los defectos que criticaba; y animado á menudo por el orgullo y la envidia, mas bien que por el amor del arte; no produjo mas que escándalos, y ninguna ventaja resultó de la guerra que promoviera, á no ser aquel movimiento que siempre es favorable á las letras, cuando salen como entonces, de un profundo letargo. Los versos de Huerta eran por lo general llenos y sonoros, y sin embargo, gozan hoy de poco crédito, no pudiéndose sacar de tantas poesías como compuso, una sola que merezca ser citada con elogio. Dejó, no obstante en el teatro una obra que hará vivir su nombre.

Principal antagonista de Huerta, y contrario suyo en todo, fué *don Tomás de Iriarte*, poeta de escaso númen, pobre versificador, pero literato de vasta erudicion y profundos conocimientos. Su posicion social, su ameno trato y estensas relaciones le dieron gran fama, y le hicieron tener en la literatura un influjo funesto, pues su ejemplo acreditó el prosaismo en la poesía, defecto que cundió de tal suerte, que sentóse por máxima habian de ser los versos humildes, rastreros y bajos, so pretesto de hacerlos fáciles, naturales y exentos de ambicioso ornato. No hay ya en el dia quien sostenga la lectura de la mayor parte de sus poesías, faltas de cadencia, estro y armonía; pero á la manera de Huerta, logró tambien publicar otra obra que asegura su fama. *Las fábulas literarias* son un monumento que nunca perecerá: acomodábase mas este género á la índole de su talento y á su manera de versificar: hay en estas composiciones gracia, viveza, naturalidad, y hasta los versos son mejores que en sus demás obras. Al escribirlas Iriarte se mostró una vez en su vida lo que no era; poeta.

En el mismo género sobresalió, y aun aventajó á Iriarte, otro poeta que este escritor habia contagiado con su prosaismo. *Don Félix María Samaniego* publicó una coleccion de fábulas que han hecho su nombre popular en España. En otra clase de composiciones Samaniego hubiera sido el mas infeliz de los poetas: en esta se elevó á una altura á que nadie, antes ni despues de él, há llegado entre nosotros. No es un Lafontaine; pero tiene no pocas veces su naturalidad, su candor y amable filosofía. Su versificacion, si bien con frecuencia harto humilde, no desdice, sin embargo de sus asuntos: es fácil, fluida, y no deja de adquirir en ocasiones la armonía que le conviene. Todos sus contemporáneos están hoy mas ó menos olvidados ó desatendidos; él solo conserva su reputacion intacta, y ha merecido que sus obras, reimpresas infinitas veces, corran en manos de todos.

Uno de los mas célebres campeones de la guerra literaria, y

tal vez el mas formidable de todos, fué *don Juan Pablo Forner* que se dió desde luego á conocer con sus escritos satíricos, tan sarcásticos, punzantes y atrevidos, que hasta llegó el gobierno á prohibirle que imprimiese nada sin expresa autorizacion real. Entre sus obras merece especial mencion su excelente sátira, premiada por la Academia, contra los vicios introducidos en la poesía española. Tenia igualmente felices disposiciones para la poesía elevada, á lo que añadia profundos conocimientos y vasta doctrina.

Pero el poeta de mas fama del siglo XVIII, el que restituyó la poesía á su antiguo esplendor, purificándola de los vicios que la habian afeado y, encaminándola por las sendas del buen gusto, fué *don Juan Melendez Valdés*, que se grangeó el nombre de restaurador del Parnaso español, y cuyos escritos fueron el embeleso de sus contemporáneos.

La fama de Melendez ha decaido algo en el dia, y aun no falta quien le mire con desden y menosprecio. Injusticia es esta que conviene rectificar. Melendez es digno del mayor lauro, no solo por los servicios que prestó restableciendo el lenguage poético que ya se desconocia, sino tambien por sus mismas obras, en que además de sensibilidad exquisita, campea un gusto perfecto, y sin igual dulzura. Formóse á la vez en la lectura de nuestros clásicos antiguos y en el estudio de los poetas griegos, adquiriendo las altas dotes que en unos y otros campean. Verdad es que habia nacido mas bien para la poesía dulce, tierna y suave, que para la elevada y sublime: verdad es tambien que ha publicado no pocas composiciones indignas de él, que deslucen su demasiado voluminosa coleccion. Estas dos faltas han dado armas á los promovedores de su descrédito; porque los unos no han hallado en él aquellos rasgos profundos y enérgicos, aquel estro arrebatado que exígen en la poesía; los otros han podido presentar multitud de trozos débiles y faltos de númen. Las mismas revoluciones por donde hemos pasado, han contribuido á debilitar el efecto de sus obras; porque mal pueden gustar de versos cuya principal cualidad es la dulzura, y de composiciones la mayor parte bucólicas, almas acostumbradas á sensaciones fuertes y terribles. Pero lo cierto es que de Melendez se puede formar un tomo que será siempre el encanto de todo el que no haya perdido el sentimiento de la verdadera poesía ó conserve en su pecho alguna sensibilidad. Sus anacreónticas tan suaves, sus letrillas tan ligeras, sus romances tan galanos, su égloga de *Batilo*, que compite en armonía y dulzura con lo mejor que existe en castellano, su oda á las artes en que se elevó hasta lo sublime, y otras muchas composiciones, le darán siempre en nuestro Parnaso uno de los lugares mas distinguidos.

Favorecedor de Melendez, y uno de los que mas alentaron su musa, encaminándole por el buen sendero, fué el ilustre *don Gaspar Melchor de Jovellanos*, que figura entre nuestros mas grandes escritores en prosa. Como poeta, se halla colocado en menor escala: faltábale fuego, y una versificacion mas galana y armoniosa; su descripcion del Paular y sus sátiras, deben citarse no obstante con elogio, por la profundidad del pensamiento y el alto juicio que reina en ellas.

Despues de Melendez, y cuando ya su lira daba pocos y débiles sonidos, apareció *don Nicasio Alvarez de Cienfuegos*, diferente en un todo de aquel poeta. Tan blando y templado como fué el uno, tan arrebatado y fogoso se mostró el otro. Con alma ardiente, llena de nobles sentimientos, de pensamientos altos, é incapaz de contenerse, declaró la guerra al vicio, y se propuso ensalzar la virtud hasta en los personages mas humildes. Por desgracia la lengua no obedecia á sus inspiraciones: y hubo de maltratarla con harta frecuencia, siendo ampuloso y afectado hasta el punto de merecer muy rigurosas y fundadas censuras. Con todo, sus obras serán siempre gratas á cuantos tengan un corazon bien puesto, y sepan apreciar los esfuerzos de un ingenio apasionado por todo lo bueno y sublime.

Los fines de este siglo estaban ya muy lejos de ser tan funestos á la literatura como lo habian sido sus principios; antes bien anunciaban una era de gloria que solo fué interrumpida por las revoluciones que estallaron desde principios del presente, separando á nuestros mejores ingenios del campo de la literatura para lanzarlos al de la guerra y la política. A los poetas que ya tocaban á su vejez, se agregaban otros en toda la madurez de su talento, y muchos que, jóvenes todavía, daban con sus ensayos las mas altas esperanzas. El festivo *Iglesias* conocido sobre todo por sus epígramas y letrillas satíricas; *fray Diego Gonzalez*, puro y suave, que siguió las huellas de Luis de Leon, y á veces logró igualarle; *don Leandro de Moratin*, mas célebre como poeta dramático que como lírico, y que sin embargo, merece ser estudiado bajo este último concepto, mas bien por lo perfecto de su diccion que por el valor de sus composiciones harto frias y acompasadas: *don Manuel María de Arjona*, cuyas apreciables poesías permanecen todavia la mayor parte inéditas; *don José María Roldan*, *don Francisco de Castro* *don José Felix Reinoso*, y otros que pertenecieron á la Academia sevillana, que tanto lustre dió entonces á las letras, y tan claros ingenios ha producido: *don Manuel Josef Quintana*, *don Juan Nicasio Gallego*, que viven todavia, y *don Alberto Lista*, cuya muerte, como en otro lugar advertimos, ha llenado de dolor á sus numerosos discípulos; estos y otros muchos nombres que pudiéramos añadir, prueban que la p[illegible] España puede enmu-

decer algun tiempo, pero que en breve vuelve á ostentar su fecundidad y lozanía.

La poesía dramática siguió los mismos pasos que la lírica, y aunque cuenta en el siglo anterior menor número de hombres notables, pasó del mayor abatimiento á un estado en que ya empezó á producir obras maestras, si bien bajo un sistema totalmente distinto del que acreditaron los antiguos. Hemos visto en el capítulo anterior como desde Calderon habia ido en progresiva decadencia nuestro teatro, hasta que murió con Zamora y Cañizares. Estos, lejos ya de sus predecesores, logrado apenas presentar algunos destellos de ingenio en el género exagerado de la comedia de figuron, pero detestables en casi todos los demás, dieron muy tristes ejemplos, é inauguraron la mas lastimosa epoca de nuestra escena, cuando hicieron aparecer en ella un *Cárlos V sobre Tunez*, una *Marta la Romarantina*, un *Guapo Julian Romero*, un *san Vicente Ferrer*, un *Juan de Espina* y otras obras de esta laya.

Contemporáneos y sucesores de estos últimos vástagos de nuestro antiguo teatro, fueron multitud de ingenios, la mayor parte desconocidos hoy y dignos de serlo. *Bustamante, Fernandez de Leon, don Diego de Torres, Tellez Acevedo, Añorbe y Corregel* y otros muchos que no merecen nombrarse, hicieron en sus dramas tal mezcolanza de moros y cristianos, de santos y milagros, de personages históricos, antiguos y modernos, de dioses de la fábula de magos y tramoyas, que la pobre Talía hubo de auyentarse de nuestro suelo, dejando su imperio entregado á la invasion de ese nuevo diluvio de bárbaros. Júzguese del estado en que pondrian el teatro por algunos de los títulos de sus obras: *El mas justo Rey de Grecia*; *Los Mártires de Toledo, y Tegedor Palomeque*; *Angel lego y pastor, San Pascual Bailon*; *El Mágico de Salerno, Pedro Vayalarde. El laurel de Apolo*; *El mónstruo de Barcelona*; *Quitar del cordel el cuello en la mas justa venganza, ó el pobre fundador del hospital mas afamado, el venerable Anton Martin*; *La hazaña mayor de Alcides*; *Endimion y Diana*; *El pleito de Hernan Cortés con Panfilo de Narvaez, etc., etc.*

Así continuó la poesía dramática durante todo el siglo; pues á los autores anteriormente citados, sucedieron otros peores todavía, añadiéndose por fin los traductores é imitadores de obras francesas, y todos juntos llevaron la escena al mayor grado de corrupcion y envilecimiento. *Don Francisco Mariano Nifo, don Manuel Fermin Laviano*, los cómicos *Luis Moncin y José Concha*, *don Antonio Valladares y Solomayor, don Vicente Rodriguez de Arellano, don Gaspar Zavala y Zamora, don Francisco Cristiano Comella*, aparecieron sucesivamente, dando móns-

truos á cual mas espantables. Apenas pueden distinguirse entre sus disparatadas producciones algunas de Valladares y de Arellano, escritores que no carecian de erudicion y talento, pero que se dejaron arrastrar de la comun corriente. A tal punto llegó la depravacion y mal gusto, que Comella ha quedado como el prototipo de los poetas menguados y faltos de sentido comun; triste fama que aun hace vivir su nombre á despecho de las musas.

En medio de esta corrupcion dramática, era de presumir que los hombres de algun valor que iba produciendo España, combatiesen con todas sus fuerzas el mal gusto, para sacar la escena de la postracion en que yacia. Estos esfuerzos no se dirigieron á restablecer el teatro antiguo: antes bien, confundiéndose á Lope y Calderon con los infelices copleros que desatinaban á destajo, se envolvió á todos en igual proscripcion, y se creyó que el único tipo de lo bueno era el teatro francés que á la sazon brillaba con todo su esplendor y avasallaba los teatros de Europa. Todo el ahinco de nuestros literatos se dirigió pues á naturalizar en España, la trajedia y la comedia clásica, tales como las habian cultivado Corneille, Racine y Moliere.

El primero que dió el egemplo, fué *don Agustin Montiano y Luyando* que publicó sus dos trajedias de *Virginia y Ataulfo*, escritas en verso endecasílabo suelto. Este ensayo no podia ser feliz; y á pesar de la grande erudicion y profundo saber del autor, salieron aquellas dos obras frias y sin movimiento, no obstante algunas prendas de estilo, siendo la versificacion débil y poco armoniosa, aunque fácil y correcta.

El egemplo de Montiano animó á otros. Algunos que no se sentian con fuerzas para mayor empresa, se dedicaron á traducir las mejores trajedias francesas; y muchas de las de Racine lo fueron por *don Eugenio Llaguno y Amirola*, *don Pablo Olavide y don José Clavijo y Fajardo*, traducciones olvidadas excepto la *Atalia* por el primero, que goza todavia de alguna celebridad. Otros, sintiéndose con mayores fuerzas, acometieron obras originales, tales como don Nicolás Moratin que compuso las tres trajedias de *Lucrecia*, *Hormesinda y Guzman el Bueno*; Cadalso que dió á luz *Sancho Garcia*; *don Ignacio Lopez de Ayala* que hizo representar la *Numancia*; y Jovellanos, que escribió el *Munuza*. La mayor parte de estas trajedias fueron poco felices: las de Moratin suelen ofrecer bellos trozos de versificacion; pero son de muy poco efecto, y no sostendrian ahora la prueba del teatro; Cadalso cometió el desacierto, de escribir la suya en versos pareados que son ademas en extremo flojos; el *Munuza* es tan débil en el plan como en los caractéres y la versificacion: solo la trajedia de Ayala, reducida á mas estrechas dimenciones, y

purificada de algunos defectos, se ha sostenido hasta estos últimos tiempos en el teatro, merced á los sentimientos patrióticos que en ella brillan, y á no pocos trozos de buena versificacion, siendo esta por lo general fácil y corriente.

Estos esfuerzos por acreditar en el teatro español el sistema francés, irritaron á Huerta que se declaró el campeon del teatro antiguo, y emprendio publicar una coleccion de nuestras mejores comedias; pero como tenia poco gusto, eligió mal y no logró su empresa. Tan desgraciado fué, que despues de tanto declamar contra los innovadores, hubo de ceder al contagio y no solo escribió una trajedia original arreglada al sistema clásico, sino que hasta dió en la flaqueza de traducir á los franceses que tanto aborrecia. Quiso sin embargo su buena suerte que en este desvio de su acostumbrada conducta hallase los únicos títulos de gloria que le han quedado. Con efecto su trajedia *Raquel* y su traduccion de la *Zaira* de Voltaire, son sus dos obras mas conocidas y apreciadas.

Orgulloso debia estar Huerta, en medio de la guerra que sostenia, con haber hecho lo que sus rivales todos intentaban en vano: es decir, una trajedia digna de este nombre y digna de la escena. La Raquel, no obstante sus defectos, descuella á una inmensa altura entre todas las obras de su género que en el siglo pasado produjo España: no solo acertó Huerta á combinar un plan bastante bien ordenado, á producir una accion interesante, á trazar caractéres bien diseñados; sino que embelleció su obra con magníficos versos, prenda que para los españoles tendrá siempre un encanto irresistible, y que aseguró á la Raquel una popularidad inmensa, y una reputacion que dura todavia.

Posteriormente, otro autor de mas saber, de mas estro y de mas altos sentimientos que Huerta, publicó varios ensayos trágicos, que á pesar de las dotes que los recomiendan, no han logrado los honores de la representacion, ó si alguno de ellos la ha conseguido, ha desaparecido en breve de la escena. Cienfuegos compuso el *Idomeneo*, la *Zoraida* y la *Condesa de Castilla*, habiéndose impreso despues de su muerte el *Pitaco*. Como composiciones dramáticas, solo la segunda tiene algun interés: la *Condesa* ofrece una accion demasiado horrible; y el *Pitaco* carece absolutamente de movimiento, aunque es la mejor escrita de todas. En estas trajedias se encuentran trozos bellísimos de versificacion y multitud de rasgos sublimes y admirables, ya por el pensamiento, ya por la expresion; pero Cienfuegos era mas poeta lírico que dramático, aunque no sabemos adonde le hubiera podido llevar su gran talento, á no atajar una temprana muerte su brillante carrera.

A principios de este siglo, la trajedia encontró un intérprete

admirable en la escena: el génio de Maiquez hizo aplaudir en ella lo que parecia contrario á nuestra índole y gustos literarios; y fué tal el entusiasmo que causó, que multitud de poetas se dedicaron á este género tan difícil, ya traduciendo las mejores trajedias francesas, ya componiendo algunas originales. Pasa de ciento el número de estas que pueden contarse en castellano: pero la mayor parte yacen olvidadas, quedando solo de las escritas antes del año de 1808 el *Pelayo* de don Manuel Josef Quintana, trajedia que vivirá mientras existan pechos españoles. En aquel año empezaron nuestras revoluciones, y con ellas cesó el impulso literario que habia recibido España á fines de la anterior centuria, pereciendo á la par la escuela clásica que ya empezaba á aclimatarse y prosperar en nuestro suelo.

Esta escuela logró todavia mas fortuna en la comedia por haber encontrado uno de aquellos talentos privilegiados que nacen para llevar á su perfeccion las artes y las letras. Fué este génio *don Leandro Fenandez Moratin* que dió, aunque pocas, muestras perfectas de la comedia de costumbres. Ya su padre don Nicolás, animado de aquel ardor patriótico que le distinguió en su corta carrera, habia intentado en este género lo que emprendió en el trágico, pero con igual desgracia; y la *Petimetra*, comedia que dió á luz, se puede sufrir apenas por lo mal dispuesto de la fábula y la frialdad del diálogo: este autor tuvo la poca suerte de ser el primero que se arrojó á componer en géneros nuevos para España, y que á las grandes dificultades que ofrecen, añadian entonces las pocas simpatías que encontraban en el público. Forner escribió tambien *El filósofo enamorado*, comedia que adolece del propio defecto de languidez y frialdad. Don Tomás de Iriarte dió un paso mas, y ya en su traduccion del *Filósofo casado*, ya en sus comedias originales del *Señorito mimado* y de la *Señorita mal criada*, creó el nuevo estilo cómico que Moratin perfeccionó despues, logrando pintar algunos caractéres propios de su época. El que por entonces produjo una obra verdaderamente dramática y de grande efecto, fué Jovellanos en su *Delincuente honrado*, drama que se ha sostenido en el teatro hasta hace poco, que agradará siempre que se represente con esmero, y que aunque pertenezcan mas bien al género sentimental que á la verdadera comedia de costumbres, no deja de atacar preocupaciones y vicios que son en la sociedad de tan funestas consecuencias. Otra novedad notable introdujo ademas esta obra; y fué la de volver á entronizar en el teatro la natural desterrada de él desde los primeros tiempos de nuestra [illegible] todos los poetas del siglo de oro.

María Trigueros fué tambien uno de los que se [illegible] al teatro. Su comedia de los *Menes-*

trales fué infeliz; pero acomodó con acierto á las nuevas formas algunas comedias antiguas, particularmente la *Estrella de Sevilla* de Lope, dando principio á la larga caterva de refundores que luego aparecieron.

Vino por fin Moratin, y empuñó el cetro de la escena: su primera obra, *El Viejo y la Niña*, le colocó ya á gran distancia de todos sus rivales: la segunda, *El café ó la comedia nueva*, fué como un verdadero Quijote del teatro, y con ella dió el golpe de muerte á los detestables escritorzuelos que inundaban el teatro y corrompian el gusto público con sus monstruosos engendros; en la *Mogigata* aspiró á rivalizar con el célebre Molier y con el *Si de las Niñas* presentó el dechado perfecto del género que habia abrazado, mostrando hasta qué punto se pueden interesar y mover los ánimos con personages humildes, una accion sencilla y un lenguaje llevado hasta la extrema naturalidad. Moratin, sin embargo, aunque tan rígido clásico, pagó tributo á su época, durante la cual, estaba en boga el género sentimental: admirador é imitador del gran cómico francés, se apartó de él en muchas escenas de su primera y última comedia, arrancando tiernas lágrimas, mientras su modelo jamás trató sino de excitar la risa. Los acontecimientos de 1808 vinieron tambien á interrumpir sus trabajos en lo mejor de su edad y en la fuerza de su talento: posteriormente, cuando la literatura ha tomado otro rumbo, se ha querido deprimir el mérito de este autor insigne; pero Moratin vivirá siempre al lado de nuestros mejores dramáticos, y cada vez que se vuelva á dudar de su valor literario, no habrá mas que poner en escena el *Si de las Niñas*, y representarlo ante sus detractores.

La prosa, al empezar el siglo XVIII, estaba, si cabe, en peor estado que la poesía. El funesto egemplo de Gracian, y sus lecciones de agudeza é ingenio, habian contaminado á tal punto los escritores, que cuanto se publicaba por medio de la prensa, ó se pronunciaba en el púlpito, no era mas que una gerigonza inteligible y ridícula. Este mal duró hasta muy entrado el siglo; y aun se puede asegurar que en todo él no cesaron de profanar la cátedra del Espíritu Santo los predicadores de la escuela del P. Paravicino. Muy luego, no obstante, hubo varones sábios que trataron de reducir el lenguaje á términos mas naturales y decorosos, sirviendo poderosamente para esto el establecimiento de la Academia Española, cuyos celosos individuos trabajaron con afan y buen éxito en esta obra tan difícil. Pero es fuerza confesar que si los prosistas del siglo pasado consiguieron introducir en los escritos claridad, sencillez y buena crítica, la frase castellana padeció notables alteraciones, perdiendo la lengua su primitivo carácter, por amoldarse mas de lo conve-

nientá las voces, giros y formas de la francesa. La revolucion ha sido en esta parte mucho mayor respecto de la prosa que de la poesía. Esta, por el estudio constante que se hace de los antiguos modelos, se aparta hoy muy poco de ellos: pero nadie reconoce ya en los escritos en prosa el lenguaje que usaron Granada, Mendoza ó Cervantes: hasta querer imitarlos y aproximarse á su manera, se tiene por cosa afectada y exótica.

Una obra mas apreciable del tiempo de Felipe V, fueron los *Comentarios de la guerra de sucesion por el marqués de San Felipe*. Escrita con poca correccion y escaso gusto, agrada sin embargo por el modo con que están referidos los hechos, y tiene el mérito raro de entretener y hacer amena la lectura, que da da á las producciones del ingénio, y las hace apreciables á pesar de sus defectos. Asi es que los comentarios figuran entre nuestras buenas historias.

Entre los partidarios del género dominante, figuró *don Diego de Torres Villaroel* que adquirió, sobre todo con sus *Sueños*, una fama colosal en toda España, fama que compartia con las cosas de Gerardo Lobo. Torres pretendia ser imitador de Quevedo, y exageró sus defectos: dotado de no escaso ingénio, en tiempos mas felices hubiera sido un escritor ameno; mas por querer ser demasiado, despues de gozar de grande aura popular, yace hoy enteramente desconocido, ó es objeto de burla y menosprecio.

Al concluirse el primer tercio del siglo, apareció un escritor que empezó entre nosotros la revolucion en las ideas y en el lenguaje. El benedictino *fray Benito Gerónimo Feijóo*, dió principio á la publicacion de su *Teatro critico*, de sus *Cartas eruditas*, y de otros muchos escritos, en que con infatigable constancia combató gran parte de las preocupaciones de su época, teniendo que sostener rudos combates, y espuesto á terribles persecuciones deque por fortuna suya y de la nacion le libertó el favor del soberano. Las obras de Feijóo en el dia han perdido todo su mérito, consistente mas bien en el valor y buen celo del autor, que en su bondad literaria. Las ciencias y la filosofía han hecho hoy tales progresos, que nada de cuanto dijo aquel laborioso monje es objeto ya de curiosidad ó instruccion: ademas, la mayor parte de lo publicado fué traduccion de obras y periódicos franceses, careciendo por lo tanto del mérito de la originalidad: sus ideas filosóficas parecen ahora escasas y pobres, si bien entonces hubieron de tenerse por atrevidas. El estilo es flojo, desaliñado, y con numerosos galicismos, siendo este escritor el que empezó á contagiar nuestro idioma con semejante vicio que ha ido siempre en aumento. Finalmente, segun el dicho de un célebre escritor del siglo, [illegible] elevar á Feijóo una estátua y quemar

Mucho mas aventajado literato que Feijóo, y no menos osado, fué el jesuita *José Francisco de Isla*, cuyos escritos ocuparon gran parte del siglo en que vivió. Dedicóse principalmente á combatir el mal gusto que reinaba en el púlpito; y para esto, siguiendo el egemplo de Cervantes respecto de los libros de caballerías, escribió su famosa novela de *fray Gerundio de Campazas*, obra que en su primera aparicion tuvo un éxito prodigioso, pero cuya fama se halla ahora totalmente oscurecida. No carece sin embargo, de mérito literario; el estilo es correcto y claro: muchos pasages hay escritos con sumo donaire y gracia; pero la novela en lo general adolece de pesadez y monotonia. No eran susceptibles las aventuras de un mal predicador de suministrar materia para obra tan larga; hubiera ganado mucho el P. Isla con reducirla á la cuarta parte; y mas lijera entonces, seria leida todavia con agrado: ahora solo ha quedado de ella, como proverbio, el epígrafe de un capitulo que dice: *deja fray Gerundio los libros y se mete á predicador*.

Conforme va avanzando el siglo, se dan á conocer mas aventajados prosistas. *Cadalso* en sus *Eruditos á la violeta* presenta un dechado de gracia, ligereza y buena crítica; *don Gregorio Mayans y Siscar* estudia con acierto los orígenes de nuestra lengua. *Forner* da á conocer su profunda erudicion y alta capacidad en multitud de escritos, entre ellos su *Oracion apológica por la España y su mérito literario*: el *P. Burriel* recorre todos los archivos para sacar documentos con que ilustrar nuestra historia: el *P. Flores* da principio á la *España sagrada* que continuan otros celosos agustinos; *Campomanes* ilustra al pueblo, y trata de promover las artes industriales, con escritos que brillan mas por la sencillez y claridad que por la elegancia; *El conde de Cabarrus*, trata en sus cartas varias cuestiones económicas; en fin viene tras de todos el gran *Jovellanos*, el escritor mas elocuente de fines del siglo anterior y principios de este, y el modelo mas acabado que tiene nuestra prosa despues de la trasformacion que ha recibido á impulsos de la influencia francesa. Muchas páginas requeria el exámen de las obras de este grande escritor; pero nos contentaremos con reproducir aqui el bello y elegante elogio que hace de él el señor Quintana, no pudiendo concluir mas dignamente este ensayo. Dice así:

«La variedad de talentos y de conocimientos que este hombre insigne poseia, y la muchedumbre de trabajos útiles en que se egercitó, formarian un cuadro tan singular, como interesante y glorioso á nuestras letras y á nuestra civilizacion, si este fuese el lugar propio de trazarlo. El pertenecia á la elocuencia por sus bellos elogios; á la historia por su discurso sobre los espectáculos, y por mil investigaciones históricas sobre nuestras an-

tigüedades; á las nobles artes por su gusto esquisito en ellas y por la proteccion que les daba; á la economía por su admirable Ley Agraria; á la política por sus elocuentes memorias; á las ciencias por el Instituto que fundó; á la filosofía por el grande espíritu que animó todos sus trabajos; á la virtud por los egemplos de dignidad, de justicia, de entereza y de amor á su patria y á los hombres, que toda su vida dió con el anhelo mas vivo y con la constancia mas noble. Era por cierto, un espectáculo tan bello y grato como raro y singular, ver la afluencia de todos los estudios, de todos los talentos, á aquella casa que parecia el asilo y el templo de las musas. El artista del mismo modo que el orador, el historiador y el poeta, el jurisconsulto y el economista, el hombre de letras consumado y el alumno que apenas empezaba; todos eran recibidos con benevolencia y aficion; todos entendidos y contestados en su lengua y en su ramo; los unos recibian avisos, los otros lecciones, otros fomento, algunos auxilio, y todos placer y honor. El respeto y el amor que se conciliaba con este atractivo general era consiguiente al bien que las letras y las artes y los que las cultivaban recibian de esta conducta grande y generosa. Todos le amaban, todos le veneraban, y una mirada de aprobacion, una sonrisa de Jovino era la recompensa mas grata que entonces podian recibir la aplicacion y el ingénio.

FIN.

INDICE.

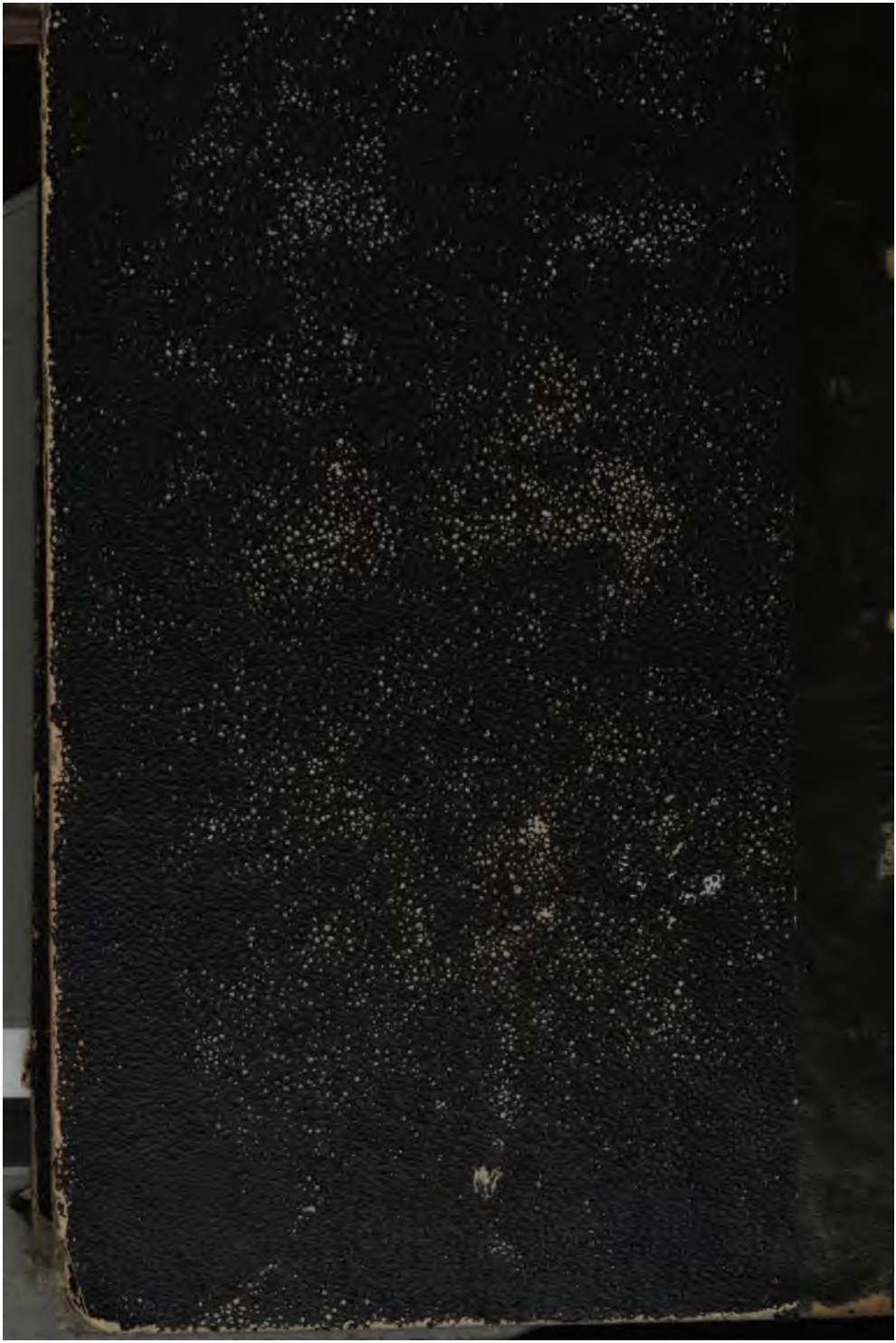
ECCION PRIMERA.—ESCRITORES EN VERSO.

Páginas.

FENCIA. . . . . V.
ULO I. *Caractéres generales de la literatura es-*
ola. 1
ULO II. *Principios de la literatura española has-*
el siglo XV. 7
del Cid. . . . . Id.
o el Sábio: las partidas. 8
lo de Berceo. 10
orenzo Segura de Astorga. . . . . Id.
de Fernan Gonzalez. 12
de Apolonio. 13
de Santa Maria Egipciaca. 14
o el Sábio, como poeta. 15
uan Manuel 17
Ruiz, Arcipreste de Hita. 18
don Santo de Carrion. 19
opez de Ayala, como poeta. . . . . Id.
usados en este siglo. 21
ULO III. *Siglo XV.* 23
qués de Villena. 24
e Mena. 26
qués de Santillana. 28
Manrique 30
rtujano. 32
n Gomez de Cibdareal. 33
o de la Torre. 34
n Perez de Guzman. . . . . Id.
ndo del Pulgar. 35
as. 36
ULO IV. *Siglo XVI: Poesia erudita.* 40
. 41
bal del Castillejo. 42
aso de la Vega. 43
ULO V. 50
uis de Leon. 51
sco de la Torre. 59

Don Diego Hurtado de Mendoza. 60
CAPITULO VI. 63
Fernando de Herrera. . . . . Id.
Francisco de Rioja. 72
CAPITULO VII. *De los Argensolas y otros poetas de fines del siglo XVI y principios del XVII.* 79
Los Argensolas. . . . . Id.
Bernardo de Valbuena. 82
Don Estéban de Villegas. 84
Don Juan de Jáuregui. 86
CAPITULO VIII. Lope de Vega. 88
CAPITULO IX. Góngora. 95
CAPITULO X. Quevedo. 102
CAPITULO XI. *De otros varios poetas líricos de los siglos XVI y XVII.* 113
Francisco de Figueroa. . . . . Id.
Jorge de Montemayor. 115
Francisco Saa de Miranda. . . . . Id.
Don Francisco Manuel Melo. 116
Gil Polo. 117
Pedro de Espinosa. 118
Luis Barahona de Soto. . . . . Id.
Fernando de Acuña. 119
Vicente Espinel. . . . . Id.
Don Juan de Arguijo. 120
Baltasar del Alcazar. 122
Gutierre de Cetina. 126
Don Antonio Mira de Amescua. . . . . Id.
El príncipe de Esquilache. 127
Baltasar Gracian. 128
Pedro de Quirós. 130
CAPITULO XII. *Poesía sagrada.* 131
Alonso de Proaza. 133
Fray Lorenzo de Zamora. 134
Fray Luis de Leon. 135
San Juan de la Cruz. 137
Fray Pedro Malon de Chaide. 139
Santa Teresa de Jesus. 141
Fray José de Sigüenza. 142
Lope de Vega. 144
Calderon. 145
Noticia de algunas colecciones de poesías sagradas. . . . 146
CAPITULO XIII. *Poetas épicos.* . . . . Id.
. 147
. 455

Lope de Vega. 161
Fray Diego de Hojeda. 165
Reseña de poemas profanos y sagrados poco conocidos. . . 169
Don Juan de Jáuregui. 171
Don Luis de Ulloa y Pereira. 178
Tomé de Burguillos. 174
Don José de Villaviciosa. 178
CAPITULO XIV. *Poesía didáctica*. 180
Juan de la Cueva. . . . . Id.
Lope de Vega. 183
Pablo de Céspedes. 184
Los Argensolas. 187
CAPITULO XV. *Poesía popular. Romances*. . . . 188

SECCION SEGUNDA.—ESCRITORES DRAMÁTICOS.

CAPITULO I. PRINCIPIOS DEL TEATRO ESPAÑOL. Los Juglares: juegos de escarnio; misterios; la Danza de la muerte; el marqués de Villena; el marqués de Santillana, Rodrigo Cota. 221
CAPITULO II. *Juan del Encina, Rojas*. 230
CAPITULO III. *Esfuerzos hechos antes de Lope de Vega para aclimatar en España el teatro clásico*. Villalobos; Simon Abril; Diaz Tanco; Boscan; Perez de Oliva; Ma-Lara; Bermudez; Argensola; Virués. 239
CAPITULO IV. *Torres Naharro*. 253
CAPITULO V. *Estado del teatro español antes de Lope de Rueda*. Estado material del teatro; teatros de Valencia y Sevilla; Castillejo; Altamira; Gil Vicente y otros autores; códice de la Biblioteca nacional. 260
CAPITULO VI. *Lope de Rueda*. 278
CAPITULO VII. *Del teatro después de Lope de Rueda*. Avendaño; Miranda; Timoneda; Cueva; Virués; Rey de Artieda; Romero de Cepeda; Cervantes. 293
CAPITULO VIII. *Lope de Vega*. 305
CAPITULO IX. *Contemporáneos de Lope*. Ramon; Taraga; Aguilar; Mira de Mescua; Miguel Sanchez; Guillen de Castro; Velez de Guevara; Montalvan. . . . 335
CAPITULO X. *Tirso de Molina, Moreto, Alarcon, Rojas*. 357
CAPITULO XI. *Calderon*. 413
CAPITULO XII. *Escritores dramáticos de segundo órden*. Cubillo de Aragon; Belmonte; Herrera; Barbadi-